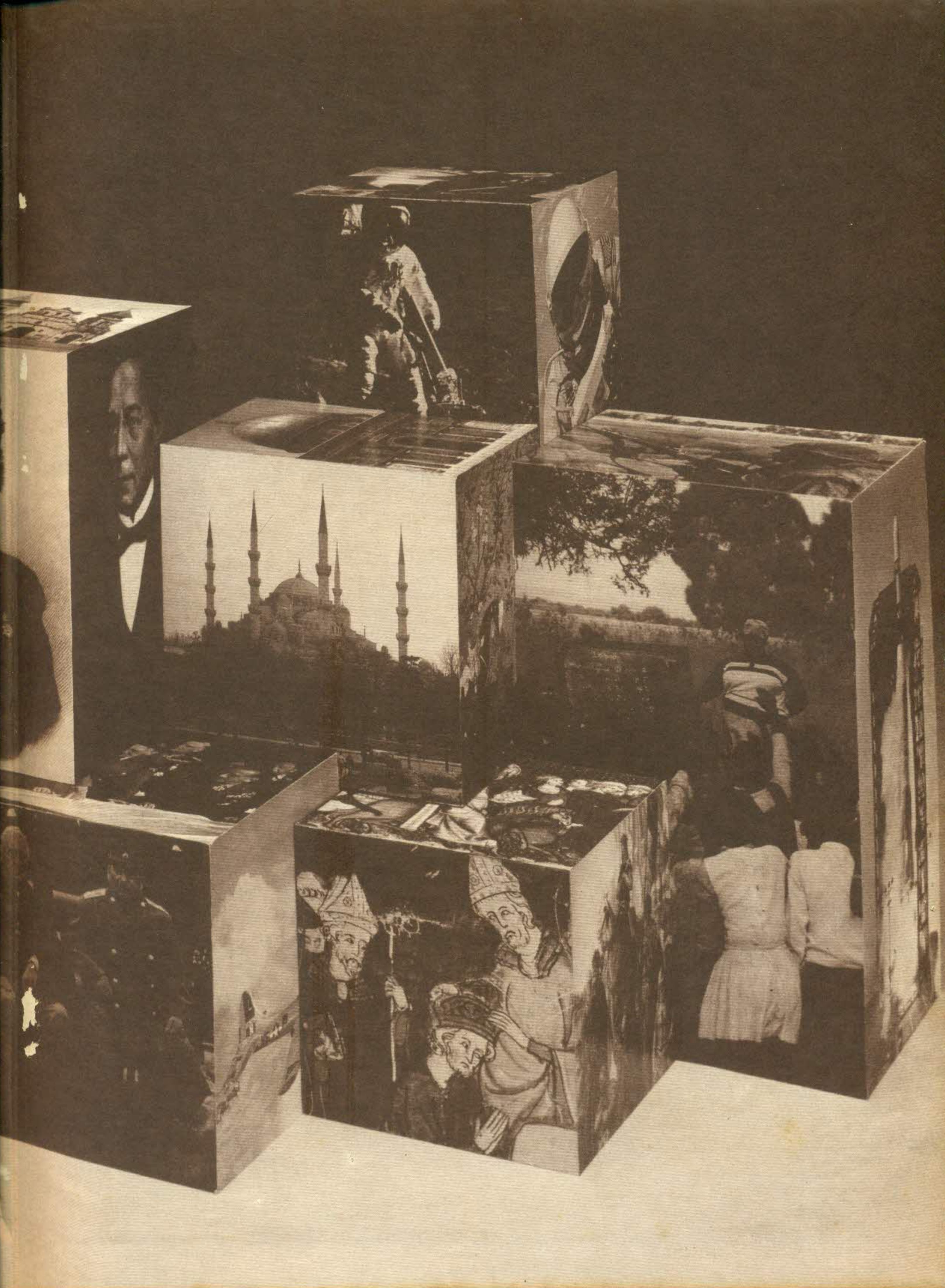

HISTORIA UNIVERSAL
9

HISTORIA UNIVERSAL

CRISTIANISMO Y FEUDALISMO





HISTORIA
UNIVERSAL




CRISTIANISMO
Y FEUDALISMO
EDICIONES NAUTA

Procedencia de las ilustraciones

Alinari, Florencia; Archivo Nauta, Barcelona; Arzobispo de Canterbury y el Trustees of Lambeth Palace Library; ATA, Estocolmo; Biblioteca del Vaticano, Roma; Bibliothèque Nationale, París; Bildarchiv Foto Marburg; Bisonte; Bodleian Library, Oxford; E. Boudot-Lamotte, París; British Library, Londres; British Museum, Londres; CIRI, Barcelona; Elsevier, Amsterdam; Fotomas Index, Londres; Giraudon, París; Gruppo Editoriale Fabbri-Bompiani, Sonzogno, Etas, S.p.A., Milán; Sonia Halliday Photographs, Weston Turville; Hamlyn Group Picture Library, Feltham; Henry Huntingdon Collection, Londres; Mansell Collection, Londres; Metropolitan Museum of Art, Nueva York; National Portrait Gallery, Londres; Nationalmuseet, Copenhague; Picturepoint, Londres; Scala, Florencia; Staatsbibliothek, Munich; Üniversitäts-Bibliothek, Basel.

Editado por Ediciones Nauta, S.A.
Loreto 16 - Barcelona-29
Impreso en Altamira S.A.
Carretera Barcelona, km 11,200
Madrid-22
ISBN: 84-278-0753-8 (obra completa)
ISBN: 84-278-0762-7 (IX)
Depósito legal: M-6682-1982 (9)
Impreso en España - Printed in Spain
11931

EQUIPO DE REALIZACIÓN

Dirección:

Bernat Muniesa, *doctor en Historia y licenciado en Sociología. Profesor de la Universidad de Barcelona.*

José Florit, *doctor en Historia. Profesor de la Universidad de Barcelona.*

Responsables temáticos:

Luis Belenes
Salvador Busquets
Mercè Cabo
Jordi Fiblà
Montserrat Font
Carlos Jordán
Guillem Jurnet
Esteban Liniés
Juana Nadal
Carmen Núñez
Ricard Riambau
Dolors Rotllant
Teresa Torns
Joan Xirau

Colaboradores:

Ricardo Acedo
Pablo Antúnez
María Luisa Crispi
Jordi Domènech
Francisco Ramos
Marc Sagristá

EQUIPO EDITORIAL

Director editorial: Jaime Barnat
Editor: Andrés Merino
Colaboradores de edición: Ferrán Hernández
Joaquín Palau
Samuel Penalva
Tomás Ubach

Dirección de la ilustración: Puri Ballús
Ayudantes de ilustración: Ana Juandó
Isabel Ruiz de Villa

Cartografía: Eduardo Dalmau
Rafael Fernández
Rosa Mª Guijarro
Mª Dolores Vila

Diseño: Jordi Pastor
Compaginación y dibujo: Rafael Azuaga
José Romero
Carmen Tomás

Producción: Fernando Covarrubias
Ramón Laflor
Antonio Llord
Mª Dolors Mascasas

Sumario

NOTA DE LOS EDITORES

La misión de una obra histórica no se reduce sólo a presentar cada uno de los hechos vividos por la humanidad relacionándolos con los que les han precedido y seguido en el tiempo. Además, debe ofrecer al lector la posibilidad de valorar globalmente la información, y hacerlo en función de los intereses del hombre de hoy.

Por eso, la HISTORIA UNIVERSAL que presentamos no aparece siguiendo el esquema cronológico habitual, ni tampoco como una retrospectiva de la historia escalonada hasta los orígenes de las civilizaciones. Hemos querido combinar ambos criterios con el fin de lograr una disposición que permita entender mejor las diversas relaciones causa-efecto que se dan entre los eslabones de la cadena histórica.

En consecuencia, la colección parte de un bloque relativo a los acontecimientos más próximos a nuestros días, de forma que sea posible sumergirse totalmente en la historia del mundo moderno a partir del conocimiento de las situaciones que han ido conformando el mundo tal como lo hemos recibido. Este primer conjunto se cierra con un volumen que, desde nuestro punto de vista, es una aportación extraordinaria que facilita la aproximación al mundo que vivimos: un *calendario cultural del siglo XX* de características excepcionales.

Un segundo bloque, centrado en épocas más alejadas de nosotros, que abarcan desde el origen de las civilizaciones hasta el inicio de la historia contemporánea, permite el estudio más sosegado de épocas que exigen más dedicación a causa del menor conocimiento global que de ellas tenemos.

Como colofón, hemos considerado imprescindible la inclusión de un *atlas histórico*, que hace honor a la máxima "una imagen vale más que mil palabras".

PLAN DE LA OBRA

I – HACIA EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

1 – El tránsito al mundo contemporáneo (incluye América colonial)
2 – Liberalismo, restauración y sociedad
3 – Industrialización e imperialismo (incluye América independiente)
4 – Siglo XX: imperialismo y revolución
5 – Siglo XX: la era nuclear
6 – Calendario cultural del siglo XX

II – DE LA PREHISTORIA HASTA EL SIGLO XVIII

7 – Los orígenes de la civilización
8 – Los fundamentos de Occidente: Grecia y Roma
9 – Cristianismo y feudalismo
10 – El tránsito a la Edad Moderna
11 – La nueva Europa y el absolutismo

III – 12 – ATLAS HISTÓRICO

ORDENACIÓN CRONOLÓGICA

A – 7 – Los orígenes de la civilización
B – 8 – Los fundamentos de Occidente: Grecia y Roma
C – 9 – Cristianismo y feudalismo
D –10 – El tránsito a la Edad Moderna
E –11 – La nueva Europa y el absolutismo
F – 1 – El tránsito al mundo contemporáneo
G – 2 – Liberalismo, restauración y sociedad
H – 3 – Industrialización e imperialismo
I – 4 – Siglo XX: imperialismo y revolución
J – 5 – Siglo XX: la era nuclear
K – 6 – Calendario cultural del siglo XX
L –12 – Atlas histórico


SCLAUINIA
GERMANIA
GALLIA
ROMA

LA ÉPOCA FEUDAL

Introducción

«El mundo occidental», «los ideales occidentales», «la forma de vida occidental», son frases bastante corrientes en el lenguaje político del siglo XX. Están basadas en tres grandes hechos históricos: la revolución industrial de los siglos XVIII y XIX, que determinó el crecimiento económico de Occidente; el Renacimiento y la reforma religiosa de los siglos XV y XVI, que establecieron su estructura ideológica y cultural; y por último, el feudalismo. Para algunos, esto último puede parecer sorprendente, ya que por «feudal» y «feudalismo» se ha entendido un pasado pobre y enmohecido, con inútiles e incluso opresivas instituciones. Sin embargo, la época feudal no fue así. Fue constructiva, no restrictiva. Fue la época en la que se fundó la Europa occidental.

En los últimos años del Imperio romano, en los siglos IV y V, Europa occidental era simplemente una parte del mundo mediterráneo que incluía la costa del norte de África, Egipto, Siria y Asia Menor, y se extendía hasta el nacimiento del Danubio y el Cáucaso. Sus dos centros políticos eran Roma y Constantinopla. Su vida económica estaba centrada en el norte de África, en el este del Mediterráneo y en el Bósforo. Las provincias occidentales —algunas de ellas, importantes— estaban situadas cerca o en los límites de una vasta y sedimentada sociedad. La Galia era menos importante que Grecia, y España apenas competía con Siria. En el este se originó el pensamiento del Imperio, su arte, y finalmente, con la expansión del cristianismo, su religión.

A finales del siglo XIII, este mundo había experimentado drásticos cambios. Italia formaba todavía parte de Europa occidental y proporcionaba una importante línea de continuidad con la antigua Roma y las viejas civilizaciones mediterráneas. Además, el comercio del Mediterráneo continuaba siendo vital para la economía europea. No obstante, las tierras al norte de los Alpes ya no eran periféricas. En realidad, muchos de los rasgos característicos de la civilización occidental no se fundamentaron en Italia, sino en Alemania, Inglaterra y Países Bajos, y los más importantes en Francia. Se había configurado la Europa occidental, tal como se conoce en la actualidad.

Esta nueva Europa no fue creada de una vez o bajo una única circunstancia. La unidad del mundo mediterráneo se rompió por el asentamiento de las tribus germánicas en las provincias occidentales del Imperio, después de cruzar el Rhin y el Danubio en los siglos V y VI, y por las conquistas árabes de las costas del este y del sur del Mediterráneo, en el siglo VII. A partir de aquel momento, el viejo Imperio romano se vio limitado a una decreciente esfera de influencia en el este del Mediterráneo. En el oeste, el gobierno imperial fue reemplazado por numerosos reinos tribales, basados en una mezcla de las civilizaciones romana y germánica. El este fue griego en el habla y helenístico en la cultura, mientras que en el oeste el latín se conservó escindido en una diversidad creciente, consolidándose la herencia intelectual del mundo romano.

Estos grandes movimientos de población y los cambios en el poder configuraron la geografía política básica del surgimiento de la Europa occidental. Tales factores no crearon por sí mismos una sociedad floreciente. Fueron, más bien, el punto de partida de un lento proceso. Uno de los elementos impulsores provino de la colonización de nuevas tierras, tanto por parte del antiguo Imperio como por parte de Alemania y de los pueblos de Europa central. Primero con dificultad y después del año 1000 más rápidamente, la población creció y se incrementaron los niveles de vida. El modelo rural de pueblos y aldeas que se establecieron hacia el año 1300 ha sobrevivido hasta nuestros días: los pueblos modernos son pueblos medievales. Al mismo tiempo, el comercio y la riqueza se expandían hacia el norte. Los grandes centros económicos y los nuevos lazos comerciales se establecieron en las orillas del Rhin y del mar Báltico, en las ferias de Champaña, y en los valles del Sena y el Loira. Nuevos productos comerciales, tales como la lana inglesa, los paños flamencos y las pieles del Báltico, rivalizaron con el antiguo y fastuoso comercio de la cuenca mediterránea. Las provincias occidentales del Imperio romano habían perdido gradualmente sus metales preciosos en un adverso balance comercial con el este. Los países recientemente enriquecidos del norte y oeste de Europa expresaban su independencia y su confianza económica empleando monedas de plata de fabricación local, en lugar de las de oro que continuaban utilizándose en el Mediterráneo.

Este proceso se produjo paralelamente a la formación de los estados que han protagonizado la historia de Europa occidental: Alemania, Francia, Inglaterra, España y los reinos del Báltico. Estos nuevos estados generaron las condiciones de estabilidad necesarias para la expansión económica, haciendo posible el incremento de riqueza que dio soporte al peso



de la administración local y a la conquista exterior. Fueron competitivos y agresivos. Las monarquías españolas se levantaron sobre las ruinas del poder islámico. Los reyes y duques germanos avanzaron hacia el este, desde su centro de poder originario en el Rhin hasta el otro lado del Elba, junto al Oder. En el norte, desde los estados del Báltico, aventureros vikingos navegaban por el oeste hacia Islandia, Groenlandia, y finalmente hacia América. Inglaterra, que fue la primera presa para vikingos y normandos, se orientó hacia la conquista de los territorios galeses, irlandeses y escoceses.

De cualquier modo, y por encima de todo, la conflictividad se concentró en el sur, donde la atracción del antiguo mundo mediterráneo llevó a descubrir de nuevo Roma, el centro de la cristiandad. Había, además, ricos botines que obtener: el lucrativo comercio con el este, y las riquezas de Venecia, Milán y las otras ciudades del norte de Italia. Los reyes germanos, como emperadores del Sacro Imperio romano, emprendieron numerosas campañas para conseguir el control de Italia. Unos aventureros normandos llegaron a fundar un reino organizado, rico y agresivo en el sur de Italia y Sicilia. Gentes de todas las provincias de Europa occidental llegaron al Mediterráneo para visitar los Santos Lugares y luchar en las cruzadas.

Fue también la primera gran etapa de la expansión europea. Cien años después de que Leiv Eriksson viajara a América, los francos y los barones normandos imponían sus normas de conducta en Antioquía y en las zonas del Éufrates y el Edessa.



Panel del estuche conocido como Arqueta de los Francos, *pequeña caja confeccionada en Northumbria, Inglaterra, alrededor del año 700. Es una combinación de estilos latino y germánico y sus temas reproducen motivos cristianos y paganos. (British Museum, Londres.)*

Los estados formados en las cruzadas no sobrevivieron, pero gracias a esta expansión Europa tomó conciencia de su propia identidad.

La movilización de energía que comportó tal expansión no tuvo unos objetivos estrictamente destructivos. Sus límites geográficos están representados actualmente por los restos arqueológicos de los poblados vikingos, en la costa oeste de Groenlandia, y por los muros vacíos de los castillos de los cruzados, en Siria. Pero fue en Europa occidental donde se crearon las bases de nuestra civilización actual. La época del feudalismo ha legado a Europa sus lenguas, la gran cantidad de fronteras nacionales y políticas (incluyendo las guerras que estas fronteras originaron), la unidad de gobiernos locales (los condados ingleses, las provincias alemanas y suizas), y en numerosos países la estructura de sus leyes, así como sus iglesias, diócesis y parroquias. Ninguna otra etapa posterior ha superado la arquitectura de las grandes catedrales y de los monasterios de estilo románico y gótico. Pocos poetas han competido con la calidad épica de la *Chanson de Roland*.

Para algunos, todo ello quizá no es otra cosa que un conjunto de restos fosilizados. Ante esto, debemos señalar que si las instituciones medievales han sobrevivido, ha sido porque se han ajustado a nuestros objetivos, aunque sus orígenes puedan no importarnos. De hecho, la importancia real del feudalismo no reside tanto en esta supervivencia como en las expectativas que proporcionó al esfuerzo humano. La suerte de los siervos medievales fue dura, pero ya no eran esclavos. Su condición mejoró y sus energías fueron mejor aplicadas que las de los campesinos del Imperio romano. Los señores feudales vivieron a menudo en la anarquía y el desorden, pero fueron ellos quienes organizaron la colonización de nuevas tierras, construyeron puertos y ciudades comerciales, y actuaron como protectores y benefactores de las nuevas órdenes monásticas.

Nuestra principal herencia de esta época es el propio feudalismo. La sociedad feudal era jerárquica. Asignaba funciones específicas a cada estamento social: los monjes rezaban, los señores hacían la guerra y los campesinos labraban. Sin embargo, también conllevaba la noción de derechos, y a pesar de la inexistencia de movilidad social, un barón, un monje e incluso un campesino podían protestar en defensa de los derechos propios de su condición. De hecho, el campesino tenía pocas veces la oportunidad o el poder de hacerlo de una manera abierta y efectiva, y en cambio, los barones y los monjes actuaban así con frecuencia. Tal actividad política, que hoy puede parecer anárquica, era la expresión práctica de un intento de configurar una sociedad humana en la que los individuos podían apelar a sus derechos, así como realizar ciertas funciones. Estos derechos no eran considerados ni como algo individual ni como algo natural. Se les valoraba como una propiedad o privilegio cuyo propietario debía defender en la corte de justicia o en el campo de batalla.

Hay un largo camino recorrido desde los privilegios feudales hasta la moderna idea del derecho individual.

De Carlomagno a la época feudal

El período comprendido entre la caída de Roma y la coronación de Carlomagno en el año 800, que fue también la época dorada del Islam, es considerado comúnmente como una etapa oscura de la historia europea. Con todo, en el caos que siguió al colapso del Imperio romano, Europa adquirió una identidad, al descubrir y desarrollar una nueva forma de organización social que la capacitó para afrontar y vencer a sus enemigos. Esta nueva organización social fue el feudalismo, que se hizo realidad cuando Francia, en el oeste, y Bizancio, en el este, se sintieron amenazadas por el ejército del Islam.

Cuando los bárbaros irrumpieron a través de las fronteras del Imperio romano y devastaron sus territorios, Amiano Marcelino, el último gran historiador romano, que vivió en la segunda mitad del siglo IV, describió un cuadro espantoso: «mujeres conducidas a golpe de látigo, dominadas por el terror; los hijos que algunas llevaban en sus vientres conocieron la violencia antes de venir al mundo». La caída de Roma comportó la tragedia y el sufrimiento para mucha gente, sumida en el desaliento y la desesperación. Era el fin del mundo que ellos conocían y el futuro se perfilaba tenebroso. A pesar de todo, Roma continuó influyendo en el desarrollo europeo, y cuando el feudalismo se hizo realidad, pudo comprobarse que había preservado muchas cosas de la antigua civilización.

La extinción del poder romano y el colapso de sus estructuras políticas no significaron el fin de su cultura ni la desaparición de sus formas de vida. Muchas generaciones anteriores al final del Imperio romano, habían propagado sus ideas por las provincias conquistadas. Cuando los lazos políticos con Roma se rompieron a causa de las invasiones bárbaras, aquellos territorios recobraron su existencia independiente, pero las antiguas influencias culturales permanecieron en las costumbres y creencias, en las leyes y en las instituciones.

El legado de la antigua Roma fue conservado en el mundo occidental por tres vías: el Imperio bizantino, en el este, que mantuvo la tradición romana y su influencia durante mil años después de la caída de Roma; la Iglesia católica del Medioevo, centrada en Roma, que preservó la mayoría de las lenguas, las leyes y el sentido de la unidad romana; y el Sacro Imperio romano, que se esforzó por resucitar el antiguo Imperio en Occidente.

La Iglesia y los bárbaros

Cuando el poder del último emperador de Roma fue aniquilado, el obispo de la ciudad permaneció, adquiriendo el título de papa y el rango máximo entre los restantes obispos de la Iglesia. Además, mientras la administración del Imperio romano se hundió en todo Occidente —hecho que se inició antes de las invasiones de los bárbaros—, el Papado se convirtió en la institución más estable de Italia, y en muchas cuestiones asumió el papel de los antiguos emperadores. El filósofo inglés Thomas Hobbes dijo en el siglo XVII: «El Papado no es más que el espectro del desaparecido Imperio romano, y su corona se sustenta sobre la tumba de aquél». El papa heredó de la Roma pagana el boato de los ropajes, las ceremonias y las instancias administrativas. No sólo era el líder cristiano y el protector de la religión ortodoxa, sino también la semilla de la civilización romana que se alzaba contra la gran masa de los bárbaros invasores del Occidente europeo.

En algunas de las provincias conquistadas, los obispos sobrevivieron de manera parecida a como lo hizo el de Roma, y la organización eclesiástica asimiló los rasgos de la del antiguo sistema imperial. Las diócesis regionales se correspondían con las divisiones territoriales del Imperio. El canon de leyes de la Iglesia recogió fuertes influencias del derecho romano. El latín permaneció como lenguaje del culto religioso, de las escuelas, de la administración y de la diplomacia. Por otra parte, la cristiandad continuó extendiéndose, y su influencia alcanzó territorios a los que los romanos nunca pudieron llegar.

El medio más eficaz que utilizó la Iglesia para difundir y preservar su credo y sus valores civilizadores fue el monasterio. El fundador de esta institución fue san Benito, que creó el gran monasterio italiano de Monte Cassino, donde escribió en el año 540 su famosa regla monacal, adoptada en los tres siglos siguientes por todos los monjes de Italia y de la mayor parte de Europa occidental.

La regla planificaba la vida diaria de un monje, entre el culto religioso, la meditación, el estudio y el trabajo manual. Contenía todo lo necesario para el gobierno de una comunidad religiosa autosuficiente que viviera de la producción agrícola. Tal era el carácter esencial de la orden benedictina. Cada monasterio era independiente, y si alguno era destruido (como el de Monte Cassino, a manos de los lombardos, en el año 581) otros le sobrevivían y conservaban lo esencial de la vida occidental a través de aquellos difíciles tiempos.

Fueron monjes benedictinos, conducidos por san Agustín de Canterbury, quienes llegaron en el año 597 a Inglaterra para evangelizar a sus habitantes. Poco después, san Columbano fue con un grupo de monjes irlandeses a Francia, instalándose primero en Bretaña y más tarde en la región de los Vosgos, donde fundaron la gran abadía de Luxeil. En la primera mitad del siglo VIII, san Bonifacio inició en Alemania la evangelización de Baviera, Hesse, Frisia, Turingia y Franconia. Una red de monasterios se expandía por Europa occidental, y con ella la cultura romana cristianizada.

Los reinos germánicos

Los bárbaros que invadieron las provincias del norte del Imperio romano durante los siglos IV y V eran pueblos germanos que fueron desplazados hacia el oeste por los hunos, una raza nórdica originaria del Asia central. Sin embargo, los germanos, al contrario que los hunos, se asentarían finalmente en las tierras del Imperio, fundando cinco grandes estados, a principios del siglo VI, desligados de los territorios orientales del Imperio romano.

El primero de aquellos estados estaba formado por el reino visigodo, con centro en Toulouse, y que incluía España. El reino ostrogodo se formó en Italia e Iliria.



Unos y otros provenían de la tribu de los godos. Otra tribu germana, la de los vándalos, cruzó el Rhin y estableció eventualmente su reino en las provincias romanas del norte de África.

Otro pueblo germano, que posteriormente jugaría un papel esencial en la historia de Europa occidental, fueron los francos, que atravesaron el Rhin y entraron en la Galia. Su príncipe, Clodoveo, que fue bautizado en Reims en el año 506, extendió gradualmente su reino que abarcó desde el Rhin hasta los Pirineos.

Esta división germánica del Imperio romano no permaneció estática durante mucho tiempo. Justiniano, emperador de Bizancio en el año 527, deseaba restablecer la autoridad imperial en Occidente. Así, Belisario, el mejor de sus generales, combatió en Cartago, de donde expulsó a los vándalos, y recuperó gran parte de las antiguas posesiones romanas del norte de África. Comandó después una expedición en Italia, y en el año 553 expulsó a los ostrogodos. Sin embargo, tras la muerte de Justiniano en el año 565, otro pueblo germano, los lombardos, penetró en Italia, y hacia el año 572 había conquistado todo el norte y la región de Toscana. Asimismo, se perdieron los territorios reconquistados por Justiniano en el norte de África, pues en el siglo VII fueron conquistados por los árabes, quienes en el siglo siguiente invadieron España, destruyendo el reino visigodo.

El reino franco

De los reinos germánicos que estaban establecidos junto al Imperio romano, sólo se mantuvo el de los francos, si bien desaparecería finalmente con la dinastía merovingia. Los francos siguieron más rigurosamente que sus hermanos la costumbre de dividir su reino entre los hijos del rey cuando éste moría, con las secuelas de una larga serie de conflictos familiares que debilitaron gravemente la corona. Dagoberto (629-639) fue el último rey merovingio. Después de su muerte, las tres principales regiones del territorio franco –Neustria, Austrasia y Borgoña– exigieron su derecho a constituirse en reinos separados, aunque estuvieran regidos por un mismo rey.

El poder efectivo, en cada una de aquellas divisiones, estaba en manos de los nobles más poderosos, los «mayordomos de palacio», cuyas principales familias lucharon entre sí para conseguir la hegemonía, mientras los últimos reyes merovingios, totalmente debilitados, eran mantenidos al margen de las disputas. La unidad fue finalmente restablecida por el «mayordomo» de Austrasia, Carlos Martel, quien hacia el año 719 conseguía ser reconocido en todo el reino franco.

Mientras tanto, los árabes, que habían conquistado España, invadían el sur de la Galia. En respuesta a una petición de ayuda del duque de Aquitania, Carlos Martel reunió un gran ejército que derrotó a los musulmanes en Poitiers, en el año 732. La caballería árabe atacó inútilmente las cerradas filas de la infantería franca, protegida con escudos y cotas de malla, y finalmente fue aniquilada. Los árabes no se aventuraron a penetrar de nuevo en aquellos territorios, y los francos recuperaron su prestigio y su liderazgo.

Los carolingios

Poco antes de su muerte en el año 741, Carlos Martel dividió su reino entre sus dos hijos, Carlomán y Pipino, pero Carlomán abdicó en el año 747 para convertirse en monje. Cuatro años después, Pipino, conocido como «el Breve» por su corta estatura, confinó en un monasterio al último descendiente de Clodoveo, el joven Childerico III, y fue proclamado por la nobleza rey de los francos, convirtiéndose en el fundador de la dinastía carolingia.

Sin embargo, contrariamente a los reyes francos que le precedieron, Pipino no sólo fue rey por elección, sino que además recibió la bendición de la Iglesia. Obtuvo del papa Zacarías un mandato, según el cual, quien detentaba el poder podía asumir el título de «rey», y fue ungido con los sagrados óleos por san Bonifacio. De este modo Pipino era rey «por la gracia de Dios», ungido como David en el Antiguo Testamento.

A partir de entonces se produjeron nuevas conexiones entre el Papado y la monarquía carolingia. La primera se produjo cuando Roma se vio amenazada por los lombardos, cuyo ejército cercó la ciudad mientras el papa Esteban II solicitaba inútilmente ayuda al emperador de Bizancio. Denegado el auxilio bizantino, el papa pidió a Pipino una intervención urgente.

El rey franco realizó dos incursiones en Italia, forzó a los lombardos a abandonar el asedio de Roma y les obligó a devolver sus conquistas. Finalizado el conflicto, los territorios situados en la Romaña y las Marcas no fueron restituidos al control de Bizancio sino que fueron conferidos al papa –donación de Quierzy, en el año 756–, como legítimo representante del poder imperial. Este tratado destruyó a los lombardos, y a su vez permitió la constitución del Estado Pontificio, independiente de todo poder temporal y base del futuro poder de la Iglesia romana.



Arriba, Pipino el Breve (714-768), hijo de Carlos Martel. Derrotó a los reyes merovingios, fue proclamado rey con la ayuda del papa Zacarías (751) y ungido por san Bonifacio en Soissons (752). Las tierras de los lombardos que entregó al papado fueron el origen de los Estados Pontificios. (Propsteikirche, Petersberg bei Fulde.)

Página anterior, tumba centroeuropea, posiblemente de un oficial militar, del año 700 aproximadamente. Aunque la composición está basada en un modelo cristiano, el estilo es típicamente escandinavo. (Abadía de Saint-Gall, Suiza.)

A su muerte, en el año 768, Pipino dividió el reino entre sus dos hijos, Carlomán y Carlos. Tres años más tarde moría Carlomán, y Carlos el Grande, conocido como Carlomagno, aseguró fácilmente su reconocimiento como único soberano.

Contrariamente a la leyenda, Carlomagno era de baja estatura, robusto, y no llevaba la célebre «barba florida». Gustaba de nadar y montar a caballo, y despreciaba el ceremonial propio de la corte. Habitó con varias concubinas, de las que tuvo numerosos hijos. Amante de las bellas artes, fue un rey notablemente culto para su época, pues hablaba latín, entendía el griego y recibió las enseñanzas de maestros de retórica, lógica, astronomía y matemáticas. Aprendió a leer, «pero sus esfuerzos no tuvieron un gran éxito porque empezó demasiado tarde», según cuenta el cronista Eginardo. Aunque no permitió nunca que la Iglesia se inmiscuyera en su vida privada, era muy piadoso y trató siempre de respetar los mandamientos religiosos.

Carlomagno se vio muy pronto involucrado en los asuntos italianos. En el año 773 cruzó los Alpes a petición del papa Adriano, después de que el rey lombardo Didier conquistara algunas de las ciudades incluidas en la donación de Pipino y amenazase de nuevo a Roma. Tras la rendición de Pavía y la reclusión de Didier en un monasterio franco, Carlomagno se anexionó todo el territorio lombardo a excepción de Spoleto y Benevento (que fueron sometidos al Papado). Se proclamó rey de los lombardos, ciñendo la famosa corona de hierro, y designó virrey a su segundo hijo, Pipino, todavía un niño. Por último, visitó a Adriano en Roma, ratificando la donación de Quierzy.

El Imperio de Carlomagno

Durante su reinado, Carlomagno luchó en muchas guerras y realizó grandes conquistas. Su impulso entrañaba tanto consideraciones de tipo político como simple ambición personal, pero en sus guerras existe también un componente religioso, pues deseó sinceramente proteger y extender el cristianismo. Fue por esto que intentó la conquista de España. Aprovechando las continuas guerras civiles de la España musulmana, condujo su ejército a través de los Pirineos en el año 778, pero obtuvo poco éxito y a su regreso fue atacado en la retaguardia, sufriendo una gran derrota a manos de los vascos de Navarra, desastre que fue recordado en la famosa *Chanson de Roland* del siglo XII. Sin embargo, continuó interviniendo en la política española, y en el año 811 su hijo mayor conquistó el territorio conocido como la Marca Hispánica, la primera provincia musulmana recuperada para el cristianismo en España.

Una de las guerras más violentas y tenaces de Carlomagno fue la que sostuvo contra los sajones, que de hecho constituyó tanto una cruzada contra el paganismo de los germanos, como una campaña de conquista. Los sajones habían cambiado muy poco desde que sus antecesores invadieran Inglaterra, a finales del siglo V y principios del VI. Eran un pueblo violento y belicoso, muy devoto de sus antiguos dioses. Año tras año, desde el 772, Carlomagno lanzó sus fuerzas contra ellos, y siempre se volvían a sublevar, aniquilando las guarniciones que había dejado, tan pronto como se retiraba.

Finalmente logró vencerles, mediante el completo exterminio de sus líderes y la deportación de miles de sajones hacia el oeste, para facilitar el acceso a los colonos francos. Los sajones no fueron completamente sometidos hasta el año 785.

La determinación de Carlomagno de unificar a todos los germanos bajo el dominio de los francos le indujo a tomar el ducado de Baviera en el año 788. El duque fue obligado a convertirse en monje, y sus dos hijos junto con sus dos hijas tuvieron que abandonar el lujoso palacio de Ratisbona a cambio de las abadías de los francos. Con esta acción, los bávaros obtuvieron de Carlomagno un mejor gobierno y más protección. Cuando su país fue invadido por los ávaros, una raza emparentada con los hunos, provenientes del Danubio central, el rey franco emprendió una feroz campaña contra ellos para exterminarlos como pueblo, aproximadamente en el año 796. Las tierras abandonadas por los ávaros hicieron posible la expansión septentrional de los germanos.

A finales del siglo VIII Carlomagno reinaba en un vasto dominio que se extendía desde el río Elba hasta más allá de los Pirineos, y desde el mar del Norte hasta el centro de Italia. Una vez más, Europa occidental estaba unida bajo un solo yugo imperial, y gobernada por un soberano cristiano que con sus conquistas había ensanchado los límites de influencia de la Iglesia. Los papas fueron muy conscientes de lo rentable que era la colaboración con la dinastía carolingia, y delegaron en ella todo el prestigio de su sólida tradición.

En el año 800 Carlomagno se encontraba en Roma, debido a una campaña italiana en ayuda del papa León III, acosado por rebeldes romanos. El día de Navidad, al final de la misa y mientras estaba arrodillado frente al altar de San Pedro, el papa le recompensó ciñéndole una corona de oro y saludándole como «*Carolus Augustus*, emperador de los romanos». El pueblo gritó: «Dios salve y bendiga a *Carolus Augustus*, coronado por la gracia de Dios, gran pacificador y emperador de los romanos», y el papa finalmente se arrodilló a sus pies, rindiéndole homenaje al estilo de los obispos de Roma cuando lo hacían ante los emperadores romanos de Constantinopla.

La actuación papal fue muy oportuna. La emperatriz Irene, viuda del emperador bizantino, León IV, había depuesto a su hijo, Constantino VI, proclamando su propio gobierno. Inmediatamente surgieron dudas acerca de si era conveniente que una mujer accediera a tal posición. Carlomagno intentó casarse con Irene, hasta que fue destronada por Nicéforo I, quien se negó a reconocer al rey franco.

Carlomagno intentó tomar Venecia, que era el último reducto de Bizancio en el norte de Italia, pero la carencia de una flota impidió la realización de este objetivo. No obstante, los hechos jugaron a su favor: cuando Nicéforo murió luchando contra los búlgaros en el año 811, Carlomagno obtuvo el reconocimiento de su título imperial por parte de la reticente Bizancio. Mientras tanto, los persas se sentían satisfechos de la coronación de Carlomagno, por los perjuicios que comportaba para sus enemigos de Bizancio, y Harum al-Raschid, califa de Bagdad, le envió múltiples regalos en señal de cortesía.

La coronación de Carlomagno acentuó la división entre Oriente y Occidente, al promover la existencia de dos emperadores, uno franco y otro bizantino. Asimismo, se intensificaron las diferencias religiosas entre ambos Imperios; el papa utilizó la coronación de Carlomagno como un signo de hostilidad hacia los emperadores bizantinos, que sustentaban la herejía iconoclasta, basada en la no utilización de imágenes en el culto religioso.

Para sus contemporáneos, la coronación de Carlomagno no supuso un prestigio especial. Por el contrario, les recordó la situación de Europa cuatrocientos años antes en la época anterior a la caída del mundo romano, cuando la paz y la unidad reinaban en Europa occidental. El propio Carlomagno pareció valorar su nuevo título como una mera distinción personal. En el año 806 decidió dividir sus tierras entre sus hijos, pero el proyecto se frustró y murió en el año 814, a la edad de 75 años, dejando un solo hijo.

Carlomagno gobernó sus territorios de manera autocrática, ayudado por sus oficiales que le acompañaban dondequiera que fuese y cuya función se establecía según sus diversas aptitudes, tanto en tiempo de guerra como de paz. Escogió como asesores a amigos de su confianza,



ya fueran nobles o eclesiásticos, convocándolos a su presencia de modo provisional o permanente. Sin embargo, a medida que los acontecimientos se sucedían, y sobre todo en sus últimos años, el gobierno del Imperio dependió exclusivamente de la sabiduría y la energía del emperador.

Bajo Carlomagno, el gobierno local continuó las tradiciones francas. En las marcas o distritos fronterizos, duques y margraves dominaban varios condados. Por otra parte, existían entre 200 y 250 condados, gobernados por sus respectivos condes, de modo similar a la diócesis de un obispo. Estos condes eran responsables de las cuestiones administrativas, judiciales y militares. Los lazos de unión entre ellos y su superior se materializaban a través de unos enviados, los *missi dominici*.

Sin embargo, la garantía última del buen gobierno dependía de la personalidad del responsable supremo. Con su sola presencia podía imponer su decisión a los condes y a los nobles, y asegurar el mantenimiento del orden y la justicia. En consecuencia, Carlomagno realizó constantes viajes a través de su inmenso reino. Cuando la enfermedad le confinó en su capital de Aquisgrán, en el año 808, sus múltiples decretos revelaron el surgimiento de una continua ola de abusos.

Carlomagno (742-814), en el momento de ser coronado emperador por el papa León III en la Navidad del año 800. Esta coronación simbolizó la alianza entre el reino franco y el Papado, que provocó la ruptura entre Roma y Constantinopla.

El renacimiento carolingio

El Imperio fundado por Carlomagno no desapareció con su muerte, pero ésta señala el inicio de la crisis de su unidad y el declive de su prosperidad. Bajo su impulso personal y en alianza con la Iglesia, Carlomagno promovió una revitalización de la enseñanza y de la cultura, alcanzando tal nivel que puede hablarse de un «renacimiento carolingio».

El primer objetivo cultural de Carlomagno fue mejorar el nivel de educación del clero, muchos de cuyos miembros eran sumamente ignorantes. Ordenó el establecimiento en todas las diócesis imperiales de escuelas parroquiales de enseñanza elemental, así como de escuelas superiores vinculadas a las abadías o catedrales, destinadas a enseñar a los futuros clérigos, e incluso intentó que los párrocos fuesen los encargados de dirigir esta enseñanza. Se redactaron muchas obras, y las bibliotecas de los monasterios ampliaron sus fondos. Aunque era poco usual que los laicos recibieran educación, Carlomagno ordenó la fundación de una escuela en su palacio, donde se educaron sus hijos y los jóvenes nobles. Esta escuela se convirtió en un importante centro intelectual. El mismo Carlomagno y sus cortesanos, a pesar de su edad, dieron ejemplo con su dedicación al estudio. Lecciones, polémicas sobre toda clase de temas, y la ingeniosa resolución de acertijos versificados dominaron la vida de la corte. El propio rey era un gran aficionado a la controversia teológica, y su libro favorito fue *La ciudad de Dios*, de san Agustín.

Los mejores maestros de Carlomagno provenían del extranjero. Pedro de Pisa, el gramático, y Pablo el Diácono, el historiador de los lombardos, eran italianos, mientras que Teodulfo, el mejor versificador en latín del momento, era español. El inglés Alcuino, que procedía de la famosa escuela episcopal de York, preparó una revisión del texto de la Vulgata, o Biblia latina, y estudió la renovación de los servicios de la Iglesia.

La disolución del Imperio carolingio

A Carlomagno le sucedió su hijo Ludovico Pío (814-840), quien en el año 817 nombró a su primogénito, Lotario, coemperador, con autoridad sobre sus dos hermanos menores, a los que Ludovico asignó reinos fronterizos. En el año 823 Ludovico tuvo otro hijo, Carlos, más tarde llamado «el Calvo», hijo de su segunda mujer, la cual dispuso todo lo necesario para asegurarle la herencia. El resultado fue un cúmulo de repartos y de guerras civiles entre los diferentes miembros de la casa real que sucedieron a Ludovico. Finalmente, Lotario fue derrotado en la batalla de Fontenoy, en el año 841, por una alianza entre sus dos hermanos, Luis el Germánico y Carlos el Calvo, unidos por el famoso Juramento de Estrasburgo. Este documento estaba redactado, significativamente, en las dos lenguas habladas por las tropas en liza, alemán y francés, y no en latín. Las dos partes triunfantes reordenaron su poder, y en el año 843 se firmó el Tratado de Verdún, según el cual el Imperio carolingio se dividía en tres partes. Lotario recibió el título de emperador y una gran parte del territorio que se extendía desde Italia hasta el mar del Norte, incluyendo Roma y Aquisgrán, y la principal ruta comercial que unía Frisia y el valle del Po. Carlos obtuvo la parte occidental y Luis la oriental, que correspondían respectivamente a la Francia y Alemania actuales.

Sin embargo, la división no fue permanente. La parte central del reino, Lotaringia, se convirtió pronto en presa de sus vecinos. Un sector fue protegido por Francia y el otro por Alemania. Por otra parte, una región de considerable extensión, alrededor del Ródano, se constituyó en reino independiente, recibiendo el nombre de Borgoña de Arlés. El emperador sólo retuvo Italia, y después del derrocamiento del último emperador carolingio, Carlos el Gordo, en el año 887, el país se convirtió en un caos. Si bien algunos príncipes menores fueron coronados emperadores y reyes de Italia, el título perdió su significado y por último desapareció. No obstante, con esta disolución nacieron tres países: Francia, Alemania e Italia.

La degeneración del Imperio franco expuso a Europa occidental a los ataques de nuevos invasores: los árabes en el sur, los magiares y húngaros en el este, y los escandinavos en el norte.

Los magiares eran un complejo étnico de tribus nómadas, provenientes de más allá de los Cárpatos. Hacia el año 896 ocupaban las tierras comprendidas entre las orillas del Dnieper y el Danubio central. Desde siempre sembraron el terror entre los pueblos vecinos con sus incursiones, en las que incendiaban pueblos y aldeas, mataban a los hombres, capturaban a las mujeres y se llevaban el ganado.

Primero avanzaron hasta las fronteras de Italia y más tarde hasta las de Sajonia y Baviera. En el año 912 continuaron hacia Suabia, Turingia, Lorena y la misma Borgoña. Después cruzaron los Alpes, y entre los años 921 y 926 saquearon el norte de Italia y la región de Toscana. Sin embargo, su poder declinó a mediados de siglo, y en el año 955 fueron derrotados definitivamente por Otón el Grande, rey de Alemania, en la batalla del Lech. Con ello cesaron sus invasiones, y se asentaron en Hungría. Los ataques de los musulmanes (o «sarracenos», según el léxico occidental de la época) contra Europa occidental se desarrollaron en dos frentes. Uno fue la invasión de Sicilia y del sur de Italia, que comenzó en el año 827 y fue protagonizada por los emires de Túnez: tomaron Palermo en el 831 e invadieron el continente seis años más tarde, conquistando Bari en el 840 y asediando Roma en el 846. Sin embargo, la compleja geografía italiana dificultó su avance hacia el interior. Finalmente los francos les derrotaron, y en el año 871 el emperador Luis II reconquistó Bari.

El segundo frente se inició con las campañas contra las costas del sur de Francia, realizadas por grupos reducidos con bases de partida en el litoral de la España musulmana.

Los vikingos

La invasión más importante de los siglos IX y X la realizaron los vikingos (o daneses, u «hombres del norte»), provenientes de las frías tierras de Escandinavia. Las causas de aquella repentina explosión de hostilidad allende los mares no son muy conocidas, pero es probable que fuera el resultado de un exceso demográfico. Los bosques y montañas de Escandinavia no facilitaban la expansión de nuevos pobladores. Además, la geografía de la región impulsaba a sus habitantes a la navegación, y resultaba natural que se sintieran atraídos por la riqueza de unas tierras cercanas.

Los vikingos navegaban en unos barcos estrechos y alargados, propulsados a gran velocidad por velas y remos. Cada nave, con un jefe y unos cincuenta hombres, actuaba como una unidad independiente. Inicialmente, los vikingos realizaban expediciones de saqueo, llevándose botines y capturando gente para proveer con mercancías y esclavos los mercados musulmanes. Posteriormente, su objetivo fue establecerse en las tierras más meridionales.

Las primeras expediciones vikingas contra Occidente parecen iniciarse a principios del siglo VIII. Atacaron las costas del sur de Inglaterra en el año 787, y prosiguieron con nuevas incursiones, especialmente en la época estival. En el año 851 se establecieron allí, y hacia el 875 habían configurado ya la colonia de Danelaw, al tiempo que proseguían sus incur-

EL IMPERIO FRANCO, INGLATERRA Y ORIENTE

Año	El Imperio franco		Inglaterra	Bizancio y el Islam
600	Dagoberto (628-639) Declive de los merovingios Pipino de Herstal obtiene la mayordomía de Austrasia (679); gobernador de los francos (687-714)		Propagación del cristianismo San Agustín funda su sede en Canterbury (602) Edwin de Deira, rey de Northumbria (617-633) Sínodo de Whitby (664) Beda el Venerable (673-735)	Muerte de Mahoma (632) Conquista de Persia por los árabes Constantino IV (668-685)
700	Carlos Martel (715-741) Pipino el Breve (751-768) funda la dinastía carolingia Carlomagno rey de los francos (768-814) Carlomagno, emperador del Oriente (800)		Offta derrota a los sajones orientales (776) Primeras incursiones vikingas	Los árabes conquistan España León III Isaurio (717-741) El ejército musulmán es derrotado en Poitiers (732) Harum Al-Raschid (786-809) y la corte de Bagdad
800	Ludovico Pío (814-840) División del Imperio franco (843)		Egberto de Wessex (802-839) Egberto reconocido como señor de Inglaterra (828) Se reanudan las incursiones vikingas (838)	Los árabes ocupan Sicilia Los árabes en Roma (846)
	Francia	**Germania**		
	Carlos el Calvo (843-877) Grandes áreas de Francia son devastadas por los vikingos	Luis el Germánico (843-876) Invasiones magiares	Reino danés en York (866) Alfredo el Grande (871-900) Compilación y sistematización de leyes (878)	Basilio I (867-886)
900	Rollon, primer duque de Normandía (911) Luis V (986-987), último rey carolingio en Francia Hugo Capeto (987-996) funda la dinastía de los Capetos	Luis el Niño (899-911), último rey carolingio en Germania Enrique I (919-936) Otón el Grande es coronado emperador en Roma (936-973) Los magiares son derrotados en Lechfeld (955) Otón III (983-1002)	Etelstano rey de Inglaterra (925-939) Edgardo rey de Inglaterra (959-975) Etelredo el Desprevenido (978-1016) Nuevas incursiones vikingas en Inglaterra (980)	Expansión de Bizancio Romano I Lacapeno (919-944) Califato de Córdoba Fatimíes en Egipto



El emperador Carlos II el Calvo (823-877), hijo de Ludovico Pío. La Biblia de donde proviene esta ilustración fue una de las mayores aportaciones del arte carolingio. (Bibliothèque Nationale, París.)

siones y conquistas por todo el norte de Europa. Invadieron la mayor parte de Irlanda y se establecieron en las islas del norte de Escocia, en Islandia y en Groenlandia. Navegaron luego hacia los Países Bajos, Francia y el litoral occidental de España, penetrando incluso hasta Aquisgrán, donde en el año 881 destruyeron la tumba de Carlomagno. Algunos grupos penetraron también en el Mediterráneo, desalojando momentáneamente a los sarracenos de Sicilia y consolidando efímeras colonias en la isla y en el sur de Italia. También exploraron las costas del mar Báltico, entrando en Rusia y navegando por el Volga hasta llegar al mar Caspio, y por el Dnieper hasta el mar Negro y Constantinopla. Parece factible que algunos de ellos cruzaran el Atlántico y llegaran a las costas de Nueva Inglaterra, en América del Norte. Las incursiones de los vikingos en Francia se concretaron en la misma zona de la costa de los ataques sarracenos. En el año 843 invernaron por primera vez en Francia y conquistaron Nantes, y entre los años 879 y 889 devastaron los territorios del Loira y el Rhin. Cualquier resistencia fue inútil.

Rollon amenazó París en los años 885 y 911. En la segunda ocasión Carlos el Simple negoció con el jefe vikingo, cediéndole la parte inferior del Sena, tras aceptar Rollon la conversión al cristianismo. Así nació el ducado de Normandía.

Carlos el Calvo
Lotario
Luis el Germánico
Estados Pontificios

MAR DEL NORTE
VIKINGOS
GALES
INGLATERRA
CANAL DE LA MANCHA
SAJONIA
Rin
Magdeburgo
Aquisgrán
AUSTRASIA
Tréveris (Trier)
Maguncia
Soissons
BRETAÑA
París
Verdún
Metz
NEUSTRIA
Danubio
MAGIARES
SUABIA
BAVIERA
ÁVAROS
Poitiers
BORGOÑA
GOLFO DE VIZCAYA
Lyon
LOMBARDÍA
Venecia
Milán
AQUITANIA
Tolosa (Toulouse)
Ravena
Pamplona
Fraxinet
MAR ADRIÁTICO
IMPERIO BIZANTINO
Spoleto
SARRACENOS
Roma
CALIFATO DE CÓRDOBA
Barcelona
MAR MEDITERRÁNEO

El papa y el emperador

En la época del feudalismo la Iglesia ejerció una influencia extraordinaria en todos los países europeos. Desde el siglo XI, era la institución hegemónica. La enseñanza, la moral, el arte y la cultura, el desarrollo económico, la política de los gobernantes y la vida cotidiana del pueblo, todo estuvo sometido a su influjo. La Iglesia fue la impulsora de las cruzadas, y a pesar de sus debilidades y su corrupción, el Papado se enfrentó con éxito a un poderoso enemigo, el emperador del Sacro Imperio romano, quien llegó a la independencia de la institución clerical. El conflicto entre papas y emperadores protagonizó la historia de Europa occidental entre los siglos XI y XIII, y globalmente, el resultado de la confrontación señala el declive del poder político del Imperio, pero también el de la autoridad espiritual del Papado, sentando las bases históricas para el dominio del poder político sobre el religioso.

Cuando el Imperio carolingio, después de la muerte de Carlomagno, se dividió en numerosos y pequeños dominios feudales rivales entre sí, el Papado sufrió un hundimiento similar, funesto para su prestigio y su poder. Los papas sucesivos fracasaron en el intento de proporcionar a la Iglesia el ansiado liderazgo. Muchos de estos papas fueron corruptos e incompetentes, y algunos han pasado a la historia por su vida licenciosa e inmoral. Durante esta larga crisis, fueron muchos los gobernantes e intelectuales que creyeron inminente el fin de la Iglesia.

En realidad, el Papado no se recuperó de la grave crisis hasta bien entrado el siglo XI. La figura principal del resurgimiento fue el monje Hildebrando, impulsor de una reforma que prosiguieron varios de sus sucesores. Hildebrando tenía



un alto concepto de las obligaciones de la vida clerical, así como de las normas que sus miembros debían observar, a fin de que el pueblo les brindara el respeto exigido por su magisterio religioso. Cuando este monje se convirtió en Gregorio VII, en 1073, propugnó la extensión de la hegemonía temporal del Papado sobre los reyes europeos, pero su éxito fue circunstancial.

Internamente, el control del papa sobre la Iglesia se afirmó considerablemente, y la institución se convirtió en una monarquía centralizada en la «curia romana», órgano encargado de dictaminar acerca de las cuestiones eclesiásticas importantes. El papa materializaba sus reflexiones en las «bulas», y como vicario de Cristo, solamente él tenía el poder de conceder la absolución para los pecados muy graves, reafirmando así su autoridad sobre el resto de los clérigos.

Los arzobispos y los obispos eran los eclesiásticos de mayor rango de cada país. Cada uno de ellos gobernaba una diócesis, la cual era un distrito formado por un grupo de parroquias. Su iglesia era la catedral, en la que tenían su *cathedra* o trono. Los obispos alcanzaron, pues, una posición privilegiada en la sociedad feudal. Poseían palacios, vivían fastuosamente y viajaban con un numeroso séquito, y por su cargo eran a menudo utilizados por los monarcas como ministros o embajadores.

El creciente poder y actividad del Papado le obligó a recurrir a diversas fuentes de recaudación de dinero. Los ingresos que obtenía de su territorio eran insuficientes para cubrir sus necesidades, y tuvo que pedir ayuda mediante colectas, y especialmente mediante impuestos obligatorios. El resultado de este proceso fue un cúmulo de denuncias sobre el incremento de la corrupción y de las extravagancias en la corte papal. Los papas del siglo XII tuvieron que pedir abundante dinero prestado y emplear a banqueros lombardos para que administraran sus finanzas.

Por otra parte, cada diócesis, catedral y abadía poseía tierras, generalmente donaciones de fieles devotos, siendo esos terrenos la base económica para devolver sus prestaciones a los señores feudales. La Iglesia disponía también de feudos, a través de los cuales obtenía tributos de sus vasallos. Por su parte, los clérigos de las parroquias se mantenían gracias a los diezmos, donaciones que consistían en la décima parte de todos los productos que proporcionaba la tierra.

La autoridad de la Iglesia se expresaba a través de un conjunto de reglas eclesiásticas conocidas como el «canon», normativa que debía ser respetada tanto por el clero como por los laicos. El canon estuvo fuertemente influenciado por las antiguas leyes romanas y fue un elemento estabilizador, pues durante gran parte del feudalismo prevaleció sobre las leyes civiles. Su contenido afectó profundamente la vida cotidiana de los pueblos; el matrimonio, la educación de los hijos, la prestación de juramentos, la usura, la legitimidad y los diezmos, todo estaba bajo su tutela. Su influencia se extendió, pues, más allá de los límites de la propia Iglesia, configurando la personalidad de la civilización medieval.

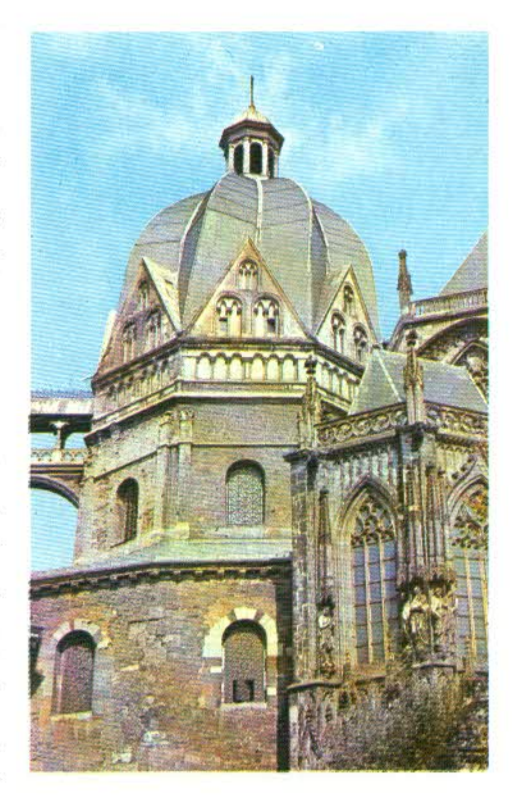
El reforzamiento del canon fue una intención permanente de la curia romana. Por ejemplo, la Iglesia insistió en juzgar a los clérigos con tribunales eclesiásticos, legislando que el máximo castigo que debía infligirse al clérigo culpable de asesinato u otros crímenes debía ser una degradación que le convirtiera de nuevo en un hombre laico. Y todos los laicos que violaran el canon estaban sujetos a la jurisdicción de los tribunales eclesiásticos. Muchos delitos sólo recibían castigos menores, aunque un individuo podía ser penalizado por no asistir a la iglesia, o una mujer azotada por hacer sus faenas en domingo. Para los delitos graves, como la herejía, el castigo supremo era la excomunión, o exclusión de la Iglesia. Este último era un castigo grave, pues las leyes civiles apoyaban la autoridad de los tribunales eclesiásticos, y por ello una persona excomulgada debía ser proscrita, encarcelada, o quemada si era hereje.

La vida monástica

En la Edad Media la forma más elevada de devoción religiosa se identificaba con la vida monástica. Los monjes y monjas que escogían esta condición buscaban una vida más espiritual que la que habitualmente podían encontrar en el mundo cotidiano. El monaquismo cristiano tiene su origen en el siglo IV, cuando en el desierto egipcio unos hombres piadosos vivían como eremitas, ocupados en rezar y realizar trabajos manuales. Esta forma de vida se expandió luego por toda Europa. En Irlanda, por ejemplo, los primeros monjes vivieron en comunidades compuestas por grupos de cabañas.

La época más importante del monaquismo occidental se inicia en el siglo VI con san Benito, fundador de la orden benedictina. Debido al color de su hábito, los benedictinos fueron conocidos como los «monjes negros», y pronto se establecieron en numerosos países.

Las principales virtudes recomendadas por la orden de san Benito eran la obediencia a los superiores y la humildad. Los monjes no debían vivir según sus deseos,



Arriba, la capilla octogonal del palacio de Carlomagno en Aquisgrán (siglo IX) es el monumento más notable del período carolingio.

Página anterior, arriba, el Imperio de Carlomagno fue dividido en tres partes por el Tratado de Verdún (843). Las partes occidental y oriental han sobrevivido encarnando a Francia y Alemania, respectivamente, pero la central, Lotaringia, ha sido siempre origen de disputas.

Página anterior, abajo, san Benito, fundador de la orden benedictina (hacia 529), bendiciendo a Desiderio, uno de sus sucesores, en la abadía de Monte Casino. (Biblioteca del Vaticano, Roma.)

sino como su abad o prior les ordenaba, e incluso la manera de orar estaba fijada con precisión. La idea predominante en sus vidas era la reclusión. Vivían marginados de la sociedad civil para poder alcanzar la virtud y la santidad, aunque esto no significaba que los monasterios no ejercieran influencia sobre el mundo circundante. De cualquier modo, se convirtieron en poderosos agentes misioneros que salvaron a la cristiandad del aniquilamiento por la acción de los bárbaros paganos. En realidad, el ideal monástico dominó la Iglesia de Occidente a lo largo de cien años, influyendo en la forma de su religión y proporcionándole su poderosa fuerza e inspiración. La religión medieval fue prácticamente sinónimo de monaquismo.

Sin embargo, con el paso del tiempo numerosos monasterios benedictinos se alejaron de las reglas estrictas de su fundador. Recibían importantes donaciones de tierras, por lo que se incrementó su riqueza, y los monjes vivían de modo más relajado y confortable. En los siglos X, XI y XII fueron creadas nuevas órdenes y reformadas otras con el fin de revivir el monaquismo y adaptarlo a las nuevas necesidades sociales. Una orden que destacó pronto sobre las restantes fue la orden cluniacense. Tuvo su centro original en la abadía de Cluny, en la Borgoña, y fue fundada en el año 910 por Guillermo el Piadoso, duque de Aquitania, que pretendía que la abadía observara la regla benedictina con su rigor inicial. La reputación conseguida con sus dos primeros abades, san Odón y san Bernardino, atrajo a muchos hombres que deseaban vivir rígidamente el monaquismo, y un creciente número de monasterios siguieron su ejemplo.

Los monasterios cluniacenses dedicaban más tiempo al culto religioso y menos a los trabajos manuales, pero la mayor innovación estribó en la relación entre sus miembros. Puesto que las abadías benedictinas eran independientes, las casas cluniacenses formaron sobre idénticas bases una congregación disciplinada y organizada —capaz de sobrevivir en una Europa sometida a las incursiones de los bárbaros—, controlada por la propia abadía de Cluny y susceptible de actuar de forma unida en toda la cristiandad. La abadía de Cluny estaba dirigida por un abad, que visitaba periódicamente los monasterios restantes, gobernados por priores, con el fin de asegurarse de la obediencia a las reglas y a la política de la orden. Los monasterios cluniacenses crecieron de tal forma que 200 años después de la fundación de Cluny eran más de dos mil.

Los cluniacenses ejercieron una influencia decisiva en la Iglesia, especialmente en los siglos XI y XII. Sus abades y priores, provenientes de familias nobles, se ganaron paulatinamente la confianza de papas y monarcas, creando las condiciones para el declive de los arzobispos y cardenales. Sus ideales inspiraron las reformas de León IX, que fue papa desde 1048 a 1054, y de Gregorio VIII, que había sido monje de la orden. Ambos hicieron especial incapié en las medidas sobre el celibato de los clérigos y en la represión de la simonía.

La orden de los cartujos, contrariamente a la de los cluniacenses y a las otras órdenes, no surgió de una reforma de la orden benedictina. Tenía mucho más en común con los primeros eremitas de Oriente, y fue una orden estrictamente contemplativa. Su fundador fue san Bruno, un canónigo de Colonia que en 1084 construyó un monasterio en la Grande Chartreuse, una agreste región del sudeste de Francia. Sus principios eran el aislamiento y la pobreza, y sus monjes hacían votos de silencio, habitando en celdas individuales donde rezaban y estudiaban, reuniéndose con sus cofrades sólo para el ceremonial del culto y las comidas de los días festivos.

De manera gradual, muchos monasterios de la congregación de Cluny incrementaron sus riquezas mediante la posesión de edificios y de tesoros donados por fieles. La orden cisterciense, la más importante de las nuevas órdenes monásticas, apareció como protesta contra aquella relajación. En 1098, Roberto, prior del monasterio cluniacense de Molesme, y un grupo de monjes establecieron una nueva casa en Citeaux, situada en un bosque pantanoso, no lejos de Dijon. Allí intentaron establecer una forma de monaquismo benedictino más estricta y primitiva que cualquiera de las existentes en aquel momento. La nueva orden obtuvo la mayor parte de su renombre con Bernardo de Claraval, el predicador de la Segunda Cruzada, que en 1113 se hizo cisterciense. A fines del siglo XII se habían fundado más de 500 abadías cistercienses.

Los fundadores de la orden del Císter intentaron crear un sistema intermedio entre la rígida centralización de Cluny y la independencia de las casas benedictinas. Cada nueva abadía cisterciense tenía una casa madre, con un abad que les visitaba anualmente, y a su vez cada abadía debía convertirse en casa madre, con varias casas dependiendo de ella y a las que debía supervisar. La propia abadía de Citeaux era visitada por los abades de sus cuatro casas más antiguas, y una vez al año todos los abades acudían a Citeaux para regular y discutir los asuntos de la orden.

Los cistercienses escogieron para sus monasterios emplazamientos muy alejados de los núcleos de población civil. Sus iglesias no fueron tan grandiosas como las de los cluniacenses, y carecieron de una rica decoración. Los vestidos de los monjes no estaban confeccionados con materiales lujosos: eran túnicas de lana cruda blanca, por la que se les denominó «monjes blancos». Durante la mayor parte del año sólo comían una vez al día, y no probaban nunca el pescado, la carne, los huevos o la manteca, bebiendo leche en contadas ocasiones. Se suponía que estaban dedicados al trabajo manual, en el que eran ayudados por hermanos legos. Éstos realizaban votos de obediencia, pobreza y castidad, vivían también en el monasterio, donde desarrollaban gran parte de las labores prosaicas, con lo que los monjes tenían más tiempo para el culto, la oración y el estudio.

Los parajes que circundaban a los monasterios eran agrestes. Casi siempre estaban situados entre grandes bosques, y a veces, en las laderas de una montaña de difícil acceso. El laboreo de la tierra y el pastoreo de rebaños constituían su principal actividad no piadosa.

Los benedictinos, los cluniacenses, los cartujos y los cistercienses fueron las órdenes monásticas más importantes de la Edad Media, pero también hubieron otras. Entre los años 1020 y 1120 se formaron no menos de ocho nuevas órdenes, entre ellas la de los agustinos, que se desarrolló en el siglo XI y estaba formada por monjes que vivían juntos en comunidades, siguiendo una regla que estaba de acuerdo con las enseñanzas de san Agustín. En muchos aspectos vivían de modo similar a los otros monjes, pero su regla era tan flexible que les permitía desarrollar otras tareas. Algunos tenían a su cargo una parroquia, y otros supervisaban hospitales. Otra nueva orden fue la de los premonstratenses, fundada en 1120 en Prémontré, cerca de Laon, por san Norberto.

Las mujeres compartieron también el desarrollo del monaquismo. El mismo san Benito y su hermana santa Escolástica fundaron la orden de las monjas benedictinas, y las nuevas órdenes posteriores también fundaron casas para mujeres. Los deberes de las monjas respecto al culto y la oración eran los mismos que los de los monjes, y realizaban además labores manuales, como coser y bordar, entre otras. En general, los conventos estaban mucho menos dotados que los monasterios, aunque algunas de las antiguas fundaciones benedictinas, particularmente en Alemania, poseían riquezas, y sus miembros eran únicamente mujeres de la alta nobleza. Los conventos medievales padecieron siempre la práctica de las familias que les enviaban las hijas no deseadas, especialmente a las que no podían dotar.

El papel de la religión en la Edad Media

En la Europa occidental de la Edad Media la fe cristiana difundida por la Iglesia constituía un factor esencial en la vida de las personas, desde los estratos más ricos de la población a los más humildes. Los domingos y días festivos las gentes acudían a los servicios religiosos, realizados todavía en latín, por lo que muy pocos podían entenderlos, pero sí captaban el ambiente que emanaba de aquellos ventanales de cristales coloreados, de las pinturas murales, del crucifijo situado sobre la planta en cruz y de la gran cúpula cubierta por una enorme pintura representando el Juicio Final. Había además numerosas estatuas e imágenes de santos, que eran invocados por las gentes en sus plegarias.

La mayor parte de la vida religiosa del pueblo estaba basada en los sacramentos de la Iglesia, que en el siglo XIV eran siete: el bautismo, la confirmación, la eucaristía, la penitencia, la extremaunción, el orden sagrado y el matrimonio. De todos ellos, la eucaristía (o la misa) era el de mayor significación. En cada celebración de la misa renacía el sacrificio de Cristo en la cruz: su cuerpo y su sangre eran ofrecidos de nuevo para rogar a Dios por los pecados humanos.

Los peregrinos desarrollaron también una importante actividad en la vida religiosa del Medioevo. Una de las primeras costumbres de los cristianos era peregrinar a Jerusalén para visitar los lugares consagrados por la presencia de Cristo; Roma también fue siempre un lugar de peregrinación, si bien lo más habitual eran las visitas a los santuarios que guardaban reliquias de santos. Entre los centros de peregrinación más importantes de Europa estaba Santiago de Compostela, en donde se suponía que estaba la tumba de Santiago apóstol, y Colonia, cuya catedral contenía una reliquia de los Reyes Magos.

La construcción masiva de iglesias fue un fenómeno propio de todos los países de Europa occidental durante los siglos XI y XII. Durante aquel período predominó la arquitectura de estilo románico. Los constructores habían conseguido igualar la destreza de los antiguos romanos en la talla y labrado de la piedra. Las principales características de aquel estilo eran los techos de piedra, formando bóveda, y los arcos redondos, que los constructores imitaron de los romanos, al igual que la solidez estructural. La planta de las iglesias era habitualmente una cruz latina, formada a partir de la estructura de la basílica romana, a la que se añadieron los cruceros y un baptisterio más amplio. La primera decoración románica fue sencilla, pero posteriormente el arco redondo fue combinado con ricas columnas labradas, capiteles y esculturas.



Offa, monarca del reino inglés de Mercia del 757 al 796. Fundó un monasterio en memoria de san Albano, muerto en el 303 después de Cristo. Este rey ordenó la construcción de una gran vía de comunicación entre su reino y el de Gales. (British Library, Londres.)

Roma y el Imperio

Aunque la Iglesia medieval se adaptó con gran facilidad a la sociedad feudal e influenció todos los aspectos de la vida de la época, para consolidarse tuvo que luchar contra el poder político. En el siglo X el poder clerical era débil y estaba bajo el control de la nobleza romana, hasta que en el año 963 Otón el Grande obtuvo el derecho de nombrar al papa. Como respuesta, el movimiento reformador de la Iglesia del siglo XI exigió que cesara dicho control. El papa Nicolás II, en 1059, decretó que las elecciones papales se limitarían solamente a los cardenales. Los principales oponentes de la disputa que se planteó entre papas y emperadores fueron Enrique IV y Gregorio VII.

El reino germano fue el primer país franco que se recuperó tras los desórdenes de fines del siglo IX. El resurgimiento de la monarquía germana se inició con la

elección en el año 919 de Enrique, duque de Sajonia, que fue el primer rey no franco de este reino. Le sucedió en el año 936 su hijo Otón I el Grande. Padre e hijo se orientaron hacia la consolidación de su dominio en Alemania, especialmente en las marcas orientales y en los bosques situados entre el Elba y el Oder, que pronto fueron sometidos, así como Bohemia, que se convirtió en un estado tributario.

Otón, tras haber cimentado su poder en Alemania, intentó imitar a Carlomagno haciéndose coronar emperador y asumiendo una posición especial como protector del Papado. Los acontecimientos de la época le llevaron a intervenir en la política italiana, pues esta provincia imparcial estaba al borde del colapso, dominada por el hambre y la pobreza, por las incursiones de sarracenos y húngaros, y por los conflictos entre señores feudales y falsos emperadores. En el año 951 Otón cruzó los Alpes con su ejército, derrotó a sus rivales y se proclamó rey de Italia. Su petición al papa de ser coronado en Roma no fue atendida y hubieron de transcurrir once años para que sus deseos se convirtieran en realidad.

En el año 959 Juan XII, que era papa por ser hijo del jefe de la nobleza romana, pidió ayuda a Otón para luchar contra los gobernantes del norte de Italia. Otón accedió, venció a los enemigos del papa y entró en Roma, donde fue coronado emperador en el año 962. Por su parte, el emperador concedió al papa el *Privilegium Ottonis*, según el cual se aseguraba la protección al Papado, pero reafirmaba el derecho del emperador a confirmar la elección del papa a cargo del «clero y el pueblo de Roma», derecho que había sido concedido al emperador Lotario I en el año 824. Cuando Otón abandonó Roma, Juan XII intentó recuperar su independencia anulando los acuerdos, lo que provocó el precipitado regreso del emperador, que recuperó sus derechos por decisión del nuevo papa León VIII, un laico que se convirtió en obispo en dos días y que fue obligado a jurar que ningún otro papa sería consagrado sin haber realizado el voto de lealtad al emperador. Tras la segunda partida de Otón, el depuesto papa Juan destituyó a León, pero murió mientras Otón volvía de nuevo a Roma. Finalmente, Benito V fue elegido papa por los romanos en el año 964, pero Otón cercó la ciudad, sometiéndola por el hambre, y reinstauró a León. El triunfo del emperador era absoluto.

Sin embargo, Italia habría de ejercer una desafortunada atracción sobre los sucesores de aquel emperador, Otón II (973-983) y Otón III (983-1002), pues ambos pretendieron asegurar su autoridad sobre la península, iniciando un período de conflictos y descomposición que afectó a la propia Alemania. No obstante, el poder imperial renació bajo los tres emperadores siguientes, Enrique II (1002-1024), Conrado II (1024-1039) y Enrique III (1039-1056), y el Imperio alcanzó la cumbre de su poderío y prosperidad. La influencia de la nobleza estaba controlada, los nuevos reinos de Hungría, Polonia y Bohemia pagaban tributos y el reino de Borgoña formaba parte del Imperio, por lo que Enrique III poseía los mismos dominios que Carlomagno a excepción de Francia.

Como resultado de las rivalidades entre la nobleza romana, en el año 1045, había tres papas que reclamaban para sí el derecho de ocupar la sede. Enrique III, que fue conocido como «el hacedor de papas», los destituyó y garantizó en lo sucesivo la elección de papas germanos, aunque ello no significó el definitivo control imperial del Papado.

La llegada de los normandos

Una nueva fuerza que hizo su aparición en Italia se constituyó en un factor que incidiría en las relaciones entre el Papado y el poder imperial. Los normandos llegaron al sur de Italia en 1016, como mercenarios contratados por uno de los jefes lombardos. Pronto se dieron cuenta de que podían sacar provecho de aquella descomposición política, conquistando para sí el país. En 1030 fundaron un principado en Nápoles, e intentaron ampliar sus fronteras.

Los normandos fueron conquistadores crueles e inhumanos. Las noticias de sus atrocidades en el sur de Italia causaron indignación en Roma, y el papa León IX decidió promover la expulsión de los invasores. Tras haber fracasado en su petición de ayuda a Enrique III y al emperador bizantino, él mismo comandó una expedición hacia el sur, pero su improvisado ejército no pudo competir con los normandos: fue derrotado y capturado en Civitate, en 1053. Liberado a los pocos meses, el papa murió en Roma al año siguiente.

Sin embargo, poco tiempo después la política papal hacia los normandos experimentó un cambio sorprendente. La muerte de Enrique III fue un golpe fatal para el control imperial del Papado; Enrique IV, al sucederle, sólo contaba seis años de edad y su madre, la emperatriz Inés de Poitou, asumió la regencia. Cuando Víctor II, el último de los papas protegidos de Enrique III, murió en 1057, los reformadores de la Iglesia consiguieron elegir como sucesor a uno de los suyos, el cardenal Federico de Lotaringia, que tomó el nombre de Esteban IX, y la regente le otorgó su reconocimiento. El peligro de este precedente se puso pronto de manifiesto, pues Esteban murió al año siguiente y fue sucedido por otro papa reformista, Nicolás II, quien en 1059 ordenó que los futuros papas fueran elegidos por los cardenales.

Esta vez la regente rehusó aceptar lo que consideraba un desafío a la autoridad imperial. Como respuesta, el papa se dirigió a los normandos solicitando ayuda. De este modo, en 1059 el jefe normando Roberto Guiscardo se comprometió a defender la independencia del Papado ante cualquier enemigo.

En recompensa, el papa reconoció las conquistas de los normandos y otorgó el título de duque a Guiscardo. La ruptura manifiesta entre el Imperio y el Papado había comenzado.

El resurgimiento de la Iglesia

Las verdaderas hostilidades se produjeron tras la elección del monje Hildebrando como papa Gregorio VII, en 1073. Siendo arcediano de la Iglesia romana había ejercido ya una gran influencia en la administración papal, y su elección por los cardenales fue unánime. Resuelto y combativo, el nuevo papa era también pragmático y poco escrupuloso en lograr sus objetivos. Su breve estancia en la abadía de Cluny, entre 1047 y 1049, había reforzado la austeridad de sus puntos de vista sobre la vida de los clérigos y sobre la necesidad de liberar a la Iglesia del control político.

Aunque Gregorio fue un reformista convencido, las ideas que defendía no eran revolucionarias ni originales. Otros reformadores eclesiásticos habían impulsado ya diversas medidas con el fin de mejorar la Iglesia. Una de ellas fue la prohibición del acceso del clero al matrimonio, la cual databa del lejano siglo IV, aunque no se cumplía. Otra fue la abolición de la simonía o compraventa de los oficios eclesiásticos. Ambas reformas iban unidas, ya que los hijos del clero eran frecuentemente titulares de tales prebendas eclesiásticas, cedidas por sus propios padres. En el sínodo de Roma de 1074, Gregorio condenó el matrimonio del clero y la simonía, y en consecuencia tomó enérgicas medidas contra los desobedientes. Por otra parte, se resaltaba el papel sagrado de la confesión, promovida como

medio de control sobre los estamentos laicos de la sociedad.

Los reformadores eclesiásticos exigían además que la Iglesia se mantuviera lo más libre posible del control exterior. Para ello, en 1075, Gregorio hizo público el *Dictatus papae,* una lista de 27 principios que resumían la política del Papado. Incluía también una condena a la práctica de la investidura, según la cual el emperador o los príncipes podían imponer al obispo electo el anillo y el báculo representativos de su rango, y exigirle sumisión antes de la consagración. Esta práctica capacitaba al emperador para afirmar la posición de la monarquía en relación a la herencia de los nobles, al permitirle escoger y controlar tanto a los obispos como las riquezas y jurisdicción de sus sedes. Fue por ello que resistió con todas sus fuerzas a la abolición de este derecho imperial.

El resultado fue una aguda polémica entre Enrique IV y Gregorio VII. El emperador gobernaba con dureza y era ambicioso, decidido y colérico. Impuso sus deseos a la nobleza y recuperó la autoridad perdida por la monarquía durante su minoría de edad, hasta conseguir consolidarse como señor absoluto de Alemania. No era el tipo de hombre que pudiera aceptar sin respuesta el desafío del papa Gregorio.

En el año 1076, Enrique destituyó al papa, acusándolo de criminal por haberse excedido en sus poderes. Gregorio respondió excomulgando al emperador y liberando a sus súbditos de la obediencia debida a éste. Abandonado por los príncipes germanos, el emperador se encontró solo y aislado. Cruzó los Alpes a mediados del invierno para pedir el perdón del papa, y se dice que permaneció de pie sobre la nieve, en el patio del castillo de Gregorio —en Canosa, al norte de Italia— durante tres días y tres noches, en enero de 1077, antes de que el papa le absolviera de su excomunión.

Sin embargo, Canosa no fue el final de la lucha. En 1080 Enrique volvió a desafiar a Gregorio, y nuevamente le destituyó. Invadió Italia y avanzó sobre Roma, que conquistó después de tres días de asedio. El papa fue finalmente expulsado de la ciudad, a la que nunca volvió, pues fallecería poco tiempo después, en 1085, y según registra la leyenda sus últimas palabras fueron: «He amado la justicia y odiado la iniquidad. Por eso muero en el exilio».

Al final, el conflicto se resolvió momentáneamente con un acuerdo, el Concordato de Worms (1122), entre el hijo de Enrique IV, Enrique V (1106-1025), y el papa Calixto II. Ambos acordaron que las elecciones de los obispados germánicos, italianos y borgoñeses debían ser libres, pero realizadas en presencia del emperador, y por consiguiente bajo su tutela. Sin embargo, Enrique V renunció a investir a los obispos con el anillo y el báculo, símbolos de su rango espiritual, aunque sí les impondría el cetro, como representación de la autoridad temporal que ellos ejercían en su nombre. Por ello, el conflicto entre los poderes político y religioso rebrotaría en el siglo siguiente.



Lotario I (795-855), emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, hijo de Ludovico Pío, en una ilustración del Evangeliario de Lotario *de la época carolingia. (Bibliothèque Nationale, París.)*

Los orígenes del feudalismo

El derrocamiento del último emperador romano a manos de un jefe bárbaro en el año 476 significó el final del sistema político del Imperio romano, pero no el de su estructura social que, aun cuando sometida a un proceso de desintegración, continuó durante dos siglos. Los reyes bárbaros de los siglos VI y VII, visigodos (en España), ostrogodos (en Italia), francos y germanos, adoptaron los títulos romanos, así como sus métodos de gobierno. Aunque independientes en la práctica, se consideraron siempre bajo la soberanía del emperador que gobernaba en Constantinopla. Fue en los siglos VIII y IX cuando tuvo lugar el gran cambio en el orden social del Occidente europeo.

La decadencia del comercio

En el antiguo mundo romano el mar Mediterráneo era la principal ruta comercial, la vía de unión de Oriente con Occidente. En los primeros tiempos, cuando los reinos bárbaros reemplazaron al Imperio romano, mercancías como el oro, el aceite de oliva, la seda y las especias, continuaron siendo muy usadas en Europa occidental, pero poco a poco el comercio que generaban disminuyó hasta que en los siglos VIII y IX su colapso llegó a ser casi total.

Una de las razones de esta situación fue que la ruinosa condición económica de los reinos bárbaros no les permitía continuar pagando las importantes sumas que representaban las mercancías importadas del este, sin que por otra parte pudieran sustituirlas por los productos y riquezas de los árabes, los cuales, gracias a sus conquistas en Asia central y en África, habían conseguido nuevas y amplias fuentes de plata y oro. Sin embargo, los árabes necesitaban materias primas tales como pieles, madera, y sobre todo esclavos y eunucos. Los vikingos fueron los pioneros de este tipo de comercio, proveyendo las demandas árabes y ocupándose en relaciones comerciales basadas en esos productos.

Otra de las causas de la decadencia comercial fue la inseguridad existente en las rutas. Las continuas luchas y la desintegración del Imperio carolingio interrumpieron las comunicaciones. Las ciudades más importantes en los siglos IX y X eran Reims y Verdún, ambas alejadas de las costas y por consiguiente fuera del alcance de los vikingos y otros piratas. Sin embargo, incluso en el interior del país, el declive de la autoridad gubernamental convirtió al comercio en una actividad costosa y peligrosa. «Todo el país está infestado por el bandidaje», escribió el historiador francés Nithard en el año 841.

En tales circunstancias, las vías comerciales eran muy limitadas. Había mercados, pero en su mayoría eran de tipo local. El comercio de larga distancia había desaparecido, debido a la inestabilidad política. En consecuencia, la sociedad europea basó su desarrollo en una agricultura autosuficiente, que más tarde serviría para configurar el modelo feudal.

El feudalismo fue adoptado en Europa como una forma de organización social que facilitaba la resistencia y la lucha contra los invasores. Se plasmaba en un sistema jerárquico utilizado ya en Persia, que situaba al ejército de caballería en un lugar prominente. La caballería era el arma militar más poderosa, pero el alto coste de su mantenimiento exigía una estructura social especial.

Las bases de la sociedad feudal

En el transcurso de la lucha contra el Islam, los emperadores bizantinos desarrollaron un sistema militar en el que la transmisión hereditaria de la nobleza mantenía la importancia vital de la caballería.

Un derecho similar se produjo en Europa occidental, que asumió el sistema a partir de la gran batalla de Poitiers entre francos y árabes, en el año 732. Cuando la infantería de los francos fue derrotada por la caballería árabe, Carlos Martel quedó muy impresionado por la movilidad del enemigo y por su utilización de un nuevo recurso, el estribo, que les permitía luchar con la lanza o la espada, dominando simultáneamente al caballo. Se apercibió de que, si deseaba contener la amenaza árabe, le era imprescindible disponer de unos soldados como aquellos. Se iniciaba así la existencia de una nueva clase de hombres armados, «montados a caballo», o caballeros, a los que concedió para su mantenimiento las tierras que pertenecían a la Iglesia. De esta manera, Carlos Martel y sus sucesores sentaron las bases del feudalismo a lo largo de los siglos VIII y IX, apoyándose también en las antiguas costumbres de los gobiernos locales francos. Según estas costumbres, los duques, margraves y condes recibían tierras de modo gradual, a cambio de la obligación de prestar un juramento, según el cual debían servir lealmente a su real señor y ayudarlo militarmente cuando fueran requeridos para ello.

En el siglo XII aquel compromiso se había extendido ya por todos los territorios de Europa occidental, consolidándose como un hecho habitual.

Los feudos concedidos a la nobleza tenían carácter hereditario, y el servicio que los nobles prestaban a cambio de esos feudos se concretó finalmente en el deber de vasallaje. Cada uno de los feudos era valorado según la contribución en fuerzas de caballería, que representaba la contrapartida debida por el señor feudal que obtenía la tierra directamente del rey. En función de un sistema tributario, el señor feudal tenía que proporcionar al ejército real un determinado número de caballeros armados, a los que debía mantener durante un período limitado, en general 40 o 60 días. Obligaciones complementarias eran el pago de servicios y tasas al rey. Pero la fundamental era la contribución armada, lo que confiere al feudalismo su estructura militar.

Al señor feudal no le era fácil mantener el servicio de caballería. Era responsable de los corceles, del equipo, del aprendizaje y del mantenimiento permanente de los caballeros. Esto era oneroso y ni siquiera un rey hubiera dispuesto del dinero suficiente para mantener tales obligaciones. A veces el noble debía alojar a los caballeros en su propia residencia, proporcionándoles alimento, vestirlos y equiparlos, pero lo más corriente era que les asignara una parte de sus tierras, convirtiéndoles con el paso del tiempo en herederos del propio señor feudal.

Estos nuevos señores tenían respecto a su señor feudal la misma obligación que éste para con su rey. Cada uno de ellos debía estar permanentemente preparado para servirle como caballero o para proporcionarle los caballeros necesarios. Estos señores tenían a su vez sus propios vasallos, con los mismos deberes hacia ellos; vasallos que debían dividir de nuevo sus tierras, continuando así el proceso hasta llegar a unas posesiones cuyo tamaño permitía solamente la existencia de un caballero. Así, la pirámide feudal se desarrollaba hasta su cúspide, en donde estaba el rey. En la práctica, sin embargo, esta estructura implicaba para el rey y los principales señores feudales un peligro latente: la potencial alianza de los vasallos contra su señor más inmediato, aunque no se rebelaran contra otro señor superior.

A partir de estos compromisos militares se desarrolló el feudalismo como un complejo sistema de gobierno y un determinado orden social. La nobleza y los señores feudales más importantes eran normalmente ricos y poderosos, poseían castillos y amplias posesiones, así como privilegios y derechos de caza. El rey dependía de ellos, no sólo para protegerse de sus enemigos, sino también para asesorarse en cuestiones políticas y administrativas.

Los señores feudales poseían asimismo los derechos de jurisdicción y gobierno sobre sus vasallos. En algunos lugares de Europa los nobles de rango más elevado juzgaban los delitos de mayor importancia que acontecían en sus feudos, y que implicaban la muerte como castigo, mientras que los señores menos importantes tenían jurisdicción sobre los delitos menores.

Los feudos constituyeron la base económica del feudalismo. En su forma más simple consistían en un pueblo que pertenecía a un señor, aunque un señor poseía a menudo numerosos feudos. Una parte del feudo estaba reservada para el señor feudal, y otra parte más pequeña era cultivada por los vasallos, que debían pagar a aquél una renta, mientras que el resto era cultivado por los siervos, que eran la mayoría de los habitantes del pueblo. Los siervos debían trabajar, como recompensa por la posesión de sus tierras, dos o tres días a la semana en las tierras del señor, además de los días propios del tiempo de siembra y cosecha. Tenían también que proporcionarle aves de corral, huevos, cerdos y otros productos.

En la mayoría de los feudos las tierras cultivables eran divididas en tres amplios campos, subdivididos a su vez en parcelas estrechas y alargadas. El señor feudal poseía casi un tercio de estas parcelas y el resto quedaba en manos de los siervos y vasallos. Las parcelas individuales estaban divididas entre los tres campos y repartidas en diferentes zonas de cada uno de ellos, para asegurar que todos compartieran las buenas y las malas tierras. Uno de estos campos era sembrado con trigo de invierno; el segundo, con trigo de primavera, centeno o cebada; y el tercero no se sembraba, quedando en barbecho. Cada año se dejaba en barbecho un campo distinto para que hubiera una producción rotatoria y el suelo no se agotara rápidamente. A esto hay que añadir el heno que crecía en los prados y el ganado que pacía en las tierras baldías.

Un sistema socioeconómico de este tipo sólo podía proporcionar una mínima subsistencia rural. Normalmente, el feudo proporcionaba los alimentos necesarios para el sostenimiento de la población, del señor y de sus vasallos, y esta economía rural no hubiera sido capaz de soportar un feudalismo efectivo de no haberse producido el gran incremento de población que tuvo lugar en Europa a lo largo del siglo XI.



Coronación de Enrique II el Santo (973-1024), emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Fue un gran defensor de la reforma de la Iglesia, aunque insistió en el derecho de poder designar él mismo a los obispos. (Staatsbibliothek, Munich.)

Tal incremento fue posible por una serie de esfuerzos que mejoraron la productividad de la tierra. Entre ellos podemos citar la sustitución de los bueyes por caballos como forma de tracción, y la adopción del sistema rotatorio de las cosechas en las tres divisiones citadas. Con todo, quizá lo más importante fue el desarrollo de un nuevo tipo de arado.

El primer arado consistía en una pieza puntiaguda y oblicua, arrastrada por dos bueyes, primero en una dirección y luego a la inversa, a lo largo de un pedazo cuadrado de terreno. Fue reemplazado paulatinamente por un arado más pesado, más efectivo y con capacidad para ser usado en tierra dura y en tierra blanda. Este in-

genio iba provisto de una reja y una pala ancha para cavar más profundamente la tierra, y un molde para apartar la tierra a un lado y formar un surco. También podía ir provisto de ruedas, y entonces al ser arrastrado por un par de bueyes, podía labrar toda una parcela en lugar de un simple cuadrado de terreno.

Estas innovaciones no sólo aumentaban la productividad de la tierra sino que además planteaban la necesidad de estabilizar unidades sociales más integradas en el campo, pues la posesión de bueyes para tirar del arado requería una propiedad comunal, y el sistema de las tres parcelas exigía un trabajo colectivo. Por tanto, todo ello contribuía a facilitar la expansión del sistema feudal.

Sin embargo, la condición de los siervos no cambió. Dado que el feudo de dimensiones medias tenía entre 360 y 1.200 hectáreas de tierra, cultivadas por un máximo de dos docenas de familias, el trabajo era incesante. Las tareas más duras se presentaban en las épocas de cosecha; por ejemplo, cuando se procedía al prensado de las uvas, a la recolección de los cereales, etc. Estos siervos atraían sobre sí la avidez de los salteadores, y el acoso de las bestias salvajes, que mataban sus animales e incluso atacaban sus casas. Por otra parte, los siervos estaban «vinculados a la tierra», lo que significaba que no podían abandonar el feudo sin permiso de su señor. A pesar de ello, algunos huían hacia los bosques que rodeaban los pueblos y se unían a las partidas de bandidos que allí se ocultaban.

Los sucesores de Carlomagno

Entre todos los países de Europa occidental, el desarrollo más rápido y completo del feudalismo tuvo lugar en el reino de los francos occidentales, es decir, Francia, país que se desarrolló a partir de los territorios concedidos a Carlos el Calvo por el Tratado de Verdún, en el año 843. Su situación geográfica, como único país con costas en el mar Mediterráneo, el océano Atlántico y el mar del Norte, le convirtió en el centro de la cultura y en el arquetipo del país medieval. Fue allí donde se fundó el verdadero feudalismo, aunque también contribuyó a su desarrollo la decadencia de la monarquía francesa.

Los sucesores de Carlomagno en Francia demostraron ser en general reyes títeres de los merovingios. A causa de la debilidad de sus gobiernos, los duques de París, Aquitania y Bretaña se adueñaron del poder, al igual que otros destacados miembros de la nobleza. Francia afrontaba los ataques especialmente severos de los vikingos, y después del derrocamiento de Carlos el Gordo, en el año 887, los reyes carolingios reinaron durante todo un siglo, pero fueron ineficaces para legislar. La dinastía terminó con la muerte de Luis V, en el año 987.

En ese momento los duques de París habían convertido a su familia en la más poderosa de Francia. En realidad, habían sido para los últimos reyes carolingios lo mismo que los «mayordomos de palacio» fueron para los merovingios. Cuando Luis V murió, el duque Hugo Capeto era ya capaz de asegurar su elección como rey de Francia, ampliamente apoyado por Adalberto, arzobispo de Reims, y por Gerberto, futuro papa Silvestre II.

Su ascensión al trono puso fin a los últimos y turbulentos años de la debilitada descendencia de Pipino. Su fuerza residía en el apoyo de la Iglesia y en la posesión de propiedades reales, situadas alrededor de las principales ciudades, París, Orléans y Laon. Estas propiedades contenían las mejores y más fértiles tierras, y dada su ubicación en el centro del país, incluían las principales vías de comunicación y rutas comerciales. Cabe señalar además que pocos meses después de la subida al trono de Hugo, éste consiguió la elección de su hijo Roberto como rey adjunto, lo que facilitó el establecimiento del principio hereditario de sucesión al trono. La dinastía de los Capetos continuó gobernando en Francia, a través de sus descendientes directos, hasta el año 1328.

Los Capetos no eran tan ricos y poderosos como los duques de Normandía y Borgoña, o como los condes de Flandes y de la Champaña, ni siquiera como muchos de sus principales vasallos, que tenían muchas más tierras y más partidarios que la propia corona. Los reyes no intentaron gobernar más allá de sus dominios reales, que en los primeros tiempos se reducían a una estrecha franja de territorio que abarcaba desde los alrededores de Compiègne hasta Orléans, incluyendo París. Estaban, pues, rodeados por vecinos poderosos, y generalmente sucedía que la corona tenía el soporte de la Iglesia.

Cuando Hugo Capeto murió en el año 996, le sucedió sin ninguna dificultad su hijo Roberto el Piadoso. Roberto estaba inicialmente casado con Berta, viuda del conde de Blois, pero disponía de la suficiente influencia en el Papado para conseguir la anulación matrimonial. Así, Constanza, hija del conde de Toulouse, fue la nueva esposa de Roberto.

La debilidad política de la posición de Roberto era tal que no podía mantener su autoridad sobre los nobles que vivían en su propio dominio, si bien consiguió recuperar la posesión de diversas ciudades, y a la muerte de su tío pudo ocupar la Borgoña, aunque el dominio de toda la provincia le costó diez años de guerras.

El hijo y sucesor de Roberto, que fue coronado como Enrique I en 1031, tuvo que sostener una guerra familiar contra su madre Constanza, quien había delegado el trono en su hijo menor Roberto. En esta batalla participaron los principales vasallos: el conde de Blois apoyó a Roberto, mientras que sus rivales, el duque de Normandía, el conde de Anjou y el conde de Flandes permanecieron fieles al rey. Enrique venció a su hermano, le perdonó y le concedió el ducado de Borgoña.

El conflicto debilitó a la futura monarquía francesa. Enrique no pudo contener el crecimiento de la Champaña, y como recompensa por su ayuda en la guerra contra el conde de Blois, cedió al duque de Normandía, Roberto el Diablo, la zona del Venaisin francés. Cuando Guillermo el Bastardo sucedió a Roberto el Diablo, Enrique mantuvo la alianza con el joven duque que fue posteriormente conquistador de Inglaterra. La ayuda de Enrique fue lo que facilitó el que Guillermo infligiera una derrota definitiva a sus vasallos normandos en Val-es-Dunes, cerca de Caen, en 1047. Más tarde los dos hombres se unieron temporalmente contra las ambiciones del conde de Anjou, Godofredo Martel. Sin embargo, el poderío militar y la agresividad de los propósitos del duque Guillermo alarmaron a su señor y le determinaron a cambiar de aliado. Su nueva alianza fue con Godofredo para combatir a Guillermo, pero en dos campañas sucesivas sufrió humillantes derrotas en suelo normando. Al morir Enrique, en el año 1060, la guerra todavía continuaba.

Felipe I

Felipe sólo tenía 8 años cuando sucedió a su padre, quien había tomado la precaución de coronarle el año anterior, dejando dispuesto que su cuñado Balduino V, conde de Flandes, actuara como su protector y gobernara como regente.

El acontecimiento más importante de la minoría de edad de Felipe, en el que él no participó, fue la conquista normanda de Inglaterra. El acceso del duque de Normandía al rango de rey de Inglaterra convirtió la ya débil alianza con el rey de Francia en una pura formalidad. En realidad, había alcanzado el mismo rango que el rey de Francia.

Contra lo que pudiera creerse, cuando llegó a su mayoría de edad, Felipe no recogió una herencia poderosa, pero dispo-



Europa central y occidental hacia el año 1000. En este período el poder franco estaba limitado a una pequeña área. Germania e Inglaterra constituían reinos más unificados. Otón I el Grande acababa de anexionar el norte de Italia a su Imperio.

nía de una gran inteligencia. En la época del feudalismo el poder político disponía de la fortaleza de las alianzas entre el señor y sus vasallos, pero Felipe decidió que el poder de la monarquía francesa debía basarse en el dominio del rey.

En consecuencia, hizo cuanto pudo para extender el dominio real. Enrique había adquirido el condado de Sens en ausencia de un heredero directo, y Felipe se anexionó la vecina Grâtinars en 1068. Estos y otros territorios adicionales hicieron que el poder real se ampliara considerablemente durante su reinado.

Sin embargo, cuando parecía que Felipe podría sacar provecho de la crisis surgida en el reino anglo-normando, por la disputa entre los hijos de Guillermo el Conquistador para sucederle en el trono, el monarca francés mostró una extraña inercia, que contrastaba con la actividad de los primeros años de su reinado. Según un cronista de la corte, Suger, abad de San Denis, Felipe se había convertido en «esclavo del placer».

Harto de su mujer, Berta, la hija del conde Florencio de Holanda, en el año 1092 Felipe raptó a Bertrana, esposa de Fulgencio de Rechin, conde de Anjou, con la que contrajo matrimonio. El papa Urbano ordenó la disolución de este matrimonio, y cuando Felipe no quiso obedecerle, le excomulgó, siendo absuelto en 1104 gracias a la simulación de una separación. Pero para entonces su salud era muy precaria, y desde el año 1100 había asociado a la corona a su hijo Luis, a quien dejó que gobernara realmente. Siempre temió que su enfermedad fuera un castigo de Dios, y murió en 1108 vistiendo el hábito de monje benedictino, práctica que según las creencias podía servir para ganar la salvación final.

Una nueva etapa de la monarquía francesa

Cuando Luis VI —que tuvo que afrontar las conspiraciones de Bertrana contra su vida— fue rey de Francia, la posición de la monarquía era todavía muy débil. A pesar

de que el dominio real se extendía ya hasta Brujas, todavía estaba formado por una pequeña parte del país, y sus barones continuaban desobedeciendo la autoridad real. Las riquezas del reino eran escasas, a pesar de que Felipe las aumentó al cobrar los beneficios de los obispados vacantes y vender en gran escala los nombramientos eclesiásticos. Finalmente, la corona se quedó sin instrumentos de gobierno, careciendo casi de oficiales para la administración.

De todos modos, la monarquía de los Capetos sobrevivió, pues Hugo Capeto la había convertido en hereditaria, lo que le confería una neta superioridad sobre las dinastías germánicas, que luchaban entre sí por un título que permanecía electivo. Los primeros Capetos extendieron los dominios reales, terminando con las pretensiones de sus vasallos, y Felipe I inició la centralización del gobierno.

Asimismo, los Capetos poseían otras ventajas esenciales sobre otros monarcas europeos. Fueron reyes consagrados a Francia, dedicados a su oficio con una energía que ningún otro noble de la provincia pudo igualar, lo que hizo difíciles sus relaciones con el Papado, pues los obispos deseaban que la paz y el orden en la tierra fueran materia de su única incumbencia. Por otra parte, fueron muy hábiles con los señores feudales, cuya supremacía no cuestionaron de manera abierta, siendo extremadamente cuidadosos, especialmente cuando observaron que sus propios vasallos pretendían sacar ventaja del debilitamiento del vínculo feudal.

La dinastía sajona

A finales del siglo IX Alemania al igual que Francia, se encontraba en un estado de profunda descomposición. El país estaba dividido en cuatro grandes ducados, que se correspondían con los territorios de las antiguas tribus germanas. Suabia y Baviera en el sur, Franconia en el centro y Sajonia en el norte; cada uno de estos ducados tenía su propio sistema legislativo, y los duques reclamaban una amplia autoridad sobre sus estados.

En el año 911, a la edad de 17 años, murió Luis el Niño, el último rey de los carolingios germánicos y también el último de los descendientes de Carlomagno. Los grandes señores de las tribus germánicas, en lugar de ofrecer la corona a Carlos el Simple, rey de los francos occidentales (Francia), fueron persuadidos por el arzobispo de Maguncia para que eligieran un rey perteneciente a la familia carolingia. Y éste fue Conrado, duque de Franconia. Sin embargo, el nuevo monarca no consiguió imponer la autoridad real a los duques.

Cuando Conrado murió en el año 918, el reino se hallaba en trance de disolución. Pero un hecho imprevisible facilitó la superación de la grave crisis. Conrado, en su lecho de muerte, nombró rey a su rival Enrique, duque de Sajonia. Tuvo la entereza suficiente para considerar que Enrique era el único hombre capaz de derrotar a los magiares, cuyas incursiones en Alemania estaban entonces en su momento álgido.

Enrique fue el primer rey no franco de Alemania, aunque su ascenso al trono contó con el apoyo de los grandes señores de Franconia y Sajonia. Sus intentos para lograr el reconocimiento de Suabia y Baviera no tuvieron éxito hasta que casó a su hija con el duque de Lotaringia, en el año 925, y en el 933 venció a los magiares en Unstrut.

El prestigio y poder conseguidos por Enrique I fueron tan grandes que, tras su muerte en el año 936, la elección de su hijo mayor Otón I, más tarde conocido como «el Grande», para que le sucediera en el trono, fue indiscutible. Después de ser confirmado por la nobleza germana, Otón fue consagrado, coronado y entronizado por el arzobispo de Maguncia en la capilla del palacio de Carlomagno, en Aquisgrán. La ceremonia representaba una nueva concepción de la monarquía, pues se le consideraba el legítimo sucesor de Carlomagno y la suprema autoridad de Alemania, reconocida y apoyada por la Iglesia.

Una vez coronado, Otón se dedicó a afianzar la supremacía real en Alemania, lo que provocó la rebelión de los duques, a los que combatió entre los años 938 y 941, desplegando gran energía y aprovechando la falta de unidad de sus oponentes. En el año 939 disolvió el ducado de Franconia y lo convirtió en parte permanente del dominio real, pero los otros ducados eran demasiado fuertes, y su colaboración necesaria para defender las fronteras del reino. Se contentó con reemplazar a los duques existentes por hombres de su propia familia. En el año 947 cedió Baviera a su hermano, Suabia a su hijo y Lotaringia a su yerno, mientras que los arzobispados de Maguncia y Colonia estaban en manos de sus titulares.

Sin embargo, los miembros de la familia se rebelaron contra Otón. En el año 953 se produjo un gran alzamiento en su contra en toda Alemania, fomentado por su propio hijo, duque de Suabia, que se unió al duque de Lotaringia y a la mayor parte de la nobleza más sobresaliente de Baviera. No obstante, los duques rebeldes se equivocaron al contar con la ayuda de los magiares, aprovechando la presencia invasora de éstos en el año 954. Los insurrectos no hallaron aliados y Otón les sometió de nuevo, y si bien les despojó de sus ducados, les permitió conservar la vida.

En el año 954 los magiares cruzaron el Rhin y entraron en Metz, Cambrai, Reims y Châlons, y en la primavera del año siguiente invadieron Baviera y cercaron Augsburgo. Otón reagrupó sus fuerzas combatientes contra los cinco duques germanos y reunió un poderoso ejército a orillas del río Lech. Hubo una gran batalla, y entre los que murieron en ella estaba el recién destituido duque de Lotaringia, opositor de Otón desde hacía sólo un año. Los magiares fueron también derrotados, y perseguidos más allá de Viena.

La victoria del río Lech acabó con las incursiones de los húngaros, proporcionó a Otón el título de «Grande», y su fama se extendió a toda la cristiandad.

La derrota de los magiares puso de manifiesto no sólo el triunfo militar de Otón, sino también la potencia que el reino alemán alcanzó bajo su égida. Dos meses después de su triunfo en Lech, obtuvo otra importante victoria sobre los wendos (o eslavos) en Rechnitz. Se trataba de una tribu que habitaba en el norte y el este del Elba, y a lo largo de todo su reinado Otón sostuvo con ellos continuas luchas.



Para consolidar los territorios conquistados Otón tuvo que contar con una red de castillos y guarniciones, con numerosos colonos y, por encima de todo, con el apoyo de la Iglesia. Entre los años 946 y 948 fundó los obispados de Aarhus, Schleswig, Riba, Havelberg, Brandenburgo y Oldenburgo, dotándolos de gran poder y riqueza. En la zona del sur, obligó al duque de Bohemia a que le rindiera obediencia, aunque no impuso su gobierno en aquel territorio.



El Sacro Imperio romano-germánico

Otón I es considerado el fundador del Sacro Imperio romano-germánico, debido a que extendió sus dominios hasta Italia y fue coronado por el papa en el año 962. Tanto para Otón como para sus contemporáneos, los logros conseguidos en Italia representaron la restauración de Imperio de Carlomagno y el resultado de un deliberado y costoso esfuerzo por renovar la mitad occidental del antiguo Imperio romano.

Otón había soñado con una cristiandad unida bajo un solo gobernante, idea que obsesionó a todos los monarcas medievales. Sin embargo, este proyecto no sólo era imposible de realizar, sino que además habría minado todos los esfuerzos encaminados a establecer un gobierno centralizado en las tierras germánicas.

No obstante, aunque la historia concede especial relieve, en el reinado de Otón, al conflicto entre el papa y el emperador, que mantuvo latente la desunión entre Alemania e Italia, los éxitos de Otón estriban en haber preservado a Alemania de toda conquista extranjera y en obligar a sus duques a reconocerle como su señor, restableciendo el Imperio en Occidente.

Todo ello lo consiguió con la coloboración de la Iglesia. Insistió en que el nombramiento de los obispos en Alemania estuviera en sus manos, y se aseguró de mantener un fuerte control en la elección de los papas, forzando a éstos a prestarle juramento de lealtad. En sus relaciones con el papa, Otón mantuvo una posición de poder superior a la de Carlomagno.

Arriba, campesinos trabajando, en una ilustración de la Biblia de Tours, siglo IX. (Bibliothèque Nationale, París.)

Página anterior, escultura francesa del año 1100, aproximadamente. Agricultor con su guadaña. La reciente introducción de este instrumento facilitó la siega.

La Inglaterra normanda y la Francia de los Capetos

En el año 1066, tras la batalla de Hastings, Guillermo, duque de Normandía y vasallo del rey de Francia, se convirtió en rey de Inglaterra. La conquista normanda originó importantes cambios. Hasta entonces Inglaterra había concentrado su atención en Escandinavia, pero ahora sería Francia su punto de referencia. Enrique II había conseguido para Inglaterra el inmenso Imperio angevino, que se extendía hacia Francia a través del canal hasta llegar a España, y desde el Atlántico hasta el Macizo Central. El futuro de ambos países estaba ahora unido de manera ineludible; los nobles normandos poseían bienes en Francia y en Inglaterra, aunque los franceses no olvidaban sus territorios perdidos.

La Inglaterra anglosajona

A pesar de la protección del mar, la Britania romana resultó tan poco segura como la Galia a la hora de sufrir las invasiones de los pueblos germanos. Los anglos (que deben su nombre a las islas que conquistaron), los sajones y los jutos vencieron a los celtas en el siglo V y dividieron el país en pequeños reinos. En el siglo VIII, tres de estos reinos tenían ya cierta importancia: Northumbria, Mercia y Wessex. Durante el reinado de Egberto (802-839), Wessex impuso su supremacía y forjó una dinastía, de la que Alfredo el Grande (897-900) fue el monarca más importante.

Anteriormente, el sur de Inglaterra había sido convertido al cristianismo por misioneros romanos guiados por san Agustín, que llegó a Kent en el año 597, mientras que el norte y el centro del país lo fueron por misioneros celtas, provenientes de Escocia y descendientes de los primeros cristianos llegados a la isla durante la ocupación romana.

Esto significó que Inglaterra fue dividida inicialmente siguiendo criterios religiosos. En el año 664 los cristianos celtas, de acuerdo con el sínodo de Whitby, aceptaron la autoridad papal, estableciéndose la unidad religiosa a lo largo de todo el país. Este hecho representó para Inglaterra su integración en la cristiandad, por primera vez desde los tiempos de las invasiones anglosajonas, y podía ya compartir el legado cultural que la Iglesia romana había preservado.

La unión de la Iglesia celta con la Iglesia romana abrió un período floreciente, especialmente en el norte de Inglaterra. En el año 681 fue fundado un monasterio en Jarrow, en el condado de Durham, donde Beda el Venerable (673-735), uno de los mayores eruditos de la época, vivió durante más de cincuenta años. Entre sus discípulos cabe citar a san Bonifacio (680-754), el «Apóstol de Alemania». Otro importante centro cultural fue la escuela episcopal de York, a la que perteneció Alcuino (735-804), quien jugó un importante papel en el renacimiento carolingio por indicación de Carlomagno, que lo convirtió en uno de sus consejeros.

Cuando los daneses comenzaron sus invasiones en Inglaterra, a finales del siglo VIII, los anglosajones no pudieron oponer resistencia. Para afrontarlos contaban con un ejército nacional, en el que todos los hombres libres estaban obligados a servir, armados con horcas y jabalinas. Un ejército que no podía competir con los guerreros daneses, equipados con cotas de malla y hachas, y provistos de una caballería muy bien preparada.

La crisis surgió muy pronto, en el año 871, cuando los daneses que estaban ya asentados en Inglaterra avanzaron hacia el sur para conquistar Wessex, con el objetivo de dominar todo el país. Allí se encontraron con Alfredo el Grande y su ejército. La guerra fue larga, concluyendo en el año 878, y el resultado fue la división de la isla entre ingleses y daneses.

La parte danesa de Inglaterra fue conocida como Danelaw, situada al norte de una línea que iba desde la mitad del Támesis a Chester, y llegaba hasta el río Tees y los bosques de Solway. Sin embargo, la ocupación danesa de Danelaw no duró más que cincuenta años, si bien las leyes que administraban el territorio permanecieron distintas a las del resto de la isla, hasta muchos años después de la conquista normanda.

Los sucesores de Alfredo pudieron recuperar Danelaw, pero antes de que terminase el siglo X, los ataques daneses se reanudaron, coincidiendo con el reinado de un débil monarca, Etelredo el Indeciso (978-1016).

Cuando los daneses le derrotaron en la batalla de Maldon, en el año 991, Etelredo intentó comprarles con el dinero obtenido de nuevas contribuciones sobre sus tierras, impuestos conocidos como el *Danegeld*. No obstante, las invasiones danesas continuaron, y en el año 1002, durante una tregua, el rey inglés ordenó el asesinato de numerosos daneses que vivían en la zona, el día 13 de noviembre. Como venganza, Sweyn Forkbeard, rey de Dinamarca, invadió la isla en el año 1003, e inició una nueva conquista que sólo se interrumpiría con su muerte.

Canuto y Eduardo el Confesor

A la muerte de Etelredo, el hijo de Sweyn, Canuto, reclamó el trono inglés, que sin embargo no pudo ocupar hasta después de haber culminado una serie de campañas contra el hijo de Etelredo, Edmundo Ironside.

Canuto dominó Dinamarca, Noruega e Inglaterra, por lo que tuvo que delegar parte de su autoridad en la isla, organizando el reino en cuatro condados. Al mismo tiempo, intentó unir a los ingleses y a los daneses; el condado de Northumbria y la Anglia oriental eran daneses, mientras que los de Mercia y Wessex fueron ingleses.

Guillermo el Conquistador

Mientras el reino de Inglaterra estaba en crisis permanente, el ducado de Normandía experimentaba bajo el gobierno del duque Guillermo una fortaleza y unidad sin precedentes. Nacido en 1027, Guillermo era el hijo ilegítimo de Roberto el Diablo y de Arlette, hija de un curtidor de Falaise. Consiguió el ducado de Normandía en el año 1035, y veinte años después había hecho de él una gran potencia militar y política. Vinculó los intereses de las grandes familias normandas a los del duque, y al mismo tiempo que él podía recabar su ayuda, ellos podían contar con su protección. De este modo se consolidó el vínculo feudal en Normandía. En tiempo de guerra, el duque podía llamar a su servicio a más de ochocientos caballeros de entre sus señores feudales, quienes a su vez controlaban a otros mil ochocientos caballeros.

La creciente fortaleza normanda durante el gobierno del duque Guillermo fue también el resultado del resurgir religioso. Se fundaron nuevos monasterios, algunos creados por el propio Guillermo y por los miembros de su familia, de los cuales el

más conocido fue la abadía de Bec, consagrada en el año 1041, propietaria de gran cantidad de tierras en Inglaterra. Además, la Iglesia normanda fue reorganizada por un poderoso grupo de obispos que contaban con la ayuda del propio duque.

Más adelante, Guillermo quiso extender su poder y conquistar Inglaterra. Reclamó el trono inglés, basándose en una lejana relación con la familia real anglosajona. También afirmó que Eduardo el Confesor le había reconocido como sucesor, y que Haroldo, jefe de la casa de Godwin en 1064, después de haber naufragado en las costas normandas le había prestado un juramento (que le autorizaba a regresar a Inglaterra), obligándose a ayudarle a reforzar el trono inglés. Sin embargo, cuando Eduardo murió en 1066, Haroldo fue elegido rey, a pesar de que no era de sangre real, y volvió a instituir las leyes y costumbres inglesas.

Remontándonos atrás, cabe señalar que en 1035, con la muerte de Canuto, terminó la dominación danesa. Sus hijos no pudieron mantener sus dominios, y el Imperio se hundió. La *Witan,* asamblea anglosajona de grandes terratenientes y obispos, escogió entonces como rey a Eduardo el Confesor, hijo de Etelredo el Indéciso.

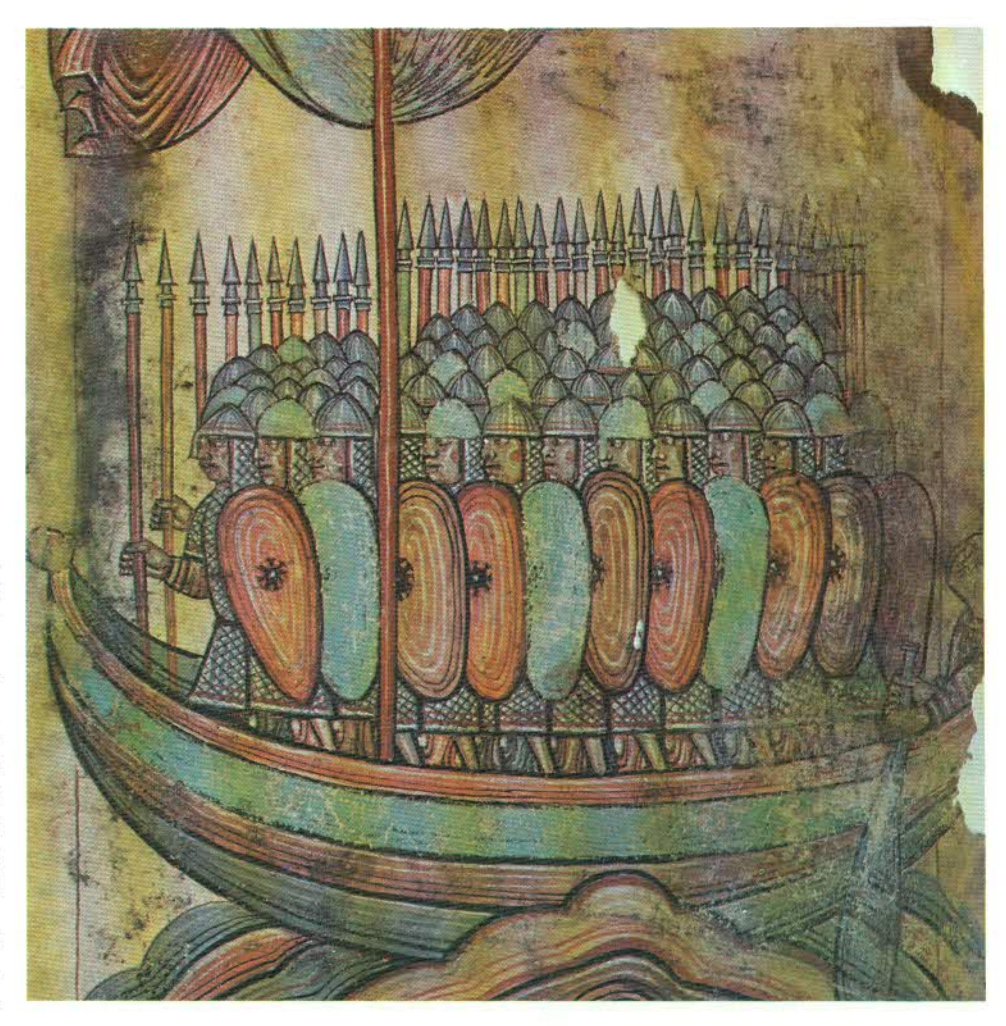
Eduardo permaneció los primeros años de su vida en la corte ducal de Normandía, lo cual influenciaría su existencia, aunque durante su reinado no situó en la administración a tantos normandos como con frecuencia se ha supuesto. No tuvo favoritos extranjeros, y si bien no impulsó la unidad de Inglaterra, sí preparó las condiciones para la posterior conquista normanda. Carecía del carácter y la habilidad suficientes para unificar su reino, y al morir sin descendencia su sucesión se presentaba incierta. Por su temperamento religioso, sus súbditos le conocían como «el Confesor», impresionados por su piedad, pero le faltó el vigor necesario para gobernar Inglaterra.

Eduardo aseguró su elección al trono gracias a la influencia de Godwin (m. 1053), a quien Canuto había nombrado conde de Wessex. Este aristócrata indujo a Eduardo a casarse con su hermana para así poder conseguir sólidos derechos sobre las tierras y obtener condados para sus hijos, con el fin de que a su muerte, su familia dispusiera de un poder real en el reino. Estas maquinaciones generaron sin embargo profundos rencores y resentimientos entre los demás nobles.

Para Guillermo, aquella era una gran oportunidad, y preparó una expedición hacia Inglaterra. Reunió para ello ochocientos barcos y cinco mil soldados, provenientes de todas las partes de Europa, y con la bendición papal invadió Inglaterra, desembarcando en la costa de Sussex en el otoño de 1066. Haroldo, que se había visto obligado a marchar hacia el norte para frustrar un intento de invasión del rey de Noruega, Harald Haardraade, regresó precipitadamente para detener a Guillermo, contando con un ejército similar en número al de los normandos, pero menos entrenado y peor armado.

Ambos ejércitos se encontraron en Hastings. El ejército de Haroldo se estableció en una colina, tras una línea formada por escudos, y se mantuvo firme frente a los ataques normandos. Pero, engañada por una huida simulada, la infantería inglesa rompió sus líneas para darles caza, lo que aprovechó la caballería normanda, protegida por la intensa acción de una escuadra de arqueros. Haroldo murió en combate y al atardecer del 14 de octubre de 1066 las tropas de Guillermo habían triunfado.

Guillermo fue coronado rey de Inglaterra en la abadía de Westminster, el día de Navidad del año 1066. Sin embargo, tardó cinco años en completar su conquista, durante los cuales el norte del país fue destruido. Asimismo se vio forzado a construir numerosas fortalezas, defendidas por guarniciones, en su intento por mantener el orden entre sus súbditos.



Caballeros normandos en una embarcación. La energía y eficiencia militar de los normandos los hizo temibles en toda Europa, y sostuvieron reinos tan alejados como Sicilia e Inglaterra. Su organización militarista de la sociedad permitió la introducción de un feudalismo riguroso.

El feudalismo normando

Los normandos organizaron en Inglaterra un estado feudal. Guillermo declaró ser el verdadero sucesor de Eduardo al trono de Inglaterra, y con su victoria en Hastings justificaba la posesión de todo el país mediante el derecho de conquista. Confiscó las posesiones de los grandes terratenientes y las distribuyó entre sus seguidores normandos, aunque tuvo el cuidado de no cederlas sin reservarse algún derecho: ellos obtenían la tierra a cambio de prestar juramento feudal a su señor y convertirse en sus vasallos más próximos. Además, mediante la Asamblea de Salisbury, Guillermo previno cualquier posible debilitamiento del poder real, al hacer que todos los señores feudales juraran primero obediencia al rey, y luego a su superior jerárquico feudal. Este sistema diferenció al feudalismo inglés del feudalismo continental, en el que la nobleza poseía un control total sobre sus vasallos.

Guillermo reformó asimismo la Iglesia inglesa, y mejoró su eficacia reemplazando a los obispos y abades sajones por extranjeros más instruidos, entre los que estaba el virtuoso y erudito Lanfranco, nombrado arzobispo de Canterbury en 1070. Algunos obispados fueron transferidos, desde pequeños pueblos, a ciudades más importantes. Las catedrales y las iglesias fueron reconstruidas en piedra, y las abadías se convirtieron en centros activos de religión y cultura, fundándose el primer monasterio cluniacense de Inglaterra en Lewes, en el condado de Sussex, en el año 1077. También se realizaron esfuerzos para instalar en las parroquias a clérigos mejor preparados y reforzar el celibato entre los religiosos. El clero tenía permiso para discutir sobre materia eclesiástica en su propio sínodo y establecer tribunales para juzgar, tanto a los infractores religiosos como a los civiles.

Por el profundo celo que puso Guillermo en la reforma eclesiástica, el papa Gregorio VII bendijo la bandera que aquél enarbolaba en su expedición a Inglaterra. Sin embargo, Guillermo estaba también decidido a afianzar sus derechos sobre la Iglesia en Inglaterra. Desobedeció el decreto de autonomía clerical de Gregorio, e insistió en investir a sus obispos. Además, exigió su consentimiento para que la autoridad papal fuese reconocida, requisito previo para que pudieran cumplirse los decretos del Papado en Inglaterra.

Guillermo el Rojo

Guillermo I no pudo impedir que su bravo pero poco eficaz hijo mayor, Roberto, heredara el ducado de Normandía, pero designó a su segundo hijo, Guillermo II (apodado «el Rojo»), como sucesor al trono de Inglaterra después de su muerte, que aconteció en 1087.

Un poderoso grupo de barones que poseían tierras en ambos países no estuvieron de acuerdo con la división, y se alzaron contra Guillermo en 1088, pero éste les derrotó con el apoyo del resto de los nobles, quienes preferían el despotismo real a la anarquía feudal. El propio Guillermo ansiaba extender su dominio al otro lado del canal, y en 1096 adquirió Normandía, hipotecada por Roberto, que necesitaba dinero para la Primera Cruzada.

No obstante, Guillermo fue pronto muy impopular en Inglaterra. Su ministro de asuntos exteriores predilecto fue Ranulf Flambard (m. 1128), a quien hizo obispo de Durham. Flambard fue un hombre ambicioso e inteligente que hizo todo lo posible por incrementar los ingresos reales. Obligó a los nobles al pago completo de todos los tributos feudales, en especial los correspondientes a los beneficios del traspaso de una propiedad a un hijo no primogénito o a una heredera, y las cuotas pagaderas a la corona cuando un heredero entraba en posesión de un patrimonio.

Flambard condujo también a Guillermo a un grave conflicto con la Iglesia: aconsejó al rey para que retrasara el nombramiento de los obispados vacantes y se quedara con sus ingresos. Lanfranco murió en 1089, y el rey no nombró un nuevo arzobispo de Canterbury hasta 1093, y lo hizo entonces sólo porque una grave enfermedad le creó el temor de una muerte inminente. El nuevo arzobispo, Anselmo, abad de Bec, se enfrentó con Guillermo, mantuvo firmemente los derechos de la Iglesia y trató de proteger sus beneficios. La disputa tuvo su cenit cuando el papa envió a Inglaterra el palio, símbolo de la confirmación papal en el nombramiento de un arzobispo. Anselmo no recibió el palio de manos de Guillermo, apropiándose entonces del que había en el altar principal de la catedral de Canterbury. La cólera del rey fue tal que Anselmo tuvo que abandonar el país en 1097, marchando a Roma.

Enrique I

El reinado de Guillermo II finalizó de manera repentina y violenta en el año 1100: fue muerto por una flecha mientras cazaba en New Forest, en el condado de Hampshire. Probablemente se trató de un accidente, aunque no se descarta la posibilidad de una conspiración. Su sucesor fue Enrique I, el menor de los hijos de Guillermo el Conquistador, conocido con el apodo de «el Erudito», pues sabía leer y escribir, cosa notable en aquellos tiempos. Había heredado la habilidad administrativa de su padre, y contrariamente a su hermano, hombre impulsivo y exaltado, era tranquilo y constante.

Con el fin de obtener el apoyo de los obispos y los nobles, Enrique promulgó una Carta de la corona en la que prometía no retrasar los nombramientos eclesiásticos y no recaudar de manera exhaustiva los tributos feudales. Asimismo, quiso ganarse la confianza de los ingleses nativos, casándose con Edith, una hija del rey de Escocia, descendiente por línea materna de la casa real de Wessex. La única concesión que hizo a los normandos fue llamarla Matilde.

A la muerte de Guillermo el Rojo, Roberto de Normandía regresó de las cruzadas y volvió a tomar posesión de su ducado. También reclamó el trono de Inglaterra, y en 1101, incitado por Ranulf Flambard (que había sido apresado por Enrique, pero había logrado escapar a Normandía), invadió Inglaterra en un intento de destronar a Enrique, quien finalmente le rechazó. Roberto descuidó el gobierno de Normandía y atacó a los amigos de Enrique, que eran a la vez nobles en Inglaterra y en el ducado, lo cual proporcionó a éste la oportunidad de intervenir: en 1106 invadió Normandía y la conquistó; perdonó a Flambard, pero mantuvo a Roberto prisionero en Inglaterra durante el resto de su vida.

A petición de Enrique, el arzobispo Anselmo volvió a Inglaterra, pero éste estaba decidido a ofrecer una firme resistencia a las investiduras civiles. Él ya había hecho voto de acatamiento a Guillermo II en el primer nombramiento de su arzobispado, pero rehusó ahora renovar su obediencia a Enrique y consagrar a los obispos que éste investía. En 1107, el rey y el arzobispo llegaron a un compromiso: se acordó que los obispos tenían que recibir su anillo y demás insignias pastorales del papa, pero debían someterse al rey antes de su consagración. Enrique aceptó también que cada obispo podía ser elegido libremente por los clérigos de la catedral, pero como ello se realizaba en presencia del rey, en la práctica sus deseos eran obedecidos.

Por último, Enrique inició la consolidación y mejora del gobierno en Inglaterra. Organizó la tesorería, creando un comité especializado de la *Curia Regis* (Consejo de los Grandes) para ocuparse de las finanzas reales. Sus funcionarios, los nobles de la tesorería, recaudaban los tributos, tasas y cuotas pagaderas a la corona, y

mantenían un cuidadoso registro de los pagos y dispendios. Este fue el inicio de los departamentos especializados del gobierno de Inglaterra.

La crisis del reinado de Esteban

El único hijo de Enrique I, el príncipe Guillermo, se ahogó en el año 1120 en el naufragio del *White Ship,* durante un viaje de Normandía a Inglaterra. La hermana gemela del príncipe Guillermo, Matilde, viuda del emperador Enrique V, se había casado con Godofredo, conde de Anjou, y Enrique I pretendía que ella le sucediera en el trono de Inglaterra. Godofredo y Matilde hubieran podido controlar un territorio que se extendía desde las fronteras con Escocia hasta el Loira, pero a los nobles no les gustó la idea de un gobierno femenino, temiendo además que importantes cargos del poder civil fueran a parar a los angevinos. Eligieron como rey a Esteban, conde de Blois, y nieto de Guillermo I.

Esteban era un hombre valiente y popular, pero su imprudencia le impidió hacerse respetar en todo el país. Sus ejércitos sostuvieron una permanente guerra civil con los de Matilde. El rey David de Escocia cruzó la frontera en apoyo de ésta, siendo derrotado en la batalla del Standard, en el año 1138, por el ejército de los condados del norte, que lucharon bajo una bandera común. Sin embargo, los escoceses dominaron los condados de Cumberland, Westmorland y Northumberland hasta el reinado siguiente. Matilde invadió Inglaterra en 1139, y derrotó a Esteban dos años después en la batalla de Lincoln; poco después, éste recuperó el poder pese a que Matilde siguió controlando parte de las regiones del este hasta que abandonó el país en 1148.

Esta situación produjo un colapso general del gobierno. Los nobles aumentaron su poder: luchaban entre sí y se dedicaban a saquear el país. El reinado de Esteban demostró los peligros de un feudalismo incontrolado: el rey no era bastante fuerte para imponer su dominio sobre los principales señores feudales y éstos utilizaban su autonomía para proteger sus feudos privados y socavar la ley y el orden.

Finalmente se impuso la concordia, pues los nobles ingleses temieron que Francia aprovechara el caos para conquistar sus tierras en Normandía. Las dos facciones hostiles firmaron el Tratado de Wallingford en 1153, que establecía a Esteban como rey durante el resto de su vida, aunque sería sucedido por el hijo de



Matilde, Enrique, nacido de su matrimonio con Godofredo de Anjou. Un año más tarde, a la muerte de Esteban, Enrique fue proclamado rey.

Enrique II y la restauración del orden

Enrique II fue el primer rey de la casa de los Plantagenet. Gobernó en una amplia extensión de territorio: además de toda Inglaterra, poseía en Francia más tierras que el propio rey. Por parte de su abuelo heredó Normandía y Anjou, y de su padre, Maine y Touraine. Su esposa Leonor, divorciada del rey Luis VII de Francia, le proporcionó Poitou y Auvergne, y en 1159 heredó la Bretaña de su hermano Godofredo.

Enrique tenía un carácter muy complejo e imprevisible. Le asaltaban furiosos ataques de cólera, y su vida era licenciosa. Por otra parte le entusiasmaban los deportes, era religioso e ilustrado, y poseía un gran sentido de la justicia y una considerable capacidad de organización. Hombre inquieto, enérgico y autoritario su reinado fue tan importante en la historia de Inglaterra como el de Guillermo el Conquistador.

Su primer objetivo fue la restauración del orden en Inglaterra y la recuperación de la autoridad perdida por la corona. Los mismos nobles estaban ya en su mayoría cansados de guerrear y saquear, y cooperaron voluntariamente en la restauración



Arriba, los dos primeros reyes normandos de Inglaterra, Guillermo el Conquistador y Guillermo II. (British Library, Londres.)

Abajo, estatua funeraria de Eduardo de Woodstock (1330-1376), llamado el Príncipe Negro, primogénito de Eduardo III que lo nombró lugarteniente de Aquitania. Este sarcófago forma parte del tesoro artístico de la catedral de Canterbury.

de la paz. Uno tras otro, los varones ilegales vieron destruidos sus castillos y expulsadas del reino sus tropas de mercenarios extranjeros. Al mismo tiempo, se recuperaron para la corona los castillos reales y las propiedades que habían caído en poder de los nobles. Las casas privadas de acuñación de moneda, creadas por una docena de obispos y nobles durante el reinado de Esteban, fueron cerradas, y sus monedas reemplazadas por acuñaciones reales. Por otra parte el rey adoptó dos importantes medidas para proveerse de un ejército eficiente.

Los primeros reyes ingleses habían implantado un impuesto llamado *scutage* a los señores feudales eclesiásticos, en lugar de exigirles tropas para el ejército real. Enrique propuso también que lo pagaran los nobles, y con el dinero obtenido alquiló soldados mercenarios, más seguros que las tropas de la nobleza y dispuestos a servir por más tiempo que el año exigido a la milicia feudal.

Más tarde, Enrique, utilizando el Tribunal de Armas, en 1181 revivió el *fyrd*, antiguo ejército anglosajón en el que todo hombre libre debía servir. Ordenó que todos se poseyeran de un equipo militar y que se mantuvieran alerta, dispuestos a servir al rey cuando éste lo decidiera.

Disponía, pues, de dos ejércitos: una fuerza pequeña y entrenada dispuesta a servir en el extranjero, y el *fyrd*, para salir al encuentro de invasiones extranjeras o rebeliones de la nobleza. En cierto sentido, Enrique II destruyó los esquemas básicos del militarismo feudal.

Enrique incrementó los ingresos reales al tiempo que reforzaba su autoridad en el Imperio. El *scutage* le proporcionó mucho dinero, y en 1170 pudo reemplazar a la mayoría de los *sheriffs* por funcionarios de la tesorería, más eficientes y controlados por la corona mejor que los *sheriffs*, que solían ser terratenientes independientes.

Las necesidades monetarias del rey aumentaron al producirse una rebelión, dirigida por sus cuatro hijos, con el apoyo de su madre, la reina Leonor, los reyes de Escocia y Francia, y numerosos nobles. En consecuencia, ideó nuevas fuentes de ingresos, como las fuertes cuotas impuestas por el Tribunal del Bosque, el el año 1184, a todos aquellos que hubieran cazado o violado la ley en los bosques reales. Otro nuevo impuesto fue el Diezmo Saladin, creado en 1188 para sufragar las cruzadas, que gravaba los bienes muebles de la persona.

Durante el reinado de Esteban los nobles habían incrementado el poder de los tribunales feudales. Enrique intentó imponer la justicia real y privar a la nobleza de la autoridad y los beneficios que los citados tribunales les proporcionaban. Por la Constitución de Clarendon, promulgada en 1164, ordenó que cuando los jueces reales celebraran juicios en cualquier lugar del país, debían ser acompañados por una docena de hombres de cada una de las demarcaciones del condado para confirmar los delitos. Si un individuo pretendía que se le hiciera justicia en una cuestión civil, en Normandía se constituía un «tribunal de batalla» adjunto, y ambas instancias dirimían el asunto.

En Inglaterra no sucedía lo mismo: allí se implantó la práctica de un segundo o «pequeño jurado» que se ocupaba exclusivamente de estos casos menores. Durante el reinado de Enrique II, un «tribunal de ordalía» cuidaba de los casos criminales. Pero en 1215 la Iglesia ordenó que el clero dejase de participar en los mismos, y entonces se adoptó también para estos casos la norma del «pequeño jurado».

En 1155, Enrique nombró al clérigo Tomás Becket para el cargo de canciller o secretario general. Becket era un amigo del rey, con quien compartía la caza y sus diversiones. Con el tiempo se involucró en los asuntos reales, e incluso respaldó al rey cuando éste impuso fuertes impuestos a la Iglesia. En 1162 le nombró arzobispo de Canterbury, pero Becket sabía que tarde o temprano se vería arrastrado a un conflicto con el rey.

Enrique deseaba convertir a Becket en arzobispo para que éste pudiera reducir el creciente poderío de la Iglesia iniciado durante el caótico reinado de Esteban. Becket era vehemente y ambicioso, y había fomentado este cambio convirtiéndose en un perfecto arzobispo después de haber sido un rico cortesano. Abandonó la cancillería, adoptando un modo de vida austero, y se dedicó sincera y completamente a las cuestiones religiosas.

La crisis en las relaciones entre Enrique y Becket surgió en torno a la cuestión de los tribunales eclesiásticos. Tales tribunales podían juzgar al clero por cualquier delito, pero su máximo castigo, incluso en el caso de asesinato, era la degradación, convirtiendo al reo en laico. Era pues normal que individuos ambiciosos buscaran la impunidad que proporcionaba el hábito religioso: más de un centenar de delitos fueron cometidos por clérigos en los primeros años del reinado de Enrique.

Debido a ello, el rey promulgó la citada Constitución de Claredon en 1164, mediante la cual ordenaba que después de un tribunal eclesiástico hubiese degradado a un clérigo culpable, éste habría de someterse a un tribunal real para recibir su castigo. Enrique se basó en que Guillermo I ya había propuesto este sistema cuando reconoció la autoridad de los tribunales eclesiásticos en Inglaterra.

Becket rechazó la idea, señalando que ello significaría que un clérigo sería juzgado dos veces por el mismo delito. La ruptura con el rey promovió su huida a Francia, donde permaneció durante seis años, hasta que se pactó entre él y el rey una tregua. Becket volvió a Inglaterra, pero mantuvo sus principios y suspendió al arzobispo de York y a otros dos obispos que habían defendido la causa real. Estos hechos encolerizaron al rey, creándose el ambiente de hostilidad adecuado para que cuatro caballeros decidieran asesinar al arzobispo en su catedral.

El asesinato causó una profunda indignación en toda Europa, y en 1173 el papa canonizó a Becket. Su tumba, en la catedral de Canterbury se convirtió en uno de los principales centros de peregrinación de la cristiandad. Arrepentido, Enrique hizo penitencia en la catedral, abandonando su pretensión de que los clérigos degradados fuesen castigados por tribunales reales.

Felipe Augusto

La Inglaterra angevina tuvo un gran rey en la persona de Enrique II. Francia también gozó de un reinado decisivo, con Felipe Augusto (1180-1223).

Cuando subió al trono a la edad de 15 años, Felipe Augusto era un enérgico muchacho con una apasionada afición por la caza. Durante toda su vida conservó aquella energía y mostró además una gran ambición y una peculiar astucia política. No fue un gran soldado, pero demostró ser un diplomático competente y poco escrupuloso. En realidad, prefirió la política a la guerra.

Al acceder al trono, el dominio real era modesto, limitado por las posesiones de su tío materno, el conde de Champaña, y por la poderosa presencia del Imperio anglonormando, entonces en su momento culminante. Felipe demostró pronto su independencia y sus deseos de conquistar nuevos territorios. Su primer matrimonio, cuando sólo contaba 14 años, fue con Isabel de Hainault, última descendiente directa de los carolingios y sobrina del conde de Flandes. Su dote fue Artois, y en el año 1185, mediante tratados y diplomacia, obtuvo también Amiens, de manos del conde de Flandes. Este hecho extendió los dominios reales hasta el canal y obligó a los condados vecinos a convertirse en sus aliados.

De este modo, Felipe podía ya centrar su atención libremente en su más lejano y formidable rival angevino. Al igual que su padre, Luis VII, había ayudado a rebelarse a la reina Leonor y a sus cuatro hijos

contra el rey de Inglaterra Enrique II, él aprovecharía todas las oportunidades para ayudar a Ricardo, primogénito de Enrique, en las luchas que éste mantenía contra su padre. Enrique murió en 1189, y tras maldecir a sus hijos, nombró a Ricardo su sucesor en el trono de Inglaterra.

Felipe y Ricardo se encontraron en 1190, en la Tercera Cruzada, pero los dos amigos pronto devinieron enemigos mortales. Poco después de la conquista de Acre, Felipe regresó a Francia, alegando una inexistente enfermedad, pues en realidad deseaba el control de las posesiones francesas de Ricardo, aprovechando la ausencia de éste. Por su parte, Ricardo, para quien las cruzadas eran la principal afición, llegó a cercar Jerusalén, pero no fue capaz de conquistar la ciudad y finalmente tuvo que abandonar la campaña. Durante su regreso a Inglaterra su nave naufragó en las costas del mar Adriático y cayó preso del duque de Austria, con quien mantuvo relaciones hostiles durante la cruzada. El duque lo entregó al emperador Enrique VI, y Felipe, aliado ahora con el hermano traidor de Ricardo, Juan, para conquistar Normandía, trató de sobornar al emperador para que mantuviera prisionero al rey de Inglaterra. Sin embargo, los súbditos ingleses de Ricardo pagaron por él un fuerte rescate, y después de quince meses fue puesto en libertad, en 1194.

Inmediatamente, Ricardo comenzó una campaña en Normandía con el fin de recuperar las regiones que Felipe había ocupado durante su ausencia. Era un gran soldado y en pocas semanas recuperó numerosos castillos y ciudades. El rey francés huyó, dejando tras de sí documentos reveladores de su alianza secreta con Juan. Sin embargo, la lucha continuó, y en 1196 ambas partes estaban militarmente exhaustas. Finalmente, el Tratado de Loviers devolvió a Ricardo la mayoría de las conquistas de Felipe.

No obstante, aquello sólo fue un breve paréntesis en la lucha entre los dos monarcas. Ricardo pretendía recuperar el resto de sus territorios. El punto de partida de tal recuperación fue el nuevo castillo de Château-Gaillard, construido en la frontera de Normandía, en el valle del Sena, con grandes medios, bajo su personal supervisión y siguiendo el modelo de las fortalezas de los cruzados de oriente. Con sus dobles murallas y afiladas protecciones la fortaleza parecía inexpugnable.

Cuando se reanudó la guerra en 1198, los augurios parecían favorables a Ricardo, que de nuevo derrotó a Felipe, creándole una situación cada vez más precaria. Sin embargo, Ricardo resultó muerto por una flecha perdida, mientras asediaba el castillo de unos vasallos rebeldes, en 1199.



El Imperio Anglo-Franco Angevino en su punto culminante, a la muerte de Enrique II de Inglaterra, en 1189.

El rey inglés murió sin hijos, pero había designado como sucesor a su hermano Juan, que fue aceptado por Inglaterra y Normandía, aunque gran parte de la nobleza de Anjou, Maine y Turena apoyó las reivindicaciones del príncipe Arturo, hijo póstumo del hermano mayor de Juan, Godofredo. Arturo era el más próximo en la línea de sucesión al trono, y teniendo sólo 12 años se había granjeado el favor de los nobles, que vieron en él la posibilidad de recobrar su autonomía. Felipe se dedicó entonces a explotar de nuevo las diferencias familiares de los angevinos, y cuando Juan requirió su ayuda, le impuso condiciones como contrapartida a su de-

manda. Mediante el Tratado de Le Goulet, en 1200, respaldó a Juan como heredero de Ricardo en las posesiones francesas. A cambio, el rey inglés pagaría una compensasión de veinte mil marcos y cedería a Francia importantes distritos fronterizos de Normandía. Arturo fue relegado al gobierno de Bretaña, como vasallo de Juan, muriendo en Rouen, en 1203, quizá asesinado por su tío.

El rey Juan fue un hombre capaz y enérgico. En Inglaterra prestó especial atención a la administración de la justicia, asegurándose de que los jueces la impartieran honestamente. Sin embargo, su temperamento era complejo: era informal, desconfiado e irresponsable; en ocasiones generoso, pero a veces rencoroso y cruel.

Mucho más astuto, Felipe Augusto maquinó contra el rey inglés, al que incitó para que contrajera matrimonio con Isabel, hija y heredera del conde de Angulema, que estaba prometida a Hugo de Lusignan, uno de los principales vasallos de Aquitania. Cuando los seguidores de Hugo protestaron, Felipe conminó a Juan a responder de los cargos ante un tribunal. Al negarse el rey inglés a comparecer en el juicio, Felipe declaró que le desposeía de todas sus tierras en Francia e inició una campaña para forzar su enjuiciamiento.

Otro factor se sumó a esta compleja situación: los bretones se levantaron contra Juan al conocer la muerte de Arturo, y los nobles del Maine le abandonaron. Así, el rey inglés se encontró impotente para defender Normandía.

La campaña bélica no fue, sin embargo, fácil para las tropas francesas. La conquista de Château-Gaillard fue durísima. El propio Felipe dirigió la operación y necesitó ocho meses de asedio, desde septiembre de 1203 a abril de 1204, para vencer la resistencia del castillo, al que sometió a un bloqueo de tal magnitud que sus defensores, acuciados por el hambre, tuvieron que expulsar a los habitantes de los alrededores, que se habían refugiado en la fortaleza.

En 1204, Felipe dominaba Normandía, Anjou, Maine y Bretaña, dejándole a Juan la Gascuña, es decir, el sur de Aquitania, así como las islas del canal.

Tras añadir las tierras de los Plantagenet al dominio real, Felipe orientó sus ambiciones expansionistas hacia Flandes, centro del comercio textil y la zona más rica del norte de Europa. Sin embargo, se encontró con la firme oposición de Juan, para quien la zona era de vital importancia, pues las fábricas de paño flamencas trabajaban con lana proveniente casi toda de Inglaterra. Los comisionados del rey inglés obtenían notables ganancias en las ciudades flamencas. Al mismo tiempo, Juan llevó a cabo una alianza con el conde de Flandes, basada en la protección de sus mutuos intereses comerciales.

De hecho, Felipe aprovechaba las dificultades de Juan con el Papado y con sus propios nobles. En esta coyuntura decidió invadir Inglaterra. Previamente, ocupó Flandes por tierra y por mar en 1213. El conde de Flandes pidió ayuda a su aliado, y una armada inglesa de quinientos barcos partió inmediatamente de Portsmouth, donde mantenía vigilancia contra posibles invasiones. La flota inglesa cogió desprevenidos a los franceses, cuyos buques estaban anclados en el puerto de Brujas, mientras los caballeros saqueaban Gante. Parte de los mil setecientos barcos, equipados con lujosas armas, provisiones y víveres, fueron capturados y destruidos.

Felipe tuvo que abandonar Flandes y posponer el ataque a Inglaterra, mientras Juan planeaba continuar su triunfo a través de una doble invasión de Francia, en el verano de 1214. Consiguió como aliados a Raimundo, conde de Tolosa, y al emperador Otón IV. Después de muchas dilaciones, el rey inglés decidió dirigir un ataque de distracción sobre Poitou, pero fracasó. El ataque principal fue realizado por tropas imperiales, flamencas e inglesas. Felipe reunió sus ejércitos aliados en una pantanosa llanura cerca del pueblo de Bouvines, entre Lille y Tournai. Allí, los caballeros franceses derrotaron por completo a sus enemigos.

Bouvines fue una de las batallas más decisivas del mundo medieval: puso a Flandes bajo el control de Francia durante casi un siglo; la posición del emperador Otón IV resultó tan debilitada en Alemania, que se vio obligado a ceder la corona a su rival, Federico II; anuló totalmente los planes de Juan para recuperar las provincias angevinas, y los nobles ingleses se sintieron defraudados, rebelándose contra él y obligándole a promulgar en 1215 la Carta Magna.

La restauración del reino de los francos

Un escritor contemporáneo cuenta que cuando Felipe Augusto era un muchacho de 17 años un noble francés le preguntó cuál sería su mayor aspiración. El rey le contestó que se preguntaba si llegaría un tiempo en que Dios le permitiría restaurar el reino de los francos, y con él la gloria y el honor del gobierno de Carlomagno.

En Francia, Felipe intentó conseguir su propósito comenzando por afianzar sus derechos y su autoridad sobre el sistema feudal. Porfió para que incluso los nobles más importantes respetaran la jurisdicción real y se presentaran a las reuniones cuando fueran convocados por el rey. Introdujo asimismo diversas innovaciones; la más importante fue que quienes compartieran una herencia estaban obligados a poner su propiedad a disposición directa de la corona. Por otra parte decidió prestar ayuda a las ciudades, en contra de las demandas de la nobleza, garantizando sus derechos locales mediante la venta de cartas constitucionales. Finalmente, con el dinero conseguido pagó a mercenarios profesionales para formar un ejército real.

El resurgimiento de una Francia fuerte y unida fue un hecho acompañado por una importante revitalización de las actividades culturales francesas y de su influencia. El ejemplo que ilustra más espectacularmente este fenómeno es el desarrollo del arte gótico. En esa época se construyeron las grandes catedrales góticas: las de Notre-Dâme en París y Chârtres fueron terminadas durante el reinado de Felipe, la de Reims fue iniciada en 1211, y la de Amiens en 1220.

Sin embargo, a pesar de la considerable fortaleza del poder real y de la unidad nacional conseguida, una buena parte de Francia se mantuvo en muchos aspectos diferenciada del resto. En efecto, la Provenza, en el sur, había sido siempre más romana que franca, y había desarrollado su propia cultura. Sus ciudades gozaban de autogobierno, los siervos podían obtener su libertad y sus hijos podían aspirar a convertirse en caballeros. Como rasgo cultural típico, contaban con los trovadores, poetas líricos que cantaban en la antigua lengua provenzal y difundían principalmente canciones galantes y de caballería, condenadas por la Iglesia por considerarlas inmorales.

En los primeros años del siglo XII apareció en el sur de Francia una secta cristiana hereje, la de los albigenses, que tomaban su nombre de la ciudad de Albi, situada a pocos kilómetros de Toulouse. En realidad, el siglo XII señala la gran pujanza de las herejías. Doctrinas y liturgias heterodoxas respecto al cristianismo oficial se extendieron desde los Pirineos al Danubio.

Existían muchas razones para ello. Las ciudades crecían rápidamente, el comercio se expandía, la riqueza se incrementaba y las escuelas y universidades eran cada vez más numerosas. Los privilegios del clero y sus abusos originaban fuertes resentimientos entre la población. Los reformadores «hildebrandinos» afianzaron su independencia respecto a la Iglesia y convirtieron a los clérigos en una clase disciplinada, pero no pudieron mejorar su calidad moral o mantenerlos alejados de la corrup-

ción del poder. A medida que los mercaderes se enriquecían, mejoraban su educación e incrementaban sus críticas a la Iglesia, hallando fácil y rápido eco en las ciudades. El ambiente sociocultural propiciaba, pues, la expansión de las opiniones contrarias a las doctrinas ortodoxas de la Iglesia.

Las ideas heréticas fueron de muy diversa índole, y las noticias que de ellas se tienen han de ser cuidadosamente analizadas, pues se trata de fuentes elaboradas por quienes fueron sus enemigos más acérrimos.

Los albigenses, que en algunas partes de Europa son conocidos con el nombre de cátaros, parece que fueron los más radicales, ascéticos y universales de todos los grupos heréticos. Su creencia central provenía del maniqueísmo, una vieja herejía que había desafiado ya al cristianismo en el siglo IV.

El maniqueísmo sostenía la existencia de un conflicto entre la bondad y la maldad, representados por Dios y la materia, manteniendo que Dios había creado tan sólo el mundo del espíritu, que era eterno, mientras que Satán había creado el mundo material, corruptible. A tales creencias se les dio el nombre de «cátaras» (del griego: *catharos* = puro). Los cátaros enseñaban la necesidad de vivir en la pureza y apartados de las cosas materiales; practicaban un ascetismo extremo y rechazaban el bautismo y los sacramentos, pues para ellos significaban el contacto con lo material.

Los albigenses fueron el grupo cátaro más poderoso, y sus ideas calaron entre todas las clases sociales y en todas las ciudades del sur de Francia, donde el crecimiento de la población había superado la organización social parroquial de la Iglesia. La austeridad de las vidas y la devoción de los misioneros albigenses contrastaba con la relajación de la mayoría de los clérigos, y los habitantes de la Provenza compartieron su aversión por la Iglesia. Además, contaban con un protector, Raimundo IV, conde de Toulouse, al que sus trovadores llamaron «el primero de los condes sobre la tierra», dándole rango de emperador y rey.

Al principio, el papa Inocencio III intentó convertir a los albigenses, para lo cual envió como misioneros a los monjes cistercienses, animando al español santo Domingo a que realizara en 1205 un viaje por toda la zona. El esfuerzo resultó inútil. La crisis se produjo en 1208, cuando el legado pontificio, Pedro de Castelnau, fue asesinado al cruzar el Ródano, cerca de Saint-Gilles. El conde Raimundo, sospechoso de complicidad en esa muerte, fue excomulgado, aunque ello no modificó sus criterios.



Luis IX el Santo (1214-1270), rey de Francia, devoto y cumplidor de sus deberes religiosos, que fue considerado como el monarca ideal. (Bibliothèque Nationale, París.)

Este suceso decidió a Inocencio a convocar una cruzada contra los albigenses, y a pedir a Felipe que confiscara las posesiones del conde hereje. El rey de Francia, sin embargo, estaba entonces completamente absorbido por su guerra contra los ingleses.

Parte de los nobles del norte de Francia estaban deseosos de emprender una guerra sagrada que les podía proporcionar el acceso a la riqueza de Provenza. Así, un poderoso ejército se reunió en Lyon en 1209. Su jefe era uno de los mejores soldados de la época, el conde Simón de Montfort, curtido en las lides con Inglaterra. La campaña se inició con el asalto a la ciudad de Béziers y la masacre de sus habitantes. «Matadlos a todos; Dios nos recompensará», era la divisa del representante papal, Arnaldo Amalric. Carcasona se rindió tras un corto asedio, y Narbona y otras plazas siguieron el mismo camino, tras un verdadero genocidio. Algunos nobles regresaron a sus dominios, pero Simón de Montfort y otros nobles menores optaron por destruir a la nobleza meridional y ocupar sus tierras. La victoria decisiva se produjo en Muret, en 1213.

Después de la muerte de Inocencio III en 1216, la campaña se convirtió en una guerra para la incorporación de la Pro-



venza a Francia, hecho consumado con el Tratado de París, en 1229.

La oleada herética llegó a tener tal amplitud que en 1232 el papa Gregorio IX creó la Inquisición Romana, como una organización represiva dotada de tribunales especiales para buscar y juzgar a los herejes, apoyándose principalmente en la orden de los frailes dominicos. En 1233 encomendó a éstos el total exterminio de los albigenses, que fueron perseguidos y capturados cruelmente, llevados a juicio y quemados en la hoguera. La conquista de la fortaleza de Montsegur, en 1244, supuso la pérdida de la principal defensa albigense, quebrando así su resistencia.

A fines del siglo XII no había ya rastro alguno de herejía y la nueva y bien fortificada catedral de Albi, así como la renovada universidad de Toulouse, fueron el resultado cultural del triunfo de la cruzada. El país fue reducido a la ortodoxia, pero la cultura provenzal desapareció.

El rey santo

Cuando Luis VIII murió en 1226, a la edad de 40 años, su hijo Luis IX sólo tenía 11 años. Hasta su mayoría de edad, en 1234, su madre, la reina Blanca, hija del rey Alfonso el Sabio de Castilla y nieta de Enrique II de Inglaterra, actuó como regente. Era una mujer de gran fortaleza, dispuesta a preservar intacto el poder de la corona para su hijo.

La reina Blanca tenía el apoyo del Consejo Real y de las gentes de las ciudades, consiguiendo afrontar con éxito la presión de los nobles, unas veces a través de la diplomacia y otras mediante la fuerza de las armas. Se produjeron revueltas feudales, pero ninguna de ellas amenazó seriamente la posición de la monarquía. Cuando se proclamó la mayoría de edad de su hijo, Blanca mantuvo una gran influencia sobre él en los asuntos de Estado. La monarquía era tan sólida que Luis pudo partir en 1248 hacia las cruzadas regresando cuando su madre murió, en 1254.

La reina Blanca educó a su hijo austera y piadosamente, al contrario de la costumbre imperante en las cortes europeas. Como rey de Francia, Luis se convirtió en el símbolo máximo de la monarquía medieval, y después de su muerte fue canonizado con la aprobación universal de la cristiandad occidental. Había heredado los principales rasgos de carácter de su familia: el orgullo castellano, la inteligencia de su madre, la valentía de su padre y la sagacidad política de su abuelo Felipe Augusto.

Era un cristiano sencillo y sincero, al que le hubiese gustado vivir como un monje y al que sólo el sentido del deber impidió abandonar la corona para entrar en un monasterio. Su fe era absoluta e incuestionable. Participó dos veces en las cruzadas y siempre se mostró como un caballero valiente y animoso, pereciendo en una de aquellas batallas, lejos de su patria. Practicó la religión sin ostentación ni beatería y fue muy comprensivo con los sufrimientos ajenos. Como él mismo dijo, «reboso piedad hacia los infelices». Distribuía limosnas con generosidad, e incluso atendía a los leprosos con sus propias manos.

Con todo, la religión de san Luis tuvo su aspecto oscuro. Fue inflexible con los herejes, los escépticos y los blasfemos; en cierta ocasión ordenó quemar los labios y la nariz de un importante ciudadano de París, como castigo por sus blasfemias, y dio pleno apoyo a la organización de la Inquisición en Francia, justificando las crueles persecuciones contra los albigenses.

San Luis creía que, como rey de Francia, tenía unos privilegios que estaba obligado a mantener y unos deberes que debía ejercer. Estaba convencido de su calidad de rey por gracia divina, con la misión de promover la paz y la justicia entre las gentes y defender la causa de la Iglesia y la verdadera fe.

En realidad, fue en las cuestiones propias de la justicia donde san Luis destacó más como monarca. Al igual que Enrique II de Inglaterra, optó por extender la justicia real y disminuir el poder jurídico de la nobleza. En teoría el pueblo pedía siempre apelar al rey contra las sentencias impuestas por los tribunales aristocráticos, pero en la práctica tales apelaciones se diluían en la maraña de la trama burocrática.

Con el fin de promover una justicia adecuada, san Luis nombró a unos magistrados, o senescales, para que le representaran en las provincias de Francia, con capacidad y poder legal para celebrar juicios y procurar el cumplimiento de los decretos reales.

Por aquellos tiempos, el rey Enrique III de Inglaterra pretendía recuperar las tierras que su padre, el rey Juan, había perdido en Francia, pero la expedición que mandó a este país en 1242 fue derrotada por las tropas de san Luis. Éste confirmó, pues, su autoridad sobre el territorio francés; sin embargo, por el Tratado de París, permitió que Enrique retuviera la Gascuña, como recompensa por haberle ren-

dido homenaje y renunciar a sus exigencias sobre Normandía.

El reinado de san Luis inició una larga etapa de predominio francés sobre Europa, que duró más de cinco siglos. Su reputación de hombre justo y honrado se extendió de tal modo por Europa, que de muchos países le llegaban peticiones para actuar como mediador en toda clase de disputas políticas. En una ocasión medió entre Enrique III y la nobleza inglesa.

Hubo también otros factores que proporcionaron importancia a su reinado. La ley y el orden que promovió por todo el país favorecieron el crecimiento del comercio y la riqueza. La población se incrementó, y las tierras baldías y los bosques fueron aprovechados para el cultivo, floreciendo también las ferias y mercados.

Todo ello contribuyó para que de manera gradual el feudalismo evolucionara hacia formas más liberales. Al mismo tiempo, el rey intentó limitar el poder de la nobleza, y en el otro extremo de la escala social los siervos mejoraron su condición. Con ello aumentó la producción agraria. Fueron numerosas las familias de siervos que pudieron ahorrar suficiente dinero para comprar su libertad al señor y convertirse en campesinos que pagaban una cuota por sus tierras.

EUROPA OCCIDENTAL ENTRE LOS SIGLOS XI Y XIII

Año	Francia	Inglaterra	Germania	Italia
1000	Roberto II el Piadoso (996-1031) Enrique I (1031-1060)	Canuto (1016-1035) Eduardo el Confesor, último rey anglosajón (1042-1066)	Enrique II (1002-1024) Conrado II (1024-1039) Enrique III (1039-1056)	Normandos en Italia Benedicto IX (1032-1044)
1050	Felipe I (1060-1108)	Batalla de Hastings (1066) Conquista normanda Guillermo el Conquistador (1066-1087) Guillermo II (1087-1100)	Enrique IV (1056-1106) Enrique IV excomulgado (1076)	Conflicto de las Investiduras Gregorio VII (1073-1085) Canosa (1077) Saqueo de Roma por los normandos (1084) Urbano II (1088-1099)
1100	Luis VI el Gordo (1108-1137) Luis VII (1137-1180)	Enrique I (1100-1135) Esteban (1135-1154) Matilde proclamada reina (1141)	Enrique V (1106-1125) Concordato de Worms Conrado III (1138-1152) funda la dinastía de los Hohenstaufen	I Concilio Lateranense (1123) Rebelión republicana en Roma (1143)
1150	Eleonor de Aquitania y Enrique Plantagenet contraen matrimonio (1152) Felipe II Augusto (1180-1223)	Enrique Plantagenet (1154-1189) Constitución de Clarendon (1166) Asesinato de Tomás Becket (1170) Ricardo I (1189-1199)	Federico I Barbarroja (1152-1190) Enrique VI (1190-1197)	Federico Barbarroja conquista Milán (1154) y Roma (1167) Alejandro III (1159-1181) Víctor IV, Pascual III y Calixto III, antipapas Paz de Constanza (1183)
1200	Victoria francesa en Bouvines (1214) Ascensión de Luis IX Cruzada albigense	Juan Sin Tierra (1199-1216) Carta Magna (1215) Enrique III (1216-1272)	Otón IV (1198-1215) Federico II (1215-1250)	Federico II invade los Estados Pontificios
1250	Tratado de París (1259) Muerte de Luis IX en Túnez (1270)	Batalla de Lewes (1264) Eduardo I (1272-1307)		Carlos de Anjou, gobernador de Nápoles y Sicilia (1266-1285) Vísperas Sicilianas (1282)

Poetas y cronistas

A comienzos del siglo XII la canción era la principal expresión literaria de Francia, junto a las fábulas y los romances, que eran habitualmente cantados o recitados por trovadores nómadas y narradores de historias ambulantes.

Los poetas y trovadores de mayor renombre eran los del sur de Francia, producto de la cultura provenzal. A menudo los trovadores cantaban sus propias baladas y poemas en los castillos de los príncipes feudales, o ante tribunales que dilucidaban sobre causas amorosas y que presidían nobles damas. Imaginativos y prolíficos, los poemas trovadorescos hablaban de amor, de guerras y de caballeros. A veces, los propios trovadores eran nobles y caballeros, y entre éstos destacó Bertrán de Born, o el propio Guillermo IX, abuelo de Eleonor de Aquitania, y cronológicamente el primero de los trovadores provenzales conocidos. Los trovadores fueron violentamente silenciados cuando la cruzada contra los albigenses destruyó la cultura provenzal, pero en el norte de Francia persistió esta tradición. Los poemas épicos y los romances estaban principalmente basados en antiguas leyendas, que relataban historias tradicionales acerca de sucesos que se perdían en la lejanía de los tiempos. Cantaban también romances de caballería, que recordaban las gestas de Carlomagno y los doce nobles paladines de su corte, o las del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda en busca del Santo Graal, leyenda de origen bretón que se extendería por todo Occidente.

En el siglo XIII, sin embargo, la poesía fue sustituida por la prosa, difundiéndose ésta en forma de crónicas e historias, escritas por hombres que fueron testigos de los acontecimientos que describían. El primero de estos historiadores franceses fue Godofredo de Villehardouin, quien tomó parte en la Cuarta Cruzada y escribió *La conquista de Constantinopla*, describiendo los sucesos que ocurrieron desde 1198 a 1207. Su relato expresa el impacto que la esplendorosa ciudad provocó en los cristianos occidentales que allí fueron a luchar.

Página anterior, Francia después del Tratado de París, en 1259, cuando al rey inglés Enrique III se le permitió conservar los territorios que poseía en Francia (Gascuña), por haber rendido homenaje al rey francés y renunciado a sus exigencias sobre Normandía.

Los visigodos en la península Ibérica

A principios del siglo V la península Ibérica era una gran provincia romana. Pero la romanización española había tenido su momento de máximo apogeo hacia el siglo II, cuando las minas atraían el interés de Roma y su explotación comportó la construcción de grandes vías de comunicación que incluso llegaban a Galicia y la región cántabra, y cuando Andalucía fue para Roma una auténtica despensa cerealícola. Por otra parte, muchos romanos ilustres pasaron la mayor parte de su existencia en Hispania, o bien nacieron en ella, como por ejemplo los emperadores Trajano y Adriano, o intelectuales como Lucano y Séneca, entre otros. Es a partir del siglo II cuando la romanización de la península inicia un lento declive, como resultado del agotamiento de las minas y, especialmente, a causa de los graves problemas que Roma tiene que solventar debido a sus luchas internas por el poder y por la amenaza de los pueblos germánicos que se habían instalado junto a las fronteras septentrionales del Imperio.

La dominación visigoda

Coincidiendo con los primeros años del siglo V penetraron en la península Ibérica, a través de los Pirineos, diversos pueblos germánicos. Concretamente en el 409, alanos, suevos y vándalos se fueron instalando en distintos puntos del país devastando todo lo que hallaban a su paso. A partir de aquella fecha, el cuadro general de Hispania fue el siguiente: los vándalos y los suevos se expandieron por la región galaica; la Bética se convirtió en territorio exclusivo de los vándalos, y los alanos ocuparon la Lusitania. Junto a tales dominios, Roma siguió conservando su gran provincia Tarraconense, situada junto al litoral mediterráneo.

La amenaza de los invasores sobre la gran provincia romana decidió a Roma negociar con las tribus visigodas asentadas en el sur de Francia desde hacía varias décadas, más pacíficas que las invasoras de Hispania, pues en cierto modo habían asimilado la romanización. Como resultado de tales negociaciones, el caudillo visigodo Ataúlfo cruzó los Pirineos y llegó casi sin resistencia a Barcelona, donde estableció su residencia.

Con la ocupación de Barcelona por Ataúlfo se inicia la transformación de Hispania en un reino más o menos unitario, superando la vieja división provincialista establecida por los romanos. Sin embargo, la historia de los reyes visigodos es, en líneas generales, una historia de crisis casi permanente, de conspiraciones y regicidios, especialmente hasta el reinado de Recaredo en 586. Ataúlfo había entrado en Barcelona en el 414, pero al año siguiente murió víctima de una conspiración, sucediéndole en el caudillaje visigodo el instigador de su asesinato, Sigerico, quien a su vez, después de sólo siete días de haber ocupado la más alta dignidad visigoda, fue también asesinado por instigación de Walia, que sería su sucesor.

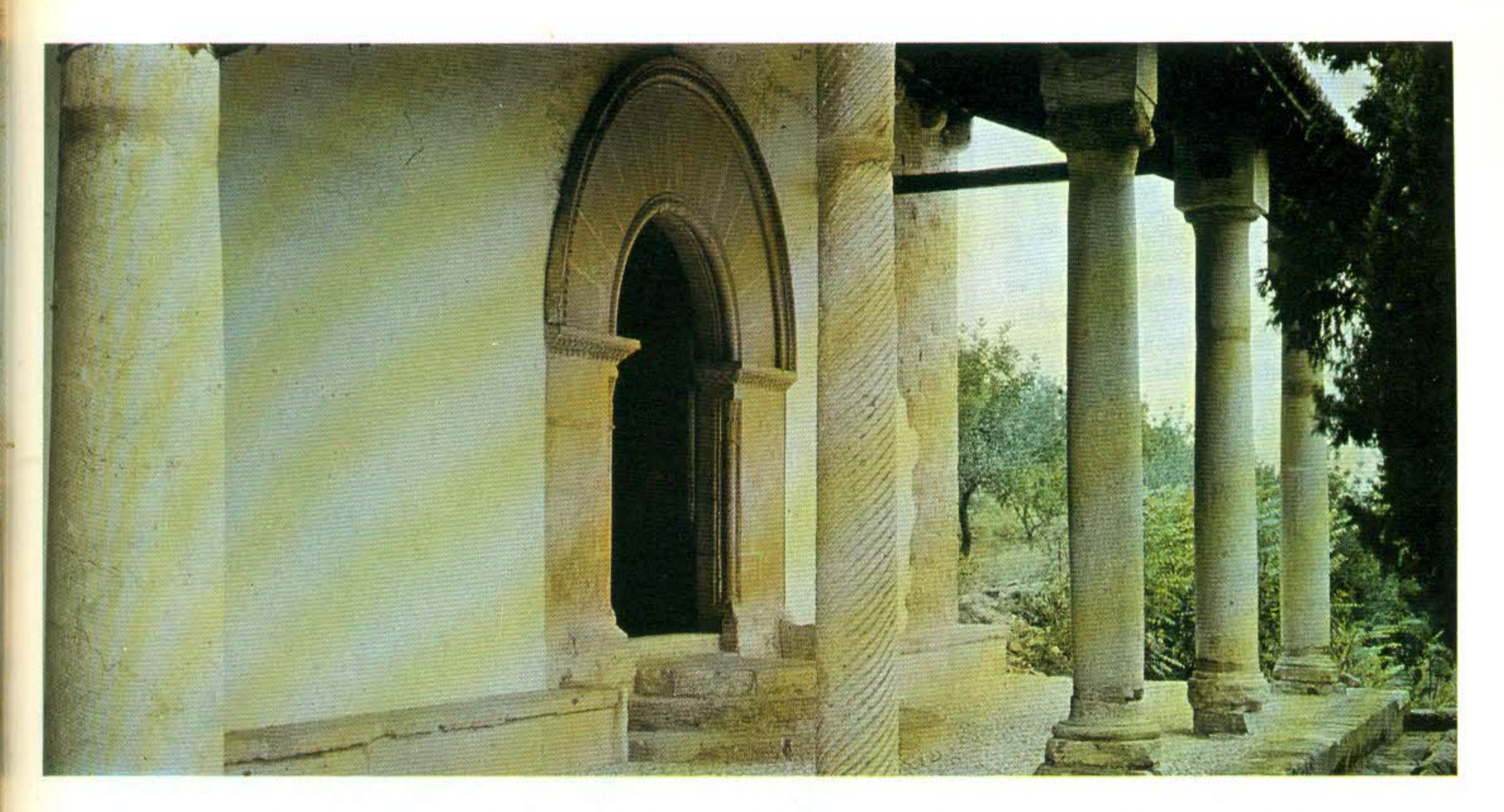
Tras un interregno durante el cual los visigodos establecidos en la región catalana perdieron los enclaves del sur de Francia, concretamente el reino de Tolosa (547), puede hablarse de la transformación de España en un reino unitario. Sin embargo, ello no significó una consolidación pacífica de la nueva monarquía, pues los conflictos por el poder y la lucha religiosa, centrada en torno al arrianismo, fueron factores de crisis continua. Tedíselo, que reinó brevemente en 548-549, murió víctima de un atentado durante un banquete, sucediéndole el inductor del crimen, su rival Agila (549-554), que tuvo que sofocar las rebeliones de la Bética y la Cartaginense. Murió también Agila víctima de un crimen y le sucedió su rival Atanagildo (554-567), quien logró gobernar durante un tiempo relativamente largo debido al apoyo de las tropas bizantinas enviadas por el emperador Justiniano, aunque este apoyo tuvo como contrapartida la anexión, por el Imperio de Oriente, de las provincias hispánicas sublevadas, regidas por un gobernador militar dependiente de Bizancio. En aquella coyuntura, Hispania quedó dividida en tres grandes bloques: la zona visigoda, que ocupaba la mayor parte del centro y el norte peninsulares; la zona bizantina (Bética y Cartaginense) y la zona ocupada por los suevos, correspondiente a la región cántabro-galaica.

Leovigildo, que reinó entre 573 y 586, impulsó un proceso de unificación y centralización del reino, estableciendo su capital en Toledo. Se asiste, pues, durante su gobierno, a una serie de luchas constantes contra los demás poderes establecidos en la península Ibérica, luchas que culminaron con éxito, y permitieron crear las condiciones para la posterior consolidación y pacificación del reino. Los ejércitos de Leovigildo combatieron contra los bizantinos y consiguieron conquistar Málaga, Córdoba y Sidonia; derrotaron asimismo a los suevos y lograron incorporar Galicia a la corona visigoda; finalmente redujeron a los aguerridos vascones del Victoriaco (la Euzkadi actual), sometiéndolos al poder central. Sin embargo, el reinado de Leovigildo tuvo graves problemas internos de índole religiosa: la religión oficial, el arrianismo, afrontaba la competencia del catolicismo, que comenzaba ya a minar su hegemonía. La rebelión católica la dirigió Hermenegildo, el propio hijo del rey, y aunque el movimiento fue sofocado violentamente y el heredero al trono ejecutado, lo cierto es que la expansión católica era una realidad imparable.



Apogeo y declive del reino visigodo

El máximo apogeo del reino hispánico de los visigodos se produjo durante el reinado del sucesor de Leovigildo. Recaredo reinó entre 581 y 601, convirtiéndose al catolicismo bajo la influencia del obispo de Sevilla, san Leandro. Es en esta etapa cuando latinos y visigodos asumen decididamente la idea de unidad, y la monarquía visigoda cobra un carácter teocrático. Recaredo convocó en 589 el III Concilio de Toledo, durante el cual se decidió la adopción del catolicismo como religión



Arriba, ermita visigoda de San Félix, construida sobre la anterior basílica románica, en Játiva (Valencia).

Página anterior, iglesia visigótica de San Miguel, en Tarrasa (Barcelona).

oficial, legislándose contra la unión de cristianos con judíos y la prohibición de que éstos, que detentaban un notable poder económico, asumieran cargos de carácter público.

En el interregno hacia el VII Concilio de Toledo se produjeron diversos hechos de importancia. Sisebuto (612-621) estableció la obligatoriedad del bautismo de los judíos, amenazándoles de expulsión si no se sometían a la normativa, y prosiguió el cerco a las últimas posesiones bizantinas en la península, reduciéndolas a la zona del Algarve, la cual sería definitivamente incorporada al reino visigodo por Suintila (621-631), convertido de hecho en el primer rey de toda la península Ibérica. Sin embargo, los conflictos internos no tardarían en reaparecer, pues Suintila fue destronado por Sisenando, que para obtener el favor de la Iglesia católica convocó el IV Concilio de Toledo (633), postrándose a los pies de san Isidoro de Sevilla, que le ungió solemnemente, entronizándolo como un «nuevo Saúl».

Muy violentos fueron los sucesivos reinados de Chindasvinto y Recesvinto. Chindasvinto era octogenario cuando ocupó el trono en 642, a pesar de lo cual gobernó hasta 653. Ayudado por la nobleza para acceder al poder, cuando se sintió seguro inició una intensa represión contra los nobles godos, haciendo matar a más de 200 jefes de familias aristocráticas y confiscando sus propiedades. En 649 quiso asegurar su sucesión y asoció al trono a su hijo Recesvinto, lo que promovió el estallido de numerosas revueltas en diversas partes del reino. Esta fue la pesada herencia que el sucesor tendría que afrontar.

Recesvinto (653-672) reprimió la sublevación del noble Froya, quien con el apoyo de los vascones había cercado Zaragoza. La importancia del reinado de este monarca estriba en la convocatoria del VIII Concilio de Toledo (653), con el objetivo de perdonar a sus enemigos a cambio del acatamiento a las leyes de su padre Chindasvinto, estableciéndose, además, que los monarcas serían elegidos por los obispos y los nobles con gran poder económico. En 654, Recesvinto promulgó el importante código legislativo *Liber Iudicorum,* elaborado de acuerdo con el derecho romano y que fijaba las bases jurídicas de la unidad de Hispania. Sin embargo, su labor legislativa y jurídica tuvo como contrapartida la continuación de las persecuciones contra los judíos y la gradual descomposición militar a causa de las rivalidades internas.

Wamba (672-680), hombre justo y de notable cultura, se vio enfrentado a una compleja situación derivada de la descomposición iniciada en los últimos años del reinado de Recesvinto. Así, debió reprimir la rebelión de los francos en la provincia gala de Septimania, dirigida por el conde de Nimes, Hilderico. Wamba envió una expedición al mando del noble Paulo, quien al llegar a territorio galo se proclamó a sí mismo rey de Narbona, con el apoyo del franco Hilderico y del duque de la Tarraconense, Ranosindo. Al mismo tiempo, los vascones se sublevaban nuevamente contra la presión centralista. Un nuevo ejército real ocupó Barcelona y Ge-

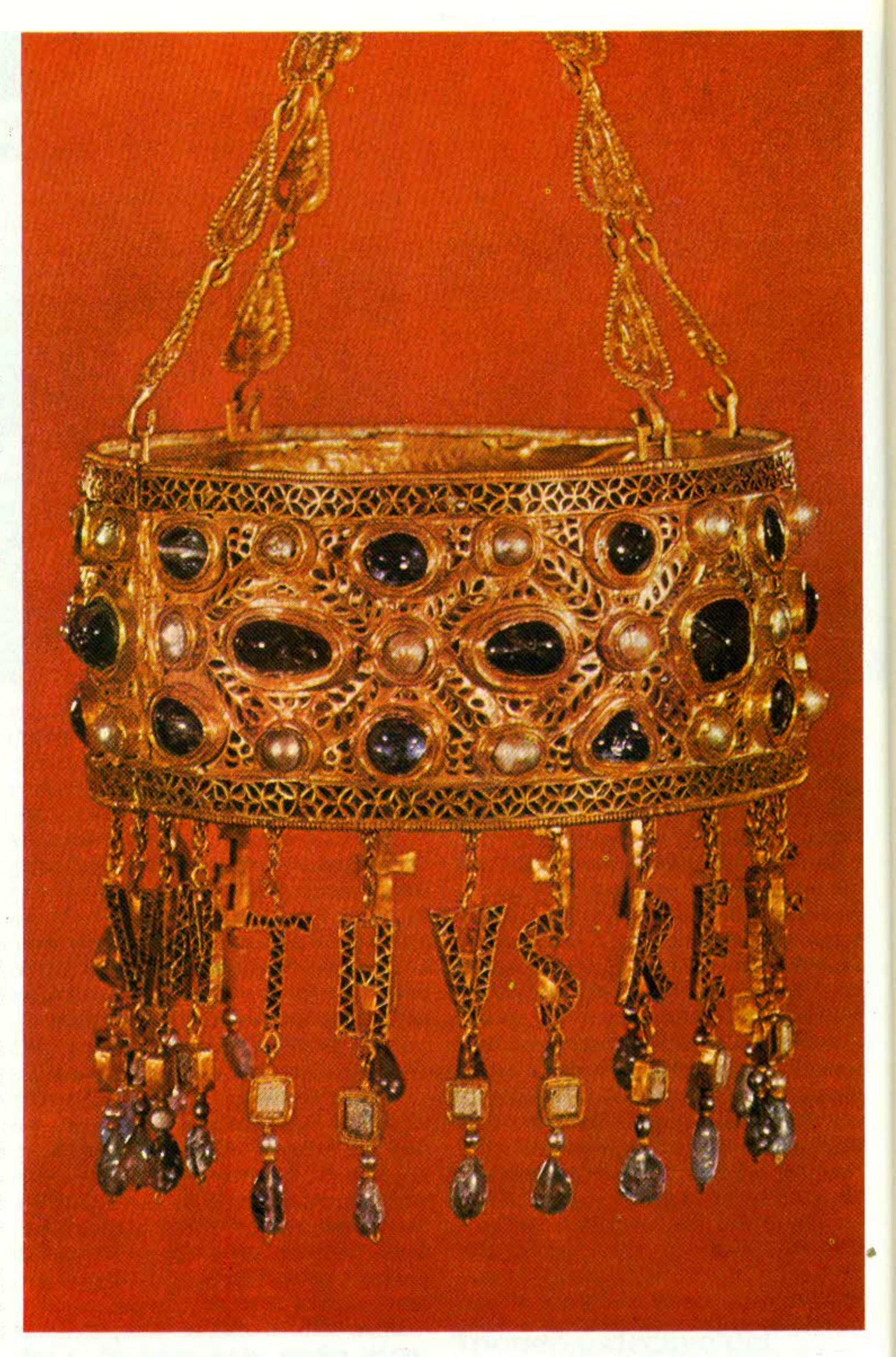
rona, y penetrando en Septimania, conquistó finalmente Nimes.

Por otra parte, un factor nuevo se sumaba a la compleja situación del reino gobernado por Wamba: en el sur se producían incursiones de un pueblo situado al otro lado del estrecho de Gibraltar, en el continente africano, de costumbres y religión completamente distintas. En 675 se produjo un primer encuentro entre visigodos y árabes, siendo rechazados éstos, tras haber ocupado la población de Algeciras.

El declive visigodo, después de Wamba, es un proceso acelerado durante los reinados de Ervigio, Egica y Witiza, y culmina con Rodrigo, elevado al trono por la nobleza en 710, usurpando unos derechos que correspondían al hijo de su antecesor. El heredero legítimo, Akila, recurrió a los pueblos árabes del norte de África en demanda de ayuda.

Las incursiones árabes en la península Ibérica habían inquietado ya los reinados de los últimos monarcas visigodos, pero ahora, la lucha por el poder entre Akila y Rodrigo abría a aquéllos una perspectiva nueva para poder instalarse con éxito en el continente europeo. Así, el 28 de abril del 711 el caudillo militar árabe Tarik desembarcó en Gibraltar, apoyado por el legendario «conde Don Julián», de verdadero nombre Olián Olbán, un berberisco cristianizado y antiguo súbdito de los visigodos. Según algunas crónicas, poco fundamentadas, Rodrigo acudió al encuentro de los árabes mandando un ejército de 100.000 hombres, compuesto de varios cuerpos, cuyos generales, de dudosa fidelidad (Sisberto y Oppas), habrían pactado con los partidarios de Akila y los árabes su deserción durante la batalla, a cambio de que Akila fuera instaurado en el trono. La derrota de Rodrigo se produjo en la batalla de Guadalete, que duró siete días, entre el 19 y el 26 de julio del 711. Las tropas visigodas fueron aniquiladas y Rodrigo murió en el combate.

Los árabes no repusieron a Akila en el trono y explotaron la victoria en provecho propio. Tenían ya un pie en el continente europeo.



Economía, legislación y sociedad

Como han señalado algunos estudiosos, uno de los fenómenos más interesantes de la época visigoda es la coexistencia de diversas culturas dotadas de un impulso unificador, aunque no llegaron a fundirse totalmente, pues la irrupción árabe interrumpió el proceso.

Cuando las tribus «bárbaras» penetraron en la península Ibérica por los Pirineos, los habitantes hispanorromanos sumaban una cifra aproximada de seis millones de personas. En contrapartida, la población germánica no superaba los 300.000 individuos, y en el sur de Hispania existían unos pacíficos núcleos judíos, dedicados esencialmente al comercio.

Tras apoderarse del poder, los visigodos desarrollaron una política de distribución de tierras, basada en la unidad del «fundio» organizada por linajes y a expensas de las propiedades romanas. Sin embargo, subsistió un tipo romano de propiedad llamado «colonato» de pequeñas dimensiones, así como el arrendamiento de tierras de un propietario a colonos libres. De este conjunto surgió la llamada «encomendación» vínculo de fidelidad entre el noble propietario y los campesinos.

La estructura social de la España visigoda tenía un contenido estamentalista. El rey se situaba, naturalmente, en la cúspide del cuerpo social, sostenido por la nobleza, integrada estrictamente por aristócratas de origen visigodo. En la base, los siervos y, sucesivamente, los esclavos. Un



Izquierda, iglesia visigótica de Santa Comba, de Bande (Orense), una de las más antiguas expresiones de la arquitectura cristiana en la península Ibérica.

Página anterior, corona visigótica de Recesvinto, perteneciente al tesoro de Guarrazar, conservado en Guadamur (Toledo).

estrato social especial lo componían los llamados *senatores*, hispanorromanos con propiedades que, sin embargo, carecían de privilegios políticos y jurídicos: su campo de acción era la economía.

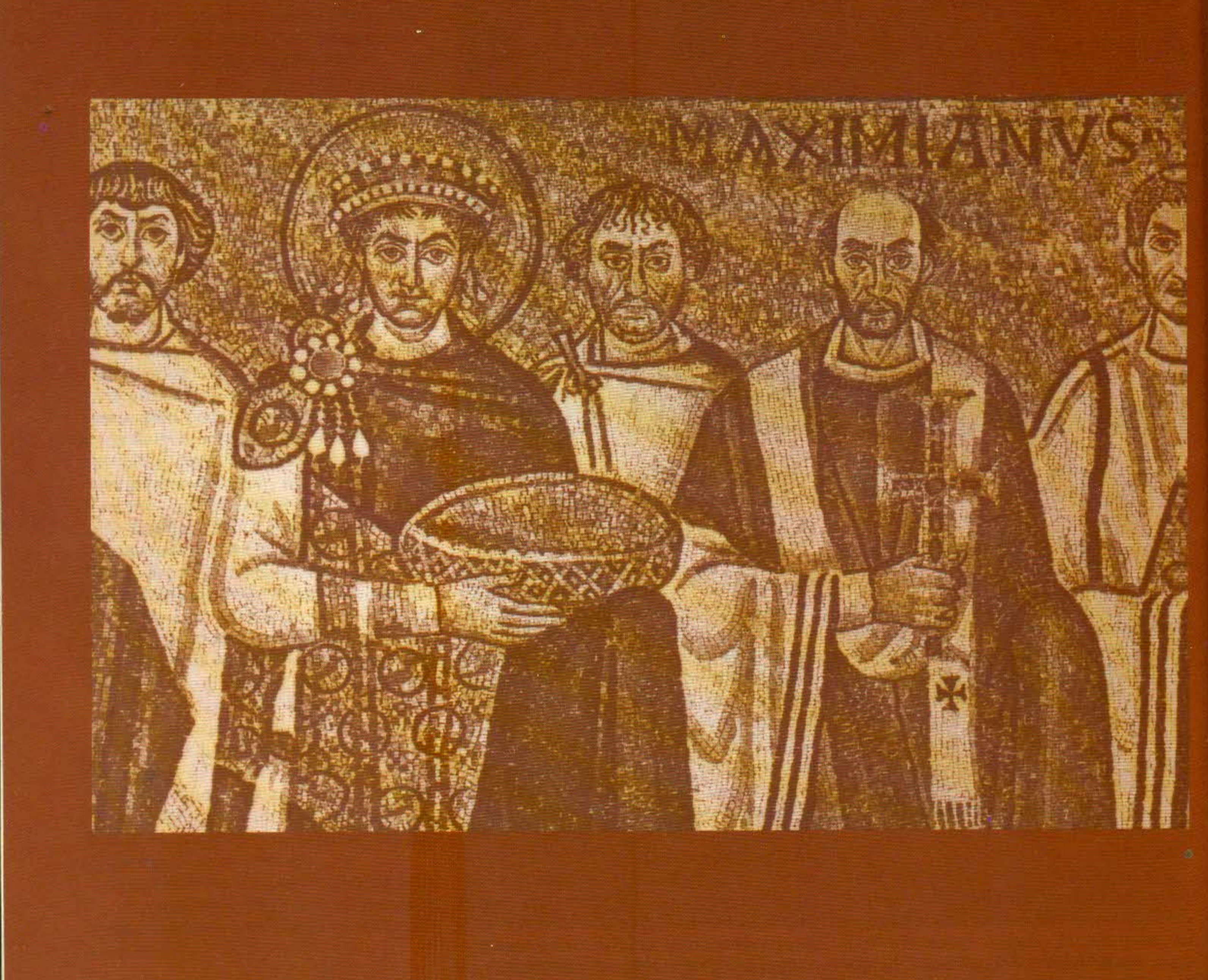
El monarca era electivo, y los nobles decidían la sucesión, aunque en ocasiones participaban también en ella todos aquellos visigodos que no fueran serviles o hubieran sufrido degradación social por haber cometido delitos. El poder del monarca era absoluto, y a partir de Recaredo, y más concretamente a partir del III Concilio de Toledo, la monarquía se teocratizó, lo que significó un creciente poder de la Iglesia católica, articulado a través de concilios que periódicamente se convocaban en la capital toledana.

La organización territorial conservó parte de la estructura romana. La unidad esencial era la «provincia» gobernada por un delegado, el «duque» quien era ayudado en su labor por «vílicos». Los gobernantes visigodos descubrieron en esta división territorial una forma que facilitaba la gobernación, sacrificando paulatinamente sus tradicionales y democráticas asambleas populares, tan características del complejo mundo de las tribus germánicas. En el siglo VII se estructuró un organismo denominado Asamblea de Magnates (u «hombres magnos»), integrada por los obispos y los militares de más prestigio, a la que correspondería exclusivamente la elección del monarca. En el IV Concilio de Toledo, para reforzar el poder de esa Asamblea y de la propia monarquía, san Isidoro anatematizó posibles usurpaciones del poder mediante la violencia.

De todas las tribus germánicas, los visigodos eran los más cultos, a causa de su dilatado y pacífico contacto con la cultura romana. En Hispania, desarrollaron una cultura heterogénea, de la que se han conservado escasos testimonios. Ello se debe a las pugnas religiosas entre el arrianismo y el catolicismo, pues al producirse la entronización de esta última como religión oficial, Recaredo ordenó una masiva cremación de textos y documentos.

De aquella época sobresale la figura de san Isidoro de Sevilla (560-636), un erudito que contribuyó con sus *Etimologías* a configurar el pensamiento medieval. Otros autores interesantes son los historiadores Orosio, Idacio y Julián. Los centros culturales fueron básicamente las iglesias y monasterios; la labor de los monjes, redactando y copiando manuscritos, constituye una aportación esencial para entender aquel período, una época en que por encima de otras disciplinas sobresalieron la liturgia, la teología y la historia.

Desde un punto de vista arquitectónico, la cultura visigoda aportó como elemento distintivo el empleo del arco en herradura y la bóveda, dotando a las iglesias de una estructura cruciforme. Los motivos ornamentales solían ser círculos, rosetas, rombos y cruces, y las figuras representaban animales o vegetales, todo ello de una clara influencia bizantina.


MAXIMIANVS

LAS FRONTERAS DE LA CRISTIANDAD

Introducción

A menudo se identifican los principales valores de la llamada «civilización occidental» con el área geográfica que desde la llamada Grecia se extiende hasta la península Ibérica, y por el norte hasta Gran Bretaña y Escandinavia. Pero en realidad, el Imperio bizantino, pese a que geográficamente pertenece a Oriente, fue durante un milenio el verdadero portador de la cultura occidental. De hecho, representó una fructífera síntesis de las tradiciones de Oriente y Occidente.

Situada en la antigua colonia griega de Bizancio, fundada en el Bósforo en el año 330 antes de Cristo, la ciudad de Constantinopla reunía tres importantes ventajas: políticamente, era la heredera de la antigua capital de los césares, herencia que incluía la capacidad de gobernar; espiritualmente, se inspiraba en el cristianismo, una creencia religiosa de raíces semíticas que combinaba su sensibilidad con un severo código moral; finalmente, la ciudad estaba situada en un lugar ideal para mantener contactos con Europa y para desarrollar las relaciones con sus vecinos asiáticos, a quienes los antiguos romanos respetaron como enemigos, pero no consideraron ciudadanos de Roma.

El griego, de manera paulatina, fue ocupando el lugar del latín en el habla de Bizancio, tanto en la corte como en el resto de las provincias. La antigua Roma, bajo el menguado poder de los emperadores de Occidente y la creciente autoridad del Papado, era cada vez más inoperante y sólo se mantenía como símbolo del antiguo orden, en una Europa dominada por los bárbaros. Por otra parte, se fueron estrechando más y más los lazos culturales y comerciales con Asia. Todo ello contribuyó a alterar el sistema autocrático de Bizancio.

El emperador bizantino, como representante de Dios en la tierra, vivía rodeado de la fastuosidad correspondiente. La Iglesia ortodoxa era fiel intérprete de los deseos del monarca, y habitualmente un mero instrumento en la política del Estado. Tanto fue así, que a la hora de la decisión final, en 1453, con los turcos a las puertas de Constantinopla, los clérigos ortodoxos se sometieron al joven sultán Mohamed II, pues ello les era políticamente más conveniente que el reconocimiento de la autoridad del papa de Roma. En realidad, aunque la triple corona del pontífice romano simbolizaba un poder más espiritual que temporal, exigía una sumisión igualmente absoluta.

Es cierto que los aliados occidentales, concretamente los venecianos, destruyeron las murallas de las ya debilitadas posiciones bizantinas durante el asedio final, pero la realidad es que Venecia en el siglo XV era políticamente más «oriental» que «occidental». Los intereses comerciales jugaron un papel esencial en los deseos de mantener con vida el antiguo Imperio, por lo que es lícito pensar que la salvación del espíritu de Bizancio no entraba en los planes de los venecianos.

Con el surgimiento del Islam había cambiado rápidamente el equilibrio de poder entre Bizancio y sus vecinos. Entre los años 661 y 750, bajo la dinastía de los omeyas, califas de Damasco, los defensores de la religión fundada por Mahoma irrumpieron desde Hejaz, ocupando toda la costa del norte de África hasta llegar a Marruecos por el oeste, trasladándose después hacia el norte y penetrando en España. Otra punta de lanza del ejército musulmán se dirigió hacia Siria y Asia Menor, teniendo como objetivo final Constantinopla. Si esta ciudad hubiera caído en poder de los árabes en el asedio de los años 717 a 718, el curso de la historia europea habría sido muy distinto. Fue allí y en España, en los dos polos extremos de la cristiandad mediterránea, donde el Islam fue más combatido. Para expulsar a los mahometanos de España se necesitaron siete siglos. Tras un idéntico período de tiempo fueron los turcos otomanos, y no los árabes, quienes destruyeron finalmente el Imperio bizantino.

En el transcurso del tiempo, el carácter del califato musulmán cambió. La nueva dinastía de los abásidas, en Bagdad, enalteció la cultura islámica, imponiendo el árabe como lengua oficial en sus territorios y la ley del Corán en la vida pública. Al mismo tiempo, permitió el establecimiento de estados como el de Persia, que gozaron de autonomía local. La lealtad suprema correspondía al califa, una figura que se convirtió en símil del emperador bizantino o del «rey de reyes» persa. Con los abásidas, la cultura árabe guió el mundo. En el siglo X un patriarca de Constantinopla declaró sin cortapisas: «Dos grandes soberanías, la musulmana y la bizantina, sobrepasan a todas las que existen en la Tierra, y son como dos estrellas en el firmamento».

La coexistencia de ambos rivales no fue pacífica, pero su antagonismo siempre estuvo presidido por un genuino y mutuo respeto. El este de Asia Menor era en aquella época una tierra de nadie que se disputaban los habitantes de las fronteras, tanto cristianos como musulmanes, más por costumbre que por una necesidad real. Este casi tradicional estado de guerra fue alentado por los afanes expansionistas del emperador bizantino Basilio II, que se anexionó las tierras del este de Anatolia y obligó a los nativos armenios a aceptar la «protección» de Bizancio. Esto les convirtió en un pueblo débil y poco dispuesto a cooperar, y medio siglo después la nueva frontera del reino de Basilio fue destruida por los turcos selyúcidas al mando de su jefe guerrero Alp Arslan.

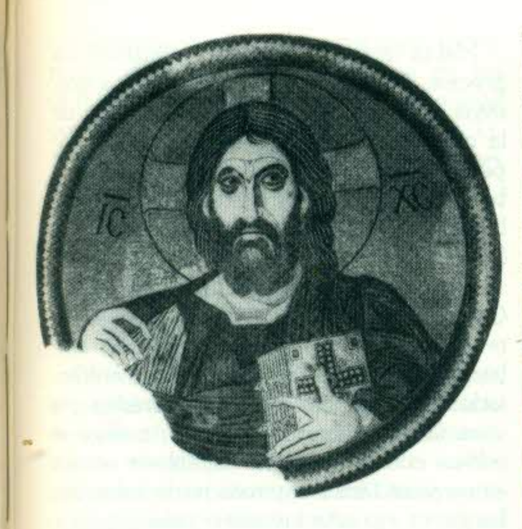
Desde los primeros tiempos del califato abásida, los turcos se habían desplazado hacia el sur, desde su centro original en Asia central. Al igual que los mongoles, era un pueblo nómada. Su natural movilidad les convertía en enemigos difíciles de vencer, pues combatían a caballo, manejando hábilmente el arco y la flecha. Los descendientes de Selyuk eran guerreros de primer orden, y tras su conversión al islamismo se enrolaron en el ejército del califa con el entusiasmo propio de los nuevos conversos.

Sus nuevas convicciones, su habilidad militar y su resistencia pronto les convirtieron en una fuerza política independiente dentro del mundo musulmán. Alrededor del año 1055, su jefe, Tughrul Bey conquistó Persia y fue proclamado sultán por el califato abásida de Bagdad. Sin embargo, aunque su sobrino y sucesor Alp Arslan dirigió frecuentes ataques contra territorio bizantino, su objetivo principal no era la conquista permanente de Asia Menor, sino la neutralización de sus fronteras mediante una campaña en el sur contra los fatimíes de Egipto.

El resultado de la batalla de Manzikert, en el año 1071, con la derrota de las fuerzas bizantinas y la captura del emperador, Romano Diógenes, fue tan imprevisto como lógico. Ambas partes menospreciaron las intenciones del contrario, pero Bizancio cometió el error de aliarse, en territorio hostil, con un ejército de mercenarios entre los que se contaban los turcos, cuya lealtad no podía resistir la prueba de una guerra contra sus compatriotas. El avance de los selyúcidas en el interior de Asia Menor y la creación del sultanato de Rum proporcionan un ejemplo de la capacidad de los conquistadores para asimilar a los conquistados en su propia cultura sin recurrir a la brutalidad.

El tránsito de un gobierno bizantino a uno selyúcida y de una sociedad cristiana a una musulmana se produjo de tal modo que cabe considerarla como un proceso relativamente pacífico e incruento. No obstante, la lucha final del Imperio bizantino contra los turcos otomanos fue un asunto mucho más complejo.

Los bizantinos mantenían contactos permanentes con persas, árabes y turcos, y a su manera se entendían entre sí. En



Izquierda, mosaico griego que repite la imagen del Pantocrátor, representación de Cristo entronizado como supremo señor del universo, característica de la iconografía bizantina y románica.

cambio con India, China y el Lejano Oriente mantenían unas relaciones mucho más atenuadas e indirectas, pues sólo existían intercambios comerciales de artículos de lujo. La seda, un monopolio chino en tiempos del Imperio romano, era ya fabricada durante la Edad Media en Bizancio y en Sicilia, importándose únicamente desde el Lejano Oriente los géneros más delicados. Sin embargo, las especias para condimentar los alimentos y las yerbas medicinales que tenían una gran demanda, estaban en manos del comercio árabe. Las distancias eran demasiado grandes, y los riesgos del viaje requerían un control político de tipo unitario que facilitara las operaciones mercantiles. Este control se forjó tras el establecimiento del Imperio mongol, y en particular con la conquista de la capital abásida, Bagdad, en el año 1258.

El Imperio mongol tuvo un comienzo muy precario. Las tribus se unieron bajo su primer líder, Gengis Kan, y en veinte años (desde 1202 a 1222) extendieron su poder hasta el río Amarillo por el este, y hasta las costas del mar Negro por el oeste. En veinte años más la Horda de Oro dominaba Rusia, y un poco más tarde, en el mismo siglo XIII, llevaron a cabo dos intentos que fracasaron, de invadir Japón por el mar. Este conjunto de tribus nómadas llegó a dominar una gran extensión del planeta, gracias a su disciplina interna, basada en una gran conciencia de nación y en una sólida cohesión en torno a la familia, y a una suprema maestría en el arte de la guerrilla.

Reconocidos como enemigos del Islam, las alianzas con los mongoles se convirtieron en uno de los objetivos políticos de la Europa cristiana. A pesar de que Francia e Inglaterra llegaron a contar con la alianza de los mongoles en alguna cruzada, y el papa Inocencio III llegó a sugerir el bautismo al propio Gengis Kan, cualquier intento de progresar más en la alianza fue inútil.



Arriba, ábside de San Clemente de Tahúll (Lérida), una de las más impresionantes obras de la pintura románica europea. (Museu d'Art de Catalunya, Barcelona.)

Aunque el Imperio mongol no tuvo influencias duraderas en las relaciones entre el Islam y la cristiandad, de hecho relanzó el contacto mercantil entre Europa, el Próximo Oriente y el Lejano Oriente. Los mercaderes italianos aprovecharon esa oportunidad para poder comerciar, y los hombres como Maro Polo trajeron a Europa informes de primer mano sobre las lejanas tierras dominadas por el gran Kan. Los clérigos hicieron también largos y dificultosos viajes, y en 1307 un italiano fue nombrado arzobispo de Pekín.

El tráfico no sólo se realizaba a través del este. Hacia fines del siglo XIII, Rabban Sauma, un monje de Nestoria, tierra del norte de China, inició la peregrinación hacia Jerusalén. Nunca realizó su objetivo, pero sí llegó hasta Inglaterra.

El declive del Imperio mongol tras la muerte de Tamerlán en 1406, la caída de Constantinopla en 1453, y la desaparición de los enclaves comerciales italianos de las costas del mar Negro, significaron el fin de aquel pujante comercio.

El Imperio bizantino

Lo que hoy conocemos como Imperio bizantino fue visto por sus habitantes como la continuación del Imperio romano, y sus gobernantes considerados como la ininterrumpida continuación de los primeros césares. Bizancio heredó de Roma la intención política de gobernar el mundo, su eficiente burocracia, su formidable sistema militar, e incluso un senado a modo del romano. La reconquista de la antigua Roma y de Occidente constituyeron un constante sueño que duró ocho siglos.

Sin embargo, Bizancio se diferenciaba del pasado Imperio en dos aspectos fundamentales. En primer lugar, sólo dominaba una parte del mundo mediterráneo, la zona oriental, que era la más próspera y poderosa, y en la que florecían grandes ciudades y una avanzada economía, mientras que en Occidente la vida urbana degeneraba. Los vecinos de Bizancio y sus enemigos no eran bárbaros como los que invadieron Occidente, sino los persas, y más tarde los árabes, pueblos con una cultura capaz de mejorar la bizantina.

En segundo lugar, cuando Constantino el Grande fundó Constantinopla como una nueva Roma en el año 330, adoptó la más vigorosa de las creencias orientales, el cristianismo, legando a sus sucesores una posición privilegiada como regidores de la ortodoxia «en igualdad con los apóstoles». El protocolo del Estado fue decretado mediante pequeñas ceremonias en el Sagrado Palacio. «Con ello —explicaba un emperador— esbozamos el armonioso movimiento de la creación de Dios en el universo y el mantenimiento del poder imperial en proporción y orden.»

Justiniano

El emperador Justiniano (527-565) sentó las bases del primer estado bizantino. Se le recuerda principalmente como un gran legislador y por la construcción de la impresionante iglesia de Santa Sofía. La excelente codificación de las leyes romanas, a cargo del jurista Triboniano, y los propios decretos del emperador fueron las bases del sistema legal de Bizancio. Sirvieron para preservar la inapreciable herencia romana, que no pudo ser recuperada en Occidente hasta el siglo XII.

Justiniano construyó iglesias por todo el territorio como si se tratara de una obligación imperial, pero Santa Sofía de Constantinopla constituye el ejemplo más representativo de la magnificencia imperial. La cúpula principal está apoyada sobre otras semicúpulas que cubren el total de la basílica, sustentada por pilares y con muros revestidos de mármoles policromados.

Las carreras de cuádrigas en el Hipódromo eran el punto de referencia central de la vida de la población en las ciudades, y el modo de conducir estas cuádrigas llegó a ser casi una actitud política. Los diferentes equipos, cada uno con sus seguidores entre el público, reflejaban las divisiones teológicas del Imperio. El pueblo llano también ejercía su único derecho: el de aclamar al emperador con gritos acompasados, o muy ocasionalmente, el de intentar lincharle (como le sucedió a Justiniano en el año 532).

La ambición de Justiniano no se limitó a la reconquista de Occidente. Tras asegurar la frontera persa, dos generales, Belisario y Narses, reconquistaron el norte de África que estaba en manos de los vándalos, toda la Italia sometida a los ostrogodos e incluso parte de España. Parecía como si el Imperio romano volviera a renacer.

Sin embargo, el coste de estas innumerables campañas fue enorme para Bizancio. Se explotaron todos los recursos humanos, incluyendo ejércitos alquilados, semiprivados, y fuerzas aliadas extranjeras. De cualquier modo, la mayoría de territorios conquistados habían sido invadidos tantas veces que sus habitantes permanecían indiferentes ante sus «liberadores». Con la excepción de Grecia y del sur de Italia, las tierras así recuperadas serían perdidas un siglo más tarde. Incluso sus contemporáneos condenaron a Justiniano por arruinar el Imperio con sus costosas victorias.

Constantinopla fue con mucho la mayor ciudad de la Europa medieval. Sus dimensiones asombraban a los visitantes que venían de Europa occidental, y sus signos de riqueza (las reliquias cristianas, en especial) la convirtieron en «la ciudad deseada por todo el mundo».

Unos 15 kilómetros de murallas, frente al mar, rodeaban seis foros porticados, un acueducto que abastecía a las cisternas, varias iglesias, palacios y monasterios, un gran bazar cubierto y un mercado rodeado de jardines. Sus calles estaban adornadas con esculturas provenientes de los saqueos de los territorios helenísticos orientales.

Había también un centro industrial; los precios, los tratos comerciales y los gremios eran controlados por el prefecto de la ciudad. La seda era un monopolio imperial, y los talleres de tinte y tejido estaban situados en el laberinto de patios, pabellones y aposentos que constituían el Sagrado Palacio.

Los buques comerciales procedentes de Crimea, Beirut, Alejandría y Venecia se reunían en el Cuerno de Oro. Sin embargo, los mercaderes bizantinos, enfrentados a un ineficaz sistema de crédito y a unas tarifas muy altas, tendían a dejar el tráfico comercial de la capital en manos extranjeras (árabes, y más tarde italianos). La tierra era una inversión más segura.

En un determinado momento, la población de Constantinopla alcanzó el millón de habitantes. Debido a que el precio de los cereales podía doblarse cada 60 kilómetros, a causa de las pésimas carreteras, la alimentación de una población tan elevada representó un problema considerable. Antes de las invasiones de los árabes, el cereal era transportado por mar desde Egipto y Sicilia. Los campos de cultivo de Crimea también fueron utilizados, y en Anatolia se desarrolló la cría de ganado y ovejas.

En Constantinopla, el campo cultivado estaba muy cerca de la ciudad, y muchos de sus ciudadanos eran en realidad campesinos. Los manuscritos realizados por la «labor de los monjes», muestran la vendimia de septiembre (el inicio del año en Bizancio), la caza en octubre, la labranza con un pesado arado de madera arrastrado por una yunta de bueyes, en noviembre, la recolección de leña en diciembre, la apertura de las tinajas de vino en enero, los festejos de febrero, y la siega con la hoz (la guadaña occidental no era muy conocida) en julio. Los bueyes girando sin interrupción sobre el suelo trillado, el aventado con horcas de madera, y la molienda a mano o mediante ruedas hidráulicas horizontales, completaban el ciclo anual de la vida rural.

El aceite y el vino se fabricaban con prensas de piedra tallada. Los pescadores nocturnos atraían con lámparas hacia sus redes a los boquerones y la caballa, en el mar de Mármara y en el mar Negro. Los pastores llevaban sus rebaños hacia tierras más altas en verano, apacentando el ganado en los Balcanes y la meseta central de Anatolia, y moviendo sus campamentos cientos de veces al año. Pastores valacos llegaron a Constantinopla para vender su queso blanco y salado. También los habitantes de las ciudades iban hacia las montañas en verano, huyendo del calor.

Todo ello era posibilitado por la independencia de las comunidades libres de

campesinos, pues a pesar del gran incremento de terratenientes feudales en los últimos siglos del Imperio, los campesinos bizantinos siempre gozaron de mayor independencia que los de las restantes zonas de Europa.

La Iglesia bizantina

El «Imperio universal» y la «Iglesia universal» eran coetáneos. La conversión a la ortodoxia fue el primer paso en el sometimiento al sistema imperial, pues el emperador era el representante de Cristo en la tierra. Sólo a través de la herejía pudieron las minorías orientales establecer su idiosincrasia nacional y escapar a los recaudadores imperiales de impuestos. Tanto para los defensores de la ortodoxia como para los seguidores de la heterodoxia la fe era su razón de vida y su manera de vivir, por lo que había muy poca diferencia entre lo religioso y lo secular.

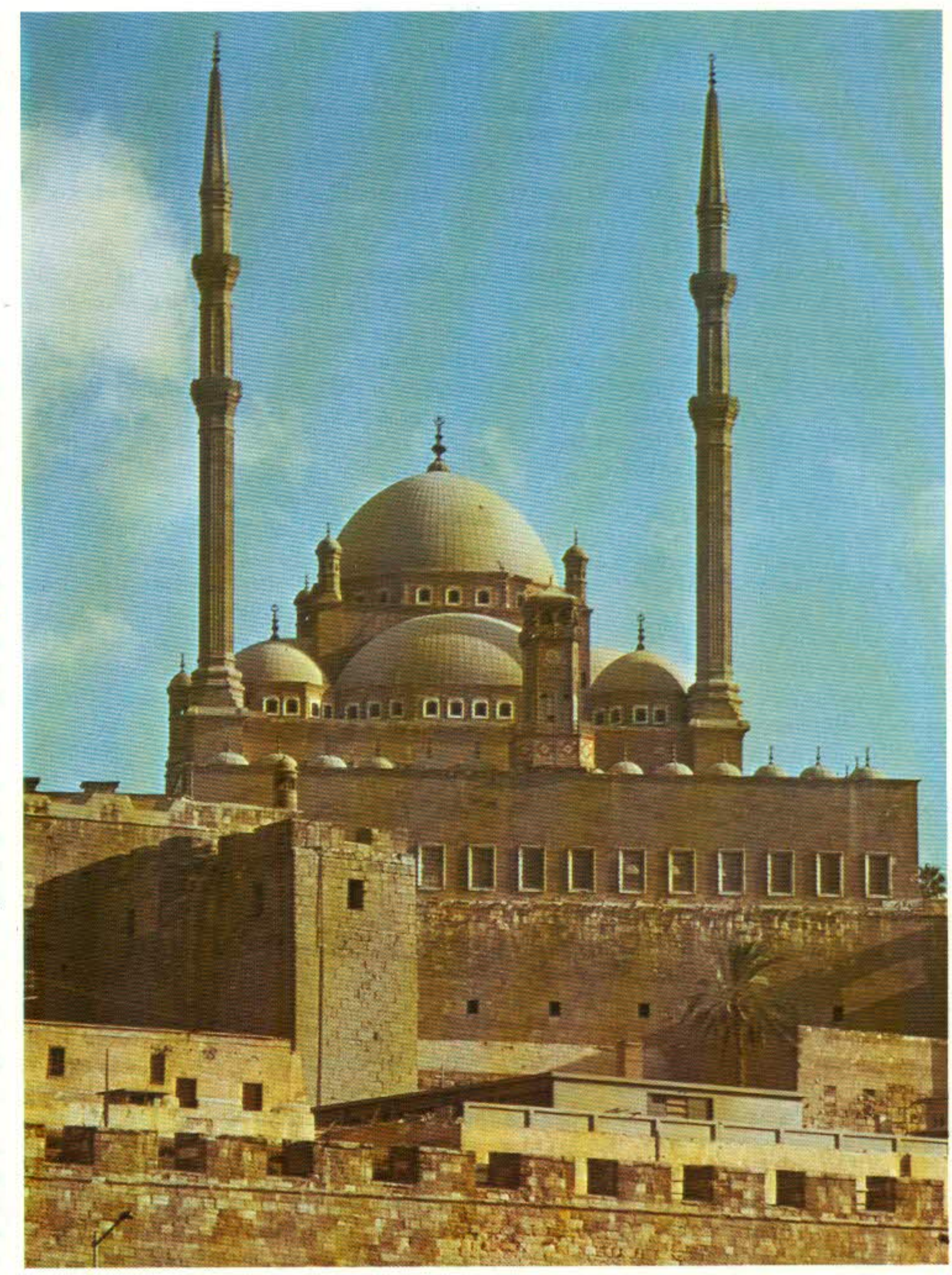
En la Iglesia oriental la autoridad se basaba en el consenso de toda la comunidad de creyentes, los cuales habían sido bautizados en su mayoría durante los siglos IV y V, cuando el cristianismo fue establecido como religión del Estado, con los adjetivos de «romano» (o griego) y «cristiano» (u ortodoxo), que se convirtieron en sinónimos.

La naturaleza de la divinidad de Cristo se definió a través de siete concilios generales de la fe, representados por los obispos y los funcionarios del Estado. Las jerarquías eclesiásticas estaban encabezadas por cinco patriarcas: los de Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén. Pero así como el papa de Roma (o «padre») fue el único intérprete de la fe y el orden en la Iglesia occidental, la ortodoxia de Oriente nunca perdió la idea de que la Iglesia era «universal», porque incorporaba a todos los cristianos y respetaba sus propias lenguas y estilos de vida. Tal era el punto de vista oriental sobre la autoridad, en oposición al de la centralización occidental, que estaba latente en el núcleo del cisma que lentamente fue dividiendo al mundo cristiano.

Las diferencias se agravaron tras las mutuas desconfianzas y malentendidos en los encuentros entre cruzados y bizantinos. A partir del siglo XI la cuestión de la unidad de las dos Iglesias era para el Papado un asunto de disciplina, mientras que para Bizancio era poner en duda su propia identidad. Las distinciones y divergencias del dogma eran puramente puntos de discusión.

En el siglo IV, san Basilio, el mayor teólogo pastoral de la Iglesia ortodoxa, creó una tradición de vida comunitaria contemplativa. Las gentes identificaban el monasterio con la virtud bizantina de la filantropía. Algunos monasterios guardaban importantes dotaciones imperiales, como el Santo Sepulcro en el Calvario, o se basaban en el culto a un santo, como el de san Simeón el Estilita en Siria, pero otros surgían de las necesidades espirituales locales.

Los monjes de Bizancio eran piadosos y agresivos, llevando al seno del pueblo sus discrepancias políticas y religiosas. Mientras que los párrocos eran normalmente campesinos casados, los obispos permanecían obligatoriamente solteros y eran nombrados a partir de los clérigos que no se habían casado. Las tierras cedidas a los monasterios (habitualmente por piadosas viudas) no podían ser enajenadas. Se ha calculado que en los últimos



Iglesia de Santa Sofía en Constantinopla, construida por el emperador Justiniano entre los años 532 y 537. Fue la iglesia más lejana en el Mediterráneo oriental, hasta que los turcos ocuparon Constantinopla y la convirtieron en mezquita, añadiéndole alminares.

años del Imperio los monasterios poseían un tercio de las mejores tierras cultivables, las cuales estaban exentas de contribución. Por otra parte, aquel estamento fue siempre reacio para proporcionar hombres para el ejército.

En el siglo XII la dramática liturgia vigente fue reemplazada en las catedrales por la declamación de las preces monásticas, en un proceso de estrechamiento del cerco de los monasterios sobre la Iglesia. Durante los últimos y desgraciados siglos de Bizancio la vida espiritual fue cada vez más pujante. Mientras los turcos rodeaban Constantinopla, los monasterios de Patmos, Bitinia, Olimpos, Atos, Meteora y otros, prosperaron extraordinariamente.

El saber bizantino

La universidad de Constantinopla impartía cursos de filosofía antigua, retórica, ciencias naturales y teología. Sus textos fueron ampliamente compilados por maestros alejandrinos del siglo I, y sus temas fijados con poca originalidad. Sin embargo, los bizantinos ilustrados (cuya cultura era más extensa que la de Occidente) conocían la Biblia y los libros religiosos, como los de san Juan, al igual que las obras de Platón. Esta combinación de humanismo clásico y misticismo oriental se daba también en el arte, pero nunca alcanzó el desarrollo del Renacimiento italiano.

En el humanismo bizantino y en el cristianismo existían dos facetas de una misma tradición vital, y en consecuencia no necesitaban renacimiento alguno. La clave de la continuidad de esta doble cultura residía en una profunda adhesión al lenguaje y al estilo de la antigua Grecia. Los padres de la Iglesia escribían en la misma lengua que los antiguos filósofos. Incluso en el siglo XIV, el emperador Juan Cantacuceno pudo incluir en sus memorias, sin cambiar el estilo, la descripción de Tucídides acerca de la plaga de Atenas. Obispos como Eustaquio de Salónica no encontraron ninguna contradicción en escribir un comentario de Homero y unos sermones pastorales.

Gracias a la supervivencia accidental de las bibliotecas, casi todos los textos griegos conocidos en nuestros días provienen de los copistas de Bizancio, generalmente monjes. Contemplamos, pues, la literatura de la Grecia clásica a través de los eruditos bizantinos, de sus comentarios y sus interpretaciones. Es cierto que estas exégesis eran poco originales, pero en eso, al igual que en otras áreas, Bizancio preservó, interpretó y proporcionó un nuevo estilo de vida.

Heraclio

El coste de la reconquista de Justiniano tuvo que ser soportado por sus sucesores. Justino II (565-578), agobiado por la burocracia y acosado por las disidencias religiosas, perdió Dara, la ciudad fortificada que vigilaba el frente persa, en el año 573. Su sucesor Tiberio II (578-582) perdió Sirmia, la llave de la frontera del Danubio, y los ávaros y eslavos avanzaron sobre los Balcanes. Mauricio (582-602) obtuvo una tregua en Oriente gracias al usurpador del trono de Persia, y pudo dedicarse a solucionar los problemas de la frontera con los Balcanes. Sin embargo, al rebelarse su ejército, los soldados eligieron emperador —siguiendo el antiguo estilo romano— a un oficial analfabeto llamado Focas.

Ni uno solo de los cronistas bizantinos tiene una palabra amable para Focas. Durante su desastroso gobierno (602-610) los persas penetraron hasta Calcedonia, situada frente a Constantinopla, al otro lado del mar.

En el año 610, Heraclio, un brillante y veterano general del norte de África, fue convencido para que destituyera a Focas. Su flota navegó hacia Constantinopla bajo la protección de un icono de la Virgen, del que se decía que «no estaba hecho por manos humanas».

Cuando Heraclio llegó al trono, los Balcanes y la mayoría de las conquistas occidentales de Justiniano pasaron rápidamente a manos de los bárbaros. No obstante, su reinado significó el comienzo de la etapa imperial de Bizancio, la principal y más consolidada época del Imperio como poder oriental.

Heraclio hizo frente a dos ataques simultáneos sobre Constantinopla de los ávaros por el norte, y de los persas por el este. Damasco cayó en el año 614, y Jerusalén poco después, como consecuencia de ello, la Santa Cruz, la reliquia más importante de la cristiandad, fue llevada a Persia. Por aquel entonces Heraclio decidió trasladar la capital desde Constantinopla a Cartago, en el norte de África. Al mismo tiempo, con el genio y la inventiva que le caracterizaban se desembarazó de los ávaros, y exponiendo la capital al peligro eslavo, se dirigió hacia el este, donde estaba el origen de los problemas, cubriendo los movimientos de sus tropas con una poderosa armada.

En primer lugar, intentó satisfacer a sus súbditos del este de Grecia mediante un compromiso de fe que enlazaba la ortodoxia oficial con sus propias creencias. Después llevó a sus ejércitos orientales de Calcedonia a Ctsesifonte —1.200 kilómetros conquistados en seis años ininterrumpidos (622-628)—, empujando a los persas desde la capital de Bizancio hasta sus propias tierras y atravesando su Imperio hasta Nínive, donde les derrotó definitivamente. La Santa Cruz fue devuelta a Santa Sofía en medio de grandes ceremonias y numerosas celebraciones. El triunfo de Heraclio señaló el final del largo período de rivalidad entre Roma y Persia.

Desde finales del siglo VII hasta el siglo X, los Balcanes no estuvieron bajo el control directo del Imperio, debido a las invasiones de los eslavos, que fueron los antecesores de los pueblos que posteriormente habitaron Grecia y Yugoslavia. En un primer momento los bizantinos intentaron la evangelización de los eslavos, en el siglo IX, pero éstos convirtieron la Iglesia que habían recibido en un símbolo de su identidad nacional, y Bizancio tuvo que someterlos, tras una guerra que terminó en 1018, dejando al Imperio exhausto. Los triunfos de Heraclio en el este tuvieron todavía una vida más corta. Cuando murió en el año 642, todas las provincias que no eran griegas habían caído —en general, voluntariamente— en poder de un nuevo enemigo, los árabes.

Heraclio legó a Bizancio un poder que no admitía discusión, y sus sucesores entablaron con el Islam una gran batalla, que señala la entrada de Bizancio en la Edad Media.

Bizancio y el Islam: una larga rivalidad

Nicolás el Místico, patriarca de Constantinopla (901-925), escribió: «Dos grandes soberanías, la musulmana y la bizantina, sobrepasan a todas las que existen en la Tierra, y son como dos estrellas en el firmamento. Por este motivo ambas deberían marchar unidas. Pero no es así, pues las separan formas de vida y costumbres distintas, y los cultos religiosos son irreconciliables». Cuando Constantinopla rechazó el gran ataque de los árabes, en los años 717 a 718, los Imperios bizantino e islámico iniciaron un largo período de rivalidades que duró varios siglos, y fue paralelo al existente entre Roma y Persia. Una vez más, Asia Menor fue el escenario principal del conflicto. Durante dos siglos, la guerra que sostuvieron hizo que la tierra se convirtiera en una zona desolada y ocupada sólo por las guarniciones militares.

Digenis, del período épico de Bizancio, era sarraceno y bizantino a partes iguales. Pertenecía a una clase de nobles fronterizos que habían luchado en la parte musulmana con los gazis, los portadores de la cimitarra del Islam. Los «gazi» eran el

ejército de avanzada de los emiratos, asentados en las zonas periféricas del califato. Vivían en las mismas condiciones de comunidad religioso-militar que los cruzados de las órdenes templarias y hospitalarias.

Hombres como el legendario Digenis y los emires musulmanes fronterizos como Saif al Dawlap, de Alepo, se tenían un gran respeto mutuo. Se entendían mejor que sus propios gobernantes de Constantinopla y Bagdad. Estas milicias de caballería que actuaban en las fronteras desaparecieron cuando Bizancio conquistó la Anatolia oriental (e incluso parte de Siria), y los turcos selyúcidas, que permanecían en los límites del mundo musulmán, llegaron a las zonas fronterizas en el siglo XI.

Bizancio ganó la batalla, en su larga lucha con el califato, a finales del siglo X y comienzos del XI. Su elaborado sistema de defensa era sistemáticamente compartido por todas las fortalezas, desde Erzurum hasta Edesa y Melitene, y la victoria la obtuvo el cruel Basilio II, a expensas del pueblo que vivía entre el califato y el Imperio: los armenios.

Los armenios eran un pueblo de las montañas, que proporcionó a Bizancio generales e incluso dinastías enteras, pero que a su vez era muy celoso de su propia religión y de su sociedad basada en clanes aristocráticos. Sus jefes se lamentaban de la burocracia bizantina. Como parte de su política expansionista, Basilio II se anexionó los reinos armenios, convirtiendo los estados periféricos en vasallos obligados, predisponiéndolos a la rebelión. Para los armenios, Bizancio significó crueles obispos y despóticos recaudadores de impuestos. Se quejaron de que Constantinopla les envió eunucos para defenderles, y de que los bizantinos «como los pastores cobardes, abandonaron los rebaños armenios cuando llegó el lobo».

BIZANCIO, PERSIA Y LAS CONQUISTAS ÁRABES HASTA EL AÑO 1000

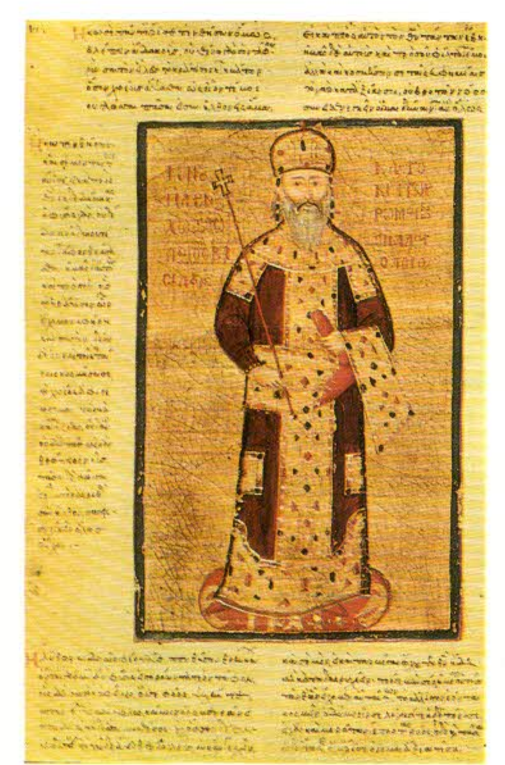
Año	Bizancio	Persia	Islam	Occidente
200	Fundación de Constantinopla (330) Arcadio (395-408) Teodosio II (408-450)	Se funda la dinastía sasánida (226) Sapor I (241-272) Sapor II (309-379) Bahram V (420-440)		Valeriano (253-260) Diocleciano (284-305) Constantino adopta el cristianismo (313) División del Imperio romano (395) Fin del Imperio romano de Occidente (476)
500	Justiniano (527-565) Reconquista de Italia y norte de África	Cosroes I (531-579) Cosroes II (590-628)	Los sasánidas conquistan el sur de Arabia Nacimiento de Mahoma (570)	Muerte de Clodoveo (511) Merovingios Gregorio el Grande (590-604)
600	Heraclio I (610-641) Derrota de los persas Constantino IV (668-685)	Invasión del Imperio bizantino (602-627) Fin de los sasánidas Expansión árabe	La *hégira* Muerte de Mahoma (632) Califato Muhawiya (661) Dinastía omeya	Dagoberto I (628-639) Pipino de Heristal (687-714)
700	León III el Isaurio (717-741) Es desviado el avance árabe hacia el oeste Los iconoclastas	Sublevación persa contra los omeyas Influencia cultural persa en el Islam	Conquista de España Ejército islámico en Sind Musulmanes derrotados en Poitiers (732) Abásidas de Bagdad Harum al-Raschid (786-809) y el califato de Bagdad	Carlos Martel (715-741) Pipino el Breve (751-768) Carlomagno (771-814)
800	Dinastía amorita Basilio I (867-886) Dinastía macedónica	Desarrollo de la secta chiita Dinastía hamdaníes	Los árabes ocupan Sicilia e invaden Italia	Expansión escandinava Varegos en Rusia Los daneses invaden Inglaterra
900	Expansión del Imperio Romano I Lacapeno (919-944) Nicéforo II Focas (963-969) Juan I Tzimiskés (925-976)	Dinastía samánidas Dinastía buyí Dinastía ghaznaví	Califato de Córdoba Fatimíes en Egipto	Otón el Grande (962-973) Hugo Capeto (987-996)
1000				

Los selyúcidas

El «lobo» era el jefe de uno de los pueblos turcos que había pasado a manos de los abásidas, el selyúcida Alp Arslan. Cincuenta años después del establecimiento de la frontera armenia de Basilio II, el sistema de defensa oriental y toda la parte central y oriental de Anatolia cayeron casi accidentalmente en manos selyúcidas. Alp Arslan capturó al emperador bizantino en Manzikert, en el año 1071. En 1801, los selyúcidas llegaron a sitiar Constantinopla. El desastre fue tan grave como sorprendente, ya que los armenios habían retirado prudentemente a los mercenarios bizantinos del ejército imperial en Manzikert. Por otra parte, los selyúcidas no se hallaban en disposición de vencer ni siquiera una mediana resistencia, ya que Bizancio estaba en el límite de las tierras que ellos dominaban. Sólo cabe culpar a Bizancio de que los selyúcidas intentasen aquella conquista.

Cuando la conquista terminó en 1081, se puso de manifiesto la existencia de una importante frontera entre la zona costera griega de Asia Menor y la meseta central, frontera que durante siglos había sido encubierta por los Imperios romano y bizantino.

Durante un siglo no ocurrió nada capaz de cambiar aquella frontera, la cual señalaba una diferencia natural entre los que eran griegos, y en consecuencia atentos a defender Bizancio, y los que no lo eran, y deseaban escapar de la carga que significaba pertenecer a un poderoso imperio



extranjero. La ortodoxia, símbolo de los opresores imperiales, despareció de Asia Menor sin luchas y sin persecuciones musulmanas. Sus habitantes fueron los antecesores de los modernos turcos.

En estos años Bizancio encontró su verdadera identidad. No era un imperio universal compuesto por diferentes pueblos y creencias conocidas bajo el nombre de «romanas», sino un conjunto que formaba un Estado nacional en el nuevo modelo medieval de Occidente. Al mismo tiempo, Bizancio fue perdiendo aquellas características que le separaban de los restantes estados cristianos de Europa: se fue feudalizando gradualmente.

Los contemporáneos de Bizancio apenas mencionaron el desastre de Manzikert, que los modernos historiadores han considerado como una de las batallas más decisivas en la historia del mundo. En muchos aspectos le fue muy conveniente a Bizancio el perder en ella un territorio de súbditos descontentos. Menos de dos siglos después de Manzikert, el estado selyúcida de Rum, en Asia Menor, fue arrasado por el mismo ataque mongol que, procedente del este, acabó con el califato abásida de Bagdad, en 1258. Bizancio, como siempre, pudo sobrevivir.

Decadencia y renacimiento

Muchas veces se ha creído que una caída debe ser precedida por un declive. La caída de Constantinopla en 1453 estuvo precedida por casi tres siglos de una continua disminución del territorio del Imperio bizantino, hasta el punto de que éste sólo dominaba su propia ciudad. Durante este período, Bizancio sufrió una crisis financiera tras otra, y su comercio se perdió a favor de Venecia y Génova. Además, sus emperadores se vieron forzados a recurrir a las cortes occidentales en busca de ayuda contra los infieles; en dos ocasiones (Lyon en 1274, y Florencia en 1439) tuvieron que firmar pactos con la Iglesia romana a cambio de una ayuda occidental que pocas veces se materializó. El significado de todo ello estaba demasiado claro: «El futuro sólo puede ser peor –dijo Pachymeres–. En otoño no hay flores; es sólo una estación para morir». Sin embargo, el otoño del Imperio bizantino resultó ser uno de los momentos más vigorosos de su cultura, demostrando en los últimos tiempos que todavía tenía algo que ofrecer al mundo contemporáneo.

Bizancio era formalmente un estado occidental. Grandes señores feudales controlaban las provincias supervivientes de Tracia y Morea (el Peloponeso), la antigua burocracia había disminuido y la Iglesia tenía una gran preponderancia política. El Imperio había estrechado sus límites culturales, y algunos bizantinos ilustrados empezaron a llamarse «helenistas» (nombre que en la Antigüedad era una palabra peyorativa, utilizada para citar a los paganos), en lugar de «romanos».

El Renacimiento de la Italia contemporánea comportaba un resurgimiento del humanismo y de los valores de la Antigüedad clásica, pero este resurgimiento fue un hecho consciente, e incluso obra de simples aficionados si se le compara con el renacimiento bizantino. Los italianos tuvieron que aprender de los griegos; en cambio, los eruditos bizantinos habían sido educados en ese lenguaje antiguo. Teólogos como Gregorio Palamas y artistas como Teófanes el Griego representaron una rica aproximación individual a la reinterpretación de los clásicos y de las enseñanzas y tradiciones cristianas. Los hermanos Cydones tradujeron a santo Tomás de Aquino, y el emperador Manuel II Paleólogo publicó sus debates con un teólogo islámico. Al mismo tiempo, se transmitió ésta calidad cultural a dos importantes territorios: Servia en el siglo XIV, y Rusia en el siglo XV. Eruditos bizantinos enseñaron también en universidades italianas.

En sus últimos días, Bizancio pudo producir todavía hombres como Gemisto Pletón y Miguel Trivolis. Pletón soñaba con establecer una utopía neoplatónica en Morea (un sueño, ya que él era el señor feudal de Morea). Trivolis fue, a finales del siglo XV, un erudito clásico en Venecia y Florencia, discípulo de Savonarola, monje de Athos y religioso polémico en Moscú (donde fue el primero en informar a los rusos del descubrimiento de Cuba).

Los cruzados

La conquista de Constantinopla por los cruzados en 1204 era simplemente la culminación de un proceso interno de desintegración social, política y económica. La realidad de la pérdida de su capital hizo entrar en razón a los bizantinos, propiciando la apertura a Occidente. Nuevos valores culturales llegaron a las provincias griegas que sobrevivieron en Grecia, en la Anatolia occidental y en el pequeño imperio de Trebisonda, proporcionando importantes resultados cuando Constantinopla fue reconquistada en 1261. Los Paleólogos, que gobernaron hasta el año 1453, eran distinguidos emperadores, pero su pobreza fue muy pronto conocida, tanto en Europa como entre los turcos. El Imperio perdía su misterio.

Los bizantinos no se recobraron jamás de la pérdida de su poder imperial. En los últimos años del siglo XIV un patriarca reprendió a un gran príncipe moscovita, afirmando que un emperador «no es como los demás gobernantes... E incluso, aunque los turcos cercaran al gobierno y la residencia del emperador, él seguiría siendo el emperador y el autócrata romano, reconocido por todos los cristianos».

El conflicto social

Bizancio compartió los mismos problemas sociales que el resto de países occidentales, agravados por la «muerte negra» de 1347. Los zelotas, que crearon una comunidad en Salónica entre 1342 y 1350, desafiando a los grandes señores feudales y financieros, promovieron la única «rebelión de campesinos» del siglo XIV que tuvo cierto éxito en Europa. Los zelotas estuvieron también involucrados en la amenaza a la hegemonía balcánica llevada a cabo por el zar Esteban Dusan de Servia (1331-1355). El Imperio se debilitó a causa de las guerras civiles de 1341, 1354 y 1376, en las que los señores feudales y la Iglesia no quisieron o no pudieron defender sus tierras, y el Estado no pudo sostener por más tiempo la carga económica de los mercenarios.

En 1354 Juan VI Cantacuceno invitó a los otomanos a penetrar en Europa por el estrecho de Gallípolis para que lucharan



en la guerra de Bizancio con Servia. El recurso funcionó demasiado bien, pues supuso el surgimiento del Imperio otomano como potencia europea, e hizo que fueran los turcos y no los servios quienes conquistaran Constantinopla, si bien de manera provisional.

La amenaza otomana

Tras la derrota de los selyúcidas a manos de los mongoles, en Köse Dagh, en 1243, Asia Menor se desmembró en numerosos emiratos. A finales del siglo XIII, Osman, el fundador de la dinastía otomana (osmanlí), estableció un estado fronterizo en el noroeste de Anatolia.

Dado que era el único emirato situado en línea frontal contra los «infieles» bizantinos, atrajo a un gran número de guerreros gazis. Los emiratos gazis tenían grandes anhelos de conquista y para ellos el otomano era el único con capacidad de expansión. Por otra parte, los otomanos pretendían conocer la cultura de los bizantinos y de los italianos, por lo que el sultán Orján (1324-1359) amplió su Estado hacia los Balcanes y no hacia Anatolia. Juan V Paleólogo se convirtió en vasallo del sultán Murad I en 1373, quien encontró la muerte en el campo de Kosovo, tras destruir el Imperio servio en 1389.

El sultán Bayaceto I (1389-1402), llamado «el Rayo», continuó la conquista de los Balcanes: tomó la capital de Bulgaria en 1393 y derrotó a una cruzada occidental en Nicópolis, en 1396. Tras ello, recuperó el control de los emiratos de Anatolia, pero no contó con Tamerlán, quien en 1402 derrotó al ejército otomano en Ankara y capturó al propio Bayaceto.

Fue aquella la última tregua para Bizancio. Tamerlán restauró los antiguos emiratos de Anatolia, y los otomanos pudieron retener tan sólo una pequeña parte de sus conquistas europeas, viéndose obligados a emplear a servios y búlgaros para dirigir su Estado. El reclutamiento de niños cristianos para los cuerpos administrativos y militares (especialmente como jenízaros o soldados de élite) aseguró el ingreso generalizado de conversos entusiastas en las filas del sistema político otomano. Los otomanos habían heredado además la ambición de los servios y de los búlgaros: hacer de Constantinopla la capital del Imperio de los Balcanes. Los bizantinos en 1354, y los mongoles en 1402, fueron finalmente los responsables de la conversión de un emirato de Anatolia en un nuevo poder europeo, el Imperio otomano.

Arriba, el Imperio bizantino durante los reinados de Justiniano y Basilio II. En casi todo este período, el Imperio ocupaba los territorios de Grecia y Asia Menor.

Página anterior, retrato de Manuel Paleólogo (1348-1425), emperador de Bizancio desde 1391. Esta efigie acompañaba el texto de una oración. (Bibliothèque Nationale, París.)

El nacimiento del Islam

La distinción entre tierras fértiles y desérticas alcanza su grado máximo en la península de Arabia. Arrastradas por el hambre y la pobreza, gentes del desierto provenientes del corazón de Arabia se dirigieron hacia las fértiles tierras de la Media Luna. Una gran red de relaciones familiares unía a los pueblos que vagaban por los dispersos pastos con los campesinos de las zonas limítrofes del desierto.

En el interior de la península podía encontrarse tierra fértil. Pequeñas ciudades amuralladas, con sombreados jardines, eran atravesadas por las grandes rutas de caravanas. En el día de Mahoma, en el siglo VII, La Meca y las tierras occidentales y centrales de Hejaz heredaron el control de la gran ruta norte hacia Siria.

Los árabes eran comerciantes y guerreros. La propia vida de Mahoma refleja esta dicotomía. El profeta se inició como conductor de camellos y contratista de caravanas, para más tarde ser invasor de las prósperas tierras del norte y el oeste.

Los árabes eran por definición aquellos que vivían en Arabia. Su legendario antecesor fue Sem y su primer profeta Abraham. Son los «judíos» de los primeros libros del Antiguo Testamento. Su lenguaje es el más importante de los que han sobrevivido a la lengua semítica.

En el siglo VII, cuando los centros económicos se habían desplazado hacia el sur, desde Petra y Palmira a La Meca y Medina, tres clases de creencias sobresalían de entre los numerosos cultos locales. La primera era un conjunto de observancias amistosas —la veneración de los árboles sagrados, piedras y pozos—, con el reconocimiento de un «ser supremo», Alá. Esto no suponía la existencia de otra vida, por lo que Mahoma se opuso a esta creencia, aunque adaptó la antigua peregrinación a la Piedra Negra, meteorito que había caído en La Meca.

Económicamente, quizá incluso numéricamente, los judíos eran el pueblo más importante, pues dominaban la industria del hierro y el comercio de armas. Cerca de la Piedra Negra, en La Meca, se alzaba el santuario de la Kaaba o casa de Abraham. El profeta, aun reconociendo la gran deuda teológica contraída con el judaísmo y la poderosa atracción de la Kaaba, condenó a los judíos.

Las tribus árabes cristianas representaban un cristianismo oriental, más cercano a las creencias locales que a los dogmas oficiales de Roma y Constantinopla. Los cristianos compartían con los judíos y con los mismos paganos de Arabia la antigua y profunda convicción de que había un solo Dios y de que era indivisible. Tal creencia fue la piedra angular del Islam. Los debates sobre la Santísima Trinidad de los siete concilios generales de la Iglesia cristiana disgustaron a los árabes cristianos. Este hecho y la vergonzosa explotación que sufrían a manos de los funcionarios bizantinos, les alejaron cada vez más de Occidente.

Los ejércitos del Islam no habrían conquistado tan rápidamente el Oriente Medio si no hubiesen sido generalmente bien acogidos por los cristianos locales. Hacia la mitad del siglo VII las minorías nacionales de Oriente, tales como los sirios y los egipcios coptos, despertaron de su letargo, mientras Persia y Bizancio pactaban una pequeña tregua en su lucha. Por otra parte, Arabia estaba a punto de estallar. Judíos, cristianos y paganos buscaban al «dios supremo», y Mahoma les proporcionó una definición del mismo. Los pueblos de la zona oriental de Bizancio buscaban su identidad, y el ejército musulmán les aportó la solución.

Alá es el único Dios

Mahoma nació en La Meca alrededor del año 570. Pertenecía a una de las tribus importantes de la ciudad, la de los Qurays. Su familia era respetable, pero no muy acomodada. Su propia personalidad se ha diluido en la interpretación histórica de su papel de profeta, pero algunas etapas de su vida son bastante claras.

Hasta los 40 años Mahoma fue un activo comerciante de La Meca, sin especial importancia. Después, en el año 610, mientras dormía en una cueva tuvo una visión del arcángel Gabriel, hecho que le imbuyó de la convicción de que tenía una misión que cumplir. Esta decisión se vio reforzada por una serie de experiencias religiosas que vivió. Algunas de ellas constituyeron lo que los místicos de Occidente describen cómo «la noche oscura del alma» o período de duda y tormento.

Durante esos oscuros primeros años de su misión en La Meca, las enseñanzas de Mahoma encontraron a gentes dispuestas a oírle. Sin embargo, los mercaderes de la ciudad, egoístas y conservadores, se oponían a los cultos locales y se burlaron del nuevo predicador y de sus conceptos de la filantropía en la tierra, del juicio divino y de la otra vida después de la muerte.

Durante los últimos veinte años de su vida, Mahoma recordó sus momentos de éxtasis, propiciados por la inspiración divina, y los transmitió en forma de versos cortos, siendo reunidos después de su muerte en el Corán, una de las primeras grandes obras de la literatura árabe. El Corán contiene algunas historias textuales del Antiguo Testamento, al que le debe casi todo. De él circularon diversas versiones, hasta que se fijó en el texto definitivo. Las primeras revelaciones son estrictamente religiosas, pero el profeta desarrolló un código moral completo.

El mensaje principal es la unidad de Dios, revelada en las escrituras a judíos y cristianos, quienes al no comprenderlo debieron acudir a la simplicidad de las leyes de Abraham. Dios es infinito e inmanente, y está más próximo a un hombre que la vena de su cuello. Dios es misericordioso y compasivo.

El Corán acentúa la virtud de la caridad humana e inspira un sentimiento del deber social que es sentido por todos los musulmanes y se refleja en sus instituciones políticas. Las mezquitas están situadas normalmente en un conjunto de escuelas, hospitales, baños e instituciones de caridad cuyo cuidado forma parte de las obligaciones de un musulmán.

El día del Juicio Final es anunciado a través de escenas de una gran espectacularidad. Las almas de los fieles son calibradas en una balanza, y la injusticia y la opresión conducen directamente al Infierno, el cual es descrito por Mahoma con la brillantez de un buen predicador. El Cielo es un jardín maravilloso, salpicado de fuentes luminosas y enriquecido con todas las delicias de la carne.

El Corán presenta tanto pasajes con terribles condenas de la idolatría y la inmodestia, y prohibiciones contra el consumo de cerdo y vino, como momentos de éxtasis y gran belleza: «Dios es la luz del cielo y de la tierra. Luce en un olivo bendito que no se halla ni en el este ni en el oeste. Su aceite ardería sin que antorcha alguna lo tocara. Luz sobre la luz; Dios atrae a su Luz a los escogidos».

El código musulmán

Los deberes de un musulmán quedaron perfectamente delimitados en los años que siguieron a la muerte del profeta. Está obligado a seguir un código moral y ser caritativo. Cinco veces al día realizará sus ejercicios religiosos, dirigido por los inolvidables muftíes que recitan a intermitencias la célebre estrofa: «Dios es el más grande. No hay otro Dios más que Alá, y Mahoma es su profeta. Venid a rezar. Ve-

nid a protegeros. Dios es el más grande».

Mediante una aguda perspicacia política, Mahoma moderó su denuncia de la idolatría y del politeísmo mientras reservaba y transformaba lo más sagrado de los cultos árabes, como la peregrinación hacia la Piedra Negra y la Kaaba en La Meca. Todo creyente musulmán realiza la *Hajj*, o peregrinación, al menos una vez en su vida. Pasa por un período de purificación y visita los escenarios de la vida del profeta.

Sin contar con el soporte de La Meca, centro político y económico de Arabia, Mahoma no habría podido difundir sus creencias. Sin embargo, La Meca no se mostró receptiva. Cinco años predicando allí le dieron notoriedad, pero pocos discípulos. En el 622, el profeta se trasladó a la ciudad rival de La Meca, Medina, situada unos 300 kilómetros al noroeste, acompañado por 75 de sus fieles seguidores. El acontecimiento, llamado «égira» (o emigración), es el inicio del Islam y del calendario musulmán.

Mahoma encontró ayuda en Medina, y desde allí dirigió las expediciones de sus seguidores hacia el sur, contra La Meca. En el sexto año de la égira puso cerco a la ciudad y firmó un armisticio, cuyo resultado fue que los nómadas del desierto se sintieron libres para unirse a las reglas del Profeta. Sólo lo rechazaron unas pocas tribus judías, que fueron masacradas.

Mahoma entró triunfante en La Meca para cumplir la peregrinación del octavo año de la égira. Al cabo de dos años se convirtió en maestro del Hejaz. El sometimiento al mandato del profeta iba precedido de la conversión a la ley de Alá. Cuando Mahoma murió en el año décimo de la égira (632), había llevado las verdes banderas del Islam hasta las fronteras del Imperio bizantino.

La Guerra Santa

La palabra Islam significa «sometimiento» (a Alá). Para los musulmanes el mundo se divide en las «tierras del Islam» y las «tierras de la Guerra», estas últimas creadas para poder sojuzgar al infiel. Los primeros ejércitos musulmanes que desafiaron a los Imperios persa y bizantino, combinaban un gran fervor religioso con el espíritu militar que Mahoma describiera, durante su estancia en Medina, como el *Yihad* o «Guerra Santa». El Yihad era inevitable, pues el Islam nació simultáneamente como Estado y como religión.

Es un mito que los ejércitos musulmanes forzaran las conversiones a punta de espada. Ellos ofrecían a los cristianos desafectos del Bizancio oriental una posición semiprivilegiada, como recompensa por su reconocimiento de la supremacía árabe. Sensibles ante el hecho de su inferioridad cultural en el Mediterráneo y en Persia, los árabes no eran partidarios de compartir su fe con los pueblos que conquistaban, ya que el Islam era su única ventaja sobre aquellos pueblos.

Sólo más tarde, cuando la aristocracia militar árabe, que provenía del desierto, se dio cuenta de que podían gobernar además de conquistar, y adaptarse a la burocracia y a las tradiciones comerciales existentes en las nuevas tierras, los musulmanes empezaron a mezclarse con sus súbditos. Fue a partir de esta realidad que gran número de súbditos se convirtieron voluntariamente al islamismo, lo que señala el fin de la supremacía árabe en el Islam.

Los sucesores de Mahoma recibieron el nombre de «califas», o «enviados del Profeta de Dios». Eran los herederos de un imperio que creció rápidamente. Las conquistas se sucedían unas a otras —Damasco y Siria en el año 634; Alejandría y las tierras cultivables de Egipto en el 641— y el califato se convirtió en una sólida estructura política. El profeta no dejó hijos, y las disputas entre sus sucesores marcaron la política islámica durante siglos.

Los últimos cronistas abásidas envuelven premeditadamente a los omeyas («califas impíos») en un halo de ostracismo. En realidad, fueron los promotores de la primera expansión del Islam y de la creación del Imperio, que traspasó los límites de Hejaz. En Damasco, Muawiya, el quinto califa, estableció una dinastía monárquica



La Cúpula de la Roca, mal llamada mezquita de Omar, en Jerusalén, uno de los centros de peregrinación más importantes del Islam. Según la tradición, Mahoma subió al cielo desde la roca sagrada que se guarda en el interior. La cúpula es de madera recubierta de plomo y data del siglo VII.

capaz de competir con las de Bizancio y Persia. Tanto él como sus sucesores gobernaron Siria entre los años 661 y 750, y durante este tiempo La Meca se convirtió gradualmente en un centro de culto religioso.

Las rápidas conquistas del Islam produjeron numerosas divisiones internas. Los puritanos jaryíes se distinguían de los «postergados» y tolerantes muryíes. La secta más poderosa opuesta a los ortodoxos sunníes (que eran la mayoría del mundo musulmán) fueron los chiitas o «seguidores de Alí», el cuarto califa, cuya familia fue exterminada por los omeyas en el año 680. La secta chiita nació en las guerras civiles entre el cuarto y el quinto califa, pero fue también el resultado de la creciente resistencia de los pueblos musulmanes no árabes que luchaban en los ejércitos del Islam como ciudadanos de segunda clase. Los chiitas son hoy una numerosa colectividad, que habita principalmente en los estados orientales del Islam.

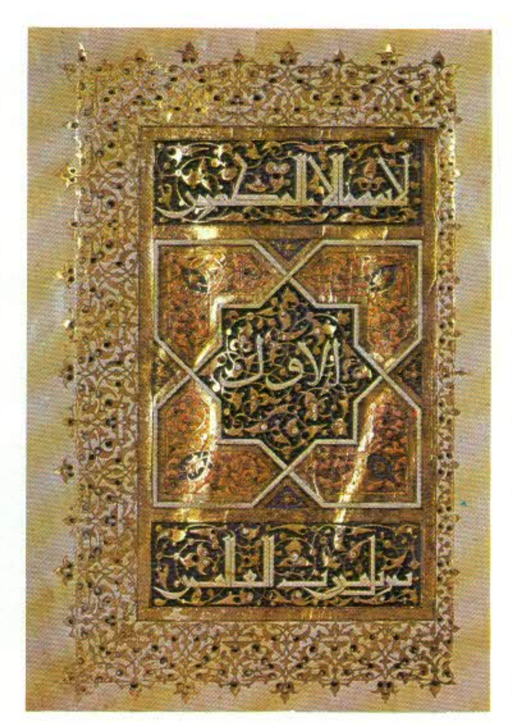
En el cuadro de diferenciaciones del Islam existen también factores no religiosos, sino sociales, económicos y sobre todo étnicos. La raza árabe se iba diluyendo en el seno de su propio Imperio, pero continuaba aferrada a sus privilegios, y aunque los omeyas trasladaron el califato desde Medina a Damasco, continuaron manteniendo la dominación árabe sobre el Imperio. El árabe fue el idioma oficial; los gobernadores provinciales eran árabes; se impusieron las leyes del Corán, y se acuñó una nueva moneda que fue impuesta en todo el Imperio teniendo como divisa «la unidad de Alá y la misión universal de su fe».

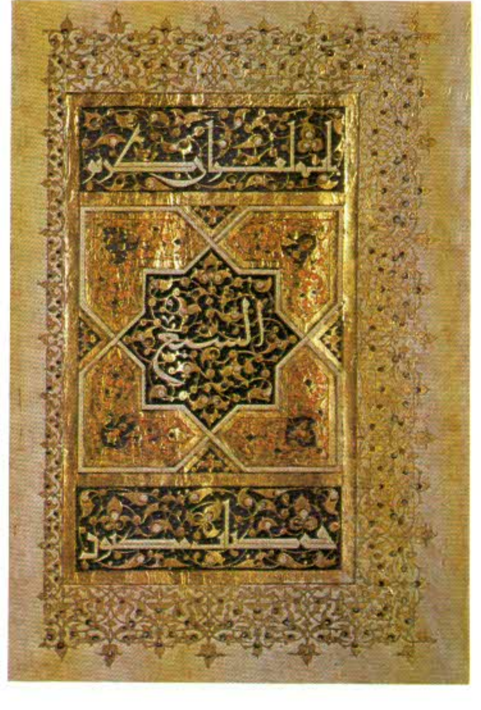
Durante un siglo, los árabes controlaron la administración imperial, pero a costa de múltiples compromisos. Los judíos y los cristianos conversos al Islam que eran subsidiarios en las jerarquías religiosa y social, pagaban impuestos sobre la tierra y quedaban exentos del servicio militar.

De estados con larga tradición cultural, como el de los sasánidas de Persia, los árabes aprendieron un eficaz sistema de gobierno. En Persia, el feudalismo local sobrevivió y la antigua nobleza se aferró al mazdeísmo, pero la aristocracia local se convirtió al Islam, factor que les permitió renovar su poder. Los omeyas heredaron de los sasánidas el simbolismo político y el estilo imperial.

La expansión del Islam

La primera mitad del siglo de dominación omeya contempló las mayores conquistas de un Imperio todavía unificado. Por el oeste, toda la costa de África hasta llegar a Marruecos fue arrebatada a los bereberes, en el año 710. La España visigoda fue invadida en el 711 y conquistada en cinco años. Los cristianos españoles tardaron luego siete siglos en recuperar los territorios perdidos.





Por el este, los ejércitos del Islam penetraron en el valle del Indo y en Sind, en el año 712. Dos años más tarde llegaron a Kasgar, en la misma frontera del Imperio chino.

Allí terminó la conquista. La historia del Islam de los últimos años no tiene nada que ver con las primeras décadas de la expansión. En realidad, el inmenso Imperio islámico comenzó a declinar un siglo después de la muerte del profeta.

No existe la menor duda acerca de que uno de los mayores puntos de inflexión en la historia de Europa y del Islam fue el fracaso de los árabes, al no poder conquistar Constantinopla por mar, en el asedio de los años 717 a 718.

Al mismo tiempo diversas guerras menores marcaron los límites de la expansión árabe en el este y en el oeste. Los chinos les hicieron retroceder hasta Fergana en el año 715, y en el 732 Carlos Martel derrotó a una expedición musulmana en Poitiers, en el corazón de Francia. El curso de la conquista había cambiado en poco tiempo.

Los omeyas de Damasco tuvieron que crear una cultura y un aparato de gobierno para poder controlar el Imperio. Así, la ocupación militar árabe sería sustituida por la administración local. Desde los primeros tiempos, los estados islámicos gobernaron a sus minorías nacionales y religiosas mediante sus propios jefes y tribunales.

En el arte y en la literatura, los omeyas adaptaron las tradiciones grecorromanas existentes, tal como antes habían hecho los bizantinos. El primer monumento islámico de importancia levantado en Jerusalén en el año 691, es la Cúpula de la Roca, construida en madera, y que abarca un espacio octogonal en el que se dice que tuvo lugar el sacrificio de Abraham y la ascensión de Mahoma. Los omeyas de Damasco, en el año 706, convirtieron la basílica del siglo IV de San Juan Bautista (que antes había sido el Templo de Júpiter) en una de las mezquitas más importantes.

La esencia de la arquitectura religiosa islámica se puso de manifiesto durante el reinado de los omeyas, pero sus formas se derivaban de los diversos estilos locales. Muchas de las mezquitas del Islam son el resultado de la transformación de iglesias cristianas, siendo reconocibles porque el *mihrab*, orientado hacia La Meca, se yergue en el ángulo del ábside, situado en el muro sur.

El poder de los califas omeyas estaba limitado a la supremacía árabe en el Imperio. Los conversos persas al Islam fueron los primeros en darse cuenta de que no disfrutaban de los mismos privilegios que sus conquistadores árabes. La inquietud surgió en la cuarta década del siglo VIII y halló a sus líderes en la familia abásida, emparentada con un tío de Mahoma. En el año 750, Saffah, el «derramador de sangre», derrotó a Marwan II, el último califa omeya, y entró en Damasco como primer gobernador de la nueva dinastía de los abásidas.



Los abásidas de Bagdad

La reivindicación de los abásidas al califato fue hábilmente difundida por sus agentes, de los cuales destacó Abu Muslim, líder de la creciente rebelión persa contra los omeyas desde el año 746.

El nuevo califato dio rápida satisfacción a una necesidad sentida entre los islámicos conversos. Mantuvo el principio de que la vida pública debía ser regulada por el Islam, pero fue claramente imparcial con las herejías que dividían la fe. Por otra parte, revitalizó la autonomía de los antiguos dirigentes de las tierras conquistadas por los árabes, que pudieron adaptar sus gobiernos según sus propias ideas y costumbres. De este modo, el califato abásida permaneció sólidamente asentado hasta el saqueo de Bagdad por los mongoles, en 1258.

El símbolo externo del nuevo régimen fue el traslado de la capital, desde Damasco a una pequeña población cristiana de Mesopotamia, Bagdad. En ella se sucedieron tres poderosos califas que instituyeron un nuevo sistema administrativo, y Bagdad entró en un período de auge económico.

El nuevo sistema administrativo debía mucho al antiguo gobierno de los sasánidas persas, y de hecho los persas sustituyeron a los árabes en los cargos de importancia. El califato acabó de perfilarse con un protocolo palaciego, en el que renacieron las antiguas ceremonias persas. El gobierno pasó a manos de visires y primeros ministros, quienes establecieron sus propias dinastías.

Los ministros (o *diwan*) dirigían el ejército, las finanzas, los servicios postales y la administración provincial. El sistema postal se desarrolló ampliamente: unas torres con señales ópticas marcaban el camino entre Marruecos y Bagdad; eran faros luminosos, construidos en el desierto. Un servicio regular de palomas mensajeras completaba la red informativa. Por otra parte, los jefes locales del «correo» desempeñaban el papel de agentes del «servicio de inteligencia».

Existían otras diferencias esenciales con el gobierno de los omeyas. Los califas, rodeados por el lujo tradicional de la corte persa, eran tan inaccesibles como los antiguos sasánidas. La poderosa aristocracia local, que detentaba el poder en las provincias y que influía en los ministros de

Territorios ocupados por el Islam en el año 750 de la Era cristiana, a sólo cien años de la muerte de Mahoma.

Página anterior, una antigua copia del Corán en la que se muestra la exquisita caligrafía y los esquemas abstractos que constituyen el núcleo del arte islámico. (British Museum, Londres.)

Bagdad, procuraba dividir el Imperio en pequeñas confederaciones de estados militares. El califa se convirtió en una figura objeto de culto, al estilo de los remotos monarcas del pasado.

El máximo desarrollo social lo impulsaron tres califas: Al-Mansur (754-775), su hijo Al-Mahdi (775-785) y su nieto Harum al-Raschid (786-809). Cada uno de ellos superó a su predecesor, y el califato abásida alcanzó su apogeo a los cincuenta años de su fundación.

El comercio recuperó su hegemonía, tanto en el Mediterráneo oriental como en el océano Índico. Las embarcaciones árabes navegaban desde las Molucas hasta Ormuz, y desde Beirut hasta Almería. Crecieron grandes centros urbanos, con sus bazares cubiertos y sus hermandades de mercaderes. Las traducciones al árabe de textos griegos y romanos sobre geografía, historia natural y ciencias dieron al mundo musulmán una gran preponderancia sobre Europa en el ámbito del conocimiento científico, superioridad que perduró hasta el siglo XV.

El período de la decadencia

Los primeros signos de desintegración imperial apuntaron ya en el poderoso reinado de Harum al-Raschid. Éste dividió el Imperio en un sector oriental y otro occidental, pero tras la guerra civil que siguió a su muerte, en el año 809, fue unificado de nuevo por Al-Mamun, aunque sólo nominalmente.

Persia y Jorasán eran ya independientes. Desde comienzos del siglo IX sus dinastías locales (los tahiríes, los saffaríes y los samaníes) se escindieron del sector oriental del Imperio de Bagdad. Privada de los ingresos de estas ricas provincias, la capital imperial se resintió, y el lujo de la corte de Harum al-Raschid inició un glorioso pero palpable declive.

La antigua aristocracia militar árabe fue finalmente eliminada hacia el año 830. Los califas y sus visires tuvieron que buscar nuevos contingentes que lucharan en sus guerras y dirigieran sus ejércitos. Así, los turcos, viejos enemigos, irrumpían en la compleja red del poder islámico.

Por otra parte, las herejías locales prosperaban en la mayoría de las provincias, pero por fortuna para la supervivencia de la ortodoxia, representada por el califato de los sunníes, los chiitas también estaban divididos. Un grupo chiita fundó un estado en Yemen, en el año 897, que sería gobernado por imanes de la familia de Mahoma hasta la mitad del siglo XX.

LA DECADENCIA DE BIZANCIO, LOS TURCOS Y EL ISLAM

Año	Bizancio	Turcos	Islam	Occidente
1000	Basilio II (976-1025) Gran Cisma Derrota ante los turcos en Manzicerta (1071)	Penetración turca en Asia Menor Alp Arslan (1063-1072)	Almorávides en el norte de África Reinos taifas en España	Los normandos invaden Inglaterra (1066) Gregorio VII (1078-1085) Primera Cruzada
1100	Alejo I Comneno (1081-1118) Manuel I Comneno (1143-1180)	Colapso del Imperio selyúcida (1157) Sultanato Zangid de Siria Sultanato de Rum Imperio Jorezm	Almohades en España y Marruecos	Segunda Cruzada Federico Barbarroja (1152-1190) Enrique II Plantagenet (1154-1189) Asesinato de Tomás Becket Tercera Cruzada
1200	Captura de Constantinopla por los cruzados (1204) Fundación del Imperio latino Miguel VIII Paleólogo (1259-1282) Restauración parcial del Imperio bizantino	Los mongoles derrotan a los selyúcidas de Rum (1243) Osmán funda el Imperio otomano	Dinastía merinid en Marruecos Comienzos del gobierno mameluco en Egipto	Felipe II Augusto (1180-1223) Cuarta Cruzada Cruzada antialbigense Luis IX de Francia (1226-1270)
1300	Andrónico II Paleólogo (1282-1332) Luchas con los servios Juan V Paleólogo (1341-1391) Invasión turca	Expansión turca en Asia Menor Murad I (1359-1369) Orjan (1326-1359) Victorias de Kosovo (1389) y Nicópolis (1396)	Mamelucos en Egipto	La peste negra en Europa Guerra de los Cien Años Eduardo III de Inglaterra Revueltas campesinas
1400	Decadencia de Bizancio Manuel II Paleólogo (1341-1425) Constantino IX Paleólogo (1448-1453) Los turcos toman Constantinopla (1453)	Bayaceto I (1389-1402) Los turcos derrotados por Tamerlán (1402) Murad II (1421-1451) Conquistas turcas en el sudoeste de Europa Mohamed II (1451-1481)	Batásidas en Marruecos	Juana de Arco Los Médicis Leonardo da Vinci Descubrimiento de América (1492)

Los gobernadores abásidas mostraron una gran resistencia a abandonar las provincias que les habían sido asignadas, aun después de que sus derechos desaparecieran. España fue un centro del poder omeya. Los aglabíes del norte de África se independizaron de Bagdad, y en el año 831 conquistaron Palermo, sosteniéndose su gobierno en Sicilia hasta la invasión normanda de 1060. En el año 909, un grupo chiita guiado por los fatimíes declaró en Egipto el término de la dominación abásida. En el año 973, los fatimíes fundaron El Cairo como ciudad rival de Bagdad.

Con la decisiva pérdida de Persia y la rebelión de los fatimíes en Egipto, la autoridad real del califato de Bagdad se limitaba a la región de Mesopotamia. La historia de los últimos abásidas se centra en su lucha con Egipto por recuperar las tierras que los fatimíes ocupaban en Siria. Tras un período de equilibrio, seguido del mutuo debilitamiento de El Cairo y Bagdad, los jefes locales de Siria y Palestina alcanzaron la total independencia. Fue durante uno de estos períodos cuando los cruzados pudieron, en 1099, conquistar la parte oriental del Mediterráneo. Sin embargo, la débil vanguardia europea peligraba mientras Mesopotamia y Egipto continuaban su lucha.

Hubo otras señales de decadencia. El papel de la mujer declinó, y la idea del harén cobró un gran desarrollo. Por otra parte, aunque la mayoría de los pueblos que integraban el Islam utilizaban la legitimidad religiosa y la eficacia política del califato para reafirmar su propia hegemonía local, los pueblos más marginados daban muestras de inquietud social. Los gitanos de las zonas pantanosas de Mesopotamia, los zanyíes en el golfo Pérsico, y los coptos en Egipto (trabajadores de la decadente industria del papiro), se rebelaron contra sus gobernantes locales.

El Islam en la península Ibérica y la Reconquista cristiana

La derrota visigoda en Guadalete, producida en el 711, señala la irrupción de los árabes en Hispania. Tras la batalla en la que murió el último rey visigodo, Rodrigo, los árabes progresaron con rapidez hacia el norte, ocupando Toledo a los pocos meses. Al año siguiente, en el 712, Musa Ibn Nusayr, al frente de un ejército de 18.000 soldados tomaba Sevilla, Mérida y avanzaba hacia el norte conquistando Zaragoza y numerosos enclaves de Galicia, León y Asturias. Con ello, el Imperio islámico configuraba una expansión cuyos límites, en el este, se situaban en las orillas del Indo, en Asia central, y en el oeste, ocupaban la península Ibérica en casi su totalidad.

La mayor parte de las ciudades hispanienses se rindieron mediante capitulación, pero raramente se produjeron saqueos y vejaciones. Los árabes que penetraron en la península fueron tolerantes con las otras religiones, aun conservando el fanatismo por la suya propia, y supieron hábilmente pactar con los aborígenes para gobernar con sosiego. Los cristianos que se sometieron a esta influencia islámica fueron llamados «mozárabes» y los que no, siguieron en posesión de sus bienes manteniendo condición de duques, condes y obispos.

La resistencia cristiana contra los invasores, su lucha por la expulsión de los «infieles», hizo que Hispania configurara los perfiles de su formación como Estado nacional, a lo largo de un proceso que exigió mucho tiempo. Los árabes conquistaron España en siete años, pero fueron necesarios casi ocho siglos para que se completara su expulsión tras la conquista del reino de Granada por los Reyes Católicos en 1492.

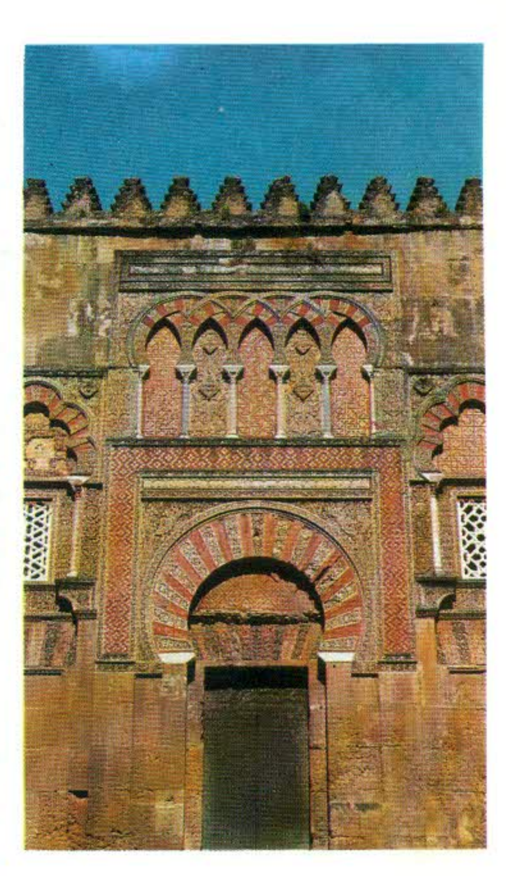
El califato de Córdoba

Hemos señalado anteriormente que la conquista peninsular por las fuerzas islámicas fue rápida y sin excesiva resistencia. Sin embargo, ello no significa que no existieran focos resistentes que, de un modo u otro, mantuvieron latente el espíritu de lucha contra el invasor. Tales focos de resistencia se organizaron esencialmente en las zonas septentrionales de la península, y más concretamente en los montes asturianos y pirenaicos.

Mezclado con la leyenda, ha llegado hasta nosotros el episodio de la batalla de Covadonga, producida, según parece, en el 722, y que, más que una auténtica batalla, debió ser un enfrentamiento guerrillero de los visigodos refugiados en las montañas asturianas contra algunos cuerpos militares árabes, que se aventuraron a adentrarse por tan intricado territorio. Lo cierto es que a partir de Covadonga surge la figura de Pelayo como aglutinador legendario del inicio de la larga Reconquista.

Seguramente, el episodio bélico de Covadonga preocupó a los árabes, pero el objetivo inmediato de éstos era su expansión en Europa, ahora facilitada por su dominio de Hispania. Sin embargo, la progresión árabe hacia más allá de los Pirineos fue radicalmente cortada en la batalla de Poitiers (732), por los ejércitos francos mandados por Carlos Martel. La derrota fue tan convincente que los islámicos desistieron de nuevos intentos, preocupándose a partir de entonces de consolidar su presencia en Hispania, entorpecida por las luchas internas del Imperio islámico y por el acoso desde el norte de los pequeños nucleos cristianos no sometidos.

Bajo la nominación de Al-Andalus la Iberia islámica se integró en el Imperio que tenía su centro en la lejana ciudad de Damasco, sede del califato. La integración de Al-Andalus perduró mientras los omeya mantuvieron su dominio, pero en el 750 se produjo el derrocamiento de éstos por los abásidas, quienes persiguieron a sus rivales con ánimo de exterminarlos. Un omeya, el joven Abderrahman, tras un dramático viaje a través del norte de África, llegó finalmente a Al-Andalus, en donde su dinastía tenía numerosos partidarios. El caudillo omeya desembarcó en la península y en el 756 derrotaba al emir Yusuf, en la batalla de Alameda. Poco después entraba triunfalmente en Córdoba, capital árabe de Hispania, y desde el púlpito de la mezquita prometió una época de justicia para todas las personas sin distinción de razas, ideas y religión, anunciando asimismo una amnistía total. Paralelamente, Abderrahman I (756-788), rompió sus relaciones de dependencia con Damasco y proclamó el emirato independiente de Córdoba, que duraría hasta el 912, configurándose como un estado islámico autónomo.



Postigo de Palacio, en la fachada occidental de la mezquita de Córdoba, sede espiritual del emirato independiente hasta el año 912, en que se proclamaría Califato.

Los problemas que tuvo que afrontar el emirato fueron múltiples, producto de la complejidad del nuevo Estado y de la sociedad sobre la cual gobernaba, estratificada en los siguientes grupos: los árabes propiamente dichos, de origen sirio; los bereberes, es decir, musulmanes no arabizados; los judíos, con su propia religión y costumbres; los mozárabes, que mantenían sus creencias originales y que constituían la mayoría de la población, y finalmente los muladíes, cristianos conversos a la religión islámica. Es decir, un verdadero mosaico de etnias e ideologías. Después de sofocar la resistencia de los partidarios del califato abásida de Damasco, el emirato centró su atención en el norte de la península, amenazado por los francos, pues Carlomagno llegó a cruzar los Pirineos y tomar la ciudad de Zaragoza, aunque finalmente se retiraría. Por otra parte, los hostigamientos cristianos se intensificaban.

Fue Abderrahman II (822-852) quien preparó las condiciones para la futura prosperidad de Al-Andalus. Reorganizó la corte cordobesa según el patrón oriental, basado en la centralización político-administrativa, realizando grandes obras públicas, protegiendo las artes y las ciencias, y ampliando la mezquita de Córdoba.

Con Abderrahman III el emirato fue transformado en califato independiente de Córdoba (912-1035). Fue este monarca quien consiguió frenar el progreso de las fuerzas cristianas de Alfonso III hacia el sur, conteniéndolas en las regiones asturiana y leonesa.

El nuevo califato configuró una época de notable progreso. La agricultura mantuvo la estructura latifundista heredada de los visigodos, pero el nuevo Estado realizó una intensa labor de construcción de regadíos, introduciendo nuevos productos de cultivo, tales como naranjos, limoneros, arroz, caña azucarera y algodón, que hallaron en el clima andaluz y levantino grandes posibilidades de desarrollo. Asimismo, se intensificó la repoblación de olivos. A nivel industrial se explotaban minas auríferas, argentíferas, férricas y de mercurio, y por otra parte la tradición artesanal árabe se expandió con rapidez y potencia en el sur de Hispania, especialmente en el ámbito textil, alcanzando la industria sedera y tapicera un desarrollo excepcional, además del despegue de la orfebrería, los curtidos, la industria armamentista, etcétera.

Desde un punto de vista legislativo, las leyes se resumían en el Corán, pero la penetración de la cultura cristiana suavizó la rigidez coránica en muchos aspectos. Así, la mujer tuvo un papel mucho más relevante en el califato de Córdoba que en el resto del Imperio islámico.

La ciudad concebida por el califato era muy homogénea. Una gran muralla rodeaba la *medina*, y estaba a su vez circundada por los barrios. La mezquita mayor era el centro de la vida urbana, y normalmente estaba comunicada con el palacio del califa, estableciéndose a su alrededor los mercados y zocos, denominados *bazares*.

Desde un punto de vista arquitectónico, cabe distinguir como ejemplo arquetípico de la fase del califato, la aljama cordobesa, con 19 grandes naves, pero que sufrió grandes desperfectos cuando en el siglo XVI se intentó construir en su interior una iglesia cristiana. La ciudad de Medina-Azzahara, construida por Abderrahman III en honor de su favorita, debió ser un emporio artístico de primer orden.

Córdoba fue durante el califato la ciudad más poblada, más hermosa y con mayor potencia intelectual de Europa. El califato impulsó todos los aspectos de la creatividad humana. En filosofía destaca la personalidad de Ibn Masarra y la historia tuvo en Ahmad Ar-Razi un gran compilador y analista. Por otra parte, Abderrahman III hizo construir en la ciudad un centro de estudios médicos que fue el más importante de Europa, potenciando asimismo la astronomía y la matemática.

El califa Hixem II fue un hombre de carácter débil que concedió gran relieve al cargo de primer ministro, asumido por Al Mansur (Almanzor en las crónicas cristianas), un militar ambicioso e inteligente, triunfante en más de una cincuentena de batallas. Este visir tomó el poder en 978 y en sus incursiones para pacificar el reino llegó hasta Barcelona, León y Santiago, ciudad esta última que destruyo totalmente. Sin embargo, el caudillo árabe murió en 1002, víctima de una enfermedad, aunque las crónicas cristianas señalan que fue herido mortalmente en la batalla de Catalañazor, sin que existan datos que lo avalen claramente.

En 1031, al fallecer el califa Hixem III, la burguesía cordobesa decidió abolir el califato, iniciándose una etapa de dispersión y fragmentación.

Los reinos de taifas: el declive islámico

Abolido el califato, la fragmentación del mismo dio lugar a la proliferación de pequeños estados, los llamados «reinos de taifas». Por consiguiente, Córdoba dejó de desempeñar el papel de capital política y cultural.

Curiosamente, los reinos de taifas se caracterizaron por su debilidad política y por el desarrollo de una cultura pujante, que empalmaba perfectamente con la mejor tradición anterior.

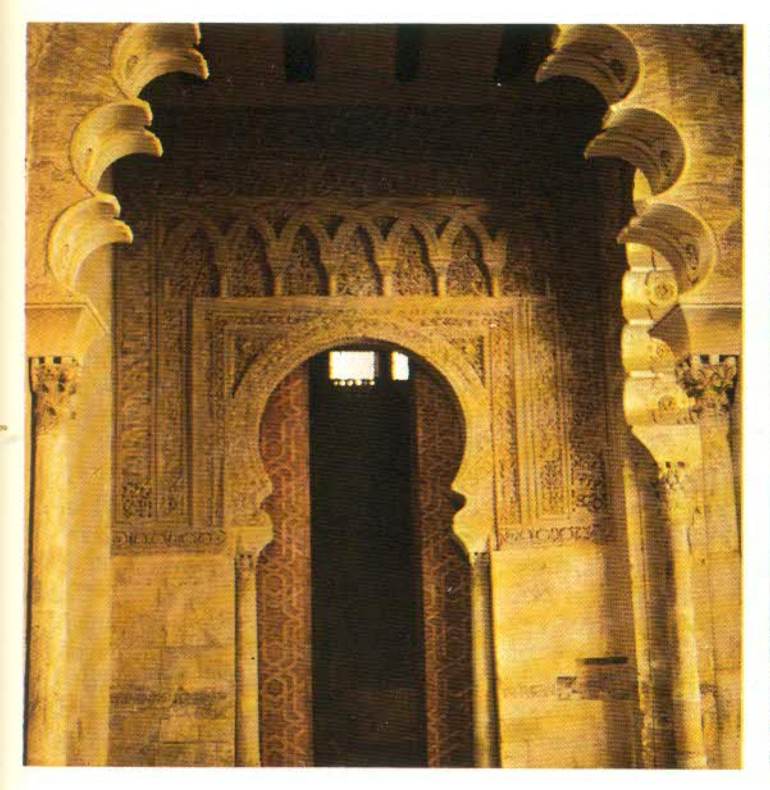
Tres grandes grupos étnicos componían ahora Al-Andalus: los andaluces, es decir, muladíes y árabes cristianizados, que se establecieron en ciudades tan alejadas geográficamente como Sevilla, Zaragoza y Toledo; los bereberes, que ocupaban el litoral del sur, la zona comprendida entre el río Guadalquivir y Granada, y los sagaliba, afincados en el Levante peninsular.

La amenaza de los cristianos progresaba con lentitud pero implacablemente. En 1085, Alfonso VI de Castilla conquistó Toledo, y los reinos de taifas solicitaron la ayuda de los almorávides del norte de África, consiguiendo conjuntamente derrotar a las tropas alfonsinas en la batalla de Sagrajas, en 1086. La victoria permitió al general Yusuf ibn Tashufin proclamarse «emir de los emires», decidiendo la integración de los reinos de taifas, es decir, de Al-Andalus, en el Magreb.

Los almorávides habían frenado la expansión de los ejércitos cristianos, pero su dominación se debilitó rápidamente, debido a sus pugnas políticas internas y a los conflictos con los musulmanes de la península, de costumbres más refinadas y más cultas. Muerto Yusuf, Al-Andalus entró nuevamente en una fase de aguda crisis política. En 1145 se produjo la invasión de los almohades, una etnia árabe proveniente de las montañas del Atlas norteafricano, dirigida por un fanático llamado Aben-Tumar, autoproclamado «profeta de Mahoma». Su hegemonía significó el predominio de lo berberisco sobre lo árabe y su objetivo político era, por una parte, centralizar de nuevo el reino, para lo cual se estableció la capital en Sevilla, y por otra detener, una vez más, la amenaza cristiana del norte.

En su lucha contra los cristianos obtuvieron éxitos y derrotas, pero perdieron la batalla más importante. En efecto, en 1212 se produjo la célebre batalla de las Navas de Tolosa, en la que una coalición de castellanos, leoneses y aragoneses dirigidos por Alfonso VIII de Castilla, infligió a los almohades una severa derrota que marca el declive definitivo del Islam en la península Ibérica. A partir de ese momento, la progresión cristiana sería más rapida y victoriosa, especialmente con Fernando III el Santo y Jaime I el Conquistador. Los reinos islámicos quedaron reducidos a Murcia y Granada, convertidos en tributarios de Castilla.

Finalmente, los Reyes Católicos, en 1492, completarían la larga etapa de la Reconquista ocupando Granada, poniendo fin de esta forma a la presencia árabe en España.





Arriba, la fuente de los Leones, en el patio del mismo nombre de la Alhambra granadina, el palacio fortificado construido por los reyes nazaríes a partir del año 1238.

Izquierda, vista interior de la Aljafería, en Zaragoza, construida en su parte más importante en el siglo XI por los reyes musulmanes como palacio de recreo.

A pesar del declinar político y militar de la fase posterior al califato, es necesario dejar constancia de que la cultura árabe mantuvo un progreso tan notable como en la etapa anterior. Muestra de ello son las excepcionales figuras de Ibn Jaldun, un verdadero precursor de las ciencias sociales, y el cordobés Averroes (1126-1198), un estudioso del clasicismo griego, que introdujo el pensamiento aristotélico, sentando las bases para el desarrollo de una actividad intelectual que pugnaba por deshacerse del providencialismo. Por otra parte, cabe señalar que Sevilla, durante el mandato de Al Mutamid (1040-1095), fue un potente centro de cultura literaria y musical.

Los árabes fueron expulsados de España, pero los nuevos gobernantes castellanos y aragoneses recibieron de ellos un legado cultural de primer orden.

La Reconquista cristiana

La historia de la Edad Media española es, en gran parte, la historia de la lucha por la expulsión del Islam de la península Ibérica. Cerca de ocho siglos duró el proceso militar que se abrió simbólicamente en Covadonga en el 722 y se cerró finalmente en 1492, cuando los Reyes Católicos expulsaron a Boabdil, el último gobernante árabe de Granada.

El final de la Reconquista coincidiría con la formación de España como nación, producto de la federación de los reinos de Castilla y Aragón bajo el auspicio de los Reyes Católicos. Es decir, la unificación política de la península Ibérica se forjó en la lucha frontal contra el Islam. En cierto sentido esto explica la ausencia de España del complejo mundo medieval europeo. Su ausencia, por ejemplo, de las cruzadas, que la Roma papal auspiciaba para erradicar a los islámicos de Tierra Santa. Los cristianos españoles combatían en su propia tierra la presencia árabe, y esta lucha exigía la concentración de todos sus esfuerzos.

Normalmente, se tiende a presentar el proceso de la Reconquista como una dicotomía en la que el cristianismo se enfrentaba al Islam. Como si de dos bloques férreamente homogéneos se tratara. Y lo cierto es que los hechos son más complejos. Como ya se ha visto anteriormente, los árabes, pasados los momentos de esplendor del califato de Córdoba, entraron en descomposición política, lo que dificultaba la defensa militar. En el bando cristiano, la unidad tampoco fue precisamente la característica principal. Las discordias internas contribuyeron en gran medida a retrasar la culminación de la tarea reconquistadora. En la España cristiana hubo luchas dinásticas y familiares por el poder: padres contra hijos y hermanos contra hermanos, se disputaron violentamente los tronos. Leoneses combatieron a castellanos, y castellanos lucharon contra navarros; aragoneses y catalanes mantuvieron pugnas, y los castellanos guerrearon en más de una ocasión contra los lusitanos o portugueses. Todo ello en el ámbito del gran conflicto contra el Islam, enemigo común de los reinos cristianos.

De Don Pelayo a Fernando III el Santo

La ya mencionada batalla de Covadonga señala el hito histórico de la ruptura de hostilidades entre árabes y cristianos rebeldes. De hecho, los musulmanes, en su ocupación peninsular apenas superaron la demarcación de la línea Coimbra-Toledo-Guadalajara. Un gran vacío de población se creó en las mesetas leonesa y burgalesa, campo de encuentro de esporádicas acciones militares. Según señala el historiador árabe Ibn Jaldun, Pelayo no era un simple restaurador del reino visigodo, sino «un nuevo rey que gobierna sobre un pueblo nuevo». Los reyes asturianos se ocuparon esencialmente de consolidar los límites de su reino, realizando intermitentes escaramuzas hacia el sur. En este sentido, por ejemplo, Alfonso II el Casto llegó en el 843 a saquear la ciudad de Lisboa, pero se replegó rápidamente hacia Oviedo por temor a que la reacción árabe le cortara el paso.

A lo largo del siglo IX revisten especial importancia las repoblaciones asturianas que tuvieron lugar en los reinados del citado Alfonso II, Ordoño I (850-866) y Alfonso III (866-910), aprovechando las dificultades internas del emirato árabe. Al norte de la meseta castellana se forjó una economía pastoril y agrícola de escasa entidad, mientras que Navarra se autonomizaba dándose un monarca en la persona de Íñigo Arista (820-851). Por otra parte, en Cataluña, el foco de los francos inició asimismo una acción repobladora impulsada por Wifredo I el Velloso (878-897).

En el siglo X, los territorios que componen lo que podríamos denominar la «España de la Reconquista» se hallan organizados del modo siguiente: Navarra conservaba una autonomía configurada como reino; el reino de León comprendía Asturias, Castilla, Galicia y León; Cataluña y Aragón estaban inicialmente disgregadas. Más adelante, Navavarra absorbería parte de los condados francos, es decir, Aragón, Ribagorza y Pallars, en tanto que los territorios de la Marca Hispánica pasaban a depender del condado de Barcelona, independiente en el siglo XI.

La agresividad expansionista de Navarra se puso de manifiesto en múltiples ocasiones a lo largo del siglo X. A la conquista de los territorios francos ya citados, cabe añadir su acoso al reino leonés. Ello fue, junto al auge del califato de Córdoba, uno de los factores que paralizaron el proceso de reconquista militar. Es necesario llegar al año 939 para contemplar la victoria de Simancas, en la que Ramiro II derrotó a los árabes, ocupando la cuenca del río Tormes.

En el siglo XI, y como consecuencia de los graves problemas del califato, que acabaría por desintegrarse en 1035, se produjo en los territorios del reino leonés un proceso de concentración de tierras que aumentaría el poder de la nobleza y el clero. Sin embargo, el expansionismo navarro determinó su hegemonía en Castilla y León, aunque no debilitó el progreso de reconquista. A finales del siglo, el Tajo era la frontera que separaba a la España cristiana de la islámica en el sudoeste, mientras que el bajo Ebro delimitaba ambos territorios en el sudeste. Las tropas de Alfonso VI sufrieron en 1086 un grave revés en la batalla de Sagrajas, en la que fue decisivo el refuerzo de los almorávides; cabe señalar, en cambio, la conquista de Valencia por las fuerzas del Cid Campeador en 1094. En esa época, el condado de Barcelona había alcanzado la independencia del Imperio franco, obtenida por Berenguer Ramón I (1018-1035), mientras que Castilla se convertía en condado hereditario con el conde Fernán González (923-970), y poco después en reino independiente con Fernando I (1032-1065).

Como afirma Pierre Vilar, el siglo XII «es ante todo el de las victorias de Aragón». En efecto, en el proceso de lucha contra el Islam sería un factor decisivo la ocupación de Zaragoza por Alfonso I el Batallador en 1118, quien además se emparentó matrimonialmente con los condes de Barcelona, lo que significaba la fusión con Cataluña. Cabe señalar que el monarca aragonés intentó previamente la unión con Castilla y León en base a casarse con Urraca, reina de estos territorios, pero la nobleza y el alto clero impidieron la unión.

A pesar de las disensiones internas, las fuerzas castellano-leonesas ocuparon la cuenca del Tajo y parte de Almería, en tanto que los portugueses penetraban hasta Badajoz. Sin embargo, la batalla de Alarcos (1195) resultó victoriosa para los almohades y paralizó el progreso reconquistador.

El siglo XIII reviste gran importancia, pues de hecho se inicia con el triunfo de las fuerzas cristianas en Navas de Tolosa (1212), hito que cabe situar como el comienzo del largo asalto final a las posiciones islámicas. En esa época Navarra volverá a desinteresarse del proceso militar, manteniéndose aislada y convirtiéndose en escenario de las luchas dinásticas de las familias de la alta nobleza francesa. Aragón conoce una fase de gran expansión con Pedro II (1196-1213) y Jaime I el Conquistador (1213-1276), quien realizó las importantes conquistas de Mallorca e Ibiza, que luego completaría con la de Valencia. Finalmente, las tropas de Fernando III el Santo de Castilla ocuparon Extremadura, Sevilla, Córdoba, Jaén y Murcia, en un avance rápido, producto de la habilidad negociadora del monarca que aprovechó las disensiones internas de los árabes.

Es este un momento de gran auge para Castilla. En el plano político y militar los éxitos de Fernando III el Santo hicieron progresar la Reconquista con inusitada rapidez. En el plano cultural, el reinado de Alfonso X el Sabio (1252-1284) tuvo un especial significado. Con él se desarrollaron las universidades, destacando por su importancia la de Toledo, se fomentó la célebre Escuela de Traductores de Sevilla y se forjó la codificación legislativa de un derecho romanizado, conocido como el código de las *Siete Partidas*. En la época de Fernando IV (1295-1312) Castilla presenta una economía muy próspera, como resultado de la repoblación de las fértiles tierras andaluzas, consolidándose además la Mesta en 1273, lo que daría un impulso excepcional a la ganadería, base de una pujante industria textil y cárnica.

La fase final: hacia la conquista de Granada

De hecho, después de las acciones de Fernando III el Santo por el oeste y de Jaime I el Conquistador por el este, los dominios musulmanes quedaron reducidos a Granada y diversos núcleos de Murcia, pequeños reinos tributarios de Castilla. Esta situación se vio favorecida por la crisis económica que padeció el reino de Aragón y por las disensiones políticas en Castilla.

La epidemia de peste desatada en 1314 sumió a la península Ibérica en una crisis demográfica y económica, de la que Castilla pudo salvarse a causa de su potencial ganadero. Aragoneses y catalanes buscarían en la expansión comercial mediterránea una solución a la grave situación, y en el siglo XIV la isla de Sicilia era ya un dominio aragonés, mientras que las fuerzas almogávares catalanas ocupaban Atenas y Neopatria, convertidas en ducados de la Corona de Aragón.

En Castilla, bajo el reinado de Pedro I el Cruel (1350-1369) se produjo una grave crisis entre el monarca y la nobleza, al intentar aquél limitar sus privilegios. La aristocracia conspiró contra el rey y apoyó las pretensiones al trono de Enrique de Trastamara, lo que culminó con el asesinato del rey en el castillo de Montiel, en Ciudad Real, a manos del pretendiente ayudado por un grupo de mercenarios.

Coronado rey, Enrique II devolvió a la nobleza sus privilegios. La potencia de Castilla indujo posteriormente a Juan I a anexionar Portugal a su corona, pero su ejército fue derrotado por los lusitanos en la batalla de Aljubarrota (1385).

Al iniciarse el siglo XV la situación de la península Ibérica, tan distinta de la del resto de Europa, era la siguiente: el reino de Castilla ocupaba, además de las regiones castellanas propiamente dichas, las de León, Asturias, Euzkadi, Galicia, Extremadura, parte de la de Murcia y la mayoría de Andalucía; el reino de Aragón, comprendía la región aragonesa, Cataluña y Valencia; el reino de Portugal estaba ya organizado sobre la base territorial de la nación portuguesa actual; el reino de Navarra reducido a aquella región, y finalmente el reino de Granada, último reducto árabe.

De hecho, respecto al proceso militar de la Reconquista se había llegado a una situación estable por motivos de índole muy diversa. Castilla orientaba sus actividades hacia el progreso económico, basado en la exportación lanera hacia Inglaterra y Países Bajos y en la recepción de los tributos en oro procedentes del reino de Granada, es decir, el enclave superviviente del Islam. Aragón, la otra potencia política, seguía intentando resurgir de la crisis a que se vio abocado en el siglo anterior, como resultado de las pestes y el descenso demográfico, orientándose hacia la exploración marítima del Mediterráneo. Además, Aragón tuvo que afrontar serios problemas sociales en Cataluña, en donde en 1462 estalló la revuelta de los remensas, una sublevación mixta, campesina y urbana, que condujo al posterior enfrentamiento de Juan II con la Generalitat, en la llamada «guerra de Cataluña». Cabe señalar también que el reino aragonés incorporó Nápoles y Benevento a su patrimonio territorial, aunque perdió los condados del Rosellón y la Cerdaña, recuperados por Francia.

En 1469 tuvo lugar el matrimonio del infante aragonés Fernando con la infanta castellana Isabel, lo que posteriormente comportaría la unidad de los reinos hispánicos, cuando ambos accedieron a sus respectivos tronos. El acceso de Isabel promovió una compleja guerra civil en Castilla, entre sus partidarios y los de Juana la Beltraneja, esta última hija del rey Enrique IV y, por tanto, con derechos hereditarios superiores a los de Isabel, que era hermana del rey. La nobleza veía en Isabel una opción política favorable a sus intereses, y la batalla de Toro (1476) inclinó la situación a su favor, siendo proclamada reina por las Cortes de Madrigal en 1476. El acceso de Fernando al trono aragonés fue pacífico, sucediendo a Juan II en 1479. Con ello, se producía la unión de Castilla y Aragón, los dos grandes reinos peninsulares.

A partir de ese momento se planteó nuevamente completar la unidad total de España; y el problema del reino de Granada, último reducto árabe, fue abordado militarmente. En 1492 era expulsado el último monarca musulmán y disuelto su reino; con ello finalizaba la denominada Reconquista, si bien es cierto que la unidad territorial no se produjo hasta 1512, con la ocupación y anexión de Navarra por tropas aragonesas, dirigidas por Fernando el Católico.



Los reyes Católicos entran triunfantes en Granada tras la victoria sobre el último monarca musulmán, Boabdil, en el año 1942. Bajorrelieve de la Capilla Real de Granada.

La invasión de los mongoles

De vez en cuando, durante la Edad Media, los europeos tenían ocasión de recordar lo pequeño que era el rincón de mundo que ocupaban. Las tierras del este, aquellas que «se extendían más allá del límite de la tierra», estaban habitadas por aguerridos grupos de hombres que vivían siempre a caballo. Desplazaban sus tiendas de piel cientos de kilómetros cada año en busca de nuevos pastos. Eran hombres corpulentos y de ojos rasgados.

Intermitentemente, los clanes se unían formando hordas y entonces atacaban las débiles fronteras de Mesopotamia o del norte de China. Así llegaron los turcos selyúcidas, con sus arqueros montados a caballo, hasta Constantinopla en el siglo XI: «Adoran al viento y viven en el desierto... y carecen de nariz».

Los mongoles fueron la última y más devastadora ola invasora proveniente de Asia central. Su Imperio era tan vasto, tan imprevisible y tan fuera de lo normal, que es difícilmente clasificable. Por dos veces salvaron a Bizancio: la primera, al derrotar a los selyúcidas en Köse Dagh, en el año 1243; la segunda, al expulsar triunfalmente del campo de batalla de Ankara al sultán otomano Bayaceto.

Para los cristianos occidentales, los mongoles representaban la esperanza de un aliado necesario para romper el asedio musulmán contra los cruzados de Jerusalén. Los relatos de los cristianos de Nestoria sobre los mongoles inspiraron una de las más intrigantes y persistentes creencias occidentales: la de que los mongoles eran guiados por el propio preste Juan, el legendario rey cristiano de las tierras de Oriente.

El territorio mongol estaba situado al noroeste de la Gran Muralla china. Limitaba al oeste con las montañas del Alto Altai, por el sur con el desierto de Gobi, y por el norte con el lago Baikal. La ciudad medieval de Karakorum estaba a unos 300 km de la moderna Ulan Bator.

Temujín

La leyenda describe cómo, alrededor del año 1167, una tribu mongol derrotó a sus vecinos tártaros, y un jefe mongol llamado Yesugie capturó a un tártaro llamado Temujín.

En aquellos días la mujer de Yesugie, Ho'elun, estaba embarazada, y junto al río Onan, bajo la montaña Deli'un-boldkah, dio a luz un hijo. El niño, al nacer, aferró en su mano derecha un coágulo de sangre con la forma de un hueso de taba. Se le dio el nombre de Temujín porque su nacimiento coincidió con la captura del jefe tártaro del mismo nombre.

Cuando Temujín cumplió ocho años de edad, su padre decidió buscarle esposa, y fue a ver a Dei-sechen, que dijo: «Este hijo tuyo tiene una mirada luminosa y una luz en su rostro. La noche pasada soñé que un halcón, con el Sol y la Luna en sus garras, volaba hacia mí y se posaba en mi mano. Amigo Yesugie, tu vienes hoy hacia mí con tu hijo como respuesta a mi sueño. Tengo una hija de corta edad en mi casa. Ven conmigo a verla».

El nombre de la niña era Borte, y tenía un año más que Temujín. Unos años después, los merkitas raptaron a Borte, y Temujín, que ya era adulto, se alió con los keraitos para rescatarla. Su triunfo se produjo en 1195, tras haber derrotado o haberse ganado la confianza de la mayoría de los pueblos del Alto Altai.

Altan, Khuchar, Sacha-beki y todos los demás caudillos, después de consultarse entre sí, dijeron a Temujín: «Te nombramos kan. Si luchas en primera línea contra nuestros enemigos, todas las mujeres hermosas que capturemos y los mejores caballos serán para ti. Cuando salgamos a cazar, las mejores piezas que cobremos serán también tuyas». Este fue el juramento que le rindieron en señal de obediencia, adjudicándole el nombre de Gengis, que significa «océano».

El hogar de los mongoles era un inmenso valle, que requería siete u ocho meses de viaje para poderlo recorrer en toda su extensión. Antes de que apareciera Gengis Kan no habían caudillos ni gobierno central. Cada una de las tribus vivía independientemente, y luchaban entre sí. Algunas consideraban que el robo y la violencia, la inmoralidad y el libertinaje, eran actos de hombría. Sus vestidos eran pieles de los perros y las ratas, y su alimento la carne de esos animales. Su vino era la leche de yegua. El signo que distinguía a sus jefes era un estribo de montar de hierro.

Los mongoles continuaron en su estado de indigencia y privaciones hasta que surgió Gengis Kan. A partir de entonces, la miseria y el infortunio se transformaron en un amplio bienestar; las prisiones se convirtieron en jardines, y el desierto y la pobreza, en palacios y comodidades.

Las conquistas de Gengis Kan fueron excepcionales. Entre el año del Gallo (1201) y el año del Tigre (1206) se convirtió en el amo y señor de Mongolia e impuso su blanca bandera de nueve picos a lo largo del río Onan.

Volvió entonces hacia el este y comenzó la guerra con China. En 1213 los mongoles atacaron la Gran Muralla y se asentaron en la extensa llanura que va desde Pekín al río Amarillo. Dos años más tarde cayó Pekín.

Gengis Kan se dirigió luego hacia el oeste. Bujara, Samarcanda, Nishapur y Herat fueron saqueadas, y en 1222 los lugartenientes de Gengis alcanzaban ya las orillas del mar Negro. Veinte años después, la Horda de Oro gobernaba Rusia y amenazaba Hungría.

Gengis Kan regresó a Karakorum en 1224, y murió el 18 de agosto de 1227, cuando contaba sesenta años de edad. El cortejo fúnebre visitó cada una de las tiendas de sus viudas. Los jefes mongoles acudieron desde todos los rincones del Imperio, tardando algunos hasta tres meses en llegar. El Kan fue enterrado en las montañas Kentei, su lugar de caza favorito.

Las conquistas de Gengis Kan abarcaron el noventa y cinco por ciento del territorio existente entre el mar Negro y el mar Amarillo. ¿Cómo pudo lograrlo? Los mongoles siempre fueron una minoría entre los pueblos que conquistaron. En el ejército central, de cada cien jefes noventa y cinco eran mongoles, pero la tropa se componía de gentes incorporadas tras las sucesivas conquistas. El rasgo básico fue su gran movilidad, apoyada en una poderosa caballería: los soldados disparaban los arcos desde su montura.

El Imperio mongol

La cohesión del Imperio mongol radicó en el mantenimiento de su estructura tribal original. Gengis Kan codificó las leyes del clan mongol en el *Yasak*, que constituyó la base del código civil y moral de los mongoles hasta el siglo XX. Las primeras tradiciones del Alto Altai permanecieron siempre vivas. Tanto allí como en Karakorum las tribus se reunían en un *kuoriltai* (asamblea) para preparar sus campañas y elegir al gran kan.

El proceso de la asamblea era necesariamente largo, pero las comunicaciones con el resto del Imperio eran fluidas. Los enclaves de relevo postal tártaros permitían llevar un mensaje desde Tabriz a Pekín en dos o tres meses, mientras que a las caravanas de mercaderes les costaba un año o más recorrer el mismo trayecto.

Cuando los mongoles conquistaron Bagdad en 1258, abrieron de nuevo la

ruta comercial con el Lejano Oriente, pero el auge de ésta terminó en el siglo XV, a causa de diversos factores: la muerte de Tamerlán en 1406, la caída de Constantinopla en 1453, el hundimiento del comercio entre Italia y Crimea en 1475, la depresión económica italiana, y la penetración portuguesa en el océano Índico, por el cabo de Buena Esperanza, a finales de siglo.

Los mercaderes italianos no tardaron mucho tiempo en aprovechar las oportunidades que ofrecía el Imperio mongol, como extensa área de libre comercio (a pesar de que las cuotas de peaje local eran onerosas), en los años que siguieron a 1258. Pegolotti publicó un manual para los mercaderes que comerciaban con Oriente, hacia 1340, que proporciona información sobre el tipo de productos que entraban en Europa a través del Imperio mongol.

Predominaban los artículos de lujo (que siempre eran los últimos en llegar del este cuando acaecía una crisis política o económica). La alimentación medieval en Europa requería asimismo de especias (para condimentar la carne en malas condiciones) y de poderosos purgantes. Desde el Cáucaso y el sur de Rusia llegaban el ámbar, las pieles, la miel y los esclavos (que sufrieron una demanda creciente después de que la peste negra produjese en Italia una crisis del servicio doméstico, a finales del siglo XIV). En Tabriz podían obtenerse brocados, damascos, mercurio, flores exóticas, alcanfor y palios para ceremonias.

El mercado de Samarcanda ofrecía ruibarbo y sedas, pero la mejor seda era la proveniente de Pekín. La ruta tibetana del ruibarbo era probablemente más importante en esa época que la famosa ruta de la seda. En realidad, se importaba poca seda china, pues en Sicilia habían industrias sederas de aceptable calidad. El ruibarbo pulverizado era el purgante más efectivo que se conocía en la Italia medieval, y curiosamente figuraba entre las partidas más caras del presupuesto familiar.

La ruta terrestre más importante iba desde Tabriz al golfo de Ormuz, en Persia. En ella podía conseguirse almizcle, bórax, piel de camello y goma arábiga. Somalia era la fuente del oro, el incienso y la mirra.

La India producía añil, ajenjo, jengibre, azúcar, papel, algodón, alfombras, ámbar y azafrán. Ceilán enviaba cedoaria, perlas y coral. Continuamente partían barcos hacia las Indias orientales, origen de una de las especias de mayor importancia, la pimienta. De las Indias orientales provenían asimismo maderas, cinabrio, canela, cardamomo, nuez moscada, clavo, etcétera.



Dibujo de un pintor francés del siglo XII que intenta representar la muerte del Preste Juan en combate contra los mongoles. Preste Juan era una figura legendaria de la Edad Media, supuesto rey de un Estado cristiano aislado en territorio pagano, quizá Mongolia o Etiopía. (Bibliothèque Nationale, París.)

Los contactos occidentales

Los hermanos Polo no fueron los únicos occidentales que llegaron a las cortes mongoles de Saray, Murghan, Karakorum y Pekín. En Occidente se sabía de la existencia de los mongoles desde 1238, cuando el rey Enrique III de Inglaterra fue requerido para que liberara al Islam de «unos nuevos enemigos de la civilización».

En 1245, el papa Inocencio IV se interesó por el nuevo y extraño poder mongol. En el siglo siguiente, los franciscanos descalzos comenzaron a llegar a China de manera regular. El 22 de julio de 1246, Juan de Piano Carpini fue testigo de la subida al trono del kan Guyuk, en las cercanías de Karakorum: «En una hermosa llanura, situada junto a un río y entre montañas, habían levantado una gran tienda. Estaba sustentada por columnas, cubiertas por láminas de oro y sujetas a unas vigas de madera con clavos de oro, y el techo y las paredes del interior era de brocado. Una inmensa multitud se hallada reunida... Situado Guyuk en el trono imperial, los jefes se arrodillaron ante él y tras ellos todo el pueblo, a excepción de nosotros, que no éramos sus súbditos. Después, bebieron como es su costumbre, y lo hicieron copiosamente hasta el anochecer».

Guyuk se sorprendió por la sugerencia del papa Inocencio para que se bautizara, según explica el narrador italiano: «¿Cómo sabéis que las palabras que decís están sancionadas por Dios? Desde que el sol sale hasta que se pone, todas las tierras están bajo mi mandato. ¿Quién podría mantener tal poder contra la voluntad de Dios?» Ordenó al papa que le guardara

obediencia, y concluyó amenazadoramente: «Si no observáis el mandato de Dios, que es el mío, y me ignoráis, os consideraré mi enemigo. Asimismo, os obligaré a entrar en razón. Dios sabe lo que yo sé».

Después de 1258, los mercaderes italianos pudieron obtener más información acerca de los mongoles, aunque los hombres como Marco Polo fueron siempre escuchados con reticencia.

El Papado creyó que podía evangelizar al Imperio mongol, y en 1307 Juan de Monte Corvino fue nombrado primer arzobispo de Pekín. En Occidente, reyes como Eduardo I de Inglaterra y san Luis de Francia acariciaron la idea de una alianza con los mongoles, para asegurar los puestos de vanguardia de los cruzados en Tierra Santa, pero los grandes kanes creyeron que los emisarios europeos eran simples vasallos que les traían tributos poco adecuados, y les perdonaban sus excentricidades. Uno de los relatos más interesantes acerca de los contactos entre el Oriente y el Occidente de aquella época es el del monje Rabban Sauma.

Los viajes de Rabban Sauma

Rabban Sauma nació cerca de Pekín, aproximadamente en 1225. Se hizo eremita en 1278, pero fue convencido por un discípulo para que emprendiese una peregrinación a Jerusalén, y ambos partieron con la aprobación del gran kan Kublai. Durante el viaje, los peregrinos se apercibieron de que tras la muerte de Gengis Kan, cincuenta años antes, el Imperio mongol se había convertido de hecho en una confederación de principados, gobernados por los miembros de la familia imperial, que compartían las mismas tradiciones culturales y administrativas.

Los kanes de la Horda de Oro dominaban Rusia desde Saray, exigiendo tributos a los príncipes locales (tolerando así la existencia de los príncipes rusos, quienes no se liberarían de los mongoles hasta el siglo XV). En Persia, los mongoles ilkanes constituyeron un estado semi independiente, y por otra parte el centro del Imperio se trasladó desde Karakorum a las majestuosas cumbres del norte de China.

El alejamiento del gran kan contribuyó a la ausencia de fricciones entre él y los jefes menores, aunque cada diez años los clanes continuaban reuniéndose en asambleas, en las que el heroico pasado de Gengis Kan era revivido con magníficas demostraciones hípicas y masivas borracheras. Había también numerosos jefes locales que retenían sus tronos a cambio de la protección de los mongoles; reconocían la soberanía mongol, proporcionaban ayuda militar y pagaban tributos anuales.

Las guerras locales impidieron que Rabban Sauma, tras llegar a Persia, regresara a Pekín o visitara Tierra Santa. En lugar de eso, su discípulo Mar Yaballaha fue elegido patriarca nestoriano, y Rabban Sauma enviado por el ilkan persa, Arghun, como embajador a Occidente. La elección de un cristiano para esta tarea fue un gesto muy astuto, pero los mongoles eran tan eclécticos en la religión como en las otras cuestiones. La madre de Arghun era cristiana, él mismo simpatizaba con el budismo (doctrina de moda en la corte de Kublai), y su visir era judío.

El objetivo de Rabban Sauma era asegurar la conservación del mayor número de reliquias cristianas posible. Constantinopla representaba para él el más importante legado de la cristiandad. El viajero pudo ver el volcán Stromboli en erupción, visitar al famoso Carlos de Anjou, y deleitarse conversando con los graduados de la universidad de París. En octubre de 1287, Rabban Sauma se encontró con el único rey cristiano que en realidad había sido aliado de los mongoles en Tierra Santa, Eduardo I de Inglaterra. Éste, en retribución, envió mensajeros al kan para adquirir una variada lista de artículos.

Sin embargo, Acre, que representaba la última oportunidad de victoria de los cruzados en Tierra Santa, cayó antes de que la expedición de refuerzo alcanzase territorio mongol, en 1292, y el proyecto de colaboración entre occidentales y mongoles se redujo finalmente al intercambio de dos obsequios: halcones de caza ingleses a cambio de un leopardo persa.

En el siglo XIV los intereses europeos por el Imperio mongol disminuyeron. El Imperio de Gengis Kan se desintegraba y los cristianos nestorianos eran perseguidos. El patriarca, antiguo discípulo de Rabban Sauma, fue asesinado en 1317 y su iglesia destruida, como lo sería el Imperio mongol por el poderoso Tamerlán.

El Imperio mongol intentó aglutinarse de nuevo, antes de ser aniquilado. Timur (que significa «hierro»), o Tamerlán, que nació en Transoxiana en 1336, no fue nunca un segundo Gengis. Era musulmán y valoraba sus conquistas como parte de la guerra santa, siguiendo la tradición musulmana de actuar como brazo armado del Islam. Sin embargo, existen numerosas similitudes entre la carrera de Gengis y la de Tamerlán: su origen basado en la lenta concentración de los pueblos nómadas, las extensas y rápidas conquistas y el concepto del Imperio. Tamerlán era un destructor más temerario y cruel que Gengis, pero no era un nómada sin cultura. Bajo su reinado, se desarrolló la magnífica arquitectura y la excepcional decoración de las mezquitas de Samarcanda, que han sobrevivido hasta hoy.

Las primeras conquistas de Tamerlán, desde su centro en el río Oxus, le llevaron hacia el este a Khwarazm y Mughulistán. Aunque nunca llegó a China, mantuvo de hecho su hegemonía sobre este país. Entre 1381 y 1384 conquistó Jorasán, Sistán y Mazandarán. Entre 1386 y 1388 invadió Azerbaidján, Georgia y Persia, y entre 1391 y 1392 cercó a Tuqtamis, el último gran kan de la Horda de Oro en Rusia, al que finalmente derrotó en 1396. Posteriormente, entre 1398 y 1399, penetró en la India y tomó Delhi, dirigiéndose luego hacia el sur. En 1400 lanzó su campaña final hacia el oeste, partiendo de Karabagh. Los emiratos de Anatolia, que Bayaceto había sojuzgado, fueron reconquistados por Tamerlán en los años 1400 y 1401. En 1402 capturó a Bayaceto y destruyó su ejército (que incluía una brigada de artilleros alemanes). Después, se retiró nuevamente hacia el este.

Las últimas conquistas de Tamerlán, desde Esmirma a Karakorum y desde el Volga al Ganges, superaron las hazañas de Alejandro el Grande en la misma zona. Sin embargo, y aunque parezca paradójico, el Imperio mongol se autoaniquilaba. Tamerlán destruía al tiempo que creaba. Cuando murió en 1405, el inmenso Imperio se eclipsó. En Persia, los timúridas gobernaron hasta 1502. En la India, sus descendientes dominaron como grandes mongoles desde 1526 a 1857.

Ruy González Clavijo, un importante embajador español, llegó a la corte de Tamerlán en Samarcanda en septiembre de 1403. Su descripción del anciano conquistador, así como la de los palacios y jardines de la capital, es uno de los mejores documentos de la época. Clavijo fue escoltado y presentado a Tamerlán, quien estaba «...sentado en un repechón, a la entrada de uno de sus más bellos palacios. Frente a él, una fuente lanzaba al espacio una columna de agua, y en la superficie del estanque flotaban manzanas rojas. Su Alteza llevaba una capa de seda lisa, sin bordados, y un gran sombrero blanco a modo de corona, en el que sobresalía un enorme rubí adornado con perlas y piedras preciosas».

Clavijo y sus acompañantes se postraron tres veces. Tamerlán les rogó que se acercaran, y los chamberlanes que les acompañaban quedaron atrás «...pero ellos no se atrevieron a hacerlo, y su Alteza les ordenó que permanecieran cerca de él, a fin de que pudiera verles mejor, ya que su vista no era muy buena. En realidad era tan viejo y estaba tan achacoso que los párpados se le cerraban y



El Imperio mongol en tiempos de Marco Polo (1254-1323). La unión en Asia central permitió los contactos entre este y oeste y este hecho auspició un período de gran prosperidad.

apenas podía levantarse». Realmente era el más poderoso de todos los emperadores medievales, entonces en la cúspide de su poder.

Clavijo fue agasajado en numerosos palacios, y nos ha legado la descripción de algunas de las costumbres de los mongoles: «Los tártaros tienen el hábito de beber el vino antes de las comidas. Una fiesta no puede considerarse como tal, mientras los invitados no estén completamente borrachos. Los criados que sirven la bebida arrodillados, renuevan constantemente el contenido de las copas que se vacían».

El embajador español presenció una de las últimas reuniones de los clanes mongoles, en la llanura de Kanigil. La horda se reunió para llevar a cabo un mes de debates y festejos: «Tan pronto como el campamento de Tamerlán se instalaba, las gentes de la horda disponían la posición de los clanes. Desde el más humilde al más importante, cada individuo conocía exactamente su lugar, y tomaba posesión de él. En los tres o cuatro días siguientes se levantaban más de veinte mil tiendas, formando círculos alrededor del campo real, y diariamente seguían llegando nuevos clanes».

La cohesión tribal de los mongoles sobrevivió intacta durante dos siglos, después de que Gengis Kan guiara por primera vez su horda más allá de las montañas del Alto Altai. Para los artesanos y mercaderes de Samarcanda, el gran campamento de los nómadas que les gobernaba les resultaba tan extraño como al español Clavijo.

Sin embargo, el final de la horda estaba cercano. Tras la muerte de Tamerlán, los mongoles se retirarían hacia las montañas de donde eran originarios, y del viejo emperador sólo perduraría el recuerdo de su vitalidad: «Todo sucedía según sus deseos, y sus caprichos eran satisfechos, hasta que el placer y la alegría le transformaban en un ser ágil y ligero. Sus brazos se unían a los de los otros, y estrechaba su mano a quienes se le acercaban, fundiéndose a veces en un mutuo abrazo. En mitad de la danza, se tambaleaba a causa de la edad y los achaques».

Los turcos otomanos

Los descendientes de Bizancio y los estados que le sucedieron rivalizaron con el propio Imperio. El restablecimiento del Imperio búlgaro de la familia de los Asen (1187-1393), que casi destruyeron al Imperio latino de Constantinopla (1204-1261), era a su vez una confederación culturalmente atrasada. Al igual que Servia, compartía con Constantinopla la misma fe ortodoxa, la mayor parte de los textos legales y teológicos, y algunos de los mismos libros clásicos.

Servia fue el más brillante, fiel y peligroso heredero de los Balcanes bizantinos. Miljutin (Uros II, 1282-1321) y Esteban Dusan (Uros IV, 1331-1355) intentaron superar a los bizantinos en su forma de gobierno y en el esplendor imperial. La arquitectura de los monasterios que fundaron (como Gracánica y Studenitsa) puede ser considerada como un estilo «bizantino barroco», y sus pinturas guardan la misma fidelidad a las formas helénicas que las de Constantinopla.

El Imperio servio, tras su derrota en Kosovo, en 1389, se redujo a un dominio minoritario y despótico centralizado en la fortaleza de Smederevo, en el Danubio, cerca de Belgrado.

A finales del siglo XIV, Rusia, cuyos centros de poder se habían desplazado por la presión mongol, desde Kiev a Novgorod y a Moscú, reanudó sus contactos con Constantinopla, principalmente en el ámbito eclesiástico y cultural. Los nombres de los visitantes rusos de este período están grabados en los muros de Santa Sofía, en Constantinopla. Por su parte, los patriarcas ortodoxos iban a Moscú en busca de limosnas.

Posteriormente, algunos rusos reivindicaron para Moscú el título de «Tercera Roma», legítima heredera del Imperio de Constantinopla, sucesora de Roma y defensora de la ortodoxia no corrompida por la traición de los obispos bizantinos, que habían firmado el decreto de unión con la Iglesia romana en 1439, en Florencia. Sin embargo, esto no pasó de ser una ilusión alentada por el clero, despechado por las actitudes de Bizancio.

La Cuarta Cruzada proporcionó, en 1204, gobernadores italianos al mundo bizantino. Los genoveses dominaban el comercio del mar Negro desde sus puestos de vanguardia en Kaffa, Trebisonda, Moncastro (Akkerman) y Pera. Controlaban asimismo unas cuantas islas del Egeo y las minas de alumbre de Focea, cerca de Esmirna. Los venecianos dominaban el comercio del Mediterráneo oriental con Beirut, Alejandría y el sur del Egeo, y poseían Eubea, otras islas egeas menores y la «Gran Isla» de Creta. Candía (Heraklion), la capital cretense, cayó sin embargo en poder de los otomanos en 1669.

Con anterioridad, numerosos eruditos griegos, mercaderes y pintores, entre los que estaba El Greco, marcharon a Venecia y Padua. Venecia conservó las islas jónicas, incluyendo Corfú, hasta la dominación napoleónica. Quizá la más sorprendente de todas las conquistas occidentales fue la ocupación catalana de Atenas durante gran parte del siglo XIV. La milicia catalana, uno de los numerosos contingentes europeos al servicio de los bizantinos, se apoderó de la ciudad porque no había cobrado su paga.

Mohamed II

El Imperio otomano tardó dos décadas en recuperarse de la derrota sufrida en Ankara. La guerra civil entre Murad y Mohamed, los hijos de Bayaceto, fue similar a la sostenida en Bizancio por Juan VI Cantacuceno y Juan V Paleólogo, medio siglo antes. Las clases inferiores, tanto cristianas como musulmanas, dieron soporte a Murad, que fue derrotado por Mohamed I, representante del partido de la aristocracia, en 1413.

Más adelante, Murad II (1421-1451) prosiguió el proceso conquistador que Tamerlán había interrumpido. Le sucedió su hijo Mohamed II a la edad de 19 años, en 1451. A través de sus antecesores, el nuevo sultán estaba emparentado con las familias que gobernaron Bizancio, Servia y Trebisonda, así como con las dinastías de los mongoles y los turcos de Persia. Por otra parte, Anatolia había sido ocupada por numerosos pueblos turcos que reivindicaban antecedentes comunes.

Los griegos participaron en el nuevo sistema de gobierno aun antes de ser conquistados, desde el día en que Miguel VIII Paleólogo casó a su hija ilegítima con el ilkan de Persia. Más tarde, la familia griega de los Cantacuceno fue uno de los núcleos que aglutinaron los mundos otomano y bizantino, proporcionando cierta coherencia ante la complejidad política de las fronteras de la época. Jorge Amiroutzes, por ejemplo, delegado griego en el Concilio de Florencia, fue descrito a las familias reales de Servia y Tripolitania como el «Gobernador Turco» (o Bey) de Mohamed II en Occidente.

Las conquistas otomanas no afectaron la posición de las antiguas familias dominantes. Es más, de pronto se vieron convertidos en señores de feudos militares con sucesión hereditaria. Por ejemplo, Evrenos, el último gobernador bizantino de Brusa, conservó el cargo en pleno dominio otomano. Su nieto conquistó luego Morea para los otomanos, y la familia conservó el feudo de Yenidje Vardar hasta el siglo XIX.

El Imperio otomano

Constantinopla cayó finalmente en manos de Mohamed II, llamado desde entonces «el Conquistador», el martes 29 de mayo de 1453, tras un asedio de varias semanas que sumió en la desesperación a sus habitantes. El acontecimiento no causó gran impacto en Occidente, y en realidad sólo tuvo importancia para los dos pueblos que se vieron involucrados en ello, los griegos y los turcos. Para éstos fue la etapa final de la creación de su Imperio en Europa.

El traslado de la capital otomana a Constantinopla y la repoblación de la ciudad (por griegos, en su mayoría) fue para los otomanos el símbolo de la reconquista del antiguo «Imperio universal», y Mohamed II se convirtió en emperador.

Sólo es parcialmente cierto que el Imperio otomano fue el heredero del bizantino. A pesar de que los rasgos económicos y sociales eran distintos, tanto el Imperio otomano como el bizantino gobernaron a los mismos pueblos y en las mismas zonas, y lo hicieron desde la misma capital. El Imperio otomano calcó sus instituciones militares y administrativas de los pueblos que tenía dominados, convirtiéndolos en una clase gobernante sumisa y fiel al sultán. Y del conjunto de pueblos que abarcó, el turco fue el que mejor se identificó con las instituciones imperiales.

La conquista tuvo también incidencia para los griegos, aunque sólo algunos núcleos vivían bajo el Imperio bizantino desde hacía un siglo. Cuando Mohamed nombró a Genadio II como patriarca, le confirió el mayor poder espiritual y la autoridad política más amplia que había tenido nunca. En el orden espiritual, el patriarca ecuménico gobernaba sobre la mayoría de griegos del Imperio, y sobre los servios y búlgaros. El control de la Iglesia ortodoxa de Constantinopla, reducido hasta entonces a los límites del Imperio bizantino, se extendía ahora desde el litoral Adriático hasta el Cáucaso. Para los griegos, el patriarca sólo era responsable



ante el Juez Supremo; era su líder nacional, y de hecho asumió muchas de las funciones de los emperadores bizantinos, eligiendo como símbolo el águila de dos cabezas de la familia Paleólogo.

Cuando Constantinopla cayó en poder otomano, los griegos creyeron que podría realizarse el viejo deseo de reinstaurar el Imperio. Una balada de la época describe cómo se recibió la noticia en Trebisonda:

«Un pájaro, un hermoso pájaro, volaba sobre la Ciudad:
Agitó un ala, y se cubrió de sangre.
Agitó la otra, y apareció un papel escrito.
El dolor nos invade: Bizancio ya no existe.
Las murallas han sido derribadas: el trono imperial, destruido.
Las iglesias son devastadas y los monasterios saqueados.»

No obstante, la balada finaliza así: «Bizancio se ha perdido por ahora. Pero una vez más, renacerá».

Estas últimas palabras expresaban el sueño de reconquistar Constantinopla y restablecer el antiguo Imperio. No se dieron cuenta de que su deseo había sido realizado ya por los otomanos.

El Imperio otomano utilizó a los gobernadores provinciales y a los señores feudales de la región, y también a los líderes religiosos de Constantinopla y de los pueblos que componían el Imperio. De todo el conjunto imperial, los únicos que no disfrutaron de la posibilidad de vivir en paz y sosiego fueron los turcos, pues ellos proporcionaron la masa humana que hizo posible la expansión militar en los siglos XV y XVI, y el sostenimiento imperial hasta el siglo XIX.

Las conquistas turcas fueron inicialmente posibles a causa de las divisiones religiosas y políticas de sus enemigos. Durante el siglo XIV los emperadores bizantinos se habían aliado convenientemente con los turcos en sus guerras civiles contra los pretendientes al trono. A ello hay que añadir que la fama guerrera de los turcos atrajo a sus filas a soldados de las más diversas creencias, incluyendo también cristianos. Pero quizás el factor más

El Imperio otomano a finales del siglo XV. Su extensión era entonces similar a la de Bizancio cuatro siglos antes.

importante de todos fue que los otomanos permitieron a los cristianos ortodoxos seguir practicando su religión, aunque mediante el pago de un fuerte tributo. Este era un privilegio que a los cristianos ortodoxos les había sido negado por sus hermanos cristianos de Occidente, al restablecerse el Imperio latino en Constantinopla. En consecuencia, los cristianos aliados a los ejércitos turcos lucharon lealmente a favor de sus gobernantes, en contra de las odiadas fuerzas del Sacro Imperio romano.

Por otra parte, además de conservar una gran parte de la burocracia de sus predecesores, los gobernantes turcos instituyeron un sistema anual y obligatorio de reclutamiento de jóvenes cristianos, para ser entrenados como soldados y administradores del Imperio. Traídos desde las provincias a la capital, eran sometidos a un largo y completo curso de adoctrinamiento sobre la religión del Islam, explicada en lengua turca, y al finalizar estos cursos se les asignaba un cargo en el famoso cuerpo militar de los jenízaros, o bien en los servicios administrativos.

El reinado de Mohamed II fue el período de consolidación, facilitado por la anexión al Imperio de Servia en 1459. Bosnia fue sojuzgada entre 1463 y 1464. En la zona del bajo Danubio, la influencia otomana se extendió hasta los principados cristianos de Valaquia y Moldavia, en 1462 y 1476 respectivamente. Una larga guerra contra Venecia proporcionó al sultán la isla de Negroponte, en el Egeo, y la de Escutari, en el Adriático.

El triunfo de Mohamed no se limitó a los territorios europeos. Sínope y Trebisonda, en la zona sur del mar Negro, cayeron bajo el control otomano en 1461; además, en 1475 el sultán puso cerco a Kaffa, en Crimea. Durante los años que siguieron a 1464, el estado turco de Caramán, en Asia Menor, fue asimismo incorporado al Imperio otomano. El sultán Mohamed, cerca de Terjano, en 1473, salió también victorioso sobre los Aq Qoyunlu («ovejas blancas»), que en aquel entonces dominaban la mayor parte de Persia. Sin embargo, la fortaleza otomana sería puesta a prueba en inmediatos acontecimientos.

El sultanato mameluco

Los otomanos tuvieron que hacer frente a una grave crisis en el este. Una crisis que involucró a otros dos regímenes musulmanes de primera magnitud, el sultanato mameluco de Siria y Egipto, y el estado saffarí de Persia. Un régimen militar compuesto por soldados esclavos (mamelucos) gobernaba Egipto y Siria desde 1250. Aquellos soldados fueron reclutados en su mayoría entre los turcos de las tierras esteparias del norte y el este del mar Caspio. Fueron llevados a El Cairo como esclavos, entrenados en el arte de la guerra, puestos en libertad nuevamente, y elevados al rango y a la categoría de mamelucos, lo que significaba ser miembro de una casta guerrera dominante, de origen no musulmán, y gobernar a las poblaciones locales de Egipto y Siria, actuando casi como una guarnición en territorio extranjero. Alrededor de 1400, el reclutamiento fue trasladado a la zona geográfica del Cáucaso, y los nuevos esclavos fueron los descendientes de los circasianos.

Con el resurgimiento de los otomanos en los siglos XIV y XV, las tensiones militares y políticas se acrecentaron a lo largo de las mal definidas fronteras que separaban el norte de Siria y Asia Menor. Los mamelucos y los otomanos lucharon entonces entre sí por el control de los pequeños principados turcomanos situados en la zona fronteriza. Dos regiones presentaban una especial significación: la zona adyacente a Adén y Tarsus —donde estaba el paso de Cilicia, una de las pocas rutas asequibles a través de las montañas Taurus—, y la región de Albistán, donde el río Éufrates cruza las montañas para luego desembocar, más hacia el sudeste, en Irak.

Las fricciones entre mamelucos y otomanos estallaron en una guerra abierta por la dominación de Cilicia en los años 1485 a 1491. En aquel momento, Jem, hermano del sultán otomano Bayaceto II (1481-1512), estaba prisionero de los cristianos, y durante el tiempo que permaneció con vida (murió en 1495), el sultán se resistió a incrementar el conflicto en el este, manteniendo una guerra moderada.

La paz de 1491 dejó el control de Cilicia en poder de los mamelucos, aunque fue éste un éxito muy costoso, dado que requirió la organización al máximo de todos sus recursos militares. Una cuestión quedó planteada y sin respuesta: ¿qué habría sucedido si los otomanos hubiesen querido utilizar toda su fuerza militar contra los mamelucos?

También existieron fuertes tensiones entre Persia y el Imperio otomano. Gran parte de Persia estaba bajo el control de una confederación turcomana llamada Aq Qoyunlu («ovejas blancas»). Después de 1490, el poder del Aq Qoyunlu empezó a desmoronarse a causa de la decadencia de sus dinastías feudales. Un nuevo régimen apareció en Persia; un régimen que era el resultado de la creación de una gran orden religiosa, llamada «saffarí». Esta orden, que tenía su centro principal en Ardabil, cerca del mar Caspio, se había convertido, con el transcurso del tiempo, en una forma extrema de la fe safí, que era la versión heterodoxa más importante del Islam.

Shaykh Junayd (muerto en 1460), añadió a las perspectivas religiosas de la orden, una serie de objetivos de naturaleza político-militar. Un ciclo de campañas realizadas entre 1499 y 1503 contra el Aq Qoyunlu promovieron la fundación de un estado saffarí en Persia, con Ismail I (muerto en 1524) como sha.

Estos sucesos representaban un gran peligro para los otomanos. El poderío militar de los saffaríes surgió a partir de las tribus turcomanas situadas en Asia Menor. Controlar estas tribus era difícil, incluso en circunstancias normales. Y además los turcomanos, a través de las actividades saffaríes, se vieron arrastrados hacia una alianza con un movimiento que quedaba fuera del alcance de los otomanos, y que representaba una forma de islamismo que no era bien recibida entre la ordoxia musulmana.

La situación se hizo todavía más peligrosa, debido a que la influencia de los saffaríes era muy fuerte en las zonas en disputa entre mamelucos y otomanos, es decir, las tierras situadas a lo largo de la frontera meridional de Asia Menor. La intervención otomana en estas tierras, decidida con el fin de contrarrestar la influencia saffarí, desequilibró el precario balance de fuerzas en la frontera, e incitó al sultán de El Cairo a llevar a cabo una venganza masiva, en el mismo momento en que los otomanos se veían obligados a comprometerse con Persia en un conflicto de mayor envergadura.

Un factor que complicó la situación fue la dura contienda mantenida entre los hijos de Bayaceto II por la sucesión al trono otomano, especialmente entre Ahmed, que estaba al frente de la provincia de Amasia, en Asia Menor, y Selim, que era gobernador de la provincia de Trebisonda. En 1511 Selim cruzó el mar Negro en dirección a Kaffa, en Crimea. Ayudado por la caballería del clan tártaro de los Krim, Selim se dirigió hacia el sur por la ruta del Danubio, pidiéndole a su padre Bayaceto una provincia europea desde la que poder guerrear contra los cristianos en nombre de la fe musulmana. El sultán Bayaceto temió una revuelta promovida por elementos saffaríes en Asia Menor, y para no complicar su situación accedió a la petición.

Mientras tanto, el gran visir Alí Pasha avanzaba contra los rebeldes, con un gran contingente de jenízaros (la infantería de élite del sultán) y con los feudatarios de Asia Menor, entre los que se hallaban las tropas de Amasia, bajo el mando de Ahmed. En el mes de junio de 1511, cerca

de Kaysari, la rebelión fue aplastada, y en el curso de la batalla perdió la vida Alí Pasha. A consecuencia de ello, Amhed quedó en Asia Menor controlando un poderoso ejército. El curso de los acontecimientos alarmaron de tal manera a Selim, que decidió marchar contra el sultán, esperando afirmar sus posiciones ganándose a los jenízaros, entre los que era muy estimado. Aunque todo parecía favorecer a Selim, dada su gran reputación como soldado, los jenízaros permanecieron fieles a su señor, el sultán Bayaceto, y en Chorlú, entre Adrianópolis y Estambul, las tropas de Selim fueron derrotadas en agosto de 1511.

Tras perder la batalla, Selim se refugió en Crimea, y Ahmed decidió presentar una oferta para el trono, con la esperanza de poder cruzar el mar en dirección a Estambul, contando con sus propias fuerzas y con una importante facción de los dignatarios de la corte. Fueron los jenízaros, apoyando esta vez a Selim, quienes realizaron una violenta demostración contra los partidarios de Ahmed, aunque subrayaron su no aceptación del príncipe como sucesor del anciano Bayaceto.

Ahmed no tuvo otra salida que la rebelión con el fin de asegurar su posición, conquistando por la fuerza la mayor parte de Asia Menor. Luego el temor en Estambul de que Ahmed recurriera al sha saffarí Ismail llevó a la abdicación de Bayaceto II en 1512, y a la ascensión al trono de Selim I (1512-1520). Una rápida campaña realizada en la primavera de 1513, aseguró a Selim la posesión del trono y supuso la derrota, captura y condena a muerte de Ahmed.

Selim I

Tras haber ordenado una «operación policial» en gran escala, destinada a salvaguardar su retaguardia mientras él avanzaba hacia el este, el sultán Selim marchó sobre Persia. La victoria en Chaldirán, en 1514, no significó la conquista otomana de Persia, pero situó el límite de la expansión saffarí en Asia Menor.

Selim estaba decidido a dominar todas las regiones de Asia Menor en las que la influencia saffarí fuera poderosa, consiguiendo poner bajo su control el Albistán, en 1515, y el Kurdistán, en 1516. El equilibrio existente en la frontera entre el sultanato mameluco y el Imperio otomano quedó alterado en detrimento de los primeros. Por otra parte, el sultán mameluco Qansuh al-Ghuri (1501-1516) no había tomado medidas respecto a la situación en Chaldirán, al norte de Siria, pues suponía que los saffaríes podrían vencer a los otomanos. Sin embargo, al ver que su esperanza no se cumplía y que los otomanos penetraban en las tierras fronterizas entre Siria y Asia Menor, Qansuh al-Ghuri creyó que había llegado el momento de dar una respuesta. En 1516 los mamelucos movilizaron todas sus fuerzas y marcharon sobre el norte de Persia. Esperaban que una gran demostración de fuerza obligaría a los otomanos a restablecer los límites originales de la frontera y a renunciar a futuras agresiones en el este, atemorizados ante una alianza entre mamelucos y saffaríes.

Los mamelucos sufrieron una gran desilusión. El sultán Selim se apercibió claramente de que la guerra continuaría si los mamelucos insistían en recuperar las posiciones iniciales en los territorios fronterizos. El 4 de agosto de 1516, en la llanura de Malatya, Selim tomó una de las decisiones más dramáticas en los anales del Imperio otomano: ante la disyuntiva de profundizar todavía más en Persia, o penetrar en Siria e intentar aniquilar a los mamelucos, antes de que los saffaríes atacasen su retaguardia situada en Asia Menor, decidió dirigirse hacia el sur y afrontar la batalla contra Qansuh al-Ghuri.

El 24 de agosto de 1516 aplastó a los mamelucos en Marj Dabiq, cerca de Alepo, muriendo el propio sultán mameluco en el transcurso de la batalla. La mayor parte del equipo, provisiones y municiones de los mamelucos estaban en Alepo. La indisciplina de los soldados mamelucos en la propia ciudad fue un factor decisivo que precedió en varias semanas a la misma batalla. En el momento en que el ejército derrotado se retiraba hacia Marj Dabiq, los ciudadanos cerraron las puertas de la ciudad y los mamelucos no pudieron continuar ofreciendo resistencia en Siria. Sólo les quedaba la opción de retroceder hacia Egipto, para poder equipar un nuevo ejército con el que proseguir la lucha. Las ciudades de Siria, Alepo, Damasco y Jerusalén fueron cedidas a los otomanos.

Con el control de Siria en sus manos, el sultán Selim no tenía razón alguna para temer una alianza entre los mamelucos y los saffaríes, ya que tal entendimiento había resultado poco beneficioso. En consecuencia, dejó que el nuevo sultán mameluco, Tuman Bay (1516-1517), se hiciera cargo del gobierno de Egipto, pero como vasallo dependiente del Imperio otomano. En El Cairo, los mamelucos rechazaron esta solución, y un gran ejército mameluco cruzó el desierto del Sinaí, en Palestina, siendo derrotado en la batalla de Gaza, en diciembre de 1516. Selim, tras realizar los preparativos necesarios para cruzar las áridas tierras del Sinaí, marchó sobre Egipto, y en Raydaniyya infligió una



El sultán Bayaceto I (1354-1403). A lo largo de su mandato defendió y amplió el Imperio turco con territorios de los Balcanes y Anatolia. A su muerte, prisionero de los mongoles de Tamerlán, su hijo hubo de rendir vasallaje a este descendiente de Gengis Kan.

nueva derrota a los mamelucos, en enero de 1517. Tuman Bay y los restos de su ejército regresaron a El Cairo, ciudad que los otomanos ocuparon a finales de aquel mismo mes, tras varios días de violentas luchas en las calles. El sultán mameluco, tras una inútil resistencia, fue capturado finalmente en marzo y ejecutado en El Cairo en abril de 1517.

El sultán Selim estaba ya en la cima de su poder. Fue un príncipe con gran fama de soldado y de hombre de Estado, así como un estimable poeta que escribió en lengua persa, pero fue también famoso por su crueldad, especialmente con sus colaboradores y súbditos.

Con la muerte de Tuman Bay el sultanato mameluco desapareció, pero no así el régimen establecido en Egipto. La «colonización» que los otomanos realizaron en los territorios conquistados en las campañas de 1516 a 1517 fue un proceso a gran escala, aunque en Siria, el sistema otomano de administración de las provincias fue adaptado con grandes limitaciones. En Egipto, sin embargo, el antiguo régimen mameluco continuó durante bastante tiempo, pero no ya bajo la forma de estado independiente: un gobernador otomano gobernaba en El Cairo, y una guarnición de soldados otomanos (que incluía un gran contingente de jenízaros) permanecía estacionada en la ciudad.

El sistema de gobierno que Selim «improvisó» en Egipto y Siria entre 1517 y 1518 no produjo un equilibrio estable. En Siria, los mamelucos intentaron deshacerse del control otomano a la muerte del sultán Selim, pero la insurrección fue aniquilada sin problemas. Más grave fue la rebelión de los mamelucos en El Cairo, en 1524. Tan grave, que el nuevo sultán Solimán (1520-1566) envió a su gran visir, Ibrahim, a Egipto en 1525. Fue el propio Ibrahim quien consiguió finalmente implantar una duradera administración en la provincia.

Las campañas contra Austria y Hungría

A la muerte de Selim I el trono pasó a manos de su hijo Solimán, cuyo reinado señala el máximo esplendor del Imperio otomano. Los príncipes de la cristiandad acogieron con satisfacción la muerte del sultán Selim, y ciertamente, a todo el mundo le pareció que «un poderoso león dejaba tras él, como su sucesor, a un manso cordero», pues Solimán era joven, inexperto y de carácter reposado. Era una falsa impresión. El nuevo sultán resultó un enemigo más peligroso que su padre, y optó por enfrentarse a los cristianos.

Un largo y difícil conflicto tuvo lugar entre otomanos y húngaros a mediados del siglo XV, conflicto que finalizó en 1456, cuando el sultán Mohamed II no pudo conquistar la gran fortaleza de Belgrado. Desde esa fecha no se habían dado más confrontaciones entre ambos estados, pero en 1521 el joven Solimán marchó contra Belgrado, tomando la ciudad en una brillante campaña. Cinco años más tarde, el poderoso ejército húngaro cayó ante los otomanos en la batalla de Mohacs, en 1526, siendo esta la victoria más famosa de Solimán y una de las que marcaron el final del antiguo reino medieval de Hungría.

El trono húngaro se halló ante una nueva crisis, a causa de la alianza establecida a través del matrimonio del archiduque Fernando de Austria, hermano del emperador Carlos V, de la casa de los Habsburgo. Entre los mismos húngaros había dos facciones opuestas, una a favor de los Habsburgo, y la otra formada por el partido de los que no deseaban que un príncipe extranjero gobernase en Budapest. El archiduque Fernando, en 1527, debió enfrentarse a un rival, el vaivoda Juan Zapolya, príncipe de Transilvania. Zapolya se dirigió a los Cárpatos al mando de sus tropas, y los partidarios del archiduque de Habsburgo acudieron a Solimán en busca de ayuda. El sultán, que consideraba que Hungría era suya por derecho de conquista, situó a Zapolya en el trono, como vasallo dependiente de Estambul. De este modo, se abría un prolongado conflicto entre Habsburgos y otomanos por la posesión del reino de Hungría.

El sultán Solimán decidió lanzar una gran campaña contra el archiduque Fernando con el fin de liquidar la preponderancia de Austria en los asuntos húngaros, y marchó sobre Viena en 1529. El pésimo clima, junto a las dificultades del terreno y otras de tipo logístico, dificultaron el avance otomano. Su llegada a Viena resultó tardía, y la resistencia de los cristianos fue tan dura que el sultán tuvo que levantar el asedio y retirarse dificultosamente hacia Belgrado.

En 1532 intentó un segundo golpe y volvió a fracasar, debido a que las fuerzas otomanas estuvieron inmovilizadas tanto tiempo ante la fortaleza húngara de Güns, que la campaña supuso poco más que una razzia por las tierras fronterizas de Austria. Aunque la resistencia de los Habsburgo no había sido vencida, el sultán Solimán había conseguido parte de sus deseos. Zapolya gobernaba en Budapest como su vasallo, y además, una serie de principados subordinados (el kanato de Crimea, Moldavia, Valaquia y Hungría, y los grandes señores musulmanes de Bosnia, que defendían el extremo noroeste) cubrían la extensa frontera norte del Imperio.

Al morir Zapolya en 1540, dejó como heredero a su hijo, todavía un niño, lo que obligó a Solimán a cambiar de actitud respecto del problema húngaro. Tras la desaparición de Zapolya, Fernando de Austria realizó un nuevo intento para lograr el control de Hungría, ya que nadie tenía en cuenta la posibilidad de dejar el gobierno del reino, aunque fuese nominalmente, en manos de aquel niño o de su madre.

El sultán desencadenó en 1541 una serie de campañas que finalmente condujeron a la división del territorio húngaro en tres partes: la de los Habsburgo, que comprendía el límite norte y occidental del reino medieval; la otomana, que abarcaba los territorios situados a lo largo del Danubio, desde Esztergom a Belgrado; y Transilvania, el estado dependiente de Zapolya, cuyo hijo, Juan Segismundo, gobernaba ahora bajo la protección del sultán.

Las campañas de Solimán en la zona central del Danubio ponen de manifiesto las dificultades que padecieron los otomanos para superar los problemas climáticos, del terreno y logísticos inherentes a las operaciones militares dirigidas contra territorios muy alejados del centro del Imperio. Una situación similar se produjo cuando los persas se rebelaron de nuevo. Las campañas de Solimán en 1534-1535, 1548-1549 y 1553-1554 brindaron a los otomanos diversos éxitos: el control otomano alcanzaba las extensas regiones del este de Asia Menor, y también las áreas de Erzurum y el lago Var, además de Irak, conquistado a los saffaríes.

Sin embargo, tales campañas no sirvieron para disminuir las tensiones existentes entre los dos poderes. A lo largo de las confusas fronteras entre Armenia y Adharbayján, las autoridades otomanas y saffaríes, y también las restantes tribus turcomanas, siempre difíciles de contener, se enfrentaban en continuas disputas. Cada vez que los otomanos emprendían una campaña, los saffaríes respondían con una serie de tácticas que aquéllos eran prácticamente incapaces de superar: retrocedieron al interior de sus territorios para obligar a que sus enemigos prolongaran las líneas de comunicación; llevaron luego a cabo una retirada de «tierra quemada», que consistía en arrasar las zonas por donde pasaban; y a continuación se dedicaron a acosar a las columnas otomanas que les perseguían, confiando en que las montañas y el duro clima de las tierras del este forzarían su retirada.

La conquista de Irak, entre 1534 y 1535, era un lógico complemento a la conquista de Siria y Egipto, producida en 1516 y 1517. El dominio otomano sobre



El Imperio otomano durante el reinado de Solimán el Magnífico, a principios del siglo XVI.

la «fértil Media Luna» proporcionó al sultán de Estambul numerosas ventajas, pero también muchas obligaciones. Los territorios que incorporaba al Imperio otomano le producían abundantes recursos, no previstos de antemano. Se convertía además en servidor de las dos ciudades sagradas, La Meca y Medina, posición que implicaba un amplio prestigio en el mundo musulmán. Y por otro lado, al ser dueño y señor de Egipto, heredaba del régimen mameluco la tarea de resistir ante el creciente poderío de los portugueses en el océano Índico.

El avance portugués no solamente cuestionaba la seguridad islámica, sino que constituía también un problema de intereses económicos. El antiguo tráfico comercial, de especias y otros productos orientales, de la India y demás países de Oriente Medio con los estados cristianos de la zona norte del mar Mediterráneo, producía beneficios considerables a los gobiernos musulmanes, que exigían el pago de peaje por permitir el paso por sus tierras. Con la llegada, en 1498, de los portugueses a la India occidental y el subsiguiente incremento de su poder en las costas del océano Índico, el tráfico comercial quedó momentáneamente interrumpido. Esto produjo la disminución del flujo de especias hacia Europa a través del mar Rojo y del golfo Pérsico. No obstante, la interrupción no fue muy larga y el tráfico se reanudó lentamente hasta recuperar su importancia inicial en la segunda mitad del siglo XVI. Hasta bien entrado el siglo XVII, la ruta marítima del cabo de Buena Esperanza no predominaría sobre las antiguas líneas comerciales que utilizaban las tierras árabes.

La resistencia de los estados musulmanes fue un factor que impidió a los portugueses conseguir totalmente sus objetivos. Entre 1508-1509 una expedición de mamelucos —que triunfó momentáneamente, si bien fue pronto derrotada— se enfrentó a los portugueses en las aguas de la costa occidental de la India; y una expedición posterior actuó en Yemen en la misma época de las campañas otomanas contra Siria y Egipto, entre 1516 y 1517.

Durante los años que siguieron a la visita de Ibrahim Pasha a Egipto en 1525, el problema de la resistencia ante los portugueses cobró una importancia creciente a los ojos del sultán Solimán, que por otra parte atendía las peticiones de ayuda del estado musulmán de Gujarat, en la India. No obstante, hasta 1537 los otomanos no se decidieron a emprender la organización de una gran campaña.

La construcción de una flota en Suez fue un asunto caro y laborioso. Maderas, factorías, artillería y municiones fueron llevados a Egipto y transportados por tierra desde el Nilo hasta la bahía de Suez. En 1538 un poderoso ejército al mando de Solimán Pasha, gobernador de Egipto, partió hacia la India, donde desembarcaron numerosas tropas para poner cerco a Diu, en manos de los portugueses desde 1535. Éstos ofrecieron una gran resistencia, hasta el punto de que Solimán Pasha, que no deseaba verse envuelto en un conflicto duradero, levantó el asedio y se retiró hacia el mar Rojo. Y fue precisamente en el curso de esta retirada cuando consiguió el resultado más provechoso de toda la campaña: el control otomano sobre Adén, que en el futuro significó la defensa más efectiva del mar Rojo.

Numerosas guerras intermitentes continuaron sucediéndose a lo largo de toda la mitad del siglo XVI en el océano Índico. Los contactos entre Portugal y la cristiana Abisinia indujeron a los otomanos a crear una administración militar en Massaua y Suakin, en 1557. Por otra parte, también hubo conflicto en el golfo Pérsico, ya que los otomanos habían conquistado la mayor parte de Irak entre 1534 y 1535, aunque hasta 1546 no consiguieron apoderarse de Basora.

Un conflicto mucho más complejo tuvo lugar en el mar Mediterráneo. El Imperio otomano y Venecia se habían enfrentado entre 1463 y 1479, y entre 1499 y 1503. El principal objetivo otomano era la liquidación de los territorios que Venecia poseía en tierras de Grecia y en las aguas del Mediterráneo oriental.

También existían tensiones en la mitad occidental del Mediterráneo; los españoles, tras haber disuelto en Granada, en 1492, el último estado musulmán, extendían su reconquista hacia el norte de África, conquistando Orán en 1509.

El nacimiento de los estados musulmanes piratas

En la misma época, una serie de acontecimientos configuraron la aparición, en 1529, de Argelia, como un nuevo estado musulmán dependiente del sultán otomano, y a corto plazo como uno de los primeros estados piratas del norte de África. Ello dio lugar a una larga guerra entre España y Argelia por el control del Mediterráneo occidental.

La lucha entre cristianos y musulmanes se hizo aún más cruenta en 1530. España, gobernada por el emperador Carlos I, de la familia Habsburgo, intentaba asegurar sus intereses en la zona central del Mediterráneo, y consiguió dominar Nápoles y Sicilia, situadas en el flanco norte de la zona adyacente a Malta.

En 1528, Génova, que poseía una importante flota, entró en la zona de influencia española. Asimismo, en 1528, los Caballeros de San Juan, que habían sido arrojados de su fortaleza en la isla de Rodas por los otomanos, en 1522, establecieron una guarnición en Trípoli, en el norte de África. Posteriormente Carlos I, en 1530, ordenó el traslado de los Caballeros a la isla de Malta, para que la utilizaran como base de operaciones. Poco después, en 1535, el emperador dirigió una triunfal campaña que condujo a las milicias españolas hasta La Goletta, cerca de Túnez, pero finalmente fracasó el asalto contra Argelia, en 1541.

Fue en esa época —entre 1529 y 1532— cuando los otomanos realizaron un importante esfuerzo para alejar a Austria de los asuntos de Hungría. El emperador Habsburgo utilizó todas las fuerzas navales a su disposición para emprender una operación disuasoria que mitigase la presión a que estaban sometidas sus tropas en el Danubio: en 1532, una flota bajo el mando del almirante genovés Andrea Doria tomó Coron, en el sur de Grecia, dejando en la ciudad un destacamento que mantuvo la fortaleza hasta que los otomanos la reconquistaron en 1533.

La creciente tensión en el mar Mediterráneo indujo al sultán a llamar al famoso pirata argelino conocido por los cristianos como «Barbarroja». Los otomanos poseían los recursos necesarios para la construcción y mantenimiento de una gran flota, y la población litoral era suficiente para proveer la tripulación de los barcos. Lo único que faltaba era un «alto mando» eficiente. Finalmente, el sultán decidió entregar el mando al célebre pirata.

En 1537 estalló una nueva guerra entre Venecia y los otomanos. Fue una lucha por los territorios fronterizos que los venecianos dominaban en las costas de Grecia, Albania y Dalmacia. Un motivo de futuras tensiones sería el hecho de que los piratas cristianos utilizasen a menudo los puertos venecianos (el de Creta, por ejemplo) en el transcurso de sus campañas contra los musulmanes.

Barbarroja, tras reorganizar y ampliar las fuerzas navales bajo su mando, condujo a la flota otomana con gran éxito durante los años 1537 a 1540. Cerca de Prebedsa, en 1538, los otomanos derrotaron a una armada conjunta de Venecia y España, lo que les permitió mantener la iniciativa hasta la batalla de Lepanto, en 1571. Durante los primeros años del conflicto hubo un acuerdo entre Venecia y España con los Caballeros de San Juan de Malta y el Papado, que les prestó su apoyo adicional. Sin embargo, la cooperación efectiva entre Venecia, encargada de la defensa de los territorios del levante, y España, que intentaba resolver el problema de los piratas del norte de África y del Mediterráneo occidental, fue difícil de conseguir. Venecia consideraba que la guerra era excesivamente costosa, y en consecuencia optó por la paz con los otomanos en 1540, entregando al sultán sus últimas posesiones en el sur de Grecia.

Barbarroja murió en 1546, pero dejó tras de sí a un elenco de marinos capaces de proseguir la ofensiva naval de los otomanos. Entre ellos, uno de los más famosos fue Turgud Re'is, que en 1551 estableció en Trípoli el segundo de los estados musulmanes piratas del norte de África. El intento español para anular el triunfo otomano acabó en el desastre de Yerba, en 1560. En el bando contrario, los otomanos fracasaron en el gran asedio de 1565 para conquistar Malta.

A continuación hubo otra guerra otomana contra Venecia, entre 1570 y 1573, y una nueva alianza entre Venecia, España, el Papado y los Caballeros de San Juan. El principal objetivo de los otomanos era la isla de Chipre, que finalmente conquistaron entre 1570 y 1571. Pero poco después, en el mismo año 1571, los cristianos derrotaron a sus enemigos en Lepanto. Una victoria tan extraordinaria como pobre en resultados positivos. La divergencia de intereses entre España y Venecia impidió un final adecuado a tan brillante victoria. Mientras, los otomanos organizaban y equipaban una nueva flota dispuesta a luchar en la campaña de 1572.

Venecia, cansada de combatir negoció la paz con el sultán en 1573, cediendo Chipre a cambio de renovar sus privilegios comerciales con el Imperio otomano. España, en cambio, continuó la lucha. Juan de Austria, vencedor de Lepanto, comandó con éxito una expedición contra Túnez en 1573, pero su triunfo fue breve, pues los otomanos pusieron cerco a la ciudad en 1574, hecho que señaló la aparición del tercer estado pirata musulmán en el norte de África.

En 1574 se cerró un dilema histórico iniciado en España con la toma de Gra-

nada en 1492: ¿el norte de África debía ser cristiano, o permanecer bajo el dominio musulmán? El resultado fue favorable al Islam.

Durante los últimos años de su reinado, el sultán Solimán tuvo que afrontar una amarga contienda entre sus hijos por la sucesión al trono. Mustafá, el mayor de ellos, fue el promotor de los conflictos de carácter económico y agrario que se desarrollaron en Asia Menor. El peligro que representó llegó a ser tan importante, que su padre ordenó su ejecución en el año 1553.

Poco después, Selim y Bayaceto, hijos de Khurrem, la esposa preferida del sultán, rivalizaron por la sucesión. La muerte de la madre desató la guerra civil en 1558. Bayaceto, derrotado en la batalla de Konya, en 1559, huyó a Persia en busca de refugio, y en 1561 el sha lo entregó a los otomanos a cambio de una importante recompensa económica. Bayaceto fue finalmente ejecutado, y Selim, el último hijo superviviente de Solimán, heredó el trono.

La edad dorada del Imperio otomano

Los reinados de Solimán (1520-1566) y de Selim II (1566-1574) constituyeron la «época dorada» del Imperio otomano. En esta época, el sistema de gobierno otomano tuvo una etapa «clásica». La corte del sultán incluía un aparato doméstico y ceremonial muy superior al de una corte imperial occidental, pues centralizaba de modo absoluto el gobierno del Imperio, es decir, incluía los grandes ministerios del Estado y del enorme ejército, integrado por el famoso batallón de jenízaros (infantería equipada con armas de fuego), los seis regimientos de caballería de palacio y los diversos cuerpos auxiliares, tales como artilleros e ingenieros militares.

La mayoría del personal que integraba los servicios eran esclavos, prisioneros capturados en las campañas realizadas contra los cristianos. Otros eran jóvenes, obtenidos mediante un tributo que los pueblos que estaban sometidos al Imperio pagaban con niños.

Una gran parte de los jóvenes reclutados aprendían durante años ejercicios físicos y manuales en las provincias imperiales. Después regresaban a Estambul y eran obligados a entrar en el ejército del gobierno central (los jenízaros), donde les esperaba un arduo entrenamiento militar. Un pequeño grupo, seleccionado por sus buenas aptitudes, recibía en las escuelas del palacio imperial una amplia y elaborada educación sobre lenguaje, literatura, gimnasia, administración y técnica militar. Los mejores eran enviados para dirigir asuntos de Estado en las provincias, e incluso un miembro de esta élite podía aspirar al máximo cargo burocrático del Imperio: el de gran visir.

El sultán Solimán ocupa un puesto clave en la historia otomana. Su fama arranca de sus triunfos militares, aunque también se distinguió por la atención que dedicó a la reconstrucción de fortalezas fronterizas (la de Buda y la de Temesvar, por ejemplo) y a la construcción de mezquitas, acueductos, puentes y otras obras públicas (como en Damasco y Kaffa). Con igual entusiasmo impulsó el embellecimiento de la capital del Imperio, Estambul.

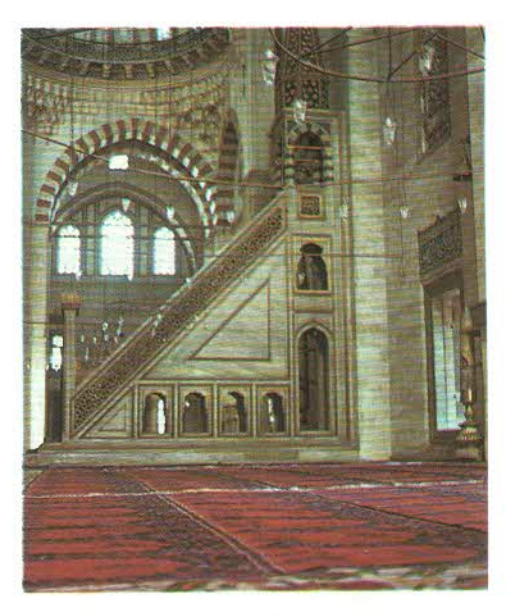
De entre todos los tributos recibidos por el gobierno otomano en su fase de esplendor, ninguno tan destacable como el que nos testimonió Ogier Ghiselin de Busbecq, embajador del emperador Fernando I de Habsburgo (1556-1564). Busbecq subraya, en un interesante escrito, la profunda impresión que le causó la corte de Estambul:

«No hay allí absolutamente nadie que no deba su posición a su valor y mérito personal. Por otra parte, el origen de los persas carece de importancia: su valor se mide por el puesto que ocupan en la administración pública... Los hombres ascienden por sus méritos; es un sistema que asegura que los cargos son siempre asignados a los más competentes. Cada turco es consciente de su origen y de su puesto en la vida. Aquellos que reciben del sultán los más altos cargos son en su mayoría hijos de pastores o de campesinos, y lejos de sentirse avergonzados por ello, lo pregonan y se vanaglorian de que no deben nada a un posible nacimiento afortunado, pues no creen que las grandes cualidades sean naturales o hereditarias, sino que son, en parte dones divinos, y en parte el resultado de un buen aprendizaje y de un incansable celo...»

Solimán fue un monarca prudente y justo, pero cruel sin medida con quienes amenazaran o pusieran en peligro su Imperio o su persona.

Un poeta de Zara, Brne Krnarutic, que luchó contra los otomanos en la campaña de Croacia, en 1566 (en esta campaña murió el sultán ante los muros de Szigetvar, una fortaleza cristiana), señaló que Solimán carecía de maldad, y que los turcos no volverían a tener nunca un dirigente tan grande.

Tanto musulmanes como cristianos rindieron tributo a su grandeza. Sus súbditos le llamaron Qanuni, «el que legisla». Para los cristianos fue, por encima de todo, un gran rey, «el Magnífico».



Interior de la mezquita de Solimán en Estambul (antes Constantinopla), construida por Solimán el Magnífico. Al fondo, a la izquierda, el minbar *o púlpito escalonado.*

Las cruzadas y la expansión del cristianismo occidental

La cristiandad era esencialmente un concepto ideológico basado en la realidad de una comunidad que reconocía en el papa a su superior y al sucesor directo de san Pedro. La cristiandad se configuró a partir del fin del Imperio romano en el siglo V, y el papa se convirtió en el heredero del patrimonio de Roma. Su misión era recuperar las tierras arrebatadas por las tribus germanas. Su arma no era la espada, sino la Biblia.

La formación de la cristiandad se basó esencialmente en la extensión de la autoridad papal entre los pueblos germanos, pero su civilización característica fue el resultado de la fusión de las culturas germana y romana. La contribución germana fue obviamente mayor en el norte de Europa, donde la civilización romana sólo influyó superficialmente. Los germanos impusieron allí su propia lengua, sus costumbres y sus leyes. En cambio, en la Europa mediterránea el legado de Roma revistió una gran importancia. El contraste entre el norte y el sur de Europa es, pues, una de las características más destacables del mundo medieval.

El desarrollo de la cristiandad se vio interrumpido por las invasiones húngaras, vikingas y musulmanas de los siglos IX y X, pero estos últimos fueron rechazados, y los vikingos y húngaros convertidos finalmente al cristianismo. La consolidación cristiana significó un período de gran desarrollo en todos los terrenos, desde la agricultura al mundo del saber. En su seno surgió el sistema feudal, síntesis de los legados romano y germano. El Papado ejerció su autoridad en toda la cristiandad, y en el siglo XII era el motor de la vida cristiana, consiguiendo una unidad indiscutible.

La fuerza que determinó la primera expansión de la cristiandad fue su potencia ideológica. Sin embargo, esta fuerza se debilitó hacia el final de la Edad Media, y sólo permanecieron en la órbita de la cristiandad aquellas tierras en las que los lazos políticos y económicos tenían la consistencia suficiente.

La expansión cristiana tuvo lugar en dos frentes principales: en el norte, en la Europa central y oriental, y en el sur, en España y en el Mediterráneo oriental, dirigiéndose principalmente contra los musulmanes y los bizantinos. La actitud frente al Islam era tajante: era el enemigo de la cristiandad, y resultaba esencial rescatar los Santos Lugares que estaban en su poder, aunque esto no impidió que en las tierras conquistadas por el Islam los musulmanes y los cristianos convivieran en perfecta armonía. En España y en Sicilia predominaba la tolerancia, y la civilización musulmana fue finalmente absorbida por los cristianos.

Más compleja fue la actitud de Occidente hacia el Imperio bizantino, descendiente directo del Imperio romano y miembro del mundo cristiano. Sus emperadores reivindicaban el derecho de representar a la cristiandad, derecho que los papas reclamaban como patrimonio suyo. La lucha entre Bizancio y Roma fue muy dura porque en esencia se dilucidaba el liderazgo de la cristiandad.

En el siglo XI el equilibrio entre Europa occidental y el Imperio bizantino cambió de modo radical. En 1071 los bizantinos perdieron Bari, su último baluarte en el sur de Italia, ocupada por los normandos. El resultado inmediato fue la recuperación de la jurisdicción eclesiástica por parte del Papado, sobre el sur de Italia, cuestión que había suscitado violentas disputas con el patriarca bizantino. La lucha alcanzó tal nivel, que en 1054 el papa declaró «cismático» al patriarca bizantino.

En 1071 los bizantinos habían perdido virtualmente Asia Menor, tras su derrota en Manzikert frente a los turcos selyúcidas. El emperador bizantino Alejo I Comneno (1081-1118) pidió entonces ayuda a Occidente, y el papa Urbano II se la brindó, organizando en 1095 una cruzada para rescatar la cristiandad oriental de la amenaza turca. Las razones de tal decisión era múltiples, pero prevaleció la oportunidad de afirmar la supremacía papal asumiendo el protectorado de los Santos Lugares, papel que el emperador bizantino no estaba en posición de desempeñar por más tiempo.

Los cruzados

En Clermont, Francia, en 1095, se celebró un gran concilio al que asistieron más de 200 obispos y numerosos nobles. Urbano, que era francés, dirigió a los reunidos un elocuente discurso: «Jerusalén —dijo— está dominada hoy por los enemigos de Cristo. Anhela ser liberada y no cesa de implorarnos que acudamos en su ayuda. Dios ha concedido a los franceses, por encima de las demás naciones, una gran eficacia militar. Por ello debéis emprender inmediatamente la acción como remisión de vuestros pecados, con el convencimiento de que os será recompensado con la gloria eterna en el reino de los cielos».

Los presentes se sintieron tan profundamente conmovidos que, cuando el papa terminó, gritaron todos: «¡Dios lo quiere!». Urbano distribuyó unas cruces de paño rojo a los cientos de caballeros, para que se las pusieran en la espalda o sobre el yelmo, y por ello se les conoció como «cruzados». Durante los meses siguientes, Urbano viajó por toda Francia repitiendo su llamamiento y organizando la expedición.

El mensaje papal fue propagado por los peregrinos. Uno de sus más vehementes pregoneros fue el monje francés Pedro el Eremita, quien había podido contemplar por sí mismo los sufrimientos de los cristianos en Jerusalén. Fue por pueblos y ciudades montado en un asno y portando un enorme crucifijo, sollozando y gimiento mientras apremiaba a las gentes con ardientes invocaciones para que fueran a liberar la ciudad de manos de los infieles. Él y otros muchos predicadores contribuyeron al masivo enrolamiento de cruzados, y difundieron también la idea de la inminencia del Juicio Final en el siglo XI.

Grupos de hombres y mujeres fanáticos, sin armas ni disciplina, partieron desde Francia y Alemania hacia Tierra Santa. En Alemania, núcleos pacíficos de judíos fueron masacrados por aquellas turbas, que a su vez serían posteriormente diezmadas por los soldados magiares a su paso por Hungría. Algunos grupos de franceses y alemanes llegaron a Constantinopla en 1096, y el emperador bizantino les señaló la conveniencia de esperar a los ejércitos de la Cruzada. Pero, espoleados por la impaciencia, decidieron pasar a la zona asiática del Bósforo, cercando tumultuosamente la ciudad de Nicea, donde fueron aniquilados por los arqueros turcos situados en las murallas que defendían la ciudad. Pedro el Eremita, que fue a Constantinopla para buscar el apoyo del emperador, sobrevivió veinte años al desastre de la «cruzada popular».

La Primera Cruzada

Al mismo tiempo, se tomaban ya las medidas pertinentes para la organización de la Primera Cruzada. Al no contar con

ningún soberano europeo que la dirigiera, se hicieron cargo del mando los príncipes y los nobles. A unos les movía la devoción religiosa; a otros, el deseo de viajar y la sed de aventura; y a la mayoría, probablemente la esperanza de acumular botín y poder.

Los jefes y soldados de la Primera Cruzada eran franceses en su mayor parte; y cada capitán comandaba su propio ejército. Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, reunió un ejército de alemanes, flamencos y franceses, provenientes de las regiones del Mosa y del Rhin. El conde Hugo de Vermandois, hermano del rey de Francia, el conde Esteban de Blois, y el duque Roberto de Normandía, formaron en el norte de Francia otro ejército con voluntarios de Inglaterra y Escandinavia, mientras que el conde Raimundo de Toulouse reclutó sus fuerzas en el sur de Francia. Otro grupo de normandos provenientes del sur de Italia fue conducido por Bohemundo de Otranto, hijo de Roberto Guiscardo.

Se tomó el acuerdo de que todas las fuerzas militares se encontrarían en las cercanías de Constantinopla en 1096, y desde allí se iniciarían las operaciones contra los turcos. Emprendieron el camino por tres rutas distintas: las fuerzas de Godofredo de Bouillon se dirigieron por el Danubio, atravesando Hungría y Servia; los condes Raimundo y Hugo cruzaron los Alpes, marchando por el norte de Italia y Dalmacia; y los normandos de Bohemundo cruzaron el mar Adriático.

Los ejércitos, mal organizados y dispersos, no llegaron a Constantinopla hasta después de la primavera de 1097. Su llegada, precedida por historias acerca de ciudades y pueblos saqueados y destruidos, alarmó al emperador bizantino Alejo Comneno. Él esperaba la llegada de tropas mercenarias, y no le agradó la presencia de ejércitos regulares. Temía especialmente a los normandos del sur de Italia. Eran tropas muy eficientes, y además Bohemundo era un viejo enemigo del Imperio bizantino.

Por otra parte, Alejo Comneno deseaba reconquistar para sí las provincias que había perdido en tanto que los jefes cruzados planeaban reconquistar Siria y Palestina con el fin de repartirse los territorios. Por esta razón, Alejo Comneno insistió en que antes de ayudarles a cruzar el Bósforo debían prestarle juramento de obediencia. Accedieron de mala gana los cruzados, y acordaron además que el emperador les suministraría las provisiones necesarias a cambio de la devolución de las provincias que había perdido.

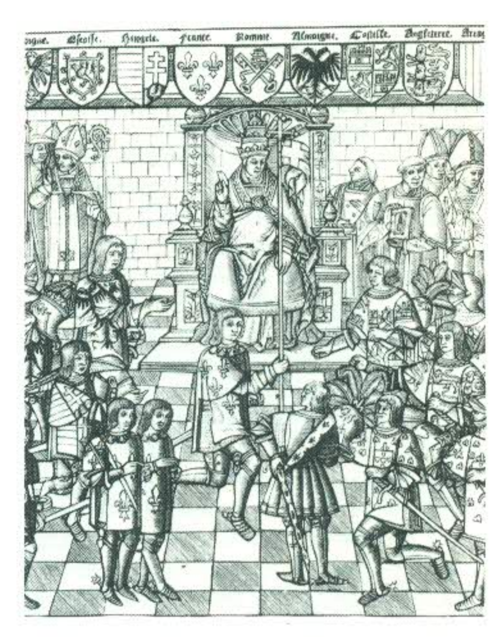
Tras la reconquista de Nicea, que fue entregada a Alejo, los cruzados avanzaron por Asia Menor. Al frente marchaban los caballeros, con sus cotas de malla, y la armadura blanca en la que lucía la cruz roja, y detrás de ellos iban los arqueros a pie, cargados con sus arcos y ballestas. La marcha era acompañada por una abigarrada multitud. En su recorrido por Europa, muchos caballeros se les habían unido como si fuesen a un torneo, con sus halcones en el brazo, sus perros, y sus tableros de ajedrez para entretener las horas de tedio, pero sin pensar en llevar consigo suficientes provisiones. No obstante, vencieron a los turcos en Dorilea y llegaron a Antioquía en 1097.

La ciudad estaba fuertemente amurallada y los cruzados eran insuficientes en número para intentar su bloqueo, además acusaban la falta de provisiones y los rigores invernales. Afortunadamente para ellos, los príncipes turcos locales estaban en plena discordia y se retrasaron decisivamente en la formación de un ejército de refuerzo. Tras ocho meses de asedio, los cruzados entraron en la ciudad después de sufrir enormes bajas, pero quedaron cercados, mientras la disentería y la escasez de provisiones minaban sus fuerzas.

En tan desesperadas circunstancias un monje provenzal, después de tener una visión, descubrió bajo el suelo de una antigua iglesia la «Santa Lanza de Antioquía», es decir, la empuñadura de la lanza con la cual fue atravesado Jesús durante la Pasión. Espoleados por las noticias los cruzados, dirigidos por Bohemundo, ganaron la batalla decisiva. Algunos oficiales cruzados dijeron luego que habían sido ayudados por san Jorge y otros santos luchando en sus blancos caballos, mitos que Bohemundo interpretó como una calumnia contra su estrategia. Colérico, obligó al monje descubridor de la «Santa Lanza» a someterse a la prueba de caminar sobre el fuego, lo que le produjo la muerte. Al mismo tiempo, sus relaciones con el emperador se agravaron, al negarse el cruzado a entregarle Antioquía.

Los cruzados permanecieron en Antioquía durante siete meses, extenuados por el hambre, la enfermedades y las discordias internas. Hasta 1099 no reanudaron sus avances hacia el sur, dirigiéndose entonces hacia las costas de Antioquía.

Sin embargo, esta demora les favoreció. La reanudación de su incursión coincidió con la enemistad de las dos potencias musulmanas más importantes del nordeste; los turcos selyúcidas avanzaban hacia el oeste para enfrentarse a los califas fatimíes de Egipto. Palestina, situada en medio, se convirtió en el inevitable campo de batalla. En 1099 los fatimíes arrebataron Jerusalén al poder turco, pero no pudieron ampliar sus dominio fuera de la ciudad. Mientras, los pequeños emiratos árabes de la zona no podían detener el



Concilio de Clermont (1095), en el que el papa Urbano II predicó la Primera Cruzada a Tierra Santa.

avance de los cruzados. Una tras otra, las ciudades les abrían sus puertas: Trípoli, Beirut, Tiro y Acre; y el 7 de junio, los cruzados llegaron a Jerusalén.

«Cuando oyeron el nombre de Jerusalén —escribió un cronista— no pudieron contener las lágrimas. Dieron gracias a Dios por haberles permitido conseguir el gran objetivo de su peregrinación, la Ciudad Santa donde nuestro Salvador redimió al mundo... Avanzaron hasta poder contemplar los muros y las torres de la ciudad, y alzaron sus manos al cielo en acción de gracias, besando humildemente el suelo.»

Sin embargo, cuando pasó el momento de las emociones, los cruzados se apercibieron de que las fortificaciones de la ciudad eran difíciles de superar. El asedio duró cuarenta días. Hacía mucho calor y disponían de poca agua, y además carecían de los ingenios adecuados para sostener el asedio. La llegada de una flota genovesa a Jaffa les proporcionó alimentos y material de guerra. Entonces, construyeron dos torres móviles de madera que facilitaron el acceso a un sector de las murallas.

El día de la victoria era viernes, y a las tres de la tarde Godofredo de Bouillon entraba con sus tropas a través de las murallas de Jerusalén. «La ciudad presentaba tal espectáculo de muerte y destrucción, que impresionó a los propios cruzados», declaró el arzobispo de Tiro. En venganza, los cruzados masacraron durante tres días a los habitantes de la ciudad, y recogieron un inmenso botín. Hombres, mujeres y niños musulmanes fueron asesinados; los judíos, quemados en la sinagoga, y la gran mezquita, desvalijada.

El objetivo espiritual de la cruzada se cumplió al anochecer, cuando los vencedores, con los pies descalzos, visitaron los Santos Lugares, «tendiéndose en el suelo boca abajo y con los brazos en cruz. Todos creyeron ver aún ante sí el cuerpo de Jesucristo en la cruz; les parecía que estaban a las puertas del cielo».

Ocho días después de la toma de la ciudad (noticia que el papa Urbano no pudo ya recibir), los jefes de la cruzada procedieron a elegir un gobernador para Palestina. Bohemundo deseaba quedarse en Antioquía, mientas que el conde de Flandes y el duque de Normandía planeaban regresar a Europa. Raimundo de Toulouse rechazó el nombramiento al considerar que el elegido debía ser un clérigo.

Finalmente fue elegido Godofredo de Bouillon, quien no quiso aceptar un título real en la ciudad donde el Salvador había sido coronado con espinas. Únicamente aceptó el título de «defensor del Santo Sepulcro», pero cuando murió al año siguiente, su hermano Balduino I fue elegido en su lugar y no dudó en utilizar entonces el título de «rey de Jerusalén».

A partir de sus conquistas, los cruzados fundaron también el principado de Antioquía y los condados de Edesa y Trípoli, regidos por señores franceses. Tales estados se estructuraron siguiendo el modelo feudal, y Palestina se convirtió en un país casi europeo, con sus iglesias, monasterios y castillos. Por tanto, los señores feudales tenían que pagar los acostumbrados tributos y rendir obediencia a sus superiores. Los nobles controlaban los tribunales feudales, y los obispos fueron colmados de riquezas y privilegios.

Con todo, la seguridad de los estados cruzados de Palestina era muy precaria. La mayoría de los habitantes de las ciudades y del campo eran musulmanes, y no se realizaron grandes esfuerzos para convertirlos al cristianismo. Los propios cruzados estaban desunidos: príncipes y nobles, obispos y clero, caballeros y mercaderes, sólo pensaban en sus propios intereses. Por otra parte, no disponían de suficientes caballeros para defenderse, o para combatir en una guerra abierta. Los soldados preparados eran los miembros de las dos órdenes militares, compuestas por hombres que hacían voto monástico, pero dedicaban su vida a las armas y se hacían responsables de la defensa del territorio cristiano.

La más antigua de las dos órdenes era la del Hospital de San Juan de Jerusalén, creada en un hospital fundado en 1070 con el objeto de cuidar de los peregrinos enfermos en Jerusalén. Cincuenta años más tarde se convirtió en una organización militar. Sus miembros, los Caballeros Hospitalarios, llevaban una cruz blanca sobre fondo negro.

La orden del Templo de Salomón fue fundada en 1118 por Hugo de Payns —un caballero francés de la Champaña— para proteger a los peregrinos en su camino hacia Jerusalén. Sus miembros, conocidos como los Caballeros Templarios, llevaban una cruz roja sobre fondo blanco, y pronto se enzarzaron en luchas contra los musulmanes.

La escasez de sus miembros obligó a las órdenes militares a defender la Tierra Santa mediante la edificación de grandes fortalezas de piedra en los enclaves más importantes. Así, se desarrolló la construcción de un tipo de castillo de gran resistencia, el *krak*. El más imponente fue el krak de los Caballeros, construido por los Hospitalarios en el siglo XII para vigilar el único paso existente desde los territorios cristianos hacia Trípoli y la costa. Su estratégica posición, sus fuertes murallas y sus grandes almacenes contribuyeron a que soportara con éxito más de una docena de asedios. Durante siglo y medio fue, según palabras de un cronista musulmán, «un hueso atravesado en la garganta de los sarracenos».

La Segunda Cruzada

En 1144, el emir Zenkis, un musulmán proveniente de Mosul, dispuesto a aglutinar las dispersas fuerzas musulmanas de las zonas costeras, conquistó la ciudad de Edesa, que era entonces el puesto de avanzada en el norte de los territorios cristianos. Aunque esto suponía un peligro para el flanco septentrional de Tierra Santa, sus habitantes no se alarmaron. Se habían acostumbrado a convivir con los musulmanes e incluso habían pactado con los gobernantes nativos, y no juzgaron conveniente reanudar las hostilidades.

Sin embargo, en Europa las noticias de la caída de Edesa produjeron una alarma inmediata, especialmente entre los dirigentes de la Iglesia. El Islam parecía dispuesto a expulsar a los cristianos de Tierra Santa. El papa Eugenio II confió, en 1148, la predicación de una nueva cruzada al más destacado clérigo de la Iglesia de la época, san Bernardo de Claraval. El predicador había fundado en Clairvaux un nuevo monasterio cisterciense, famoso por su piedad y austeridad, y aunque era consultor de papas y reyes, nunca hasta entonces quiso aceptar otro cargo que el de abad de la casa que había fundado. Finalmente, aceptó la designación papal, y su divisa fue: «El Universo tiembla y se estremece, pues el Rey de los Cielos ha sido expulsado de la tierra por la que caminó. Un espantoso Juicio Final espera a quienes fracasen en la conquista de la Cruz, pero si por Cristo mueren en la batalla, serán recompensados con la eterna bienaventuranza».

El mensaje causó efecto, y gran número de feligreses se unieron a las filas de los nuevos ejércitos de cruzados. Pero, junto con ellos, también acudieron ladrones, asesinos, perjuros y aventureros, gentes que perseguían sus propios intereses bajo la cobertura de una finalidad religiosa. San Bernardo les acogió con cautela, pero finalmente creyó en su conversión.

La elocuencia de san Bernardo consiguió esta vez asegurar un liderazgo real. En efecto, el entusiasmo prendió en el emperador alemán Conrado III y en el rey Luis VII de Francia, a pesar de lo cual la cruzada resultó un completo fracaso. Muchos de los cruzados no llegaron nunca a Tierra Santa. Los dos monarcas se enemistaron con los bizantinos y tuvieron que abandonar el asedio de Damasco. Con-

rado regresó a Alemania en 1148 y Luis volvió a Francia al año siguiente. San Bernardo dijo que el fracaso «constituye un abismo tan profundo, que debo bendecir a quien no se escandalice por ello».

La caída de Jerusalén

En los treinta años que siguieron al fracaso de la Segunda Cruzada, Tierra Santa sufrió una total y amenazadora transformación. Por primera vez, los musulmanes se unieron en un gran ejército contra sus invasores.

Este hecho se debió a Saladino, un oficial kurdo que llegó a ser sultán de Egipto y Siria, hombre de gran carácter y de inmenso valor. Tras haber reconquistado Mesopotamia y recibir el homenaje de los príncipes selyúcidas de Asia Menor, dedicó el resto de su vida a proseguir el Yihad, o guerra santa contra los cristianos, cuyos territorios fueron rodeados por sus propios dominios. Fue un valiente luchador y un astuto hombre de Estado, además de un generoso guerrero que se ganó incluso la admiración de sus oponentes cristianos. Saladino rechazó siempre la idea, generalmente aceptada en la época, de que el genocidio del enemigo era una parte inevitable de la guerra. «Absteneos de derramar sangre –decía a sus capitanes–, pues la sangre derramada nunca se olvida.»

En Palestina, los cruzados estaban demasiado desunidos como para poder ofrecer una resistencia seria a Saladino. En 1187, éste infligió un severo castigo a un ejército de caballeros, Templarios en su mayoría, en la región del lago Tiberíades. Este hecho significó el principio del fin para el reino de Jerusalén, prácticamente desasistido por sus defensores. Saladino continuó su campaña sin una sola derrota. Una tras otra, las fortalezas de los cruzados en Acre, Jaffa, Beirut y Ascalón cayeron en su poder.

En septiembre, el ejército de Saladino llegó ante las murallas de Jerusalén. La ciudad estaba llena de refugiados cristianos, pero muy pocos eran soldados. En quince días los musulmanes derribaron gran parte de las murallas, y la ciudad se rindió. Saladino permitió escapar a los defensores, garantizándoles la vuelta a los territorios cristianos más próximos. La



Arriba, rutas de algunas cruzadas, y reinos establecidos después de la primera (1096-1099).

Abajo, peregrinos cristianos visitando la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén.

Santa Cruz fue sacada de la Iglesia del Santo Sepulcro y arrastrada durante dos días por las calles de la ciudad. Las campanas de las iglesias fueron fundidas, y los suelos y paredes de la mezquita de Omar purificados con agua de rosas. Saladino continuó sus conquistas, hasta que sólo Tiro permaneció en manos cristianas.

La Tercera Cruzada

Las noticias sobre la caída de Jerusalén causaron gran consternación en Europa y despertaron grandes deseos de recuperar los Santos Lugares. Urbano III murió poco después, y su fallecimiento fue atribuido a las victorias musulmanas. Su sucesor, Gregorio VII, emitió una bula proclamando una nueva cruzada en Oriente.

El viejo emperador Federico Barbarroja celebró en Maguncia un consejo para discutir sobre dicha cruzada. Sus nobles y obispos acordaron unánimemente prestar su apoyo, tras haber escuchado al arzobispo de Tiro. Éste tuvo también un encuentro en Normandía con Felipe Augusto, rey de Francia, y con Enrique II, rey de Inglaterra, defendiendo la causa de la cruzada ante ellos. Felipe y Enrique, emocionados, decidieron partir juntos hacia Tierra Santa. Enrique murió en 1189, siendo sucedido por su hijo Ricardo, gran amante de la guerra, quien pronto se sintió atraído por la causa de la cruzada.

Federico Barbarroja fue el primero en partir. Salió de Alemania al mando de un poderoso ejército, y emprendió el camino por tierra. Sus soldados, que sufrieron hambre y sed durante la marcha, fueron repetidamente atacados por los turcos. El propio emperador murió en 1190, víctima de un ataque cardíaco mientras se bañaba en las frías aguas de un arroyo de las montañas. Su ejército, muy mermado, llegó finalmente a Antioquía, ciudad que conquistó, debido en gran parte a que Saladino había alejado a la mayoría de sus tropas de aquella zona.

Mientras tanto, los cristianos de Tierra Santa, lanzados a la ofensiva, sitiaron el puerto de Acre, base necesaria para iniciar la reconquista de Jerusalén. Inmediatamente fueron rodeados por Saladino, y durante dieciocho meses de cerco padecieron hambre y grandes penalidades. Por aquel entonces, Felipe y Ricardo habían partido separadamente por mar. Felipe llegó primero a Acre, donde cayó enfermo. Ricardo conquistó Chipre en 1191, y en el mismo año él y Felipe tomaron finalmente Acre.

De este modo el camino a Jerusalén quedaba abierto, pero la discordia surgió de nuevo entre los cruzados. El duque de Austria, debido a la insistencia de Ricardo en colocar su propia bandera por encima de la del duque en las murallas de Acre, regresó a su país. Felipe y Ricardo continuaron sus viejas disputas en Acre. Como Ricardo, duque de Normandía y Aquitania, era vasallo del rey de Francia, Felipe consideró que aquel debía aceptar su liderazgo, pero Ricardo le ignoró, y finalmente Felipe abandonó la cruzada y regresó a Francia, para invadir posteriormente los territorios de Ricardo.

Sin embargo, la marcha de Felipe no debilitó la decisión de Ricardo, dispuesto a continuar la cruzada. Guió a su propio ejército hacia el sur en dirección a Jerusalén, avanzando a través de tierras abrasadas por el sol. Su valor en el campo de batalla le permitió vencer a Saladino en Arnif, lo que le valió el apodo de «Corazón de León». Conquistó luego Jaffa, fortificó Ascalón y se retiró a 15 kilómetros de Jerusalén, replegándose hacia la costa, pues no contaba con suficientes hombres para sitiar la ciudad.

Ricardo llegó a compenetrarse muy bien con Saladino. Ambos se admiraban mutuamente, y un cronista de la época afirmó: «Si cada uno de ellos poseyera las facultades del otro, no habría lugar en el mundo para dos príncipes de tal personalidad». Los dos hombres intercambiaron regalos, y cuando el caballo de Ricardo cayó en la batalla, Saladino le envió uno nuevo. También se reunieron, e incluso estudiaron la posibilidad de dividirse los Santo Lugares.

Sin embargo, las negociaciones no dieron resultado. Ricardo avanzó de nuevo sobre Jerusalén, esta vez con una patrulla que consiguió alcanzar los muros de la ciudad, pero una vez más tuvo que retirarse, y finalmente abandonó la cruzada. Las noticias que llegaban de Europa exigían su retorno.

Antes de su partida, en 1192, Ricardo estableció una tregua de tres años con Saladino, según la cual los cruzados conservaban la costa desde Ascalón a Acre y el derecho de acceder a Jerusalén. Pequeños destacamentos de cruzados fueron autorizados a visitar el Santo Sepulcro, a condición de que no fuesen armados.

El poder del Islam bajo Saladino parecía insuperable. Cuando murió en 1193, los musulmanes se sintieron desvalidos. «Con su muerte —afirma una crónica— desapareció un gran hombre. La vida se hizo más difícil y la tierra se cubrió de tinieblas. El mundo debe llorar a su fénix y el Islam ha perdido su bastión.)

A fines del siglo XII las cruzadas parecían haber terminado. La gran esperanza de liberar al Santo Sepulcro del poder de los infieles se había eclipsado a causa de las luchas internas de Occidente.

La Cuarta Cruzada

En 1198, cuando Inocencio III fue elegido papa, la Iglesia estaba en una difícil situación. El Imperio se reafirmaba contra el Papado y los gobernantes civiles mantenían el control sobre el nombramiento de sus obispos. La mayoría del clero estaba casado, y las órdenes monásticas, incluida la cisterciense, habían perdido su ímpetu inicial y habían adquirido grandes patrimonios. La doctrina de los cátaros se extendía, y las críticas a la Iglesia y el anticlericalismo eran comunes entre la gente del pueblo.

El método de revitalización de la cristiandad debía de ser la predicación de una nueva cruzada. Inocencio así lo entendió, convencido de que un nuevo intento de recuperación de Tierra Santa reviviría el antiguo espíritu de los cruzados. Además, como era poco probable que algún rey o emperador aceptara el mando de la expedición, el papa pensó que su éxito superaría al de sus predecesores.

Los acontecimientos probaron que Inocencio estaba muy equivocado. La empresa se inició en 1199, con un grupo de nobles del norte de Francia, guiados por Bonifacio, marqués de Montferrat, motivados principalmente por la ambición de riquezas y poder.

Los cruzados sólo podían obtener los barcos en Venecia, Pisa o Génova, ciudades que eran poderosos centros culturales y comerciales. De todas aquellas ciudades, Venecia era la más próspera y la que mejor podía proveer a los cruzados. En consecuencia, los cruzados se didigieron hacia Venecia. En abril de 1201 sus enviados concluyeron las negociaciones con los gobernantes de la ciudad, que demostraron ser inflexibles hombres de negocios: exigieron la suma de 85.000 marcos de plata por el alquiler de los barcos y por las provisiones. Los venecianos anunciaron que también deseaban unirse a la cruzada, y el propio Dux, aunque viejo y ciego, inscribió la cruz en su gran sombrero de algodón, como símbolo de su fervor y buena fe. Venecia pidió igualmente, compartir la dirección de la cruzada, y la mitad de las conquistas.

Cuando los ejércitos cruzados se reunieron en Venecia, en agosto de 1202, no disponían del suficiente dinero para pagar el importe exigido por el gobierno veneciano. En tal situación, debieron elegir entre pagar o conquistar para Venecia la ciudad cristiana de Zara, en la costa del Adriático, entonces bajo el poder del rey de Hungría. Los cruzados, pues, asaltaron Zara y completaron la dominación veneciana sobre el Adriático.

El papa Inocencio III se indignó ante tan desgraciada desviación de los objeti-

vos de la cruzada, y en un primer momento excomulgó a todo el ejército, acción de la que se retractó posteriormente. Pero los cruzados recibieron una nueva oferta: el joven príncipe bizantino Alejo les ofreció dinero, tropas y provisiones si restablecían en el trono a su padre Isaac Angel, derrocado por su hermano Alejo III. Los cruzados aceptaron, pusieron rumbo a Constantinopla, y alcanzaron el Bósforo en 1203. Conquistaron la ciudad sin dificultad. Isaac y su hijo fueron nombrados emperadores conjuntamente, pero no pudieron cumplir las promesas hechas a sus benefactores.

En 1204, los cruzados y los venecianos decidieron saquear Constantinopla. Elevaron unas torres desde la cubierta de sus barcos y colocaron escaleras en los puntos de ataque para poder alcanzar las murallas y entrar en la ciudad, que fue saqueada durante tres días. Quemaron manuscritos, y destruyeron pinturas e importantes tesoros. Estatuas de metal, algunas muy antiguas, fueron fundidas y convertidas en armamento. Cuatro hermosos caballos de bronce fueron llevados a Venecia, donde todavía pueden ser vistos en la puerta de la catedral de San Marcos.

Las consecuencias de la Cuarta Cruzada

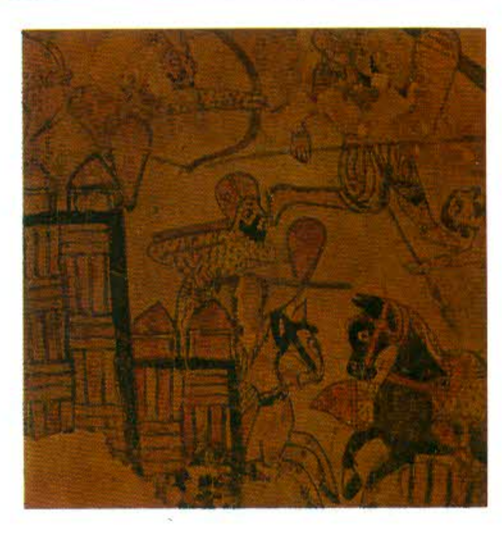
La conquista de Constantinopla era el final lógico de la rivalidad existente entre Bizancio y Occidente. Las relaciones que se desarrollaron a lo largo del siglo XII no hicieron más que intensificar las hostilidades. Los bizantinos odiaban a los occidentales por su brutal, bárbaro y despótico sistema, y posiblemente les temían como posibles invasores. Los occidentales despreciaban a los bizantinos, a los que consideraban decadentes y usurpadores del Imperio romano, y sospechaban abiertamente de las amistosas relaciones que Bizancio mantenía con los países musulmanes del Próximo Oriente. Para Venecia, la conquista de Constantinopla fue el resultado de su hegemonía en el comercio con el Imperio bizantino. Los emperadores bizantinos del siglo XII eran conscientes de los peligros que esto suponía para su Estado, e intentaron limitar los privilegios de Venecia, haciendo prisioneros, en 1171, a todos los venecianos residentes en el Imperio y confiscando sus mercancías. Nunca pagaron la compensación prometida, y la situación de los mercaderes venecianos se tornó muy precaria. En 1198 los venecianos amenazaron con reemplazar al emperador bizantino Alejo III Angel (1195-1203) por su sobrino, también llamado Alejo, amenaza que se cumplió tras la primera conquista de Constantinopla por los cruzados en 1203. Los venecianos no pretendían destruir el Imperio bizantino; sólo exigían un gobernante más manejable, que les permitiera matener sus privilegios comerciales.

Las esperanzas puestas en el joven Alejo se vieron pronto defraudadas. Éste no podía satisfacer las promesas que hiciera a cruzados y venecianos: reconocer la primacía del Papado, ayudar a los cruzados contra Egipto y compensar a los venecianos. Por otra parte, la presión popular era muy fuerte. El emperador fue derrocado por una revuelta de palacio, y en marzo de 1204 los jefes de la cruzada elaboraron un tratado por el que se repartían el Imperio bizantino. La noche del 12 de abril de 1204 los cruzados atacaron Constantinopla. El emperador bizantino y el patriarca huyeron, y fueron sustituidos por un emperador y un patriarca latinos.

Los venecianos fueron quienes mayor provecho obtuvieron de la destrucción del Imperio bizantino, y pudieron consolidar un dominio más duradero que el propio Imperio latino de Constantinopla.

El interés principal de los venecianos era obtener el control de aquellas regiones y puertos con mayor valor estratégico y comercial. Renunciaron a gran parte de los territorios asignados por el tratado de partición, y sólo pudieron asegurar su posesión más valiosa en la zona, la isla de Creta, en agosto de 1204, mediante un pacto particular con Bonifacio de Montferrat, uno de los líderes de la Cuarta Cruzada. Creta dominaba la entrada en el mar Egeo y era un eslabón vital en las rutas comerciales entre Europa occidental, Constantinopla y los puertos de Siria.

Las conquistas de los cruzados no dejaron tras de sí ningún sistema político, y



Arriba, los cruzados retirándose a Constantinopla durante la Cuarta Cruzada. Esto supuso el fin de las esperanzas cristianas de conquistar Tierra Santa.

Abajo, pintura sobre pared, en el viejo Cairo, Egipto. Representa una batalla de las Cruzadas, siglo XVI. (British Library, Londres.)

como Grecia se debatía en medio de un gran desorden, se inclinaron finalmente por el gobierno de los nuevos señores de Constantinopla. Hacia 1205 el Imperio latino alcanzó su mayor extensión. Dominaba las costas del mar de Mármara, además de la zona europea del Egeo, desde Tracia al Peloponeso. Parecía, pues, que el Imperio latino ocuparía el lugar del desaparecido Imperio bizantino.

Sin embargo, en marzo de 1205 el emperador latino Balduino I fue víctima de una emboscada de los búlgaros, cerca de Adrianópolis, y nunca más se supo de él. Poco después, Bonifacio de Montferrat resultó muerto en otra batalla contra los búlgaros. En resumen, la fragilidad del Imperio latino era demasiado evidente. El hermano de Balduino, Enrique de Hainaut, tuvo que abandonar sus conquistas en Asia Menor para intentar el rescate de Constantinopla. Pronto fue elegido emperador, y su férreo gobierno sirvió tan sólo para disimular la fragilidad del Imperio. Reafirmó su autoridad sobre las zonas más alejadas, e intentó reconciliar a sus súbditos griegos con el gobierno latino.

La caída del Imperio latino

Una de las grandes debilidades del Imperio latino fue que nunca pudo completar la conquista del Asia Menor occidental, debido a las dificultades de aprovisionamiento de Constantinopla, dificultad agravada por el debilitamiento del dominio imperial en Tracia. Por otra parte, Constantinopla apenas podía actuar como eje central del Imperio latino, pues estaba demasiado alejada de los principales centros de poder en Grecia y en el Peloponeso, y aislada por los enemigos del Imperio. En Europa la amenazaban los búlgaros, y en Asia Menor, los griegos. Así, el Imperio latino tenía que luchar en dos frentes, lo cual agudizó la crisis.

La peligrosa situación de Constantinopla se hizo todavía más evidente tras la muerte de Enrique de Hainaut, en 1216. Sus sucesores en el trono fueron hombres de escaso valor, e incapaces de cohesionar las tierras del Imperio latino. La conquista de Tesalónica por los griegos de Epiro, en 1224, aisló aún más a Constantinopla. Pero el Imperio latino duró hasta 1261. Esta larga agonía fue debida a las luchas entre sus propios enemigos, de la gran resistencia de las murallas de Constantinopla y de la protección proporcionada por la armada veneciana.

No obstante, los venecianos, que tantas esperanzas habían puesto en Constantinopla, se sentían insatisfechos. En 1261 los intereses comerciales de Venecia divergían de los objetivos de los estados cruzados. Esto no sólo fue el resultado del caos que reinaba en Constantinopla, sino que en ello influyó también el resurgimiento del comercio en el mar Negro a partir de 1204, hecho que provocó una permanente crisis financiera de los emperadores latinos, por lo que los caballeros occidentales prefirieron servir a los griegos antes que al Imperio.

Las esperanzas del papa Inocencio III, de que el cisma entre las Iglesias de Oriente y Occidente desapareciera con la conquista de Constantinopla, se desvanecieron. El pueblo griego y su clero no deseaban someterse a la Iglesia latina y a sus ritos. La adhesión a la ortodoxia griega fue el símbolo de la resistencia frente al conquistador latino. La cultura bizantina estaba profundamente arraigada y poseía un gran poder de recuperación.

El resurgimiento de Grecia

La caída del Imperio latino se debió a la falta de ayuda de Occidente y a su nula capacidad de adaptación a Oriente, pero también fue una consecuencia del resurgimiento de Grecia. Los principales centros del renacimiento griego estaban en Nicea (Asia Menor), y en Epiro. Una muestra de ello se produjo en 1208, cuando un patriarca bizantino fue elegido en Nicea, lo que convertía a la ciudad en el nuevo centro de la ortodoxia religiosa. En 1219 el gobernador de Servia, que había obtenido la corona real gracias al Papado, prefirió reconocer al patriarca de Nicea. El arzobispo servio recibió a cambio la garantía de una cierta independencia. En 1235 los búlgaros siguieron el ejemplo servio, y el primado de Bulgaria fue elevado al rango de patriarca. Los Balcanes retornaban a la órbita bizantina.

Los griegos de Epiro rechazaron la pretensión de Nicea, que se proclamaba heredera de Bizancio. En 1225, tras destruir el reino latino de Tesalónica, el déspota griego de Epiro fue nombrado emperador, pero antes de que pudiera realizar sus proyectos contra Constantinopla fue capturado por los búlgaros. Una alianza entre los búlgaros y Nicea fracasó en su intento de tomar Constantinopla, pero no en la conquista, por parte de Nicea, de Tracia y Macedonia. Hasta 1259 Nicea no pudo actuar contra Constantinopla, pues estaba ocupada en consolidar sus conquistas. Finalmente, dos años después, la ciudad cayó en poder de un pequeño ejército de Nicea, aprovechando la ausencia del ejército latino.

El antiguo emperador huyó de Constantinopla, pero el patricarca, ahora llamado enarca o «líder nacional», permaneció en su lugar y asumió el símbolo del águila de dos cabezas. Así, el símbolo sasánida, adoptado por los selyúcidas en el siglo XII, se convirtió en el emblema imperial de Rusia y Alemania, y en el símbolo de la moderna Iglesia ortodoxa griega. Las fronteras espirituales del patriarcado se extendían desde el Cáucaso al mar Adriático –los otomanos devolvieron las iglesias de Bulgaria y Servia a los griegos–, al tiempo que su poder político en Constantinopla se fortalecía más que nunca. La historia de la Gran Iglesia de Constantinopla bajo los otomanos no es muy edificante (entre 1453 y 1842, noventa y tres patriarcas se sostuvieron mediante la compra habitual de su seguridad al sultán, sufragada por los fieles). Pero el patriarcado preservó, al menos, el concepto político bizantino de un orden mundial, en el cual los griegos jugaban un importante papel, y sus servidores utilizaron el Imperio otomano como instrumento para promover el renacimiento del sistema bizantino de gobierno en numerosas provincias. Aquellos prósperos griegos, mercaderes, eclesiásticos y políticos, a quienes incluso los modernos griegos dudan en llamar «colaboradores», vivían en espléndidas casas de madera en el barrio Phanar de Constantinopla, al que se trasladó el propio patriarca en 1601. Los «phanariotas», tal como se llamaba a aquella élite, se consideraban descendientes de las grandes familias de Bizancio y eran totalmente antioccidentalistas. Esta hostilidad se mantuvo hasta muy avanzado el siglo XIX. También sirvió para convertir a los «phanariotas» en los más fieles diplomáticos al servicio de los otomanos: cuando en 1793 el Imperio enviaba a sus embajadores a las capitales europeas, casi todos ellos eran griegos.

La Cruzada de los Niños

Ocho años después del saqueo de Constantinopla tuvo lugar el trágico episodio de la Cruzada de los Niños, en 1212. Es difícil separar la historia de la leyenda en los testimonios que nos han llegado, pero parece ser que varios miles de niños se concentraron en Francia y en el oeste de Alemania, e iniciaron una penosa marcha con la intención de llegar a Tierra Santa y «reconquistar» Jerusalén.

Está claro que muy pocos sobrevivieron. Muchos perecieron víctimas del hambre y de las penalidades sufridas durante la travesía por Europa. Los pocos supervivientes franceses consiguieron alcanzar



Desmembramiento del Imperio bizantino, después de la conquista de Constantinopla por la Cuarta Cruzada, en 1204.

Marsella y otros puertos del sur de Europa, siendo capturados por los mercaderes y vendidos como esclavos. Los niños alemanes murieron durante su viaje por los Alpes, y ninguno traspasó los límites de Italia. Los que pudieron llegar a Brindisi fueron persuadidos por el obispo para que regresaran a su hogar. Algunos fueron adoptados como sirvientes por campesinos y ciudadanos, y las niñas terminaron en los burdeles romanos. Aparentemente *El flautista de Hamelín* tiene su origen en esta Cruzada de los Niños.

La Quinta Cruzada

En los inicios del siglo XIII puede decirse que el «espíritu de la cruzada» ya había muerto. Sin embargo, el papa Inocencio III, espoleado por la Cruzada de los Niños, convocó en 1215 el Concilio de Letrán y proclamó una nueva cruzada, que debía iniciarse el 1 de junio de 1217. Pero, al morir Inocencio III, en 1216, aún no se había concretado el proyecto.

Dado que los estados cristianos estaban permanentemente enfrentados, y que parecía inminente un nuevo conflicto entre el Papado y el Imperio, había muy pocas esperanzas de que la cristiandad emprendiera una verdadera acción contra el renacido poder del Islam. El papa Honorio III, sucesor de Inocencio, decidió promover un nuevo esfuerzo para liberar Jerusalén. En 1217 convenció al rey de Hungría y al duque de Austria para que formasen un ejército e invadieran Egipto, según una propuesta de Juan de Brienne, rey de Jerusalén y gobernador del pequeño estado cristiano de Tierra Santa.

Trescientos barcos alemanes condujeron a los cruzados hasta Acre, en el otoño de 1217, y tras un largo asedio conquistaron Damieta, en noviembre de 1219. El éxito fue tal que el sultán les ofreció los Santos Lugares, la Santa Cruz y la zona occidental del reino de Jerusalén, hasta el río Jordán, si abandonaban Egipto y firmaban la paz. La oferta fue rechazada, pues los mandos militares consideraron que dicho territorio tenía pocas defensas, y por otra parte el mandato papal soste-

nía la necesidad imperiosa de no pactar con el infiel.

Los cruzados esperaban, pues, conquistar Egipto, pero el éxito no les acompañó. En el verano de 1221 el sultán amenazó sus posiciones inundando las zonas ribereñas del bajo Nilo, y entonces se vieron obligados a pedir la paz. El sultán les facilitó la evacuación, por lo que puede afirmarse que la Quinta Cruzada no terminó en tragedia, pero sí que constituyó un completo fracaso.

La Sexta Cruzada

La Sexta Cruzada fue la más curiosa de todas, por muchos motivos. Ningún papa le concedió su bendición, y ni siquiera fue impulsada por motivos religiosos. Su líder fue Federico II, emperador del Sacro Imperio romano-germánico, quien ciertamente reconquistó Jerusalén, pero mediante un pacto con los musulmanes de Egipto y no como caballero cruzado.

Federico había ascendido al trono de Sicilia a los cuatro años de edad. Durante su minoría de edad el papa Inocencio III actuó como tutor imperial, y cuando Federico alcanzó la mayoría de edad en 1216, reconoció la autoridad papal sobre Sicilia. Cuando el papa Honorio coronó a Federico como emperador en San Pedro de Roma, en 1220, obtuvo asimismo la promesa de mantener los derechos de la Iglesia y de emprender una nueva cruzada. Tales obligaciones con el Papado, sin embargo, no impidieron que el emperador sustentara una actitud independiente.

Federico fue un monarca poco común. Hablaba con gran facilidad alemán, francés, italiano y árabe, y leía a la perfección griego y latín. Asimismo había estudiado a los antiguos filósofos, y a los escritores contemporáneos de geografía, medicina y ciencias naturales.

No pasó mucho tiempo sin que sus actividades alarmaran al Papado. Se mostraba indiferente y escéptico con las cuestiones religiosas. Criado en Sicilia, donde los árabes eran mayoría, prefería vivir al estilo de los gobernadores musulmanes, rodeado de danzarinas y con un gran harén vigilado por eunucos, en la ciudad de Palermo. El principal objetivo de su política era conquistar el norte de Italia, intención que el Papado valoró como una amenaza a su autoridad. Finalmente, Gregorio IX, ungido papa en 1227, le excomulgó por no haber mantenido su voto de cruzado.

Sin embargo, lo cierto es que Federico eligió su propio momento y su propio sistema para emprender su cruzada. Estando todavía bajo la sentencia de excomunión, navegó con un pequeño ejército en dirección a Acre, en septiembre de 1228. Allí fue fríamente acogido por parte de la nobleza cristiana de Palestina. Los grandes jefes de las órdenes militares prohibieron a sus miembros que le obedecieran, y los frailes predicaron contra él abiertamente. Federico optó por ignorarles y entabló conversaciones con el sultán de Egipto. Sabía que el sultán debía hacer frente a graves disensiones familiares y estaba amenazado por los turcos en el este.

Después de unas largas negociaciones, el emperador y el sultán firmaron el Tratado de Jaffa, en febrero de 1229. El pacto garantizaba el control de Jerusalén, Jaffa, Belén y Nazaret para Federico. Mediante el matrimonio con la hija y heredera de Juan de Brienne, el emperador reivindicó la soberanía de Jerusalén, pero tuvo que coronarse él mismo en la iglesia del Santo Sepulcro, pues ningún sacerdote acudió a la ceremonia, y al embarcar en Acre con dirección a Europa, sus nuevos súbditos le mostraron abiertamente su hostilidad.

La Séptima Cruzada

Una vez más, Jerusalén no permaneció mucho tiempo en poder cristiano. La atención de Federico se centró ahora en su conflicto con el Papado. Los antiguos nobles cruzados ignoraron la representación del gobierno imperial en Jerusalén. Y en 1244 los territorios cristianos en Tierra Santa eran solamente una confederación de feudos y ciudades comerciales, por lo que el sultán de Egipto se alió con los turcos y reconquistó Jerusalén.

Al año siguiente, Inocencio IV, papa desde 1243, convocó el Concilio de Lyon, cuyo sermón de apertura trató de lo que él llamaba «las cinco heridas de la Iglesia»: las vidas pecadoras de la mayoría de clérigos y súbditos; el peligro sarraceno; la persistencia del gran Cisma entre el cristianismo de Oriente y el de Occidente; la invasión de Hungría por los tártaros; y la ruptura entre el Papado y Federico II. El Concilio destituyó formalmente a Federico y ordenó la predicación de una cruzada contra los paganos de Tierra Santa.

Las decisiones del concilio tuvieron escasa acogida, y de allí no habría surgido la Séptima Cruzada, de no ser por san Luis, rey de Francia. Sólo él fue capaz de superar las disensiones que dividían a la cristiandad. Cuando llegaron a Europa las noticias de la caída de Jerusalén, san Luis estaba enfermo en París, y prometió que si recuperaba la salud, él mismo iría en una cruzada para remediar aquel desastre. Mientras el papa y el emperador alemán se disputaban la hegemonía política, Luis reunió sus fuerzas para acometer la empresa, pero sus preparativos fueron tan concienzudos que la expedición no estuvo lista para partir hasta agosto de 1248.

Esta cruzada fue muy parecida a la Quinta. Fue preparada con parecido criterio, proseguida con parecida ignorancia y culminada con igual desastre. San Luis fue convencido para que atacara al sultán de Egipto, paso previo para recuperar la posesión de la Ciudad Santa para los cristianos. Damieta fue, pues, atacada de nuevo y conquistada en 1249. San Luis tomó parte activa en el asalto a la ciudad e inspiró el valor en los demás asaltantes. Luego, mal aconsejado, dirigió sus fuerzas contra El Cairo. Él y sus hombres, atrapados por las aguas en el delta del Nilo, fueron cercados y vencidos en Mansura.

San Luis y sus seguidores fueron liberados tras la evacuación de Damieta y el pago de un fuerte rescate. La mayoría de los nobles, incluyendo a los hermanos del rey, regresaron a Francia, pero Luis permaneció otros cuatro años allí, intentando conseguir un trato favorable para los prisioneros cristianos en Egipto y obtener nuevas ayudas para reconquistar Jerusalén. Los cruzados, incluidos los de origen francés, no le hicieron caso, y tampoco fue escuchado por los líderes de las órdenes militares. Por último, los intentos por conseguir nuevos ejércitos europeos fueron igualmente infructuosos. En 1254, las noticias sobre la muerte de su madre, la reina Blanca, obligaron a Luis a regresar a Francia, amenazada por Enrique III de Inglaterra. La reconquista de Jerusalén quedaba, pues, nuevamente aplazada.

La Octava Cruzada

La causa cristiana peligraba ahora mucho más en Europa que en Egipto o Palestina. Los papas estaban dispuestos a destruir el poder del Imperio, y tras la muerte de Federico II en 1250, desarrollaron una política que estuvo a punto de hundir su propia influencia. Invitaron al príncipe Carlos de Anjou, el ambicioso hermano de Luis, a que desencadenara una campaña contra el Imperio. El príncipe derrotó al ejército imperial en Tagliacozzo, en 1268, se proclamó rey de Sicilia e intentó extender su poder a Italia y la cuenca del Mediterráneo. Esta situación frustó las esperanzas de una Europa unida que pudiera impulsar una nueva cruzada.

Simultáneamente, el poder militar de Egipto aumentaba. Los mamelucos, soldados turcos que formaban el cuerpo de guardia de los sultanes, se rebelaron, y en

1260 uno de ellos, Baibar, se proclamó sultán. Su primera acción fue atacar a los mongoles, aquella raza asiática que había avanzado hacia el oeste, y les obligó a cruzar el Éufrates. A continuación, expulsó impacablemente a los cristianos de Siria y Palestina. En 1268 había tomado ya las principales ciudades de la zona, incluyendo Jaffa y Antioquía. Cuando entraba en una ciudad, mataba a sus habitantes o los vendía como esclavos.

Cuando tales noticias llegaron a oídos de san Luis, decidió iniciar una nueva cruzada. En 1270 marchó con su ejército, pero tampoco esta vez pudo llegar a Tierra Santa. La cruzada se desvió hacia Túnez, a causa de un rumor según el cual el caudillo Muslim Bey estaba dispuesto a ser bautizado si los cruzados le protegían de sus propios súbditos. No se sabe si esta falsa información la propagó el sultán mameluco Baibar o si fue Carlos de Anjou, pues ambos esperaban probablemente la oportunidad de realizar una campaña en el norte de África.

Tan pronto como los cruzados desembarcaron en el norte de África, en julio de aquel mismo año, fueron bloqueados en Cartago por las tropas del Bey de Túnez. Pronto les faltó el agua, y la peste se cernía sobre ellos. A finales de agosto murió san Luis, y Carlos aprovechó para desembarcar poco después y firmar inmediatamente la paz con el Bey, enviando a Francia a los supervivientes del ejército de su hermano.

LAS CRUZADAS Y LOS ESTADOS FRANCOS

Año	Cruzadas	Estados Francos	Islam
1050	Urbano II predica la Primera Cruzada (1095) Primera Cruzada (1095-1099) Captura de Jerusalén (1099)	Se funda el Imperio latino de Jerusalén (1099)	Turcos selyúcidas en Asia Menor
1100	Captura de Tiro por los cruzados (1124) Segunda Cruzada (1147-1149)	Godofredo de Bouillon «defensor del Santo Sepulcro» Balduino I (1100-1118) Balduino II (1118-1131) Fulk I (1131-1143) Balduino III (1143-1162)	Los musulmanes capturan Edessa (1144)
1150	Tercera Cruzada (1190-1192)	Amalrico I (1162-1174) Balduino IV (1174-1183) Balduino V (1183-1186) Guido de Lusignan (1186-1187) Fin del Imperio latino de Jerusalén	Nuredin toma Damasco (1154) Fin de los fatimíes Saladino toma Jerusalén (1187)
1200	Cuarta Cruzada (1202-1204) Cruzada de los Niños (1212) Quinta Cruzada (1217-1221) Sexta Cruzada (1228-1229) Federico II recupera Jerusalén (1228) Tratado de Jaffa (1229) Séptima Cruzada (1248-1254)	Los cruzados fundan el Imperio latino de Constantinopla (1204)	Los mongoles llegan a Mesopotamia Los turcos reconquistan Jerusalén (1248)
1250	Octava Cruzada (1270)	Pérdida de Tiro, Acre, Sidón y Beirut Fin de los Estados Francos (1291)	Baibars, sultán de los mamelucos (1260-1277) Baibars derrota a los cruzados en Siria

El fin del «Reino de Jerusalén»

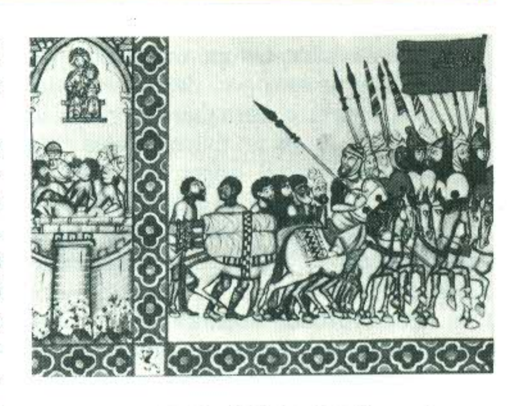
El príncipe Eduardo, hijo y heredero del rey Enrique III de Inglaterra, había partido con un pequeño ejército, en el verano de 1270, para reunirse en Túnez con su tío Luis. Muerto éste, Eduardo decidió invernar en Sicilia y partir en dirección a Acre en la primavera de 1271, con la esperanza de aglutinar a los cruzados. Recibió escasa ayuda de la nobleza, y topó con la hostilidad de venecianos y genoveses, que deseaban continuar con sus lucrativas exportaciones de armamento y de esclavos para las galeras de Egipto. Al año siguiente, Eduardo se vio obligado a forzar una tregua con Baibar y preparar su regreso a Inglaterra, proponiéndose hacerlo al mando de un gran ejército.

Poco antes de su partida, Baibar contrató a un asesino para que le apuñalara. El príncipe resultó gravemente herido y permaneció enfermo en Acre, hasta que le llegó la noticia de que su padre estaba muy grave. Regresó a Inglaterra, pero el rey ya había muerto. Eduardo dedicó el resto de su vida a la conquista de Gales y de Escocia.

Los Caballeros Templarios deseaban ansiosamente que Carlos de Anjou interviniera en Tierra Santa, porque el sultán Baibar, tras el fracaso de la Octava Cruzada, se dedicaba a atacar las fortalezas de las órdenes militares. En 1271 asedió el krak de los Caballeros. Esta guarnición de los Caballeros Hospitalarios estaba integrada por soldados muy experimentados, pero no pudieron evitar la derrota. Tras ésta, vino la agresión a otros campamentos y la amenaza de exterminio de los núcleos cristianos.

El sultán Baibar murió el mismo año que Carlos de Anjou aceptaba la corona del reino de Jerusalén, pero sus sucesores seguían determinados a aniquilar los últimos vestigios cristianos de Siria. Saqueada Trípoli en 1289, Acre era la última fortaleza que quedaba en poder de los cristianos. Fue asaltada tras un asedio de seis semanas, y sometida en la primavera de 1291; sus habitantes resultaron muertos o fueron vendidos como esclavos. Durante más de medio siglo la ciudad permaneció en ruinas, habitada tan sólo por mendigos y labradores.

Dos meses después de la caída de Acre, Tiro, Sidón, Beirut y toda una serie de plazas menores capitularon sin luchar.



Alfonso X el Sabio (1221-1284), rey de Castilla y León que reunió en su corte a sabios de distinta procedencia, uniendo las culturas cristiana, judía e islámica. (Biblioteca de El Escorial, Madrid.)

Así, el reino cruzado desapareció. Sólo quedaba la isla de Chipre, vendida por Ricardo Corazón de León a los Lusignan, cuya familia gobernó como una monarquía feudal hasta 1489, en que Chipre pasó a ser una colonia veneciana. Un siglo más tarde, fue conquistada por los turcos. El mismo destino fatal corrió la isla de Rodas. Tras la caída de Palestina, los Caballeros Hospitalarios se afincaron en ella y la defendieron contra los turcos hasta 1523.

El Islam amenazaba ahora a Europa. Los turcos avanzaron sobre los Balcanes, y conquistaron Constantinopla en 1453. El papa Pío II hizo cuanto pudo por incitar a los príncipes europeos a combatir contra el creciente peligro que representaban los turcos, pero no obtuvo respuesta. Finalmente, el propio Pío II tomó la iniciativa, proclamando una nueva cruzada, y en 1464 asumió la dirección de la misma. Reunió una flota de barcos en Ancona, sobre el Adriático, pero anciano y enfermo, el día de la partida tuvo que ser conducido hasta su nave en una litera. Nadie se atrevió a decirle que no había ningún ejército congregado, y que incluso sus propios marineros habían abandonado las naves. Murió aquella misma noche a bordo de su embarcación, y sin haber salido del puerto.

La idea de expulsar a los infieles de Tierra Santa, tanto tiempo mantenida por los cruzados, se extinguió definitivamente. Los musulmanes gobernaban ahora en lo que durante más de un milenio había sido la cristiandad oriental, origen indudable de la religión. A pesar de su gran idealismo y de los esfuerzos que inspiraron, las cruzadas fracasaron debido a las rivalidades dinásticas y a la falta de una unidad europea. «Los cruzados abandonaron a Dios —dijo un cronista medieval— antes de que Dios les abandonara a ellos.»

Aunque el ideal de las cruzadas desapareció, la reconquista de España y Portugal formaba parte del mismo impulso expansivo del cristianismo.

Las consecuencias del contacto con Oriente

Aunque los esfuerzos por lograr sus objetivos resultaron vanos, los cruzados desempeñaron un importante papel, pues promovieron la expansión de Europa hacia Oriente. Las ciudades comerciales de Italia, especialmente las repúblicas de Génova y Venecia, supieron aprovechar las perspectivas abiertas por aquéllos. Los comerciantes no estaban mediatizados por ninguna consideración de tipo religioso. Al contrario, estaban siempre prestos a enviar sus barcos hacia Alejandría y los puertos cristianos de Acre y Trípoli, con el fin de intercambiar los esclavos por lo que les proporcionaran los musulmanes.

En el siglo XIII los europeos de las zonas del norte comenzaron a competir con los mercaderes italianos. Los puertos del Báltico formaron la Liga Hanseática, una república presidida por un «gran maestre», como en las órdenes militares. En el siglo XV estaba integrada por 48 ciudades, provistas de una red de almacenes extendida por el norte de Europa y algunas zonas de Inglaterra. La Liga llegó a ser tan poderosa que podía desafiar a reyes y a papas.

Asimismo, otras naciones costeras, como Portugal, entraron en acción a causa de las cruzadas. El príncipe Enrique de Portugal, fallecido en 1460, fue el primer gobernante europeo que siguió una política dirigida a extender el comercio marítimo, e inspiró el descubrimiento de nuevas rutas y mercados. Construyó una gran flota mercante y alentó la elaboración de mapas de una precisión y exactitud desconocidas hasta entonces. Sus barcos navegaron hacia Madeira, las Azores y las Canarias, llegando hasta las costas de África, de donde traían esclavos y otros cargamentos. En 1486 un marino portugués, Bartolomé Díaz, alcanzó el cabo de Buena Esperanza. Diez años más tarde, influenciado por sus predecesores portugueses, Colón inició su importante viaje al Nuevo Mundo.

¿Qué importaron del este los comerciantes europeos? Entre otras cosas, nuevas especias y artículos alimenticios que modificaron la alimentación. Hasta entonces, predominaban el pan de trigo o centeno, las judías, los guisantes, las cebollas y los puerros; la carne era salada y poco fresca, y el único pescado que se comía era el bacalao seco. Sólo la nobleza, que poseía el privilegio de la caza, obtenía carne fresca. Los cruzados introdujeron nuevas especias, como el jengibre, la pimienta, el clavo y la nuez moscada; nuevos frutos, como los higos, los dátiles, la uva y las almendras. El azúcar fue quizá la novedad más importante. Los europeos ricos podían ahora comer frutos secos, pasteles de almendra y tartas de queso aromatizadas con jengibre y aderezadas con azafrán.

Desde el este llegaron alfombras, tapices y suntuosos cojines. Las damas y los caballeros usaban vaporosas prendas realizadas con materiales importados, tales como la seda, el lino, el terciopelo y el brocado. Durante una época, los turbantes y las babuchas se hicieron muy populares. Los conocimientos sobre los tintes provenían de Siria. Las damas nobles europeas utilizaban carmín para el rostro y fijador para el cabello, usando además espejos de cristal originales de Constantinopla, que sustituían a los discos de metal pulimentado. Las esencias aromáticas para el vestido y el cuerpo también provenían de Siria. Finalmente, cabe destacar que los baños se convirtieron en algo habitual en Europa, cosa que no ocurría desde la época de los romanos.

La cultura islámica y su proyección en Occidente

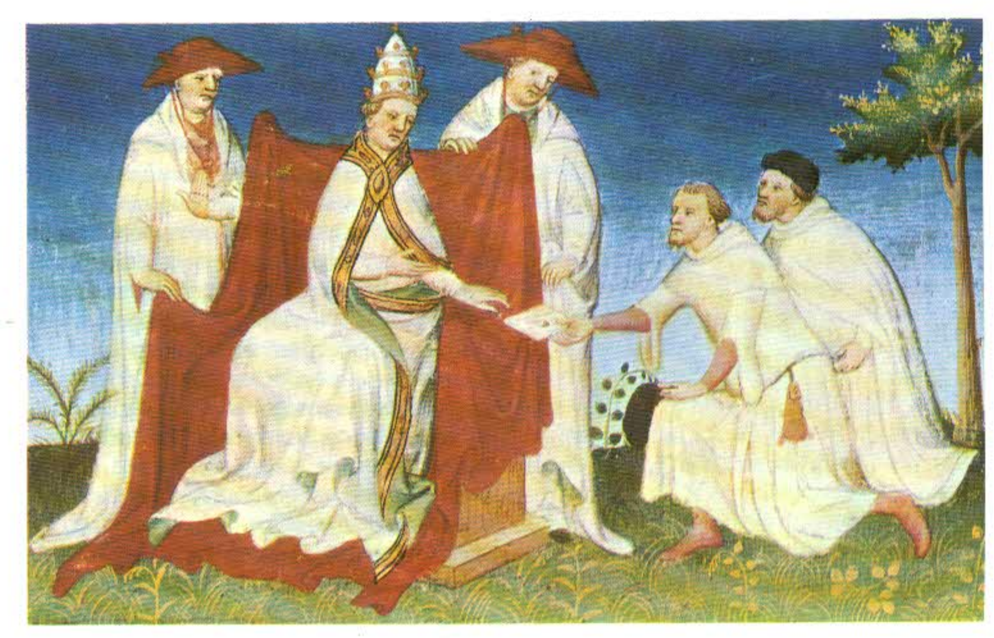
La arquitectura civil y eclesiástica, con excepción del estilo mozárabe español, sufrió pocos cambios en su contacto con los musulmanes, al contrario que la arquitectura militar. Con anterioridad a las cruzadas, los castillos europeos se reducían a una torre de piedra cuadrada, situada en un montículo y rodeada por una muralla circular y un foso. En Siria y Palestina, las órdenes militares aprendieron a construir castillos más sólidos que incluían murallas circulares, con una serie de torreones situados de manera tal, que su ángulo de tiro les permitía protegerse mutuamente en caso de asalto. Las murallas contaban con secciones superiores, desde las cuales los defensores podían contraatacar a sus adversarios con aceite hirviendo.

Otra adquisición militar fue la complicada construcción de blasones y signos heráldicos. En los primeros tiempos los cruzados pintaban aquellos signos sobre sus escudos, pero más tarde los bordaron en sus capas, y en las prendas de vestir que solían llevar sobre la armadura para protegerse del sol oriental. Tales signos eran conocidos como el «escudo de armas». Los caballeros españoles de la Reconquista adoptaron pronto aquellos emblemas heráldicos.

La influencia musulmana en el arte de la paz fue también muy importante. Los árabes eran profundamente cultos. En el año 970, un siglo antes de la Primera Cruzada, funcionaban en Córdoba 30 escuelas para atender a los escolares españoles y musulmanes pobres. Sus universidades, en España, Egipto, Mesopotamia y demás regiones, eran visitadas por estudiantes cristianos, que a su regreso transmitían su influencia a los centros de París, Oxford y Venecia. Los árabes estudiaron la antigua filosofía griega, y desarrollaron el estudio de la matemática, inventando el sistema métrico decimal y el álgebra, e impulsando la geometría esférica. En física, fueron los primeros en utilizar el péndulo, y construyeron laboratorios con telescopio. En medicina, fueron los pioneros

en el estudio de la fisiología y la higiene, y en la utilización de anestésicos como el opio y la mirra en las intervenciones quirúrgicas. En química, descubrieron fertilizantes, consiguiendo que las cosechas de Siria fueran mucho más abundantes que las de los campos europeos.

Asimismo, los árabes contribuyeron a la extensión de las técnicas de obtención del papel a partir del algodón, que habían aprendido en China, transmitiéndolas a Europa. Hasta entonces, los libros eran escritos sobre papiro o pergamino, y después de la conquista árabe de Egipto, Europa había perdido las fuentes del suministro de papiro.



El papa Gregorio X, que acababa de suceder a Clemente IV (1271), entrega mensajes y regalos a los hermanos Polo para que los lleven al Gran Kan mongol. Miniatura de Il Milione, *la obra en que Marco Polo narró sus viajes y experiencias en Extremo Oriente.*

Las cruzadas y el feudalismo

Las cruzadas promovieron importantes cambios en el sistema feudal de Europa occidental. La mayoría de la baja nobleza tuvo que hipotecar sus feudos, para obtener dinero con destino a las cruzadas, perdiéndolos al no poder devolver el dinero a los prestamistas. Otros, murieron en Tierra Santa sin dejar heredero masculino, por lo que sus tierras pasaron a sus hijas, quienes mediante matrimonio las transmitieron a otras familias. Entre 1100 y 1300, muchos campesinos obtuvieron ventajas de las dificultades de sus señores, disminuyeron su pobreza y pudieron comprar su libertad.

Asimismo, las cruzadas demostraron a los gobernantes europeos las ventajas de realizar campañas con un ejército unificado. Asimismo, tomó fuerza la necesidad de ejércitos nacionales, en sustitución de las milicias feudales locales. Paulatinamente, el feudalismo fue sustituido por el nacionalismo.

Los mongoles y Occidente

El fracaso de las cruzadas puso de manifiesto que la labor de los misioneros en el mundo musulmán no había sido provechosa. En el siglo XII se habían realizado importantes esfuerzos para obtener una visión más racional del mundo islámico. En el siglo XIII, franciscanos y dominicos iniciaron su predicación entre los musulmanes, y un dominico español, Raimundo de Peñafort, durante los años 1240 a 1275 intentó la conversión masiva de los árabes en España y en el norte de África. Otro dominico, Guillermo de Trípoli, señaló al papa Gregorio X (1271-1276) los puntos de conexión entre el cristianismo y el Islam, y defendió la conversión pacífica de los musulmanes. Pero a mediados del siglo XIII el entusiasmo misionero encontró un campo más prometedor que el del Islam.

La creación del Imperio mongol por Gengis Kan, en los albores del siglo XIII, abrió la casi totalidad del Lejano Oriente a los misioneros y comerciantes occidentales. Cuando Gengis murió, sus dominios se extendían desde el océano Pacífico hasta el mar Caspio y el océano Índico. Fueron repartidos entre sus hijos, pero continuaban formando una confederación, que a pesar de su inestabilidad realizó numerosas conquistas: Persia, el área del Cáucaso y el sur de Rusia fueron incorporados al Imperio mongol. La ferocidad de los mongoles no propiciaba la actividad misionera. Muchas tribus de la confederación mongol eran, sin embargo, cristianos nestorianos, y además, los mongoles situados cerca de Europa estaban interesados en Occidente, pues veían la posibilidad de un aliado potencial contra su principal enemigo, los mamelucos de Egipto.

En 1245 se inició un intenso intercambio de embajadas y misiones entre los mongoles y Occidente. Durante más de un siglo, los misioneros occidentales pudieron desarrollar su labor en el Lejano Oriente. Los misioneros latinos se establecieron en la costa de Malabar, mientras otros llegaban a China, donde a comienzos del siglo XIV Juan de Monte Corvino fue nombrado primer arzobispo de Pekín.

La labor de los misioneros sirvió para preparar el camino a los mercaderes occidentales. Entre 1260 y 1269 el padre y el tío de Marco Polo llegaron a la corte de Pekín. Regresaron luego a Occidente, y en 1271 emprendieron un nuevo viaje hacia

China llevando al joven Marco Polo consigo. El famoso viajero permaneció al servicio del gran kan, desde su llegada en 1275 hasta su partida en 1292. Dejó escrito un relato de su vida allí, repleto de fascinantes detalles, en el libro *Il Milione*. En China, los franciscanos construyeron una fábrica en Zaiton, y Formosa, según los viajeros de la época, era el mayor y más activo puerto conocido hasta entonces. En 1315, agentes de la banca genovesa Vivaldi establecieron delegaciones en los puertos de Gujara y Malabar.

Para Occidente, el mercado más importante fue el de Tabriz, situado en el norte de Persia, centro de una ruta de caravanas, con destino a China, que cruzaban Asia central y entraban en la India a través del golfo Pérsico. Aquel mercado conectaba a su vez con el mar Negro, a través de Trebisonda, y con el mar Mediterráneo por el puerto de Cilicia, en el reino de Armenia. Los genoveses se establecieron en Tabriz a mediados del siglo XIII, y hacia 1304 se habían constituido en colonia. Se pusieron inmediatamente al servicio de los gobernantes mongoles de Persia; tripulaban la flota del Éufrates y navegaban por el Caspio, pero no obtuvieron permiso para mantener un cónsul en Tabriz hasta 1324.

En esa época la situación era menos favorable. Los mongoles se habían convertido al islamismo, mostrando una mayor hostilidad hacia los cristianos. En 1339, grupos de occidentales fueron masacrados en Almaliq, la principal ciudad del Turkestán, y en 1343 se repitió el hecho en Tana, en el mar de Azov. La ruta que atravesaba las estepas era ahora prohibida a los mercaderes de Occidente. Al mismo tiempo, el hundimiento del estado mongol en Persia había colapsado prácticamente el mercado de Tabriz.

Mamelucos y otomanos

La desintegración del Imperio mongol y la falta de comunicaciones con Asia abrieron un período de crisis en Europa occidental. Los mamelucos dominaban la ruta del comercio sobre el mar Rojo, ahora la principal vía de llegada a Europa de las especias orientales, drogas y tintes, y podían imponer peajes muy altos a los transeúntes. En 1375, destruyeron finalmente el reino cristiano de Cilicia, lo que privó a Chipre de su importancia comercial y facilitó que en 1426 la isla fuese arrasada por los propios mamelucos.

Occidente tuvo que enfrentarse en el mar Egeo y en los Balcanes con un nuevo enemigo, los turcos otomanos. Éstos contribuyeron decisivamente en el siglo XIV a destruir la hegemonía bizantina en el Asia Menor occidental.

La pérdida de las provincias asiáticas, a principios del siglo XIV, señala el comienzo de la caída del Imperio bizantino. No disponía de los recursos suficientes para enfrentarse a sus enemigos, y quedó aislado en el intento de recuperar su pasado esplendor. El vacío de poder creado por la caída de Constantinopla en 1204 no se cubrió. Ni venecianos ni genoveses podían ni deseaban dominar en Oriente; únicamente les interesaba explotar las oportunidades comerciales derivadas de la ausencia del control estatal. En un primer momento, a mediados del siglo XIV, pareció que el gobernante servio Esteban Dusan recogería la herencia bizantina; en 1345 se proclamó «emperador de los servios y de los griegos», pero su fallecimiento en 1355 puso de manifiesto la debilidad de los fundamentos de su Imperio, y lo difícil que era unir a los diversos pueblos balcánicos en un estado. Las rivalidades entre el patriarca de Constantinopla y las iglesias de Servia y Bulgaria llegaron a ser irreconciliables, lo que facilitó el surgimiento del poder otomano en los Balcanes durante la segunda mitad del siglo XIV.

Los otomanos sirvieron como mercenarios en las guerras civiles que habían asolado el Imperio bizantino a lo largo del siglo XIV. En 1354 se establecieron en la península de Gallípolis. La conquista de Tracia no tardó en producirse, y los bizantinos se vieron forzados a convertirse en vasallos del gobernador otomano Murad I (1360-89). En 1387 Tesalónica cayó en poder de los otomanos, y dos años después los turcos derrotaban a los servios en Kosovo, conquistando Bulgaria en 1393. La autoridad otomana se extendía en Europa desde el Danubio hasta el Egeo y el golfo de Corinto. Sin embargo, las regiones sometidas directamente a un gobierno otomano eran muchas menos. En general, los objetivos otomanos eran la ocupación de puntos estratégicos; facilitaban una gran independencia a los gobernadores locales, y a cambio les exigían fidelidad, una contribución en tropas y un tributo anual.

El dinamismo otomano residía en el *gazi*, o «misión de extender el Islam en el mundo de los infieles». El conquistador tártaro Tamerlán creyó que esa misión no se cumplía correctamente, y en 1402 derrotó en Ankara al sultán otomano Bayaceto, aunque la victoria final fue obra de Murad II (1421-1451). La culminación de la tarea de Murad, es decir, la conquista de Constantinopla, la realizó su hijo Mohamed el Conquistador (1451-1481) en el año 1453. Tanto Europa occidental como el Papado eran conscientes de la amenaza representada por los otomanos. Por esta causa el Papado tomó medidas más drásticas que las utilizadas frente a los mamelucos. Su propósito hubiera sido vencer a los mamelucos mediante sanciones de tipo económico, pero tal política fue desechada por los mercaderes occidentales, y por otra parte suponía para el Papado perder una importante y lucrativa fuente de beneficios, pues era quien otorgaba entonces las licencias para el comercio con Egipto.

En los inicios del siglo XIV, la principal amenaza provenía de los emiratos turcos establecidos en la costa oeste de Asia Menor, generalizándose la piratería en el mar Egeo. En 1344, Esmirna, la ciudad corsaria más importante, fue conquistada por una expedición de los cruzados. Fue éste quizás, el éxito más destacado de las últimas cruzadas. Las tropas pertenecían al rey de Chipre, a los venecianos y a los Caballeros Hospitalarios. En 1350, estos últimos recibieron el encargo de defender la ciudad. Tras la caída de los últimos estados cruzados tuvieron que retirarse hacia Chipre, y en 1308 se establecieron en la isla de Rodas. Representaron siempre un pequeño y aguerrido ejército, dispuesto para la defensa de la cristiandad en Oriente. Entre 1397 y 1404 ocuparon la ciudadela de Corinto e impidieron las invasiones turcas en el Peloponeso.

Por aquel entonces, los otomanos habían entrado en lucha contra los húngaros del bajo Danubio. El rey húngaro Segismundo (1387-1437) acudió a Occidente, en busca de ayuda para realizar una campaña contra los turcos y reconquistar Constantinopla, pero la cruzada fue aniquilada en la batalla de Nicópolis, en 1396. Fue la última cruzada genuinamente occidental, pues las siguientes serían organizadas en su mayoría por los húngaros, como por ejemplo, la «cruzada de Varna» en 1444, que terminó en un nuevo fracaso del ejército cristiano. El poder de los otomanos en los Balcanes no pudo ser destruido.

Los emperadores de Bizancio comprendieron que la única esperanza para liberarse de la amenaza otomana radicaba en Occidente. Así pues, acudieron al Papado: los emperadores Juan V (1341-1391) y Manuel II Paleólogo (1391-1425) recorrieron las capitales de Italia y de Europa occidental en busca de ayuda. El Papado exigió como recompensa la unión de las dos Iglesias, y en 1369 Juan V, de acuerdo con la idea, comenzó a preparar el Concilio de Florencia —celebrado en 1439—, en el que se proclamó la unión formal. La unión con Roma encontró cierto apoyo entre los intelectuales bizantinos, pero el rechazo popular la hizo inoperante.

Venecia y los turcos

Los avances otomanos en el Egeo y los Balcanes afectaron esencialmente a los intereses de Venecia. Los venecianos perseguían un doble objetivo: excluir el Egeo como escenario de las guerras otomanas, y aislarlo así de los piratas turcos; y preservar Albania y Dalmacia de las invasiones otomanas. Sabían que si estos territorios caían bajo control otomano, peligraría el dominio de Venecia en el Adriático. La política de cooperación con las cruzadas, y los intentos de unificación de los estados cristianos orientales contra los turcos habían resultado infructuosos. Desde fines del siglo XIV, Venecia había emprendido una política dirigida a consolidar sus propios territorios, tanto en Italia como en Oriente. Así Albania se había convertido en un protectorado veneciano, y al mismo tiempo Venecia controlaba varios puertos en la península helénica. En 1423 Tesalónica pasó también a poder de Venecia, pero los turcos se la arrebataron siete años más tarde. Poco después los venecianos, en actitud defensiva, intentaron una política de conciliación con los otomanos. Tras la caída de Constantinopla la presión turca sobre Venecia se incrementó, y los venecianos cedieron la isla de Eubea y el protectorado de Albania, abandonando el mar Egeo. Occidente perdía progresivamente su control sobre el Mediterráneo, cuna de su supremacía comercial.

La competencia entre los comerciantes occidentales era muy dura. A finales del siglo XIII, los mercaderes venecianos recibieron instrucciones de su gobierno para elaborar una nueva política de precios que contrarrestara la competencia genovesa. Una serie de guerras comerciales se sucedieron entre Venecia y Génova durante la segunda mitad del siglo XIII y todo el siglo XIV. El principal objetivo era Constantinopla y el comercio del mar Negro. Los bizantinos se mostraban reacios a intervenir en aquellas guerras, y los genoveses aprovecharon para tomar Lesbos, Quíos y Focea.

Venecianos y genoveses se apercibieron de que sus dominios coloniales, además de ser utilizados como centros comerciales, poseían riquezas naturales que podían ser explotadas. En Creta y en Chipre, los terratenientes venecianos cultivaron azúcar y algodón, y el gobierno impulsó el desarrollo de los tintes. Los genoveses explotaron las minas de alumbre de Focea, en la costa occidental de Asia Menor. Al mismo tiempo, se incrementó el comercio de materias primas; los cereales eran transportados por mar, desde el sur de Rusia y los principados rumanos, hacia Italia, junto a los demás productos de los Balcanes y el Peloponeso. Había además un activo comercio de esclavos, provenientes del sur de Rusia. El principal centro comercial de la zona estaba en la isla de Quíos, de modo que en el momento en que el control sobre el mar Egeo tocó a su fin, Oriente era, más que nunca, una colonia de tipo económico en manos de Occidente, al que proporcionaba materias primas baratas y del que recibía productos manufacturados caros.

Contactos de parecido calibre se establecieron entre el Mediterráneo y el norte de Europa. Nuevamente, venecianos y genoveses fueron los pioneros de la ruta marítima hacia Flandes, durante el siglo XIII. Previamente existían ya relaciones directas entre Flandes y Creta, relaciones que los venecianos intentaron eliminar. A mediados del siglo XV los italianos debieron también hacer frente, durante un breve período, a la amenaza de la competencia inglesa.

Los intereses comerciales de Italia se habían ido desplazando hacia el oeste desde hacía ya mucho tiempo. En pleno siglo XIII, Pisa consideraba más provechoso concentrar el comercio en Túnez y Sicilia, mientras que Génova conseguía un buen equilibrio comerciando con Oriente y Marruecos. De un modo casi natural, pues, cuando las condiciones en Oriente se mostraron poco favorables, los italianos desplazaron sus intereses hacia el Mediterráneo occidental y el norte de Europa. La aparición de los otomanos fue decisiva en este proceso, y no porque fueran muy hostiles al comercio con Occidente, sino porque exigían fuertes derechos de aduana. Por otra parte, los otomanos impulsaron sus industrias locales y desarrollaron la marina mercante griega. Ambos hechos vinieron a socavar las antiguas bases de la supremacía comercial de Occidente, aunque Oriente nunca rechazó totalmente la presencia de los italianos en el Mediterráneo.

La expansión en el norte de Europa

La expansión occidental en Oriente estuvo favorecida por las condiciones políticas. La inexistencia de un poder dominante favoreció el control de los occidentales sobre el mar, y en consecuencia el comercio con Oriente. Esta supremacía comercial se vio comprometida y finalmente destruida primero por los mamelucos, y luego por los otomanos.

La expansión occidental en el norte y en el centro de Europa tuvo como trasfondo un proceso de desintegración polí-



El emperador Segismundo I (1368-1437) del Sacro Imperio Romano Germánico. Ayudó a remediar el gran Cisma, convocando los concilios de Constanza y Basilea. Su actitud le hizo impopular en Bohemia.

tica. El siglo XIII contempló la destrucción del poder imperial, como consecuencia de las luchas entre Federico II y el Papado. Los emperadores no volvieron a poseer un poder lo suficientemente fuerte en la propia Alemania, y con la eliminación de la autoridad imperial alemana se perdió su cohesión interna, diluyéndose en gran número de pequeños estados. En los territorios eslavos el poder de la corona se debilitó a causa de las reclamaciones de las familias de la clase dominante, de la Iglesia y de la nobleza. Los paganos de las costas del Báltico poseían una organización muy rudimentaria. Mientras tanto, los principados de la Rusia ortodoxa debían soportar los ataques frontales de los mongoles, por lo que en 1240 estaban bajo la autoridad del kanato de la Horda de Oro, excepto Novgorod, quedando prácticamente aislados de Occidente. En 1241 los mongoles invadieron Europa central, pero la conquista no llegó a materializarse.

La incierta situación de Europa oriental fue la causa de la expansión hacia el oeste. El papa confiaba en poder convertir a los paganos y en colocar a la Rusia ortodoxa bajo la autoridad de Roma. A mediados del siglo XIII parecía que sus objetivos estaban a punto de cumplirse, pues en 1251 fue bautizado el soberano de los paganos lituanos, y dos años después el gobernador ortodoxo de la Rusia occidental aceptó su corona de manos del papa Inocencio IV. Sin embargo, la oportunidad de extender el cristianismo más allá de las fronteras de Polonia y Hungría no pudo ser aprovechada. Ambos gobernantes volvieron pronto a sus ideas primigenias: el ruso, debido a que la ayuda papal contra los mongoles no llegó a tiempo, y el lituano, porque la conversión al cristianismo no salvó a su pueblo de sus peores enemigos, los caballeros de la Orden Teutónica.

Los caballeros teutones

La Orden Teutónica fue fundada a finales del siglo XII para prestar servicio en Tierra Santa, pero posteriormente se asentó en Prusia, acogiéndose a la invitación de Conrado de Mazovia. El duque polaco esperaba proteger así sus territorios de los prusianos paganos. Su intención era que la Orden permaneciera bajo su control, pero los caballeros le ignoraron y establecieron un poder independiente. Desde sus fortalezas de Culm y Thorn invadieron Prusia. De inmediato tuvieron que hacer frente a una poderosa rebelión prusiana, que sería aplastada violentamente, aunque su resistencia no fue totalmente vencida hasta 1823.

En 1237 la Orden asimiló a otra institución militar, los Caballeros de la Espada, fundada en 1202. Así reforzados, los caballeros teutones iniciaron una política de agresión contra los rusos de Novgorod que finalizó en 1242 al ser derrotados por el príncipe ruso Alexander Nevsky. Posteriormente, dedicaron sus energías a una guerra sin fin con los lituanos, y en 1308 la Orden entró en Pomerania y cercó la ciudad de Danzig (hoy Gdansk). Con ello, los teutones alcanzaban la cumbre de su poder, dominando unos territorios que se extendían a lo largo de la costa del Báltico, desde el Oder hasta el Narva.

Los caballeros teutones construyeron un estado germánico en el litoral del Báltico, que de hecho era una prolongación hacia el este del poder político de Alemania. Las casas imperiales de Habsburgo y Luxemburgo esperaban encontrar, en las «nuevas tierras» más allá del Elba, las bases de poder que permitieran cimentar el gobierno imperial. La clave de sus planes fue Bohemia, que bajo el dominio de la dinastía eslava era el país más avanzado y poderoso de Europa central en el siglo XIII. Cuando la dinastía desapareció a comienzos del siglo XIV, el emperador Habsburgo Alberto de Austria (1298-1308) obtuvo Bohemia para su familia. Sin embargo, después de su muerte el territorio volvió a la nueva casa imperial de Luxemburgo, y los Habsburgo tuvieron que conformarse con las tierras austríacas.

Durante el siglo XIV los gobernantes bohemios de la casa de Luxemburgo consiguieron reunir bajo su dominio todas las «nuevas tierras» situadas más allá del Elba. La tarea principal fue realizada por el emperador Carlos IV (1347-1378), quien posteriormente dirigió sus ambiciones hacia el este, en Polonia y Hungría, cuyas coronas fueron unidas en 1370 con el rey Luis de Hungría (1342-1383). Luis no dejó heredero al morir, y las casas de Luxemburgo y Habsburgo se disputaron la corona. Polonia pudo evitar el conflicto, pero Hungría cayó, en 1386, en poder de Segismundo, hijo de Carlos y casado con la hija de Luis. De este modo, los planes de los Habsburgo se esfumaban. La herencia de los Luxemburgo fue unificada por Segismundo, cuando fue coronado rey de Bohemia en 1419. A su muerte, en 1437, pasó a manos del Habsburgo Alberto de Austria, y cuando Alberto murió dos años más tarde, el gobierno de los Luxemburgo se desmoronó.

Las conquistas de los caballeros teutones y el desarrollo del estado de los Luxemburgo, fueron posibles gracias a las migraciones alemanas a las tierras situadas más allá del Elba. En la primera mitad del siglo XIII se produjo un avance general de los campesinos alemanes, que se aposentaron en las zonas comprendidas entre el Elba y el Oder, y a finales de siglo una segunda oleada de colonizadores alemanes se extendió por Pomerania y Prusia. Las migraciones alemanas fueron muy numerosas; entre 1200 y 1350 se fundaron más de mil doscientas aldeas en Silesia, y se calcula que fue aún mayor el número de las que se fundaron durante el siglo XIV en las tierras prusianas del este, bajo el mandato de la Orden Teutónica. Aparte de estas áreas, había otras regiones como Bohemia, el sur de Polonia, el oeste de Hungría, y Transilvania, donde la colonización alemana continuó su expansión.

El triunfo alemán en la colonización de las nuevas tierras se debió en gran parte a las poblaciones que fundaron. Con anterioridad al siglo XIII había muy pocas ciudades situadas al norte y este del Elba, a pesar de que los comerciantes alemanes habían ocupado los principales centros eslavos, los cuales fueron reconvertidos posteriormente en ciudades alemanas. Así sucedió en Cracovia en 1257; en esas mismas fechas Brno estaba formada por una zona vieja habitada por checos, y una ciudad nueva construida por alemanes y algunos valones, dedicados a trabajos de tipo textil. Las ciudades alemanas se establecieron en su mayoría en las zonas agrícolas de mayor densidad, comprendidas entre el Elba, el Oder y las tierras de la Orden Teutónica, y hacia 1410 podían contarse más de noventa y tres nuevas urbes. Existían además gran número de aglomeraciones urbanas en las zonas de menor densidad, como Bohemia y Polonia.

Otra práctica que generaba gran cohesión en la colonización era la fundación de las nuevas ciudades en base a las leyes propias de la ciudad alemana. Las ciudades alemanas creadas en la costa báltica fueron conocidas como las «ciudades de la Liga Hanseática», siendo las más importantes Rostock, Danzig, Riga y Reval. Junto con las otras urbes de la parte occidental de Alemania, formaban una confederación que aseguraba el control de la ruta comercial que unía Flandes con Novgorod. A través de ellas, llegaban a Occidente materias primas de Rusia —pieles, madera y cera—, y en sentido contrario circulaban productos manufacturados, especialmente paños de Flandes.

Eslavos y germanos

Uno de los logros de la Liga Hanseática fue la integración de las tierras del

Báltico en la economía de Europa occidental. La existencia de las ciudades alemanas y la presencia de sus mercaderes produjeron óptimos resultados en Europa central, en tanto que las mejoras en las técnicas agrarias conseguidas por los campesinos elevaron el nivel de la agricultura. Sin embargo, estas técnicas no fueron asimiladas por los campesinos eslavos, siempre reacios a aceptar las leyes y costumbres germanas.

La colonización alemana facilitó también una sólida integración en la cultura occidental, lo cual se puso especialmente de manifiesto en las clases superiores. Muchos miembros de la nobleza germana de Brandenburgo tenían antecesores eslavos, y los nobles checos y polacos adoptaron la costumbre germana de usar títulos de familia y blasones, y de construir castillos.

La Iglesia fue asimismo un poderoso factor de occidentalización. Las órdenes monásticas supervisaban las tierras de los príncipes eslavos. Por otra parte, la arquitectura gótica fue bien asimilada por los checos, siendo el «gótico de Bohemia» uno de los estilos más renombrados de la Baja Edad Media. En Bohemia se desarrolló también una escuela latina de poesía religiosa, y la floreciente literatura checa de mediados del siglo XIII se inspiró en las mismas corrientes que las demás literaturas vernáculas occidentales. En el siglo XIV, Bohemia se incorporó rápidamente al movimiento humanista.

Polonia tardó mucho más tiempo en absorber la cultura occidental. Las ideas asociadas con la reforma gregoriana del siglo XI no fueron aceptadas hasta muy entrado el siglo XIII. La expansión de la arquitectura gótica y de la poesía religiosa latina no comenzó hasta el siglo XIV. Los polacos estaban mucho más influenciados por los checos, y sus estudiantes preferían asistir a la universidad de Praga, fundada en 1348 por el emperador Carlos IV. Por ello, Casimiro el Grande de Polonia fundó la universidad de Cracovia en 1364.

La reacción eslava

La asimilación de la cultura occidental no sirvió para reconciliar a eslavos y germanos, sino al contrario: sirvió para profundizar la conciencia de su propia identidad nacional. La reacción eslava fue mucho más dura en Bohemia, donde la influencia germana era mayor, especialmente en el ámbito económico, lo que provocaba frecuentes enfrentamientos entre checos y germanos en la universidad de Praga, controlada por la «nación» alemana. Esta situación motivó que el movimiento iniciado por Juan Hus para la reforma de la Iglesia de Bohemia, que en sus orígenes era estrictamente espiritual, asimilara los sentimientos antigermanos latentes entre los checos de todas las clases sociales. El conflicto se radicalizó en 1419, después de que Hus fuera condenado a muerte en el Concilio de Constanza, en 1415. Segismundo organizó expediciones —conocidas con el nombre de «cruzadas»— contra los checos, pero sufrió varias derrotas consecutivas. Se vio entonces forzado a negociar, y finalmente en 1434 fue reconocido rey de Bohemia. Sin embargo, el retorno de Bohemia al seno de Alemania fue muy breve, ya que tras la muerte de Alberto de Austria en 1439, fue gobernada por el checo Jorge Podiebrady, primero como regente y más tarde como rey (1458-1471).

Los polacos nunca estuvieron, como los checos, sometidos a la dominación germana, pero sí bajo su influencia. En 1343 Casimiro el Grande (1333-1370), fundador de la unidad polaca, tuvo que renunciar a su reclamación sobre las tierras de Pomerania, ocupadas por la Orden Teutónica, y casi en la misma época los Luxemburgo se apoderaron de la zona polaca de Silesia. Las ambiciones de Casimiro se dirigieron hacia el este, hacia las tierras próximas a Rusia que estaban en poder de los lituanos, con la intención de conseguir la unión de las coronas polaca y lituana, lo que se logró en 1386. Como resultado, los lituanos se integraron en la órbita del cristianismo y de la civilización occidental.

Lituanos y polacos se unieron contra el enemigo común, venciendo a los caballeros de la Orden Teutónica en Grünwald, en 1410. Totalmente a la defensiva los teutones tuvieron que devolver Prusia occidental a los polacos, en 1466.

La reacción conjunta polaco-checa contra la dominación de Alemania coincidía con el declive de la colonización alemana. A mediados del siglo XIV, la emigración alemana hacia Prusia había decrecido. Los germanos fueron perdiendo aquellas regiones, como Livonia, en las que la conquista no se había completado con una intensa colonización.

Al mismo tiempo que terminaba la expansión germana y que desaparecía la supremacía italiana en Oriente, los navegantes portugueses y catalanes lograron los descubrimientos de las Azores, las Canarias y Madeira. Bajo el impulso del príncipe portugués Enrique el Navegante, estas islas fueron colonizadas, lo que permitió posteriores viajes hacia las costas del sur de África. Cuando Enrique murió en 1460, los portugueses habían alcanzado el golfo de Guinea. Europa se situaba, pues, en el umbral de los grandes descubrimientos geográficos.



Campesino de Bohemia. Los nacionalistas bohemios estimularon el movimiento husita a lo largo del siglo XV. Dibujo de la época realizado por Jacobo de Cesulis.



LA ALTA EDAD MEDIA

Introducción

El período comprendido entre los siglos XI y XV –fase central de la Edad Media– presenta en Europa una serie de corrientes ideológicas dispares. La antigua herencia grecorromana fructificó plenamente, y se unió con la idea germánica de «sociedad». A partir de ese momento, se sentaron las bases del desarrollo que tendría lugar desde el siglo XVI en adelante.

Si bien aquella época fue mucho más estática que la actual, de hecho se produjeron más cambios de los que corrientemente se le atribuyen, tanto en la estructura de la sociedad como en las ideas que la sustentaban.

Lo que confirió a la sociedad medieval su especial fisonomía fue sin lugar a dudas la influencia incuestionable de los principios ideológicos de la cristiandad, traducidos en el gran poder ejercido por el Papado desde los tiempos de Gregorio VII, a finales del siglo XI, hasta el pontificado de Inocencio III (1198-1216). A partir de entonces, el Papado perdió lenta pero perceptiblemente su autoridad y prestigio: el movimiento conciliar que surgió como consecuencia del Gran Cisma en el siglo XIV, cambió completamente la función del papa, sometiéndolo al poder del Concilio General. El papa, hasta entonces un monarca incontrolado e incontrolable, estaría ya definitivamente sujeto a la supervisión del Concilio, que actuaba como órgano representativo de toda la cristiandad.

Características similares tenían los gobernantes seculares de la Baja Edad Media, los cuales, mediante la aplicación de los principios cristianos, se convertían en «reyes por la gracia de Dios» –teócratas–, y hacían derivar su poder de la Providencia, administrada a través de la unción. Este tipo de gobierno excluía cualquier participación del pueblo en el poder. Ahora, en cambio el rasgo esencial de ambas instituciones, es decir del Papado y de la monarquía, estribaba en aceptar la absoluta sujeción de las personas al poder político. Este gran cambio proviene del siglo XIII, y aún hoy somos sus beneficiarios; fue entonces cuando los individuos se convirtieron en ciudadanos, comenzando a participar en las instituciones representativas del Estado, aunque ello fue utilizado por el poder secular para disminuir la autoridad de los papas y de los reyes teocráticos.

En la Alta Edad Media, Europa era a la vez un concepto geográfico e ideológico: la unidad de la fe cristiana defendida como ley de la Iglesia fue el factor que generó los nexos de unión entre las distintas razas y culturas, desde las islas Orkney a Sicilia, desde Suecia hasta Prusia, y desde las fronteras polacas a Castilla y Aragón, en la península Ibérica. Este conjunto no fue concebido como una unidad económica: los factores que lo unían fueron forjados a través de la amalgama de elementos ideológicos provenientes de la herencia romano-cristiana-germana. El núcleo interno de la comunidad europea de la Alta Edad Media fue religioso, y su estructura organizativa, totalmente eclesiástica. Ese mismo período contempló la escisión con Constantinopla, motivada por la divergencia de sus principios religiosos y eclesiásticos con los de Occidente. Así, el Imperio gobernado desde Constantinopla perdió su consideración de «europeo». Los límites de la tensión entre Oriente y Occidente, de la que hoy somos herederos, pueden delimitarse claramente a lo largo del horizonte medieval. Europa se correspondía con el legado romano-cristiano-germano, mientras que Constantinopla y su Imperio eran griegos, y por tanto estaban fuera de la órbita europea.

Las cruzadas asumen su especial significación dentro de los contornos de la tensión entre Oriente y Occidente. Nacen poco después de la ruptura formal con Constantinopla (1054) y dejan de organizarse a finales del siglo XIII. Fueron los primeros grandes movimientos de masas habidos en Europa. Militaristas en su concepción, religiosas en sus propósitos, derrochadoras de potencial humano y pródigas en afanes de protagonismos personales, las cruzadas aspiraron a recuperar los Santos Lugares del control de los musulmanes, propiciando además la conquista de Constantinopla, hecho que simboliza el sometimiento militar de Oriente a la dominación del Imperio latino. La supervisión y dirección de las cruzadas dependió del Papado, mientras que su ejecución estuvo comandada por nobles, reyes y emperadores. Las cruzadas contribuyeron también a ampliar el horizonte intelectual de sus integrantes, ayudando a romper el aislamiento que Occidente se había autoimpuesto.

En aquel período progresaron todos los aspectos de la vida, tanto los estatales como los sociales y económicos. Se desarrollaron nuevas técnicas agrarias e industriales. En Europa occidental, ferias y mercados se consolidaron como las zonas habituales para el intercambio de mercancías. El sistema bancario hizo su aparición. El movimiento comunal producía grandes beneficios al Estado, pues se basaba en un elaborado sistema de impuestos y tasas. Surgieron nuevas industrias, y las antiguas alcanzaron un gran desarrollo. Las actividades cobraron nuevo auge, al penetrar los religiosos hasta los territorios de Asia central cuando concluyó la convención cristiana de las regiones del nordeste de Europa.

En el transcurso del siglo XII, el progreso intelectual fue de gran envergadura. Fue la época de máximo esplendor de las escuelas monásticas y catedralicias, y del nacimiento de las universidades, que si bien en un principio se especializaron en leyes, filosofía y teología, muy pronto ampliaron sus programas hacia la ciencia. Con el tiempo, las exigencias sobre los planes de estudio aumentaron y durante el siglo XIV se incluyeron en los cursos universitarios materias tales como el griego, el árabe y el hebreo, así como la medicina. La proliferación de universidades en todos los países, desde Polonia a Portugal y desde Escocia a Hungría, indica que estas instituciones fueron la respuesta a las demandas educacionales y sociales. La institución universitaria fue una innovación genuinamente medieval, ya que en la Antigüedad no existió nada parecido, ni en toda la Edad Media hubo otras instituciones que la universidad pudiera tomar como modelo.

Fue asimismo la época en que florecieron gran número de sectas –heréticas, claro está, para la concepción de la época–. Se las combatió de manera diversa: por la persuasión, mediante la fundación de nuevas órdenes mendicantes (principalmente dominicos y franciscanos), y a través de la represión militar y jurídica de la Inquisición, cuyas sentencias eran ejecutadas por tribunales civiles. A lo largo del siglo XIII aparecieron signos inequívocos de que el orden tradicional no satisfacía a sus contemporáneos; los movimientos heréticos fueron uno de estos síntomas.

Lo que fácilmente puede observarse en el siglo XIII es una ampliación del conocimiento, que derivó en una verdadera revolución intelectual, especialmente gracias al redescubrimiento de las ideas de Aristóteles. Esto permitió el surgimiento de un mundo nuevo: el de la física. Fue en aquel siglo cuando se acuñó el concepto «ciencias naturales»: el hombre y la naturaleza comenzaron a ser objeto de investigación. El hombre mostró su capacidad, no ya para conquistar la naturaleza, sino para dirigir sus propios asuntos públicos, lo que significó la capacidad de gobernarse a través de los órganos representativos de su comunidad, plasmados en el Estado. Asimismo, el siglo XIII debe ser contemplado como la línea divisoria entre el mundo medieval y el mundo moderno. En este



siglo surgieron el naturalismo y el humanismo, a través de sus múltiples manifestaciones: en la enseñanza, en las artes, en la poesía, en las culturas autóctonas. Pero por encima de todo ello, destaca el nacimiento de la institución del Estado. La observación, la experimentación, la aproximación crítica y la autovaloración desplazaron la infalibilidad de una autoridad superior, en un proceso de incalculables consecuencias. El hombre se había liberado de la tutela providencialista, y como ciudadano podía elegir al gobierno. Tanto él como el Estado eran soberanos. Este es, pues, uno de los principales legados de la Edad Media, cuya decisiva influencia en nuestro propio mundo no ha sido aún debidamente reconocida.

Clemente IV inviste a Carlos de Anjou como rey de Sicilia en 1265. Los conflictos entre las autoridades políticas y el poder espiritual fueron numerosos a lo largo de toda la Edad Media. La supremacía de los monarcas en sus territorios y la unidad del cristianismo estaban en juego.

El Papado



La fuerza el Papado residió en la continuidad de su doctrina, basada en la autoridad de la Iglesia romana, doctrina que empezó a desarrollarse en el siglo V, y en el tiempo de Inocencio III alcanzó su máxima coherencia. Desde la cúspide de esta evolución y de este poder, hubo en el siglo XIII un progresivo declive de la autoridad papal, con las consiguientes repercusiones en toda la cristiandad.

La clave de estos cambios quizá deba buscarse en la misma «monarquía papal», la cual puede ser definida como el ejercicio de la suprema autoridad del pontífice sobre todos los aspectos de la vida cristiana, tanto temporales como espirituales. Con Inocencio III, su alcance era valorado como parte de la misión papal para dirigir la salvación de los cristianos por los caminos de la Iglesia, pero bajo sus sucesores, la defensa de la autoridad papal se convirtió en un fin en sí mismo. Al Papado le fue cada vez más difícil colmar las necesidades espirituales de la época, y éstas acabarían por demoler la autoridad de la Iglesia en la vida civil.

Inocencio III

El reinado de Inocencio III (1198-1216) fue crucial para el desarrollo de la «monarquía papal». Sin embargo, esto no significa que su reinado marcara un hito en la historia del Papado, ya que su concepto del pontificado fue el mismo que el de sus predecesores.

El Papado se mantuvo como una institución divina, situada jerárquicamente sobre la comunidad de fieles, la Iglesia. Cada papa era el sucesor directo de san Pedro, y como tal, era dueño del poder que el apóstol recibió de Cristo. Esta doctrina no se consolidó totalmente hasta que, en el siglo V el poder de la ley le confirió una mayor consistencia, lo cual fue posible gracias a un doble proceso: por un lado, el papa era reconocido como el único intérprete verdadero de la Biblia; por otro, la Biblia era considerada como un texto jurídico. Esto significaba que los cristianos estaban subordinados al Papado, tanto espiritual como jurídicamente. El papa se convirtió, pues, en el supremo juez y legislador de la sociedad cristiana.

La verdadera importancia de esta cuestión no se hizo patente hasta poco antes de la mitad del siglo XI. La lucha entre Roma y Constantinopla por la hegemonía de la cristiandad, acentuó las características de la autoridad papal. El resultado fue la incompatibilidad de cualquier poder civil con el control de la Iglesia, base de la gran controversia de la Investidura.

El principal oponente del Papado fue el emperador germano, quien no sólo ejerció un riguroso control sobre la Iglesia en sus dominios, sino que además reivindicó su derecho a ser la cabeza rectora de la sociedad cristiana, en oposición a la ideología papista. El resultado de la crisis de la Investidura no fue una victoria completa para el Papado, pues le supuso buscar un compromiso en la cuestión de los nombramientos eclesiásticos. Y aunque el papa fue universalmente reconocido por encima del emperador como única cabeza de la cristiandad, esto no resolvió el problema del Imperio.

Durante la segunda mitad del siglo XII el Papado tuvo que enfrentarse a dos grandes emperadores germanos, Federico Barbarroja y su hijo Enrique VI, ambos empeñados en restablecer la autoridad imperial. Se estableció una clara diferencia entre el poder espiritual y el temporal: el primero pertenecía al Papado, y el segundo era ejercido por el emperador. Las leyes romanas significaban un apoyo adicional a las reivindicaciones imperiales. El emperador reclamó, pues, ser el heredero de la suprema autoridad del emperador romano.

Ante tal reivindicación fueron necesarias amplias explicaciones, que culminaron en la idea de que el papa era el vicario de Cristo, la intersección entre el cielo y la tierra. Era, según dijo Inocencio III, «menos que Dios, pero más que los hombres». Situado por encima del reino de este mundo, su deber era velar para que a ningún cristiano le faltara la justicia, y él era el responsable del bienestar y buen gobierno de la sociedad cristiana.

Sin embargo, las relaciones entre el Papado y los gobernantes civiles exigían la concreción de unas bases fundamentadas. Esto llevó a considerar que los gobernantes eran parte de una jerarquía establecida por Dios para que sus propósitos fueran cumplidos, y por ello debía existir una división entre el poder civil y el Papado. De igual manera, era preciso que existiera una cooperación entre ambos, pero el punto vital era que la soberanía debía permanecer en manos el Papado.

Federico Barbarroja intentó dominar Italia. Para hacer frente a tal amenaza, el Papado se reafirmó en acentuar la división entre sus funciones y las del emperador, silenciando las reivindicaciones sobre su soberanía. De hecho el Papado pudo preservar su independencia gracias a las ciudades de Lombardía, que rechazaron el control imperial. Estas ciudades se unieron bajo el liderazgo de Milán, y con el apoyo del Papado construyeron la alianza conocida como la Liga Lombarda. En 1176 derrotaron a las tropas imperiales, en la batalla de Legnano. Era evidente que Barbarroja no podría dominar Italia; por tanto, decidió llegar a una serie de acuerdos con el papa. Más tarde, Enrique VI reanudó los planes para el control de Roma. Se casó con la hija del rey normando de Sicilia, para disponer de una base firme cerca de Italia; luego, planteó una serie de amenazas mucho más serias que las de su propio padre.

El período anterior al de Inocencio III no fue pues, muy halagüeño: soportó la

amenaza de los emperadores; Jerusalén no pudo ser reconquistada por la Tercera Cruzada; el anticlericalismo y la herejía eran males endémicos; el control papal sobre la Iglesia aún no era suficientemente fuerte, y en muchos aspectos se supeditaba a la influencia civil. Pero por otra parte, Enrique VI murió poco antes de la elección de Inocencio, y éste pudo imponer su propia solución a la disputa que surgió con motivo de su sucesión.

Durante el reinado de Inocencio III, el proceso político permitió el desarrollo de la «monarquía papal». La reafirmación de ésta no fue una ampliación de la autoridad del Papado sobre los asuntos temporales, ni tampoco el sometimiento de los territorios cristianos al control de la Santa Sede. Se trataba simplemente de mantener el orden de la cristiandad, y esto sólo podía cumplirse si el papa supervisaba todas y cada una de las facetas de la vida cristiana. «Nada de lo que sucede en el mundo —escribió Inocencio III— puede escapar de la mirada del supremo pontífice.»

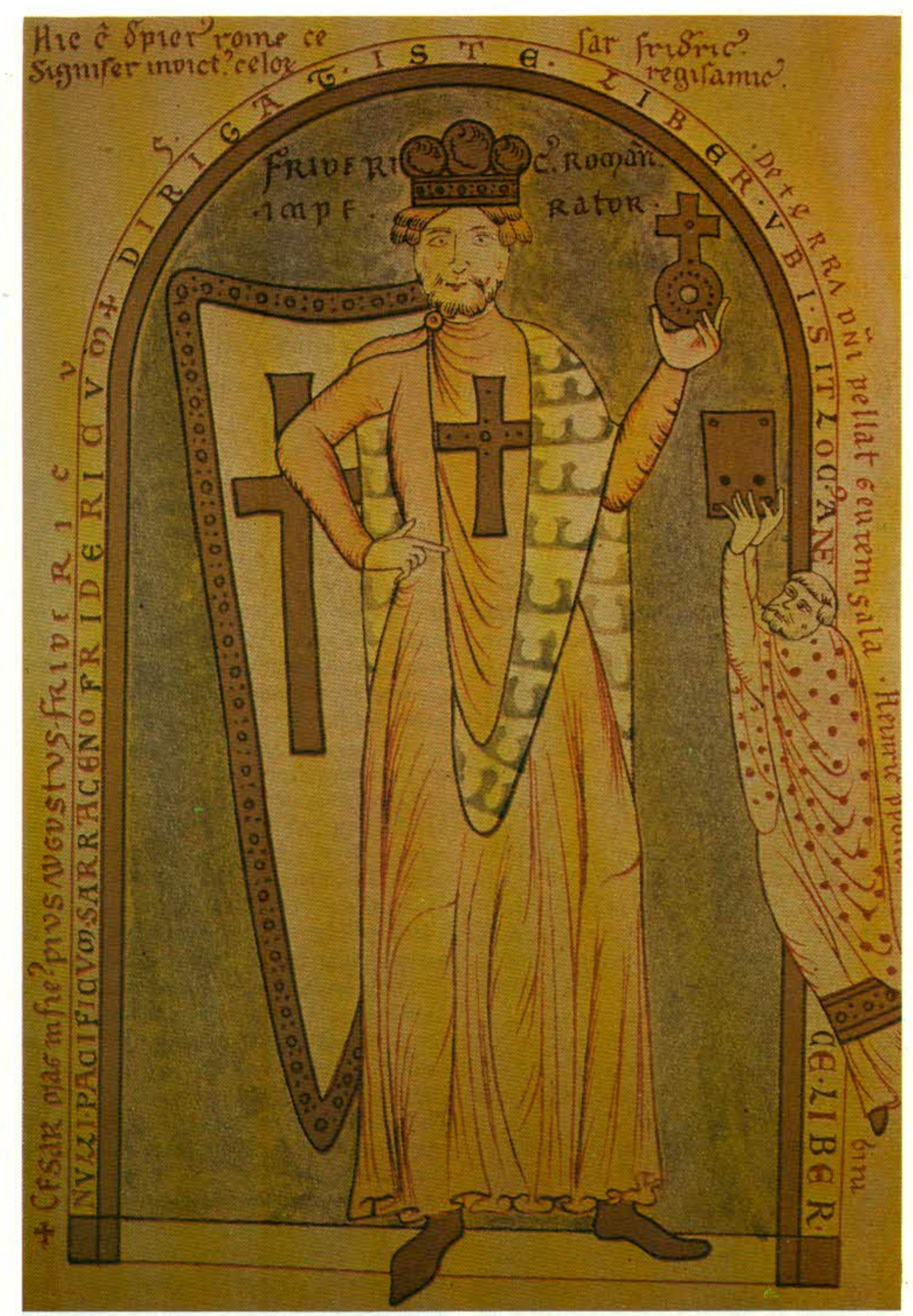
Inocencio procuró que los obispos fueran hombres fieles a su persona, pues eran instrumentos esenciales en el funcionamiento de la Iglesia. No interfería en las elecciones si éstas se desarrollaban correctamente, pero insistió en que las discusiones sobre cualquier elección le fueran referidas para que él pudiera juzgarlas, y hay que decir que en tales casos la decisión del papa solía ser aceptada. Urgió continuamente a los obispos para que no olvidaran su trabajo pastoral y elevaran el nivel del bajo clero.

Inocencio sintió especial preocupación por la conducta de los clérigos, ya que era importante que no causaran escándalo y mantuvieran elevada la moral de sus feligreses. El ritual del matrimonio debía ser estrictamente observado, y los clérigos estaban facultados para emitir juicios, tanto en los enlaces reales como en los de hombres y mujeres del pueblo.

La principal preocupación de Inocencio III fue posiblemente el problema de las herejías y la elaboración de respuestas adecuadas a las críticas de la Iglesia. Se enfrentó, en el sur de Francia e Italia, con la herejía de los cátaros, que creían en un «mundo de la carne» creado y dominado por el demonio, y en un «mundo del espíritu» creado y dominado por Dios. Esta dualidad era especialmente peligrosa para el Papado, que se esforzaba por reunir la cristiandad bajo un único criterio. Inocencio consideró que los herejes eran culpables de alta traición, dado que rechazaban la creencia en la unidad y se desviaban de la razón teológica. Por ello, fueron excomulgados.

Aunque el deber de los gobernantes civiles era ayudar a la exterminación de los herejes en su territorio, Inocencio recibió muy poca ayuda de Felipe Augusto de Francia en su lucha contra los cátaros del sur del país, conocidos con el nombre de «albigenses». La cruzada contra éstos fue dirigida por emisarios papales, y recibida con gran entusiasmo por los nobles del norte de Francia.

Existieron otros sistemas para combatir la herejía. Inocencio impulsó las nuevas órdenes de predicadores, dominicos y franciscanos, quienes utilizaban los mismos métodos que los herejes: iban a sus fortalezas predicando y celebrando reuniones públicas. De hecho, aquello tenía un significado más profundo: Inocencio



Federico I (hacia 1122-1190) del Sacro Imperio Romano Germánico, también conocido como Federico Barbarroja. Durante su reinado combatió el poder papal e invadió cinco veces Italia en su lucha contra los reinos de aquella península.

Página anterior, friso de la Puerta Romana, en Milán, en el que se representa a un grupo de ciudadanos milaneses que, conducidos por el arzobispo, escaparon de la ciudad sitiada por Federico Barbarroja. (Siglo XII.)

trataba de resguardar a la Iglesia, manipulando las fuerzas espirituales que hasta entonces se habían mostrado reacias a integrarse en la propia Iglesia.

El Papado se ocupó no sólo de la tarea de confirmar la fe cristiana, sino que además trató de extenderla por las zonas herejes o paganas. Por otra parte, tomó bajo su responsabilidad la protección de los Santos Lugares, y el propio Inocencio III se fijó como uno de sus objetivos primordiales la reconquista de Jerusalén. Así, al ser nombrado papa propuso de inmediato la realización de una cruzada. El fracaso de la Cuarta Cruzada, que partió de Venecia en 1202, defraudó las expectativas de Inocencio, pero la conquista de Constantinopla en 1204 fue de su agrado, pues le pareció la solución al conflicto entre Roma y Constantinopla por la supremacía en la Iglesia.

La actividad reformadora de Inocencio III culminó con el IV Concilio de Letrán, celebrado en 1215, en el que fueron promulgados una serie de decretos que sirvieron de base legal para el ejercicio del gobierno papal. Fue además el punto culminante del gran desarrollo de las leyes de la Iglesia, que se proponían conseguir una mejor definición de la autoridad papal. Asimismo, impulsó la uniformidad de todas las prácticas litúrgicas romanas.

La administración papal en Roma también fue reformada con el objetivo de extirpar la corrupción. Se reorganizó la cancillería y se intentaron solucionar los litigios acumulados en la curia. Funcionarios especiales trataron de obtener un incremento de los ingresos clericales, y en 1199 se instituyó la primera tasa del Papado en los impuestos eclesiásticos, para sufragar la Cuarta Cruzada.

El gobierno papal se fortaleció con la creación de emisarios pontificios, enviados por toda la cristiandad para ejercer la autoridad en las zonas desvinculadas del control directo de Roma. Los delegados mantenían unos consejos provinciales que facilitaban la puesta en práctica de la legislación papal, y además de ser agentes eclesiásticos, a menudo desempeñaban un importante papel en los asuntos políticos.

El principal objetivo de Inocencio III fue la reforma y el bienestar de la Iglesia, pero no pudo materializarlo sin chocar al mismo tiempo con los gobernantes civiles. Su reinado puso de manifiesto una cuidada apreciación de la naturaleza concreta que tenía la división de la autoridad entre el Papado y el poder civil. Una parte del deber de los reyes era ayudar a la salvación de su pueblo, pero el papa podía intervenir si consideraba que el rey faltaba a su deber, para salvaguardar a la cristiandad de cualquier peligro. Inocencio III intervino en muchos asuntos temporales, no porque fuera el supremo soberano de la cristiandad, sino porque el bienestar de la sociedad cristiana aparecía amenazado. Esto no significa que él reclamase el ejercicio de un poder indirecto en las cuestiones temporales, sino que por el contrario, intervenía directamente, aunque sólo en circunstancias excepcionales definidas previamente. Dos jerarquías, una de tipo temporal y otra de tipo espiritual, eran necesarias para la administración de los territorios cristianos; la reivindicación del papa era que su autoridad debía ser la suprema en ambos casos.

Para que el Papado pudiese llevar a cabo su misión debía liberarse de toda presión externa. Inocencio intentó asegurar ante todo el control sobre la ciudad de Roma, lo que consiguió tras soportar un exilio temporal. El paso siguiente fue recuperar el control papal sobre la zona central de Italia. Ello le permitió protegerse de sus enemigos y establecer las bases del poder temporal del Papado. Luego, obtuvo el reconocimiento de los derechos papales sobre una gran parte de Italia, y trató desde allí de organizar el Estado coherentemente, gobernando a través de rectores enviados desde Roma.

El mantenimiento del orden en la cristiandad requería que el trono imperial recayera en un candidato de su total confianza. La disputada elección que tuvo lugar tras la muerte de Enrique VI, en 1197, posibilitó que Inocencio III fuera el primer papa en situación de imponer el nombramiento. Eligió a Otón de Brunswick, pero éste resultó ser indigno del cargo, invadiendo el reino de Sicilia que estaba en manos de Federico —hijo de Enrique VI—, y amenazando los Estados Pontificos. Inocencio le excomulgó, y apoyó a Federico en su reivindicación del reino de Sicilia.

Inocencio tuvo pocos motivos para intervenir en los asuntos políticos de la cristiandad. Normalmente sólo intervenía en cuestiones puramente eclesiásticas. Su larga lucha con el rey Juan de Inglaterra surgió de la disputa sobre la elección del arzobispo de Canterbury, pues Juan se negaba a admitir al candidato nombrado por Inocencio. Inglaterra fue puesta bajo decreto de excepción en lo referente a funciones eclesiásticas, al igual que Noruega cuando el rey Sverre (1184-1202) rechazó las sugerencias de la Iglesia. Inocencio consideraba que su deber era pacificar el orbe cristiano. Así en 1199, la paz entre Felipe Augusto y Ricardo I de Inglaterra fue posible por los buenos oficios del papa. En 1204, cuando Inocencio trató de salvar a Juan y prohibir a Felipe que continuara la conquista de Normandía, éste se quejó de que interfería en una simple divergencia sobre materia feudal. Inocencio justificó su intervención sobre la base de que el orden moral estaba amenazado.

De todos modos, es cierto que el Papado utilizaba la presión feudal. En 1207 Polonia volvió a situarse bajo la protección del Papado, y el control feudal sobre Inglaterra se hizo realidad como resultado del sometimiento del rey Juan a Inocencio. Lo mismo sucedió en Sicilia, donde Inocencio utilizó su «señorío feudal», que se extendía desde Portugal y Aragón hasta Hungría, no para introducir un control directo sobre esos territorios, sino para asegurar unas condiciones favorables a los legados pontificios en la jerarquía local.

Inocencio legó a sus sucesores las claves de la política que debían seguir y los principales problemas a los que se debían enfrentar, pero su labor no tuvo continuidad después de su muerte. La herejía persistió, permanecían los problemas de la cruzada y de la Iglesia cismática griega, y el control sobre los Estados Papales estaba muy debilitado por las amenazas de origen interno y de Federico II. Éste, en 1220 añadió el título imperial a la corona de Sicilia, abriéndose una etapa de conflictos con el papa. El orden en el Imperio y en el reino de Sicilia pasó a ser un motivo de preocupación para el Papado.

El Papado en el siglo XIII: teoría y realidad

El siglo XIII fue testigo de una gran insistencia acerca del papel del papa como cabeza suprema de toda la cristiandad.

La esencia de la autoridad papal no se vio alterada: el pontífice continuaba siendo el «vicario de Cristo nombrado por Dios» y el ostentador del poder máximo en la sociedad cristiana. Velar por el bienestar de la cristiandad era hasta entonces el deber primordial de un papa. La cruzada contra los albigenses finalmente fue un éxito, y los franciscanos se dedicaron plenamente a liberar Italia de la herejía. La culminación de la labor de Inocencio III contra los herejes tuvo lugar con el advenimiento de la Inquisición, en los pontificados de Gregorio IX (1227-1241) e Inocencio IV (1243-1254).

Comenzó entonces a desarrollarse la actividad misionera hacia los mongoles. Inocencio IV envió varios emisarios a la corte mongol, tras el Concilio de Lyon, en 1245. En la misma época, se realizaron esfuerzos para que los lituanos y los cristianos ortodoxos de Rusia se sometieran al dominio papal, mientras que poco tiempo antes, la Orden de los Caballeros

Teutones se estableció en Prusia bajo el patrimonio del sumo pontífice.

Asimismo, se intentó implantar la supremacía papal sobre la Iglesia ortodoxa griega. Las negociaciones para ello comenzaron con Inocencio III, y continuaron de manera intermitente a lo largo de todo el período en que los griegos pretendían recuperar Constantinopla, hecho que se produjo en 1261. Tales esfuerzos culminaron en 1274 con el II Concilio de Lyon, que proclamó la unión entre la Iglesia griega y la Iglesia latina. La autoridad papal fue reconocida por el concilio y las prácticas latinas fueron introducidas en la Iglesia griega.

Gregorio X (1271-1276) convocó el Concilio de Lyon con el único deseo de alcanzar la unidad de la cristiandad ante la preparación de una nueva cruzada. Las cruzadas eran todavía el punto central de la política del Papado, preocupado por conseguir un control más estricto sobre las expediciones. Al igual que Inocencio III, los papas del siglo XIII poseían una respuesta fundamental ante la multitud de problemas planteados: la autoridad pontificia debía ejercer un control más riguroso en todos los aspectos de la vida cristiana.

El poder de los representantes pontificios en toda la cristiandad, una de las principales características del siglo XIII, contribuye a explicar la gran autoridad de los papas. Por otra parte, a finales del siglo XIII la administración papal creció desmesuradamente como consecuencia de un proceso de descentralización. Este aumento de la administración y los gastos de la acción exterior reclamaban mayores ingresos, y las fuentes de financiación basadas en los Estados Papales no eran suficientes. Con los impuestos sobre la renta de los ingresos eclesiásticos se costeaba la administración. La realización de los sagrados oficios por el papa pasó de ser una costumbre gratuita a ser una de las fuentes más lucrativas. Se fijaron también una serie de honorarios por la celebración de juicios ante la corte papal, y por la obtención de certificados y bulas a través de la cancillería. A pesar de todo, la sistematización de recursos no bastó para pagar el mantenimiento de la rápida expansión de los servicios civiles. El resultado de esta compleja situación fue la crisis que inició el lento declinar del Papado.

La lucha con el emperador Federico II

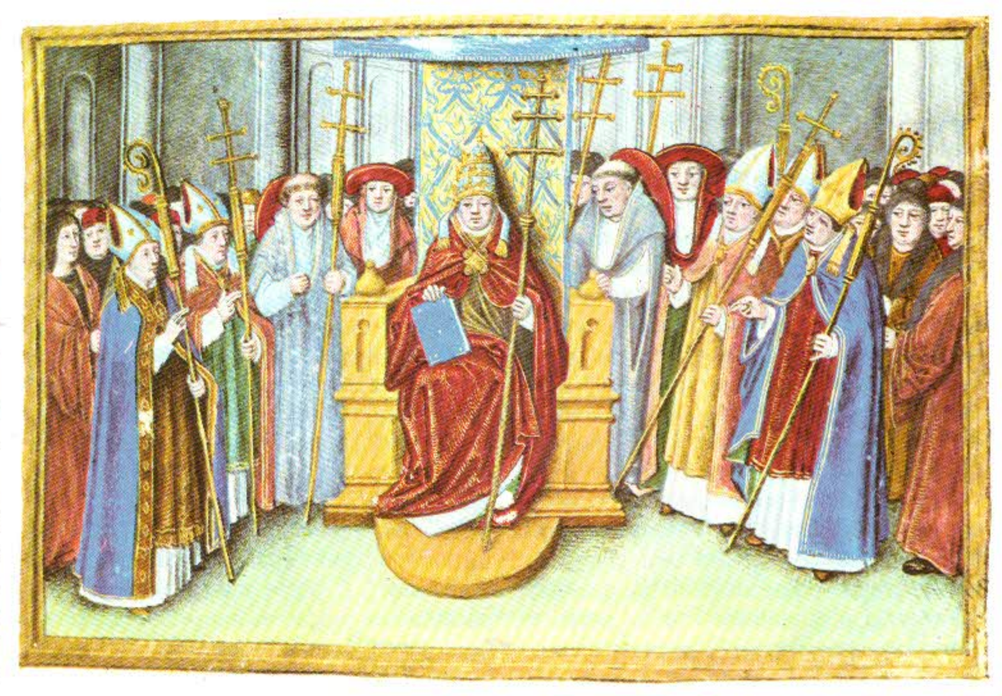
La poderosa centralización de la Iglesia y la importancia de la autoridad papal fueron, en parte, la conclusión lógica de la labor iniciada por Inocencio III, pero también el resultado de la reacción ante la amenaza representada por el emperador Federico II.

El emperador deseaba restablecer la dignidad y autoridad del cargo imperial, y esto sólo podía conseguirse mediante la limitación del poder papal al ámbito puramente espiritual. Para ello, Federico II se basaba en la suprema autoridad que la ley romana otorgaba al emperador, y en consecuencia, influenciado tal vez por las ideas de Aristóteles, reclamó una organización del Estado más humana y rechazó la tesis de la institución eclesiástica como el objetivo de la comunidad humana. Reclamó que el papa se sometiera a juicio ante un concilio general, pues sólo éste representaba a toda la Iglesia y fundamentaba el poder papal. Junto a esta cuestión de fondo, Federico II pretendía además incluir Italia bajo su tutela.

Federico había prometido a Inocencio III que devolvería el reino de Sicilia al ser emperador, pero no cumplió su promesa. La primera parte de su reinado la empleó en reorganizar el reino de Sicilia, poniéndolo bajo su control, como punto de partida para someter el norte de Italia.

Las ambiciones de Federico levantaron las sospechas del Papado. Una guerra no declarada existía ya desde 1229, cuando un ejército papal invadió Nápoles, además, apoyó la resistencia de las ciudades lombardas al dominio imperial, siendo este el motivo de que la Liga Lombarda reviviera bajo el liderazgo de Milán.

Sin embargo, las demás ciudades no se unieron a este movimiento. Pavía y Cremona, tradicionalmente enemigas de Milán, se alinearon con el emperador. Italia se dividió, pues, en dos grupos opuestos:





Arriba, Legenda aurea, *miniatura francesa del siglo XV en la que se muestra al papa con sus obispos, cardenales y diáconos. (Fitzwilliam Museum, Cambridge.)*

Abajo, primitiva miniatura medieval de Lorenzo de Durham, monje y erudito inglés. Tras la aparición de las universidades en el siglo XIII, los monasterios perdieron su importancia como centros culturales.

uno apoyado por el Papado, conocido como el partido de los güelfos; el otro, el de los gibelinos, que sostenía la causa imperial. Su rivalidad enfrentó a Italia durante casi dos siglos, dividiendo ciudades, patrimonios y familias. Los principales oponentes respondían más a sus intereses locales y particulares que a su lealtad ante el papa o el emperador. En Toscana, Florencia prestó su ayuda a la causa de los güelfos, mientras que su principal rival comercial, Lucca, se decantó por los gibelinos. Pisa, con una amplia tradición comercial con Sicilia y Nápoles, brindó su apoyo al emperador, y su gran rival, Génova, dio su confianza al Papado.

Los Estados Papales eran una fuente constante de conflictos. Federico necesitaba algún tipo de control para mantener sus líneas de comunicación entre Sicilia, Lombardía y Alemania. Por su parte, el papa Inocencio IV, consciente de que en Roma su libertad de acción estaba muy limitada por el poder imperial, huyó buscando protección fuera de Italia. En 1245, convocó un concilio general en Lyon y destituyó a Federico.

El emisario pontificio enviado a Alemania se aseguró de que Federico no obtuviera allí ningún apoyo, y por otra parte, el ejército de éste era débil, capacitado únicamente para dominar Lombardía. En 1248, el pequeño ejército de Federico fue derrotado en Parma por las fuerzas pontificias.

Federico murió dos años después, pero esto no significó el fin del conflicto, pues tanto los gobernantes alemanes como los sicilianos que le sucedieron, no se sometieron al control papal. Conrado, hijo de Federico, mantuvo la unidad, pero tras su muerte, acaecida en 1254, Sicilia y Nápoles cayeron en manos del hijo bastardo de Federico, Manfredo. En 1261 Manfredo estaba dispuesto a dominar Italia. Para impedirlo el Papado entregó el reino de Sicilia a Carlos de Anjou, hermano del rey francés Luis IX. En 1266 Carlos invadió Nápoles, derrotando y matando a Manfredo, y en consecuencia el reino pasó al poder de los angevinos.

El Papado tardó todavía bastante tiempo en hallar una solución satisfactoria para el problema. Pero, con la subida al trono de Rodolfo de Habsburgo parecieron resolverse los peligros que amenazaban al Papado: el nuevo emperador estableció una monarquía germana, con el consentimiento papal.

La crítica del Papado

La lucha con Federico II demostró el poder del Papado, pero puso de manifiesto nuevos peligros. El de mayor importancia fue la excesiva dependencia de la ayuda de los reyes de Francia, con la posibilidad de que los angevinos pudieran dominar Italia y hacer peligrar nuevamente la libertad de acción de los papas.

Por otra parte, el Papado recibía críticas cada vez más numerosas. Se decía que se preocubaba demasiado de los asuntos temporales, descuidando sus deberes espirituales, y que conservaba muy poco de los ideales apostólicos de pobreza. Estos argumentos fueron bien aprovechados por los partidarios de Federico II. Incluso un hijo tan predilecto de la Iglesia como san Luis se quejaba de las exacciones fiscales de Inocencio IV y de la cuantía de sus beneficios. Las sátiras contra la venalidad papal eran cada vez más virulentas. La gente cuestionaba los impuestos que pagaban los prelados consagrados por el papa, y las tasas implicadas en los servicios burocráticos de Roma. El incremento de los impuestos papales era, pues, extremadamente impopular, y generó grandes conflictos.

Con todo, las críticas contra el Papado no fueron nunca coordinadas, y a menudo no se trataba más que de simples cuestiones personales. Habitualmente, expresaban tan sólo una vaga inquietud por el porvenir de la Iglesia y se dirigían principalmente contra lo que se consideraba un exceso de poder, pero sin atacar directamente a la autoridad papal.

Pero aquella insatisfacción se hizo mucho más peligrosa cuando se combinó con otro tipo de problemas. El robustecimiento del poder civil fue uno de los más importantes. En un primer momento, este hecho fue bien recibido por el Papado, que no se percató de los peligros que comportaría, y lo contempló como un factor que reforzaría el orden en la sociedad cristiana. Y aunque se produjeron algunos enfrentamientos entre el poder papal y el real, se solucionaron sin violencia, pues tanto el papa como los reyes tenían un mismo concepto de la soberanía.

Por otro lado, el fortalecimiento del poder real durante el siglo XIII facilitó una mayor coherencia y unidad en los territorios pertenecientes al rey, y cobró fuerza la idea de que la lealtad al rey primaba sobre la debida al papa. En sus tierras, el rey no admitía otra autoridad por encima de la suya.

Estos desarrollos políticos estaban fundamentados en la expansión de las ideas aristotélicas, contrarias al núcleo central de la autoridad del papa: el poder político no provenía de Dios, y el Estado no era por tanto una creación divina. Aristóteles acentuaba el origen natural del Estado, cuyo poder era una capacidad inherente a su propia existencia. La soberanía residía en toda la comunidad, aunque en la práctica pudiera ser ejercida por un representante de ésta.

A ello debía añadirse otro cambio fundamental: todos los miembros de la comunidad tenían el derecho natural de participar en el gobierno del Estado.

Desde luego, estas ideas eran tan peligrosas para la autoridad real como para la monarquía del Papado. Sin embargo, los reyes pudieron integrarlas más fácilmente, pues el feudalismo les proporcionó una base: el poder del rey se apoyaba en una serie de gradaciones, limitadas por la contratación feudal con sus vasallos. El Papado no tenía, en cambio, ningún margen de acción. Los papas conocían las enfermedades de la Iglesia, pero sólo podían aplicar remedios anticuados: las cruzadas y la política centralista. El Papado no fue capaz de satisfacer las verdaderas necesidades políticas de la época. El alejamiento de la Iglesia respecto a la realidad social aumentó constantemente y a finales de la Edad Media el Papado tuvo que hacer frente a una serie de crisis, tanto internas como externas.

Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso

Las graves tensiones en la Iglesia se iniciaron en la época del acceso de Bonifacio al pontificado, en 1294. Su predecesor, Celestino V, había abdicado a causa de su supuesta incompetencia. Esto dio lugar a que la elección de Bonifacio fuese un tanto irregular. El colegio cardenalicio estaba muy dividido, y Bonifacio era criticado por los franciscanos, que anteriormente habían apoyado a Celestino. Las circunstancias que rodearon la elección debilitaron en gran manera el porvenir de Bonifacio.

Estos hechos fueron explotados por su principal oponente civil, Felipe IV de Francia (1285-1314). En 1296 brotó un conflicto sobre los impuestos eclesiásticos, aunque no guardaba relación directa con la verdadera lucha que comenzó en 1301. El pretexto fue un hecho trivial. Un obispo francés fue arrestado y juzgado ante un tribunal del rey, por haber calumniado al monarca. Bonifacio insistió en que el juicio se celebrara ante él, ya que los obispos estaban bajo la jurisdicción directa del papa. El motivo de la controversia no era tan importante como los principios que ocultaba, convirtiéndose en un conflicto entre dos conceptos opuestos de soberanía. Bonifacio restableció el mandato papal: el Papado poseía la «suprema autoridad», tanto en los asuntos temporales

como en los espirituales, y aunque Felipe estaba dispuesto a aceptar esa superioridad en el orden espiritual, exigía la soberanía sobre las cuestiones políticas de su reino.

El enfrentamiento dio lugar a una campaña propagandista defendiendo la posición de Felipe el Hermoso, en parte elaborada oficialmente, pero también inspirada por los eruditos de la universidad de París. Los dos temas esenciales de la defensa eran: primero, que el rey trataba simplemente de proteger su reino contra las reclamaciones del papa; segundo, que era preciso definir con justeza los límites de la autoridad eclesiástica y de la autoridad civil.

Uno de los propagandistas reales, más influenciado por Aristóteles, consideraba que se podía fundamentar el poder real, y que tal poder debía ser ejercido por el rey. En consecuencia, la Iglesia, dada su existencia temporal, debía someterse al rey. Tales reivindicaciones no eran muy distintas de las adoptadas por los defensores de Federico II, y de hecho les facilitaron la mayoría de los argumentos a los teóricos franceses. Incluso la estrategia de Felipe IV, de llevar a Bonifacio al juicio previo de un concilio general, tenía su inspiración en Federico II. Lo novedoso era que la propaganda francesa estaba firmemente arraigada en las ideas aristotélicas sobre el Estado.

Esta situación llevaba a una conclusión: el vencedor sería aquel que contara con el apoyo del pueblo francés y de la Iglesia universal. Sólo la mitad de los obispos franceses se adhirieron a las nuevas ideas, pero Felipe pudo demostrar que contaba con la adhesión popular: fueron convocadas asambleas representativas, para clérigos y para laicos, con la finalidad de extender los criterios reales. El rey actuó en esta disputa, no como un gobernante cuyo poder provenía de Dios, sino como representante de su pueblo y agente de la nación.

Mientras el prueblo francés apoyaba decididamente a su rey, la situación en Italia ponía de manifiesto la debilidad del Papado. Bonifacio contó con la ayuda francesa en la lucha entre güelfos y gibelinos, pero tuvo que afrontar la hostilidad de la familia Colonna. En 1303 el ministro de Felipe, Guillermo Nogaret, ayudado por los Colonna, hizo prisionero a Bonifacio en Agnani, con el propósito de enjuiciarle ante un concilio general. El papa fue rescatado por los habitantes de la localidad, pero murió a las pocas semanas, después de haber excomulgado al rey de Francia.

Felipe continuó su lucha contra Bonifacio aun después de su muerte. El problema que debían resolver los sucesores de Bonifacio, Benedicto XI (1303-1305) y Clemente V (1305-1314), era cómo llegar a un acuerdo con Felipe y defender al mismo tiempo la autoridad papal. Ambos papas deseaban absolver a Felipe de la excomunión impuesta por Bonifacio, y declararon que éste no tenía la intención de reclamar la soberanía del Papado sobre Francia, argumento que no obtuvo resultado alguno.

Felipe presionó al Papado, suprimiendo la Orden de los Templarios y amenazando con realizar un juicio póstumo a Bonifacio. Clemente V estuvo de acuerdo en celebrarlo y para ello mandó expurgar los archivos papales de toda prueba que pudiera resultar injuriosa para el rey de Francia.

El Imperio de los Hohenstaufen hacia el año 1250. El control de Sicilia por parte de Federico II encontró una oposición absoluta en el Papado, que se veía rodeado por un poder hostil a su política hegemónica.

Los papas de Aviñón

La necesidad de conseguir un compromiso con el rey de Francia fue una de las razones que indujeron a Clemente V a fijar su residencia en Aviñón. Desde allí seguía el concilio general, celebrado en Vienne en 1311. El papa necesitaba asegurarse de que el concilio sería controlado por el Papado y no por el rey de Francia. Por otra parte, el retorno a Italia no era posible a causa del gran desorden que allí imperaba: el conflicto entre güelfos y gibelinos se había reanudado tras la expedición italiana del emperador Enrique VII, en 1312.

Las relaciones de Felipe el Hermoso con los papas de Aviñón han marcado un hito en la historia de la Iglesia, aunque es necesario señalar que los papas de Aviñón continuaron reafirmando sus reivindicaciones sobre la «monarquía papal» y siguieron la política de sus predecesores.

El aparato administrativo desarrollado durante el siglo XIII alcanzó su punto máximo de eficacia con el pontificado de Juan XXII (1316-1334). El sistema fiscal del Papado fue regularizado, y se encontraron nuevas fuentes de recursos. Los recaudadores de impuestos tenían comisiones fijas y el poder de excomulgar si el contribuyente no pagaba. Al mismo tiempo, se amplió el sistema judicial para que pudiera solucionar el creciente volumen de apelaciones que llegaban al tribunal de la Sacra Rota Romana. Y la naturaleza de las riquezas papales fue cada vez más un asunto secreto.

Juan XXII intervino en apoyo de Eduardo II de Inglaterra respecto a los problemas con Escocia e Irlanda, ayudando a negociar la paz con los escoceses. Posteriormente, la tarea más urgente fue restablecer la paz entre Francia e Inglaterra. Desde 1337 a 1341, Benedicto XII prohibió a Felipe IV de Francia enfrentarse con Eduardo III. Cabe poner en duda la sinceridad del Papado en esta ocasión, pues el resultado de la intervención papal, aparte de conseguir la paz, fue asegurar que ninguna de las dos partes lograra la victoria, manteniendo así un permanente estado de guerra, muy conveniente para el Papado. Los franceses contaban con la ayuda económica papal, y el Papado hizo cuanto pudo para evitar que Flandes cayera bajo el poder inglés.

En esta cuestión el Papado estaba motivado por el deseo de preservar el sistema establecido, pues la defensa del orden vigente era esencial para la autoridad papal. Eduardo II se vio obligado a buscar apoyo en el Papado para afrontar la oposición de su nobleza, y Juan XXII desarticuló una alianza feudal que amenazaba a Felipe V de Francia.

Parecía, pues, que se allanaba el camino para el compromiso entre el Papado y los príncipes de la cristiandad. La presión popular había forzado al rey en numerosas ocasiones a legislar limitando los efectos de la preponderancia de la jurisdicción papal, pero esto no reflejaba la esencia de la política real. El Papado debía presentar sus candidatos a los grandes cargos eclesiásticos, pero siempre eran elegidos hombres que resultaran aceptables por el rey. En esta misma línea, era muy normal que el rey compartiera los impuestos del Papado.

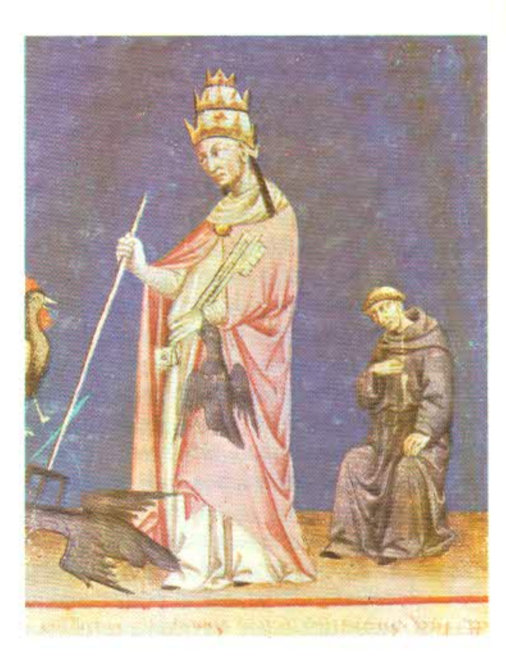
Este tipo de compromisos tenía sus raíces en el siglo XIII, o quizás antes, pero ahora se había convertido en el punto básico sobre el que se fundamentaba el poder papal. Por otra parte, persistía el descontento religioso. Los franciscanos resucitaron la pobreza apostólica, pero la postura de Juan XXII fue contraria, y en 1323 condenó la «doctrina de la pobreza». Asimismo, las soluciones de los papas de Aviñón eran siempre esencialmente administrativas, contribuyendo a burocratizar excesivamente la vida clerical.

El regreso a Italia

Los papas tuvieron siempre la intención de regresar a Roma. Los planes de retorno comenzaron con Juan XXII y Benedicto XII, que se trasladaron a Bolonia. Urbano V partió luego hacia Roma, pero tuvo que regresar a Aviñón. Era evidente que el Papado necesitaba del poder temporal para defender su fuerza espiritual y administrativa.

Existían dos obstáculos que frenaban las ambiciones papales. En primer lugar, las ciudades de Lombardía y Toscana, e incluso aquellas que más simpatía sentían por la causa del Papado, estaban dispuestas a tolerar sólo un mínimo control papal. Florencia, que se preciaba de ser la «hija predilecta» de la Iglesia, prefirió entrar en guerra con el Papado antes que consentir las interferencias del papa en Toscana. En segundo lugar, los propósitos del Papado entraban ahora en contradicción con las ambiciones del rey germano, Luis de Baviera (1314-1347), quien trató de aprovechar las ventajas de las luchas internas en Italia para replantear las reivindicaciones imperiales.

Tras la muerte de Luis en 1347, su rival, Carlos de Luxemburgo, fue reconocido como rey de Alemania, y fue coronado emperador en 1355, comprometiéndose a no interferir en los asuntos italianos. Esto le permitió actuar con plena libertad en las cuestiones internas de Alemania. Al año siguiente, sin embargo, excluyó la intervención papal en la elección a la corona de Alemania.



El gran cisma

Hacia 1376, la situación en Roma y en las regiones circundantes era lo bastante pacífica como para permitir el regreso de Gregorio XI. Sin embargo a su muerte, sucedida dos años más tarde, el Papado, que había sobrevivido a dos graves crisis externas, tuvo que afrontar una nueva crisis, ahora de tipo interno. El arzobispo de Bari fue elegido papa con la aprobación del pueblo de Roma, tomando el nombre de Urbano VI (1378-1389). Era tenido por una persona mediocre, y se esperaba de él que continuara permitiendo a los cardenales dirigir la política del Papado, tal como lo habían permitido los papas de Aviñón. En 1353 los cardenales acordaron un pacto electoral, mediante el cual obligaban al futuro papa a tomar las decisiones de gobierno de manera colegiada con el cardenalato. Los cardenales querían compartir el poder del Papado.

Sin embargo, Urbano VI rechazó la pretensión y entonces los cardenales decidieron que «no estaba capacitado para desempeñar tan alto cargo». En el verano de 1378, utilizando la excusa de que le habían elegido bajo coacción, procedieron a elegir un sustituto más acorde con sus pretensiones. Éste fue Clemente VII (1378-1394).

El cisma, en sus orígenes, fue una pura cuestión interna. Pero luego se complicó y motivó grandes dificultades políticas, ya que la Guerra de los Cien Años había dividido a Europa en dos grandes bloques. Aunque tanto Francia como los reinos de la península Ibérica se prestaron a exami-

nar las credenciales de los papas rivales, estaba fuera de toda duda que las alianzas se realizaban según los intereses políticos. Inglaterra y sus aliados apoyaron a Urbano VI, mientras que Francia reconoció a Clemente VII, que fijó su residencia en Aviñón.

El movimiento conciliar

La escisión amenazaba la supervivencia de la Iglesia. Pero, ¿cómo podía resolverse? Ninguno de los dos papas estaba dispuesto a renunciar. Por otra parte, no había institución alguna con autoridad suficiente para dilucidar el conflicto, por encima de ambos pontífices.

El «movimiento conciliar» fue principalmente un intento de solucionar el problema. No sirvió para facilitar un sistema coherente de gobierno para la Iglesia, pero a través de él pudieron detectarse fácilmente dos métodos distintos, correspondientes a dos conceptos diferentes de Iglesia. El primer punto de vista era el de la oligarquía clerical; el segundo el de la democracia. Por una parte estaban los cardenales, reivindicando que la solución del cisma era de su única incumbencia, argumentando para ello que el poder de la Iglesia residía en la corporación formada por el colegio cardenalicio, con el papa a la cabeza, y por tanto el papa era responsable sólo ante el colegio. Por otro lado, existía un extenso grupo partidario del movimiento conciliar como motor de la Iglesia; admitiendo que el papa era la cabeza de la comunidad cristiana, pero considerando que la soberanía no residía tan sólo en él, sino en todos los cristianos, representados por el concilio general, al que el papa debía subordinarse. Esta opción fue la inductora de la reforma de la Iglesia y del fin del cisma.

Sin embargo, los cardenales de Aviñón estaban dispuestos a imponer su solución. Contaban con el respaldo del rey francés, que esperaba la ocasión de desvincularse de la tutela papal. Pero el criterio de obligar a ambos papas a la abdicación —con lo que los cardenales hubiesen solucionado el cisma, mediante la elección de un nuevo papa— fracasó, al ser rechazado por Roma.

Los cardenales que estaban en desacuerdo con ambas tendencias celebraron un concilio general en Pisa, en el año 1409. Ambos papas fueron desposeídos, y eligieron a un nuevo pontífice, pero esta solución terminó en un nuevo fracaso. En ningún momento pudieron imponer sus sentencias de destitución, y sólo lograron que en lugar de haber dos papas, hubieran tres.



El papa Clemente V en La glorificación de la sabiduría, *pintura de Andrea di Bonaiuto del siglo XIV. (Iglesia de Santa Maria Novella, Capilla de los españoles, Florencia.)*

Página anterior, el papa Bonifacio III en una miniatura, Vaticinios sobre los Pontífices Romanos, *de Gioacchino da Fiore (hacia el siglo XV). Perteneciente a la aristocracia italiana, este papa fue un experto en derecho civil y canónico y un hábil diplomático. (Biblioteca Apostolica Vaticana, Ciudad del Vaticano.)*

El Concilio de Constanza

La única esperanza era un concilio general que propiciara la reforma de la Iglesia, pues el deseo reformador era cada vez mayor. Por una parte, estaban aquellos que, como Juan Hus de Bohemia, se sentían profundamente desilusionados con la Iglesia existente; por otra, había un estado de opinión ortodoxo que exigía una reforma distinta, pues pensaban que la propuesta de Hus representaba una amenaza para el orden establecido.

La reforma de la Iglesia fue el tema del concilio convocado en Constanza en 1414, pero la verdadera solución surgió a partir de los intereses políticos de los

reyes de la cristiandad. El concilio fue convocado por el papa de Pisa, Juan XXIII, a instancias del rey germano Segismundo, su verdadero promotor. Segismundo no estaba motivado por los ideales conciliares, y su deseo de reforma tenía una base política, pues calculaba que si era capaz de solucionar el cisma, sería reconocido como el principal rey de toda la cristiandad y podría imponerse al papa. Asimismo, el nuevo poder le permitiría reafirmar su autoridad imperial en Alemania. Sin embargo, sus intenciones no se vieron coronadas por el éxito.

No obstante, buena parte de los resultados del concilio se debieron a él. En base a su enérgica decisión, Juan XXIII fue destituido, el pontífice residente en Roma obligado a abdicar y el papa de Aviñón privado del apoyo civil. Pero el problema previo al concilio era proceder a una reforma general de la Iglesia, o bien elegir primero a un nuevo papa.

Siguiendo el modelo de las universidades, el voto conciliar fue concedido según las naciones. Ingleses y germanos votaron a favor de la reforma, mientras que franceses, italianos y españoles, respaldados por la mayoría de los cardenales, se decidieron por la elección previa. Se estableció una norma determinando que las conclusiones no podían ser objeto de rechazo. El concilio eligió papa a Martín V.

La victoria de la monarquía papal

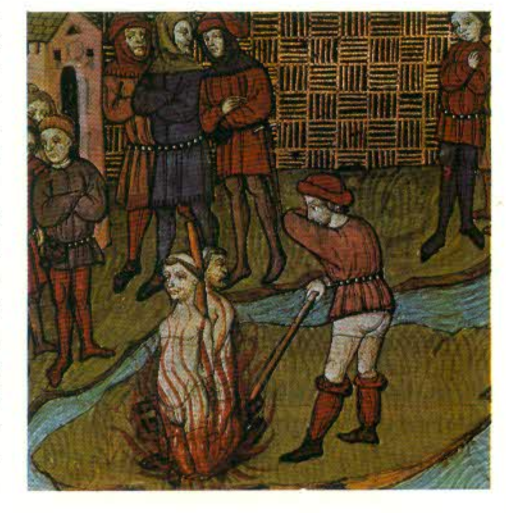
El Concilio de Constanza, que tanto prometiera en un principio, no pudo lograr una nueva estructura de gobierno para la Iglesia, sino que por el contrario, muy pronto quedó claro que el Papado reaparecía con su antigua autoridad casi intacta. Antes de que el concilio terminase, el papa Martín V había prohibido ya cualquier apelación, incluso conciliar, sobre materia de fe. Surgieron, además, dudas sobre la validez del decreto que proclamaba que el papa era responsable del concilio, pues Martín V no llegó a confirmarlo de manera específica. Regresado a Roma, se dedicó a restablecer el control del Papado sobre sus estados.

Martín V y su sucesor, Eugenio IV, no se opusieron a los concilios, pero dispusieron que debían estar sometidos a la autoridad del papa.

Las contradicciones internas del movimiento conciliar no tardaron en aparecer. El Concilio de Basilea, celebrado en 1431, no pudo hacer más que resistir los intentos de disolución de Eugenio IV, y soportar las presiones acerca de cuál debía ser el enfoque reformador de la Iglesia. ¿Debían concentrar sus esfuerzos en la administración papal, o empezar la reforma desde abajo? La mayoría de los altos cargos del clero abandonaron el concilio y se unieron a Eugenio IV, y aunque en 1439 el concilio proclamó su superioridad sobre el Papado, quedaba claro que no estaba en condiciones de ofrecer una alternativa real a la «monarquía papal», a causa del temor que inspiraban los principios democráticos en los que se basaba la tesis conciliar. Los laicos no pudieron intervenir en ninguna deliberación y el concilio actuaba más como un cuerpo autosuficiente, por encima de la sociedad, que como un representante de la Iglesia.

Se consolidaba así el restablecimiento de la autoridad papal, pues se reanudaron las alianzas con los príncipes de la cristiandad, ya que el papa necesitaba su ayuda en la lucha contra los conciliares. Pero este compromiso fue mucho más oneroso que el sostenido por los papas de Aviñón. El Papado se vio obligado a acceder ante un creciente control secular sobre la Iglesia.

La política de compromiso que fundamentaba este orden de cosas se inició con los papas de Aviñón, y sirvió para preservar las formas externas de la «monarquía papal», aunque eliminó gran parte de su contenido espiritual. La desilusión frente al Papado continuó creciendo, y llegó a representar un obstáculo para cualquier reforma de la Iglesia.



Clérigos, eruditos y herejes

«Carecer de dudas es mejor que adquirir grandes conocimientos, pero sin el conocimiento es imposible no dudar.» Las famosas palabras con las que Carlomagno (en un escrito capitular de poco antes del 800) anunciaba la política educacional de su Imperio, sentarían las bases fundamentales del pensamiento de Europa occidental, desarrollado entre los siglos XII y XV. La idea central de que todas las ramas de la actividad intelectual debían estar centradas en Dios y sometidas a los propósitos de Cristo, sería difícil de concebir en una sociedad moderna. Pero el mundo del conocimiento medieval es distinto. En realidad, la historia del pensamiento entre los años 1000 y 1500 puede representarse como el esfuerzo más ambicioso y sofisticado jamás sostenido por la razón humana, para comprender una divinidad que por definición estaba más allá de toda comprensión. Esta fue una de las paradojas que los pensadores medievales soportaron con la mayor de las enterezas. San Bernardo, san Francisco y muchos otros expresaron serias dudas ante la validez de las conclusiones basadas en una solución racional del problema, e incluso Abelardo, que fue posiblemente la figura más significativa del movimiento favorable a un pensamiento especulativo sin limitaciones, se vio enfrentado al mismo dilema. En sus famosas palabras dirigidas a Eloísa, tras su condena en 1141, decía: «Nunca seré un filósofo, si ello significa ir en contra de san Pablo. Nunca seré un nuevo Aristóteles, si ello me ha de separar de Cristo». Era casi inevitable que el conflicto condujese, si no a una herejía intelectual, sí a una desintegración de las primeras tentativas de sintetizar el conocimiento humano bajo la tutela de la divinidad.

El nuevo conocimiento y las nuevas leyes

La década inmediatamente anterior y posterior al año 1100 ha sido ampliamente reconocida como el período que inicia una gran revolución en la historia de Europa occidental. Fue fundamentalmente una nueva época, caracterizada por la adaptación de las enseñanzas de los primeros Padres cristianos y de Aristóteles a los propios objetivos intelectuales de la época.

El principal rasgo de la actividad intelectual del siglo XII, y posiblemente de toda la sociedad medieval, fue el esfuerzo de la Iglesia por definir su especial situación en la sociedad. Los miembros del clero, bajo el liderazgo de los obispos, los arzobispos y el papa, formaban una élite clerical, sin llegar a constituir una teocracia absoluta. La necesidad de resolver la ambigüedad de su papel en el mundo fue el móvil principal del surgimiento del nuevo orden.

El siglo XI contempló la primera tentativa masiva del clero para reivindicar una posición diferenciada frente al mundo laico. El ataque contra el matrimonio de los clérigos, la denuncia de la simonía y la obligatoriedad del celibato tenían como objetivo concretar el distanciamiento del clero frente a los feligreses.

Inevitablemente, este movimiento desembocó en una nueva y violenta fase de la compleja relación entre la autoridad espiritual y la secular. La controversia sobre la Investidura dio origen a un conflicto que no se resolvió hasta el Concordato de Worms, en 1122. Bajo la idea desarrollada por San Agustín y aceptada en toda la Edad Media, de que tanto el papa como el emperador —y subsecuentemente, los reyes y clérigos— eran agentes de la autoridad divina, los límites de la disputa tenían un trasfondo más temporal que espiritual.

El choque entre el poder espiritual y el temporal que tuvo lugar a fines del siglo XI propició un estallido simultáneo en el terreno de la literatura y la filosofía. Por primera vez en muchos siglos, había un interés coordinado por analizar y redefinir los conceptos teóricos que subyacían en el ordenamiento de la sociedad: la naturaleza de las leyes y del derecho, el origen y los límites de la autoridad.

No obstante, en un primer momento la controversia sobre la Investidura provocó un gran interés por el estudio de las leyes. Desde su comienzo, la reafirmación de la supremacía del Papado sobre sus rivales civiles encontró una jurisprudencia bien fundamentada. El método de argumentación y exhortación más familiar en la Iglesia era la apelación a los precedentes legales de la autoridad eclesiástica: este criterio se insinúa ya en el famoso *Dictatus papae* de Gregorio VII, del año 1075, que incluía la propuesta explícita de que el papa podía destituir al emperador. Este extremismo provocó la inmediata reacción de los laicos.



Los famosos amantes del siglo XII Pedro Abelardo y Eloísa, maestro y discípula que llegaron a tener un hijo. Abelardo se hizo monje y ella entró en un convento, pero su correspondencia continuó durante muchos años. (Musée Condé, Chantilly.)

Página anterior, arriba, el palacio de los Papas de Aviñón, una de las sedes pontificias, junto con Roma, Pisa y posteriormente Peñíscola, donde fijaron su residencia distintos papas durante el gran Cisma de Occidente.

Página anterior, abajo, Jacques de Molay, último dirigente de los Caballeros Templarios muere en la hoguera acusado de herejía. El poder y la riqueza de esta orden, fundada en el año 1118 para luchar en Tierra Santa, despertó el recelo de la Iglesia y la realeza europea, que cooperaron en su destrucción. (British Library, Londres.)

La participación de los laicos en los estudios de derecho y medicina en las universidades italianas fue uno de los rasgos más sobresalientes de la época, debido principalmente a que las ciudades italianas, excepto las del norte de los Alpes, poseían una élite semi profesional de juristas y letrados muy experimentados en la enseñanza de sus técnicas. Pero incluso en Italia fue el clero quien recogió los mejores frutos del renacimiento del saber. Durante la Edad Media, los defensores de la ley, o mejor dicho, de la causa imperial, eran en general clérigos y no laicos.

Asimismo, en Bolonia los estudios jurídicos fueron dominados rápidamente por los especialistas eclesiásticos en derecho canónico. El maestro Gracián de Bolonia, en su *Concordia discordantium canonum*, editada alrededor de 1140, consolidaba las fuentes legales y el régimen jurídico de la Iglesia universal. La obra de Gracián fue adoptada inmediatamente en todas las escuelas como la base del estudio de las leyes. En 1159 uno de sus discípulos predilectos, Rolando Bandinelli, se convirtió en el papa Alejandro III: la era de los grandes papas-legisladores había comenzado, y con ella aparecía el firme establecimiento de la Iglesia como corporación legal y católica, además de institución sagrada y apostólica.

Fe y razón

Antes de 1200, los más brillantes y profundos pensadores, entre los que se contaban san Anselmo de Canterbury (1033-1109), san Bernardo (1090-1153) y Pedro Abelardo (1079-1142), escribieron y razonaron con un criterio individualista. Opuestas en muchos aspectos, estas tres figuras son típicamente representativas de la etapa preuniversitaria.

A finales de siglo, los filósofos y teólogos, como individuos, comenzaron a tener menos importancia que el movimiento al que pertenecían. El escolasticismo se convertía, para bien o para mal, en algo más importante que el propio saber.

Durante mucho tiempo, el proceso intelectual dependió del tipo de materiales básicos disponibles. Los textos asequibles a los eruditos del siglo XII —la Biblia, los textos de los Primeros Padres y los de san Agustín— eran las guías teóricas para todos los niveles del pensamiento humano, complementadas por la influencia contemporánea de las ideas islámicas y los trabajos de interpretación de los clásicos realizados en España y Sicilia. La interpretación y copia de libros era una labor lenta y costosa. Muy pocos eruditos, incluso en las grandes escuelas catedralicias o en las universidades, disponían de una buena biblioteca. Tales limitaciones frenaron el desarrollo del pensamiento.

Por otra parte, existía una cierta difusión masiva de libros de texto, cuyos contenidos eran bastante mediocres. La *Concordia* de Gracián es un ejemplo de este tipo de libros. Su equivalente en el campo teológico fueron los *Cuatro libros de sentencias,* escritos en la primera mitad del siglo XII por Pedro el Lombardo, educado en Bolonia y Reims, y maestro en la escuela catedralicia de París desde 1140 hasta su muerte, veinte años más tarde. La compilación sistemática de los temas de la Biblia y de la patrística realizada por Pedro, determinó los principios y objetivos del pensamiento escolástico de los dos siglos posteriores.

El surgimiento en la segunda mitad del siglo XII de una crítica madura fue el resultado de un largo y difícil proceso de investigación. Ivo de Chartres (1040-1117) dedicó su atención a la necesidad de agrupar textos que fueran inteligibles. Probablemente bajo la influencia de los canonistas, Abelardo en su *Sic et non* de 1121, proporcionó una prueba correcta para demostrar que «la cautela y la búsqueda continua son la clave de la sabiduría», y que «la duda lleva a la investigación, y ésta permite alcanzar la verdad».

La inmensa influencia de Abelardo sobre el pensamiento filosófico y teológico no se vio disminuida por su tragedia personal ni por la censura eclesiástica. Con su ataque a la tesis platónica de las Formas y las Ideas («lo universal es sólo un sonido vocal», o como máximo una «imagen de la mente»), Abelardo liberó a la filosofía del peligro de convertirse en una confusa metafísica.

Con ello se inició uno de los mayores debates intelectuales de la historia. Las enseñanzas del siglo XII dejaron como herencia para el futuro la idea de que el deber de la Iglesia era reconciliar la «verdad divina» con la especulación racional de la mente humana. Tal intento no era nuevo, pero fue durante la época de Abelardo y sus sucesores cuando se hizo presente en todos los ámbitos intelectuales. El desarrollo y sofisticación del saber, junto a la idea de divinidad unida a la forma humana, proporcionaron a estas cuestiones una urgencia nueva. Antes del siglo XII, la teología apenas se conocía como materia independiente. Se la identificaba estrictamente para justificar la esclavitud del hombre por el demonio y la necesidad de una redención por una poderosa e inescrutable divinidad. Sin embargo, el nuevo énfasis puesto en la figura de Cristo como «Dios hecho hombre» (idea fundamental para el «humanismo» del siglo XII), proporcionó las bases para un análisis más optimista de la naturaleza de Dios como ente supremo.

Tal optimismo está ya presente en los escritos de san Anselmo de Canterbury. Es conocida la afirmación de Anselmo: «creo en lo que puedo comprender» (*«credo ut intelligam»*), y «la fe guía el conocimiento» (*«fides quarens intellectum»*); ideas compartidas también por san Agustín. Pero en su famoso estudio sobre la Expiación, el *Cur Deus homo?* de 1097, Anselmo señaló con novedoso énfasis la humanidad del «Dios hecho hombre», y durante los dos siglos siguientes esta doctrina tendría efectos muy estimulantes. Si Dios fuera hombre, aceptaría y aprobaría todas las tentativas humanas por comprenderle.

Esta creencia preside todos los escritos de Abelardo, y justifica lo peligroso de su aventura intelectual. Muchas de las opiniones de Abelardo fueron condenadas en el Concilio de Sens, en 1141, bajo la influencia de san Bernardo, quien equivocadamente creía que «este doctor prefiere el libre albedrío antes que la gracia divina». Pero el espíritu que guió las investigaciones de Abelardo sobrevivió más allá de su muerte. El punto de vista según el cual Cristo podía ser comprendido directamente por la mente humana fue el denominador común de diversos fenómenos de finales del siglo XII, tales como la expansión de la herejía, la aparición de las órdenes monásticas y el entusiasmo por una enseñanza académica y universitaria.

El problema de la herejía

El fermento social e intelectual del siglo XII consolidó la supremacía teórica de la Iglesia, aun a costa de enfrentarla con su más claro desafío. En el año 1000, la herejía organizada parecía haber desaparecido de la Europa latina. Sin embargo, en 1200 la herejía no era sólo un fenómeno común, sino además muy peligroso. Resulta difícil, por no decir imposible, realizar una exacta valoración de la gravedad de aquella amenaza para la existencia y cohesión de la Iglesia, pero lo cierto es que los sucesivos papas concedieron gran atención a aquel peligro. La necesidad de combatir y suprimir la herejía añadió una nota de urgencia a los trabajos de eruditos y teólogos.

La paradoja central de los movimientos heréticos del siglo XII fue que compartieron muchos de los principios e ideales de los propios reformadores de la Iglesia. La herejía pocas veces tomó la forma de un ataque frontal a las instituciones clericales, sino que generalmente fue motivada más por una profunda devoción, que por hosti-

lidad a los dogmas morales. Al igual que los primeros fundadores de las órdenes monásticas, los primeros herejes fueron inspirados, en su mayoría, por el deseo de recuperar la pureza primitiva de la vida comunitaria predicada por Cristo y sus apóstoles.

El desarrollo cronológico de la herejía medieval estuvo en consonancia con la expansión del poder eclesiástico y su influencia sobre Europa occidental. Hasta mediados del siglo XII había tan sólo un conjunto de doctrinas no ortodoxas, que cristalizaron en varias sectas organizadas y en comunidades, desarrollándose en el mismo momento en que las escuelas ortodoxas de pensamiento tomaban cuerpo a través de un proceso de coherencia académica. Hasta aquellos momentos la historia de la herejía, lo mismo que la del pensamiento abstracto, se plasmaba en una serie de individualidades aisladas, seguidas a veces por grupos de discípulos, pero que difícilmente eran capaces de promover un movimiento más amplio.

Sin embargo, en aquel primer período las opiniones heréticas eran ya condenadas, por muy académicas y esotéricas que pareciesen. San Bernardo realizó esfuerzos considerables para combatir la ingeniosa y «perversa» distinción planteada por Gilbert de la Porrée (1076-1154) entre la «esencia» y la «sustancia» de la divinidad. Pero ni Gilbert de la Porrée, ni su contemporáneo Abelardo, ni Berengario de Tours, que fue excomulgado en 1050 por su heterodoxa concepción de la Eucaristía, mantuvieron opiniones que puedan ser consideradas como el origen de la herejía popular. Arnaldo de Brescia (muerto en 1155) debió su multitudinario apoyo en Roma y en otras ciudades italianas, no tanto a sus doctrinas heréticas (según la tradición, era discípulo de Abelardo en París) como a su violento ataque a la propiedad clerical.

Mucho más peligroso fue el rápido crecimiento, en los años subsiguientes a la ejecución de Arnaldo de Brescia, de la secta cuyos miembros se hacían llamar «cátaros» (o «puros»). Conocidos en el sur de Francia con el nombre de «albigenses» —porque su centro era la ciudad de Albi, en el departamento de Tarn—, los cátaros debían buena parte de su éxito evangélico al argumento de la superioridad de su moral sobre la de los clérigos de la época. Lo peligroso de los cátaros fue su combinación de una doctrina bien definida y revolucionaria con una gran organización.

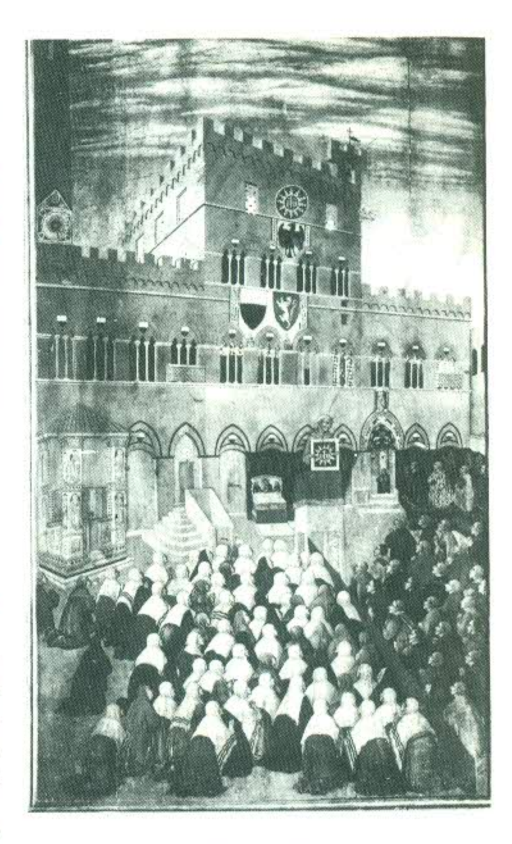
Aunque los cátaros del siglo XII permanecen como un oscuro movimiento, pues los indicios que se poseen sobre ellos han llegado a través de sus perseguidores cristianos, conocemos bastante bien algunos rasgos de su doctrina. Las enseñanzas cátaras se basaron en una especie de dualismo maniqueo, sintetizado aparentemente durante el Imperio bizantino, y en especial por la secta bogomila de Bulgaria: su severa antítesis entre los principios del bien y del mal utilizaba fundamentos intelectuales, y penetró en las conciencias del bajo clero y de las gentes humildes de las ciudades del norte de Italia y del sur de Francia. Para ellos, los cátaros sacaban su fuerza de la convicción de pertenecer a una secta exclusiva, en la que tanto sus responsables, los *perfecti*, como la mayor parte de sus fieles creyentes, los *credentes*, querían morir en la pureza y asegurarse una larga vida en el Paraíso.

Este credo se ganó las simpatías, el interés y el apoyo de la mayoría de los nobles del sur de Francia, una zona no sometida al peso de la reforma ortodoxa de la Iglesia. Afortunadamente para el Papado, la cruzada contra el catarismo anunciado por Inocencio III en 1208, tras el asesinato de su emisario en la corte de Raimundo VI, conde de Toulouse, desató las ambiciones de la nobleza del norte de Francia.

La experiencia de la herejía albigense dejó una herencia adversa a la Iglesia romana. El Papado se vio obligado a apoyar, inicialmente contra su propia voluntad, la creencia de que toda propuesta de reforma radical del clero era peligrosa. Los temores del papa a perder su liderazgo espiritual le llevaron a proclamar como herejía lo que, a comienzos del mismo siglo XI, había sido legitimado e incorporado a la doctrina de la Iglesia. La trágica carrera de Pedro Valdo (muerto en 1217) es un claro ejemplo de este proceso.

Pedro Valdo, un rico comerciante de Lyon, resultó tan impresionado por el Evangelio de san Mateo, que distribuyó su dinero entre los pobres y se convirtió en misionero predicador y mendicante. Sus seguidores, llamados «valdenses», se asentaron en la zona francesa de los Alpes, y en vano solicitaron que se les reconociera en el III Concilio de Letrán, en 1179. Cinco años después, el papa Lucio III prohibió la secta, obligándoles a elaborar su propio ministerio y su propio código moral. Únicamente después de que Inocencio III decretase su persecución en 1209, los valdenses comenzaron a atacar al papa, identificándolo con el Anticristo. La saña con que fueron atacados no pudo, sin embargo, exterminar a los valdenses.

Resulta comprensible que el IV Concilio de Letrán, de 1215, necesitase de la actividad de numerosos obispos para someter y juzgar a la ingente cantidad de personas sospechosas de herejía. El papa Gregorio IX, en 1233, dio a los frailes autoridad



San Bernardo (1090-1153) predica en la plaza mayor de Siena. La labor de este reformador cisterciense fue muy popular debido principalmente a su ortodoxia en temas bíblicos y su defensa, contra la corrupción eclesiástica de la época, de la caridad y la humildad cristianas.

total para procesar y sentenciar a los herejes en el sur de Francia. La delegación de la tarea de exterminar la herejía en las organizaciones y gobiernos locales fue muy provechosa desde el punto de vista administrativo, pero privó al Papado del control efectivo de los métodos de la Inquisición.

La irrupción de los franciscanos

«Y en vuestro camino predicad diciendo: El reino de Dios se acerca. Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, arrojad los demonios; gratuitamente lo recibís, dadlo gratuitamente. No llevéis oro ni plata ni cobre en vuestro cinto, ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero es acreedor a su sustento.» (Mateo, X, 7-10).

Estas palabras fueron interpretadas por san Francisco (1182-1226) como una llamada personal, cuando las escuchó en la iglesia de Portiuncula, a pocos kilómetros de Asís, una mañana de 1208. No cabe la menor duda de que san Francisco y su Orden fueron el factor determinante del despertar de la primitiva fe cristiana, durante los años que siguieron al Concilio de Letrán de 1215. Mediante la creación de un fuerte vínculo entre clérigos y laicos, los franciscanos, y en menor medida los dominicos, carmelitas y agustinos, ayudaron a salvar a la Iglesia establecida de la indiferencia y el desprecio, consiguiendo aplazar la desintegración de la Iglesia universal durante varias generaciones.

Las órdenes mendicantes (que vivían únicamente de las limosnas) de los primeros años del siglo XIII constituyeron una fuerza genuinamente revolucionaria obligada a favorecer unos fines conservadores. San Francisco se mantuvo siempre al margen de los demás fundadores de órdenes religiosas de la Iglesia católica. Contrariamente a san Benito y a san Bernardo, que vivieron en un período anterior, y a santa Teresa o san Ignacio de Loyola, que también le precedieron, san Francisco no pudo ni quiso proporcionar un código de moral o de conducta a sus seguidores. En una época en que el desarrollo de la Iglesia se caracterizaba por la amplitud de sus procedimientos legales y administrativos, él rehusó codificar sus principios y organizar a sus discípulos.

Esta actitud se basaba en dos profundas argumentaciones. La única guía necesaria para una existencia humana correcta era la propia vida de Cristo, y por esta razón la obediencia no debía estar sometida a ningún mandato que fuera en contra de cualquier concepción personal sobre la perfección espiritual. Según las palabras de la regla franciscana, modificada posteriormente, la *Regula prima* de 1221, «si algún superior ordena a un hermano hacer algo que va contra su propia vida o su propia alma, éste no estará obligado a obedecerle». En segundo lugar, la característica fundamental del mensaje de san Francisco es que iba dirigido —en nombre de Cristo— a todos los habitantes de la cristiandad, y por tanto a todos los hombres de la Tierra. Sus palabras eran: «En verdad os digo que el Señor ha elegido y enviado a los frailes para salvar a todos los seres del mundo». Ningún reformador religioso o líder espiritual había predicado antes un credo tan universal.

Los primeros mendicantes se separaron de los movimientos reformistas de la Iglesia que previamente habían intentado la creación de una élite santificada y contemplativa. Si los franciscanos y dominicos tienen antecesores, se les debe buscar en las filas de los herejes del siglo XII, y no entre las órdenes monásticas. Asimismo, cabe señalar la fascinante analogía entre la vida de Pedro Valdo y la de san Francisco de Asís, pues éste procedía de una rica familia urbana y renunció a sus bienes para convertirse en eremita. Su experiencia personal de pobreza no sólo le proporcionó recompensas religiosas, sino que también le permitió atraer a los pobres en los pueblos del norte de Italia. Se conocen muy pocos datos acerca de los orígenes sociales de los primeros franciscanos, pero parece cierto que fueron reclutados entre los niveles más bajos de la sociedad, y no en los monasterios o conventos.

Y algo más importante todavía: los mendicantes se dirigieron deliberadamente a las clases medias urbanas y a los trabajadores, cuyas necesidades espirituales nunca habían requerido la atención de las órdenes monásticas, ni al parecer de los clérigos de las parroquias. Muchos de estos últimos eran ampliamente criticados por su negligencia ante sus deberes pastorales, lo que contribuyó a que la presencia franciscana en las ciudades tuviera un éxito notable.

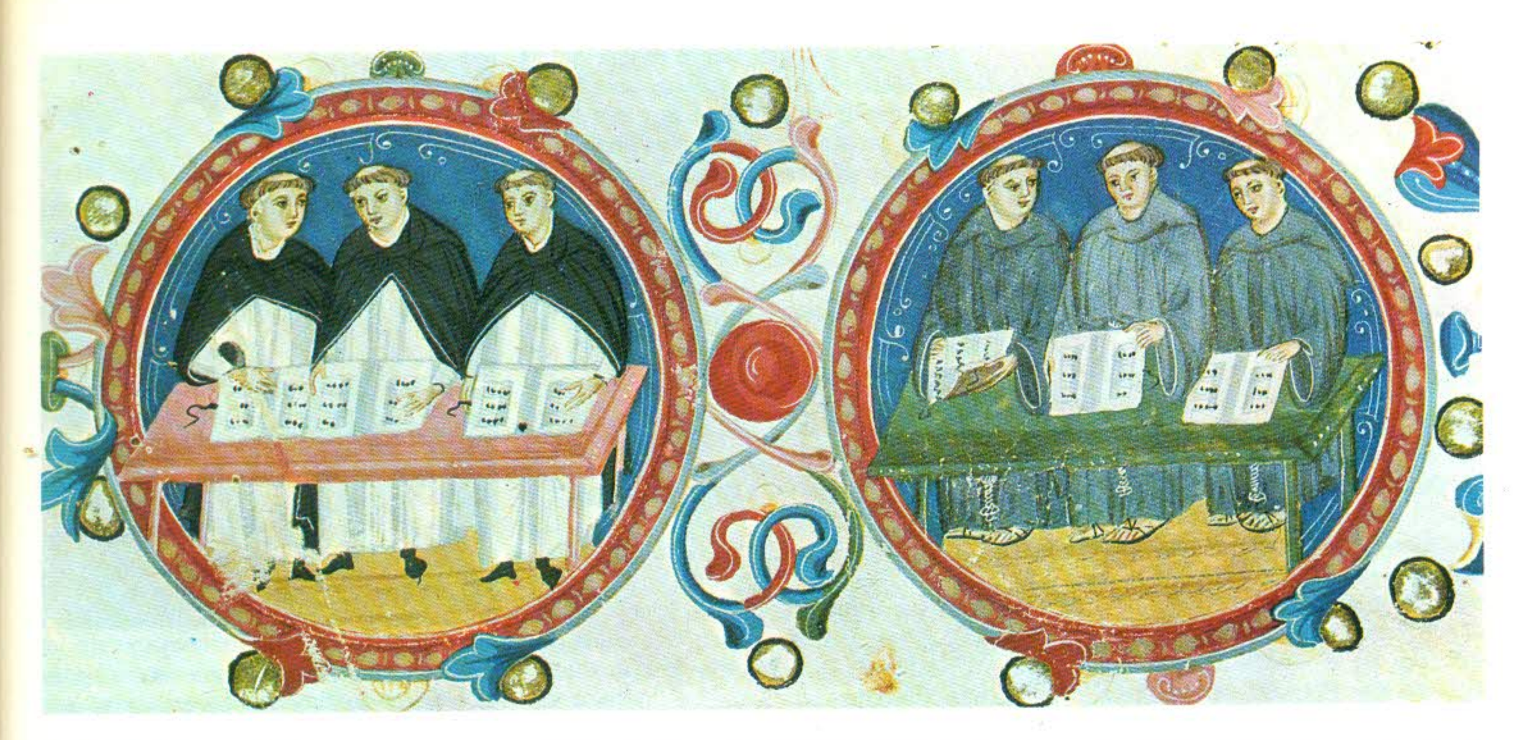
La pobreza apostólica, que implicaba una crítica de la lujosa existencia de las altas jerarquías eclesiásticas, tuvo un especial significación práctica y doctrinal en la historia de los mendicantes. Desde el origen del movimiento, era previsible que el hecho provocaría una gran controversia dentro y fuera de la Orden. Cuando en 1322 el papa Juan XXII condenó la tradicional tesis franciscana sobre la absoluta pobreza de Cristo y de sus apóstoles, tuvo que enfrentarse a los ascéticos espiritualistas que se establecieron en pequeñas comunidades de *fratelli*, principalmente en las colinas del sur de Italia. El desarrollo de un siglo de pobreza apostólica resultó crucial para el triunfo evangélico de los franciscanos, convirtiéndose en un movimiento que se propagaba de ciudad en ciudad, con unas características económicas y espirituales muy provechosas.

La movilidad de los primeros miembros de las órdenes mendicantes sorprendió a sus propios contemporáneos. A las seis semanas de su desembarco en Dover, el 10 de septiembre de 1224, el pequeño grupo de franciscanos que llegaron a Inglaterra establecieron tres importantes núcleos, en Canterbury, Londres y Oxford. Sin embargo, los dos viajes más ambiciosos realizados por san Francisco fueron por el sur de Francia y España, entre 1214 y 1215, y por el este de Europa y Egipto, en 1219.

La autonomía de que gozaron implicó fuertes críticas por parte de las otras órdenes. Aunque Inocencio III apoyó de manera provisional sus principios, proporcionándoles incluso su protección personal, se les indicó repetidamente la necesidad de que se sometieran a una normativa.

La paulatina transición desde el idealismo radical hasta el conservadurismo institucional fue un proceso tan familiar y decepcionante en la Edad Media como lo es en nuestros días, y los mendicantes se vieron expuestos a una feroz crítica. A finales del siglo XIII comenzaban ya a asumir el papel convencional que se les atribuía en la imaginación literaria y popular, pues se convirtieron en los chivos expiatorios de los pecados de los clérigos y de los suyos propios.

Por otra parte, es necesario señalar que en un primer momento la ideología franciscana incluía una manifiesta tendencia antiintelectualista. Pero lo cierto es que tras la muerte de san Francisco, en 1226, su Orden estaba muy próxima a las universidades. Todo evangelismo que deseara triunfar necesitaba una mínima argumentación intelectual: el combate contra la esencia de una herejía bien organizada exigía sutileza mental y profundos conocimientos. Esta fue una lección que aprendió el español santo Domingo (1170-1222) durante sus diez años de misión entre los albigenses del Languedoc. Los dominicos se dedicaron especialmente a combatir la herejía a través de la palabra. Tanto la necesidad de adquirir conocimientos, como el miedo, probablemente infundado, a una revitalización de la influencia académica del pensamiento herético llevaron a los dominicos y franciscanos a acudir a los centros universitarios, principalmente a los de París y Oxford.



Las universidades

Los frailes dominicos llegaron a París en 1217, y los franciscanos dos años más tarde. Ambas órdenes trataron de fundar escuelas para sus propios miembros contando con sus cofrades más inteligentes y preparados, que muy pronto se matricularon en las facultades universitarias de teología para obtener su graduación. El momento era muy propicio: en 1215 un emisario pontificio reconoció a los *studium generale* de París el derecho a elaborar sus propios estatutos. Durante los dos siglos siguientes, la grandeza de la «universidad más importante» estribó en ser el centro principal, en los estudios de lógica, metafísica y teología, de toda Europa occidental. La universidad de París llegó a monopolizar completamente las enseñanzas de alto nivel.

En Inglaterra, durante los primeros años del siglo XIII, la universidad de Cambridge se convirtió en el primer centro intelectual, junto con la de Oxford. El sur de Europa, durante este primer período del siglo XIII, conoció también una gran expansión universitaria. En Italia, Bolonia continuó destacando sobre las demás ciudades. Las universidades de Vicenza (1204) y Padua (1222) fueron, en realidad, producto de las migraciones estudiantiles provenientes de Bolonia. La de Nápoles fue fundada posteriormente por Federico II, en 1224. Las universidades españolas de Palencia (1208), Salamanca (1220) y Valladolid (1250) fueron promovidas por un príncipe. Todas ellas siguieron el modelo de Bolonia, y se centraron en el estudio de las leyes.

Las universidades francesas de este período, Angers (1229), Toulouse (1229), y Orleáns (1235), destacaron por sus aportaciones a la enseñanza de las leyes civiles y canónicas. En Montpellier surgió en 1137 una célebre escuela de medicina, que fue rápidamente eclipsada por su homónima de Salerno.

Todas las universidades del sur de Europa tuvieron una especial significación, tanto en el terreno social como en el cultural, y sirvieron para la propagación del ideal del sabio profesional y cosmopolita (Tomás de Aquino estudió en la universidad de Nápoles durante cierto tiempo, antes de trasladarse a París en 1245). Pero la injerencia de los soberanos y papas de la época les impidió una investigación libre y especulativa.

La época de la síntesis

Al igual que las universidades de todas las épocas, las del siglo XIII europeo debían su vitalidad a la tensión existente entre ellas y la sociedad y la cultura contemporáneas.

Por una parte, la mayoría de los pensadores más activos del siglo XIII eran clérigos: Alejandro de Hales y su discípulo Buenaventura pertenecían a la orden franciscana, mientras que Alberto Magno y Tomás de Aquino eran dominicos. Los miembros de las órdenes mendicantes suministraban hombres dotados de una gran perseverancia y cohesión que la compleja estructura universitaria no hubiera podido proporcionar por sí misma. Los intelectuales dominicos y franciscanos, que eran educados previamente en las escuelas de su propia orden y se les permitía acceder directamente a la facultad de teología, po-



Arriba, frailes dominicos en una miniatura de la Summa theologica *de Santo Tomás de Aquino (1225-1274) del siglo XIV. Esta orden, fundada en el año 1206 por el español Domingo de Guzmán, recibió la aprobación del Papado en 1216.*

Abajo, miniatura de una escuela medieval. Toda la educación del siglo XIII estaba en manos de los monjes y frailes, e incluso los graduados universitarios acudían a ellos para ampliar sus estudios. (British Library, Londres.)

seían una voluntad de saber que les convirtió en los líderes del pensamiento especulativo.

Al mismo tiempo, la rivalidad surgida entre ambas órdenes, y la envidia existente entre los maestros laicos, tendieron a polarizar la actividad intelectual desarrollada en tan importantes escuelas.

Una influencia más directa fue el profundo impacto causado por la obra de Aristóteles. Numerosas traducciones habían llegado a Occidente, habitualmente a través de los árabes, en la primera mitad del siglo XII, pero fue después de la fundación formal de las universidades cuando las traducciones realizadas al latín directamente del griego revelaron las premisas básicas del pensamiento aristotélico. Por primera vez, los filósofos medievales se hallaron ante un análisis del universo, detallado, comprensible y aparentemente acabado, en el cual el Dios cristiano no tenía cabida. Por eso, en 1220, el papa Gregorio IX amonestó a la universidad de París por la utilización de textos aristotélicos no «purificados» previamente.

El gran desafío del aristotelismo en aquella época tuvo tres respuestas decisivas. La primera fue la de los llamados «averroístas latinos», cuya aceptación de los principios filosóficos aristotélicos les llevó a la crisis del vínculo entre razón y fe, y les condujo directamente a la herejía. La segunda, más decisiva fue esencialmente conservadora, y parte de la oposición entre el aristotelismo y el agustinismo, pues éste acentuaba la supremacía de la revelación sobre la razón. La tercera, de mayor influencia, fue realizada esencialmente por Tomas de Aquino y sus discípulos, quienes incorporaron las enseñanzas de Aritóteles a los puntos de vista del mundo cristiano, elaborando la gran síntesis originalmente planteada por su maestro Alberto Magno. Cuando murió en 1274, Tomás de Aquino había escrito un gran número de obras, separadas en el tiempo, con implicaciones a veces conservadoras y en ocasiones progresistas.

Para los modernos filósofos, la idea de Aristóteles acerca del papel básico de la percepción sensorial como punto de partida de la epistemología («no existe nada en el intelecto que antes no haya sido apreciado por los sentimientos»), es la clave de su importancia. Para los pensadores medievales, a pesar de las graves dudas que suscitó, santo Tomás se convirtió en la figura central de la filosofía pues sus especulaciones señalan el punto culminante del esfuerzo por situar la razón al servicio de la fe. Y, de hecho, su obra fue esencialmente conservadora, pues él mismo era muy consciente de formar parte de la élite religiosa de la cristiandad, y nunca llegó a cuestionar la exaltación de la Eucaristía ni la importancia del clero.

Igualmente, es evidente que sus ideas jamás le produjeron problemas en vida ni provocaron investigación alguna, cosa muy habitual en aquel período, a pesar de lo cual sus contemporáneos desconfiaron de la calidad espiritual de su obra, y tres años después de su muerte, la mayor parte de los elementos aristotélicos de su pensamiento fueron oficialmente condenados por el arzobispo de París.

Racionalismo y ciencias naturales

Se ha dicho que los pensadores del siglo XIV estuvieron más obsesionados por los límites de la razón que por su verdadera profundidad, pero los trabajos de hombres como Duns Scoto, Guillermo de Ockham y Marsilio de Padua se fundamentaban en premisas diversas y llegaron a conclusiones distintas. Lo que realmente sorprende es el fracaso de las universidades en el intento de conciliar el pluralismo intelectual existente.

La historia del pensamiento, como la del arte, suele desarrollarse cíclicamente, y es inevitable que unas teorías filosóficas de gran coherencia sean continuadas por un largo período de críticas inconexas. De manera especial, cabe destacar que las técnicas más poderosas del siglo XII se convirtieron en las desventajas más importantes de los últimos años de la Edad Media. La sistematización de la lógica y de la dialéctica como armas fundamentales de la actividad intelectual generó un gran abismo entre vida y pensamiento. La preponderancia de la teología, que en un principio fue liberadora, propició la inhibición de una investigación filosófica independiente. Los intelectuales del siglo XIV se dirigieron al mundo moderno con mayor fuerza y coherencia que los de cualquier otro período medieval, pero fueron los últimos representantes de un objetivo común que ya agonizaba.

Es aceptado comúnmente que las tres principales figuras de la reacción crítica frente al tomismo (Tomás de Aquino), y frente a las autoritarias reivindicaciones de la Iglesia, fueron Duns Scoto, Guillermo de Ockham y Marsilio de Padua. De todos ellos, Duns Scoto fue sin lugar a dudas la personalidad más compleja, y probablemente el pensador más profundo. A su muerte, sucedida en Colonia (1308), a la edad de 48 años, el «doctor sutil» dejó abierto el camino de la ruptura con las posiciones intelectuales del siglo XIII. En realidad, sus obras, y especialmente sus



dos *Comentarios de sentencias*, son una muestra de su pugna en contra de las conclusiones de santo Tomás, a la luz de su condena parcial por el arzobispo de París, en 1277.

Al igual que Tomás de Aquino, Duns Scoto partió del pensamiento de Aristóteles, pero con el paradójico propósito de liberar a la teología cristiana del dominio de la filosofía pagana. Duns sustituyó el énfasis tomista sobre el conocimiento y la razón por el refuerzo de la supremacía del amor y la voluntad de Dios. Si las acciones divinas se deben a la voluntad de Dios, no existe ninguna posibilidad humana que pueda explicarlas de manera satisfactoria, y por consiguiente la naturaleza de la voluntad divina está por encima de la búsqueda racional. Por otra parte, Scoto creía que la razón humana y la revelación divina eran complementarias, y que no podían entrar en contradicción.

Guillermo de Ockham (1300-1349) fue quien dio el paso trascendental, al negar la existencia de cualquier conexión entre razón y fe, asestando de este modo el golpe mortal a los fundamentos sobre los que estaban basadas las estructuras intelectuales de los siglos XII y XIII. La premisa básica de Ockham fue la soberanía del ente individual, que era lo único «real» y lo único factible de «ser conocido». Para él, el empleo de términos y conceptos abstractos destruye la claridad de percepción y comprensión. «Los entes no se multiplican sin necesidad» *(«entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem»)*. Si la intuición superaba a la abstracción como método del conocimiento, la vía hacia el agnosticismo intelectual quedaba abierta: como Dios nunca podía llegar a ser conocido de manera intuitiva, su existencia no podía ser demostrada. Esta idea causó un profundo impacto en la teoría política de la época. La dogmática papal de la supe-

rioridad de la decisión divina no era sostenible en un mundo en el que no podía certificarse con seguridad la existencia de Dios.

El enfrentamiento de Ockham con el Papado en el siglo XIV fue compartido por su contemporáneo Marsilio de Padua (1275-1342). Al aceptar el planteamiento básico de que la naturaleza de la intervención divina en la tierra debía ser aceptada mediante la fe y no podía ser explicada por la razón, Marsilio intentaba restablecer la concordia. Pero en su *Defensor pacis,* terminada en 1324, predicó el sometimiento de la Iglesia al Estado, dado que la autoridad provenía del pueblo soberano. El Papado no tenía jurisdicción ni en el campo temporal ni en el espiritual, si bien en este último la autoridad principal debía estar en manos de un concilio general que representara a la vez los puntos de vista clericales y laicos. Estas premisas, asociadas al escepticismo filosófico de Ockham, lograron en breve un gran éxito teórico en el movimiento conciliar. Su efecto fue sin embargo mucho más revolucionario, ya que atacaba el núcleo central de las tesis medievales sobre el autoritarismo eclesiástico y el derecho de la Iglesia a conducir los destinos de los hombres.

La teoría del conocimiento de Ockham tuvo asimismo efectos revolucionarios en el campo de la investigación científica. El siglo XIII conoció un importante desarrollo de la matemática, la óptica y la astronomía. Sin embargo, la falta de comunicación restringía el conocimiento de los nuevos descubrimientos a un pequeño círculo de universitarios, que a menudo no estaban interesados en la aplicación práctica de sus teorías.

La obra de Roger Bacon (1214-1292), realizada en París y en Oxford, es uno de estos ejemplos. Era común que se elaborara una investigación racional, realizando previamente gran número de trabajos experimentales.

La primera constatación —provisional en sus comienzos— de que se había abierto un abismo entre el conocimiento natural y el sobrenatural está presente ya en las bases del renacimiento científico de la universidad de París, en los últimos años del siglo XIV. Juan Buridan (1300-1358) y Nicolás Oresme (1320-1382) compartieron las preocupaciones de Ockham respecto a la dinámica, un tema que resumía los problemas de la realidad física y su causalidad.

A pesar de los esfuerzos realizados, el estudio de la ciencia en las universidades medievales quedó aprisionado en un callejón sin salida. La dedicación de los eruditos franceses no pudo prevalecer contra las limitaciones tecnológicas de la época y la desorganización de la universidad de París, motivada por el resurgimiento de la Guerra de los Cien Años.



Un abad recibe una bolsa de dinero por aceptar como novicio a un niño. Como centros de aprendizaje, propietarios de tierras y principal fuente de personal para el servicio civil del reino, los monasterios podían formar con garantías de éxito a los jóvenes de talento.

Página anterior, fresco de la iglesia de Santa Maria Novella, en Florencia, en el que se representa a san Pedro, santo Domingo y santo Tomás de Aquino refutando los argumentos heréticos.

El fin del universalismo

Aunque la síntesis intelectual tomista fue devorada por los efectos que ella misma originó, de hecho tampoco hubiera podido sobrevivir a los cambios políticos, sociales y económicos del siglo XIV. El declive de la autoridad ecuménica del Papado, el fracaso del ideal internacionalista de las cruzadas, la explosión de la guerra en el norte de Europa, y la crisis económica que precedió y siguió a la aparición de la peste bubónica, eran síntomas de la desintegración general del mundo anterior. En Europa occidental, este fenómeno es visible en términos geográficos concretos: las tendencias provinciales triunfaron sobre la autoridad central y las exigencias de un dominio universal. La historia política de Alemania después del período 1257-1275, en que el país carecía de gobierno efectivo, es un ejemplo clásico del triunfo de las fuerzas anticentralistas a costa del poder imperial. Este desarrollo fue paralelo en Italia y Francia.

Debe señalarse que el rasgo que tipificó la unidad política de la «época de Petrarca y Chaucer» fue la reivindicación del concepto dinástico y a veces el de «ciudad»,

frente a los de «nación» y «estado». Por otra parte, la nueva articulación política localista ayudó a promover un rápido desarrollo cultural e intelectual, perfectamente diferenciado en toda Europa. En este ámbito, jugó un papel decisivo la «corte del príncipe», un entorno social que actuaba como una fuerza magnética sobre artistas y escritores, de un modo que en la época de Abelardo y Tomás de Aquino hubiera sido impensable.

Sería erróneo establecer una línea de separación entre el mundo de la «corte» y el de la «universidad», ya que una de las funciones sociales más importantes de esta última institución era preparar a los clérigos más inteligentes, e incluso a gran número de laicos, para el servicio del príncipe. El grupo de escritores que se reunieron en torno a Carlos V de Francia y sus hijos, a finales de siglo, guardaron siempre profundos vínculos con la universidad de París, en la que habían realizado sus estudios. Por otra parte, y este era su rasgo principal, la «corte del príncipe» animaba a sus miembros, eclesiásticos o laicos, a que adoptasen un enfoque más secularizado de la vida y del conocimiento que el vigente hasta entonces en la universidad medieval. Un claro ejemplo de esta situación fue la tentativa de Boccaccio (1313-1375) de estudiar las leyes canónicas, intento que pronto abandonó, mientras que es probable que Geoffrey Chaucer (1345-1400) nunca experimentara los dudosos beneficios de una educación universitaria.

Boccaccio y Chaucer son literatos especialmente relevantes por su contribución esencial al desarrollo de sus respectivas lenguas. El siglo XIV fue decisivo en el nacimiento o el resurgimiento de las literaturas de Europa occidental, una nueva amenaza, aunque indirecta, para la hegemonía de la universidad medieval. Con todo, el latín permaneció como la lengua idónea para la realización de un trabajo intelectual serio, y sirvió para estimular a los humanistas italianos del siglo XV, que intentaron revitalizar el latín de Cicerón como lengua autosuficiente.

Lo más significativo es que el siglo XIV reveló las ventajas de la lengua hablada como medio de instrucción y consolidación de la propia Iglesia. Una gran parte del clero parroquial de la Edad Media era incapaz de leer el latín de los textos sagrados, y sólo los trabajos de Ockham y Tomás de Aquino quedaban a su alcance.

No obstante, la rápida expansión del número de universidades durante los últimos años de la Edad Media señala que estas instituciones continuaron cumpliendo una importante función social, y fueron testigos privilegiados del auge del pluralismo nacionalista. En el año 1300 la cristiandad contaba con 23 universidades, situadas en su mayoría en Italia y España, salvo las cinco de Francia (de las que sólo París alcanzaba la máxima categoría), y las de Oxford y Cambridge en Inglaterra. Dos siglos más tarde, había 75 universidades.

Parece claro que la fundación de las universidades de Praga (1348), Viena (1365) y St. Andrews (1411) representó una reacción contra la preponderancia de París, Oxford y Bolonia, por parte de los intereses regionales de Bohemia, Austria y Escocia. Estas y otras universidades atrajeron el interés de las aristocracias locales, su mecenazgo, e incluso su participación, en un proceso sin precedente alguno antes del año 1300. El rápido crecimiento de los colegios de *studium generale* debe ser interpretado como un aspecto de la tendencia general a considerar la universidad como un centro de privilegios locales, y no como un núcleo de saber internacional.

La carrera de Nicolás Copérnico (1473-1543), que estudió en las universidades de Cracovia, Bolonia, Padua y Ferrara, y enseñó matemática en Roma (antes de establecerse en Frauenburgo, en el Báltico), ilustra el ideal del erudito cosmopolita.

La herejía en la última época medieval

Las herejías predicadas por el inglés John Wyclif (1329-1384) y el checo Juan Hus (1369-1415) condujeron a las debilitadas fuerzas intelectuales del siglo XIV y su sociedad a adoptar posiciones extremas. Ambos movimientos tomaron la forma de una protesta local contra la poderosa posición del Papado como representante del gobierno espiritual y doctrinal de toda la cristiandad. Los husitas se apoyaron en el anticlericalismo imperante y se valieron con profusión de la palabra escrita y hablada para difundir sus ideas. Wyclif y Hus representan el espíritu crítico más típico del pensamiento del siglo XIV, y ponen de manifiesto la fortaleza y debilidad de las universidades de su tiempo. La opinión académica heterodoxa se desarrolló, creando las condiciones sociales que facilitaron la aparición de la herejía popular, aunque la influencia académica en el mundo extrauniversitario fue demasiado débil para controlar o conducir la herejía.

John Wyclif, maestro universitario en Oxford y administrador de esta universidad entre 1360 y 1370, es una figura controvertida. En los primeros tiempos, Wyclif adquirió una gran reputación por sus vigorosos ataques a las conclusiones



de Duns Scoto y Guillermo de Ockham. Al mismo tiempo, la negativa nominalista del valor de la razón humana como medio de interpretación de la verdad divina, y su consiguiente énfasis en la *potentia absoluta* de Dios, abrieron el camino a la creencia de Wyclif, basada en que la doctrina revelada podía ser inferida directamente de la Biblia. Precisando todavía más, fue Wyclif quien alentó la conclusión de que todo poder dependía únicamente de la «gracia de Dios», lo que significaba que cualquiera que estuviera en «estado de gracia» podía poseer un poder. El ataque de Wyclif a la «doctrina de la transustanciación» tuvo una mayor influencia, debido a que era mucho más inteligible, pero una vez más sus actitudes heréticas respecto a la Eucaristía delataron un enfoque ambiguo y académico.

Posiblemente, la mayor paradoja de la obra de Wyclif fue que su notable carrera universitaria sirvió para fundar una herejía popular, pero no una escuela intelectual. Desposeer a la Iglesia de Inglaterra de sus privilegios era un objetivo atractivo para gentes que, sin embargo, tenían escasas simpatías por las doctrinas heréticas de Wyclif. Pero salvo una o dos excepciones, especialmente la del caballero sir John Oldcastle de Herefordshire, quien dirigió pésimamente un levantamiento que fue abortado en 1414, los lolardos fracasaron al no encontrar soporte en la nobleza. La historia de la supervivencia lolarda en el siglo XV es muy patética, y realmente tuvieron muy poca influencia en la Reforma inglesa.

La historia del movimiento husita en Bohemia es distinta y mucho más compleja. Al igual que Wyclif, Hus fue un teó-

logo universitario que llegó a negar la autoridad papal, pero su actitud general hacia el clero y hacia la Iglesia fue esencialmente ortodoxa: en realidad, intentó exaltar más que despreciar, el sacramento de la Eucaristía. La característica más radical de la herejía inglesa había quedado configurada con las ideas de Wyclif, y no tiene parangón posible con las dramáticas consecuencias religiosas, políticas y sociales que siguieron a la muerte de Hus en la hoguera, en Constanza, el 6 de julio de 1415. El programa religioso de los rebeldes exaltó los sentimientos localistas de la nobleza de Bohemia y Moravia.

En la confusión que siguió al derrumbamiento del gobierno central en Bohemia, hicieron su aparición los extremismos sociales, alimentados por el fanatismo religioso. La brutal represión militar de las fuerzas imperiales, para aplastar la resistencia de Bohemia, no hizo sino aplazar el restablecimiento del orden social y religioso. El líder checo, el caballero Juan Zizka, y su sucesor, el clérigo Andreas Prokop, lograron resistir, hasta que en 1430 se alcanzó un compromiso. Gracias al Pacto de Praga, de 1433, los súbditos de Bohemia obtuvieron el derecho a tomar la Eucaristía en su doble forma, pero el Papado recuperó su control sobre la religión institucionalizada de Europa central.

Y a pesar de los esfuerzos de los «guerreros de Dios» de Prokop, que intentaron extender su radical credo socio-religioso por Silesia, Sajonia, Baviera e incluso Polonia (en 1433), estos principados permanecieron fieles a la ortodoxia católica. Los acontecimientos de Inglaterra y Bohemia demuestran que la Iglesia contuvo en todo momento los ataques heterodoxos dirigidos contra su doctrina y su autoridad, pero en esa capacidad de reacción desempeñó un papel importante el apoyo recibido por la nobleza y los grandes patricios urbanos, asustados por el contenido social de las distintas doctrinas y movimientos heréticos.

El abandono de la autoridad

La vida cultural e intelectual del siglo XV europeo ha sido descrita recientemente como «una extraña mezcla de un tiempo de siembra y un tiempo de cosecha». Esta idea es falsa, pero pone de manifiesto las características de una época en la que resultan difíciles de definir las corrientes religiosas y las tensiones intelectuales. El rasgo primordial del período fue el desarrollo de actitudes críticas hacia los problemas religiosos, basadas en planteamientos individualistas y de modo desorganizado. No es casual que el libro de mayor influencia en la época fuera La *Imitación de Cristo*, un manual de devoción personal tradicionalmente atribuido a Tomás de Kempis (1380-1471).

La crisis de la Iglesia fue el hecho más importante de la época. Y el fracaso del movimiento conciliar representó una gran oportunidad perdida por la Iglesia cristiana para recuperar su prestigio. Los prelados, teólogos y juristas canónicos reunidos en los concilios de Constanza y Basilea, entre 1414 y 1442, carecieron de la suficiente habilidad y del necesario valor intelectual, y fueron incapaces de transformar sus propuestas en reformas concretas.

Los conciliares sufrieron además el impacto de las divergencias nacionales y locales, que dispersaban la cristiandad, e impedían la unanimidad. Hacia 1450, quedaban ya muy pocos partidarios del movimiento conciliar: siempre habían sido minoría en el interior de la Iglesia, y se fueron integrando gradualmente en la posición tradicional de la monarquía papal.

El movimiento conciliar mostró asimismo otra gran debilidad: la imposibilidad de alcanzar una relación efectiva con el mundo laico. La exclusión de los intereses seglares en los trabajos del concilio era contradictoria, no ya con la lógica de la teoría conciliar, sino con la realidad política del contexto.

Más grave fue el fracaso de la Iglesia a nivel local, al no poder proporcionar respuestas satisfactorias a las aspiraciones religiosas de los cada vez más numerosos literatos, caballeros y prelados urbanos. Ni la ortodoxia religiosa ni la piadosa generosidad de los laicos del siglo XV pueden ser puestas en duda. Su patronazgo en instituciones tales como colegios académicos, y especialmente en las capillas de las iglesias parroquiales, fue muy generoso en el siglo XV. La protección de la capilla debe interpretarse como una concesión al entusiasmo religioso de los feligreses. Para los laicos, el clérigo de la capilla, lo mismo que el monje, el fraile o el dignatario de una gran colegiata, representaba la figura más significativa de la religión institucionalizada, mientras que para la jerarquía eclesiástica era sólo un pobre e insignificante miembro del clero, que no llegó nunca a integrarse en la vida de la Iglesia.

La popularidad de la capilla fue uno de los múltiples síntomas del auge de una religión más social y piadosa, y junto con el misticismo, o búsqueda personal de Dios, constituyen el reflejo de una preocupación religiosa enraizada en el mundo laico y los sectores del bajo clero.



El fraile, dibujo realizado por Geoffrey Chaucer para la primera edición de sus Cuentos de Canterbury. *Esta obra, una de las primeras muestras de poesía cortesana escrita en inglés, refleja el interés por la humanidad de la corte y los mercaderes londinenses, el patrón y el público de Chaucer, respectivamente. (Henry Huntingdon Library, California.)*

Página anterior, Tomás de Kempis (1380-1471), monje agustino alemán al que se supone autor de La Imitación de Cristo, *obra de devoción mística, oración y liberación de los deseos terrenales.*

Inglaterra y Francia en la guerra y en la paz

El 6 de marzo de 1204 las tropas del rey Felipe Augusto de Francia (1180-1223) tomaban la gran fortaleza de Château-Gaillard, recién construida por Ricardo I de Inglaterra para defender su ducado de Normandía contra los ataques de los Capeto. Es difícil encontrar una fecha más significativa en la historia de Francia e Inglaterra. En pocos meses el hermano menor de Ricardo, Juan (1167-1216), perdió Normandía, y con ello Inglaterra perdía el control del norte de Francia.

Durante el resto del siglo XIII ambos reinos experimentaron una evolución política de signo muy distinto, pero siguieron compartiendo múltiples rasgos. Las similitudes entre las tradiciones políticas sociales y culturales de Francia e Inglaterra son más notables que sus divergencias. Pero fue la existencia de estas similitudes, y especialmente la idea de que ambos reinos formaban una unidad política coherente, el factor que, irónicamente, condujo —cuatro generaciones después de la pérdida de Normandía— a la guerra anglo-francesa.

A lo largo de la Edad Media los destinos de Inglaterra y Francia estuvieron entrelazados. Fue una alianza en la que Francia, especialmente durante el siglo XIII, desempeñó un papel preponderante. La dinastía inglesa de los Plantagenet era de origen francés, y los reyes de Inglaterra entre 1199 y 1461 se casaron con princesas o herederas francesas. La aristocracia inglesa y la corte real hablaban francés, y reclutaban a sus servidores en las tierras de Francia.

La hegemonía francesa se plasmó también en el ámbito artístico e intelectual. Por ejemplo, la abadía de Westminster (1245) fue construida siguiendo el esquema del gótico imperante en Francia a finales del siglo XII. En un ámbito distinto, la vida intelectual de las nuevas universidades inglesas de Oxford y Cambridge tendió a desarrollarse alrededor de los grandes debates iniciados en la universidad de París.

Los monarcas Plantagenet veían con aprensión la creciente expansión de la autoridad de los Capetos en Francia, un reino tres veces mayor que Inglaterra. Sucesivamente, los reyes ingleses, y de manera especial, Juan en 1214, Enrique III en 1230 y en 1242-1243, y Eduardo I en 1294-1297 intentaron sin éxito devolver la humillación que les supuso la pérdida de Normandía, a través de una serie de ataques armados contra Francia. Si bien es cierto que los tres reyes conservaron el dominio sobre el pequeño ducado de Gascuña, en realidad esa zona del sur de Francia no preocupaba entonces a los Capetos.

La crisis de la monarquía inglesa: la Carta Magna

La falta de habilidad del rey Juan para evitar la caída de Normandía en manos de Felipe Augusto de Francia en 1204, marca el inicio del declive de la autoridad real en Inglaterra. A finales del siglo XII existían ya incipientes movimientos de oposición a la corona inglesa.

Era inevitable que esa oposición fuera dirigida por miembros de la nobleza inglesa, asociados a veces con grupos de caballeros y eclesiásticos deseosos de reformar la Iglesia. Las protestas aisladas de la aristocracia contra el gobierno de reyes opresivos y negligentes fueron rasgos característicos de las luchas políticas de la Europa medieval. Pero la oposición de la nobleza inglesa en el siglo XIII representó para sus reyes un desafío permanente, sostenido durante extensos períodos.

Los sucesos acaecidos en los dos últimos años del reinado de Juan (1214-1216) fueron una demostración de la vulnerabilidad de la corona inglesa ante los ataques de su nobleza. Juan murió durante una salvaje guerra civil, que probablemente nunca habría podido ganar, pero más significativo que el fracaso militar fue su forzado consentimiento a la Carta Magna, en el acto de Runnymede, en junio de 1215.

La Carta Magna es digna de su fama. En 1215 seguía siendo un documento de menor importancia, pues su contenido no era más que la expresión abstracta y mal definida de las obligaciones del monarca con respecto a los tradicionales derechos de la mayoría de sus súbditos. La mayor parte de las propuestas de la Carta, especialmente aquellas referidas a las complejas relaciones de la posesión de la tierra feudal, fueron rápidamente superadas por los cambios sociales sucedidos en la Inglaterra de la época. Pero luego, durante el resto de la Edad Media, la Carta Magna volvió a imprimirse con frecuencia, como



recordatorio de que la autoridad del monarca sobre sus súbditos podía y debía ser limitada.

La insolvencia financiera obligó a Enrique III (1216-1272) a someterse en 1258 a un plan de reforma radical impuesto por la mayor parte de sus nobles. Las Disposiciones de Oxford de aquel mismo año incluían una serie de propuestas para sustituir la hegemonía real por una serie de comités consultivos, legislativos y ejecutivos que representaban los intereses de la nobleza. Enrique III intentó librarse de prestar juramento a las Disposiciones, y la lucha armada que se produjo mostró la debilidad del movimiento de la nobleza. Sin embargo, Simón de Montfort, un año antes de su muerte, derrotó y capturó al rey inglés en la batalla de Lewes, en mayo de 1264, demostrando que Inglaterra era gobernable sin la presencia del rey.



La vindicación del monarca inglés

«¡Juro por Dios que defenderé mis derechos con todas mis fuerzas!» dijo Eduardo I ante el arzobispo Winchelsea

de Canterbury, en 1300. Según los historiadores más favorables a Eduardo I, el rey fue «un hombre normal al que le tocó vivir una etapa de cambio». Y aunque era conservador por temperamento, presidió una importante revolución tanto en los fundamentos como en la práctica de gobierno.

El factor primordial del triunfo de Eduardo fue su capacidad como guerrero. Su participación en una cruzada en Tierra Santa (1270-1274), sus campañas entre 1277 y 1294 contra la política independiente de Gales, y el importante papel que desempeñó como estadista europeo, le proporcionaron un gran prestigio en su propio país. Pero de todos los grandes éxitos de su reinado, el más importante fue la solución de los problemas financieros que habían hundido a sus predecesores. En 1275, un año después de su retorno de Siria e Italia, Eduardo convenció al primer Parlamento para que se aceptase la cuota de un impuesto nacional de medio marco por cada saco de lana, o por cada 300 ovejas, y un marco por las pieles. Luego, impuso un sistema regular de tasas, en forma de subsidios, sobre los bienes muebles, tanto de los clérigos como de los laicos. Frente a la oposición y la reticencia de quienes pagaban los impuestos y de la jerarquía eclesiástica, Eduardo fue el primer monarca inglés que familiarizó a sus súbditos con la doctrina de que el rey no podía «vivir de sus propiedades» y tenía el derecho, aunque no muy bien definido, de imponer los impuestos necesarios.

La necesidad de asegurar una aprobación claramente representativa de esta reforma económica motivó la aparición del Parlamento inglés. Siendo a la vez una corte suprema de justicia, un poderoso consejo real, y una asamblea general deliberadora, el Parlamento inglés fue desde sus orígenes un instrumento del poder real.

Eduardo I dejó una pesada herencia a sus sucesores: un conflicto que amenazaba la estabilidad de la corona. Tentado por la muerte accidental del rey escocés Alejandro III, sucedida en 1286, Eduardo trató de obtener el dominio político sobre aquellas tierras. El inicio de las hostilidades anglo-escocesas entre 1296 y 1297 marca un hito en la historia de ambos reinos. Aquel monarca, cruel y poderoso, sobreestimó sus propios recursos y menospreció la capacidad de resistencia de los escoceses.

Eduardo I murió en Burgh-on-Sands, en julio de 1307, en una campaña contra los escoceses. Su sucesor Eduardo II (1307-1327) carecía del carisma necesario para gobernar, y su incapacidad para solucionar la crisis escocesa provocó el derrumbe de su autoridad, su destitución y su posterior asesinato.

La monarquía de los Capetos

En la época de Enrique III y de san Luis, el cuadro histórico parecía haber cambiado de signo, pues la tradicional hegemonía de la monarquía inglesa había desaparecido.

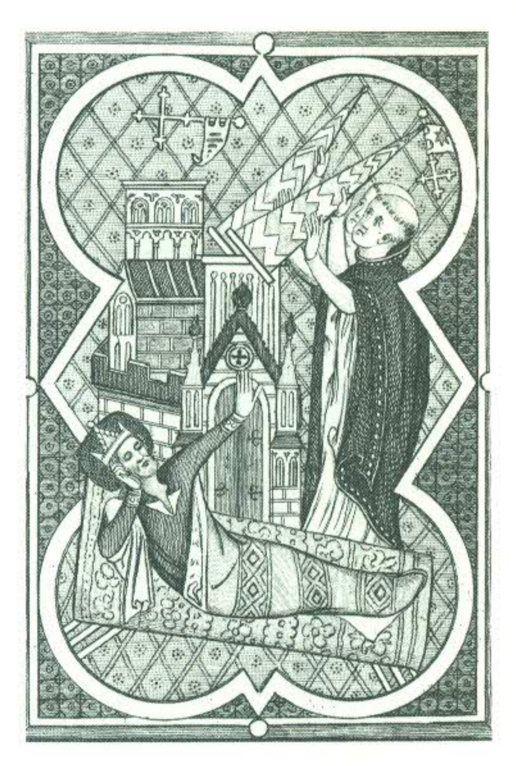
La dinastía de los Capetos, después de 1204, se había liberado finalmente de lo que el historiador Marc Bloch consideró como su largo período «vegetativo», y comenzaba a construir su propia historia sobre las sólidas bases de a prosperidad de su reino.

El reinado de Luis IX (1226-1270) y su reputación póstuma como san Luis son los elementos claves de la tradición política francesa de la Edad Media. El culto a la personalidad de san Luis después de su muerte aseguró su canonización en 1297, y en cierto modo camufló sus fracasos en la cruzada contra Egipto de 1248 a 1251 y en la expedición a Túnez, donde murió en 1270.

La transformación de un rey francés en un santo europeo fue la prueba definitiva de que los Capetos no eran como los demás monarcas. A partir de entonces, esta dinastía consiguió inculcar a sus súbditos la idea de la semidivinidad de sus monarquías. Esta instrumentalización fue común a los últimos reyes de la dinastía, y de manera especial la utilizó Felipe VI (1285-1314), llamado «el Hermoso», un hombre de reacciones brutales ante cualquier desafío a su autoridad, ya fuera del papa, de los Templarios o de los miembros adulterinos de su familia. Fue un rey que actuó «no como un hombre ni como una bestia, sino como un ídolo». Tras su muerte, los reyes de Francia se vieron sometidos a toda una serie de humillaciones políticas y personales, pero la institución de la monarquía como algo divino no desapareció.

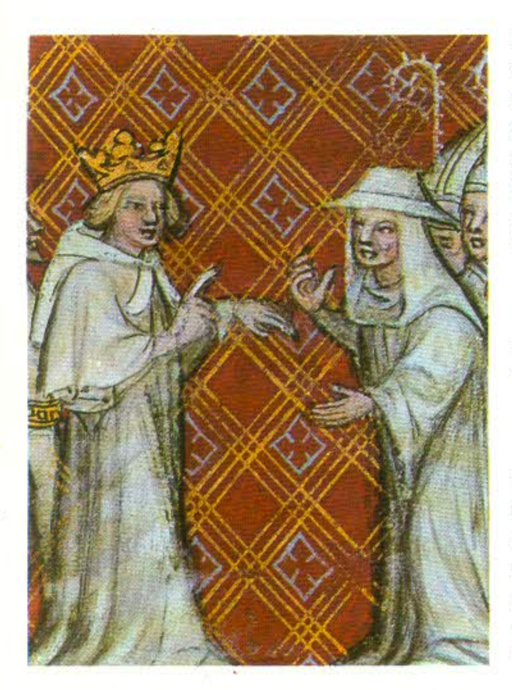
El gobierno de los Capetos

El principal éxito de los Capetos, conseguido poco antes de su propia extinción en 1328, fue el establecimiento de un sistema central de administración muy sofisticado, con la creación de una gran maquinaria gubernamental y un eficaz aparato de Estado. Pero lo más sorprendente de



Arriba, Enrique III de Inglaterra (1207-1272), hijo de Juan Sin Tierra, ordenando la construcción de la Abadía de Westminster. Grabado del siglo XIII.

Página anterior, escultura de Enrique III, que reinó de 1216 a 1272. Hizo frente a la oposición de los barones y a la expansión de Papado. (National Portrait Gallery, Londres.)



todo es el éxito alcanzado por Felipe el Hermoso en el desarrollo de nuevas delegaciones administrativas, durante los críticos años que precedieron y siguieron al 1300.

En este período el reino francés consolidó un centro geográfico fijo, punto de apoyo alrededor del cual se articulaban los principados franceses semi autónomos, configurando un heterogéneo conjunto. Un siglo antes de la subida al trono de Felipe el Hermoso, París ya era la mayor ciudad europea en el norte de los Alpes, pero fue con este rey cuando se convirtió en la indiscutible capital política de Francia.

La dinámica real subyacente tras las reformas gubernamentales de la última etapa del siglo XIII, se debió menos a una ideología «absolutista» de la monarquía de Felipe, que a su frenética búsqueda de mayores ingresos económicos. La rápida evolución de los nuevos métodos administrativos en el campo financiero se orientó hacia la creación de nuevas formas de tasación de impuestos, que se concretaron en gravosos diezmos sobre el clero y una gran variedad de cuotas y gravámenes sobre los laicos.

Pero a pesar de todo, los últimos Capetos no fueron capaces de superar el déficit entre sus enormes gastos y los ingresos. Felipe el Hermoso fue condenado al purgatorio por el poeta italiano Dante, a causa de su deliberada devaluación de la moneda francesa y de su reputación de «falso acuñador de moneda».

El fracaso de Felipe el Hermoso y de sus tres hijos, al no encontrar una solución satisfactoria a los problemas financieros de la monarquía, fue su defecto crucial durante la primera fase de la Guerra de los Cien Años. Por otra parte, durante este crítico período nunca pudieron desarrollar asambleas nacionales representativas semejantes al Parlamento inglés. Los experimentos ocasionales realizados en esta dirección, como los embrionarios Estados Generales de 1302, no perduraron, y la nobleza francesa se mantuvo hostil frente al centralismo real.

El ascenso de los Valois

Cuando Felipe el Hermoso murió en 1314, la continuidad de la dinastía de los Capetos parecía estar plenamente asegurada. Felipe era padre de tres hijos, que le sucedieron de manera sucesiva en la corona de Francia: Luis X el Pendenciero, que reinó desde 1314 a 1316; Felipe V el Alto, que lo hizo de 1316 a 1322; y Carlos IV el Hermoso, entre 1322 y 1328. Todos ellos fracasaron en el deber primordial de cualquier rey: ninguno tuvo un hijo varón.

Durante las crisis de 1316, 1322 y 1328, prelados, magnates y sabios debatieron —con gran amplitud y buena fe— la cuestión de la sucesión al trono, sin hallar ningún precedente legal o administrativo que les pudiera servir de guía. Los principios que fundamentaron la llamada «ley sálica», según la cual una mujer no podía heredar la corona ni transmitir el derecho al trono a sus propios hijos, se desarrollaron en los últimos años del siglo XIV, para justificar los golpes de Estado de los Valois contra los Capetos.

A la muerte de Carlos IV Capeto, una asamblea de nobles franceses «cortó el nudo gordiano» con rapidez y resolución: eligieron monarca a Felipe, conde de Anjou y Valois, primo de los últimos reyes Capetos. El nuevo rey Felipe VI (1328-1350) tenía 34 años de edad, era nieto de san Luis, poseía experiencia política en los asuntos franceses y europeos, y había ejercido ya el poder como regente de Francia.

No obstante, la unanimidad demostrada por la nobleza francesa al aceptar al primer rey Valois en 1328, fue engañosa. Felipe VI siempre fue víctima de las circunstancias de su propia elección, y aunque sería injusto describirlo como un usurpador, en realidad sufrió las típicas adversidades de un rey de este tipo. Durante toda la primera generación posterior a 1328, la monarquía Valois no pudo disfrutar de la lealtad incuestionable que recibieron los Capetos. Felipe VI, en 1328, se vio obligado a facilitar una serie de concesiones a diversos miembros de la aristocracia, especialmente a los duques de Borgoña, como recompensa por su apoyo.

A ello hay que añadir que el acceso al trono les enfrentó con otros aspirantes. Felipe, conde de Evreux, era inicialmente el más peligroso, pues era el superviviente de mayor edad, sobrino de Felipe el Hermoso, y además estaba casado con Juana de Navarra, hija mayor de Luis X y por tanto presunta reina heredera de Francia desde 1316. La reclamación de Felipe sobre el trono francés persistió mucho tiempo, y a su muerte, en 1343 la heredó su hijo mayor Carlos, rey de Navarra, cuyas conspiraciones socavaron el poder de los Valois por un período de más de veinte años. Sin embargo, más amenazador fue aún el desafío representado por Eduardo III de Inglaterra (1327-1377), cuya reivindicación al trono se basaba en el hecho de ser hijo de Isabel, es decir, nieto de Felipe el Hermoso.

El origen de la Guerra de los Cien Años

Cuando Felipe VI subió al trono en 1328, Eduardo III sólo tenía 16 años de edad y estaba bajo tutela de su madre Isabel. Tras la protesta inicial, Eduardo pareció reconocer el hecho consumado, y en el verano de 1329 viajó a la catedral de Amiens para rendir homenaje personal a Felipe VI. Sin embargo, su pragmatismo era aparente. De hecho, su aspiración al trono francés estuvo relacionada con las dificultades suscitadas por la diplomacia de los Valois y con las tensiones internas del reino francés. En particular, las tensiones internas posibilitaron que Eduardo III, a finales del año 1330, pudiera presentarse como una alternativa a la corona ante las facciones disidentes de la aristocracia y la burguesía francesas.

Sin embargo, hubo otras razones que justificaron la guerra entre Francia e Inglaterra. Tal como hemos visto, las relaciones oficiales entre ambos reinos fueron siempre muy tensas. La fuente tradicional del conflicto era que el papel del rey de Inglaterra como duque de Gascuña se complementaba con las influencias ejercidas sobre el condado de Flandes. No obstante, la verdadera causa del estallido de la guerra fue una acción personal de Eduardo III de Inglaterra. Desde su matrimonio con Felipa de Hainault en 1328, el joven rey se había visto rodeado por un grupo de belicosos cortesanos y nobles, fuertemente influenciados por los ideales contemporáneos de caballería. A lo largo de los primeros años de su reinado, parecía que sus ambiciones militares se plasmarían en el sometimiento legal de los escoceses al trono de Inglaterra, pero la

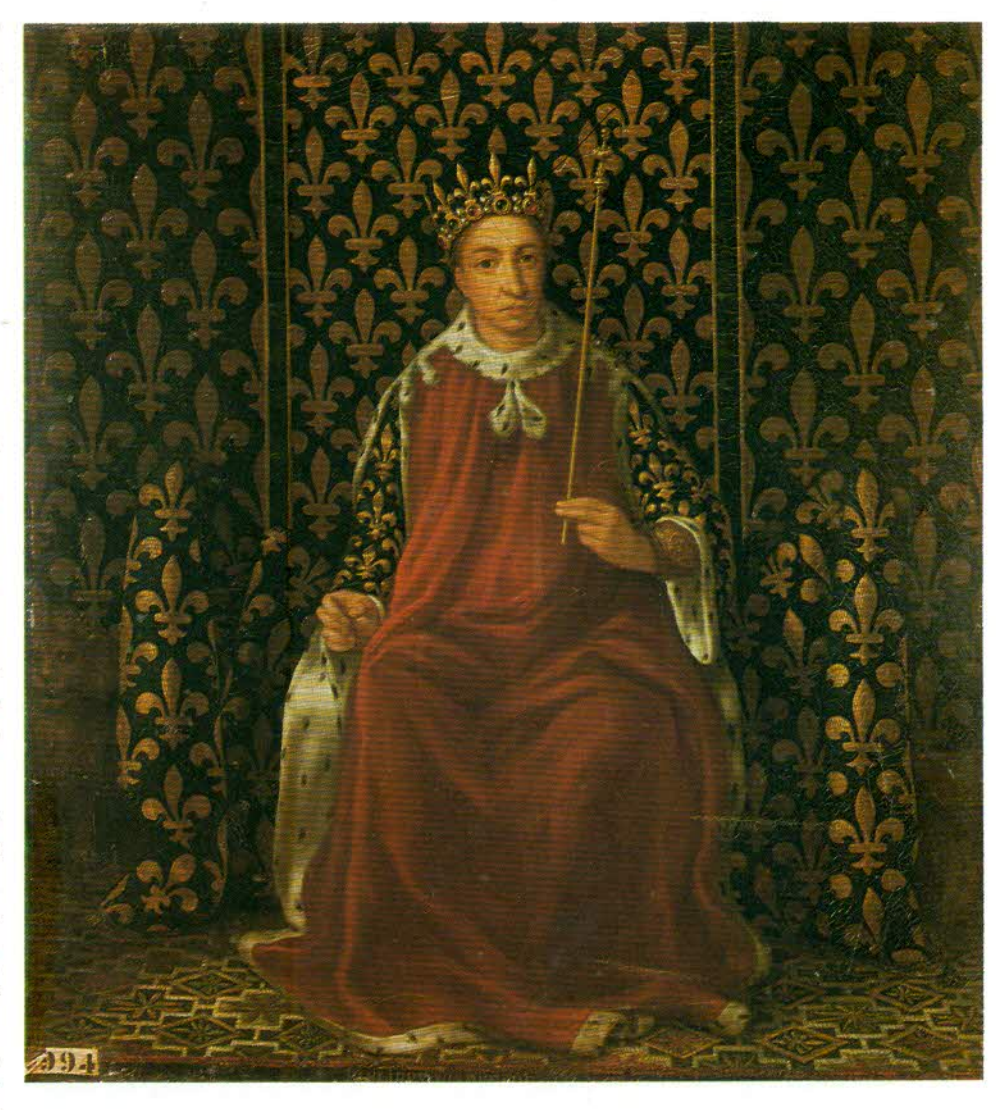
resistencia de éstos le obligó a abandonar sus objetivos. De este modo, en 1336, Eduardo empezó a considerar las posibilidades de una intervención armada en Francia, sobre la base de que el soporte brindado por los Valois a los escoceses le había impedido derrotarlos.

El comienzo de la guerra

La guerra anglo-francesa duró 106 años, con períodos de paz intermitentes. De hecho, la Guerra de los Cien Años no tuvo una «declaración» formal. Ni la confiscación que hizo Felipe VI de los feudos que Eduardo poseía en la Gascuña, en mayo de 1337, ni el desafío feudal del propio Eduardo ante «Felipe de Valois, que se hace llamar rey de Francia», realizado pocos meses después, fueron decisivos. La guerra fue iniciada libremente por ambos adversarios, quienes posiblemente no previeron la magnitud, vicisitudes y complejidades a que daría lugar el conflicto.

En 1337, el mayor problema militar con el que se enfrentaron ambos bandos fue la necesidad de movilizar un gran número de tropas, para obtener ventajas en la campaña a realizar en la corta estación veraniega. Como ambos reyes, y no sólo Eduardo III, se vieron obligados a pagar sus ejércitos con sustanciosas pagas periódicas, los éxitos militares dependían de la financiación efectiva de la guerra. Durante la mayor parte de la guerra, los Valois lucharon con un ejército integrado por más de diez mil hombres, pero carente de cohesión interna. Pronto se vio minado por las deserciones, y se convirtió en un inmenso foco de gastos.

A primera vista, los problemas financieros de Eduardo III, para equipar a una expedición militar capaz de atravesar el canal, eran mucho más graves, aunque fue en esa época cuando el rey inglés demostró sus grandes aptitudes para explotar los diezmos y tasas parlamentarios, así como los derechos aduaneros de la lana, con el fin de sufragar los gastos bélicos. Sin embargo, durante los primeros años de la guerra no pudo conseguir los ingresos necesarios para financiar sus ambiciones militares. La primera campaña en la frontera franco-flamenca no pudo ser organizada hasta 1339, y fue un completo fracaso. A finales del año siguiente, Eduardo se hallaba al borde de la bancarrota, pero capeó el temporal persuadiendo a la nobleza y a los parlamentarios para que continuaran sufragando la guerra, de la que no pudo obtener grandes beneficios materiales hasta después de 1346.



Retrato de Felipe de Valois (1293-1350), rey de Francia desde 1328 con el nombre de Felipe VI. Bajo su reinado se inició la Guerra de los Cien Años con la Inglaterra de Eduardo III. (Musée de Versalles.)

Página anterior, Felipe el Hermoso (1268-1314) recibe al delegado del papa Bonifacio VIII. El enfrentamiento abierto de éste con la corona francesa le llevó al cautiverio y a la muerte en el año 1303. Su caída significó el fin del poder político del Papado.

Durante estos primeros años, Eduardo tampoco pudo solucionar su principal problema estratégico: cómo alcanzar el punto adecuado desde el que presionar a los Valois. La complicada y costosa serie de alianzas llevadas a cabo con duques y condes de las tierras del Rhin y de Países Bajos nunca tuvieron los efectos prácticos esperados. De hecho, la victoria naval inglesa sobre una flota conjunta de franceses y castellanos en Sluis (junio de 1340) tuvo poco significado en una época en que el control marítimo carecía de importancia. La inesperada disputa en torno a la sucesión al ducado de la Bretaña, precipitada por la muerte del duque Juan III en 1341, fue el factor que hizo posible que las tropas inglesas penetrasen en Francia.

Crécy y Calais

El 11 de julio de 1346, Eduardo III desembarcó en Normandía al mando de quince mil hombres. Era, con mucho, el mayor ejército inglés que hubiera invadido nunca territorio francés, y numéricamente

fue la expedición más poderosa enviada por el gobierno inglés durante toda la Guerra de los Cien Años.

A pesar de tan poderoso ejército, los objetivos militares de Eduardo en 1346 eran muy limitados, pues sólo planeó una lenta marcha a través del norte de Francia, con el fin de demostrar su poder. Las noticias que le llegaron, acerca de un enorme ejército francés que avanzaba tras ellos bajo el mando de Felipe VI, le indujeron a dirigirse rápidamente hacia el nordeste, con la intención de alcanzar los puertos cercanos a Boulogne. Pero en Crécy, localidad situada en la llanura de Ponthieu, el ejército inglés se vio obligado a tomar posiciones defensivas y prepararse para la batalla. En el atardecer del 26 de agosto sucedió lo inesperado: el rey Felipe VI huía a la desesperada, y la nobleza francesa era completamente diezmada como resultado de su propia imprudencia.

La batalla de Crécy marcó un giro histórico en la Guerra de los Cien Años. En el aspecto militar no sirvió para solucionar ningún problema, y Eduardo no supo encontrar un final rápido para la guerra, pero sirvió para demostrar —y de manera muy dramática— que existía la posibilidad de que un ejército inglés pudiera vencer a sus enemigos franceses.

El último gran éxito militar de Eduardo fue la conquista de Calais, que se rindió el 4 de agosto de 1347 tras un largo asedio. A partir de entonces, Inglaterra mantuvo una guarnición en suelo francés, a expensas de un extraordinario coste.

La crisis francesa

La batalla de Crécy y la toma de Calais sirvieron para que Eduardo III pudiera proseguir con éxito la guerra, pero no consiguió una victoria definitiva. Seis años más tarde el rey regresó a Londres, en octubre de 1347, y los esfuerzos militares ingleses disminuyeron. La mayoría de los limitados recursos fueron malgastados en Bretaña, en una época en que la economía inglesa se tambaleaba bajo los primeros estragos de la peste negra, y Francia sufrió todavía más si cabe, por los ataques de la peste bubónica en 1348.

Con la muerte de Felipe VI en agosto de 1350, la subida al trono de su hijo Juan II (1350-1364) significó la aparición de un monarca más competente, pero también más agresivo por su temperamento receloso y sus estallidos de cólera, que logró exacerbar las graves tensiones ya existentes con la aristocracia francesa.

La fragilidad del control de los Valois sobre el reino de Francia se puso brutalmente de manifiesto en 1355 y en 1356, cuando Juan II fue incapaz de afrontar una serie de incursiones, desarrolladas simultáneamente en diversas partes de sus dominios. La primera salida de Calais que realizó Eduardo contra Normandía, en el otoño de 1355, se saldó con un gran éxito. La batalla de Poitiers (el 19 de septiembre de 1356), en la que un ejército de seis mil ingleses resistieron al ataque de un poderoso ejército francés, constituyó un éxito más resonante que el de Crécy. La mayoría de nobles franceses cayeron prisioneros de los ingleses, y el propio rey de Francia fue conducido a Londres.

La pérdida del rey Valois y la imperiosa necesidad de encontrar las grandes sumas de dinero necesarias para pagar su rescate, condujeron a Francia al borde del hundimiento total. Los estados del Languedoc, sometidos tributariamente a París, vieron la oportunidad de sublevarse contra la mala administración del gobierno central. Y mucho más peligrosa fue la alianza realizada entre Carlos de Navarra, Roberto le Coq, arzobispo de Laon, y Esteban Marcel, responsable de los mercaderes de París y especialista en utilizar los disturbios y el terror para conseguir sus fines. Además, en mayo de 1358, la zona sur de París se vio envuelta en los horrores de la rebelión campesina conocida como la *jacquerie.*

De manera gradual, las fuerzas más conservadoras se agruparon en torno al hijo y heredero de Juan, el joven delfín Carlos. La *jacquerie* fue reprimida violentamente, Marcel fue asesinado, y la ley, mínimamente restablecida.



El fracaso de Eduardo III para explotar el declive de la monarquía francesa, en la crisis de los años 1356 a 1358, es un testimonio evidente de su incapacidad para terminar con la guerra. En un intento por conseguir la victoria total, él mismo dirigió su última gran incursión sobre el norte de Francia, en octubre de 1359, pero no consiguió resultados satisfacto-

FRANCIA EN LOS SIGLOS XIII Y XIV

Año	Francia	Guerras	Inglaterra
1200	Luis VIII (1223-1226) San Luis (1226-1270) Muerte de San Luis en Túnez (1270)	Felipe Augusto completa la conquista de Normandía Enrique III derrotado en Taillebourg	Carta Magna (1215) Enrique III (1216-1272) Enrique III apresado por los barones (1264)
1270	Felipe III el Atrevido (1270-1285)	Tratado de París (1286)	Simón de Montfort gobernador de Inglaterra
1300	Felipe IV el Hermoso (1285-1314) Persecución de los Templarios	Derrota francesa en Courtrai (1303)	Eduardo I (1272-1307) Eduardo II (1307-1327) Eduardo III (1327-1377)
1320	Carlos IV el Hermoso (1322-1328) Últimos Capetos de línea directa Felipe VI de Valois (1328-1350) La peste negra Juan II el Bueno (1350-1364)	Eduardo III reclama la corona francesa (1328) Empieza la Guerra de los Cien Años Derrota de la flota francesa en Crécy (1346)	Organización del Parlamento
1350	Etienne Marcel «Jacquerie» (sublevación campesina) Carlos V (1364-1380)	Poitiers: captura del rey francés (1365) Tratado de Brétigny (1360) Tratado de Avignon (1365) Du Guesclin, reorganizador del ejército francés, muere en 1380	Revuelta de Juan de Gante Concesiones al Parlamento (1376) Ricardo II (1377-1399) Wat Tyler
1400	Carlos VI (1380-1422)		

rios. Finalmente, en el mes de mayo de 1360, en la pequeña población de Brétigny, cerca de Beauce, se acordó establecer una paz provisional.

El Tratado de Brétigny-Calais puso fin a la primera fase de la Guerra de los Cien Años, y aunque Eduardo III renunció momentáneamente a sus reivindicaciones sobre el trono francés, fue reconocido como dueño supremo del extenso ducado de Aquitania, situado en el suroeste, y de Ponthieu, Calais y el condado de Guines, en el norte. Además, los franceses se comprometieron a pagar cerca de tres millones de escudos de oro como rescate por su rey, Juan II.

El arte de la guerra

La duración y vicisitudes de la Guerra de los Cien Años resultan incomprensibles, a menos que se entienda como un impulso belicoso desarrollado en una época histórica dominada por la agresividad y el militarismo.

Para sus contemporáneos, la mejor y quizá la única justificación de la guerra fue que proporcionó magníficas oportunidades para realizar hazañas militares, poniendo a prueba las cualidades de la buena caballería. Estas cualidades eran esencialmente las propias de un gran cuerpo militar de élite. Al igual que el héroe de Homero o que los samurai japoneses, el caballero del siglo XIV se realizaba con misiones peligrosas y audaces. Asimismo, era primordial su gran lealtad hacia los miembros de su cuerpo militar, hecho que puede comprobarse con las tropas del Príncipe Negro, durante la estancia de éste en Gascuña entre 1250 y 1260.

A estos ideales, la caballería del siglo XIV añadió sus propias aportaciones características. El gran caballo de guerra, *dextrarius*, se convirtió en un símbolo más valioso que cualquier otro instrumento guerrero. La rápida expansión de la «ciencia de la heráldica» reflejaba la gran obsesión existente por clarificar la posición concreta en el orden social.

Sin embargo, el ideal caballeresco, al igual que los ideales religiosos de todas las épocas, nunca fue llevado totalmente a la práctica. La mayoría de prácticas cabellerescas de aquellos tiempos fueron gestos estereotipados y vacuos. Pero sería erróneo contemplar la caballería sólo como un pretexto para encubrir una guerra brutal y sin escrúpulos. Según el acuerdo internacional de la «Ley de Armas», disponer de la vida de un adversario derrotado era algo muy honorable (y económicamente, muy provechoso).



Arriba, batalla de Poitiers (1356). Fue un importante episodio de la Guerra de los Cien Años. En el centro del grabado se ve a un heraldo, cuya misión consistía en comprobar si se cumplían las convenciones de la guerra. (Bodleian Library, Oxford.)

Página anterior, Eduardo III (1312-1377). Exigió para sí la corona de Francia y desembarcó con su ejército en Calais. (Miniatura del siglo XVI.)

La caballería transformó el mundo militar, ya que una pequeña expedición bien preparada y con gran movilidad reunía las condiciones óptimas para realizar grandes hazañas. De este modo, las operaciones militares se convirtieron en una serie de justas y escaramuzas. Los caballeros ingleses y franceses aprendieron el arte de la guerra en el artificioso contexto de los torneos, de tal manera que los períodos oficiales de guerra son a menudo difíciles de distinguir de los numerosos torneos que la precedían y continuaban.

Los efectos de la guerra

Una importante controversia sigue condicionando los efectos de la guerra sobre la economía y la sociedad de Francia e Inglaterra, pues es imposible deslindar las operaciones militares de los factores económicos, tales como el declive de la población, la disminución de la producción y de los salarios, etcétera. Pero la verdadera naturaleza de la Guerra de los Cien Años, que fue una larga contienda de carácter intermitente, es difícil de valorar.

Algunos sectores de la sociedad inglesa se enriquecieron enormemente durante la primera etapa de la guerra. Los preparati-



vos militares tuvieron que concentrarse necesariamente en el sudeste del país, lo que señala el inicio de la importancia de Londres. Eduardo III necesitó la urgente financiación de la guerra, y esto le llevó a aumentar el número de subsidios parlamentarios, comprometiéndose además a potenciar el papel de los «comunes» en la política nacional. La explotación por el gobierno inglés del comercio de exportación a través de la aplicación de una serie de tasas sobre la lana, tuvo excelentes resultados. La diferencia entre los fuertes derechos aduaneros que gravaban la materia prima lanar en un 40%, y el 5% pagado por el paño manufacturado, impulsó el desarrollo de una floreciente industria textil doméstica. A finales de siglo, Inglaterra se había convertido en la primera exportadora de productos manufacturados, abandonando el comercio de materias primas.

Esta transformación de la economía inglesa no produjo ninguna revolución social simultánea. En una primera etapa, los beneficios de la guerra fueron a parar a la aristocracia, y especialmente al rey y su familia. Por otra parte, la guerra hizo posible que los militares obtuvieran fortunas considerables, pero muy pocos soldados de origen burgués consiguieron integrarse en la nobleza, y los que lo hicieron invirtieron su capital en grandes extensiones de tierra, adoptando las costumbres tradicionales de la aristocracia.

En Francia, los desastres sucedidos en el período comprendido entre las batallas de Crécy y Poitiers, interrumpieron el orden económico establecido, pero no promovieron transformaciones sociales de importancia. Aunque algunas zonas –Artois, Picardía, regiones de Bretaña y Normandía, y principalmente el área de Burdeos– sufrieron los ataques de las tropas inglesas y de las expediciones de saqueo, se desarrolló un sistema elemental de cultivo de la tierra que permitió una rápida recuperación de los efectos de la guerra en los años posteriores a 1360. Los efectos más graves y perjudiciales fueron las enfermedades causadas por la devaluación de la moneda decretada por el gobierno. Entre 1345 y 1347, y muy especialmente entre 1356 y 1358, los Valois provocaron una gran crisis monetaria, en un intento de elevar los ingresos con los que afrontar el desafío inglés.

Carlos V y la recuperación de Francia

Según Tocqueville, el reinado del tercer rey Valois, Carlos V (1364-1380), resultó decisivo para la historia de Francia, pues señala el nacimiento del *Ancien Régime*, que sobrevivió hasta 1789.

En primer lugar, Carlos V fue capaz de reactivar la unidad y lealtad de la nobleza francesa. Como san Luis, dio enorme importancia a sus deberes reales y resaltó su naturaleza providencial, y como Felipe el Hermoso, impulsó deliberadamente el desarrollo de un aparato administrativo centralizado en París. Pero su mayor contribución a la causa de la monarquía francesa fue la solución a los problemas financieros que paralizaron a sus predecesores. Obligó a sus súbditos a aceptar el principio según el cual el rey tenía el derecho de exigir fuertes impuestos. Un complicado sistema de expedientes administrativos y tasas financieras, de las que la tasa por domicilio y la «gabela», o «impuesto de la sal», eran las más lucrativas, convirtieron al rey de Francia en el soberano más rico de Europa occidental.

En cambio, los éxitos militares de Carlos V carecen de relevancia. El recuerdo de la humillación sufrida por su padre en Poitiers provocó un efecto inhibidor en un rey que no se interesaba por la guerra. El debilitamiento del control inglés en el sudoeste de Francia era ya evidente antes de que el propio Carlos, presionado por los nobles de Gascuña, ordenara la reanudación de la guerra anglo-francesa en 1369.

Cuando Carlos murió, en 1380, los dominios ingleses en Francia se reducían a unos cuantos puertos en el canal y una estrecha franja costera cerca de Burdeos, y aunque la guerra prosiguió, Francia había recuperado su tradicional hegemonía en Europa occidental.

El campo y la ciudad

Uno de los rasgos característicos más sorprendentes de la Europa medieval es el gran contraste entre su unidad exterior y su división interna. Una clara muestra de ello es la situación de la economía. Por una parte, existía un floreciente comercio internacional, basado en la red de comunicaciones que unía las grandes ciudades de Europa. Por otro lado se constata la existencia de una economía muy débil en las zonas donde las comunicaciones eran escasas.

La ciudad y el campo se correspondían con estos dos aspectos de la economía medieval. Esto no significa sin embargo, que existiera una rígida división entre ambos. Por otra parte, las ciudades adoptaron su peculiar configuración y su propio espacio, que variaba desde las grandes ciudades de Flandes e Italia, hasta los pequeños centros comerciales que apenas podían distinguirse de los pueblos, salvo en su desarrollo económico. Es difícil trazar la historia económica de Europa medieval, pues el cambio económico fue distinto en cada ciudad. Sin embargo, la clave esencial estribó en el proceso gradual de fusión entre las economías agraria y urbana.

Los siglos XII y XIII han dejado tras de sí una impresión de prosperidad, pues eran tiempos de expansión económica. Los mercaderes de la Liga Hanseática se hicieron con el monopolio del comercio en la zona del Báltico, mientras que los italianos dominaron el Mediterráneo. Fueron conquistados los mercados de Rusia y de Oriente, base del crecimiento industrial de Flandes e Italia. La importancia de los italianos en el comercio internacional se confirmó en 1252, cuando Génova primero, y Florencia después, emitieron sus monedas de oro. La moneda florentina tuvo mayor éxito, y sustituyó a la bizantina como base del cambio internacional.

El floreciente comercio europeo se plasmó en el crecimiento de las ciudades. Se construyeron nuevas líneas de fortificación para proteger los nuevos suburbios. Y en el campo, la ampliación de los mercados urbanos provocó la subida de los precios agrícolas.

Las bases de la prosperidad

La riqueza de la Europa medieval se basó en la agricultura, pues desde comienzos del año 1100 se realizaron grandes progresos en el cultivo de las tierras. De hecho, el desarrollo económico de Europa obedece a un conjunto de factores, entre los cuales destaca la superpoblación existente en determinadas áreas al final del período de las grandes invasiones. Nuevas parroquias tuvieron que ser construidas a partir de las ya existentes, y tuvieron que edificarse capillas en los nuevos núcleos de población. Además, el número de vasallos libres creció enormemente.

El desarrollo económico europeo de la Edad Media fue el resultado del gran incremento de tierras para el cultivo y del crecimiento de la población, pero también de la gran mejora experimentada por las técnicas agrícolas. A finales del siglo XIII, y en algunos lugares puede que antes, los sistemas de cultivo rotatorio que permitían una triple cosecha se habían perfeccio-



Arriba, banquete medieval, ilustración de una edición del Antiguo Testamento. Excepto en los períodos de gran prosperidad, la nobleza prefería los bailes y festines, antes que mejorar la agricultura o la industria. (Universität Domkirche, Basilea.)

Izquierda, el trabajo de los campos, miniatura holandesa de las Bucólicas *de Virgilio, del siglo XV. Los campesinos vivían junto al castillo del señor, cultivaban sus tierras y, a cambio, obtenían protección armada. (Koninklijke Bibliotheek, La Haya.)*

Página anterior, el rey de Francia Carlos V (1338-1380) nombra a Bertrand Du Guesclin su general real. (Miniatura contemporánea.)

nado. Así, durante el siglo XII parece que ya hubo una renovación general en las técnicas del arado, en base a la invención de nuevas herramientas.

La tierra era el recurso natural más preciado en Europa, pero es evidente que el agua era esencial. La construcción de molinos de agua proporcionó la posibilidad de explotar una nueva fuente de energía. Al parecer, fueron inventados a comienzos de nuestra era, en Siria, y se extendieron lentamente por Europa occidental, hasta el siglo XII.

La Europa medieval estaba comparativamente bien surtida de minerales. En 1170 fueron descubiertos, en Sajonia, ricos depósitos de plata. Los Alpes eran también una región de gran actividad minera: de allí se extraían oro, plata y otros minerales secundarios. Inglaterra estaba también bien dotada de recursos minerales, especialmente plata y estaño, además de hierro, carbón y plomo.

En el siglo XII, en el norte de Italia, existía ya un control directo de las ciudades sobre el campo. La institución que posibilitó esta situación fue la Comuna municipal, compuesta por ciudadanos que juraban defender sus «intereses comunes», y que se convirtió en el fundamento real del poder político de las ciudades. Su principal objetivo era el desarrollo del comercio urbano, para lo cual era necesario supeditarle la economía agraria.

El movimiento comunal no tuvo éxito ni en la península Ibérica, ni en Inglaterra ni en Francia. En Alemania la situación era confusa, pero las ciudades de la Liga Hanseática obtuvieron un grado considerable de independencia. En Flandes, el principal interés de sus condes fue permitir que las ciudades asumieran responsabilidades en el gobierno.

Las ciudades eran, pues, los centros del comercio local, allí donde la agricultura se hacía rentable. Por otra parte eran los núcleos esenciales de un comercio internacional que nunca quedó interrumpido, ni tan siquiera durante las invasiones de los siglos IX y X. Hubo siempre demanda, por parte de la nobleza y de la Iglesia, de telas preciosas, especias, drogas medicinales, pieles y cera. Hasta pasado el siglo XII, Occidente tenía muy poco que ofrecer, con excepción de las materias primas, y se pagaron a cambio de las importaciones, grandes cantidades de oro y plata.

El éxito de la industria textil fue muy importante para el despegue de la economía occidental, y su desarrollo más notable se produjo en Flandes y en el norte de Italia, en donde el comercio del metal, de la piel y el cuero eran, por otra parte, un fenómeno típicamente urbano. La creciente importancia de la industria en las ciudades propició la aparición de los gremios artesanales, desarrollados paralelamente al despegue comercial.

No obstante, la organización de la industria urbana era todavía muy rudimentaria, desarrollándose como actividad doméstica. La concentración de las diversas fases productivas en un área reducida, permitía que pudieran ser supervisadas por un solo individuo, que habitualmente era un comerciante. Éste compraba las materias primas, las facilitaba a los artesanos y luego vendía los productos elaborados por éstos. Los artesanos trabajaban a veces en talleres alquilados al propio mercader, recibiendo una miserable paga por su trabajo. El sistema era inhumano, pero la producción era abundante y barata.

La contribución de la industria a la riqueza de las ciudades fue pequeña. Sin embargo, indirectamente, la presencia de la industria estimuló el crecimiento de los mercados, debido a que existía una gran demanda de materias primas para ser elaboradas, así como de alimentos para el sustento de los trabajadores. Grandes cantidades de bienes fueron llevados a los mercados, y esto produjo la expansión del comercio, tanto local como de larga distancia.

El aumento del volumen comercial promovió cambios en la organización del comercio. La falta de moneda y su escasa circulación fueron uno de los principales obstáculos del desarrollo comercial, hecho que pudo ser superado a comienzos del siglo XII con la aparición de las nuevas facilidades crediticias. Surgieron importantes avances en los métodos bancarios, y aparecieron unas primitivas letras de cambio. Al mismo tiempo, se desarrolló una contabilidad más detallada.

El progreso en el control de los negocios lo impulsaron los propios mercaderes, pues ya no era imprescindible que ellos acompañasen a sus mercancías, sino que éstas podían ser dirigidas desde una oficina central, con la ayuda de corresponsales en las ciudades del trayecto comercial. El mercader «sedentario» podía desarrollar un comercio de mayor volumen y calidad que su predecesor «viajero». Esta situación la alcanzó el comercio de la Liga Hanseática en el siglo XIII; en cambio, los mercaderes italianos, especialmente los de las ciudades del interior de Lombardía y Toscana, no la consiguieron hasta el siglo XIV.

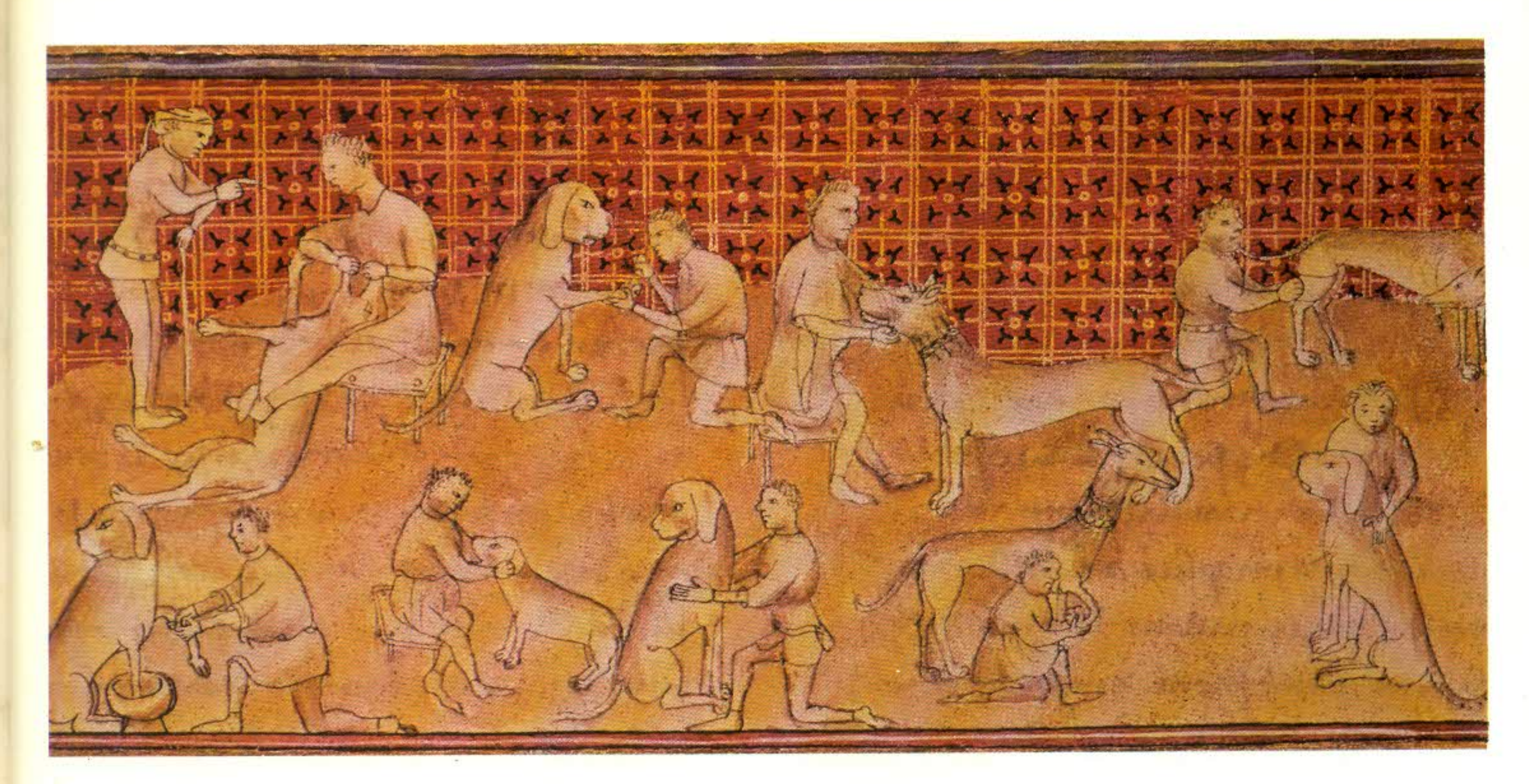
La decadencia económica

La prosperidad de Europa se basó en la expansión de la agricultura y en el rápido desarrollo del comercio. Las ciudades jugaron un papel clave, al canalizar los excedentes agrarios hacia el comercio y la industria. Sin embargo, ya en el siglo XIII, cuando la prosperidad medieval estaba en su cenit, aparecieron signos de que las condiciones favorables para la expansión económica llegaban a su fin. La reconversión de nuevas tierras cultivables se interrumpió, pues el proceso se hizo muy costoso, debido a que la propia escasez de tierras había encarecido el valor de los bosques y de las tierras baldías.

La demanda de alimentos no disminuyó, por lo que la tierra tuvo que ser cultivada más intensivamente, con el consiguiente empobrecimiento del suelo. A finales del siglo XIII había menos abono del necesario para alimentar la tierra, y por otra parte, los pastos se empobrecieron, lo cual significaba una disminución de los rebaños. La cantidad de animales que podían pastar en las tierras comunales comenzó a ser controlada, y el precio de los pastizales se encareció rápidamente. La expansión de las tierras cultivables había roto el equilibrio entre agricultura y ganadería.

En tales condiciones, el aumento demográfico abocaba a las poblaciones a la catástrofe, por la escasez de recursos disponibles. Pero el auge poblacional daba también señales de crisis. Por otra parte, presiones económicas y sociales agravaban el problema de la escasez de tierras y dificultaban la adaptación de los campesinos a





las nuevas condiciones. Un creciente mercado de tierras disponibles posibilitó que algunos campesinos aumentaran sus propiedades.

Esta tendencia a la concentración agravó el problema de la subsistencia. En la mayoría de pueblos, eran muy pocos los campesinos con una propiedad adecuada, y la mayor parte debían sobrevivir a costa de sus pequeños terrenos, y realizando faenas agrícolas para terceros. La figura del terrateniente alcanzó una dimensión dominante.

Desaparecía de Europa el cultivo realizado directamente por los grandes señores. Se generalizó el contrato de arrendamiento. Con ello, el valor de la tierra subía y el del dinero disminuía. La acumulación de riqueza en pocas manos aumentaba sin cesar. Además, los señores podían imponer impuestos directos a sus campesinos. Con el fin de escapar de tales cargas, muchos campesinos preferían comprar sus cartas de libertad, aunque ello aumentara sus deudas.

Muy pocos de los ingresos obtenidos por los terratenientes eran reinvertidos en sus posesiones, pues en su mayor parte eran destinados a su elevado consumo personal. Esta fue una de las principales características de la segunda mitad del siglo XII, cuando la nobleza se constituyó como casta militar. Su sistema de vida requería grandes dispendios en vestuario, alimento y vinos de gran calidad. El equipamiento de un caballero se hizo complicado y costoso. Debido a ello, la nobleza halló gran dificultad en mantener su estilo de vida aristocrático, y contrajo abundantes deudas con judíos y comerciantes.

Las raíces de la crisis

Si bien la agricultura detuvo su expansión en la Europa occidental del siglo XIII, la industria y el comercio no tenían motivo para paralizar su desarrollo, pues una parte creciente de la riqueza generada por la agricultura penetró directa o indirectamente en la vida urbana, a través de un círculo vicioso: para pagar sus lujos, los señores feudales exigían más producción a sus siervos, y ello aumentaba la cantidad de grano que llegaba a los mercados. El sistema producía una sobreexplotación de los cultivos y el deterioro del suelo. En Inglaterra, por ejemplo, hacia 1300 las cosechas de cereales mostraban ya una clara tendencia decreciente.

Pero algunos capitales urbanos retornaron al campo. Los mercaderes incrementaron sus inversiones en tierras, pues era la única operación segura y además proporcionaba gran prestigio social. Pero en las condiciones existentes en el siglo XIII, tales inversiones no pudieron impedir la hegemonía económica de la ciudad. En el norte de Italia, y quizá en Flandes, las ciudades ayudaron a solucionar los problemas de la superpoblación rural. El gran desarrollo de la industria de tejidos en Florencia y en Pisa, durante la segunda mitad del siglo, originó una gran absorción de inmigrantes provenientes del campo. En este sentido, la ciudad continuaba estando estrechamente ligada al campo.

Sin embargo, la gran expansión de Flandes y del norte de Italia hizo posible que aquel proceso se desarrollara prescindiendo gradualmente del apoyo agrario. La aparición de los mercados de ultramar

Arriba, ilustración de un manual de caza francés del 1382. El deporte de la caza fue la mayor obsesión de monarcas y nobles medievales. (British Library, Londres.)

Página anterior, ilustración de un misal del siglo XVI que representa los trabajos del campo en el mes de octubre. En la Europa medieval se usaba el sistema rotatorio de los cultivos. (Bibliothèque Nationale, París.)

para los paños, promovió un auge inusitado en Flandes y el norte de Italia. Por otra parte, el incremento de los impuestos reales, y especialmente de los eclesiásticos, no sólo eran una nueva carga, sino que además recayeron en la economía rural.

De ese modo, las ciudades flamencas e italianas dependían cada vez menos de los alimentos de los pueblos circundantes, y el vínculo que unía el campo con la ciudad desaparecía. A mediados del siglo XIII, Flandes importaba cereales de las costas del Báltico, mientras que las ciudades italianas podían obtener el grano en la propia zona sur de Italia y en las regiones del mar Negro. A comienzos del siglo XIV el precio del grano decayó, repercutiendo directamente en toda la economía agrícola de Europa occidental. El equilibrio campo-ciudad se alteró.

La crisis de los últimos años de la Edad Media fue eminentemente agrícola, pero tuvo fuerte eco en la economía urbana, ya que las ciudades de Flandes e Italia habían perdido la protección que les suponía la existencia de los mercados de ultramar.

UNIVERSIDADES Y VIDA CULTURAL

Año	Francia	Italia	Europa
1100	*Chanson de Roland*		San Anselmo
	San Bernardo funda el monasterio de Claraval	Estilo sarraceno en Sicilia	*Tristán e Isolda*
	Abelardo		
	Vida de Luis VI, de Suger	Capilla Palatina en Palermo	Averroes
	Cristián de Troyes		
	Roman de Renart		Juan de Salisbury
	Catedral de Notre-Dame, en París	San Francisco de Asís	
1200	Universidad de París		
	Crónicas, de Villehardouin	Universidad de Padua	Roger Bacon
	Catedral de Chartres	San Buenaventura	
	Guillermo de Lorris	Sto. Tomás de Aquino	Catedral de Toledo
	Roman de la Rose	Catedral de Siena	
	Summa Theologiae, de Sto. Tomás de Aquino	Nicolás Pisano	Abadía de Westminster
		Marco Polo	
	Juan de Meung		Duns Escoto
	Rutebeuf	Dante	El maestro Eckhart
1300		Giotto	
	Memorias, de Joinville		Guillermo de Occam
	Juan Buridan	Petrarca	
	Palacio Papal en Avignon		Juan Ruysbroeck
	Nicolás de Oresme	Boccaccio	
	Guillermo de Machaut	Brunelleschi	Godofredo Chaucer
	Crónicas de Froissart	Leonardo Bruni	

La gravedad de la situación no fue claramente apreciada hasta 1340, pero antes hubo ya una serie de indicios de que la crisis era inminente. Entre 1309 y 1317 gran parte de Europa occidental se vio sometida a una terrible epidemia de hambre que causó numerosas muertes. Los precios del grano se hundieron, y con ellos los salarios.

Aquella crisis no afectó a todas las zonas de Europa por igual, ni en la misma época. Las regiones más perjudicadas fueron España, Francia y el sur de Italia, dedicadas en su mayoría a la producción de cereales. Las tierras situadas al este del Elba, también productoras de grandes cantidades de grano, no sufrieron, al menos en un primer momento, las consecuencias de la crisis, pues allí la tierra no estaba sobreexplotada y los campesinos eran más libres. Por otra parte, las pérdidas producidas por la «peste negra» fueron también cuantiosas.



Las zonas más urbanizadas de Europa tampoco pudieron escapar de la crisis. El siglo XIV fue un período de luchas internas entre las ciudades flamencas, y poco después de 1350, sus industrias empezaron a declinar. Por la misma época, el comercio de la Liga Hanseática se interrumpió, mientras las grandes ciudades de Toscana tuvieron que enfrentarse a dificultades sociales, industriales y financieras. Algunas de ellas —Lucca, Siena y Pisa, por ejemplo— no volvieron a recuperarse, pero Florencia, en cambio, pudo mantener un alto grado de prosperidad.

La depresión rural

La crisis trastocó las relaciones sociales en el campo. Frente a la falta de cooperación de los campesinos y, a veces frente a su violencia, la política represiva de los terratenientes estaba destinada al fracaso.

Debido a que los terrenos dedicados a la producción del cereal fueron cada vez más improductivos, incluso los propietarios más conservadores se vieron obligados a alquilar, o ceder en arriendo, sus posesiones, para poder atender a los costes de su administración.

El nexo de unión existente entre el señor y sus propiedades se debilitó. De hecho, la mayoría de las tierras pasaron de manos de sus antiguos propietarios a depender de nuevas familias, que sin embargo tampoco pudieron conservarlas durante más de una generación. En definitiva, los frecuentes cambios de propietario, masivos a nivel de pequeña propiedad, contribuyeron a desestabilizar la agricultura.

El relajamiento del control señorial y los cambios señalados alteraron la vida de los pueblos, y en muchos lugares la vida comunal se vio seriamente amenazada. La tendencia de algunos campesinos a acumular propiedades se acentuó, configurándose un tipo de propiedad latifundista. Pueblos enteros pasaron a depender de la voluntad de unos cuantos terratenientes.

El fin de la prosperidad urbana

La depresión de la última etapa de la Edad Media no llegó a las ciudades, cuyo auge continuó hasta el siglo XIV. La dominación occidental en los mercados de Oriente y Rusia finalizaba, y desde mediados del siglo las exportaciones occidentales llegaban a los mercados de Oriente Medio en muy pequeña escala. El mercado textil entró en una fase de gran com-

petencia, tanto interior como exterior. Así, durante el siglo XIV, Florencia estuvo en guerra con sus rivales industriales de la misma Toscana, mientras que Brujas y Gante liquidaban la hegemonía de la industria flamenca.

La guerra fue una respuesta a la crisis económica, pero fue mucho más normal que las ciudades adoptasen una política proteccionista para defender sus intereses en un mercado decadente. Los gremios aumentaron su espíritu corporativo para proteger los intereses de sus miembros. Pero tales prácticas eran trabas para la expansión comercial e industrial, y sólo consiguieron profundizar la crisis. En las ciudades flamencas, este proceso comportó cambios en el gobierno. Estalló un conflicto entre los mercaderes, enriquecidos por el comercio de larga distancia, y los industriales textiles, partidarios de una política proteccionista y dispuestos a defenderse de la crisis del comercio ultramarino mediante el dominio absoluto del mercado local.

La expansión comercial se había basado hasta entonces en la extensión del sistema crediticio. Pero su debilidad se puso de manifiesto en 1343, con la bancarrota de las dos casas comerciales florentinas de mayor importancia, la Bardi y la Peruzzi. Los reyes de Nápoles e Inglaterra encontraban ahora dificultades para hacer frente a sus propias deudas. En resumen, la confianza, factor esencial para la estabilidad de los negocios, desapareció.

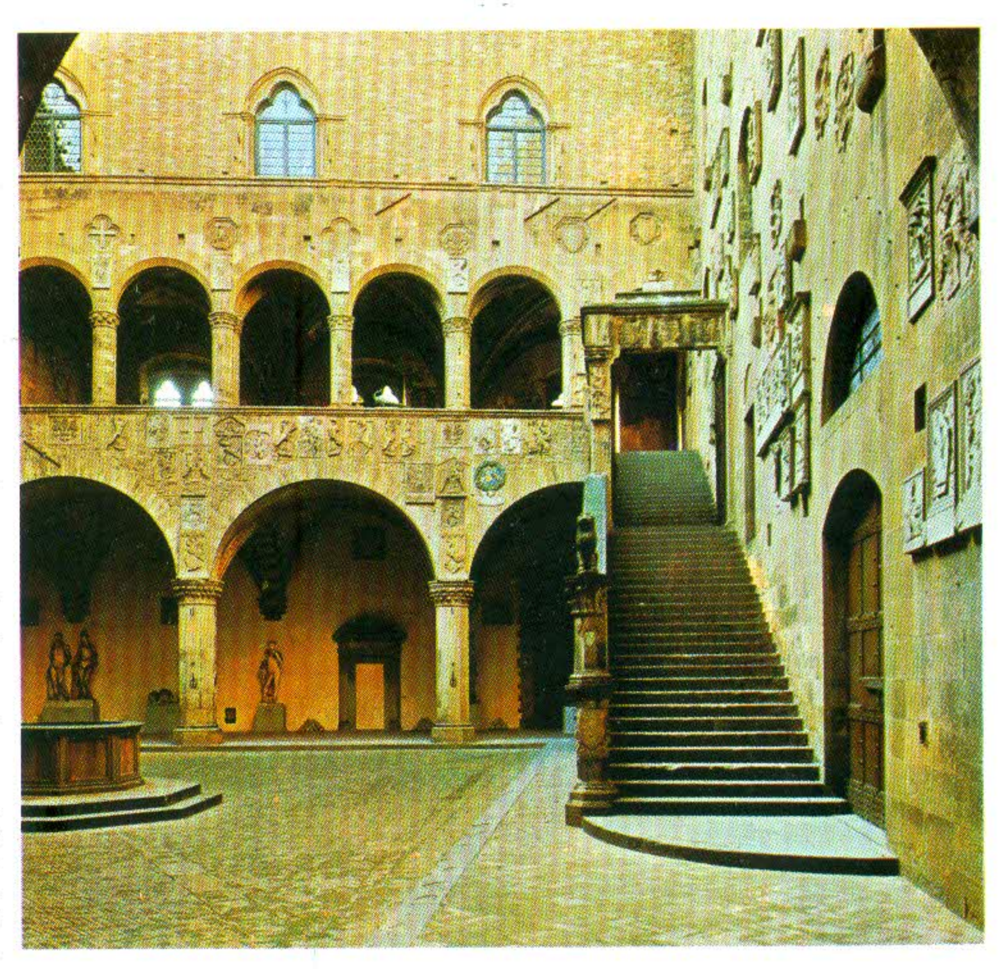
Las ciudades se volcaron en sus mercados locales, pero a causa de la crisis agrícola la oferta era escasa. Por otra parte, numerosas ciudades trataron de defenderse limitando las migraciones agrarias, pero esto tuvo consecuencias funestas, especialmente después de la «peste negra» que diezmó la población urbana, y en última instancia las ciudades dependían de aquellas migraciones para mantener su equilibrio demográfico.

El nacimiento de la economía moderna

La última etapa de la Edad Media fue una época de incubación de nuevas perspectivas, pero no de progreso real. En su seno latía la clave del desarrollo posterior aunque a veces se olvida cuán atrasada estaba la economía. Su base era la agricultura, y las ciudades fundamentaban su prosperidad en el comercio. Las grandes compañías no se habían especializado aún en las diversas ramas comerciales y productivas. Existía un mercado de capitales, traducido en acciones relacionadas con la minería y el transporte marítimo de mercancías. La industria, que no había superado los umbrales del artesanado, no requería equipamientos especiales ni grandes desembolsos de capital. De hecho, la tierra era la única posibilidad real de inversión.

De todos modos, aparecían ya los primeros signos de renovación comercial. El mercado de moneda se hizo mucho más flexible con el perfeccionamiento de la letra de cambio, mientras que el uso creciente del libro de contabilidad con doble entrada perfeccionaba la organización comercial. El deseo de beneficio estaba ya presente en los primeros tiempos de la Edad Media, pero a partir de la última etapa se hizo más manifiesto.

El creciente papel del Estado como impulsor de la economía se perfilaba también en los últimos años de la época medieval. La ciudad confirió mayor solidez a la organización estatal. Las grandes ciudades flamencas perdieron su independencia y pasaron a ser controladas por los duques de Borgoña. Los gobiernos se vieron forzados a endeudarse, a imponer métodos más sofisticados de impuestos, e incluso a devaluar la moneda con el fin de sufragar sus crecientes gastos. El fundamento económico del Estado estaba en marcha.



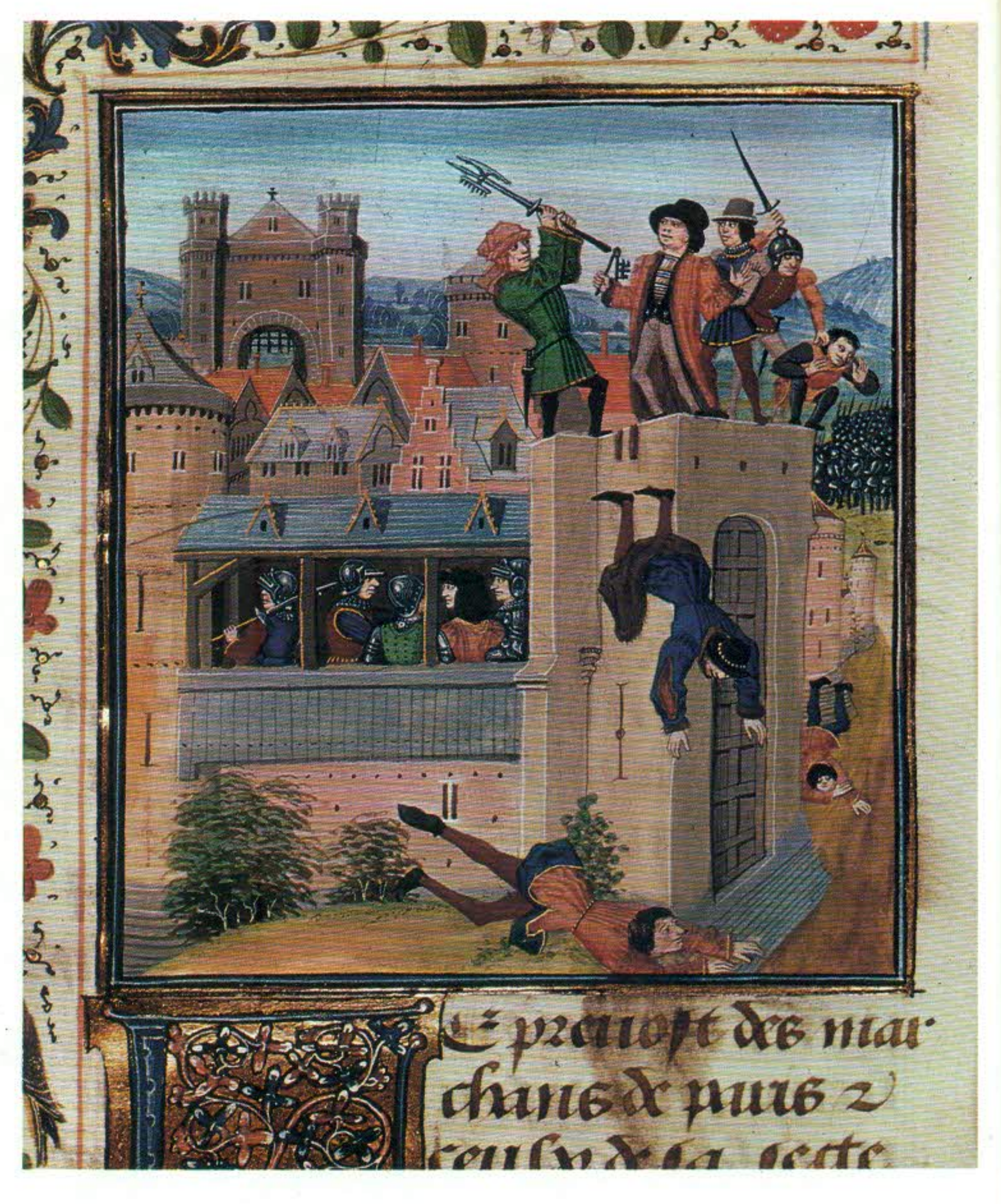
Arriba, patio del palacio del Bargello, en Florencia (siglo XIV), obra de Neri di Fioravante. Los arcos se apoyan sobre pilastras octogonales y en el segundo piso hay ventanas góticas trilobuladas. Los muros están decorados con los blasones de jueces y dignidades.

Página anterior, taller de sastre, miniatura del Maestro de Lancelot (escuela lombarda del siglo XIV), del Tacuinum sanitatis, *especie de manual de higiene que trata de la calidad de los alimentos y de las bebidas, de las estaciones y su influencia sobre los hombres y de otros temas que dan ocasión a vivaces escenas de vida urbana y campesina. (Bibliothèque Nationale, París.)*



LA FORMACIÓN DE EUROPA

Introducción



Los siglos XIV y XV impregnaron a Europa occidental de una gran incertidumbre. Las sólidas creencias de la época de santo Tomás de Aquino, san Luis y Dante dieron paso a angustiosos interrogantes en todos los ámbitos de la actividad humana. El poder del Sacro Imperio romanogermánico en Europa se derrumbó, y el Papado se hallaba desgarrado por el cisma. En las universidades palpitaba la agitación, y la diversidad se reflejaba en las ideas y conductas. Italia caminaba hacia una nueva era y Venecia adquirió riqueza, estabilidad y prestigio. En Roma renacía el interés por la historia clásica antigua; Rienzi soñaba con el restablecimiento de la República y Petrarca difundía la necesidad de estudiar el latín y el griego. Los tiempos eran difíciles y la población no se había recuperado aún de los estragos causados por la peste negra en sus sucesivas epidemias. Núcleos de trabajadores exigían ya mejores salarios y protagonizaban revueltas equivalentes a las huelgas del siglo XIX.

En otro aspecto, en Europa occidental se consolidaba el ideal monárquico. El deber del rey era gobernar, administrar justicia y conducir a sus guerreros a un combate victorioso. Fue en Francia e Inglaterra, y —en menor grado— en la península Ibérica, donde la monarquía se identificó totalmente con el gobierno. El proceso tuvo un factor relevante en algunas personalidades como Carlos V y Luis XI de Francia, Enrique V y Eduardo IV de Inglaterra, y Fernando de Aragón, orientados férreamente a consolidar sus naciones.

El ideal de nación era todavía incipiente. Exceptuando la alianza Iglesia-monarquía, predominaba en la gente un fuerte sentimiento localista a pesar del desarrollo comercial y de las grandes guerras.

Analizando la historia de las últimas décadas de la Edad Media es fácil descubrir los signos que anunciaban el Renacimiento, la reforma religiosa y de la monarquía absoluta. Los contemporáneos, sin embargo, no se dieron cuenta de ello y aceptaron el mundo tal como se lo encontraron. No obstante, antes de finalizar el siglo XIV, incluso la gente sencilla captaba ya que se barruntaban cambios importantes. El cisma que dividía al Papado no podía continuar indefinidamente. La crisis abierta por el movimiento husita en las regiones checas y los análisis de los humanistas italianos, añadieron al movimiento reformador un enfoque crítico que condujo a un replanteamiento del estudio de la Biblia.

El descubrimiento de la imprenta por Gutenberg, en 1453, hizo saltar los cerrojos de los monasterios y la cultura comenzó a expandirse. Sus efectos fueron especialmente espectaculares en Alemania, cuyos centros universitarios se propagaron en otros países. Se fundaron universidades en Viena, Colonia, Maguncia y Tubinga. La cultura y el saber no dependían ya tan sólo de la iniciativa imperial o papal. El estudio de las leyes floreció en Londres, Brujas, Orleáns y en las universidades italianas. Los leguleyos comenzaron a ser figuras peculiares de la sociedad urbana. El estudio de las leyes civiles y canónicas requería grandes dosis de sutilezas dialectales, y los jóvenes tuvieron que aprender a ejercitarse en el debate y la polémica.

Al mismo tiempo, surgió una gran pasión por la Antigüedad, un renovado interés por sus formas de vida y un creciente afán por conocer el latín de Cicerón y Plinio. Por otra parte, cabe registrar una gran actividad de la corte papal, en la que se combinaban humanismo y teología. El Renacimiento italiano, del que Florencia llegó a ser el centro principal, fue posible gracias a que los gobernantes actuaron como mecenas y sufragaron los nuevos proyectos artísticos.

Mientras los italianos se ocupaban de la búsqueda y transcripción de manuscritos desaparecidos, o en la traducción de la literatura y filosofía griegas, en el norte de Europa se configuraba la nueva idea de nación, sobre todo en Francia e Inglaterra.

Los reinos de España y Escandinavia surgían llenos de vigor y esperanza en el futuro. Polonia, Bohemia y Hungría eran poderosos estados, aún no sojuzgados por los turcos. El resultado de todo ello fue la aparición del hombre moderno, pero el camino hasta su total realidad no fue fácil.

El triunfo de la monarquía en Inglaterra y Francia

Durante el siglo XIV existen notables semejanzas entre la historia de Francia y la de Inglaterra. Carlos VI de Francia y Ricardo II de Inglaterra eran menores de edad cuando subieron al trono, y al poco tiempo ambos debieron afrontar revueltas populares contra la injusticia social imperante. En los dos países el gobierno del reino se vio perturbado por las ambiciones del duque de Gloucester en Inglaterra, y en Francia de los duques de Anjou y Borgoña. Por último, ambos monarcas se esforzaron por reafirmar su autoridad y nombrar sus propios ministros.

Sin embargo, existen diferencias que son interesantes y significativas. En primer lugar, los propios reyes. A pesar de sus defectos, Ricardo II fue un hombre inteligente, mientras que el rey francés sufría de continuos ataques de locura.

Francia era una nación profundamente dividida, con extensas zonas del reino en las que el mandato del rey no era reconocido. Inglaterra mantenía sus posesiones en Gascuña, Normandía, Champaña, Maine, Aquitania y Tolosa. Los condados de Flandes, Artois y Nevers formaban parte del gran ducado de Borgoña, una región autónoma. En el Perigord, Angulema y Blois, el duque de Orleáns ejercía un poder similar, y en Berry y Poitou gobernaba el duque de Berry.

A pesar de las limitaciones de la autoridad real, la monarquía francesa poseía aún el derecho a determinar tasas feudales, pero de hecho, los dos hombres más poderosos de Francia eran el duque Felipe el Valiente de Borgoña y el duque Luis de Orleáns, quienes utilizaban la corte de París en beneficio propio. En Inglaterra, el objetivo de la aristocracia era más bien controlar la corona, es decir, el poder, antes que explotarla para su provecho.

Carlos el Loco

Cuando Carlos V murió en 1380, a los 43 años de edad, todo parecía indicar que Francia declararía la guerra a Inglaterra. Entre 1382 y 1388 Felipe el Valiente de Borgoña fue consejero mayor del rey de Francia, y heredó el condado de Flandes en 1384 a través de su esposa. La hacienda real le pagó 100.000 francos por derechos de entrada en su nuevo condado, y dos años después otros 120.000 francos para sufragar los gastos de su alianza con la corona francesa. Por su parte, Juan de Berry, hermano de Felipe, recibía una pensión anual de 20.000 francos, y su sobrino Luis de Orleáns fue re compensado, a su vez, con un ducado a expensas de los dominios reales, y no dudó en saquear el tesoro francés en provecho propio. Los cuatro años de gobierno personal del rey Carlos fueron poco tiempo para que sus ideas de cambio pudieran alterar aquellos privilegios, aunque la nueva administración, implantada en 1388, constituía potencialmente una amenaza para los grandes nobles.

Al mismo tiempo, se realizaron grandes esfuerzos por reconciliar a la burguesía de París con la corona, después de que sus protestas por las cargas impositivas y la corrupción administrativa terminasen en el levantamiento de los *Mallotins*. Los funcionarios borgoñones fueron excluidos del gobierno.

El nuevo gobierno tecnocrático formado por Carlos VI tuvo dificultades con la nobleza debido a su linaje plebeyo, y cuando la alta aristocracia conoció la realidad de la locura del rey, se sensibilizó rápidamente ante la posibilidad de que aquellos ministros pudieran controlar plenamente el poder.

Felipe de Borgoña recuperó su influencia en la corte, pero a cambio de crearse nuevos enemigos. Por su parte, Luis, hermano del rey, que controlaba el ducado de Orleáns, conocedor del estado de salud del monarca, se anexionó gran número de territorios, dentro y fuera del propio reino, llegando hasta Luxemburgo. A comienzos del siglo XV, la desmembración de Francia parecía, pues, inminente.

El creciente poder de Luis de Orleáns amenazaba la hegemonía de Felipe el Valiente. En 1407, el asesinato de aquél por un hijo del duque de Borgoña, Juan el Intrépido, precipitó el estallido de la contienda entre los Borgoña y los Armagnac, que finalizaría 30 años más tarde con el Tratado de Arrás.

Ricardo II

En 1399 Ricardo II de Inglaterra abdicó en favor de su primo Enrique de Bolingbroke. Meses más tarde, Ricardo murió y su cuerpo fue expuesto en el patio de



Arriba, Felipe II el Atrevido (1342-1404), duque de Borgoña. Hijo de Juan II de Francia y regente durante la minoría de Carlos VI. (Musée de Dijon.)

Página anterior, defenestración de los comerciantes (siglo XV), ilustración de una de las Crónicas de Froissart. (Bibliothèque Nationale, París.)



Westminster. A partir de entonces, Enrique IV creyó que debía consolidar su posición doblegando a los miembros del Parlamento.

El reinado del joven rey Ricardo había empezado en 1377, en unas circunstancias muy difíciles. En el país, el desencanto era la actitud predominante. Las tropas francesas del general Bertrand du Guesclin acosaban las posiciones inglesas fijadas por el Tratado de Brétginy. Los piratas franceses, y más tarde los castellanos, saqueaban las costas del sur de Inglaterra e incluso llegaban al estaurio del Támesis, ante la impotencia gubernamental. El descontento de los campesinos se tradujo en la rebelión de 1381. Los rebeldes obtuvieron el apoyo de los burgueses de Londres, y el gran palacio de Savoy, del duque de Lancaster, fue quemado, dos obispos resultaron muertos, y los insurgentes obligaron al rey a escuchar sus peticiones. Finalmente, el gobierno dominó la insurrección y los responsables fueron ejecutados.

Durante los diez años siguientes, Ricardo tendría como objetivo dominar definitivamente al campesinado, pero también a la nobleza, tratando de imponer su personalidad autocrática. Las ambiciones que le inspiraban eran las mismas que un siglo más tarde motivarían a los Tudor.

La revuelta campesina

El sábado 15 de junio de 1381 el joven Ricardo cabalgó hacia Smithfield, en las afueras de Londres, para celebrar una entrevista con los campesinos rebeldes dirigidos por Wat Tyler. Se cuenta que a pesar de la buena voluntad de Ricardo para hacer viables las peticiones que le hizo Wat Tyler, éste se mostró inflexible y lanzó una dura requisitoria contra el rey y sus consejeros. Las armas se desenfundaron y Wat Tyler resultó muerto en la refriega. En un clima de gran tensión, el rey, situándose frente a las masas campesinas, dijo: «Buenas gentes, ¿quéreis acaso matar a vuestro rey? Yo soy vuestro jefe ahora». La decisión del monarca calmó los ánimos y la multitud se dispersó.

No es difícil concretar las causas de los levantamientos campesinos durante la Edad Media. La vida era difícil, en los meses de invierno cabía la posibilidad de morir de hambre, y el lujo de los poderosos era insultante. Los trabajadores agrícolas estaban dominados por un señor feudal que fundamentaba su alto nivel de vida en la opresión de sus siervos.

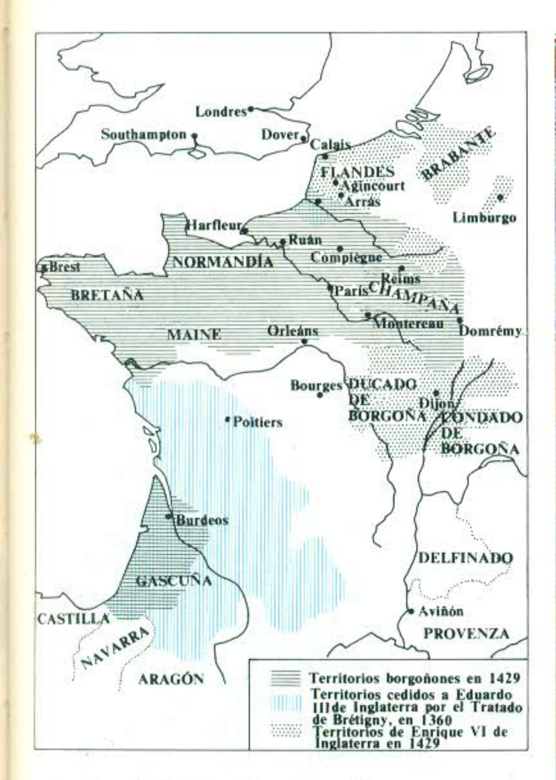
Las condiciones generales del mercado y la creciente movilidad de los campesinos en busca de mejores condiciones, afectaban a un orden social ya muy deteriorado por los efectos de la peste negra. Para los ingleses, la guerra con Francia, que había proporcionado al país importantes beneficios a finales del siglo XIV, representaba una pesada carga. Además, los escoceses realizaban incursiones cada vez más frecuentes a través de sus fronteras.

El gobierno necesitaba dinero con urgencia, pero los ricos e influyentes hombres que controlaban el Parlamento se mostraban reacios a soportar el peso de la guerra con Francia, y en lugar de establecer un impuesto equitativo, elaboraron un sistema fiscal que excluía a las grandes fortunas. En 1380, se acordó una tasa sobre los cereales. Quienes no pudieron pagar la nueva carga tributaria fueron encarcelados, y esta fue la chispa que encendió el fuego de las rebeliones campesinas.

El descontento surgió en las tierras del sudeste. En Kent, el liderazgo de Wat Tyler se vio reforzado por los discursos del clérigo John Ball, y sus arengas fueron cantadas como coplas populares. Especialmente célebre fue el estribillo:

«Cuando Adán cavaba y Eva tejía,
¿quién era entonces caballero?»

El martes 11 de junio los rebeldes de Kent marcharon sobre Londres para entrevistarse con el rey Ricardo. Pedían que fuesen juzgados los ministros responsables del lamentable estado del país, y la aboli-





ción de la servidumbre. El joven rey les prometió una serie de decretos favorables y entregó a los rebeldes su propio emblema como garantía.

Los decretos fueron promulgados, pero una vez superado el peligro, el gobierno los anuló y ejecutó a más de un centenar de líderes de la revuelta. A finales de aquel año el orden estaba restablecido, pero ningún otro Parlamento inglés volvió a imponer impuestos sobre los cereales.

El derrocamiento del rey

Thomas Mowbray, señor de Norfolk, acusó a Enrique de Bolingbroke, conde de Derby y heredero de las propiedades de los Lancaster, de alta traición. El rey Ricardo ordenó que el asunto se resolviera mediante un combate. Se acordó que la contienda tendría lugar en Northampton y que ambos rivales acudirían allí con sus seguidores. Pero, en vísperas de la lucha, el rey ordenó el exilio de Enrique por diez años y el de Thomas por «cien inviernos».

La posición de Ricardo era fuerte y la poderosa nobleza, que aspiraba a un gobierno firme pero hábil, vio que peligraban sus derechos. Cuando en 1399 murió Juan, duque de Lancaster, Ricardo decidió alargar el exilio de Enrique hasta su muerte, impidiéndole así acceder a la herencia. Esto crispó a la nobleza, ya que si el gran ducado de Lancaster podía ser confiscado, ¿quién estaba a salvo?

Poco después, en el mismo año, Ricardo embarcaba hacia Irlanda con un ejército de cierta importancia, y Enrique aprovechaba su ausencia para desembarcar en Ravenspur (Yorkshire), con sólo 15 hombres armados. Su intención era sólo recuperar su herencia, pero se encontró con el apoyo del arzobispo de Canterbury y la implícita colaboración de la mayor parte de la alta nobleza, así como del Parlamento. Llegado precipitadamente de Irlanda, Ricardo convocó al Parlamento, que sorprendentemente para él, exigió su abdicación. Enrique se apoderó del trono mediante «el derecho de herencia y de conquista, confirmado por todo el reino» y fue coronado solemnemente.

En 1399, Ricardo murió en una intentona militar por recuperar el trono. Esta tentativa no fue la única amenaza que tuvo que afrontar Enrique IV. Dos años más tarde los escoceses invadieron Inglaterra reivindicando que Ricardo todavía estaba vivo. En 1402 la casa de los Percy se alió con los galeses y escoceses, hecho que demostraba la fragilidad del trono de Enrique, pues esta casa había sido su principal sostén contra Ricardo.

La decisión del rey fue rápida y derrotó a la coalición en la batalla de Shrewsbury, en 1403. La victoria consolidó la dinastía de los Lancaster, pero Enrique IV reinaba sobre un barril de pólvora.

No es sorprendente la persistencia de aquel malestar. Los grandes nobles que apoyaron a Enrique de Bolingbroke para que recuperara su herencia no estaban, sin embargo, interesados en que fuera su rey, y la usurpación del trono fue el resultado de un costoso compromiso, pues los Lores incrementaron su poder político en

Arriba, izquierda, Francia durante la Guerra de los Cien Años. El control inglés de grandes áreas fue obtenido gracias al Tratado de Bretigny, en 1360.

Arriba, derecha, funeral de Ricardo II de Inglaterra (1367-1399), que murió en prisión un año después de ser destronado por Enrique IV. (British Library, Londres.)

Página anterior, coronación de Carlos VI de Francia (1368-1422). Rey desde 1380, enloqueció en 1392. Su reinado fue un desastre, tanto en la Guerra de los Cien Años, donde fue derrotado por los ingleses en Azincourt, como en el interior, por las luchas entre armagnacs y borgoñones. (British Library, Londres.)

el Consejo Real y los Comunes aseguraron su control sobre la economía. Por otra parte, la gestión real estaba totalmente controlada por el Parlamento.

La guerra con Francia

Enrique V tenia 26 años de edad cuando sucedió a su padre en 1413. Para sus contemporáneos fue un rey noble, piadoso y guerrero que simbolizó el triunfo de Inglaterra. Para muchos historiadores modernos, fue un diplomático hábil e hipócrita y un gran jefe militar.

Cuando anunció su intención de recuperar los territorios de Francia, dijo que le guiaba Dios y que Él le ayudaría. Su objetivo era la unión de las dos coronas, para hacer más eficaz la cruzada contra los turcos. Con ello conseguía también desviar la atención de sus súbditos de la gravedad de la situación interna de Inglaterra. La guerra con Francia añadiría inevitablemente una pesada carga financiera a la nación, pero un par de resonantes victorias obtenidas en muy poco tiempo hicieron que la nueva dinastía fuese inmensamente popular.

Enrique impulsó una coyuntura política de conciliación con los franceses antes de entrar en guerra. Pero analizada desde la perspectiva actual, su sinceridad es dudosa. Los franceses le ofrecían el matrimonio con la hija del rey y una dote de 850.000 coronas de oro. Enrique pedía, además, que se le restituyera Aquitania y Normandía. La respuesta de Francia fue denunciarle como usurpador al trono inglés. El 11 de agosto de 1415, Enrique partió al frente de 9.000 hombres, desembarcando tres días más tarde cerca de Harfleur. Tras un asedio de un mes, la ciudad se vio forzada a capitular. Alentado por esta victoria, el rey inglés decidió invadir Normandía, a pesar de que sus soldados padecían una fuerte disentería.

Después de ser acosado incesantemente por fuerzas francesas, presentó batalla en Azincourt, resultando victorioso. La fama de esta victoria resonó por toda Inglaterra, y a su regreso, se le aclamó como héroe.

En julio de 1417, Enrique partió rumbo a Normandía. Estaba decidido a reconquistar el ducado. Sin embargo, sus planes tropezaban con un obstáculo: sus viejos enemigos, los Borgoña y los Armagnac, se unieron en una alianza contra el invasor extranjero.

Ambas familias habían negociado separadamente con los ingleses, esperando obtener su ayuda en el conflicto que sostenían, pero no lograron resultados tangibles. Ante ello, acordaron superar sus diferencias y decidieron celebrar un encuentro en el puente de Montereau, tomando grandes precauciones ante una posible traición, ya que el recuerdo del duque de Orleáns asesinado por los Borgoña estaba vivo en la memoria de los Armagnac. La tregua tuvo un final imprevisto: un día de septiembre de 1419, el duque Juan sin Miedo de Borgoña fue asesinado a golpes de hacha en presencia del delfín, en un recinto construido para negociar. Orleáns había sido vengado, e Inglaterra estallaba en júbilo.

Inmediatamente, Enrique aprovechó la situación y concedió al nuevo duque de Borgoña, Felipe el Bueno, dos semanas para que decidiera su posición en el conflicto. Una vez garantizado el apoyo de la casa de Borgoña, Enrique forzó el Tratado de Troyes con el rey Carlos VI. Según los términos de este acuerdo, Carlos sería rey de Francia mientras viviese, pero Enrique se casaría con Catalina, hija del rey francés, y sería su heredero.

Tras firmar el Tratado de Troyes y casarse con Catalina, Enrique dio por terminados sus asuntos en Francia. Regresó a Inglaterra en febrero de 1421 para celebrar la coronación de Catalina en la catedral de Canterbury. Su triunfo en Francia gravó duramente la hacienda real, y no se atrevió a solicitar nuevas dotaciones al Parlamento. En su lugar, dio instrucciones a su canciller para que obtuviera préstamos de 500 personajes y entidades.



La gran crisis de Francia

La rivalidad entre los Borgoña y los Orleáns fue feroz y permanente. El prestigio del borgoñón Felipe el Valiente fue un freno a la ambición de los Orleáns, pero pocos meses después de su muerte, Luis, nuevo jefe de esta familia, pasó a la ofensiva.

De hecho, la situación de Francia era compleja. El rey Carlos VI, se había vuelto loco en 1392, y su hijo el delfín, fue puesto bajo la tutela de la casa de Orleáns, a la que pertenecía la familia real. Por otra parte, la potencia económica de la casa de Borgoña indujo a sus miembros a pensar en la posibilidad de acceder al trono de Francia. La guerra entre ambas familias con aspiraciones dinásticas fue sórdida y generó episodios de extrema violencia, como el asesinato, en 1407, de Luis de Orleáns, por inducción de Juan de Borgoña, hombre éste muy popular en París. También terció en el conflicto la casa de Armagnac, aliada de los Orleáns. Entretanto, pendía sobre Francia un nuevo intento invasor de Inglaterra, cuyo monarca veía en la descompuesta situación política de sus vecinos unas condiciones inmejorables para realizar sus proyectos imperialistas.

El momento más álgido de la disputa entre los Orleáns y los Borgoña fue la corta pero feroz guerra civil de 1382, que enfrentó a los duques de Borgoña y Orleáns (este último, de Francia, por estar a cargo del delfín, aún menor de edad), respectivamente aliados con los *cabochiens*, miembros burgueses de las corporaciones de París, y los llamados *armagnacs*, un ejército de mercenarios dirigidos por el conde de Armagnac. El bando borgoñón, con fuerte contenido burgués, aspiraba a una descentralización de la vida política de Francia y a la introducción del sufragio restringido para la elección de cargos, en tanto que los orleanistas propugnaban una monarquía centralista, y de hecho, absolutista. Tras diversas alternativas, el conflicto se decidió favorablemente para estos últimos y en 1413 los *armagnacs* ocupaban París, aunque sus rivales no se consideraron derrotados.

La invasión de Francia por tropas inglesas en 1415 era un nuevo factor en la compleja situación francesa, y los Borgoña vieron en Inglaterra un posible aliado en sus aspiraciones al trono de París.

En 1415 las tropas inglesas cruzaron el canal de la Mancha, y en un lluvioso día de octubre derrotaron al ejército francés mandado por el duque de Orleáns, en la localidad de Azincourt. El propio duque fue capturado y llevado a Inglaterra, permaneciendo prisionero en la Torre de

Londres hasta su canje por el hijo de su gran enemigo, Felipe el Bueno de Borgoña, en 1440.

La situación favorecía de hecho a Juan, duque de Borgoña, pero cuando el delfín murió en diciembre de 1415, la fracción encabezada por él se descompuso a causa de su colaboracionismo con las fuerzas invasoras, y fue acusado de antipatriota. En tales circunstancias, quedó como árbitro de Francia Bernardo de Armagnac, siendo nombrado condestable de Francia.

Inglaterra, Borgoña y Orleáns

El débil régimen de los Armagnac, enfrentado a una inminente amenaza militar inglesa, intentaba ganar tiempo, pero en 1417 Enrique V de Inglaterra invadió Normandía. Mientras, Juan de Borgoña aprovechaba nuevamente la difícil situación del gobierno de París para acumular intrigas, y acusó a los Armagnac del asesinato del delfín. Con ello, obtuvo el apoyo de las ciudades del sur de Francia y puso cerco a París. Asimismo, el duque de Borgoña ganó para su causa el favor de la reina madre. Con este apoyo, organizó un gobierno en Troyes, opuesto al de París, y nombró jefe del Estado al nuevo delfín Carlos, aunque esta acción era meramente formal. En 1418, con la cobertura de las negociaciones de paz, Juan reconquistó París e impuso su gobierno en la capital, desatando una violenta campaña de aniquilación contra el conde de Armagnac y sus seguidores. El duque de Borgoña y la reina madre controlaron la capital y sus alrededores, pero el resto de Francia se negó a reconocerles. El joven delfín, con notable vigor y una sorprendente decisión para su edad –tenía 15 años–, rechazó la protección de los borgoñones. Tras un intento de ocupar el poder, se instaló en Bourges y proclamó un gobierno nominal.

Los partidarios del delfín y los Borgoña iniciaron negociaciones, en una serie de entrevistas que culminaron en la trágica reunión celebrada en el puente de Montereau, el 10 de septiembre de 1419, en la cual Juan, duque de Borgoña, fue muerto tras fracasar en su intento de asesinar al delfín.

El rey de Bourges

Borgoña fue un factor decisivo en la política francesa, y en diciembre de 1419, el hijo de Juan, Felipe el Bueno, estableció una alianza con los invasores ingleses. En mayo de 1420, mediante el Tratado de Troyes, se establecieron los términos del cambio de dinastía para cuando el rey Carlos VI, ya muy enfermo, muriese. Enrique V de Inglaterra, casado con Catalina, hija del rey francés, fue nombrado «sucesor legítimo», y su esposa, heredera al trono de Francia.

Por su parte, el delfín no demostró gran energía para defender su causa. Su dominio quedó limitado a las tierras del sur del Loira, el Delfinado. A pesar de los rumores sobre su legitimidad, muchos franceses, incluso los de París, le mostraban fidelidad, y de hecho, tras su coronación en Reims, su derecho sobre el trono no fue cuestionado por nadie.

A mediados de 1420, los ingleses presionaban sobre el territorio francés para ampliar sus fronteras. Sin embargo, no encontraron el esperado soporte popular en la ocupación del ducado de Normandía, ya que existía una fuerte resistencia contra la ocupación inglesa en Francia, y si Carlos VII hubiera desarrollado una política más agresiva, los ingleses habrían sido expulsados mucho antes. A pesar de ello, los ingleses continuaron con su implacable avance, logrando reconquistar Maine, Anjou y numerosas ciudades. En 1428 todo el norte de Francia, la zona del Loira y la extensa área comprendida entre Poitou, Gascuña y los Pirineos, estaban



Arriba, la batalla de Azincourt (1415) en la Guerra de los Cien Años. Los arqueros, a la izquierda, fueron los artífices de la victoria inglesa.

Página anterior, Enrique V (1387-1422), rey de Inglaterra desde 1413, venció a los franceses en Azincourt. Aunque fue considerado como un héroe por Shakespeare, la realidad es que al término de su mandato dejó a la monarquía en bancarrota por sus guerras expansionistas en Francia. (National Portrait Gallery, Londres.)

bajo el mando de Enrique VI de Inglaterra.

Juana de Arco

Juana era hija de un pequeño labrador del pueblo de Domrémy, en la frontera oriental francesa; nació alrededor del año 1412. Existen diversas versiones que cuentan que era la hija bastarda de una aristócrata; incluso citan a Carlos VI y consideran que sus padres fueron en realidad padres adoptivos; pero ninguna de ellas ha podido ser probada. Era una joven inteligente y sencilla, que a pesar de sus ideales religiosos no presentaba ninguna de las facetas típicas del histerismo providencialista.

En 1428 la pequeña comunidad de Domrémy partió en busca de refugio hacia Vaucouleurs. Fue entonces cuando, impulsada por «voces santas» o simplemente por una íntima convicción, Juana pidió a Roberto de Baudricourt, un oficial del ejército real francés, poder visitar al rey en Chinon le Loire. Roberto aceptó y la joven se preparó para la entrevista con el delfín.

Se la sometió a una prueba para comprobar el alcance de sus reivindicaciones: un cortesano recibió instrucciones para que se sentara en el trono real, y Juana tuvo que identificar al verdadero rey, cosa que hizo sin dudar. Le fue permitido entonces mantener una entrevista privada con Carlos, y parece ser que lo persuadió para que, con su ayuda, asumiera con más fuerza su calidad de legítimo heredero de la corona de Francia.

Con la autoridad que le confería la entrevista, Juana prosiguió su campaña de apoyo a los Orleáns. Luchó junto a los soldados, vistió armadura y peleó igual que un hombre. Tras la victoria de Patay, que abrió el dominio de Normandía a los franceses, insistió en la coronación del rey, y el 17 de julio de 1429, Carlos fue coronado en Reims «Rey de Francia por la Gracia de Dios».

La tentativa inglesa por minimizar el impacto de la ceremonia de Reims, mediante la entronación en París de Enrique VI como rey de Inglaterra y Francia, resultó infructuosa. La razón principal del fracaso inglés no fueron ni los problemas financieros ni las preocupaciones de las guerras intestinas, sino el repentino resurgimiento de la moral y la decisión del pueblo francés, y en el centro de ese movimiento se hallaba la figura de la joven Juana.

Como todas las fuerzas de ocupación, los ingleses padecieron la creciente hostilidad de la población local, y cuando la joven Juana fue posteriormente capturada por los ejércitos borgoñones, durante el asedio a Compiègne, los ingleses solicitaron que les fuese entregada, pagando a cambio un fuerte rescate al duque de Borgoña. Inmediatamente se abrió un proceso inquisitorial contra la heroína, acusada de ser «presa del diablo» y «portavoz del Infierno», aduciendo para ello, sus jueces eclesiásticos y civiles, multitud de falsas pruebas. Finalmente, la joven de Domrémy fue quemada en la hoguera para redimirla, se dijo, de sus pecados. Por otra parte, el rey francés, que tanto debía a Juana, no realizó gestión alguna para impedir tan horrible destino.

El Tratado de Arrás

La suerte cambió de signo, sin embargo, para el «rey de Bourges». Cuatro años después de la inmolación de Juana de Arco en la hoguera, el Tratado de Arrás reconciliaba al rey con la casa de Borgoña. Un factor que incidió en el cambio de actitud de los borgoñones fue la actividad diplomática del rey Carlos con el emperador alemán, con el objetivo de establecer una alianza.

El Tratado de Arrás señala el fin de la alianza de los Borgoña con Inglaterra y abre la etapa de reconciliación interna de Francia. En las reuniones estuvieron presentes delegaciones de Inglaterra, del monarca francés, de la casa de Borgoña y de la de Armagnac, así como un emisario papal.

A pesar de los banquetes y torneos, Inglaterra y Francia mantuvieron sus divergentes posiciones. Los ingleses no abandonaban sus reivindicaciones en Francia y los franceses no las admitían. La delegación inglesa dejó la conferencia en septiembre, y borgoñones y orleanistas pudieron tratar sus diferencias.

Felipe de Borgoña tenía una posición de fuerza y pudo imponer condiciones. Aceptó la monarquía de Carlos VII, pero quedando eximido del deber de vasallaje mientras éste viviera. Además, mantuvo los territorios conquistados por los ingleses, y lo que era más importante, las ciudades del Somme, aunque Carlos se reservaba el derecho de liberarlas, en el futuro, mediante el pago de 400.000 coronas.

A corto plazo, el Tratado de Arrás fue un triunfo para los Borgoña, y para Francia en general. Para Inglaterra resultó catastrófico, y un año después sus tropas debieron abandonar París, permaneciendo en Normandía hasta 1450.

Si bien el reinado de Carlos VIII, en Francia estuvo plagado de crisis, en él se consolidó la monarquía, se redujo la presencia de los ingleses, aumentó el movimiento para frenar el poder de los grandes propietarios feudales, y el comercio renació lentamente.

Luis XI

El nuevo rey de Francia accedió al trono en 1461 cuando contaba 39 años de edad, tras haber promovido diversas revueltas. Participó en la rebelión de la Praguerie cuando sólo tenía 18 años; seis años más tarde volvió a levantarse contra su padre, protestando por la influencia que ejercía en la corte la favorita del rey, la bella Agnès Sorel. Permaneció exiliado en la corte de Felipe el Bello de Borgoña, durante los últimos años del reinado de Carlos VII.

Inmediatamente después de su subida al trono, demostró fehacientemente que tenía nuevas ideas. Destituyó a los ministros de su padre y los reemplazó por sus propios candidatos; repudió la Pragmática Sanción de Bourges, por la que Carlos VII garantizaba la libertad de actuación de la corona respecto a los asuntos de la Iglesia. Fue realmente un nuevo régimen.

Todo dependía de la personalidad del monarca. En Francia Luis XI, en Inglaterra Eduardo IV y Enrique VII, y en Castilla y Aragón Fernando II, potenciaban esta nueva dimensión personalista de la monarquía.

El principal enemigo del rey francés fue, una vez más, la casa de Borgoña. En los primeros años de su reinado, el conde de Charolais movilizó a los elementos que se oponían al dominio de Luis, reuniéndolos en la Liga del Bien Común. La Liga, que estaba bajo el liderazgo de Carlos el Temerario, incluía a los duques de Bretaña y Borbón, al conde de Armagnac y a Juan de Anjou. Fue este un episodio más de la lucha de la alta nobleza contra el resurgir del poder real iniciado con Carlos y ahora proseguido por Luis.

En defensa de sus propios intereses, la aristocracia rebelde representó siempre una importante tendencia en la vida francesa. Las fuerzas del regionalismo, aunque no tan fuertes como en los reinos de España, tuvieron también su importancia en Francia. El espíritu independiente de Bretaña, reflejo de las pretensiones ducales para desarrollar una política externa autónoma, no era tan sólo una creación artificial de los duques. No obstante, Luis pudo recabar ayuda de otras regiones, y en los años que siguieron a la batalla de Montlhéry y al penoso Tratado de Conflans, recuperó paulatinamente su hegemonía.



La torre de Londres, que simbolizó durante toda la Edad Media el centro del poder real. (British Library, Londres.)

En 1468, Luis trató de conducir la guerra al campo enemigo y favoreció una rebelión contra los Borgoña en la ciudad de Lieja. Fue un gran riesgo, y la «araña universal», tal como llamaban al rey sus contemporáneos, quedó atrapada en sus propias redes. Mientras apoyaba la rebelión del pueblo de Lieja, Luis visitó al nuevo duque de Borgoña, Carlos el Temerario, en la ciudad de Peronne, para tratar de impedir una nueva alianza anglo-borgoñesa.

Cuando los dos gobernantes iniciaban las conversaciones, llegaron noticias de la revuelta de Lieja. El rey permaneció arrestado durante toda la noche y Carlos, según los cronistas, lleno de ira, pasó la noche reunido con sus consejeros. Al día siguiente, obligó al rey a que le acompañara para presenciar el fracaso del levantamiento y la ejecución de los cabecillas. Cuando Luis regresó a París no tuvo otra posibilidad que conceder la independencia a Flandes.

No sólo fracasó en su intento de separar a Carlos de su poderoso aliado inglés, sino que además vio, sin poder hacer nada para impedirlo, como el duque de Borgoña consolidaba su dominio en la frontera oriental de Francia.

Nuevas perspectivas para Francia

La muerte de Carlos el Temerario abrió nuevas posibilidades a la expansión del poder monárquico. Luis envió tropas a Artois y al ducado borgoñés, al tiempo que proponía a María de Borgoña, de 19 años de edad, el matrimonio con su hijo de siete años.

La brutalidad de las tropas de Luis en los territorios ocupados no encajaba con sus propuestas de conciliación, y por otra parte, María deseaba un protector más efectivo que un delfín de siete años, por lo que aceptó la propuesta matrimonial de Maximiliano I (de Austria), hijo del emperador Federico III Habsburgo. Estalló la guerra con Francia, y por el Tratado de Arrás en 1842, Luis aseguró sus posesiones en Artois y en el ducado de Borgoña, pero tuvo que ceder ante las demandas de los condados flamencos. Las consecuencias de aquel matrimonio se plasmaron en un imprevisible desenlace: la herencia borgoñona pasó a Carlos V, emperador del Sacro Imperio romano-germánico y rey de España.

A pesar de todo, Luis recuperó una parte importante de los territorios de Borgoña, y más tarde las posesiones de Anjou, Maine y Var, e hizo suyas las reivindicaciones de los angevinos sobre el trono de Nápoles. En 1491, pocos años después de su muerte, el ducado de Bretaña se unió a Francia a raíz del matrimonio de su hijo con Ana de Bretaña, pese a la oposición de los bretones.

Luis XI realizó amplias reformas en el sistema administrativo y financiero. Durante su reinado se triplicaron los ingresos por impuestos, y el control real de la administración fue absoluto. El rey convocaba a su Consejo para mantener las apariencias, pero siempre que le era posible gobernaba personalmente un reino todavía turbulento y revuelto. Potenció el comercio, pues lo consideraba esencial para el desarrollo del país; concedió grandes honores a la burguesía comercial, y además promocionó activamente las ferias de Lyon, Caen y Rouen; impulsó la industria de la seda y fortaleció la moneda. Cuando murió, en 1483, le sucedió su hijo Carlos, de 13 años de edad.

La crisis inglesa

La tragedia inglesa fue que de todos los descendientes de Juan el Severo, tras la muerte de su nieto Enrique V en 1422, sólo quedaba con vida un niño casi recién nacido. Inglaterra tuvo que afrontar una crisis de regencia, cuando por su situación económica interna y sus innumerables compromisos en el exterior, precisaba de una voluntad y una decisión de hierro. Y fue una tragedia porque los tres hombres que se consideraban regentes de los asuntos del Estado eran individuos de gran talento, pero sus cualidades no fueron nunca utilizadas en defensa de los intereses del país.

Juan, duque de Bedford, hermano mayor del fallecido rey, fue quien mejor desempeñó la función de regente, pero malgastó su capacidad en la obsesiva idea de defender la posición inglesa en Normandía. Su hermano menor, Humphrey, duque de Gloucester, fue un hombre inteligente y de elevado espíritu, y en tiempos más sosegados habría pasado a la posteridad por su generoso mecenazgo cultural. El tercer miembro del triunvirato fue Enrique de Beaufort, tío de ambos y cardenal arzobispo de Winchester. Su familia descendía del matrimonio morganático de Juan de Gante con Catalina de Swynford. La legitimidad del linaje fue confirmada con Ricardo II, y su experta organización de la economía en la rica diócesis de Winchester hizo que el nombre de Beaufort se expandiera como símbolo de prestigio.

La voluntad de Enrique V fue que el duque de Gloucester se convirtiera en regente del joven sucesor, pero el Parlamento señaló también la necesidad de un Consejo de Regencia que ayudara al tutor del rey. El Consejo contaba con gran número de miembros, de manera que ninguno de ellos pudiera utilizar el poder en su provecho personal, ni siquiera el propio regente.

El duque de Gloucester se sometió al Consejo con reticencias. Mientras, la nueva institución comenzó a trabajar con gran ímpetu, estableciendo que todas sus actas debían ser firmadas al menos por cuatro de sus miembros. En un gesto de compromiso, el duque de Gloucester fue nombrado «protector del reino» y primer canciller del rey, pero ambos títulos carecían de fuerza real. Cuando en 1428 intentó forzar el reconocimiento de su regencia absoluta, fue advertido por el Consejo de que no poseía la autoridad necesaria para ello.

Desde los primeros años de su existencia, la casa de Lancaster buscó afanosamente aumentar el erario económico, pero la antigua teoría de que el rey debía vivir de sus propios recursos tenía una vigencia tal, que era impensable que el Parlamento votase nuevas prebendas. Arruinados por los gastos de la guerra con Francia, los Lancaster fueron solicitando un préstamo tras otro. Los comerciantes londinenses y Enrique de Beaufort, arzobispo de Winchester, habían prestado un total de 35.000 libras esterlinas a Enrique V y más de 45.000 en los primeros años del reinado de Enrique VI. Concretamente el arzobispo, cargó intereses muy altos (convenientemente camuflados para burlar las reglas de la Iglesia contra la usura), que en muchos casos fueron el 30%. Seguramente podía haber realizado inversiones más provechosas y seguras, pero el clérigo pagaba por su deseo de poder, y obtuvo paulatinamente el control de las finanzas del reino; incluso las joyas reales le fueron confiadas como garantía.

Resulta comprensible que el duque de Gloucester viera el creciente poder económico del arzobispo como una amenaza para el reino. Por otra parte, las maniobras de éste en el Consejo constituían un peligro para su propia persona. El conflicto entre ambos estalló en otoño de 1425. Humphrey acusó al arzobispo de traición a Enrique IV y Enrique V, y le obligó a defenderse de tales acusaciones públicamente y en el Parlamento, ya que el poder de Beaufort no se limitaba a los asuntos financieros, sino que era ya cardenal y representante pontificio.

La lucha por el poder

La debilidad política de los Lancaster obligaba a sus monarcas a mostrarse gobernantes poderosos y efectivos. Sin embargo, con Enrique IV la corona se había desprestigiado, y en los primeros años de su reinado el Consejo de Regencia tampoco mejoró la situación, aunque fue con la aparición del conde de Suffolk, que instrumentalizó descaradamente su cargo de canciller real, cuando el propio Consejo perdió credibilidad.

La influencia de Suffolk se basaba en la candidatura de la francesa Margarita de Anjou como posible esposa del rey, lo cual supondría una tregua entre los dos reinos. La posición de Suffolk se vio reforzada al encapricharse el rey de su protegida, pero tuvo que hacer frente a la oposición del duque de Gloucester. Éste se había visto perjudicado por el juicio que, en 1441, inculpó a su esposa Eleanor Gobham de atentar contra la vida del rey a través de la brujería, y por otra parte su insistencia en guerrear con Francia ponía de manifiesto su falta de realismo político. Probablemente Suffolk intervino en los cargos de traición que sirvieron para el arresto del duque de Gloucester en febrero de 1447, y la muerte de éste, aquel mismo mes, le facilitó el camino.

Al año siguiente Suffolk fue nombrado duque, y su posición parecía sólida. Sin embargo, la pésima gestión de los asuntos reales que le fueron encomendados pro-





vocó un amplio descontento, y tuvo su primer roce con el gobierno.

Los turbios manejos económicos precipitaron la caída de Suffolk y fue acusado en el Parlamento de mala administración. Cuando intentaba huir del país, fue capturado y linchado por los piratas en el canal de la Mancha, en 1450.

La caída de Suffolk no alteró la situación. Le sucedió el hombre más poderoso del Consejo Real, Eduardo Beaufort, conde de Somerset, de quien se rumoreaba que ambicionaba la corona.

York y Lancaster

La carencia de energía en la administración era total. El deseo de los York por dominar el Consejo Real, y su demanda de reformas, fueron cada vez más difíciles de eludir. El debilitamiento de la autoridad central en la Inglaterra de los Lancaster permitió que los grandes nobles prosiguieran sus rivalidades locales, al tiempo que luchaban por el control del gobierno central. La latente rivalidad entre los York y los Lancaster se hizo manifiesta. El conflicto, conocido como «Guerra de las Dos Rosas», estalló en 1452, cuando Ricardo, duque de York, marchó sobre Londres para manifestar al rey sus quejas contra el primer ministro y persuadirle de que prescindiera de él. Este primer enfrentamiento se solucionó discretamente, pero dos años después, los ataques de locura de Enrique VI abrieron el camino a Ricardo, siendo nombrado «protector del reino» con el apoyo de la Cámara de los Comunes, pero con la oposición de la corte y la desconfianza del rey.

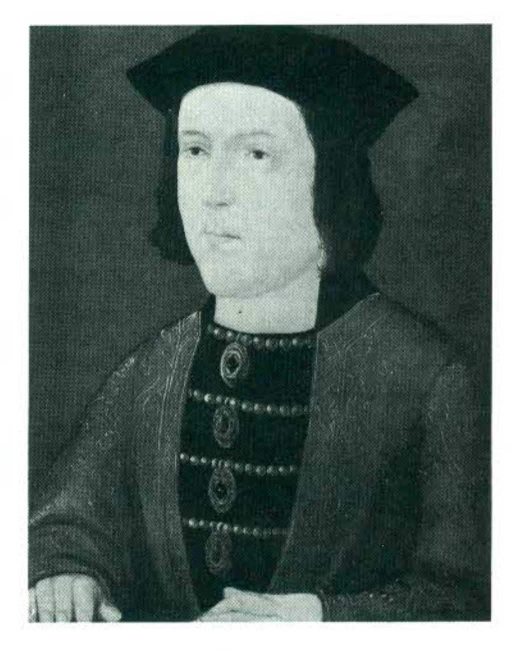
Cuando el rey recobró el juicio en 1455, los York se sublevaron. En la primera batalla, en St. Albans, capturaron al rey, lo escoltaron hasta Londres e implantaron una nueva administración. Uno de sus nombramientos más importantes fue el del joven conde de Warwick, como gran capitán de Calais, quien en nombre de los York mandaba «la fuerza más numerosa de todo el reino y la mejor pagada». Ciertamente el capitán merecía esta recompensa, ya que en St. Albans dirigió un valiente ataque que sirvió para decidir la suerte de la batalla.

La causa de los York fue perdiendo vigencia. Los Beaufort regresaron, al cabo de un año, obligándoles a retirarse a Irlanda.

A partir de 1456 los Lancaster abandonaron todo intento de dirigir una administración nacional, y se dedicaron exclusivamente a mantener su propia dinastía. Se enviaron comisiones por todo el país para que investigaran cargos de traición, creando con ello un ambiente de persecución y terror en todos los niveles de la población.

Los York acusaron al gobierno de preparar la invasión de Inglaterra por fuerzas irlandesas, y en 1460 ellos mismos dirigieron su ejército contra Londres, tomando la ciudad y controlando el gobierno. Sin embargo, habían subvalorado a la nobleza, que si bien estaba dispuesta a aceptar las reformas, no admitía un cambio de dinastía ni la conversión del duque de York en el nuevo rey.

El 10 de octubre, seguido por un ejército de 300 hombres, el duque de York penetró en el patio de Westminster y subió a la sala del trono. Pero en lugar de los gritos de aclamación que esperaba, fue



Arriba, izquierda, Enrique VI de Inglaterra (1421-1471). Accedió al trono a la edad de un año y nunca pudo doblegar a los nobles. (National Portrait Gallery, Londres.)

Arriba, derecha, tabla genealógica real inglesa de la década de 1440. Aparece Enrique VI como descendiente directo de San Luis de Francia. (British Library, Londres.)

Abajo, Eduardo IV (1442-1483), primer rey de la casa de York; su reinado inició trascendentales cambios en los poderes y en la administración de la monarquía, como la alianza de la corona con la burguesía comerciante. (National Portrait Gallery, Londres.)



recibido por un tremendo silencio. El arzobispo de Canterbury rompió la incómoda situación, preguntándole si deseaba ver al rey. La airada respuesta se ha hecho famosa: «No conozco a nadie en todo el reino que tenga tantos motivos para ello como yo».

El duque de York exigió por escrito sus derechos de herencia, pero el camino sería arduo. La reivindicación era correcta e irrefutable; se basaba en el hecho de que la casa de York descendía del tercer hijo de Eduardo III, Lionel, duque de Clarence, mientras que Juan el Temerario, fundador de la casa de Lancaster, era su cuarto hijo. Contra ello se argumentó que Enrique IV fundamentaba su derecho no sólo en su ascendencia de Enrique III, sino que además había contado con la aprobación del Parlamento. Entonces, Ricardo de York declaró que su reivindicación era de derecho divino y por tanto anulaba cualquier disposición parlamentaria.

El debate sobre la reclamación de los York era el debate sobre el propio constitucionalismo. ¿Podía una disposición parlamentaria invalidar la primitiva ley feudal sobre la sucesión hereditaria? ¿Se debía gobernar el reino con las mismas leyes que las propiedades territoriales? Eran cuestiones apremiantes, peligrosas y de difícil respuesta.

Los jueces y oficiales reales eludieron el problema, señalando que era un asunto muy complejo, y recomendaron que se tratara en la Cámara de los Lores. El resultado fue un compromiso. Enrique sería rey mientras viviera, pero a su muerte le sucedería el duque de York y luego los herederos de éste.

Después de haber sido proclamado heredero en noviembre, el duque de York abandonó Londres en dirección al norte para someter a los lores partidarios de Lancaster que habían rechazado el compromiso. Inesperadamente Ricardo resultó muerto en diciembre, en la batalla de Wakefield. Su hijo Eduardo y su colaborador, el señor de Warwick, dominaron la situación derrotando a un gran ejército real.

Las espadas estaban aún alzadas, pero los de York tenían una posición preponderante. Finalmente, gracias al rápido avance de sus tropas y al descrédito de las fuerzas reales, que asolaban los pueblos por donde transitaban, Londres abrió sus puertas a los jefes de la casa de York. En marzo, Eduardo fue aclamado rey por los soldados y habitantes de la capital. Su título fue confirmado en un oficio religioso, celebrado antes de la coronación.

Eduardo IV

Inglaterra necesitaba por encima de todo un gobierno fuerte y eficaz. La larga minoría de edad de Enrique VI supuso un período de insolvencia financiera, de humillaciones militares en Francia y una administración interior corrupta e incompetente. Por otra parte, el joven rey era un ser débil, de mente desequilibrada, si bien gran benefactor de la ciencia y el arte.

La casa de Lancaster alcanzó el rango de monarquía gracias a la habilidad y falta de escrúpulos de su fundador, Enrique de Bolingbroke, y el recuerdo de aquella usurpación estaba todavía presente en numerosas mentes. La creciente necesidad de una sólida política exterior y de unas condiciones internas de seguridad y estabilidad, demostraban que sólo un rey fuerte y seguro podía hacerse cargo del trono.

El hijo de Ricardo, Eduardo IV, fue uno de los hombres más capaces que ha tenido Inglaterra. Próximo a cumplir los 20 años de edad cuando subió al trono, era un muchacho bien parecido, físicamente fuerte, famoso por su éxito con las mujeres y por su conocimiento de la política.

Su llegada al poder dejaba atrás una larga historia de conflictos dinásticos y maniobras políticas, y aunque el camino concluyó con la coronación bajo la égida del poderoso conde de Warwick, la ambición de éste anunciaba nuevos problemas. Eduardo era un joven fuerte y robusto, amante de la buena vida, proclive a las tentaciones de su exaltada sensualidad, pero desde el comienzo estuvo decidido a ser el dueño de su propia casa. En un primer momento no hubo discusión alguna entre ambos vencedores. Warwick fue confirmado en su cargo de capitán de Calais, y nombrado «gran chambelán» y condestable del castillo de Dover y de los Cinco puertos. Siguiendo sus indicaciones, se firmó una tregua entre Francia e Inglaterra en el verano de 1463. Pero había un punto débil: los intereses comerciales de Inglaterra eran mucho más fuertes con Borgoña que con Francia. Por otra parte, los ingleses odiaban especialmente a los franceses. La perspectiva de una alianza con Francia no sería bien acogida, y la posibilidad de aceptar otra reina francesa, después de los problemas causados por Margarita de Anjou, era una provocación. El propio Eduardo no se mostraba muy satisfecho con la idea de Warwick de un nuevo matrimonio anglo-francés, y decidió prescindir de las orientaciones políticas de su consejero.

El conflicto con Warwick

La noticia que sacudió a la sociedad inglesa en septiembre de 1464 era una mezcla de romance, alta política y humillación de un primer ministro. Sin embargo, lo que Eduardo anunció ofendía a muchos ingleses, además de Warwick: se había casado en secreto, seis meses antes, con la bella pero humilde Elisabeth Woodville, viuda de un lord Lancaster. De un sólo golpe, Eduardo destruyó los planes de una alianza con Francia, y al mismo tiempo abrió el camino a un acuerdo con los Borgoña.

Warwick aceptó la situación con el mejor ánimo, pero mantuvo sus proyectos de alianza con Francia, y para ello se acercó a Luis. Por su parte, el rey francés alentó a Warwick, confiando en que su ayuda comportaría el aislamiento de Borgoña.

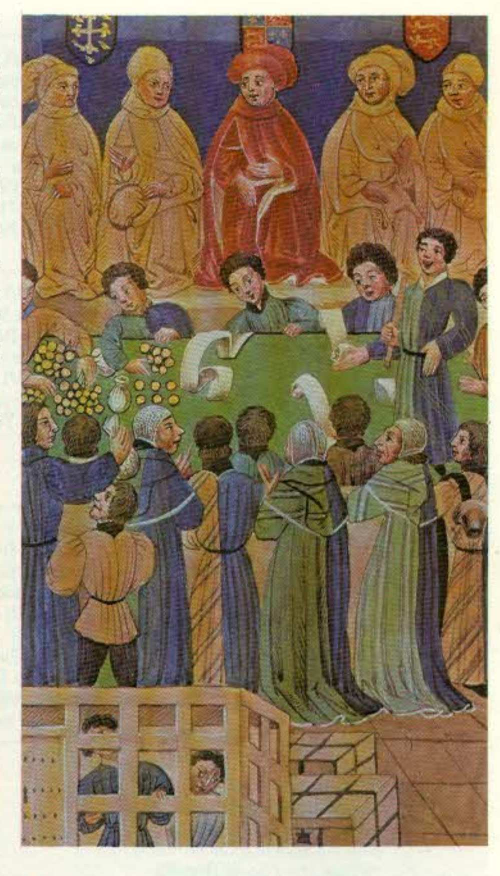
El entendimiento de Eduardo con los Borgoña y con Bretaña fue formalizado a través de unas importantes cláusulas comerciales, en 1468, y del matrimonio de su hermana Margarita con el conde de Charolais. A pesar de que Warwick tenía todavía la suficiente influencia como para persuadir al rey acerca de la mala política que representaba el hostigamiento de la gran Liga hanseática, la ruptura entre ambos era evidente. Warwick recibió la oferta del principado de la Baja Borgoña, como recompensa de Luis, si derrocaba a Eduardo. Y en 1469, tras conseguir refuerzos provenientes de Calais, encabezó una rebelión abierta en favor del hermano de rey, Jorge, duque de Clarence.

Eduardo fue capturado y obligado a firmar unos documentos que garantizaban las peticiones de los rebeldes. Pero Warwick descubrió que necesitaba del rey. La creciente protesta popular impidió convocar el Parlamento, y el conde rebelde tuvo que garantizar a Eduardo más libertad de la que en un principio había supuesto. Desmintiendo su habitual capacidad de

adaptación, Eduardo reunió a sus seguidores en secreto, y en marzo de 1470, Warwick se vio obligado a huir a Francia, tras haber sido proclamado «traidor a Inglaterra».

Sin embargo, la lucha no había terminado. Luis, que necesitaba poner fin al poder de los York en Inglaterra para recuperar su iniciativa, consiguió la reconciliación de dos antiguos enemigos, Warwick y la ex reina Margarita, para que unieran sus fuerzas y restaurasen en el trono inglés a Enrique. Durante diez meses, la política de Warwick tuvo éxito. Eduardo, nuevamente traicionado por su hermano Clarence, huyó a la corte de su cuñado Carlos el Temerario.

Regresó a Inglaterra en mayo de 1471, desembarcando en Ravenspur, y anunció su objetivo de recuperar el trono. Su pequeño ejército no encontró oposición alguna, e incluso su hermano Clarence se puso bajo su bandera. Tres semanas después de su desembarco, llegó a



Arriba, Corte inglesa de la Hacienda. Durante el siglo XV los litigios financieros fueron usuales entre los terratenientes. (Lambeth Palace Library, Londres.)

Página anterior, Ricardo III de Inglaterra (1452-1485), último de los Plantagenet, que usurpó el trono y reinó con el apoyo del pueblo y de la burguesía. El levantamiento de Enrique Tudor (Enrique VII) puso fin a su reinado y a su vida. (Nacional Portrait Gallery, Londres.)

INGLATERRA Y FRANCIA DESDE FINALES DEL SIGLO XIV AL XVI

Año	Francia	Inglaterra	Europa
1380	Carlos VI (1380-1422) Rebelión de «los mallotins» Carlos VI se casa con Isabel de Bavaria Felipe el Valiente, duque de Borgoña, obtiene Flandes (1384) Se reanuda la guerra con Inglaterra (1385)	Ricardo II (1377-1399) Rebelión campesina (1381) Ricardo II se casa con Ana de Bohemia Ricardo II se casa con Isabel de Francia *Cuentos de Canterbury* de Chaucer Enrique IV (Lancaster) depone a Ricardo II	Los turcos capturan el Asia Menor bizantina y Bulgaria Liga Suiza Se inicia la construcción de la torre de la catedral de Estrasburgo
1400	Juan el Intrépido, duque de Borgoña (1404) El duque de Orléans muerto por los borgoñones; principio de la guerra civil (1407) El duque de Borgoña derrota a los realistas en Lieja	Matrimonio de Enrique IV con Juana de Navarra Insurrección de los nobles del norte; Henry Percy es asesinado (1403)	Florencia se apodera de Pisa Primeros trabajos de Ghiberti en Florencia Baptisterio *David*, de Donatello Concilio de Pisa
1410	Juan el Intrépido es asesinado (1419) Felipe el Bueno, duque de Borgoña Tratado de Troyes	Enrique IV une a los orleanistas Enrique V (1413-1422) Enrique V invade Francia; derrota francesa en Azincourt (1415) Enrique V: alianza con Segismundo de Germania y el duque de Borgoña Enrique V contrae matrimonio con Catalina de Valois	Paz entre Portugal y Castilla Concilio de Constanza
1420	Muerte de Carlos VI Carlos VIII (1422-1461) Juana de Arco libera Orléans (1429) Coronación en Reims (1429)	Muerte de Enrique V Enrique VI (1422-1461) es proclamado rey de Inglaterra y Francia	Constantinopla sitiada por los turcos
1430	Tratado de Arrás: el duque de Borgoña abandona la Alianza Inglesa y se une a Carlos VII		Cósimo de Médicis Enrique el Navegante
1440	Reanudación de la guerra con Inglaterra (1448)	Enrique VI se casa con Margarita de Anjou Rivalidad entre grupos políticos en Inglaterra: Lancaster y York Los Ingleses ceden Rouen a Francia	Guerra entre ciudades y príncipes de Germania
1450	Francia recobra Cherburgo Fin de la Guerra de los Cien Años (1453)	Rebelión de Jack Cade Inglaterra accede a las reivindicaciones de Francia, excepto Calais Ricardo, duque de York, es nombrado protector de Inglaterra durante la enfermedad mental de Enrique VI Eduardo (hijo de Enrique VI) príncipe de Gales	Mohamed II, sultán de Turquía Constantinopla es tomada por los turcos (1453)

1460	Muerte de Carlos VII Luis XI (1461-1483) Carlos el Temerario, duque de Borgoña (1468) Lieja (1468)	Enrique VI es capturado en Northampton Eduardo de York se convierte en el rey Eduardo IV Eduardo se casa con Isabel Woodville Eduardo IV es derrotado por Warwick (1469) Eduardo IV huye a Francia	Boda castellano-aragonesa entre Fernando e Isabel (1469) Lorenzo de Médici, señor de la República Florentina (1469)
1470	Carlos el Temerario derrotado y muerto por los realistas en Nancy	Enrique VI restaurado en el trono por Warwick (1470) Eduardo IV derrota a Warwick en Barnet (1471) Enrique VI es asesinado Alianza entre Eduardo IV y Carlos el Temerario, duque de Borgoña	
1480	Muerte de Luis XI Carlos VIII (1483-1498)	Eduardo V sucede a Eduardo IV Ricardo, duque de Gloucester, proclamado Ricardo III Ricardo III es asesinado en Bosworth Enrique Tudor es proclamado rey como Enrique VII (1485) Enrique VII e Isabel de York contraen matrimonio (1486)	Inquisición española Leonardo de Vinci Viena es capturada por Matías Corvino de Hungría (1485) Iván III domina en Kazán
1490	Bretaña queda unida a Francia por el matrimonio de Carlos VIII y Ana de Bretaña (1491) Luis XII sucede a Carlos VIII y se casa con Ana de Bretaña		Los Reyes Católicos ponen fin al dominio musulmán en España (1492) Ludovico Sforza de Milán incita a Carlos VIII para que invada Nápoles Savonarola quemado en la hoguera, en Florencia Suiza se convierte en República (1499)

Londres y expulsó a Warwick de la capital.

Gracias a las aplastantes victorias de Barnet y Tewkesbury, que tuvieron lugar en los días siguientes, Eduardo puso fin a toda oposición. Warwick murió en Barnet, el joven príncipe de Gales fue asesinado en Tewkesbury, y Margarita fue capturada. En la misma época, el hermano leal de Eduardo, Ricardo de Gloucester, derrotó a los aliados de Margarita en su última tentativa por conquistar la capital.

El gobierno de Eduardo IV

Eduardo demostró una considerable capacidad para proseguir su política de alianzas con los Borgoña, y persistió en sus proyectos para invadir Francia. Carlos de Borgoña se avino a entablar conversaciones, y ambos gobernantes acordaron dividir el botín de la victoria después de la derrota de Francia.

A pesar de las dudas de Carlos, Eduardo cruzó el canal en dirección a Calais en julio de 1475. El rey inglés tuvo que hacer frente a un poderoso ejército francés, y al no contar con la seguridad del apoyo de los Borgoña, su situación era precaria. El rey de Francia aprovechó esta situación para negociar con Eduardo de Inglaterra. Las reivindicaciones inglesas sobre el trono de Francia fueron analizadas por un «comité de arbitraje», y Luis dio su aprobación al pago de 75.000 coronas, mientras que Eduardo se comprometía a retirar sus tropas. También se acordó que Luis pagaría la sorprendente suma de 50.000 coronas de oro como pensión anual a Eduardo.

Tres años más tarde, Eduardo recibió fondos suplementarios, procedentes de la confiscación de las posesiones de su hermano Clarence, que fue ejecutado en la Torre de Londres en 1478. Un año antes, el nombre del duque se vio relacionado con una serie de rumores acerca de una conspiración, e incluso uno de sus criados fue considerado culpable de intentar la muerte del rey mediante procedimientos mágicos. Clarence, no obstante, había cometido suficientes actos de traición contra su hermano como para merecer tal castigo. La Cámara de los Lores ordenó la sentencia.

El crédito de Eduardo era más sólido que el de sus predecesores, y ya en el primer año de su reinado pidió préstamos a los banqueros italianos, siendo el primer rey inglés que los obtenía desde hacía 60 años. Su éxito financiero se basaba en las riquezas de su familia y en la firmeza de la política comercial que preconizó. Fomentó las relaciones entre Inglaterra y sus mercados en Borgoña, y trabajó para conseguir el restablecimiento de buenas relaciones con la Liga hanseática.

La historia actual valora el reinado de Eduardo IV como uno de los períodos cruciales de la historia de Inglaterra. Su primer éxito fue conseguir una monarquía solvente. En segundo lugar, consiguió restablecer paulatinamente las bases del constitucionalismo. Finalmente, impulsó unas prácticas administrativas cuya solidez se puso de manifiesto con la dinastía que le sucedió, la de los Tudor.

Ricardo III

A la muerte de Eduardo IV, su hermano Ricardo, duque de Gloucester, se encontró ante una difícil situación. El joven príncipe Eduardo fue proclamado rey como Eduardo V, pero en su minoría de edad se enfrentaba a las maquinaciones de un clan ambicioso. Ricardo no era un personaje impopular, y por ello, cuando, con la ayuda de Enrique Stafford, duque de Buckingham, consiguió la custodia del joven rey y fue proclamado «protector del reino», no tuvo oposición alguna.

Su ambición se puso de manifiesto cuando declaró bastardos a Eduardo y a su hermano menor Ricardo, alegando que su padre, Eduardo IV, había contraído matrimonio secreto antes de casarse con Elisabeth Woodville. Con la ayuda de lord Buckingham, Ricardo se proclamó rey, y se corrió el rumor de que había asesinado a sus sobrinos. Poco después, Buckingham se volvió contra él, y aunque su rebelión fue aplastada, fue el aviso de que Ricardo hallaría grandes resistencias.

La amenaza más grave era la del conde de Richmond, Enrique Tudor, exiliado en la corte de Bretaña, a pesar de los denodados esfuerzos realizados por Ricardo para lograr su extradición o conseguir asesinarlo. Cuando el conde de Richmond desembarcó en Mildford Haven, en 1485, Ricardo III fue a su encuentro con un poderoso ejército, pero en la batalla de Bosworth, Ricardo resultó muerto tras ser abandonado por sus soldados. Con él desaparecía su dinastía.

El corto reinado de Ricardo evidenció su talento y su amor a la justicia. Prohibió los préstamos obligatorios y tomó medidas para acabar con la corrupción judicial. Su valor se puso de manifiesto en su negativa a huir tras la derrota de Bosworth.

Asimismo, la investigación histórica demuestra que la propaganda Tudor acerca de Ricardo III —un monstruo deforme desde su nacimiento; asesino de Enrique VI, de Eduardo de Lancaster, del príncipe de Gales y de su propio hermano Clarence— carece de fundamentos. Incluso es dudoso que hiciera asesinar a los príncipes en la Torre de Londres. No obstante, tales asesinatos eran comunes en el siglo XV y Ricardo pudo haber sido culpable. Enrique Tudor y su hijo mataron a mucha más gente para asegurar su poder.

Si bien la Guerra de las Dos Rosas involucró tan sólo a pequeños ejércitos y transcurrió en batallas muy delimitadas, de las que la población permaneció más o menos al margen, la inestabilidad influyó en todos los órdenes de la vida social. El cambio de dinastías y las pugnas por el poder produjeron el descrédito y la decadencia de la ley. La profesión de abogado había florecido como nunca, pero los que litigaban resolvían a menudo sus diferencias mediante las armas. En todos los aspectos de la vida, la violencia se convirtió en el método habitual de la resolución de disputas, por lo que el país necesitaba un rey fuerte, fuera quien fuera.

Enrique Tudor

Una victoria bélica como base de legitimación dinástica y política, nunca fue un hecho tan ostentoso en la historia inglesa como en la época de la sucesión de Enrique VII. Sus exigencias hereditarias estaban poco fundamentadas, pues él provenía de la línea bastarda de los Beaufort, descendientes de Juan sin Miedo, y del matrimonio morganático entre la reina Catalina, viuda de Enrique V, y su chambelán, el galés Owen Tudor. Tras la muerte de Enrique VI y de su hijo Eduardo, príncipe de Gales, Enrique Tudor fue proclamado el candidato oficial de los Lancaster. La consecuencia fue que el rey Tudor pasó la mayor parte de su vida protegiéndose de los agentes de los reyes York.

Sus reivindicaciones hereditarias eran, pues, poco significativas, pero la magia de la victoria en el campo de Bosworth transformó a aquel aventurero en rey de Inglaterra, y siguiendo la costumbre, las masas lo aclamaron como un héroe.

El reinado de Enrique Tudor estuvo salpicado de incidentes, pues tuvo que afrontar las ambiciosas tentativas de los demás pretendientes. Una de sus primeras acciones fue encarcerlar al joven conde de Warwick, que junto con el hijo del hermano mayor de Ricardo III, Clarence, era el principal pretendiente al trono. Sin embargo, ello no impidió que un aventurero llamado Lamberto Simnel se presentara como verdadero conde de Warwick y se proclamara rey con el nombre de Eduardo VI. Tras su captura, Simnel se vio favorecido por el sentido del humor de Enrique, que le impuso la condena de servir como escudero en las cocinas reales. Un nuevo pretendiente, el conde de Lincoln, al que Ricardo III había designado como su heredero, fue derrotado en la batalla de Stoke.

La suplantación más peligrosa fue la del ayudante de pañero Perkin Warbeck. La causa de los York no estaba aún perdida, y su principal defensora era la duquesa viuda de Borgoña, Margarita de York. Ella fue la que lanzó a Warbeck, identificándolo como Ricardo de York, «uno de los príncipes de la Torre». En el último año de aquel siglo, Enrique Tudor puso fin a las amenazas ejecutando a Warbeck y a Warwick. Pero tuvo aún que afrontar nuevos conflictos, pues en 1502, al morir su heredero el príncipe Arturo, la sucesión abría posibilidades de renovados litigios.

De hecho, Enrique Tudor pudo gobernar con el consenso del país debido al cansancio general, e incluso la ciudad de York, que recordaba con pesar la batalla de Bosworth y la muerte del último rey York, dio la bienvenida al usurpador. Por otra parte, el matrimonio de Enrique con la hija de Eduardo IV, Elisabeth de York, sirvió para reconciliar antiguos descontentos. Sin embargo, el rey no tenía ninguna intención de que su título se fundamentara en aquella dinastía y proclamó su propio derecho hereditario a la corona, en base al significado divino atribuido a su victoria militar.

En el país, Enrique fue aceptado rápidamente como rey, pero el reconocimiento por los príncipes extranjeros, que le era de vital importancia, le obligó a actuar con gran diplomacia. Aprovechó el conflicto de intereses entre España y Francia, y la enrevesada política italiana, para conseguir el reconocimiento de aquellos países. Consolidó la alianza con Fernando de Aragón mediante el matrimonio de su hijo Enrique, todavía un niño, con Catalina de Aragón. En contrapartida, declararía la guerra a Francia, organizando una expedición contra Boulogne. Enrique financió la guerra con los fondos del Parlamento y la imposición de préstamos obligatorios. En 1492 obtuvo una importante pensión del rey francés a cambio de suspender las hostilidades. La actuación internacional de Enrique había dado buenos resultados pero sus maniobras en el continente evidenciaron la posición periférica de Inglaterra en una Europa todavía orientada hacia el Mediterráneo.



Enrique VII de Inglaterra (1457-1509). Puso fin a la Guerra de las Dos Rosas; consolidó el poder de la corona e hizo prosperar al país, a pesar de introducir escasas innovaciones en el gobierno y en las instituciones políticas. (National Portrait Gallery, Londres.)

La reorganización de los reinos ibéricos: España y Portugal

Al final del reinado del monarca castellano Alfonso X el Sabio (1252-1284), el mosaico de estados peninsulares estaba consolidado, y permanecería así durante los dos siglos siguientes. Entre finales del siglo XIII y finales del XV, tres eran los centros fundamentales del poder en la península Ibérica: los reinos cristianos de Aragón, Castilla y Portugal. El pequeño reino de Navarra, enclavado en el norte de la península, junto a la frontera francesa, desempeñó tan sólo un papel episódico en los hechos de aquella coyuntura, y por otra parte, la presencia del Islam se reducía al territorio del emirato de Granada, en el extremo sur peninsular.

Al iniciarse el siglo XVI, los árabes habían sido definitivamente expulsados del territorio peninsular, y con ello de Europa, quedando el territorio de la vieja Hispania dividido entre el reino de Portugal y la corona castellano-aragonesa. La unión de Aragón y Castilla significó la formación de España como nación, aunque la unidad española fue siempre frágil y ha constituido un problema prolongado hasta la época actual.

El reino de Aragón y el condado de Barcelona

El reino de Aragón llegó a estar integrado por la región aragonesa, agraria y aristocrática, el territorio de Valencia, reconquistado a los árabes en el siglo XIII, y el dinámico condado de Barcelona, cuya capital fue uno de los principales centros del comercio mediterráneo. Por diversos motivos, el reino de Aragón fue uno de los estados más interesantes de la Europa de aquella época, pues en él se equilibraron dos fuerzas que en otros lugares chocaron abiertamente: la tendencia centralizadora propia de las instituciones monárquicas, y las tendencias descentralizadoras —o federalizantes— promovidas por el desarrollo del comercio urbano. En el reino aragonés ambas tendencias se complementaron, haciendo posible el desarrollo de un imperio comercial que se extendió por todo el mar Mediterráneo. Resumiendo, en líneas generales, en el seno del reino de Aragón, el rey, la nobleza y la burguesía comercial fueron capaces de compaginar sus intereses, constituyendo una excepción en el agitado marco de la Europa de la época.

Los reyes de Aragón, al igual que los de Castilla, tenían su tronco original común en Navarra. Al morir en 1035, el rey navarro Sancho III el Mayor distribuyó su reino entre sus tres hijos: Navarra correspondió a García Sánchez, Castilla a Fernando I y Aragón a Ramiro I.

Ramiro I (1035-1063), convertido en rey de Aragón, intentó en vano conquistar Navarra, para lo cual llegó a aliarse con los musulmanes. Le sucedió en el trono Sancho Ramírez (1063-1094), que en 1076 fue nombrado rey de Navarra, consiguiendo así la unificación de ambos estados. Su hijo Pedro I (1094-1104) consiguió expulsar a los árabes de Huesca y otras plazas menores del reino, sucediéndole su hermano Alfonso I el Batallador (1104-1134), casado con Urraca de Castilla, matrimonio que posibilitaba la unión de ambos reinos, y que se vio frustrada por la ruptura conyugal. Fue este rey quien creó el cuerpo de los almogávares, que posteriormente desempeñarían un importante papel en las conquistas catalanoaragonesas en el Mediterráneo. Alfonso arrebató a los árabes Zaragoza, Borja y Tarazona, llegando incluso por el sur a las cercanías de Granada. Al morir, cedió el trono a los caballeros de las órdenes del Temple y del Hospital de San Juan, extraña iniciativa que provocó la violenta reacción de la aristocracia aragonesa, hasta que finalmente el contencioso se cerró con el nombramiento de un hermano del rey, el monje benedictino Ramiro II, el cual no fue reconocido por Navarra, donde García Ramírez asumió el título de rey. Ramiro II el Monje (1134-1137), al contrario que su hermano Alfonso, desarrolló una política con amplias repercusiones en la historia futura del reino: concertó el matrimonio de su hija Petronila con Ramón Berenguer IV de Barcelona, retirándose poco después al monasterio benedictino de San Pedro el Viejo, en Huesca. Con ello sentó las bases para la unificación de Aragón y Cataluña.

Por su parte, en Cataluña gobernó largamente Ramón Berenguer I el Viejo, quien a través de sus matrimonios llegó a reinar sobre los condados franceses de Carcasona, Foix, Manerbes, Narbona, Sales y Tolosa. Fue él quien compiló el cuerpo legislativo de los *Usatges*, que sustituyó a las leyes góticas que regulaban la servidumbre, es decir, las relaciones entre los señores y los vasallos. Al morir, dejó sus estados a sus hijos Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II, hermanos gemelos que pronto se combatieron, siendo el primero, apodado *Cap d'estopes*, asesinado durante una cacería. Su hermano, llamado popularmente «el Fratricida» —pues fue acusado de inductor del crimen—, asumió el gobierno de Cataluña, combatiendo al Cid Campeador, que por entonces servía al rey árabe de Zaragoza.

Al Fratricida le sucedió su sobrino Ramón Berenguer III (1096-1131), quien a través de un complejo entramado de parentescos pudo incluir en sus dominios el condado de Provenza y parte de Occitania. A su muerte, se dividió el estado en dos partes: la Provenza pasó a Berenguer Ramón, y el condado de Barcelona a Ramón Berenguer IV.

Fue Ramón Berenguer IV quien, con acierto político, aceptó la proposición de Ramiro II el Monje, rey de Aragón, de casarse con su hija Petronila, de sólo dos años de edad. Fue así como el conde de Barcelona asumió la gobernación de Aragón, aunque la unión formal de Cataluña y Aragón se institucionalizó en la persona del príncipe hijo de ambos: Alfonso II.

La unidad catalanoaragonesa

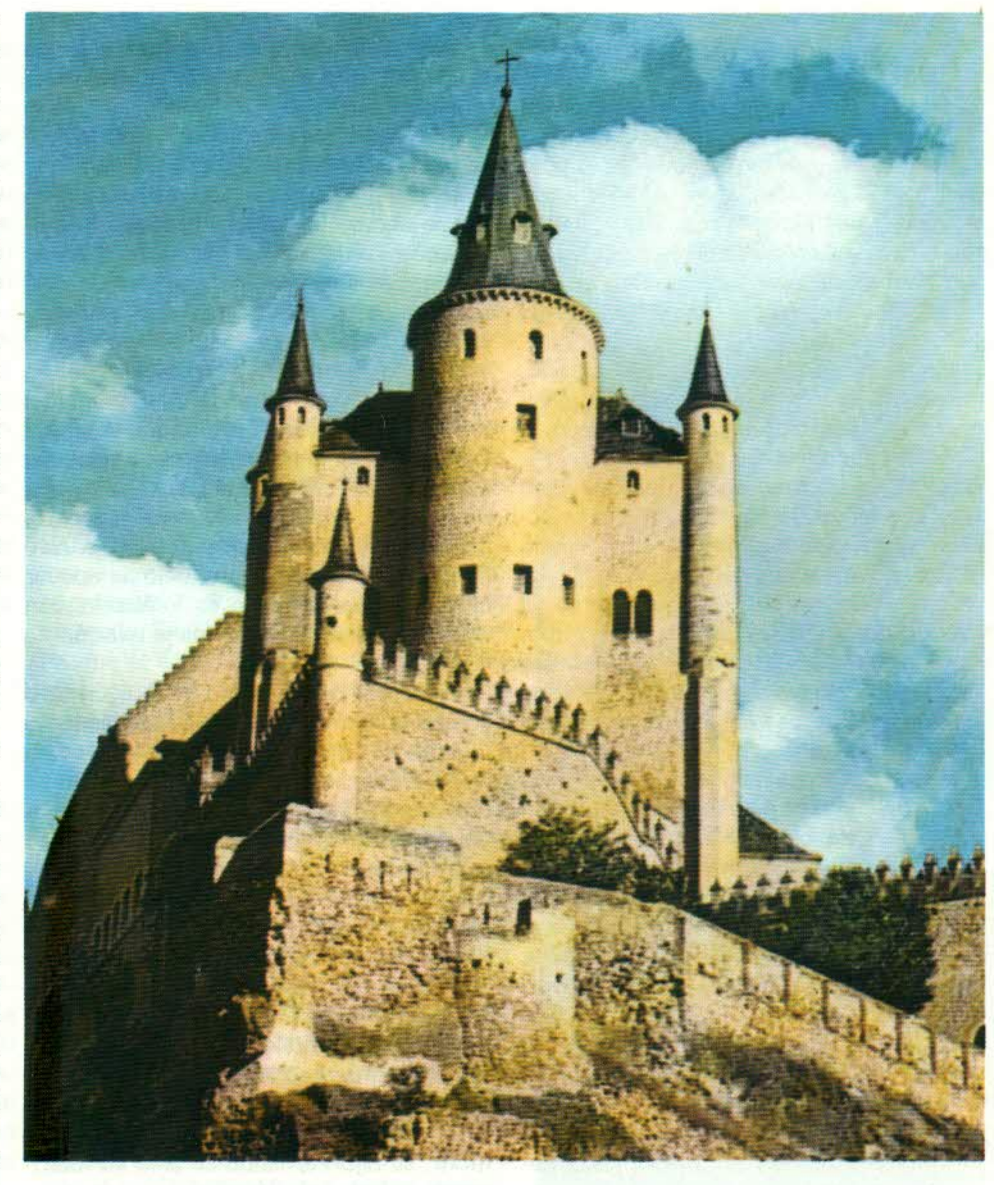
La unidad catalanoaragonesa tuvo un primer momento de esplendor con Jaime I el Conquistador (1213-1276), hijo de Pedro II, elevado al trono a la prematura edad de 11 años. En 1227 asumió la gobernación del reino, y contribuyó decisivamente al progreso de la Reconquista, desalojando a los musulmanes de Valencia y de Mallorca, y pactando con el rey castellano Fernando III el Santo el Tratado de Almizra (1244), que limitaba las futuras expansiones de castellanos y aragoneses. Asimismo, el monarca catalanoaragonés firmó el Tratado de Corbeil con el rey Luis IX de Francia, renunciando ambos mutuamente a sus supuestos derechos sobre territorios franceses y catalanoaragoneses. Jaime I fue el unico monarca hispánico que pensó en una participación personal en las cruzadas contra el Islam en Tierra Santa, pero la iniciativa se vio frustrada por una tempestad que destruyó su escuadra en vísperas de la partida. Al morir, dividió su reino del modo siguiente:

Pedro III el Grande asumió la gobernación de Aragón, Cataluña y Valencia; y Jaime, la de Mallorca y Rosellón.

Pedro III el Grande (1276-1285) reinó en la época de máximo apogeo del reino catalanoaragonés. Fue un gran político y un notable militar. La expansión comercial catalana en el Mediterráneo había convertido, de hecho, al reino en una potencia económica, y Barcelona era una de las ciudades más activas del sur de Europa. La expansión económica comportó la política y la militar. Así, al producirse en Sicilia, en 1282, la rebelión de las Vísperas Sicilianas contra el despotismo de Carlos de Anjou, Pedro recibió de los sicilianos la oferta de asumir la corona. Para poder tomar posesión de la misma tuvo que intervenir militarmente y su almirante Roger de Lauria derrotó a los franceses en Messina, ocupando la isla en nombre del rey aragonés. Esto provocó la cólera papal, pues Roma tenía estrechos vínculos con Francia, y Pedro III fue excomulgado. Al mismo tiempo, el apoyo papal decidió a los franceses a intervenir directamente contra el reino de Aragón, y Felipe III, con un ejército de cien mil soldados, cruzó los Pirineos, sitiando Gerona. Sin embargo, varios factores contribuyeron al desastre de la operación francesa: la inteligente acción naval de Roger de Lauria, que destruyó las bases de suministro militar del enemigo; y la peste negra, que diezmó las filas francesas, obligándoles a una retirada general. Poco antes de morir, Pedro III, con el fin de reconciliarse con Roma, donó nominalmente al Papado el reino de Sicilia.

Del reinado de Pedro III el Grande cabe destacar tres aspectos: en primer lugar, el triunfo del imperialismo catalanoaragonés, que se correlacionaba perfectamente con los objetivos comerciales de la burguesía barcelonesa en el Mediterráneo; en segundo lugar, su actividad diplomática en gran escala, que propició la existencia de uno de los archivos más importantes del mundo medieval, radicado en Barcelona; y por último, las victorias militares del almirante Roger de Lauria, precursoras de la futura hegemonía catalanoaragonesa en el sur europeo.

La sucesión de Pedro III tenía difíciles perspectivas, pues el reino se había convertido en un pequeño imperio. Su sucesor, Alfonso III (1285-1291), fue un hombre débil, dominado por la nobleza, comprometiéndose a pagar tributos al Papado para que éste levantara la excomunión que pesaba sobre Aragón. Muerto sin descendencia directa, su reino pasó a su hermano Jaime II, con quien el auge económico catalán en el Mediterráneo alcanzó aún mayor nivel. Jaime (1291-1327) cedió el reino de Sicilia, tan apetecido por Francia y el Papado, a su hermano Fadrique, quien tuvo que afrontar la agresión de aquellas potencias, hasta que en 1302 se pactó que Fadrique sería rey de Sicilia mientras viviera, aunque debería casarse con Leonor, hija del pretendiente francés Carlos de Anjou; a su muerte, el reino siciliano pasaría a Francia. Finalizado el conflicto, Fadrique licenció a sus tropas e indujo a uno de sus generales, Roger de Flor, a que fuera a Constantinopla en ayuda del emperador Andrónico, acosado por los otomanos. Los almogávares, dirigidos por Roger de Flor, y luego por Berenguer de Entenza y Berenguer de Rocafort, derrotaron a los turcos, y el emperador de Constantinopla les dio como recompensa la península de Anatolia. Bajo la dominación del «césar» Roger de Flor, los cortesanos bizantinos envenenaron a numerosos dirigentes almogávares durante un banquete; la reacción de éstos fue brutal, desencadenando la matanza conocida como la «venganza catalana». Poco después, los almogávares, converti-



El Alcázar de Segovia, pieza fundamental del antiguo sistema defensivo de la ciudad castellana, es uno de los monumentos más característicos y famosos de la Edad Media española. La construcción actual data de finales del siglo XII o comienzos del XIII, durante el reinado de Alfonso VII, aunque el edificio fue modificado y enriquecido por los monarcas de la casa de Trastamara y por Felipe II. Fue restaurado en el siglo pasado, tras el terrible incendio de 1862, que destruyó techumbres y artesonados.

dos en una fuerza militar autónoma que operaba en el Mediterráneo, fueron requeridos por Gualterio de Brena, duque de Atenas, para actuar a su servicio, pero un nuevo intento de traición provocó que los almogávares derrotaran a su propio ejército y le matasen. Dueños del ducado de Atenas, los almogávares se lo ofrecieron a Fadrique de Sicilia, y éste envió a su hijo Manfredo, quien se convirtió en duque de Atenas y Neopatria, al servicio del reino de Aragón.

Por su parte, Jaime II, rey de Aragón, orientó su gobierno a colaborar en la lucha contra los musulmanes, fundando la Orden de Montesa. Le sucedió su hijo Alfonso IV el Benigno (1327-1336), quien tuvo que afrontar las rivalidades con Génova por el dominio de Cerdeña, siendo su reinado una etapa de transición. Su heredero, Pedro IV *el del Punyalet* o el Ceremonioso (1336-1387), fue un monarca astuto que desde su subida al trono tuvo como objetivo doblegar a la nobleza. Bajo su reinado se creó el primer Estudio General de Aragón.

Este monarca ayudó a Alfonso XI de Castilla en la toma de Algeciras a los musulmanes, y favoreció a Enrique de Trastamara en su lucha con Pedro I el Cruel. Consiguió incorporar Mallorca a su reino, mediante una argucia que le permitió acusar a su cuñado, Jaime III de Mallorca, de deslealtad y confiscarle sus bienes. En 1343 ocupó la isla, y unos meses después el Rosellón. Asimismo, incorporó a su mandato el reino de Sicilia, al morir Fadrique, y aceptó el vasallaje de los ducados de Atenas y Neopatria. Sin embargo, en Córcega y Cerdeña tuvo problemas, y debió sofocar varios intentos de rebelión instigados por Génova.

Después de reinar durante 51 años, Pedro IV fue sucedido por su hijo Juan I (1387-1395), quien dedicó su reinado al mecenazgo de las artes y las ciencias, llevando una vida placentera y lujosa, hasta el punto de que su corte fue llamada «del Amor». Carente de descendencia, le sucedió su hermano Martín el Humano (1395-1410), quien se había distinguido en los conflictos de Cerdeña como hábil militar. Este monarca intervino en el cisma religioso que descompuso al Papado, y apoyó a Benedicto XIII dándole protección y cobijo en el castillo de Peñíscola (Castellón). Murió sin descendencia, y el reino quedó sumido en una vorágine de disputas intestinas.

El Compromiso de Caspe

Muerto Martín el Humano sin sucesores, seis príncipes aspiraban al trono vacante del reino de Aragón. Entre ellos, Fernando de Antequera, y Jaime, conde de Urgell, eran quienes más posibilidades tenían de asumirlo.

Para resolver la situación fueron convocadas las Cortes de Aragón, Cataluña y Valencia, quienes delegaron la solución en nueve jueces que actuaron como compromisarios, reunidos en la población de Caspe. Éstos resolvieron en favor de Fernando, sobrino del difunto rey, el 28 de junio de 1412, siendo san Vicente Ferrer uno de los promotores de la elección.

Con la subida al trono de Fernando I (1412-1416), los Trastamara, dinastía castellana, se introducían en el reino de Aragón. El nuevo monarca tuvo que afrontar la agresión del otro heredero, Jaime de Urgell, al que derrotó e hizo prisionero. Por otra parte, dejó de apoyar al papa Luna, afincado en Peñíscola, con ánimo de resolver la compleja relación de su reino con Roma.

La autonomía del reino de Aragón tuvo su epílogo con Alfonso V el Magnánimo y Juan II. El reinado de Alfonso tuvo como hecho destacado la conquista del reino de Nápoles en 1442, pasando el rey la mayor parte de su vida en Italia. Contribuyó a la fundación de la Universidad de Barcelona, y trató de abolir el famoso derecho de «pernada». Juan II (1458-1479) fue un hombre astuto que participó en los conflictos que asolaban la sucesión al trono castellano. Durante su reinado tuvo que afrontar la sublevación de Cataluña, a raíz de su matrimonio con Juana Enríquez y el envenenamiento del hijo habido con su primera mujer, Blanca. Poco antes de morir, su hijo Fernando se unió en matrimonio a Isabel de Castilla.

Las instituciones políticas

Los dispersos territorios aragoneses del siglo XIV constituían un pequeño imperio, cuyo motor esencial fue el desarrollo comercial en el Mediterráneo, que tuvo en la ciudad de Barcelona su gran capital. Fue más una expansión mercantil —que obligó a cierta expansión política y militar— que una genuina voluntad de conquista lo que permitió la extensión de los dominios catalanoaragoneses.

Por otra parte, la organización política del reino mosraba un gran respeto por las autonomías de las diversas partes componentes del mismo, creándose la figura del «virrey», persona que ejercía las funciones reales cuando el monarca no podía hacerlo directamente. En principio, los virreyes se elegían entre los miembros de la familia real, pero con el tiempo accedieron al cargo funcionarios de alto rango.



Naturalmente, en el reino catalanoaragonés hubieron los típicos conflictos entre la autoridad real y la aristocracia, pero generalmente las divergencias fueron solucionadas dentro de unos límites de moderación casi exclusivos de este reino.

La firme implantación de la idea de «contrato» entre gobernante y gobernados, en todos los sectores sociales, y muy especialmente en la aristocracia aragonesa y la burguesía barcelonesa, fue un elemento clave para el desarrollo del reino. Existió un consenso indiscutible acerca de que las leyes del Estado solamente eran legítimas si contaban con el consentimiento simultáneo del rey y de las Cortes Generales.

Las Cortes Generales de Aragón fueron una de las instituciones modélicas de la Europa medieval, y durante mucho tiempo gozaron, respecto del monarca, de una independencia mayor que en cualquier otro reino. Cada uno de los tres grandes territorios, es decir, Aragón, Cataluña y Valencia, disponía de sus propias Cortes: una asamblea magna en la que estaban representados estamentalmente el clero, la nobleza y las poblaciones urbanas. Sus reuniones eran trianuales, independientemente de la voluntad del monarca. Desde mediados del siglo XIV, las Cortes catalanas cobraron un papel preponderante en los asuntos del reino, con la organización de la Generalitat, una institución orientada a asegurar que las concesiones económicas estipuladas por las Cortes Generales fueran honestamente utilizadas, pero que con el tiempo asumió también poderes y funciones judiciales y militares.

Aragón y Valencia desarrollaron instituciones similares, y concretamente en Aragón se creó, en el siglo XII, otra institución descentralizadora: el Justicia, un cargo ocupado por elección de los nobles para proteger sus intereses contra los po-

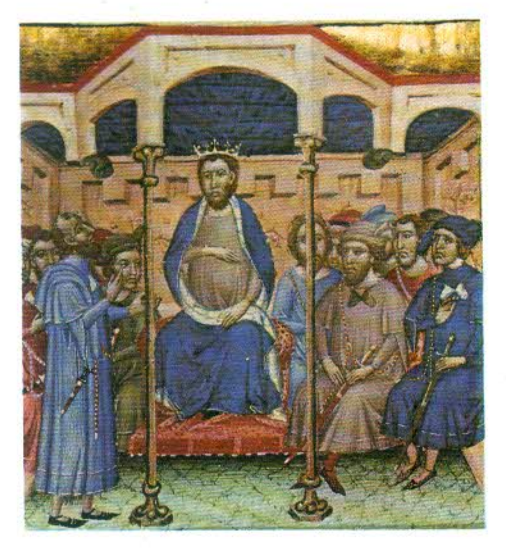
sibles abusos del funcionario real. Pero, sobre todo, un factor primordial de la fortaleza del reino de Aragón fue la ciudad de Barcelona, una urbe tan poderosa como sus rivales italianas, aunque nunca llegó a independizarse y constituirse en república. Fue simplemente una «ciudad real», si bien, gracias a una institución como el Consolat del Mar, corporación reconocida por el rey, asumía el poder en cuestiones comerciales y administrativas.

Aquel poderoso conjunto de instituciones hubiera resultado ineficaz si las personas que las integraban no hubiesen antepuesto los intereses generales a los personales. Sin embargo, ello no quiere decir que en el reino catalanoaragonés no existieran problemas. Los enfrentamientos entre la realeza y la nobleza estallaron en el siglo XIV, concretamente en el reinado de Pedro IV, pero el conflicto no alcanzó la radicalidad que tuvo en otros lugares.

Castilla

El mundo castellano fue distinto. Castilla nunca tuvo instituciones como las aragonesas, y las relaciones entre los diversos grupos sociales y los organismos estatales medievales fueron mucho más conflictivas y ásperas que en el reino aragonés. Parte de la primera etapa de la biografía del reino de Castilla está vinculada a los intentos de unión con León. Al mismo tiempo, es necesario señalar, confirmando lo expuesto en el capítulo de la Reconquista, que fue Castilla el reino que protagonizó mayormente la lucha contra el Islam.

Al morir García Sánchez, rey de Navarra, el reino de Castilla pasó a su hijo Fernando I (1035-1065). Durante su reinado, el Ebro se convirtió en una frontera natural con Aragón, y el rey orientó su política hacia el este de la península, conquistando a los árabes parte de Lusitania, y uniendo a su corona el reino de León. Al morir, Fernando dividió sus estados entre sus hijos: Sancho heredó Castilla; Alfonso, León; García, Galicia; Urraca, el señorío de Zamora; y Teresa, el señorío de Toro. Se formó así un complejo mosaico. Sancho II (1065-1072) inició rápidamente una política agresiva, despojando a su hermano Alfonso del reino leonés, a García del gallego, y sometiendo Toro. En cambio, Urraca no cedió, y las tropas de Sancho cercaron Zamora. El rey murió en el cerco, asesinado por Bellido Dolfos.



La sucesión del imperialista Sancho fue compleja, pero finalmente, al carecer de descendencia, la nobleza castellana decidió elegir a su hermano Alfonso VI (1072-1109), haciéndole jurar previamente en Burgos que no había tomado parte en la conjura de que fue víctima su hermano Sancho. Según cuenta la historia, fue el Cid Campeador quien tomó juramento al rey. Alfonso conquistó Toledo a los musulmanes en 1085, ciudad en la que murió, hecho que creó una coyuntura delicada, pues la nobleza se soliviantó contra el trono. Bajo su reinado, se introdujeron en Castilla los cluniacenses y se potenciaron las peregrinaciones.

Le sucedió su hija Urraca, viuda de Raimundo de Borgoña y casada en segundas nupcias con el rey aragonés Alfonso el Batallador, uniéndose así coyunturalmente ambos reinos, Castilla y Aragón. El matrimonio provocó una vez más la rebelión de parte de la nobleza castellana, y el conflicto promovió la ruptura matrimonial, en 1114. Se creó entonces una dualidad: Castilla apoyó como rey al hijo de Urraca con el noble borgoñón, su primer marido, es decir, el príncipe Alfonso Raimúndez, que al morir su madre se proclamó como Alfonso VII; por otra parte, al morir Alfonso el Batallador, su hijastro quiso hacer valer sus derechos sobre Aragón, ocupando Zaragoza al frente de sus tropas, aunque luego renunció al trono, aceptando que Navarra y Aragón le rindieran vasallaje. En 1135 se proclamó, en León, emperador de España, pues de hecho llegó a aglutinar bajo su corona todos los reinos cristianos de la península. Sin embargo, al morir deshizo la unidad, dejando a su hijo Fernando II el reino de León y a Sancho III el de Castilla, aunque este último solamente gobernó un año, siendo sucedido por su hijo Alfonso.

Alfonso VIII (1155-1214) solamente tenía tres años de edad cuando murió su padre, situación aprovechada por la nobleza para asumir la regencia del reino colectivamente. Fueron las Cortes burgalesas las que decidieron el matrimonio del joven rey con Leonor Plantagenet, hija de Enrique II de Inglaterra. Este rey pactaría



Arriba, retablo de San Vicente Ferrer, de autor anónimo. Predicador incansable y personalidad señera de la Iglesia medieval, el santo fue uno de los representantes valencianos en las Cortes reunidas en Caspe en 1412, para resolver el problema sucesorio de la Corona de Aragón. (Museo de Bellas Artes, Valencia.)

Izquierda, miniatura del rey Jaime II de Aragón contenida en el llamado Llibre Verd, *libro de matrícula de la nobleza militar de Cataluña, iniciado en 1612. (Arxiu de la Corona d'Aragó, Barcelona.)*

Página anterior, moneda de Fernando e Isabel, los Reyes Católicos. (British Museum, Londres.)

con el rey de Aragón, Alfonso II, una serie de tratados militares contra el Islam. Durante su mandato, mientras operaba contra los árabes en las cercanías de Toledo, los reyes de Navarra y León invadieron el territorio castellano, pero la intervención de Pedro II de Aragón salvó al monarca castellano de una grave situación. Unidos ahora, los reyes de Castilla y Aragón ocuparon León y obligaron al rey Alfonso IX a casarse con Berenguela, hija del rey castellano. Durante su gobierno, Alfonso VIII mandó construir el monasterio de las Huelgas y la catedral de Cuenca, fundando en Palencia un centro de estudios históricos.

Le sucedió en el trono Enrique I, infante que sólo sobrevivió a su padre tres años, tutelado hasta entonces por su hermana Berenguela, quien a la muerte de aquél fue reconocida reina de Castilla, aunque abdicó en su hijo Fernando. Puesto que el padre de éste era el rey de León, Alfonso IX, se produjo de nuevo la fusión de los reinos leonés y castellano.

Fernando III el Santo (1217-1252) unió definitivamente Castilla y León, orientando su política hacia la expulsión definitiva de los musulmanes, para lo cual pactó con Jaime I de Aragón, en Almizra (1244), la planificación de la Reconquista. Sus acciones militares dejaron prácticamente reducido el mundo musulmán al emirato de Granada.

Su hijo Alfonso X el Sabio (1252-1284) fue iniciado de niño en el arte de la guerra, pero se dedicó esencialmente al estudio. Facilitó la labor de los intelectuales más notables de la época, fundando escuelas en Sevilla, Murcia y Toledo, y él mismo fue autor de las célebres *Cantigas*, composiciones literarias escritas en gallego, así como de la *Grande e General Estoria*, un esbozo de historia universal, y de *Las Partidas*, ambicioso proyecto que buscaba unificar las leyes de la época. Políticamente fue menos afortunado. Por ser hijo de Beatriz de Suabia, aspiró a asumir el título de emperador del Sacro Imperio romano-germánico, pero la oposición del Papado lo impidió. Por otra parte, la nobleza castellana se sublevó una vez más, y Alfonso tuvo que afrontar un grave conflicto militar con su segundo hijo, Sancho, aspirante al trono tras la muerte del primogénito, Fernando de la Cerda, cuando aquél se opuso a que el rey desmembrara parte de su reino para que lo heredase el hijo del infante fallecido.

Sancho IV el Bravo (1284-1295) fue un hombre colérico que tuvo serios conflictos con Aragón, aunque finalmente pactó con Jaime II la conquista de la plaza de Tarifa, en donde tuvo lugar el célebre episodio en que el comandante defensor de la plaza, Guzmán el Bueno, sitiado por los musulmanes, prefirió que ejecutaran a su hijo antes de abrirles las puertas del enclave. Sancho murió tuberculoso, y le sucedió Fernando, su hijo de nueve años de edad.



Fernando IV (1295-1312) fue tutelado en la regencia por su madre, María de Molina, en una coyuntura de renovado conflicto con la nobleza, pues los infantes de la Cerda pretendían la corona. Al alcanzar la mayoría de edad se dedicó a pacificar el reino y a luchar contra los árabes, muriendo de tuberculosis en Jaén.

En un ambiente político turbulento le sucedió su hijo Alfonso XI (1312-1350), que sólo contaba un año de edad. Al alcanzar la mayoría, reprimió brutalmente a los nobles y derrotó a los musulmanes en la importante batalla del Salado (1340), ayudado por caballeros ingleses, franceses y alemanes. Murió cuando sitiaba Gibraltar, a causa de la peste que se declaró en la ciudad.

A Alfonso XI le sucedió su único hijo legítimo, Pedro I el Cruel (1350-1369) —cuya madre era María de Portugal—, pues el rey tuvo otros cinco hijos de su favorita Leonor de Guzmán. El reinado de Pedro fue un complejo período en el que destacaron varios aspectos trágicos: la decisión de su madre de apresar y ejecutar a la antigua favorita de Alfonso XI; la ira que esto provocó en los hijos de Leonor, acuciados además por la ambición de aspirar al trono; y el propio carácter del nuevo rey, hombre fuerte, pero no sanguinario como la leyenda ha pretendido presentarlo. A los 17 años el rey se casó con Blanca de Borbón, pero a los pocos días la repudió y se unió con María de Padilla. Tras pacificar el reino, se originó, por instigación del bastardo Enrique de Trastamara, una guerra con Aragón. La guerra fue feroz, y tras varios enfrentamientos, resueltos con diversa fortuna, Pedro fue cercado en el castillo de Montiel (Ciudad Real), siendo asesinado por su hermano bastardo y el noble francés Du Guesclin durante una reunión en donde, al parecer, debían negociar.

La dinastía Trastamara

Enrique II (1369-1379) usurpó el trono tras el asesinato de Pedro I en 1369. Hasta entonces, había gobernado el condado de Trastamara, y ahora, al tomar el poder, la mayoría de los habitantes del reino le aceptaron como un mal menor. La usurpación provocó la ambi-

ción de Fernando I de Portugal, quien invadió Galicia, en tanto que los reyes de Aragón y Navarra, y el emir de Granada, le declaraban la guerra. Enrique demostró, sin embargo, unas cualidades inesperadas: derrotó a los portugueses, e incluso ocupó Lisboa; ayudó al rey de Francia en sus luchas contra Inglaterra; y pactó el fin de las hostilidades con los demás reyes peninsulares. Al final de su reinado se le apodó «el de las Mercedes», pues para ganarse el apoyo de la nobleza repartió un sin fin de títulos y prebendas.

A Enrique de Trastamara le sucedió su hijo Juan I (1379-1390), quien prosiguió la política de su padre: alianza con Francia y pacificación interior. Contrajo matrimonio en segundas nupcias con Beatriz, hija de Fernando de Portugal, pero no pudo unificar ambos reinos por la oposición de la nobleza portuguesa, que derrotó al rey castellano en Aljubarrota (1385). En 1387 el duque inglés de Lancaster desembarcó en Galicia con el propósito de proclamarse rey de Castilla, poniéndose fin al conflicto con el Pacto de Troncoso (1387), según el cual los hijos de ambos, Enrique y Catalina, se casarían. El matrimonio se celebró en Palencia, asumiendo por primera vez los contrayentes el título de «príncipes de Asturias», utilizado desde entonces por los herederos al trono de España.

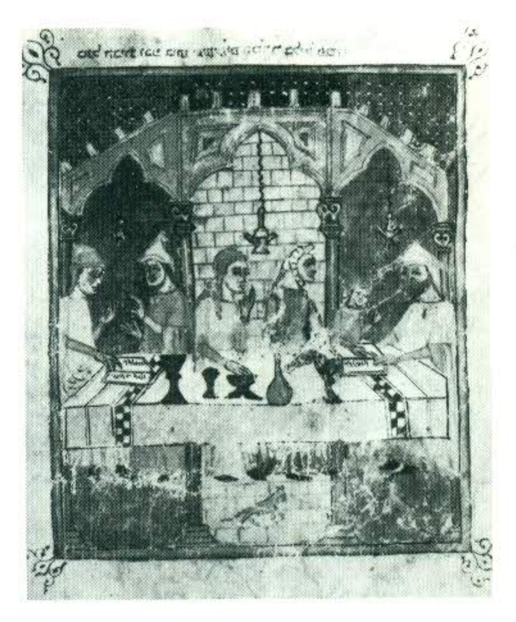
Enrique III el Doliente (1390-1406) sucedió a su padre Juan I. Debido a su corta edad –11 años–, el poder lo ejerció un Consejo de Regencia, y una vez más la minoría de edad real fue aprovechada por la nobleza para restaurar sus privilegios. El monarca fue un hombre enfermizo que murió prematuramente a la edad de 27 años. De nuevo, el sucesor era un niño, Juan II (1406-1454), pero en esta ocasión la autoridad y competencia del regente, su tío Fernando de Antequera, evitaron el caos que anteriormente, en circunstancias similares, se había producido. Sin embargo, por el Compromiso de Caspe, Fernando fue nombrado rey de Aragón, y Juan II fue considerado «mayor de edad» a los 14 años. El joven monarca encomendó el gobierno del reino al noble Alvaro de Luna, quien dirigió con acierto la política y la guerra contra los árabes, derrotando a los reyes de Navarra y Aragón, que pretendían la corona castellana por la línea de la regencia de Fernando de Antequera. El valido cayó en desgracia cuando el rey casó con Isabel de Portugal, y acusado de «hechizar» al rey, fue ejecutado en 1453.

Al año siguiente murió el monarca, al que sucedió su hijo Enrique IV, fruto del matrimonio de Juan con su primera mujer, María de Aragón. Su reinado fue turbulento, a causa de las revueltas aristocráticas y del escándolo provocado por sus matrimonios. Casó primero con Blanca de Navarra, a la que repudió por estéril, tomando entonces por esposa a Juana de Portugal, la cual dispensó sus favores a un noble sevillano llamado Beltrán de la Cueva, quien se convirtió en el auténtico árbitro de la política del reino. Juana dio a luz una niña, a la que puso su mismo nombre, pero la paternidad verdadera fue atribuida al valido, y la niña fue apodada «la Beltraneja». Sin embargo, las Cortes de Castilla, la reconocieron como heredera legítima, decisión inicialmente compartida por los hermanos del rey, Alfonso e Isabel –posteriormente llamada «la Católica»–. En cambio, una parte de la nobleza se opuso y conspiró para capturar al débil monarca y a su valido. El conflicto se polarizó entre el rey y su hermano Alfonso, que se autotituló heredero legítimo, y cuyos partidarios derrotaron a los realistas en Olmedo (1467). La imprevista muerte de Alfonso hizo que aquéllos ofrecieran la corona a Isabel la Catolica, sin que el pacto de Guisando (1468) lograra poner fin a la discordia entre Juana e Isabel. Al morir Enrique IV, la mayor parte de la nobleza proclamó reina a Isabel, alterando así el nombramiento de las Cortes de Castilla que había recaído en Juana la Beltraneja. Ésta recibió el apoyo de Alfonso V de Portugal, quien tras diversas victorias, fue definitivamente derrotado por los isabelinos en Albuera en el año 1476.

Así accedía al trono de Castilla Isabel la Católica, y por su matrimonio con Fernando de Aragón, ambos reinos se unieron definitivamente en 1479.

De hecho, la historia de Castilla es distinta de la de Aragón, especialmente hasta el siglo XIV, pues Castilla carecía del poder económico aragonés, aunque a finales del siglo XIV comenzó a desarrollarse una producción lanera que habría de promover un notable despegue económico en la región.

La meseta central castellana es un terreno escasamente apto para la agricultura, y en el siglo XIII el Estado potenció una política ganadera. El poder ganadero se institucionalizó en la Mesta, órgano que controlaba las rutas y los pastos, y que se convirtió en un poderoso organismo económico y político. La vitalidad de la ganadería ovina castellana fue reforzada por el cruce con una raza merina del norte de África. En el siglo XIV, la calidad de las lanas hizo del reino castellano la primera potencia en este producto, siendo sus clientes principales Inglaterra, Flandes y las ciudades italianas. Se calcula que la aristocracia ganadera vinculada a la Mesta controlaba rebaños que sumaban más de 40.000 ovejas.



Arriba, familia judía española durante la celebración de la festividad de la Pascua. La aportación de los judíos a la cultura de la España medieval tuvo una importancia no igualada en ningún otro país de Europa occidental. (British Library, Londres.)

Página anterior, sepulcros del rey Alfonso VIII de Castilla (1155-1214) y de su esposa, Leonor de Inglaterra, en el monasterio de Las Huelgas.

Los Reyes Católicos

Al morir en 1479 Juan II de Aragón y sucederle su hijo Fernando el Católico, casado con Isabel, reina de Castilla, la unión de ambos reinos significaba un paso fundamental en la unificación peninsular. Ahora, al margen del reino castellanoaragonés, quedaban los de Portugal y Navarra, y el emirato de Granada. Los esfuerzos de los nuevos monarcas se orientaron hacia la consecución de la unidad total.

Isabel asumió la corona castellana en un momento de grave crisis, y tuvo que reforzar la autoridad real frente a la nobleza. Para ello, ordenó la demolición de numerosas fortalezas y prohibió construir nuevos castillos, procediendo al castigo ejemplar de aquellos nobles que no se sometían a la autoridad real, «que representaba los intereses divinos en la Tierra».

Asimismo, Isabel, cuya religiosidad rayaba el fanatismo, pensó en institucionalizar la unidad religiosa, lo que se tradujo en los decretos de expulsión de los judíos y en el establecimiento de la Inquisición, inspirada por la influencia de su consejero, el cardenal Cisneros. Las bulas del papa Sixto IV (1478-1480) autorizaban la creación de un Tribunal del Santo Oficio para perseguir a los herejes, y en base a aquella disposición fue institucionalizada la Santa Inquisición, destinada a perseguir «herejes, descreídos, apóstatas, supersticiosos y gentes de mala vida».

La instrucción de los procesos se realizaba en secreto, y admitía la tortura y la cárcel indefinida hasta que el reo confesara según los deseos del tribunal. Una vez confesaban, el poder civil se encargaba de aplicar la penas, que eran diversas: incineración en vivo o en efigie, horca, trabajos forzados, destierro, sambenito, o reclusión en algún monasterio. Asimismo, el culpable podía perder todos sus bienes. El primer gran inquisidor del reino fue Torquemada, que desempeñó el cargo durante 15 años, y adquirió una siniestra fama, hasta el punto de que el Papado hubo de amonestarle por su ferocidad.

La expulsión de los judíos fue decretada en 1492. La alternativa que se les dio fue aceptar el bautismo, pero la mayoría lo rechazaron. Según algunos autores, fueron 450.000 los judíos que marcharon de España; otros establecen la cifra en 180.000. Lo que es indudable es que, con ellos, emigró parte de la intelectualidad del país y muchos comerciantes.

El objetivo de conseguir la unidad geográfica de España hizo necesario conquistar el último reducto islámico: el emirato de Granada, tributario de Castilla desde la época de Fernando III el Santo. Los gobernantes españoles, como pretexto para invadir el emirato, adujeron el impago de tributos en los últimos tiempos, negándose el emir a restituirlos y ponerse al corriente. La conquista de Granada duró 10 años, siendo un factor decisivo en favor de los Reyes Católicos los conflictos entre el emir Muley Hacén y sus hijos Boabdil y Yusuf. El 2 de enero de 1492, Boabdil abandonaba la Alhambra granadina, y cuatro días después entraban las fuerzas cristianas. Posteriormente, la cristianización forzada de los habitantes del emirato provocó las rebeliones de las Alpujarras y de Ronda, reprimidas sangrientamente en 1501.

En cierto sentido, los objetivos religiosos fueron siempre iniciativa de Isabel de Castilla. En cambio, Fernando orientó su actividad hacia el exterior, imbuido de la tradición comercial y expansionista del reino catalanoaragonés. Por el Tratado de Barcelona (1493) recuperó el Rosellón y la Cerdaña, y en 1495 organizó la Liga Santa, integrada por España, Roma, Austria, Venecia y Milán, con el objetivo de combatir al rey francés Carlos VIII y conquistar el reino de Nápoles, en cuya guerra se distinguió Gonzalo Fernández de Córdoba, el «Gran Capitán». Fernando impulsó asimismo diversos viajes a las islas Canarias, las cuales en 1488 fueron incorporadas a España.

La proyección exterior que Fernando dio a su reinado queda, por ejemplo, perfectamente reflejada en la política matrimonial que siguió con sus hijos, aunque la mayor parte de sus deseos no se vieron realizados debido a un cúmulo de desgracias personales. Casó al primogénito Juan, joven débil, física y mentalmente, con Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano, pero ya fuera por enfermedad o a consecuencia de una caída, el sucesor al trono español murió. La infanta Juana contrajo nupcias con Felipe, hijo también del emperador austríaco, pero Felipe falleció prematuramente y Juana acabó enloqueciendo. La infanta Isabel, casada con Alfonso de Portugal, a la muerte de éste contrajo segundas nupcias con su sucesor, Manuel, pero Isabel falleció al poco tiempo. Finalmente, prometió a Catalina en matrimonio con Arturo de Inglaterra, quien murió, casándose entonces con el rey Enrique VIII, que posteriormente la repudiaría.

A finales del siglo XV, los Reyes Católicos habían conseguido superar la situación de crisis que heredaron de sus predecesores. Ya hemos señalado anteriormente las medidas que Isabel había tomado en Castilla antes de producirse la unión. Realizada ésta, los reyes instrumentalizaron políticamente a la Inquisición para dominar a la nobleza, y fundaron un Consejo Real en el que los nobles solamente podían participar como observadores. En Aragón, Fernando sofocó las rebeliones catalanas, restableciendo la constitución medievalista. En ambos reinos, la corona asumió un control mucho más directo sobre los asuntos locales, institucionalizando la figura del «corregidor», un funcionario municipal nombrado por la comunidad para que la representara en sus relaciones con los reyes, aunque al poco tiempo se revocó el procedimiento de elección y fue el rey quien lo nombró. El difícil control de las órdenes militares, bastión de los privilegios de la nobleza, se realizó con sutilidad: Fernando obtuvo del Papado el derecho a nombrar a los grandes maestres de las órdenes de Santiago, de Calatrava y de Alcántara.

Los Reyes Católicos restablecieron la paz en sus turbulentos reinos, pero doblegar a la nobleza fue costoso. En 1480, los reyes pidieron a la aristocracia que devolviera a la corona las tierras obtenidas a partir de 1464, cuando las ocuparon aprovechando las coyunturas de confusión y caos. Se ha calculado que 26 familias poseían más de la mitad de las tierras de España. Pero no era solamente esta oligarquía la que tenía privilegios. El título de «hidalguía», asumido por numerosos individuos, ricos y pobres, suponía la exanción de impuestos. Así, la obtención de dinero era una necesidad difícil de cubrir, que los reyes intentaron superar, dentro ya del siglo XVI, vendiendo numerosos títulos de nobleza.

Lugar especial ocupa en el reinado de los Reyes Católicos el hito histórico de la expedición americana de Cristóbal Colón, en 1492. Este marino, que había recorrido diversas cortes europeas presentando su proyecto de navegar alrededor del planeta, fue de rechazo en rechazo, hasta que finalmente los reyes de España se interesaron por él. Su puesta en práctica determinó el llamado «descubrimiento de América», y por consiguiente, el contacto con otras civilizaciones absolutamente desconocidas por los europeos, quienes creían que entre Europa y Asia únicamente existía un inmenso océano.

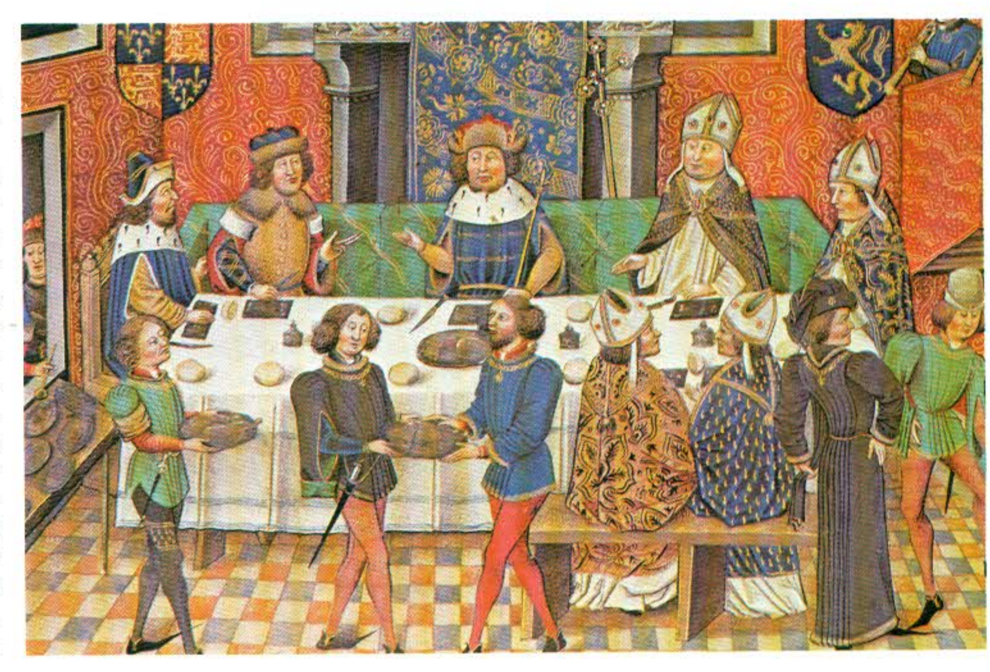
Isabel murió en el castillo de la Mota, en Medina del Campo, en 1504, dejando heredera a su hija Juana, incapaz de gobernar debido a su salud, y asumiendo Fernando el cargo de regente. Quedó, pues, «el Católico» como el monarca más poderoso del planeta, dueño y señor del Imperio más vasto jamás conocido.

Cultura y sociedad

Los Reyes Católicos presidieron en España la irrupción del Renacimiento cultu-

ral, que tuvo su punto de partida en Italia. El Estado apoyó las renovaciones que significaban un reforzamiento de la ortodoxia católica, pero persiguieron todo intento de socavar la hegemonía de la religión oficial.

El humanismo tuvo figuras importantes como Antonio de Nebrija –colaborador de la Biblia políglota–, Arias Barbosa y Hernán Núñez, entre otros. En su labor incidió la invención de la imprenta, y a finales del siglo XV funcionaban talleres de impresión en Barcelona, Valencia, Zaragoza, Toledo y otras principales ciudades del país. Es necesario destacar también a los historiadores Andrés Bernáldez y Hernando Pérez del Pulgar, y la institución geográfica de la Casa de Contratación de Sevilla, en donde Juan de la Cosa elaboró su famosa *Carta de marear de las Indias*. De hecho, la cultura no sufrió un impulso espectacular; más bien, se forjaron los cimientos para el posterior despegue del Siglo de Oro.



Juan de Gante, duque de Lancaster, en un banquete ofrecido por el rey de Portugal. Este príncipe inglés, hijo del rey Eduardo III, intervino activamente en las pugnas dinásticas castellanas. Casado con Constanza, hija de Pedro el Cruel de Castilla, a la muerte de su suegro aspiró a ocupar el trono castellano; desembarcó en Galicia y apoyó a Juan de Avis, rey de Portugal, en la guerra de éste contra Castilla. En 1386 negoció en Portugal un tratado de alianza con Inglaterra mantenido durante muchos años. (British Library, Londres.)

Portugal

La historia medieval de Portugal comienza en las murallas de Toledo. Cuando en 1085 Alfonso VI de Castilla y León conquistó este gran enclave musulmán, recompensó a sus capitanes espléndidamente. Entre ellos estaba Enrique de Borgoña, yerno del rey, que recibió una propiedad situada al sur del río Miño, en la región de Oporto. A mediados del siglo siguiente, el hijo y sucesor de Enrique, Alfonso Enríquez, había conseguido la independencia para su país, que se extendía ya desde el Miño, en el norte, hasta el Tajo, en el sur. Para asegurar su posición frente a las luchas entre León y Castilla, Alfonso se proclamó rey en 1139, poniéndose bajo la protección papal mediante el pago de un tributo anual. No obstante, el papa no reconoció la monarquía hasta 40 años después.

En 1147, Alfonso contrató a un grupo de cruzados ingleses que iban a Tierra Santa, y logró que le ayudaran a conquistar Lisboa, aún en poder árabe. La posición de Alfonso se vio reforzada por el casamiento de una de sus hijas con Fernando II de León, y cuando le sucedió su hijo Sancho, el reino de Portugal era ya una realidad.

Sancho (1185-1211) dirigió una expedición victoriosa contra las tierras del sultán de Marruecos en el Algarve. Esta fue la primera expedición naval de la historia de Portugal, pero su éxito fue de corta duración. Su hijo Alfonso II (1211-1223) decidió investigar los privilegios de la Iglesia, lo que provocó tal oposición, que su sucesor, Sancho II (1223-1246), fue derrocado por una fracción de nobles estimulados por la Iglesia portuguesa y el propio papa, y bajo el mando del hermano de Sancho, Alfonso, que asumió el poder en 1248.

La reconquista portuguesa fue completada en los primeros años del reinado de Alfonso III con la conquista del Algarve. Esto le creó graves problemas con el rey castellano Alfonso X el Sabio, que recibía tributos de la población musulmana. El conflicto se resolvió con el Tratado de Badajoz, en 1267, que fijaba las fronteras entre ambos países.

Alfonso se casó con la hija ilegítima de Alfonso de Castilla, y su reinado, al igual que el de su vecino, fue un período de gran avance cultural, durante el cual se introdujeron en el país los elementos de la civilización provenzal. De gran importancia fueron también las medidas tomadas para lograr la emancipación de los siervos, el impulso dado al comercio y la introducción de representantes de las ciudades en las Cortes.

El progreso fue mantenido por Dionis (1279-1325), llamado «el Agricultor», pues una de sus realizaciones más importantes fue el estímulo dado a la agricultura, que incluía incentivos a los nobles que desearan cultivar sus tierras. Continuó la promoción de la industria y el comercio, y firmó un tratado comercial con Eduardo I de Inglaterra en 1294. En política, se propuso controlar las órdenes militares, poniendo bajo control portugués a la Orden española de Santiago, establecida en sus territorios, y lo mismo que otros soberanos europeos, se benefició de la destrucción de la Orden de los templarios, iniciada por el rey francés, incorporando sus tierras a la nueva Orden portuguesa de Jesús.

Estos éxitos políticos y militares tuvieron un paralelo en el campo de la cultura; el propio Dionis era poeta. También contribuyó a la expansión de la enseñanza mediante la fundación de la Universidad de Lisboa (más tarde trasladada a Coimbra).

El glorioso reinado de Dionis, al igual que el de su abuelo, terminó en guerra civil, y le sucedió su hijo Alfonso IV (1325-1357). Alfonso tuvo que enfrentarse con la rebelión de su heredero, Pedro. Éste casó, con Constanza de Castilla, pero se enamoró apasionadamente de una de las damas de compañía de la reina, la bella Inés de Castro. Tras la muerte de su esposa en 1345, Pedro e Inés se retiraron al palacio de Coimbra, donde tuvieron cuatro hijos. Su idilio duró 10 años, finalizando trágicamente con el asesinato de Inés por unos cortesanos, que al parecer contaron con el consentimiento real. Colérico, Pedro se rebeló, pero el levantamiento fue sofocado y el príncipe tuvo que reconciliarse con los asesinos. No obstante, inmediatamente después de su acceso al trono, les hizo capturar y matar. Durante los 10 años de su reinado (1357-1367), Pedro mostró un excepcional interés por los asuntos de la justicia, llegando a practicar personalmente la administración de los castigos. Este hecho sorprendió a sus contemporáneos, pues rebasaba el natural deseo de una correcta aplicación de la ley. De ahí los apodos que le adjudicaron: «el Justiciero», «el Severo» y «el Cruel».

La historia de Portugal presenta abundantes vinculaciones con la de sus poderosos vecinos de Castilla. Sin embargo, en el siguiente reinado, a través del casamiento de la nieta de Pedro, Beatriz, con el heredero de Castilla, la relación se transformó en subordinación. En consecuencia, cuando Fernando I de Portugal murió en 1383, y Juan I de Castilla fue proclamado rey de Portugal, estalló una revuelta popular en favor de Juan, gran maestre de los Caballeros de Avis (antes Orden de Calatrava) e hijo bastardo de Pedro I e Inés. Los caballeros recibieron el apoyo de numerosos nobles portugueses y mantuvieron sus reivindicaciones sobre el reino. No obstante, además de la ayuda popular y el apoyo de la burguesía, Juan contó con un poderoso aliado: Juan de Gante, duque de Lancaster, que aspiraba al trono de Castilla. Cuando los ejércitos se encontraron en el campo de batalla de Aljubarrota, el apoyo militar inglés fue decisivo para la victoria de Juan de Avis. La monarquía de Juan fue confirmada por las Cortes, y su amistad con Inglatera fue sellada mediante su matrimonio con la hija del rey inglés, Felipa de Lancaster. Se firmó también un tratado que fijaba una alianza de gran duración.

La industria y el comercio –especialmente el comercio textil con Inglaterra–, que habían sido impulsados por Dionis, recogían ahora los frutos del estímulo real, y Portugal inició una etapa de expansión extraordinaria.

A Juan le sucedió su hijo Eduardo (1433-1438), quien impulsó la codificación de las leyes, y fue un patrocinador entusiasta del trabajo de su hermano, Enrique el Navegante. Durante la minoría de edad de su hijo Alfonso V (1438-1481) el país se vio nuevamente desgarrado por una guerra civil, que se prolongó de manera intermitente hasta la decisiva batalla de Alarrobeira en 1499, en la que el tío del rey, hijo segundo de Juan I, fue derrotado y asesinado por las fuerzas de Alfonso, duque de Braganza, hijo ilegítimo de Juan de Avis, nacido antes de su matrimonio con Felipa de Lancaster.

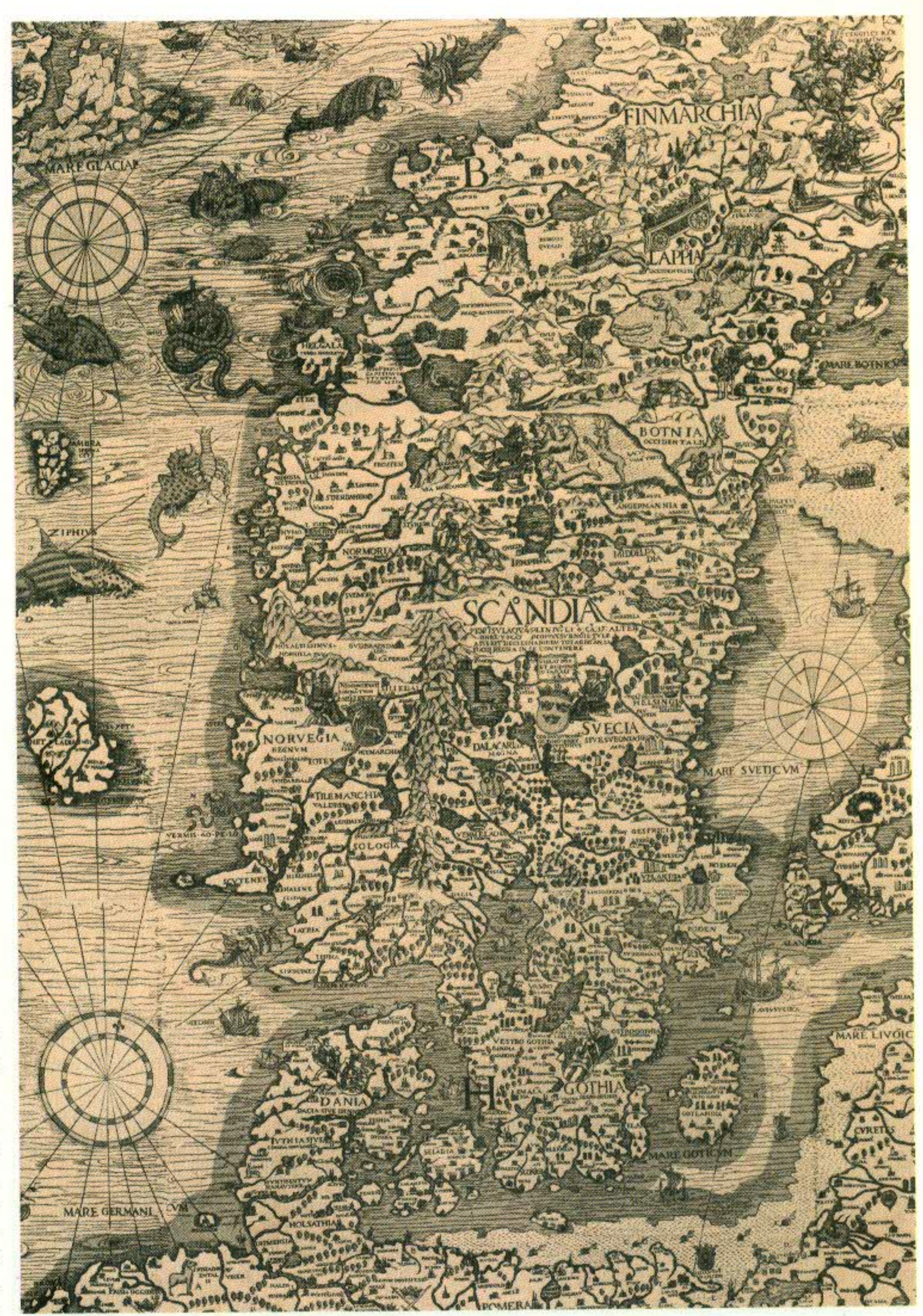
Después de la muerte de Alfonso, llamado «el Africano», su hijo Juan II heredó un reino acosado y humillado por su derrota frente a Fernando de Aragón y de Castilla (1479), y amenazado por una arrogante aristocracia. Su primera actuación fue administrar una nueva y más severa fórmula en el juramento de lealtad, y continuó su ataque frontal contra la nobleza mediante la investigación de los títulos que justificaban la posesión de inmensas propiedades. La investigación descubrió una comprometedora correspondencia entre los Braganza y el rey de Castilla y Aragón, hecho que el rey aprovechó para ejecutar al jefe de esta poderosa familia aristócrata.

Juan combinó su gran talento de estadista con su pasión por la cultura. Bajo su mandato, Portugal se abrió a las nuevas corrientes artísticas generadas por el Renacimiento italiano, y al igual que sus predecesores, apoyó activamente la labor de los explotadores portugueses. A pesar de que se negó a ayudar a Colón –cuyo plan de alcanzar la India por una ruta marítima hacia el oeste le parecía más difícil de realizar que las rutas hacia el este, abiertas por sus compatriotas–, negoció una buena partida para Portugal en el Nuevo Mundo, en el Tratado de Tordesillas de 1494. Su gobierno mantuvo el esfuerzo de la expansión portuguesa, y aseguró el poder de la Casa de Avis frente a las ambiciones de la nobleza, siendo el líder indiscutible de un país que iniciaba una nueva época dorada.

ESPAÑA, PORTUGAL E ITALIA EN LOS SIGLOS XIV Y XV

Año	España y Portugal	Venecia y Florencia	Otras ciudades italianas
1275	Alfonso X, rey de Castilla (muerto en 1284)	Conflictos entre Génova y Venecia	
1300	Fernando IV, rey de Castilla y León (1295-1312) Alfonso XI, rey de Castilla y León (1312-1350) Pedro IV, rey de Aragón (1336-1387)	Los güelfos aplastan a los gibelinos; exilio de Dante (1307) Florencia entra en guerra con Pisa y Lucca Guerra entre Venecia y Bolonia	Los Visconti en Milán La peste hace estragos en Italia Los Scaligeri en Verona
1350	Pedro I el Cruel, rey de Portugal (1357-1367) Batalla de Nájera (1367) Enrique II, rey de Castilla y León (1369-1379) Batalla de Aljubarrota (1385) Martín I el Humano, rey de Aragón (1395-1410)	Conspiración dirigida por Marino Faliero en Venecia (1355) Florencia crea una alianza contra el Papado Rebelión de los Ciompi	La familia Este en Ferrara, Verona, Padua, Siena y Perugia bajo el control de Milán
1400	Compromiso de Caspe Juan II, rey de Castilla y León (1406-1454) Álvaro de Luna	Verona es anexionada por Venecia Conflicto entre Venecia y Milán (1426-1454) Cósimo de Médicis	Rebelión en Génova: restauración de la República Felipe María Visconti toma Bolonia
1450	Juan II, rey de Aragón y Sicilia (1458-1479) «La Beltraneja» (1468) Isabel de Castilla contrae matrimonio con Fernando de Aragón (1469) La Inquisición-Torquemada Conquista de Granada (1492) Descubrimiento de América (1492)	Paz de Lodi entre Venecia y Milán (1454) Lorenzo el Magnífico Conspiración de los Pazzi Muerte de Lorenzo el Magnífico (1492)	Juan Bentivoglio en Bolonia Los Sforza asumen el poder en Milán Francisco Sforza Ludovico el Moro

La Europa del este y del norte



Mapa de Escandinavia trazado en el siglo XVI por Klaus Magnus y que traduce las ambiciones que abrigaba Suecia sobre sus vecinos más próximos.

Durante los miles de años que precedieron a la organización de los estados independientes en el siglo X, los pueblos escandinavos se dispersaron por toda Europa, y los vikingos dieron prueba de su dominio en el arte de navegar, dejando huellas imperecederas en los reinos que habían fundado sus predecesores los godos.

Los normandos de Dinamarca y Noruega se establecieron en el este de Inglaterra, y crearon sus reinos en Irlanda y en la isla de Man. Establecieron asimismo el ducado de Normandía en el norte de Francia, que el rey francés se vio forzado a reconocer, y desde allí, durante un siglo, se lanzaron a la conquista del reino de Inglaterra. En el sur de Europa, los reinos normandos de Sicilia y el sur de Italia crecieron a expensas del Imperio bizantino y del Islam. En el norte, los aventureros varegos provenientes de Suecia fundaron los estados que después constituirían el Imperio ruso, el cual reclamaría para sí la herencia de Bizancio seis siglos después.

En el siglo X estos reinos se consolidaron hasta tal punto, que en el siglo XI Dinamarca reclamaba su igualdad con los demás estados de Europa occidental. Durante un breve período, el rey Canuto dominó las tierras danesas junto a las de Noruega e Inglaterra. Después de Canuto, el Imperio danés se disgregó y sus gobernantes tuvieron que luchar contra los vendos, un pueblo eslavo establecido entre los ríos Oder y Elba. Entonces, los daneses trataron de consolidar su poder con la ayuda de la Iglesia cristiana, recientemente establecida en aquellas tierras.

La anarquía duró casi ininterrumpidamente, exceptuando el breve período del reinado de Valdemar I el Grande (1157-1182), Su reino era mucho mayor que la moderna Dinamarca, pues comprendía las provincias del sur de la Suecia actual –Skane y Blecking– y considerables posesiones en la costa báltica de Alemania. En los primeros tiempos, Valdemar rindió vasallaje al emperador germano Federico I, pero en los últimos años de su reinado conquistó la isla de Rügen, reafirmó el dominio danés en el Báltico y suprimió el vasallaje. Valdemar aseguró asimismo la corona danesa con la ayuda y los consejos del obispo Absalón.

Por aquel entonces el país tenía una tradición cristiana de sólo 150 años, y la Iglesia danesa, sometida a la influencia de ingleses y alemanes, no consiguió su independencia hasta el siglo XII, gracias a la fundación del arzobispado de Lund en 1104. Absalón fue un gran político eclesiástico, al igual que los grandes cancilleres del Sacro Imperio romano germánico. En 1170, el obispo prestigió a la monarquía danesa canonizando al padre de Valdemar y coronando solemnemente a éste. Además, Absalón demostró ser un notable estratega militar en la guerra contra los vendos, y también impulsó la causa del saber mediante su mecenazgo del cronista Saxo Grammaticus.

La expansión danesa continuó en los primeros años del reinado de Valdemar II el Victorioso, hijo segundo de Valdemar I. Adquirió nuevos territorios, recibió el homenaje del rey de Noruega, y en 1214, como resultado de la compleja situación del Sacro Imperio romano germánico, consiguió el reconocimento por Federico II de la soberanía danesa sobre los territorios del norte de Alemania. Durante un breve período, Valdemar extendió la dominación danesa a Estonia, pero una rebelión aristocrática le obligó a realizar considerables concesiones. La codificación de las leyes danesas, impulsada por este rey, fue una de sus mejores acciones de gobierno, pero su autoridad se deterioró tanto que en 1282 su sucesor, Eric V, hubo de promulgar la Carta Magna, mediante la cual la nobleza fiscalizaba a la monarquía.

El debilitamiento interno tuvo repercusiones externas. Skane y Blecking fueron recuperadas por Suecia, y cuando Valdemar IV subió al trono en 1340, Dinamarca era un estado agónico. Este monarca restableció la autoridad real, recuperó las provincias suecas e incluso obtuvo un breve triunfo sobre la poderosa Liga hanseática. Se alió con otros países, y fundamentó las relaciones entre daneses y noruegos a través del matrimonio de su hija Margarita con Haakon VI de Noruega. Pero en 1370, por la oposición de los suecos, aliados con la Liga hanseática, Dinamarca aceptó el humillante compromiso de Srtaslund, mediante el cual la Liga hanseática monopolizaba el comercio escandinavo.

Con la muerte de Valdemar en 1375, y la sucesión de su hija Margarita, se abrió un nuevo período en los reinos escandinavos, a raíz de la Unión de Kalmar (1397). La importancia de este pacto ha sido a veces minimizada, pero determinó que Noruega fuese un reino sometido durante más de 500 años. La historia escandinava del siglo XV está dominada por la lucha implacable de Suecia para quebrar la hegemonía danesa.

Suecia

Inicialmente, Suecia estuvo habitada en el norte por los pueblos fineses, en la zona central por los esviones, y en el sur por los godlandeses, antecesores de los godos. En el siglo VI dominaban los esviones, y en el siglo VIII sus descendientes, los rhos o rus, conocidos como varegos por los historiadores bizantinos, que también penetraron en las grandes llanuras de la Rusia europea. Los varegos siguieron el curso de los ríos, especialmente el del Dnieper, y a mediados del siglo IX se habían establecido ya en las regiones de Novgorod y Kiev. El avance les permitió contactar con el cristianismo ortodoxo de Constantinopla, mientras simultáneamente el misionero franco san Ansgar introducía el catolicismo en Suecia.

Sin embargo, el cristianismo no se implantó sólidamente hasta el siglo XII. La Iglesia sueca se organizó siguiendo las líneas convencionales europeas, en el reinado de Eric IX (muerto en 1160), que sería venerado como santo. Poco se sabe acerca de este rey, pero fomentó la religión y dirigió una cruzada contra los paganos fineses. Después de su reinado, la autoridad de la monarquía sueca declinó y el poder pasó a la nobleza.

El gran gobernante del siglo XIII fue Birger Jarl, quien trató de extender el poder de Suecia hasta Novgorod, pero finalmente fue derrotado por Alexander Nevski en 1241. En este período, además, los piratas fineses constituyeron una amenaza continua, y Estocolmo se configuró como la mejor fortaleza en el sistema defensivo de la costa escandinava.

El siglo XIV comenzó con el habitual panorama de la impotencia real. El rey estaba en el exilio, y su sobrino Magnus VII de Noruega, de tres años de edad, fue elegido como sucesor por los nobles, ya que una minoría de edad tan larga resultaba ideal para la nobleza. A causa de su educación en Suecia, el rey fue muy impopular en Noruega, por lo que cedió el trono noruego a Haakon VI. A pesar de los continuos conflictos con la nobleza, Magnus conquistó las provincias danesas del sur, e incluso fue lo suficientemente fuerte como para aliarse con Valdemar de Dinamarca, con el fin de luchar contra la Liga hanseática.

Sin embargo, el aumento del poder real fue rechazado por los nobles, quienes derrocaron a Magnus y a Haakon de Noruega, y eligieron rey a Alberto de Mecklenburg. Esta situación dejó a Valdemar de Dinamarca solo frente a la poderosa Liga hanseática. Su hija Margarita vengó la afrenta, derrotando y capturando a Alberto en 1389. En 1397, Margarita logró la coronación de su heredero, Eric de Pomerania, en Kalmar, como rey de Dinamarca, Suecia y Noruega.

Noruega

La penetración de Margarita en Noruega se produjo por su matrimonio con Haakon VI. Los reyes de Noruega, lo mismo que sus primos daneses y suecos, tuvieron graves problemas con la nobleza, pero durante el siglo XIII la monarquía disfrutó una etapa gloriosa con el reinado de Haakon IV (1204-1263). Este rey llegó al poder como candidato de los *kirkenbeiner*, miembros de la pequeña nobleza, agrupados durante las guerras civiles del siglo anterior, que constituyeron una fuerza militar y política importante gracias a su caudillo, Sverre. Los *kirkenbeiner* no eran «pueblo llano», pero sí enemigos acérrimos de los grandes señores, tanto civiles como eclesiásticos, por lo cual brindaron su apoyo al monarca.

Haakon IV fue elegido rey en 1217, y su prestigio aumentó cuando anexionó Groenlandia e Islandia a las colonias marítimas de Noruega, que en el siglo IX comprendían las islas Orcadas, las Hébridas y la de Man. Su reinado se distinguió también por la consolidación de la literatura nórdica.

Magnus VI, su sucesor, puso fin a las guerras con Escocia cediendo la isla de Man y las Hébridas, e impulsó el progreso cultural y político de su reino codificando sus leyes. Después de él, Noruega entró en un siglo de crisis monárquica, seguida por la larga hegemonía danesa institucionalizada por la Unión de Kalmar, que perduró hasta 1814.

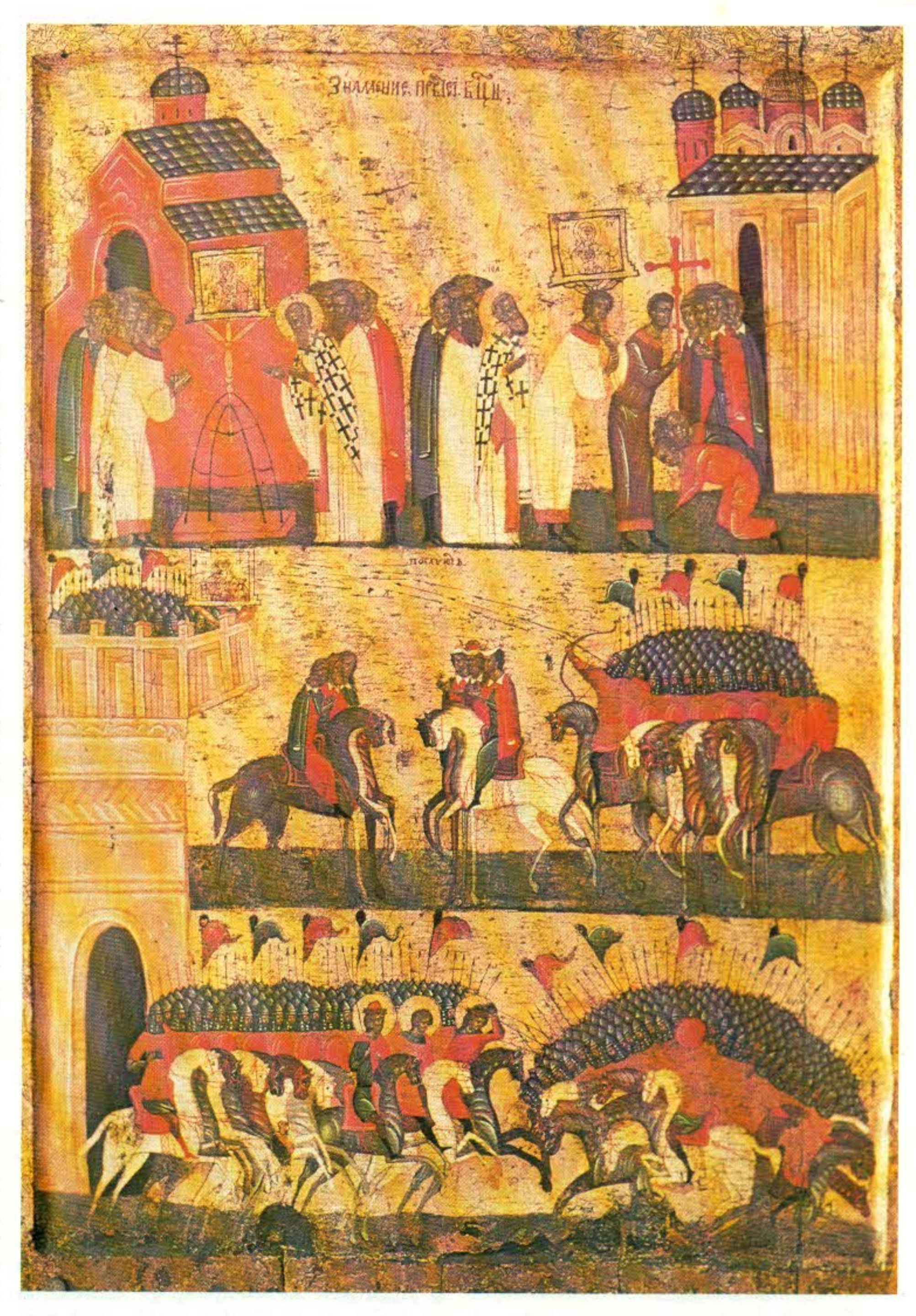
La Unión de Kalmar permitía que cada reino conservase su Constitución, pero bajo una misma monarquía. En realidad, este compromiso beneficiaba al país más poderoso y de mayor población, Dinamarca. Los daneses pudieron así intentar ampliar sus conquistas, y durante un tiempo pareció que incluso dominarían a la poderosa Liga hanseática. Margarita, y después de su muerte, Eric, trataron de extender el dominio danés sobre la provincia hanseática de Schleswig, y sus tropas permanecieron brevemente en Lübeck, pero finalmente, en 1435, la Liga obligó a Eric a pedir la paz y devolver Schleswig.

Cuatro años más tarde Eric fue derrocado por su propia nobleza, y Cristóbal II de Baviera elevado al trono. El nuevo rey fue incapaz de restaurar su autoridad en Dinamarca y Suecia, siendo depuesto a su vez en 1448, a favor de otro príncipe germano, Cristian I de Oldenburg, cuya dinastía gobernó Dinamarca durante los 400 años siguientes, y anexionó al reino danés los ducados de Schleswig y Holstein. Sin embargo, no pudo consolidar la dominación de Dinamarca sobre Suecia, y en 1471 el rey danés fue derrotado en la batalla de Brunkeberg por el líder sueco Sten Sture.

La lucha por Suecia continuó en el reinado de Cristian II, un gran gobernante que consiguió reformar la sociedad danesa, con la oposición de la poderosa aristocracia, legislando en favor de los pequeños propietarios, de la baja nobleza y la

burguesía comercial, y fomentando además el reformismo religioso de Lutero. A pesar de su talento, Cristian fue brutal y despótico, y su reinado terminó caóticamente. Su afán por asegurar el dominio de Dinamarca sobre Suecia por la fuerza, y la masacre de los principales líderes suecos en la «carnicería de Estocolmo», en 1520, precipitaron la rebelión sueca y la subida al trono de Suecia de Gustavo Vasa, en 1523, año en que Cristian fue derrocado en Dinamarca.

La rebelión de 1523 fue la última de una serie de revueltas suecas que comenzaron con la de Engelbrekt Engelbrektsson en 1431. Engelbrekt, miembro de la baja nobleza, dirigió un levantamiento de contenido social y nacionalista. Consiguió expulsar a los daneses, y durante un breve período de tiempo controló Suecia. Pero el éxito del movimiento –integrado en su mayoría por campesinos y miembros de la baja nobleza–, era demasiado peligroso, y la gran aristocracia hizo asesinar al líder en 1436. El inductor del crimen, el noble Karl Knutsson, se erigió en gobernante del país y obtuvo numerosas concesiones de los daneses, incluyendo el control de Finlandia. Tras la muerte de Knutsson, en 1470, el poder fue heredado por la familia Sture. Sten Sture desempeñó también un importante papel en la vida cultural del país, fundando la Universidad de Uppsala. Entre 1497 y 1501 Sture fue presionado por los daneses para que renunciara a su regencia, pero su familia siguió gobernando el país hasta poco antes de la ascensión de Gustavo Vasa.



Escenas de una batalla entre Novgorod y Suzdal, a finales del siglo XV. En esa época la influencia de Moscú se iba extendiendo por toda Rusia y en 1478 aquellas dos ciudades tuvieron que reconocer la soberanía de la futura capital rusa. (Galería Tretiakov, Moscú.)

El crecimiento de Suiza

La situación del Sacro Imperio romano germánico era muy inestable ya antes de la muerte del último emperador Hohenstaufen, Federico II, en 1250. El hundimiento de la autoridad central desembocó en la proliferación de asociaciones locales, *landfrieden*, formadas mediante la mutua protección de las ciudades contra las amenazas de los bandoleros, de la pequeña nobleza y de los grandes propietarios que pretendían ampliar sus posesiones. Veinte años después de la muerte de Federico II había desaparecido cualquier vestigio de autoridad imperial, y varios rivales se disputaban el trono. Durante esta etapa, un estado era independiente mientras pudiera defenderse por sí mismo.

La libertad basada en la legalidad y la fuerza es el núcleo del ideal suizo que surge en 1231, cuando la comunidad libre de los campesinos de Uri fue incorporada al Imperio. Nueve años más tarde, el valle vecino de Schwyz, que hasta entonces pertenecía a la familia Habsburgo, obtuvo un estatuto similar. Asimismo, en el curso de unos acontecimientos no esclarecidos por la historia, una tercera comunidad, en Unterwalden, solicitó los mismos privilegios. En 1291 estos tres «cantones», tal como se llamaron más tarde, firmaron una alianza para asegurar su mutua independencia.

Los signatarios siguieron una fórmula de asociación muy habitual en aquellos tiempos, que les proporcionaba grandes ventajas. Los cantones tenían una población rural libre (los siervos no existían), los territorios eran contiguos, y estaban situados a orillas del lago de Lucerna. Por consiguiente, ocupaban una situación estraté-

gica en la ruta internacional que comunicaba Alemania con Italia, y que proseguía a través del lago y el paso de San Gotardo. En última instancia, consideraban a los Habsburgo su enemigo común.

La familia Habsburgo era un factor político clave en el dominio de la zona desde el siglo XI, y cuando en 1273 el gran conde Rodolfo fue elegido emperador del Sacro Imperio, las tres comunidades del valle se apercibieron de su soledad frente a un vecino excepcionalmente poderoso. Parece ser que Rodolfo trató de respetar sus libertades, pero al final de su reinado los tres cantones fueron unificados en un territorio feudal que se extendía desde San Gotardo al Rhin.

En los años siguientes, los suizos se vieron libres de interferencias imperiales, y lo mismo sucedió durante los 10 años del reinado de Alberto de Habsburgo, a quien sucedió el luxemburgués Enrique VII. Éste, y su sucesor, Luis IV, concedieron una tácita confirmación a la comunidad, nombrando a un funcionario administrativo para los tres cantones. Pero la casa de Habsburgo, tras largos años de conflictos en los territorios austríacos, empezaba a mostrar interés por sus derechos sobre el sur de Alemania. Por ello, cuando, en 1314, la elección al trono imperial enfrentó a los candidatos Luis de Baviera y Federico de Habsburgo, los cantones suizos apoyaron al primero.

En noviembre de 1315, Leopoldo, hermano de Federico, se dirigió militarmente contra los suizos, pero en la batalla de Morgarten el ejército austríaco fue diezmado, y la infantería suiza se convirtió de pronto en la más mortífera de la época.

Un mes después de la batalla, los suizos firmaron una «unión» que fue la base legal de su asociación durante cinco siglos. Su cláusula más importante era la que prohibía a cualquiera de sus miembros realizar alianzas sin la consulta previa de los otros, y todos los cantones juraron defender su independencia.

Unos años más tarde, las ciudades de Zurich (1351) y Berna (1353) se unieron a la Confederación, más por sus propios intereses políticos que con la intención de contribuir al bien común. Poco después hacían lo mismo las comunidades de Glarus y Zug. Se configuró así una poderosa red de comunicaciones urbanas y rurales.

Aunque tanto Zurich como Berna se reservaban el derecho de elegir los lazos feudales tradicionales con los Habsburgo, éstos no ignoraban el creciente poder de la Confederación. Cuando en 1385 Lucerna ocupó territorios de los Habsburgo, tomando entre otras la ciudad de Sempach, Leopoldo III, conde del Tirol, dirigió una nueva ofensiva contra los suizos, ordenando a sus tropas que desmontaran y utilizaran sus largas lanzas de pico. La batalla de Sempach, en 1386, fue durísima, y su resultado significó una aplastante victoria de los suizos. Dos años después, tras la derrota del hermano de Leopoldo en Näfels, por los habitantes del valle de Glarus, los Habsburgo renunciaron a conquistar la Confederación.

En 1415, aprovechando el conflicto de Federico de Habsburgo con el emperador del Sacro Imperio romano germánico, Segismundo, los suizos atacaron y conquistaron la provincia de Argovia, adquisición que tuvo una especial importancia en la historia de la Confederación.

Los cantones suizos tenían sólidos intereses para permanecer unidos, tras la experiencia de las guerras intercantonales producidas entre 1436 y 1446, que propiciaron la intervención de las tropas de Carlos VII de Francia al servicio de Federico de Habsburgo, acción que finalizó con la retirada francesa y la firma de una tregua entre la Confederación suiza y Francia. Unos años después, Luis XI de Francia utilizó el poderoso ejército suizo para destruir a Carlos el Temerario, duque de Borgoña. La rapidez del avance de éste, en 1469, sobre Alsacia, zona adyacente a la Confederación, preocupó a los suizos, que durante dos siglos habían luchado contra el poder aristocrático. Por ello, decidieron destruir al ejército borgoñón que Carlos el Temerario lanzó contra ellos, en Morat, en 1476, y repitieron su espectacular victoria en la batalla de Nancy, en 1477, en la que Carlos murió.

Eliminadas las amenazas externas, los confederados se vieron envueltos en una serie de conflictos internos relacionados con la admisión de Friburgo y Solothurn, aliadas de Berna. No obstante, se alcanzó un compromiso, y en 1481, por el pacto de Stans, se acordó el mutuo control de los respectivos ejércitos.

En los primeros años del siglo XVI, con la admisión de Basilea, Schaffhausen y Appenzell, se completó el número de cantones de la Confederación, que perduró hasta los cambios que siguieron a la ocupación napoleónica en el siglo XIX.

El mundo eslavo

Describir a Europa como un continente es ciertamente optimista, pues geológicamente es un apéndice del macizo asiático. Esta realidad, no siempre reconocida explícitamente, pesó poderosamente en la historia medieval de Europa occidental. De ahí la importancia que tuvieron en aquel período sus zonas fronterizas.

Desde principios de la Era Cristiana, esas zonas fronterizas fueron habitadas por una serie de tribus conocidas colectivamente como «eslavas», con un área de ocupación que se extendía desde la costa Báltica oriental a los montes Urales y los Balcanes, en el sudoeste; por el oeste, limitaba con los reinos germanos de Europa occidental; en el norte con los escandinavos, y en el este con las tribus nómadas de Asia, que periódicamente se coaligaban formando grandes imperios.

El reino de los hunos del siglo V, que se extendía desde el Mar Caspio hasta el Báltico e incluía las tierras eslavas, fue dominado en la segunda mitad del siglo VI por los ávaros. En el siglo IX el poder ávaro decreció bajo la dominación de los búlgaros, que compartían sus fronteras con el Imperio franco.

En el este, un grupo de tribus finesas, los magiares, se establecieron en un área limítrofe con el mar Negro, y en el norte, los poderosos vikingos iniciaban sus migraciones marítimas hacia el oeste de Europa.

El estado de Kiev

Los dos principados varegos —creados por dos príncipes legendarios, Rurig en Novgorod, e Igor en Kiev— estaban situados en la gran ruta comercial de la Europa medieval, que se iniciaba en el Báltico —por vía fluvial y terrestre—, empalmaba con el Dnieper, y desde allí se dirigía al mar Negro, donde enlazaba con las rutas bizantinas de Constantinopla. La riqueza y el poder de estos nuevos estados estribaba en el comercio de pieles, esclavos y madera.

En el último cuarto del siglo IX ambos estados se unieron bajo el gobierno de Oleg de Kiev. Con ello surgía el primer gran estado ruso. Tras la derrota de los magiares por los turcos, este nuevo estado pudo ampliar sus fronteras hasta las costas del mar Negro. En el siglo siguiente, los principados varegoeslavos de Rusia dominaron un inmenso territorio que se extendía desde el Báltico hasta el mar Negro.

En un breve período de tiempo, la clase dominante varega perdió su propia identidad a través de matrimonios y asimilaciones diversas. En la última mitad del siglo X un nuevo elemento se sumó a éstos, cuando, durante el reinado del gran príncipe Vladimiro (980-1015), el nuevo estado adoptó el cristianismo. A pesar de la oposición de su vecino occidental, Boleslao el Intrépido de Polonia, Vladimiro aceptó el bautismo de manos de los representantes de la Iglesia ortodoxa griega de Constantinopla, y se casó con la hermana del emperador de Bizancio. En Kiev se

estableció una sede metropolitana dependiente de la de Constantinopla, hecho que revistió una importancia tremenda en la historia de Rusia.

Tras la muerte de Vladimiro, en 1015, el estado ruso entró en un período de guerras civiles sucesorias, que se resolvió temporalmente con la división del país entre los príncipes de Kiev y de Chernigov. Tras la muerte de este último en 1035, se inicia la época dorada de Kiev bajo Yaroslav, el mejor gobernante de Rusia en el período de Kiev. Las iglesias de la capital fueron testigos de la influencia civilizadora de Bizancio, tanto en su arquitectura como en sus frescos. Bajo Yaroslav, el principado mantuvo sus últimos contactos diplomáticos con Europa occidental, traducidos en alianzas matrimoniales: su hijo se casó con la hija de Haroldo de Inglaterra, y una de sus hijas se casó con Haroldo Hardrad de Noruega, mientras la otra lo hacía con Enrique I de Francia.

En 1061, Kiev perdió la importante salida al mar Negro, cuando un ejército dirigido por los hijos de Yaroslav fue derrotado por las tribus cumanas, que a partir de entonces extendieron sus fronteras hasta el reino de Hungría. Un golpe más duro lo constituyó el pacto comercial entre el Imperio bizantino y Venecia.

Aunque geográficamente separada de Bizancio por las conquistas cumanas del siglo X, Rusia mantuvo una fuerte dependencia de Constantinopla, quedando aislada culturalmente de Occidente.



Escenas de una batalla entre las ciudades de Novgorod y Suzdal, durante el siglo XV, en un icono de la escuela de Novgorod. (Museo de Novgorod.)

La formación de los principados

Tras la muerte de Yaroslav el Sabio, en 1504, las fuerzas centrífugas del estado kievita volvieron a manifestarse. Sus hijos formaron una serie de dinastías, cuyas rivalidades constituyen el armazón de la historia política de Rusia durante los 400 años siguientes. Pero durante esta etapa se forjó la idea de que gobernara un solo príncipe, al que todos acatarían. Merece resaltarse el significado de esta idea, pues la Rusia medieval era un inmenso territorio dividido, sin razones convincentes para unirse. Tras los grandes días de Kiev, cabía esperar que el proceso de fragmentación produciría toda una serie de naciones y estados independientes, tal como ocurrió en Europa tras la desintegración del Imperio de Carlomagno.

Sin embargo, la realidad geográfica se impuso, pues en la amplia región comprendida entre los Cárpatos y los Urales no hay ninguna frontera natural comparable a los Alpes, los Pirineos o el Canal de la Mancha. La población de esta zona, si bien desarrolló una serie de características nacionales propias, nunca estuvo dividida por la lengua y la tradición, al contrario que los pueblos de Europa occidental. Otro factor importante fue la etapa de dominación mongol.

El sistema dinástico de sus gobernantes presenta también una especial significación. Cada príncipe tenía autoridad exclusiva sobre su dominio, y tan sólo estaba obligado a enviar tropas en ayuda del gran príncipe de Kiev —y después, de Vladimiro—, cuando fuese requerido. El título de «gran príncipe» era hereditario, y todas las ramas dinásticas rusas intentaron apropiárselo, hasta que finalmente Moscú, en el siglo XIV, lo asumió a perpetuidad, configurando una Rusia autocrática.

La sociedad medieval rusa

Uno de los principados más importantes fue el de Kiev. Al norte estaba el de Novgorod, al nordeste el de Suzdal (posteriormente llamado Vladimir, y finalmente, Moscú), y al este de Kiev y sur de Suzdal estaba el de Chernigov. Las pugnas entre estos estados derivaban de las rivalidades de sus príncipes, aunque ello no fue en última instancia determinante. Hacia el siglo XI surgió una nueva sociedad claramente articulada en una serie de grupos, cuyos intereses han de ser tenidos en cuenta al examinar la política de los príncipes. Así, mientras que los cronistas contemporáneos culpaban a los príncipes de defender únicamente sus intereses en la lucha contra los cumanos o los búlgaros, lo cierto es que sus acciones contaron con la aprobación de sus súbditos.

En los primeros tiempos, la sociedad rusa se componía de: la aristocracia guerrera; los mercaderes de las ciudades, cuyo comercio era la principal fuente de riqueza; el campesinado, cruelmente explotado; y los esclavos. Sin embargo, a medida que la sociedad se sedimentó en cada estado, la aristocracia, integrada ya por mercaderes que habían invertido su dinero en tierras, incrementó su interés por los campesinos al considerarles un importante factor productivo. La aristocracia de los «boyardos» estaba dividida en dos grupos: la *Druzhina* o cortesanos, que permanecían en la corte del príncipe, y los nobles de las provincias, asentados en sus posesiones.

Además de la *Druzhina* del príncipe, cabía contar con el creciente poder de las ciudades, representadas por la *Veche*, institución ampliamente controlada por las oligarquías comerciantes. A estas divisiones clásicas de la sociedad civil se unía la jerarquía eclesiástica, que habría de desempeñar un papel decisivo. En realidad, uno de los principales signos de su hegemonía política fue el establecimiento de un «metropolitano», o jerarquía eclesiástica independiente de Kiev.

Un factor de disgregación fue la aparición gradual de distintas identidades nacionales, especialmente tres grandes grupos: los grandes rusos del norte, los rusos blancos o bielorrusos, del oeste, y en el sudoeste los ucranianos, cuyo territorio incluía Kiev.

Kiev y Novgorod

En el año 1130, el último gran príncipe de Kiev, que había ejercido teóricamente un poder absoluto, murió. Treinta años después el gran principado había desaparecido, y su capital, la gloria de la antigua Rusia, fue saqueada por el príncipe de Suzdal, Andrei Bogolyubsky. La posición de Kiev declinó política y comercialmente, pero su futuro quedó sellado cuando Andrei, en lugar de fijar su capital en el antiguo centro del estado ruso, estableció una regencia en Kiev y continuó gobernando desde su propia capital, Vladimir, que proporcionó su nombre a todo el principado.

Para consolidar su triunfo en Kiev, Andrei trató de sojuzgar el territorio del norte, pero sus ejércitos fueron derrotados ante las murallas de Novgorod en 1170, y aunque esta gran república reconoció finalmente la soberanía de los príncipes de Vladimir, permaneció siempre independiente.

El título de «República de Novgorod» es inadecuado, pues la ciudad siempre tuvo a lo largo de su historia un príncipe como jefe del Estado, aunque en 1126 los comerciantes eligieron a un representante oficial o *posadnik*. La explicación de este fenómeno burgués reside, en parte, en la propia naturaleza geográfica de la ciudad. Situada en la confluencia de las rutas comerciales, Novgorod tenía, además, la ventaja sobre los demás estados rusos de no haber sido atacada por los nómadas asiáticos, y en consecuencia no se vio en la necesidad de utilizar los servicios de una aristocracia militar, por lo que este grupo social no llegó a configurarse.

Asimismo, la esterilidad de las tierras de los alrededores de la ciudad ejerció un efecto positivo. En estos territorios, escasamente poblados, habitaban cazadores con los que los mercaderes de Novgorod tenían relaciones comerciales; les proporcionaban marfil de las morsas, halcones de caza, y especialmente pieles, parte esencial del vestuario de las clases acomodadas de toda Europa. En esa área los grandes comerciantes tenían extensas propiedades, pero lo agreste de la región no propiciaba la fundación de una unidad política independiente.

El republicanismo oligarca de Novgorod se desarrolló todavía más a mediados del siglo XII, cuando los cargos de obispo y de príncipe fueron electos. También lo reforzó el incremento de los vínculos existentes con la poderosa oligarquía comercial de las ciudades germanas. Novgorod llegó a ser considerada una delegación de la Liga hanseática, lo que la capacitaba para desarrollar iniciativas comerciales y políticas, sirviendo como modelo al resto de Rusia.

Sin embargo, los gobernantes de Novgorod continuaron aceptando la autoridad de los príncipes y de los *posadniks* del estado de Vladimir (recién aparecido), al igual que habían hecho con el antiguo principado de Kiev, ya que en cierto modo la ciudad dependía de los suministros de cereales de la región de Niz, en Vladimir, y los príncipes de este estado podían por ello condicionar la vida de Novgorod. Esta dependencia era esencial para los príncipes de Vladimir, tanto por el tributo anual que recibían como por la oportunidad que les brindaba de desempeñar un papel más destacado en la gran política comercial de Rusia.

En Novgorod, la oligarquía restringía el poder del príncipe; las leyes comerciales, por ejemplo, quedaban al margen de la jurisdicción de éste; gran parte del poder residía en la Asamblea Popular de las ciudades, o *Veche*. Ésta era a su vez controlada por la aristocracia boyarda de los grandes terratenientes, banqueros y capitalistas, que dominaban la magistratura.

El severo sistema oligárquico de Novgorod mostró su debilidad cuando Moscú se propuso su conquista. En los primeros años del siglo XIII esta amenaza parecía muy lejana, y el peligro más inmediato provenía del oeste, donde surgían dos poderosos enemigos: el reino de Suecia y los caballeros teutones de Livonia.

No obstante, una vez más, Novgorod tuvo suerte. Sus enemigos no supieron combinar las fuerzas, y además el príncipe Alejandro Nevsky demostró ser un magnífico estratega. Fue uno de los grandes soldados de la Rusia medieval; hijo de Yaroslav, príncipe de Vladimir, adquirió el título de Nevsky por la derrota que infligió al conde Birger de Suecia en las orillas del río Neva, en 1240. Dos años más tarde logró un nuevo triunfo, esta vez sobre los caballeros teutones, en la helada superficie del lago Peipus.

Finalizadas las guerras, los ciudadanos de Novgorod pudieron dirigir sus propios asuntos durante más de 150 años, y aprovecharon la libertad y hegemonía de su ciudad para progresar cultural y económicamente, mientras el resto de Rusia entraba en la larga noche de la dominación tártara.

El poder mongol en Asia

Para apreciar mejor la situación de Rusia durante los siglos XIII y XIV es preciso tener presente que, durante esa etapa, el país era la parte más occidental de un imperio que limitaba al oeste con los reinos de Suecia y Hungría, y al este con el Pacífico. El Imperio mongol dominó durante dos siglos la zona correspondiente a las actuales Unión Soviética, China, Persia y Afganistán.

Desde 1240 hasta el derrumbe del poder mongol, dos siglos después, los estados rusos formaron parte del kanato occidental del Imperio mongol, es decir, el kanato de la Horda de Oro (de la palabra mongol *ordu*, que significa «campamento»). Este gran Imperio sobrevivió a lo largo de estos dos siglos mediante el terror. La administración, situada en la capital, Sarai, sobre el río Volga, era un modelo de gobierno centralizado, que luego sería aprovechado por los príncipes rusos que heredaron el poder mongol.

Esta administración estaba dividida en dos áreas. Los antiguos territorios cumanos y búlgaros, algunas regiones de los principados rusos occidentales de Galitzia y Volniya, y los principados de Kiev y Chernigov estaban bajo control directo mongol. El resto de los principados rusos —incluidos los de Tver y Vladimir, con la República de Novgorod— continuaban gobernados por sus príncipes, tutelados por el kan local. Con los mongoles, el comercio fue la actividad primordial de la región, y los agentes comerciales más importantes fueron los musulmanes, quienes durante un breve período de tiempo se encargaron incluso de cobrar los impuestos y ejercieron un mandato opresivo.

Con el fin de asegurar la máxima explotación de la población —obtener ingresos y reclutar efectivos para su ejército—, la administración mongol realizó el primer censo de la historia de Rusia, que en realidad fue el primer censo que se hizo en la Europa medieval. Los mongoles impulsaron también el desarrollo de las comunicaciones terrestres y el establecimiento de un sistema de correos con una tasa especial para su mantenimiento.

Rusia bajo el yugo tártaro

Desde el momento de la conquista tártara, la historia de los principados rusos se convierte en un calidoscopio lleno de coloridos y de cambios, aunque siempre regulados por los esquemas de la política tártara. Los mongoles permitieron que los estados rusos se autogobernaran, siempre que pagasen su tributo anual. Pero durante cerca de un siglo, explotaron las rivalidades de esos estados en beneficio de sus propios intereses.

La rivalidad entre Moscú y Tver alcanzó su cenit cuando el cargo de gran príncipe de Vladimir quedó vacante, tras la muerte de Alejandro Nevsky en 1304, y después de haber muerto también el hermano de Andrei, Daniel de Moscú. Las leyes tradicionales de sucesión, aceptadas durante el siglo anterior, excluían a los descendientes de Daniel, cediendo el trono al último primo superviviente del antiguo gran príncipe, Miguel de Tver. Pero a pesar de sus aparentes derechos al cargo y su triunfo militar, Miguel fue asesinado en 1318 con el consentimiento del kan de la horda. Finalmente, Iván I de Moscú sucedió al gran príncipe en 1331.

La verdadera historia del conflicto entre Moscú y Tver durante esos años es oscura, aunque parece claro que Miguel y su hijo Dimitri demostraron su superioridad sobre los otros príncipes rusos, tanto en el campo de batalla como en la política. Y también es claro que los kanes apoyaron al débil poder de Moscú contra los príncipes de Tver.

Con la ascensión de Iván I Kalita de Moscú al cargo de gran príncipe de Vladimir, la casa de Tver fue eliminada de la escena. En esa época, los tártaros se enfrentaban a un nuevo problema: el peligro que representaban los príncipes de Lituania, Gedimin y Olgerd, quienes mediante una política de infiltración pacífica, reforzaron su autoridad en los territorios del histórico principado de Kiev. Para combatir la amenaza, el kan proclamó que el hijo de Iván de Moscú le sucediese en el gran principado de Vladimir.

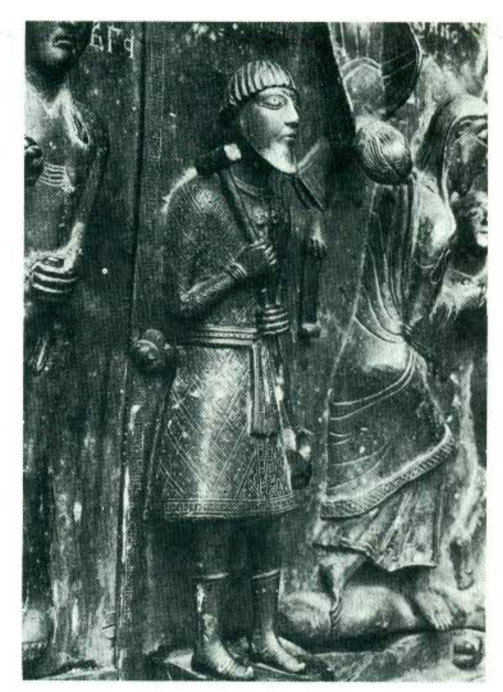
Poco tiempo después el kan propició una inteligente política de apoyo a los rivales de Moscú, en el sur y en el este, mientras aseguraba la solidez de las fronteras occidentales del estado moscovita, en las que el poder de Lituania constituía un peligro constante para la supremacía mongol.

Un elemento esencial para la hegemonía de Moscú fue el apoyo de los kanes, pero también la ayuda prestada por la Iglesia. Esto se puso de manifiesto en diversas ocasiones, especialmente en la última parte del siglo XIII, cuando Yaroslav de Vladimir, que había sido expulsado de Novgorod por sus ciudadanos, fue rehabilitado por el metropolitano Kirill, y nuevamente cuando, cuarenta años después, el metropolitano puso fin a una campaña dirigida por el joven príncipe Dimitri de Tver, ordenando a su ejército que se retirara.

La autoridad de los metropolitanos rusos fue similar a la de sus equivalentes católicos, los papas de Roma. Esta autoridad no era solamente espiritual, sino que se basaba en los grandes privilegios que les concedían los kanes.

La decadencia de los tártaros

En la segunda mitad del siglo XIV el poder de los kanes mongoles en Rusia co-





Arriba, las puertas de Korsun, en la catedral de Santa Sofía de Novgorod. Realizadas por artesanos alemanes a mediados del siglo XII, constituyen un ejemplo muy representativo de los contactos que mantuvo la ciudad con la cultura de Europa occidental. (Catedral de Santa Sofía, Novgorod.)

Abajo, escena de la vida de Iván el Terrible: el zar luchando a las puertas de Moscú.

menzó a declinar. Tras la muerte del kan Janiberg en 1357, la horda se dividió a causa de la lucha entre sus hijos. También el mismo Imperio estaba en peligro, desde que la dinastía Yuan había sido expulsada de China en 1368.

Además de estos problemas internos, la Horda de Oro se enfrentaba a los poderosos ejércitos de Olgerd de Lituania, quien tras derrotar a los mongoles, dominaba gran parte de Ucrania. En este período de disturbios incluso el dócil principado de Moscú se rebeló, y en 1380, en Kulikovo, sobre el Don, el gran príncipe Dimitri Donskoi obtuvo la primera victoria de las tropas rusas contra las fuerzas tártaras. La victoria fue un breve paréntesis, y dos años más tarde Moscú fue saqueada por Tokhtamysh, vencedor de las guerras civiles tártaras.

A su vez, el triunfo de Tokhtamysh fue breve, ya que a finales de 1380 tuvo que enfrentarse con el nuevo Señor del Asia central, Tamerlán el Grande: en 1395 todas las grandes ciudades de la Horda de Oro habían sido saqueadas y sojuzgados sus ejércitos. Afortunadamente para los rusos, aunque Tamerlán logró un cambio radical en el equilibrio del poder, nunca realizó conquistas duraderas ni fundó un nuevo poder sustitutivo del de los tártaros.

El reinado de Vasili II (1425-1462) significó la liberación rusa del yugo tártaro. Vasili había sido derrotado y capturado por tártaros, quienes volvieron a rehabilitarlo: un grupo de nobles tártaros se puso a su servicio, y a mediados del siglo XV el kanato tártaro estableció su sede en Moscú.

Finalmente, en 1479, el sucesor de Vasili, Ivan III (1462-1505), rechazó el kanato como forma de gobierno y declaró la independencia total del estado, poniendo fin a una ocupación de más de dos siglos.

La hegemonía de Moscú

La subordinación de Novgorod a Moscú, obtenida por Iván III, fue una acción importantísima. Su predecesor logró derrotar a la ciudad, pero hasta 1487 no pudieron las tropas moscovitas ocupar el gran puerto. Tras varios años de continuas expediciones de castigo, seguidas de una tregua, en las que los novgorodianos habían conseguido retener la mayoría de sus derechos, Iván forzó la situación y exilió a las más importantes familias a otras regiones de Rusia.

En el siguiente reinado, el último estado independiente de Rusia, Pskov, fue absorbido por el gran ducado de Moscovia. La flamante unidad rusa presentaba una gran ventaja política y militar en sus confrontaciones con Polonia y Lituania en el oeste, aunque también generó el problema de los boyardos. Para evitar conflictos que podían fácilmente convertirse en guerra civil, se estableció una clara jerarquía que condicionaba los nombramientos de los altos cargos del estado según el favor del gran duque, y posteriormente del zar. El primer gran duque coronado zar fue Iván IV, apodado «el Terrible».

La caída del Imperio bizantino causó un gran impacto en el pensamiento ruso. Para los cristianos ortodoxos Bizancio era el centro de la verdadera fe, y para los gobernantes rusos el emperador bizantino era el primer mandatario del mundo cristiano. Así, cuando desaparecieron los últimos vestigios de su antigua servidumbre a los infieles tártaros, los grandes duques de Moscú se identificaron como herederos del emperador bizantino. Iván III se casó con Sofía, hija del último emperador, y su hijo, que sucedió a Iván III con el nombre de Vasili III, fue saludado por el abad de Pskov como «único protector» de la Iglesia griega. La coronación de Iván IV como zar en 1547 es un mito, a pesar de que el metropolitano de Constantinopla le negó su reconocimiento durante más de 14 años.

Iván el Terrible

Iván el Terrible es uno de los gobernantes más notables de la historia europea. Su personalidad inestable le indujo a cometer actos de una violencia tal, que se hizo merecedor de aquel apodo, aunque su brutalidad estuvo motivada por la intransigencia de la aristocracia.

Iván sólo tenía tres años de edad cuando su padre murió, y durante los trece primeros años de su reinado Rusia fue gobernada primero por su madre (que murió probablemente envenenada cuando él tenía ocho años), y posteriormente por un consejo de regencia. El metropolitano Makari era el único hombre del consejo en el que Iván podía confiar, y seguramente bajo su influencia, en 1546 disolvió el gobierno boyardo, y un año después fue coronado zar. Iván fundó la *Zemski sobor*, una doble cámara donde estaban representados los pequeños propietarios, los mercaderes y la nobleza, y que actuaba como control sobre la aristocracia boyarda.

Ivan IV fue el primer gran príncipe de Moscú que en teoría dominó todos los territorios que recibían el nombre de Rusia. En este sentido su reinado fue esencial para el desarrollo de un estado ruso centralizado. Los boyardos se colocaron como consejeros en los estados independientes que Iván unificó, y aunque los peligros separatistas eran evidentes, sólo el severo gobierno del zar evitó que se plasmaran en la realidad.

Además de los cambios en el sistema impositivo, Iván reformó el ejército, consiguiendo la conquista del kanato tártaro de Kazan, y luego la anexión del kanato de Astrakan. Fue entonces cuando el zar, a los 30 años de edad, decidió establecer su autocracia. Tras creer los rumores acerca del envenenamiento de su esposa y su madre, prescindió de sus consejeros, entre los que se incluía el príncipe Kurbsky.

Un símbolo de su independencia fue la decisión de ensanchar el litoral de Rusia hasta el Báltico, promoviendo una guerra con el poderoso estado de Polonia-Lituania. Al mismo tiempo, el zar declaró la guerra abierta contra los boyardos. Iván huyó secretamente de Moscú, e hizo correr el rumor de que abdicaría a no ser que le dieran autoridad absoluta para tratar a los «traidores» como él creía conveniente. Obtuvo los poderes, y fundó la *Oprichnina*, una policía secreta que oprimió a los rusos hasta principios del siglo XX. La *Oprichnina* (que significa «casa aparte») estaba formada por pequeños propietarios y elementos de la baja aristocracia, y se organizó como una institución siniestramente mística. Fue el azote de los boyardos, muchos de los cuales serían ejecutados por «traidores» y sus posesiones confiscadas en beneficio del nuevo cuerpo represivo. La actuación de los *oprichniki* rebasó a la aristocracia y alcanzó las ciudades de Novgorod y Pskov.

El reinado de Iván el Terrible, que estuvo marcado por la conflictividad, finalizó cuando el zar, en uno de sus ataques de cólera, asesinó a su hijo mayor Iván. En consecuencia, a su muerte le sucedió el virtuoso y poco inteligente Teodoro.

El período de los desórdenes

El joven zar Teodoro reinó hasta su muerte, en 1598, pero el poder real del estado fue ejercido por su tío Boris Godunov, elegido zar por la *Zemski sobor* a la muerte del sobrino. El otro hijo de Iván IV, Dimitri, era epiléptico y murió en 1591, asesinado probablemente por orden de Boris. Éste, que tenía sangre tártara en sus venas y no era miembro de la antigua dinastía de los Danilovich, prosiguió la política represiva de Iván IV y fue tan impopular entre los boyardos como entre los campesinos, adquiriendo la monstruosa reputación de asesino de Iván el Terrible, de Teodoro y de Dimitri.

Boris fue un gobernante desdichado, a pesar de su política de promoción industrial de Rusia, de la contratación de expertos occidentales para el fomento de su comercio, y de la institucionalización de la Iglesia rusa como un cuerpo autónomo no subordinado al metropolitano de Constantinopla. Los boyardos continuaron exigiendo sus privilegios, y cuando un falso pretendiente reclamó ser el fallecido Dimitri, muchos nobles le siguieron, y contó además con el apoyo del rey de Polonia. El impostor ocupó Moscú en mayo de 1606, pero su triunfo fue efímero al no aceptar el patrocinio de los boyardos. Le sustituyó durante unos años el líder boyardo Vasili Shuisky.

Rusia entró en un período de fuertes reacciones, tras la muerte de Iván el Terrible, conocido como el «período de los desórdenes», que no finalizó hasta 1613, después de que un segundo falso Dimitri tratara de imponer sus reivindicaciones y que el rey de Polonia interviniera, siendo derrotado una vez más. La elección como zar de Miguel III Romanov, señala la irrupción de la dinastía que gobernó Rusia durante los tres siglos siguientes.



Iván IV llamado el Terrible (1530-1584), el primer zar de Rusia, título que instauró el mismo con la intención de disminuir el poder de los boyardos. Durante su mandato sometió a los feroces cosacos e inició la conquista de Siberia. Su gobierno fue una verdadera autocracia. (Museo Nacional, Copenhague.)

Bulgaria

Mientras los príncipes del estado de Moscú trataban de sacudirse el opresivo yugo tártaro, sus lejanos parientes eslavos de los Balcanes y sus antiguos enemigos búlgaros de la desembocadura del Danubio luchaban por afirmar su existencia frente a los turcos otomanos. Esta región fue durante mucho tiempo el escenario de los conflictos entre el Imperio bizantino, las sucesivas oleadas invasoras de los nómadas de las estepas de Asia y las tribus eslavas de la costa adriática.

Los búlgaros del Danubio, junto a los búlgaros del Volga, constituían el kanato de la Gran Bulgaria, situado a orillas del mar de Azov: eran los descendientes del gran imperio de Atila, rey de los hunos. A mediados del siglo VII el kanato se dispersó y una de las tribus emigró hacia el norte del Volga, donde fundó un estado, que llegaría a ser independiente 90 años después, vecino de los principados rusos. Un segundo grupo se situó en el delta del Danubio, cerca de la frontera noroeste del Imperio bizantino, desde donde dirigieron frecuentes expediciones contra los territorios bizantinos, y además, a finales del siglo VIII extendieron su dominio hacia el norte y el oeste, penetrando en los territorios de los otrora poderosos ávaros.

No obstante, fue una expansión breve, y un siglo después gran parte de sus conquistas se perdieron a causa de las invasiones magiares. Los magiares habían sido expulsados a su vez de sus tierras en el norte del mar Báltico, por una nueva oleada de invasores provenientes del Asia central. La derrota magiar en la batalla de Lech, en el año 995, a manos del emperador alemán Otón I, detuvo su avance sobre Europa y favoreció su asentamiento en las estepas de Hungría.

Poco antes de la incursión magiar, los búlgaros y sus vecinos eslavos se convirtieron al cristianismo bajo la guía de san Cirilo y san Metodio. Esta notable expansión de la Iglesia ortodoxa no tuvo un reflejo importante en la política de los nuevos estados cristianos. Privados por los magiares de sus tierras al norte del Danubio, los búlgaros extendieron sus conquistas hacia el sur, por lo que a finales del siglo X su Imperio abarcaba más de la mitad de las antiguas provincias balcánicas de Bizancio.

Sin embargo, como resultado de las victorias del príncipe ruso Sviatoslav de Kiev y de las campañas de su emperador Basilio II «el asesino búlgaro», los bizantinos recuperaron las provincias que habían perdido y los búlgaros fueron sometidos al

emperador de Constantinopla. Sus vecinos eslavos del principado de Servia se constituyeron en un estado dependiente de Bizancio.

Dos siglos más tarde los búlgaros reconquistaron su independencia. La derrota que infligieron los turcos selyúcidas a los bizantinos, a finales del siglo XII, les dejó indefensos, a la espera de un nuevo ataque por la frontera sur. A lo largo del siglo XIII el Imperio búlgaro se mantuvo en un territorio muy reducido.

En el norte, los turcos cumanos se establecieron a orillas del Danubio, situación que no cambió cuando, en la segunda década del siglo XIV, el príncipe cumano Basaraba fundó el principado de Valaquia, en el que se hablaba una lengua románica. Tanto él como sus sucesores gozaron de libertad y autoridad mientras reconocieron la soberanía del rey de Hungría. En el sur, los búlgaros mantuvieron su posición frente a los estados latinos y griegos surgidos como consecuencia del hundimiento de Bizancio durante la Cuarta Cruzada. Aunque, en realidad, lo que limitó la independencia de Bulgaria en el siglo XIV, antes de ser invadida por los turcos, fue la ambición expansionista de sus vecinos eslavos de Servia.

Servia

Los servios, al igual que sus vecinos del norte los croatas, formaban parte de los integrantes meridionales de la gran masa de tribus eslavas que en un tiempo dominaron las tierras de Europa central. La creación del estado magiar en las llanuras de Hungría confirmaba la separación de los destinos de Polonia, en el norte, y de Croacia y Servia, en el sur. Y su conversión a los dos distintos credos del cristianismo, los servios al ortodoxo y los croatas al catolicismo romano, confirmó las crecientes diferencias entre los mismos eslavos meridionales.

Durante un siglo, ambos estados mantuvieron su independencia frente a sus poderosos vecinos, pero en la última década del siglo XI, Vladislav de Hungría conquistó Croacia. Sin embargo, a pesar de los períodos de vasallaje al Imperio bizantino en el siglo XII, los servios sobrevivieron, y como los búlgaros, resurgieron con la intención de establecer su propio reino. El pequeño y montañoso estado se mantuvo durante dos siglos, alcanzando con el breve y brillante reinado de Esteban Dusan el máximo apogeo.

Esteban se convirtió en rey de Servia en 1331, y por su matrimonio con la hermana del antiguo señor de Bulgaria llegó a gobernar también este país. Aprovechando la extrema decadencia del Imperio bizantino, extendió el dominio servio hasta el golfo de Corinto, en el sur, y hasta las fronteras de Macedonia en el este, proclamándose emperador de los servios y de los griegos. Pero fracasó en la conquista de la pieza vital, la gran ciudad de Constantinopla.

Después de su muerte en 1355, a la edad de 46 años, su Imperio se dividió en pequeños principados. Luis de Hungría aprovechó la situación, ocupando Bosnia y la parte norte de Servia. La derrota sufrida por un ejército búlgaro-servio, en 1371, frente a los turcos, fue seguida de 60 años de dependencia y vasallaje al Imperio otomano, antes de la conquista definitiva en 1439.

El reino cristiano de Hungría

La derrota de los magiares en la batalla del Lech, en el año 995, por el emperador Otón I, puso fin a sus esperanzas de una conquista total de Europa. Se establecieron en Hungría, y durante los primeros años del siglo XI, con el rey Esteban (977-1038), adoptaron la fe católica.

A lo largo de los dos siglos siguientes Hungría conservó su frontera norte más o menos intacta frente a las incursiones polacas, pero sufrió grandes pérdidas en el sudeste. Asimismo, en la última mitad del siglo XI, los valacos, que huían de las invasiones cumanas, se asentaron en la zona que más tarde sería el principado autónomo de Valaquia. La pérdida en el sudeste fue compensada por la incorporación del vecino estado eslavo de Croacia, que proporcionó a Hungría el acceso a la costa del Adriático. Croacia formó parte de Hungría hasta comienzos del siglo XVI, con excepción del breve período de dominación bizantina.

Las divisiones de la sociedad húngara entre los guerreros magiares —que eran los antecesores de la mayoría de los nobles—, y los servios y croatas —que además de ser los dominados, constituían las capas más bajas de la sociedad junto al propio campesinado—, no desaparecieron nunca. Por otra parte, la amenaza de sus vecinos promovió el desarrollo de una poderosa aristocracia militar, con función protectora, pero que podía convertirse en un verdadero peligro para el estado. De hecho, el poder de la nobleza húngara fue siempre peligroso para la monarquía.

En 1241, Hungría fue invadida por los mongoles. Y cuando, 30 años más tarde, murió el rey Bela IV —último de la dinastía de los Arpad, que ejerció un verdadero control sobre la aristocracia—, el país cayó en una anarquía aristocrática. A la muerte del último Arpad en 1301, los principales nobles apoyaron las reivindicaciones de Wenceslao I de Bohemia.

Sin embargo, el triunfo de la casa de Bohemia fue breve, y tras unos años de guerras dinásticas, otro pretendiente (de la línea femenina), Carlos Roberto, de la casa angevina de Nápoles, fue coronado en 1310 como Carlos I de Hungría. Su reinado fue el período de mayor grandeza de Hungría. Era un príncipe fuerte e inteligente, y fue muy bien aconsejado por colaboradores franceses y por consejeros papales. Cuando, tras varios años de campañas sucesivas, consiguió dominar a la nobleza en 1327, pasó a desarrollar su poder basado en una autoridad centralizada, que facilitó el desarrollo de una economía y un aparato administrativo, que por su efectividad marcan un hito en la Europa medieval. Trató asimismo de proteger sus fronteras del creciente poder de los Habsburgo, a través de una alianza con los reinos de Polonia y Bohemia.

Tras la consolidación del reino realizada por Carlos I, su hijo, Luis el Grande, fue coronado en 1342 e inició un período de expansión imperial. A pesar de su fracaso en las reivindicaciones sobre el reino angevino de Nápoles, consiguió restaurar la hegemonía de Hungría en la costa dálmata, dominada temporalmente por los venecianos. Otros triunfos suyos fueron la anexión de Bosnia y de parte de Servia, así como el reconocimiento de la soberanía de Hungría por parte de los principados de Valaquia y Moldavia, además de su propia coronación como rey de Polonia tras la muerte de su tío Casimiro III.

Su padre había demostrado a la aristocracia quién era el dueño de la situación, y Luis, con una administración capaz de refrendar sus ambiciones políticas, logró mantener su cooperación al tiempo que confirmaba sus libertades y les permitía un cierto grado de autonomía en sus propiedades, como recompensa al soporte que le brindaban en sus campañas. En consecuencia, los nobles consolidaron su posición a expensas de las libertades de sus propios súbditos.

Los 60 años que siguieron a la muerte de Luis el Grande, y que culminaron con la humillante derrota de Varna, fueron una etapa de decadencia húngara, interna y externa.

Después de cinco años de sangrientas guerras civiles, el yerno de Luis, Segismundo de Bohemia, obtuvo finalmente la corona pese a la oposición del último rey napolitano. Desde el comienzo, Segismundo se vio acosado por innumerables problemas y por sus propias aspiraciones de largo alcance. En 1411 consiguió ser

elegido candidato a emperador del Sacro Imperio romano germánico, y tras la muerte de su hermano Wenceslao de Bohemia, en 1419, tardó más de 20 años en hacer valer su derecho al trono frente a la oposición de los husitas.

En los primeros años del siglo XV, Ladislao de Nápoles reivindicó nuevamente su derecho al trono de Hungría, y un ataque veneciano, en la segunda década del siglo, produjo la pérdida de la costa dálmata. Por otra parte, la corona de Polonia se había perdido a la muerte de Luis el Grande, y los turcos se habían anexionado Bosnia y Valaquia. Además, la economía húngara no podía soportar las extravagancias y las ambiciones imperiales del rey, y a su muerte el estado se hallaba dividido y en bancarrota.

Tan sólo los nobles pudieron aprovecharse del reinado de Segismundo, pues cada petición les proporcionaba nuevos derechos y libertades. Y a medida que los nobles aumentaban su libertad respecto al monarca, los campesinos veían incrementar su opresión, ya que eran la fuente de ingresos esencial para financiar los gastos del estado. A finales del reinado de Segismundo, los siervos estaban obligados a pagar una cuarta parte de sus ingresos a la Iglesia, al rey y a su señor. Asimismo, realizaban una serie de tareas adicionales en las tierras de su señor, y contribuían al financiamiento del ejército que el rey utilizaba en sus luchas en el extranjero.

La aristocracia húngara había conseguido obtener una posición tan privilegiada que después de la muerte de Segismundo pudo escoger, de entre los diversos pretendientes al trono, a Alberto II de Habsburgo como sucesor del emperador. Tras la muerte de Alberto en 1439 a causa de una epidemia, su hijo póstumo Ladislao fue coronado rey por un grupo de nobles. Algunos meses más tarde, un segundo grupo de aristócratas llamó al joven rey polaco Wladislaw para coronarle rey de Hungría, pero éste murió en la batalla de Varna, y finalmente se estableció un consejo de regencia presidido por Juan Hunyadi. Pero éste murió en 1456 y Hungría volvió a encontrarse sin monarca, a pesar de la existencia de pretendientes de diversas casas reales. La amenaza turca en el sur requería un rey popular, que cohesionase a todo el país. Matías Corvino Hunyadi, hijo de Juan Hunyadi, fue elegido rey, con su tío como regente, tutelaje del que el joven monarca prescindió pronto.

Matías Corvino combinó una gran ambición expansionista en Europa con el objetivo de frenar a los turcos en el sur, triunfando en ambos propósitos. Después de una larga lucha como cruzado en Bohemia, en contra de los husitas, anexionó al estado húngaro gran parte de aquellos territorios. A los austríacos les arrebató Estiria, Salzburgo y la propia ciudad de Viena.

A la muerte de Matías Corvino en 1490, los nobles eligieron nuevamente a un rey de la lejana y debilitada dinastía polaca. Durante los 40 años siguientes, este monarca y sus sucesores gobernaron con el consentimiento de la nobleza y de la alta jerarquía eclesiástica, que continuaban aumentando su hegemonía y sus privilegios a expensas de las ciudades y del campesinado.

RUSIA, EUROPA DEL ESTE Y ESCANDINAVIA DESDE MEDIADOS DEL SIGLO X AL XVII

Año	Rusia	Europa del Este	Escandinavia
950	Vladimir el Grande (980-1015) Adopción del cristianismo (989)	Bulgaria reconquistada por el Imperio oriental Esteban, rey de Hungría (997-1038)	Bautizo del rey de Dinamarca (965) Cristianismo en Noruega
1000	Yaroslav el Sabio, gran príncipe de Kiev (1015-1054) Los hijos de Yaroslav son derrotados por los cumanos (1061)		Canuto II, rey de Inglaterra (1016-1035) y de Dinamarca (1018-1035)
1100	Vladimir II, gran príncipe de Kiev (1113-1125) Novgorod se independiza de Kiev (1136) Saqueo de Kiev por Andrés Bogolyubsky	Creación del reino de Bohemia Segundo Imperio búlgaro Bulgaria se deshace del yugo bizantino	Waldemar I rey de Dinamarca (1157-1182) El cristianismo sólidamente establecido en Suecia
1200	Gengis Kan derrota a los rusos en Kalka (1224) Los tártaros capturaron Kiev (1240) Alejandro Nevsky: victorias sobre los suecos (1240) y la Orden Teutónica (1242)	Los tártaros invaden Polonia y Hungría Derrota húngara en Bohemia	Waldemar II, rey de Dinamarca (1202-1241) Conquistas danesas en el norte de Germania Haakon IV, rey de Noruega (1217-1263)
1300	Iván I Kalita, gran príncipe de Moscú (1328-1341) Moscú se convierte en el estado dominante de Rusia Dimitri Donskoi, gran duque de Moscú (1362-1389) Los tártaros derrotados en Kulikovo	Wenceslao II de Bohemia, rey de Polonia Carlos Roberto de Nápoles es proclamado Carlos I de Hungría Casimiro III el Grande, rey de Polonia (1333-1370) Esteban Dusan, rey de Servia (1335-1346) Dinastía Jagellon en Polonia	Unión de Suecia y Noruega bajo el reinado de Magnus V Unión de Kalmar: Erik de Pomerania rey de Noruega, Suecia y Dinamarca
1400	Vasili I (1389-1425) Vasili II (1425-1462) Iván III (1462-1505)	Unión de Polonia y Lituania Matías Corvino, rey de Hungría (1458-1490) Servia y Bulgaria absorbidas por el Imperio otomano	Erik de Pomerania es depuesto (1439) Sublevación del pueblo sueco dirigida por Engelbrekt Engelbrektson Cristián I, rey de Dinamarca (1448-1481) y de Noruega (1450-1481) Victoria sueca sobre Dinamarca en la batalla de Brunkeberg (1471)
1500	Fin de la Horda de Oro (1502) Vasili III (1503-1533) Iván IV el Terrible (1533-1584) Boris Godunov Período de los desórdenes	Guerra entre Polonia y Rusia (1512-1522) Hungría es conquistada por los turcos Segismundo Vasa, rey de Polonia (1587-1632)	«Baño de Sangre» de Estocolmo Gustavo Vasa, rey de Suecia (1523-1560)
1600			

Italia: el advenimiento de las ciudades-estado

A lo largo del siglo XV la historia de Italia se articula en función de la relación entre cinco centros de poder: los Estados pontificios, las repúblicas de Florencia y Venecia, el ducado de Milán y el reino de Nápoles. Cada uno presentaba una forma diferente de gobierno, existiendo, por tanto, una permanente tensión entre ellos y con la mayoría de los estados menores colindantes con sus fronteras.

La península italiana era esencialmente un conjunto de pequeñas ciudades-estado, que a pesar de la sumisión a sus poderosos vecinos, mantenían cierto grado de independencia, no llegando nunca algunos de ellos a someterse. En los Estados pontificios la dependencia se basaba teóricamente en la figura de la poderosa *signoria*, que manejaba sus asuntos sin la supervisión de la Santa Sede, y estaba representada en Urbino por los Montefeltre (un señorío fundado por militares, que asumió los principales mecenazgos del Renacimiento italiano), en Rimini por los Malatesta y en Bolonia por los Bentivoglio.

Incluso en los estados italianos más pequeños latía una gran pasión por la libertad. Dos de ellos sobreviven todavía: la pequeña República de San Marino, situada en la inexpugnable fortaleza montañosa que antaño fue uno de los Estados pontificios, y el Principado de Mónaco, en las tierras que rodean la Saboya.

Es una paradoja significativa que en la península italiana, habitada por una de las comunidades de Europa más ricas y avanzadas políticamente, las reivindicaciones de las dos autoridades más universales del mundo medieval (la Iglesia y el Sacro Imperio romano germánico) persistieran durante mucho más tiempo que en cualquier otra parte de Europa occidental. El reino de Nápoles era en teoría de dominio papal, lo que facultaba al pontífice a nombrar candidatos al trono. Los duques de Milán obtuvieron su título por concesión imperial y manifestaron su deseo de legitimar el poder que de hecho ya detentaban.

En un intento de establecer los límites entre la autonomía de la ciudad-estado, fácilmente observable en el norte de Italia, y la soberanía imperial, los teóricos políticos italianos más importantes, Marsilio de Padua y Bartolo de Sasoferrato, desarrollaron la doctrina de que las personas libres podían disponer de su propia soberanía. La teoría según la cual el pueblo era la fuente del poder público tenía importantes antecedentes, que incluso arrancaban de la Roma imperial, pero Sasoferrato la definió como ley. Las constituciones aristocráticas y republicanas de Italia dieron validez a una teoría que justificaba su rechazo de la antigua doctrina de la soberanía imperial.

Los Estados pontificios

A pesar de que los gobernadores italianos ambicionaban los títulos nobiliarios que el emperador del Sacro Imperio podía otorgar, el poder imperial se extinguía como resultado de la constante oposición de su principal enemigo, el Papado. Pero los papas pagaron un alto precio por ello. La autoridad de la Iglesia se debilitaba a medida que aumentaba su participación en los asuntos políticos. El lento pero inexorable declive del Papado en toda Europa se inició en el período de los «papas de Avignon» (1309-1378) y culminó con el Gran Cisma.

El cisma acabó gracias al Concilio de Constanza, convocado por el emperador y dominado por los partidarios de la reforma conciliar. Martín V, que fue elegido papa en 1417, organizó un nuevo concilio que tuvo lugar en Pavía. Su pontificado sentó las bases de una política anticonciliar, y sus tácticas dilatorias debilitaron el espíritu del concilio. Inició la recuperación paulatina de la ciudad de Roma, y patrocinó a grandes artistas, como Masaccio. Asimismo restableció los derechos de la Iglesia sobre los Estados pontificios, pero también otorgó numerosos favores especiales a su propia familia, los Colonna.

Finalmente, el fracaso de la Cruzada contra la reforma husita le obligó a someterse a las presiones del emperador Segismundo y a convocar un nuevo concilio en Basilea. Pero la negativa papal a negociar con los herejes indujo al nuevo papa, Eugenio IV, a ordenar la disolución del concilio. Éste y la asamblea conciliar estuvieron enfrentados durante los 15 años siguientes. Finalmente, en 1433, el papa revocó sus bulas anticonciliares, incluyendo la que declaraba la doctrina de la supremacía conciliar como hereje.

De este modo, el concilio votó una serie de reformas de la administración y de las finanzas de la Iglesia, reformas que el rey francés ordenó incorporar a la Iglesia francesa mediante la Pragmática Sanción de Bourges, en 1438. Pero al abolir gran parte de los ingresos papales, el concilio socavaba el soporte real del Papado, y en 1437 Eugenio IV les condenó nuevamente. El triunfo papal sobre la asamblea conciliar se vio facilitado por el prestigio que comportó al Papado la unión entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa, en el año 1439.

La recuperación de Roma continuó bajo el breve pontificado de Nicolás V. Su reinado tuvo aspectos culturales importantes, pues se fundó la biblioteca de El Vaticano, y fueron protegidos artistas y eruditos. Entre ellos se encontraba el famoso humanista Lorenzo Valla, que en una de sus primeras obras expuso la falsedad de la Donación de Constantino, documento del siglo VIII que recogía las transferencias de los privilegios imperiales cedidos a la Iglesia de Roma por aquel emperador en el siglo IV.

Los últimos años de Nicolás V presenciaron la caída de Constantinopla, que a pesar de las recomendaciones papales en el concilio de Ferrara-Florencia, no recibió ninguna ayuda de Occidente. El poder de los papas para impulsar una nueva cruzada en Europa declinaba, por más que se esforzara el papa Pío II (1458-1464), quien había empezado su carrera como un ardiente defensor del concilio e incluso llegó a apoyar al antipapa Félix V. Pío gozaba de una gran reputación como humanista, y fue nombrado poeta de la Corte y secretario del canciller del emperador Federico III. Pero su conversión a las teorías de la hegemonía papal fueron plenamente confirmadas por su reinado y por la bula *Execrabilis*, un documento contra los concilios.

La autoridad del Papado derivaba de las alianzas con los príncipes de la cristiandad. El Gran Cisma evidenció que tales príncipes eran, en cierto sentido, los árbitros de la Iglesia. Además, es interesante resaltar que la última gran expedición militar contra los turcos, la cruzada de Nicópolis, se realizó sin consultar al Papado.

El poder de los papas se batía en retirada en todos los terrenos, y a mediados del sigo XV los ingresos papales obtenidos en Italia eran superiores a los conseguidos en todo el resto del mundo cristiano. Así, los papas se convertían gradual e inevitablemente en simples príncipes italianos.

El siglo terminó con el reinado de uno de los más destacados y notables ocupantes del trono papal. Aunque pertenecía a

la casa española de los Borja (Borgia en Italia), el papa Alejandro VI reafirmó las tendencias de sus antecesores. Bajo su reinado, Roma se convirtió en el centro principal de las artes y las letras, y los Estados pontificios fueron sometidos a un control más efectivo por la actividad militar de su hijo César Borgia.

Gracias a la ayuda de su padre, César Borgia conquistó las ciudades de la Romagna, siendo nombrado duque de la misma. A menudo fue considerado el perfecto modelo de príncipe del Renacimiento, por su inteligente uso de la política y la brutalidad de los medios usados para conseguir sus fines. Bien patente quedó su crueldad al asesinar a sus principales enemigos, a los que había reunido en el castillo de Sinigaglia bajo el pretexto de negociar.

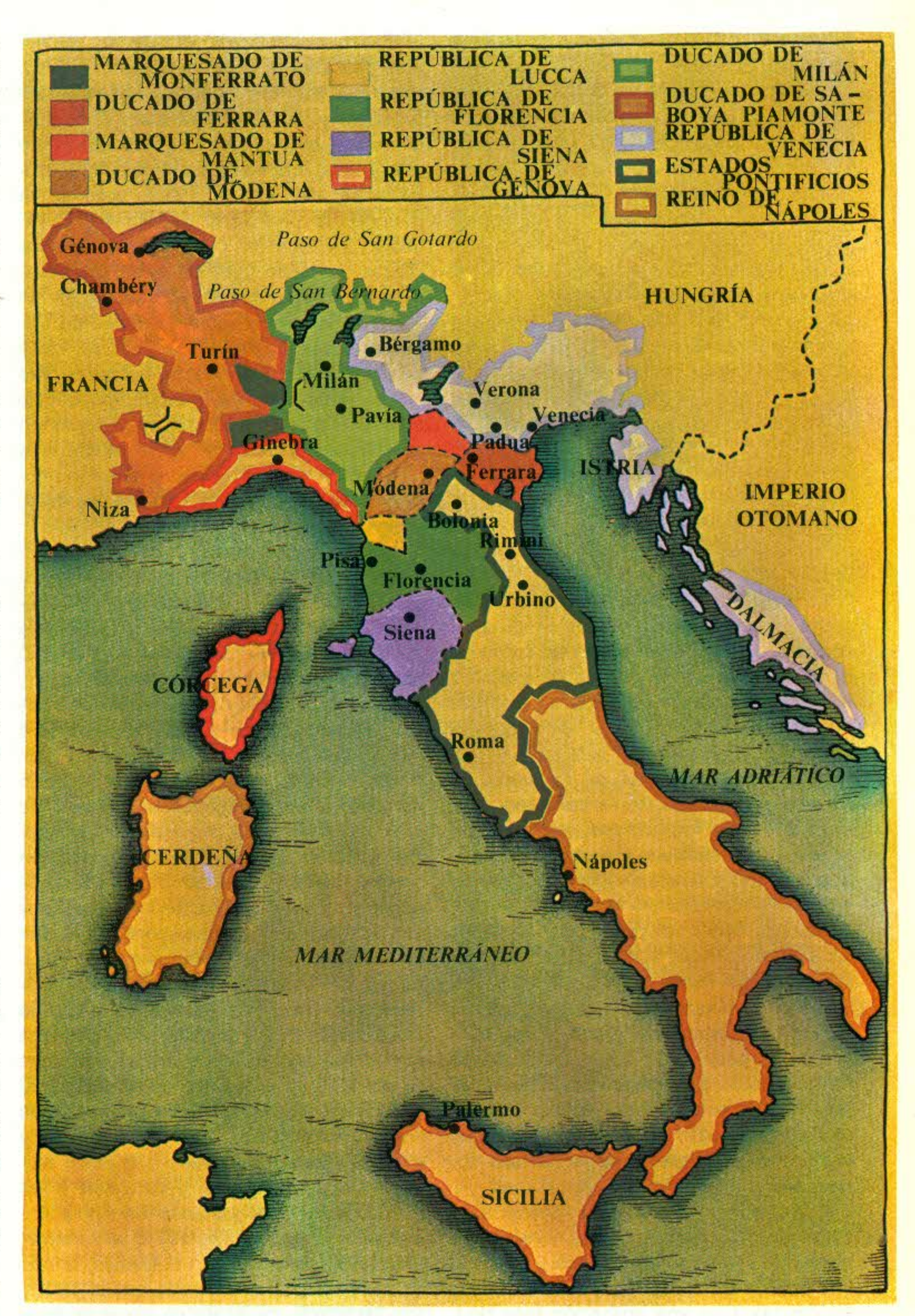
Sus conquistas territoriales fueron coronadas por la anexión del ducado de Urbino y otros pequeños estados, pero su tentativa de independizarse del Papado fracasó por la implacable oposición del papa Julio II, quien al asumir el mandato papal, expulsó a César de Italia e incorporó las posesiones de éste a los Estados pontificios. De este modo, a finales del siglo XV, el poder universal de Roma se identificaba con las ambiciones y la política de un Estado cualquiera.

Florencia

Florencia, orgullosa de sus instituciones republicanas, entró en el siglo XV como estado independiente, tras derrotar al ambicioso duque de Milán, Gian Galeazzo Visconti. En esta lucha de vida o muerte, Florencia necesitaba del apoyo de todos sus amigos, y trató de ganarse la amistad de las pequeñas ciudades asumiendo su defensa ante las maquinaciones milanesas. Los florentinos lucharon contra sus enemigos y salvaron su República, aunque el peligro milanés no desapareció.

Sin embargo, es necesario matizar el sentido de la libertad de los florentinos, pues en la feroz guerra de 1496-1509 se anexionaron el estado de Pisa. Con ello, consolidó su poder la familia de los Médicis y su primer gran representante, Cosimo I.

A pesar de autotitularse «Padre de la patria», Cosimo I nunca ostentó el poder absoluto en Florencia, pero utilizó la influencia de su familia para lograr la adhesión de las instituciones republicanas, de las que sus conciudadanos se sentían tan orgullosos. Pero el elemento más importante del éxito de Cosimo, y la base de la futura grandeza de su familia, fue el constante progreso del banco familiar.



Las ciudades-estado italianas en el siglo XV. Las más poderosas fueron Florencia, Venecia, Milán, el reino de Nápoles y los Estados Pontificios.

El sistema bancario de los Médicis

Durante esta etapa, Florencia fue el centro del sistema bancario europeo, y las delegaciones de los Médicis en Milán, Nápoles, Pisa, Venecia, Ginebra, Lyon, Avignon, Brujas y Londres desempeñaron un papel esencial en el comercio europeo. Legalmente, cada una de aquellas delegaciones era una entidad separada, y los directivos de las mismas no eran partidarios de que las deudas que pudieran contraer

fuesen sufragadas por la casa madre. Tras la muerte de su amigo y deudor, Carlos el Temerario de Borgoña, en 1478, Tommaso Portinari, el rimbombante e ineficaz responsable de la compañía en Brujas, se vio abocado a una quiebra.

Este suceso reveló las debilidades de la estructura de los Médicis. En la cúspide estaba el jefe de la familia, asistido por un director general que actuaba además de consejero. A continuación seguían los responsables de las delegaciones –los jóvenes miembros de la familia–, las cuales operaban como entidades autónomas y por tanto su éxito dependía de su propia competencia. Así, el acierto en elegir estos gerentes debía de ser la gran virtud del jefe máximo de la familia. De su capacidad para detectar las posibles falsificaciones de los libros contables, que cada año eran enviados a la sede central, dependía también la buena marcha del negocio.

Al igual que en cualquier sistema bancario, la organización de los Médicis se ocupaba de las transferencias de crédito a larga distancia, sin necesidad de trasladar el oro en barras de un lugar a otro. Sus operaciones tenían un valor especial para el Papado, pues durante el siglo XV, actuaron como banqueros de los papas, y los negocios que llevaron a cabo gracias a ello fueron tan importantes que pudieron abrir delegaciones en Constanza y Basilea, durante la celebración de los correspondientes concilios.

Muchas veces, el papa pudo soslayar las deudas contraídas con los Médicis garantizándoles tasas de sus obispos. En 1448 el arzobispo cardenal de York, en Inglaterra, recibió una carta de los banqueros del papa, en la que se le informaba de que podía promulgar una bula nombrando a su sobrino para ocupar la sede de Londres, pero previniéndole de que era un requisito previo pagar la tasa correspondiente en el plazo de un mes.

Cuando Piero de Cosimo sucedió a su padre en 1464, ordenó una revisión general de la situación del banco y propició una política de reducción y restricción de las deudas. Con una aplicación más rigurosa del crédito, los Médicis limitaron los fondos de las empresas florentinas y promovieron la quiebra de una serie de compañías con intereses en Oriente. El verdadero motivo de esta política debió ser el temor a los turcos, pero Florencia culpó a Piero y a la banca Médicis.

Lorenzo el Magnífico

En el futuro, se consideró a la etapa de Cosimo como una época dorada. Los nobles se quejaban de la opresión de los Médicis y la población atribuía sus problemas financieros a su sistema bancario, mientras que los hombres de negocios protestaban del nivel de impuestos (el 1% de todos los ingresos negociables) como una grave limitación a la iniciativa privada. Sin embargo, el estado gozó de un período de paz tanto interna como externa. La alianza de Cosimo con los Sforza de Milán contribuyó en gran manera a la estabilidad internacional y fue un freno importante a las ambiciones de Venecia. Pero su hijo Piero, con su firme defensa de los intereses de la banca, hizo que su familia se hiciese muy impopular, y tuvo que afrontar dos conspiraciones en su contra. No obstante, Piero mantuvo la hegemonía de la familia, y a su muerte dejó un patrimonio intacto a sus dos hijos, Lorenzo y Giuliano.

Lorenzo, sucesor de su padre, fue consciente de la necesidad de mantener su popularidad entre los ciudadanos y de estrechar las relaciones con las familias más poderosas de Florencia. Para ello acordó matrimonios entre las diversas dinastías, los cuales permitieron unir a los Médicis con sus antiguos enemigos, los Rucellai, e incluso con sus grandes rivales, los Pazzi.

Sin embargo, su acción militar contra la revuelta de sus súbditos, en la ciudad de Volterra, le granjeó la hostilidad popular. El problema surgió por una discusión acerca de la propiedad de la mina de alumbre controlada anteriormente por una compañía florentina, pero de la que en 1471 se habían hecho cargo los habitantes de Volterra. La decisión de Lorenzo de resolver la cuestión por la fuerza, cuando las negociaciones parecían ir por buen camino, fue un error, y tuvo en contra a los consejeros de la ciudad. El saqueo de Volterra por unas tropas sin control convirtió la ciudad en el refugio de todos los descontentos.

La oposición creció, y dio lugar a los hechos de 1478. Lorenzo se había enfrentado al papa Sixto IV, quien manteniendo la enemistad con la familia, brindó su apoyo al golpe de estado que organizaron los Pazzi con el fin de expulsar a los Médicis y apoderarse de la banca. El golpe debía iniciarse con el asesinato de los hermanos médicis en la catedral de Florencia, durante la celebración de los oficios pascuales de abril de 1478. Giuliano resultó muerto, pero Lorenzo escapó y concitó a los ciudadanos de Florencia en contra de sus enemigos. Finalmente, la crisis económica decidió el conflicto en favor de Lorenzo: las dificultades financieras indujeron al papa, tres años después, a pactar con su enemigo y nombrarle nuevamente banquero del Papado.

A partir de este hecho la victoria de Lorenzo fue total, y en 1484 la muerte se



llevó a su principal enemigo, el papa. Pero la situación económica amenazó a los Médicis con la bancarrota. Con el fin de soslayar el peligro, Lorenzo utilizó los fondos públicos de la ciudad. Dos años después de su muerte, en 1492, el partido democrático de Florencia, aprovechando la desorganización de los asuntos italianos producida por la invasión francesa, derribó al gobierno de los Médicis.

El mecenazgo de los Médicis

Durante la última etapa de la historia medieval europea, las cortes de los príncipes y de los reyes, junto con la Iglesia, eran los centros más importantes del mecenazgo de las artes.

El siglo XV italiano presenció el advenimiento de numerosas cortes aristocráticas. La de Nápoles fue, desde el siglo anterior, uno de los núcleos de la actividad cultural europea. Durante el siglo XV, la corte papal se convirtió en un importante centro de mecenazgo, y en los restantes estados (Florencia, Milán y Nápoles) hubo también grandes mecenas, tales como los Urbino, los Mantua y los Ferrara.

Pero la corte más famosa del Renacimiento fue la de Lorenzo de Médicis, llamado «el Magnífico». La reputación de la familia Médicis tuvo su origen en Cosimo, abuelo de Lorenzo. Bajo el patrocinio de éste florecieron los grandes nombres del Renacimiento florentino (Donatello, Ghiberti, Bruneleschi). También encargó la traducción de los textos platónicos recién

descubiertos por el humanista Marsilio Ficino.

Otros grandes nombres que disfrutaron de su tutela fueron Botticelli, Miguel Ángel, Verrocchio y Ghirlandaio, y en literatura, Poliziano. El propio Lorenzo fue un poeta notable que disfrutaba con las bellezas naturales de la Toscana. Escribió también en toscano, y compuso canciones en verso sobre temas populares.

La industria y el comercio

El comercio fue el pilar fundamental de la prosperidad italiana, pero la industria tuvo también una importancia considerable. Ya en el siglo XIII las sedas de Lucca habían adquirido una gran reputación, al tiempo que se establecían diversas factorías en Venecia y Florencia. En muchas ciudades, el arte de los armeros fue el negocio más provechoso, pero Milán alcanzó una fama inigualada. La magnitud de la industria milanesa en el siglo XV era tal, que dos de los maestros armeros de la ciudad podían equipar a un ejército de 4.000 caballeros y 200 infantes a los pocos días de recibir el encargo.

La empresa industrial de mayor envergadura quizá fuese el arsenal de Venecia. A finales de siglo, los astilleros del estado ocupaban una extensión de más de 24 hectáreas, y producían tanto galeras de guerra para la armada de la República como barcos destinados al comercio privado. La actividad del arsenal era sólo una parte de la producción de los astilleros venecianos, ya que su importancia residía en que era una empresa estatal financiada con fondos públicos y dirigida por técnicos. La fuerza de trabajo se reclutaba siempre que era necesario, y aunque los salarios eran más bajos que en las compañías privadas, la producción del arsenal —ocho galeras al año— era lo que mejor aseguraba una continuidad de trabajo.

Italia poseía además abundantes materias primas. El alumbre fue la más importante durante la segunda parte del siglo XV. Esta materia era un componente químico esencial para la fabricación del vidrio, la preparación y tintura de las pieles, y por encima de todo, el teñido de los tejidos. Hasta 1460 el alumbre de mayor calidad era importado por Génova desde Anatolia, y estaba sujeto al pago de fuertes tasas aduaneras. Pero cuando fueron descubiertos, años después, los grandes depósitos de Tolfa —cerca de Civitavecchia, en los Estados pontificios—, la situación cambió.

Los papas aprovecharon inmediatamente esta nueva fuente de riqueza, cediendo las explotaciones de la mina a los Médicis, y dedicaron las ganancias a financiar las cruzadas, reclamando el derecho al monopolio, contraviniendo con ello las leyes vigentes.

Por otra parte, Florencia y Flandes dominaban el mercado mundial de tejidos, aunque el crecimiento de la industria inglesa de paños supuso una fuerte competencia y les obligó a buscar nuevas fuentes de materia prima lanar. A pesar del volumen de producción de esta industria, sus características eran las propias de una estructura familiar. Muchos de los procedimientos de elaboración de la lana y de la seda, tales como el hilado, tejido y acabado, eran realizados por familias que trabajaban en su hogar: las mujeres hilaban y los hombres tejían. Los intermediarios entre los dueños y los trabajadores eran capataces llamados *capo dieci*. Estos hombres iban por las casas, por pueblos y regiones, distribuyendo la materia prima y recogiendo el trabajo elaborado, y asegurándose de que los trabajadores no hubieran substituido las materias primas que ellos proporcionaban por otras de peor calidad. Los telares se obtenían del fabricante en régimen de lo que hoy llamaríamos alquiler, y el pago era efectuado normalmente en especies más que en dinero. La ciudad estaba gobernada por las cofradías de mercaderes, y las asociaciones de trabajadores estaban prohibidas.

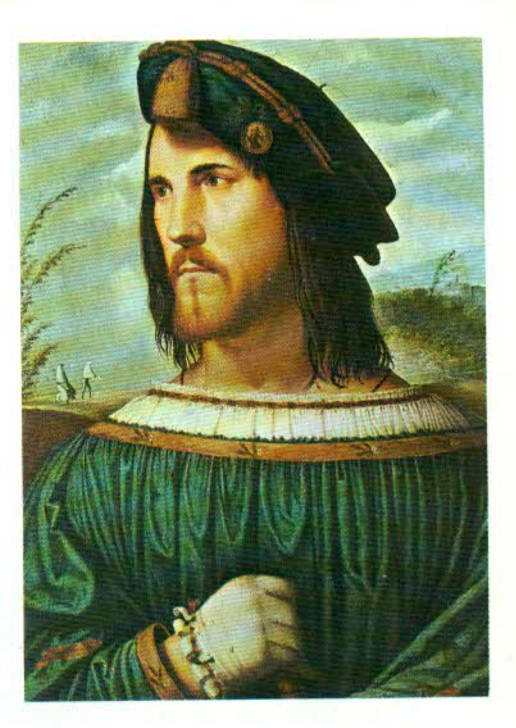


El orden social

Los artesanos, que constituían la fuerza de trabajo de la industria, y los pequeños comerciantes, eran el *popolo minuto*. Y a pesar de sus rebeliones del siglo XIV, nunca pudieron eliminar el gobierno de los grandes comerciantes y empresarios (el *popolo grasso*).

En Italia no hubo una clara separación entre las familias aristócratas y los grandes mercaderes. Desde una época muy temprana, la nobleza participó en el comercio y los mercaderes invirtieron sus beneficios en la tierra. La mayoría de los comerciantes pasaban un período de su juventud en el extranjero, pero su objetivo era retornar a su ciudad lo antes posible. Los moralistas condenaban los peligros que suponían los gastos de la estancia de los mercaderes lejos de su casa, pero en realidad casi todos ellos se casaban finalmente con jóvenes de su propia ciudad.

Para las clases superiores, el matrimonio era un acontecimiento importante que suponía numerosos compromisos. El bello *cassone*, o cofre de la novia, era a menudo decorado por los mejores artistas. El tema de la dote adquirió la forma de un



Arriba, César Borgia (hacia 1475-1507), hijo del papa Alejandro VI, fue nombrado duque de Valentinois por Luis XII. Creó un estado en Italia central, pero lo perdió a la muerte de su padre y sus tierras pasaron a manos de los Estados Pontificios. Murió quizá envenenado. (Academia de Belle Arti, Bérgamo.)

Página anterior, mural de las finanzas de Siena en tiempos de guerra o de paz. Siena fue una de las más ricas ciudades italianas del siglo XV y logró mantenerse independiente de su poderosa vecina, Florencia. (Palazzo Pubblico, Siena.)

seguro, llamado *monte del dote*. El padre comenzaba a pagar unas primas cuando la niña nacía, hasta que la joven alcanzaba la edad de 15 años. Si la joven moría, el pago dejaba de hacerse y la suma acumulada quedaba en poder del estado. En Italia, al igual que en toda Europa, los ricos vivían en medio de una gran ostentación, y la demanda de servicio doméstico no habría sido cubierta de no haber sido por la existencia de esclavos.

La esclavitud

Un esclavo era un miembro habitual en las casas acomodadas del sur de Europa, y podía encontrársele tanto en los hogares laicos como en los eclesiásticos. La Iglesia toleraba la esclavitud como algo necesariamente pernicioso, aduciendo que el cuerpo podía ir encadenado, pero el alma, la parte inmortal del hombre, siempre permanecería libre. Entre 1414 y 1423 pasaron más de diez mil esclavos por el mercado veneciano de Rialto. La mayoría procedían de los territorios dominados por el Islam que habían sido conquistados por el Imperio bizantino.

La Iglesia, en teoría, prohibía la venta de esclavos cristianos al Islam. En la práctica era distinto. Especialmente los genoveses, llevaron a cabo un floreciente comercio con los kanes turcos. Los cautivos eran señalados con marcas de identificación y asegurados contra posibles riesgos, aunque la póliza excluía el caso de suicidio. Una mujer esclava perdía valor si estaba embarazada, y el estatuto florentino de 1452 condenaba con una multa o la muerte en la horca al que sedujera a una mujer cautiva. En general el trato era poco severo, dado que los dueños sentían que sus esclavos eran más un peligro que una comodidad. Petrarca les llamó «el enemigo doméstico».

La guerra

La guerra entre ciudades fue algo endémico en la Italia medieval. Sus causas fueron la rivalidad comercial y los enfrentamientos aristocráticos.

Dos rasgos característicos configuraron la evolución de la teoría y de la práctica política italiana. El primero fue la ausencia de una estructura feudal basada en un código reconocido de subordinación jerarquizada y presidida por un rey o un príncipe. El segundo fue la carencia de cualquier forma de legitimación, representada en otras partes de Europa por la ceremonia de coronación. Nada podía ocultar el hecho de que en el norte de Italia el único árbitro de la legitimidad era la fuerza.

Sin embargo, la activa población de las ciudades comerciales no podía prescindir de la mano de obra que exigían las guerras, y para cubrir esa demanda apareció en el siglo XIV una clase de militares profesionales, los *condottieri*. Eran militares que reclutaban a sus hombres en las zonas más pobres de Italia, o entre los soldados que formaban parte de las «compañías libres», que se alistaban para luchar en las batallas de la guerra de los Cien Años. La profesión de militar permitía que un hombre ganase un principado, e incluso (en el caso de Baltasar Cossa) que llegase a papa. El más famoso de estos mercenarios fue Francesco Sforza, que por su casamiento con la hija ilegítima de Filippo Maria, el último de los duques Visconti, logró controlar Milán y alcanzó el codiciado título de duque en 1450.

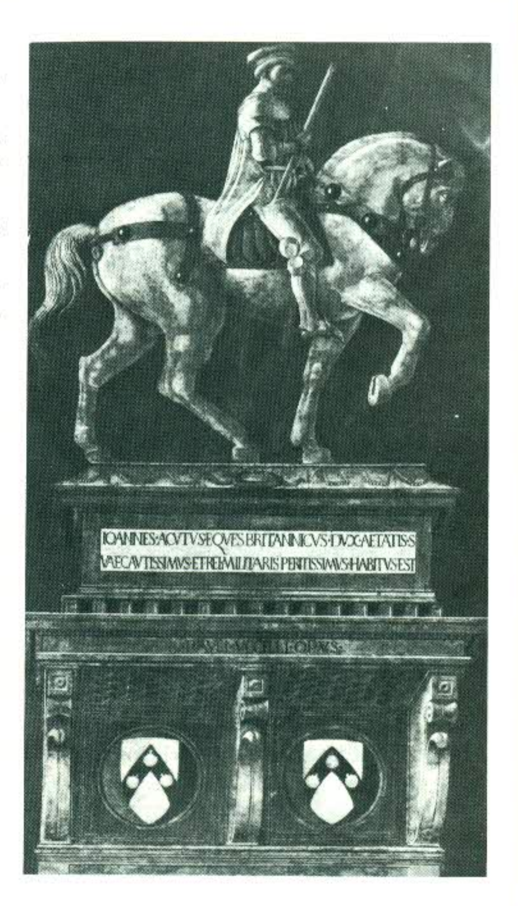
Milán

La vasta extensión territorial y el poder del estado que Sforza heredó eran resultado de las ambiciones del primer gran gobernante de la familia Visconti, Gian Galeazzo, que murió en 1402. La familia hizo su aparición a finales del siglo XIII, tras el triunfo conseguido en la contienda entre rivales aristócratas y comerciantes. El fundador de la fortuna de la familia fue el arzobispo Ottone Visconti, que aseguró la elección de su sobrino Mateo como «capitán del pueblo».

A lo largo del siglo XIV, los Visconti, como señores de Milán, extendieron sus territorios a través de la sumisión «voluntaria» de sus débiles vecinos, de la intriga, del matrimonio, y ocasionalmente, de la conquista. Por consiguiente, cuando Gian Galeazzo se convirtió en único gobernador, en 1385, tras el asesinato de su tío Bernabo, ejercía, gracias a sus diversos títulos, autoridad directa sobre un territorio que abarcaba desde los Alpes, en el norte, hasta las fronteras de la República de Génova en el sur, y desde la frontera de Saboya, en el oeste, hasta el territorio de Verona en el este.

Era una extensión considerable, pero fue sólo durante su reinado cuando Milán amenazó seriamente a las otras ciudades italianas.

Amplió su dominio sobre Bolonia, teóricamente situada en los Estados pontificios, y durante 20 años estableció la hegemonía de los Visconti sobre el señorío de Verona, de donde expulsó a la familia de los Della Scala. Su campaña contra Florencia apenas merece ser destacada, y



tras la conquista de Verona, tuvo en Venecia un poderoso enemigo.

Desde los primeros momentos, los Visconti despreciaron a la débil oposición existente en la República de Milán, convertida en una dictadura. Los duques de Visconti realizaron una política de engrandecimiento exterior y ejercieron un completo control sobre todos los recursos del Estado, hecho del que no disfrutaron sus oponentes, sometidos a la supervisión de varios organismos. A tales ventajas cabe añadir, con el fin de configurar la ambición milanesa, el recuerdo de lo que fue el reino lombardo en el siglo VIII, aparte de la ausencia de fronteras naturales al sur de los Alpes. Sin embargo, tras la muerte de Gian Galeazzo, la ciudad tuvo que defenderse de Venecia y afrontar la resistencia de los florentinos.

Al igual que los duques de Borgoña, los de Milán mantuvieron el poder a través de numerosos títulos, y lo mismo que ellos, desarrollaron un eficaz sistema de administración central, con una burocracia asalariada que controlaba las finanzas y la jurisdicción de los delegados gubernamentales en las provincias. Sforza reforzó todavía más el poder central en las cuestiones locales y la organización militar de su nuevo estado. Con todo, hubo otro importante elemento en el armazón de los duques milaneses al que se dedicaron por entero: la diplomacia. Las técnicas y la organización de la diplomacia moderna fueron desarrolladas en todos sus aspec-



tos en la última etapa de la Italia medieval.

El nacimiento de la diplomacia

Los primeros estados de la Europa moderna se desarrollaron en Italia. Dado su pequeño tamaño y su inmensa riqueza, evolucionaron como unidades centralizadas y bien articuladas mucho antes que los grandes e inconsistentes reinos del resto de Europa. Los gobernantes italianos no sufrieron los problemas derivados de la reverenciada y divisionaria tradición del legalismo feudal.

En el conglomerado de soberanías europeas, la comunicación entre los distintos gobernantes se desarrolló considerablemente durante toda la Edad Media, y las embajadas especiales se hicieron cada vez más necesarias, por lo que fue imprescindible articularlas. La presentación formal ante el monarca fue una de las partes más importantes de la prueba de las credenciales del embajador. En toda la ceremonia subyacía la influencia de la práctica diplomática bizantina, aunque en la Europa del siglo XIV, y especialmente en Italia, fueron desarrollándose procedimientos propios.

En esos procedimientos era muy importante la orientación y el discurso del embajador. Los hombres de la época creían firmemente en el poder de la palabra, y una oratoria elegante, poderosa y convincente podía causar un gran impacto. En consecuencia, los oradores adquirieron un gran prestigio y el arte de la oratoria fue intensamente cultivado. En la apurada situación de la Florencia de finales del siglo XIV, la elocuencia de sus representantes tuvo una significación especial, y desde aquel tiempo, la plaza de orador público fue ocupada por una serie de expertos en el, cada vez más popular, estudio del latín de Cicerón.

Estos humanistas, tal como ha podido saberse, continuaron disfrutando de la tutela oficial, tanto en sus servicios al Estado como en sus propios estudios. De este modo, puede establecerse una relación directa entre el nacimiento de un nuevo movimiento en el pensamiento europeo y las exigencias políticas de determinados hombres de Estado.

Sin embargo, resulta más significativo para el estudio de la historia de la diplomacia europea, resaltar un nuevo elemento: el establecimiento, por parte de diversas ciudades, de embajadas permanentes durante un determinado período, práctica que fue aumentando durante el siglo XV, impulsada particularmente por las guerras milanesas.

Francesco Sforza, que luchaba por establecerse en el ducado de su padre político, envió a sus agentes por toda Italia. Los demás estados le siguieron y pronto

Arriba, fragmento de la Batalla de San Romano, *pintada por Paolo Uccello hacia 1451. Para estas guerras eran contratadas bandas de mercenarios o condotieros, que se vendían al mejor postor y procuraban que la guerra se ganase con el menor derramamiento de sangre posible. (Louvre, París.)*

Página anterior, retrato pintado por Uccello de Sir John Hawkwood, mercenario inglés que sirvió como condotiero en Italia entre 1362 y 1394, principalmente a las órdenes de Florencia. Se le conoce también con el nombre de Giovanni Acuto.



establecieron una representación permanente en Roma, corte que permaneció neutral en la disputa de Sforza y que se transformó en el correo de todos los combatientes. Los estados de Italia estaban muy próximos entre sí, y las distancias se acortaron con los modernos métodos de transporte. En 1500, todo estado italiano, fuese cual fuese su envergadura, tenía agentes permanentes en las capitales de sus principales enemigos. El español Fernando de Aragón adoptó sagazmente la nueva arma política internacional.

El apogeo de Venecia

Venecia, que fue llamada la «Ciudad de las lagunas» y «Reina de los mares», alcanzó el pleno apogeo de su poder en la primera mitad del siglo XV. Sus problemas, al igual que los de su gran rival Génova, no fueron los mismos a los que tuvieron que enfrentarse las demás ciudades italianas. Hasta el siglo XV, no se vio implicada en las rivalidades que enzarzaron a sus vecinos en una continua lucha por el control de la tierra y por la ampliación del poder.

La riqueza de Venecia estaba basada en el comercio con Oriente y con los mercados del norte de Italia y Europa. Ya en el siglo X, el deseo de proteger las rutas mediterráneas de la piratería llevó a los venecianos a ocupar las comunidades de la costa dálmata. Y este mismo ímpetu comercial impulsó su poder, durante los siglos siguientes, hasta las ciudades de las islas del Egeo, desde donde establecieron guarniciones en la isla de Creta e incluso trataron de penetrar en el mar Negro. En todas estas empresas la cooperación de los emperadores bizantinos fue de una importancia decisiva, pero también promovió la rivalidad con Génova.

Durante el siglo XII los genoveses amenazaron la existencia del comercio veneciano en Oriente. En 1370 una flota genovesa, bajo el mando del gran almirante Doria, atacó Venecia y estuvo a punto de vencer; tan sólo el esfuerzo supremo inspirado por el fervor patriótico hizo que la «Reina de los mares» retuviera su independencia. La guerra de Chioggia, de 1379, llamada así por el puerto veneciano que los genoveses ocuparon durante breve tiempo, fue apreciada por las generaciones posteriores como el punto de inflexión en la lucha entre Venecia y Génova.

Luego, los venecianos se vieron amenazados por la expansión del ducado de Milán bajo el mando de Gian Galeazzo Visconti. La guerra entre ambos estados, que duró cerca de 70 años, fue el rasgo dominante de la política del norte de Italia hasta el momento en que se estableció la paz de Lodi, en 1454. Esto hizo que Venecia se adentrara en los antiguos territorios de los Visconti, dominara las ciudades de Bergamo y Brescia, y que, en el oeste, su frontera llegase hasta el lago Como. Venecia estaba ya comprometida plenamente en el desarrollo de la política italiana.

En 1425, se alió con Florencia contra la amenaza de Filippo María Visconti, alianza que duró hasta 1451, cuando Cosimo de Médicis, temiendo su creciente poder, desvió el apoyo florentino hacia el nuevo gobernante milanés Francesco Sforza. La muerte de Filippo María Visconti en 1447, sin dejar heredero, provocó una serie de rebeliones en todo el estado milanés y pareció detener el avance veneciano sobre las tierras de su antiguo rival. Venecia aceptó a Sforza como duque de Milán siete años después, en un contexto de paz general en toda Italia.

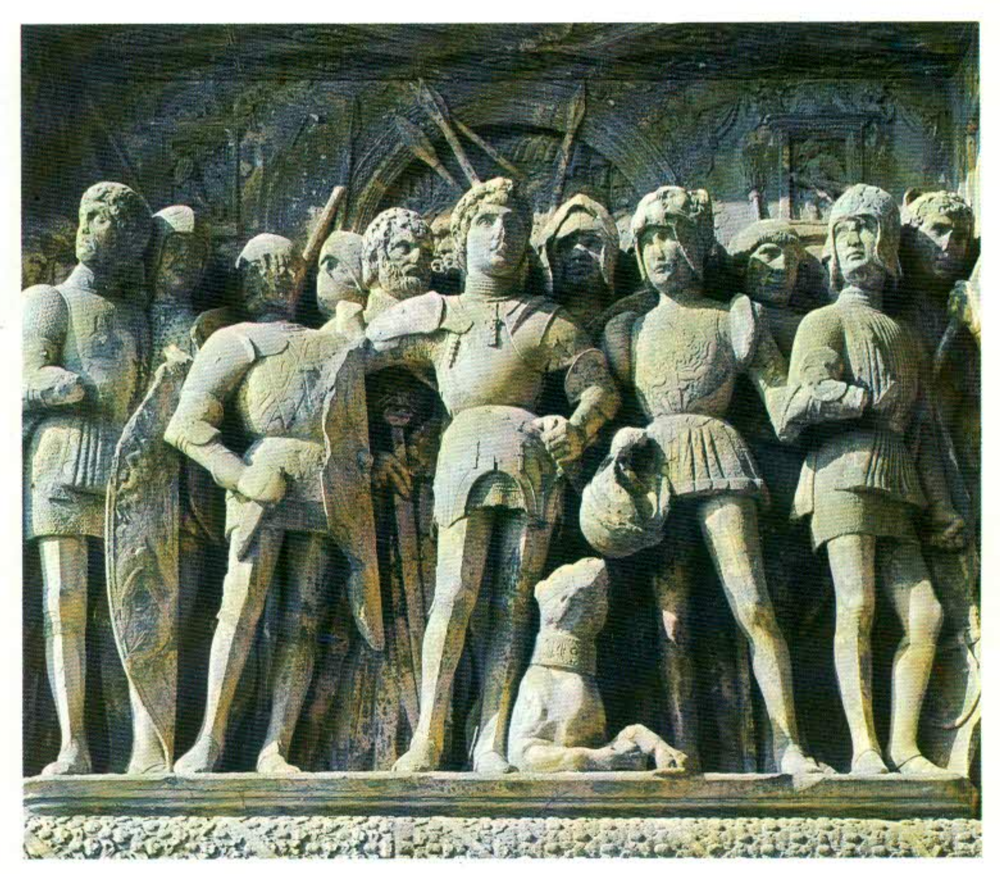
La «Ciudad de las lagunas» era el único estado italiano que tenía un régimen cuya legitimidad era indiscutible. Hasta el siglo XII los dux (elegidos de por vida) ejercieron un mandato casi real, y en consecuencia su autoridad podía derivar hacia el establecimiento de una monarquía. Algunos dux, Marino Falieri y Francesco Foscari entre otros, realizaron intentos esporádicos por revocar esta tendencia, pero no pudieron evitar la formación de un poder oligárquico, dominado por las grandes familias de mercaderes, cuyo dominio y estabilidad eran la envidia de la mayoría de los gobernantes italianos.

El principal organismo legislativo era el Gran Consejo, constituido exclusivamente por aristócratas y con cerca de mil miembros. No obstante, el poder ejecutivo quedó en manos de una institución más especializada, agrupada en un Consejo Menor del Senado. El poder supremo del estado lo ostentaba el Comité de los diez, establecido en 1310 con las funciones de un comité de seguridad pública, y desde 1335 fue un organismo permanente del estado. El comité controlaba un extenso sistema de policía secreta que operaba a todos los niveles de la vida de la República, incluidos la aristocracia y el propio dux.

Para un observador moderno, la llegada del siglo XVI señaló el inicio de la decadencia de Venecia. Sin embargo, para sus habitantes, la República estaba sólidamente establecida. La longevidad y aparente fortaleza de sus instituciones políticas no tenían parangón en Italia.

Los enemigos de Italia

Aunque en la península italiana había gran número de entidades independientes, los italianos tuvieron un fuerte sentido de nacionalismo comunitario frente a los poderes extranjeros. Este sentido fue promovido por los artistas y los intelectuales de las ciudades, y facilitado, por un lado, por los deseos de una paz duradera, y por otro, por la amenaza de intervenciones extranjeras. El rey de Francia, el rey de Aragón y el emperador del Sacro Imperio romano germánico, mantuvieron diversas reivindicaciones sobre Italia. Las reivindicaciones del Sacro Imperio recibieron el estímulo de los Visconti, al comprar éstos el título ducal de Milán al emperador Wenceslao. Su sucesor Habsburgo, Federico III, rehusó reconocer la usurpación del título de duque de Milán realizada por Sforza, y cuando su hijo Maximiliano se casó con la hija de uno de los duques de Sforza, los intereses imperiales en Milán aumentaron.



La meta de España en Italia fue todavía mayor. Alfonso V el Magnánimo gobernó los reinos de Aragón, Sicilia y Nápoles, pero a su muerte en 1458, estos territorios fueron divididos, según su deseo, entre su hijo ilegítimo Fernando, a quien le dejó Nápoles, y su hermano Juan II, que se convirtió en rey de Sicilia y Aragón.

Las ambiciones francesas sobre Italia eran ostensibles. Por el casamiento de Luis de Orleáns con Valentina Visconti, en la última etapa del siglo XIV, Francia reclamó el ducado de Milán. Y por otro lado, la casa de Anjou exigía la propiedad de los reinos de Nápoles y Sicilia. Durante los primeros 50 años del siglo XV no hubo lugar para las reivindicaciones francesas, aunque René de Anjou pasó gran parte de su vida afirmando sus derechos sobre Nápoles. Pero al finalizar el conflicto con Inglaterra y subir al trono Luis XI, los intereses de Francia en Italia se activaron de nuevo.

Hubo tres grandes intervenciones francesas en Italia. La primera fue durante la guerra de Ferrara, en la que Venecia, que pretendía ocupar la ciudad, encontró la oposición de Nápoles y Milán. Para captar aliados, los venecianos posibilitaron la entrada en el conflicto al duque de Lorena, pretendiente angevino a Nápoles, y al duque de Orleáns.

La segunda intervención de Francia provino del papa Inocencio VIII. En 1485 el pontífice decidió reclamar sus derechos de soberano sobre el reino de Nápoles,

Detalle del Arco de Triunfo erigido en Nápoles de 1453 a 1467 por Francesco de Laurana, en conmemoración de la victoria del rey Alfonso V de Aragón sobre los ejércitos de aquella ciudad en 1442. El monarca aparece rodeado de sus parientes, capitanes y grandes oficiales. A lo largo de su vida obtuvo también los títulos de Alfonso IV de Cataluña, III de Valencia, I de Mallorca y I de Nápoles.

Página anterior, vista de Quíos, isla del Egeo que fue dominada por la ciudad de Génova de 1373 a 1566.

obligando al rey Fernando a reanudar el pago del tributo y a atender las peticiones de sus nobles, causa que el papa había hecho suya. En este conflicto, lo mismo que en muchos otros, Lorenzo de Médicis ejerció toda su influencia para tratar de forzar una reconciliación entre el papa y el rey. Sus esfuerzos tuvieron éxito, pero antes el papa había invitado ya al angevino duque de Lorena a marchar sobre Nápoles y reclamar su reino.

Diez años más tarde, la invasión francesa, que hasta entonces solía reducirse a un incidente diplomático, volvió a ser realidad. El objeto de la invasión era de nuevo Nápoles, a raíz del enfrentamiento con Milán, que despertó la codicia del débil y joven Carlos VIII, rey de Francia, ansioso de gloria y heredero de los deseos expansionistas de los Anjou.



Milán y Francia

Cuando Francesco Sforza murió en 1446 le sucedió su hijo mayor, el cruel e inteligente Galeazzo María, el cual, aunque fue un gobernante capaz y un aliado de Florencia deseoso de defender la paz en Italia, provocó la hostilidad de los jóvenes miembros de la aristocracia, nostálgicos de la bella época de la República. Fue asesinado durante la Navidad de 1476, y aunque los ciudadanos proclamaron nuevo duque a su joven hijo Gian Galeazzo, Milán se vio envuelta en un conflicto civil.

El conflicto no pudo resolverse hasta 1480, cuando el hermano del duque fallecido, Ludovico el Moro (llamado así por su piel oscura), consiguió arrebatar la regencia a la duquesa. A partir de entonces pudo gobernar la ciudad, y confinó a su sobrino, alejándolo del poder. Cuando Gian Galeazzo murió en 1494, su tío accedió al ducado, y fue el primer Sforza que gozó del reconocimiento oficial de su título por parte del emperador del Sacro Imperio. Bajo su mando y el de su esposa, Beatriz d'Este, Milán alcanzó una posición privilegiada entre los centros de mecenazgo de Italia. Desde 1482 fue la morada del gran Leonardo da Vinci, invitado desde su Florencia natal para que realizara una estatua del padre del nuevo duque, el gran Francesco Sforza.

Ludovico afirmó su posición mediante el casamiento de su hija con el emperador Maximiliano I, pero tuvo que soportar la continua amenaza de las ambiciones de la viuda del joven duque, Isabel de Aragón, y de sus aliados napolitanos. El peligro que representaba Nápoles llevó a Ludovico a desarrollar la clásica estrategia de la diplomacia italiana: aliarse con Francia.

El peligro inmediato sobre Milán fue desviado, pero Ludovico, plenamente consciente del peligro que significaba la presencia permanente de Francia en Italia, rompió la alianza, y un año después Carlos VIII de Francia se vio obligado a abandonar Italia. Pero la tregua fue sólo temporal. La brecha quedaba abierta, y con ella la larga historia de las intervenciones europeas en Italia había comenzado.

Carlos VIII murió poco después de su regreso a Francia, pero los asuntos italianos continuaron siendo el centro de las ambiciones de sus sucesores. En 1499, retomando la otra línea de las ambiciones francesas (la reivindicación sobre el reino de Nápoles), el nuevo rey de Francia, Luis XII, atacó Milán y expulsó al propio Ludovico. Fue ese el momento en que Francia, el Sacro Imperio y España convirtieron a Italia en su campo de batalla, y cuando los papas, gracias a la capacidad de su agente César Borgia, recuperaron gran parte de sus antiguos territorios.

Savonarola

La invasión francesa de 1494 tuvo repercusiones en toda Italia y de manera especial en Florencia. Tras la muerte del gran Lorenzo, los poderes y privilegios tradicionales del «ciudadano principal» recayeron en su hijo, de 22 años de edad. Lorenzo, al igual que sus antecesores y a pesar de su gran poder, mantuvo las formas de un gobierno republicano, guardando respeto a los funcionarios elegidos por el estado y ejerciendo su influencia en beneficio de toda la ciudad. De forma contraria, su hijo Piero adoptó actitudes absolutistas.

Las noticias de la inminente invasión francesa obligaron a Florencia a tomar partido, y principalmente por motivos económicos, la ciudad se declaró favorable a los franceses. Los consejeros políticos recomendaron apoyar a Nápoles contra el invasor, de acuerdo con el espíritu de Lodi.

Y aunque Piero siguió sus consejos, su reputación se hizo todavía más impopular cuando la pérdida del comercio con los franceses ocasionó un fuerte desempleo. Su tentativa de arreglar la cuestión a través de un intercambio de favores con Francia, y el imprudente cerco de cuatro fortalezas florentinas por parte de Carlos, le hicieron perder el apoyo definitivo de la ciudad, y a su regreso de la corte francesa se vio obligado a huir.



El poder de los Médicis quedó muy mermado, y los florentinos instituyeron una nueva Constitución republicana con un Gran Consejo, siguiendo el modelo veneciano, y fijando límites rigurosos que impidieran la aparición de otra familia de déspotas. Sin embargo, con la libertad surgieron otros problemas, y los Médicis pudieron restablecer su situación en Florencia una generación después.

Durante los primeros cuatro años de su existencia, la nueva República estuvo dominada por la figura de Savonarola, un fraile dominico nacido en Ferrara que llegó a Florencia en 1481, a la edad de 30 años, como miembro de la comunidad de San Marcos. En un primer momento sus sermones no tuvieron repercusión y se dedicó a visitar otras ciudades italianas, además de pasar largos períodos en Florencia, hasta que finalmente fue llamado por Lorenzo por indicación de Pico della Mirandola.

Savonarola fue prior de San Marcos a partir de 1491, y desde el púlpito predicaba contra la corrupción de la Iglesia y de la sociedad italiana. Representante de la tradición popular, con una predicación apocalíptica y tremendista, Savonarola comenzó a atraer a grandes multitudes. Y ello, no sólo por las vehementes denuncias contra la Iglesia y el estado, sino también por sus profecías sobre el Juicio Final, que atemorizaron a las gentes, sobre todo al cumplirse la profecía sobre la muerte de Inocencio VIII.

Tras la expulsión de Piero, la influencia de Savonarola, que aumentó incluso en la Florencia de Lorenzo, fue inmensa. Una gran oleada de fervor religioso invadió la ciudad, y aparecieron los rituales de «quema de las vanidades». Hombres y mujeres arrojaban al fuego sus propiedades, incinerando también numerosas obras de arte. Tratando de silenciar los numerosos ataques sobre su persona, al papa Alejandro VI prohibió predicar a Savonarola y le excomulgó cuando éste le desobedeció. Savonarola declaró entonces que el papa no era el verdadero papa, y cuando Roma amenazó a la ciudad, se le pidió que dejase de predicar. Finalmente, Savonarola fue juzgado por una comisión papal que le declaró culpable de herejía, siendo colgado y quemado junto a dos discípulos en la plaza pública de Florencia, en 1498.

Sus ataques a la moralidad de Alejandro VI estaban plenamente justificados. En ningún momento negó Savonarola el cargo papal, y sus peticiones de reforma de la Iglesia nunca fueron peligrosas. Pero en el violento mundo del Renacimiento italiano, el fracaso significaba a menudo la muerte.

La entrada en Florencia del rey de Francia Carlos VIII, cuadro de Granacci (1469-1543). La llegada a Italia de este rey fue motivada por el deseo del papa Alejandro VI Borgia de aprovechar las discordias existentes entre los príncipes italianos y crear un reino en el centro de la península para su hijo César, con la ayuda de los ejércitos franceses. (Palazzo Medici Riccardi, Florencia.)

Página anterior, Ludovico el Moro en la cama, *cuadro de la escuela milanesa de finales del siglo XV. (Museo Poldi Pezzoli, Milán.)*

Índice



